





PROPAGANDA CATÓLICA.





PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

B. Bélix Sardá y Salvany,

PRESBITERO,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

Tomo V.



BARCELONA.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5. 1890.



Es propiedad.

ARTÍCULOS POLÍTICO-RELIGIOSOS.

_ _



© Biblioteca Nacional de España





EL PERIODISMO Y LA PROPAGANDA.

DISCURSO PRELIMINAR.



xTRAÑO fuera que en una coleccion general de obrillas de Propaganda católica, publicadas en nuestro siglo, no ocuparan seccion particular de ella artículos de periódico: de tal suerte ha venido à imponerse à la presente genera-

cion esta forma literaria, como uno de los principales y más activos elementos propagandistas. Del pan y del vino podra prescindir en caso apurado el ciudadano feliz del siglo décimonono, pero no de que en cuatro ó seis paginas de casi siempre mal redactado y peor impreso papel se le de cada dia ó cada semana cuenta exacta y minuciosa de lo que pasa ó no pasa á su rededor, y de la apreciación más ó menos acertada con que conviene juzgue el tal ciudadano feliz los mil y un sucesos que ve á cada instante desfilar ante sus ojos. Partiendo, pues, del hecho de que hay periódicos en el mundo, y de que buenos ó malos los necesita hoy como una de sus primeras urgencias el susodicho felicisimo ciudadano, el Propagandista católico ha tenido que hacerse, quiera ó no, periodista como los demás hijos de vecino, y por aquello del refran, «si à tierra de cojos fuése, pierna de palo me pondria,» consagrarse tambien (esta es la palabra técnica) al arduo empeño de llenar diaria ó semanalmente dos ó tres columnas

con el consabido artículo. Posible es que un dia pase del todo esta moda, como pasó hace doscientos años la de los libros de caballerias, y entonces será de ver lo que se escriba por la gente de seso (si alguna queda) sobre esta nuestra manía, que deja muy atrás en insensatez á la de los narradores de las aventuras de Amadises y Esplandianes. Diráse entonces lo que ha contribuido al desbarajuste actual político, económico, filosófico y hasta literario la influencia de ese charlamentarismo reconocido como institucion social, institucion basada en dos absurdos á cual más estupendos, y que en siglos más serios hubieran arrancado carcajadas á todo hombre medianamente pensador. Primero, el de que basta saber redactar con más ó menos gramática para poder constituirse maestro de todo el mundo: segundo, el de que basta saber leer ó siguiera deletrear con más ó menos tropiezos para formar juicio cabal y sacar algun provecho de lo que se lee. Y se concluirá en definitiva que si el mundo del siglo diez v nueve es, no ya un presidio suelto, como dijo alguien de no sé qué pueblo del globo, sino por lo menos algo parecido á ratos á un regular manicomio, débelo sin duda como á otra de las causas más eficaces, á lo que ha dislocado los discursos y vuelto las inteligencias del revés el bendito periodismo.

Despues de lo cual, si el amable lector nos juzga poco benévolos para con el periodismo, no será indudablemente por falta de razon ó con riesgo de juicio temerario. Y sin embargo, áun pensando así, y áun declarándolo con toda la franqueza que van viendo nuestros amigos, da la casualidad de que somos tambien nosotros ¡oh fuerza del destino! pobres y miserables periodistas como cualquier otro de los individuos de tan benemérita cofradía. Lo somos, sí, señor, pese á nuestra formalidad, y hemos hecho como voto ó profesion de eso desde nuestra primera juventud, y tenemos casi por asegurado ¡así Dios nos perdone! que en eso hemos de perseverar impenitentes y reacios hasta el fin de la vida. La maldita bipótesis se nos ha impuesto aquí con todo el peso

de su abrumadora ley, y nos ha hecho dar al traste con todas las intransigencias de nuestra tesis filosófico-religiosa. Si, abominamos del periodismo, y somos periodistas; creemos que es la prensa periódica una calamidad, y andamos todo el año, de Pascuas á Pascuas, zurciendo y endilgando articulejos y gacetillas; rogamos á Dios cada dia por la extirpacion de tal epidemia, y lo más florido de nuestra edad, y lo más lozano de nuestras fuerzas es ella quien por eleccion nuestra nos lo va agostando. Y no contentos de eso, exhortamos sin cesar á quien quiera oirnos á que nos siga á ese terreno, y á que se haga, no como nosotros, sino mejor que nosotros, oficial de ese oficio; y saludamos gozosos la aparicion de todo nuevo periódico católico que se da á luz; y no cesamos de hacer cada dia ferviente oracion, á fin de que aumente Dios esta linea nuestra de combate hasta igualar ó superar à la del enemigo que en frente tenemos; y à quien así lo entienda y así lo practique no vacilamos prometer, de parte del supremo luez, especial corona por esos especialísimos merecimientos.

Al alcance de todo el mundo está la verdadera clave de esas tan sólo aparentes contradicciones. Por mucho que le haga estremecer al pacífico padre de familias el ruido de la pólvora ó el brillo de los afilados aceros, hácesele forzoso empuñar un arma y andar à tiros y à cintarazos en más de una ocasion, esto es, cuando la perversidad de los enemigos de su reposo venga à turbarselo con audaces ó insidiosas arremetidas. Y sin perjuicio de andar predicando á todas horas la paz y de rogar asiduamente por ella, podrá el tal, y deberá en casos dados, salir á la puerta de su casa ó á la barbacana del muro de su ciudad apellidando ; guerra! y haciéndola viva y vigorosa por cuantos medios le aconseje su deber y le permita su valor, aunque sean éstos medios muchos de los que en mal hora emplea su propio enemigo. Y podrà ceñirse el arnés y empuñar la espada y cargar su carabina, prorumpiendo en aquel

Quis fuit borrendos primus qui protulit enses?

del poeta latino, y maldiciendo la hora negra en que los trajo al mundo para perturbación de él su malhadado inventor. Que es puntualmente nuestro caso con respecto al periodismo. ¡Asi dejase de haber periódicos en el mundo para universal sosiego de él y para que nosotros nos viésemos dispensados de la enojosísima tarea de tenerlos que escribir!

Es arma, pues, el periódico, y á ningun otro género literario cabe aplicar con más justicia esta denominacion. Arma noble y de caballero segun sean las manos que la esgrimen: arma vil de facineroso, segun se la emplee en perversas hazañas de tal. Es el primer requisito de su acertado uso la bondad de la causa que desiende: segundo requisito de aquel es la bondad de los medios con que en el periódico se hace tal defensa. La division por lo mismo de la prensa periódica en prensa buena y prensa mala, es la primera que ocurre al estudiar esta institucion. Es prensa buena la que sirve á la defensa y Propaganda de la verdad y del bien, en cualquiera de las esferas de la vida social y privada: es prensa mala la que en ellas sirve à la defensa y Propaganda del error y del mal. Y sabiendo, como sabe todo buen católico, fijo el ojo en el punto de mira de la divina Revelacion, lo que es bien y lo que es mal, lo que es verdad y lo que es error, facilisimo es deducir (si no ciega la pasion ó la ignorancia), que es únicamente prensa buena la genuinamente católica y acorde en su fin y en sus medios con las enseñanzas católicas; y que es prensa mala sin remision toda la anticatólica ó en cualquier concepto disconforme á cualquiera de las enseñanzas y preceptos del Catolicismo. Criterio absoluto y trascendental y luminosísimo que, aplicado á todos los ramos, así al de la ciencia, como al de la política, como al de la moral, como al de la economía, deja muy expedito y franco el camino de la eleccion á los espíritus sinceros, para que nadie pueda alegar error de buena fe en materia tan clara y perfectamente deslindada. A pesar de lo cual, apenas en campo alguno reina hoy dia mayor confusion que en éste, tan ciegos y desvariados andan, áun sobre lo más evidente los juicios de los hombres, cuando están dominados por el mal consejo de la pasion, que es en todo la peor consejera. Porque sucede à cada paso que católicos en apariencia muy rectos, y que sin vacilacion aprueban ó condenan en si mismos o en otra persona lo que es digno respectivamente de aplauso ó de censura, no muestran tener ese atinado criterio en lo que concierne al periódico, como si por el mero hecho de tener éste un cierto carácter impersonal, no debiese sujetarse à las comunes reglas por que debe apreciarse en todos casos la moralidad del acto humano. Véseles, en efecto, tolerantes y áun benévolos con publicaciones infames, que si hablasen con lengua de carne y hueso como hablan con los tipos mudos pero en mal hora elocuentísimos de la imprenta, no alcanzaran de tales lectores otro honor que el de que les diesen con la puerta de su casa en los hocicos. Y si sus dichos y acciones los tuviera un convecino cualquiera del barrio, tuviéranle con sobrada razon por indigno de alternar en su decente tertulia. Y no obstante, perdónanle al periódico, sólo por ser quien es, esta su mala reputacion, y concédenle bonachones un asiento en su hogar y en la hermosa rueda de la familia, y admitenle à libre platica con la mujer y los hijos, sin sospechar siquiera que es ese un crimen del que si hoy por desgracia no exige responsabilidad la opinion pública, harto condescendiente y poco escrupulosa, no dejará en su dia y hora de exigirla muy severamente la justicia de Dios. De suerte que no sabemos si es mayor el pecado de los que escriben malos periódicos, ó el de los que con tan ancha y acomodaticia moral los leen y pagan; ni acertamos à decidir quién sea aqui verdadero autor directo del daño y quién mero cómplice de él; ya que si es cierto que no se leyeran malos periódicos dado caso de no escribirse, lo es tambien que no hubiera quien los escribiese si no contase con que tanto cristiano de pocas aprensiones lo ha de pagar y leer.

El periodismo sano tiene enemigos aun entre los católicos, además de tenerlos, como á ello tiene honroso derecho, entre los sectarios de la impiedad. ¡Cosa rara! Se comprende, en efecto, que los malvados odien de veras à los buenos que con sus escritos periodísticos procuran quitarles el monopolio de la pública opinion y la direccion de las modernas corrientes sociales. Mas difícil es comprender que haya católicos que no acaben de darse cuenta de la necesidad en que ha puesto à los defensores de la verdad en los presentes tiempos esa táctica nueva de sus fieros enemigos. Cuando se inventó la pólvora y se hicieron las primeras aplicaciones de ella à la táctica militar, refiere la historia el enojo con que la miraron los antiguos caballeros, acostumbrados á decidir de la suerte de una batalla con sola la pujanza de su valeroso brazo, que con tal invento resultaba contrastada en términos de tener que ceder á una mala bala de plomo, quizá disparada de lejos por un cobarde á quien asustó su propio estallido. Mas no se dice que aun aborreciendo tales paladines el mosquete y la artilleria, y dirigiendo á sus inventores las imprecaciones que leemos en el Orlando furioso y en el Quijote, no se dice, repetimos, que desaconsejasen su uso impuesto por dura necesidad, ni que se contentasen con oponer sus tajantes tizonas y robustas lanzas á las bombardas y culebrinas del campo opuesto. No, sino que áun amando más el armamento antiguo, adoptaron, sin embargo, el moderno de que no podian prescindir si querian hallarse en proporcionadas condiciones de combate. Así hemos de contestar á los que, prevaliéndose de las razones generales que hacen antipático el periodismo y que nosotros hemos empezado por reconocer, se fundan, no obstante, en ellas para desconceptuar el periodismo católico y hablar con inmerecido desden de los trabajos que en esta forma se hacen para defensa y propagación de las buenas ideas. Fuera sin duda mejor que no se escribieran en el mundo más que libros y tomazos en foleo; fuera aún mejor que tan bueno y tan sabio naciese y se criase por si solo el hombre, que ni esos libros fuese preciso escribir: pero va

que se han de refutar errores y alumbrar inteligencias y dirigir normas de vida y prevenir riesgos á la juventud v á la inexperta masa popular, bueno es que haya quien eso haga, aun en hojas de poco fuste y de baladi consistencia como son los periódicos, si así han de ser leidos tales trabajos más que lo fueran en graves volúmenes, orgullo de sus autores, pasmo de los siglos, pero absolutamente inútiles para la generalidad, como no haya quien tome sobre si la tarea de achicarlos y ponerlos á la talla de los pobres y pequeñuelos. Haya, enhorabuena, Agustines y Tomases que sean como grandes faros colocados á trechos en el camino de la viajera humanidad para guiarla y conducirla à su debido destino. Mas haya tambien quien se goce en ofrecer al que no tiene vista tan privilegiada para percibir aquellos altos resplandores, un humilde fósforo ó cerilla que le muestren el mal paso donde puedan sus débiles piés tropezar y caer.

No aborrecen otros al periodismo católico en general, sino al periodismo llamado político, y contra éste no se cansan de dirigir, venga ó no á pelo, las más recias invectivas. Para éstos bueno y óptimo seria que existiese la prensa cientifica, la catequistica y hasta la ascética. Lo que les hace crispar á esos señores los nervios es que haya prensa católica política. Espanta oirles discurrir sobre ese tema, que es precisamente de actualidad. Para ellos no es lo peor que haya en el mundo una política satánica que aspira á posesionarse enteramente de él, y que por nuestros pecados tenemos ya en medio de él pujante y entronizada. No, lo malo sobre toda ponderacion para ellos, parece ser que haya quien pugne por oponer à esa política diabólica una política cristiana, aspirando à que vuelva à reinar Cristo en las sociedades de que ha sido ignominiosamente expulsado, ó a que siga teniendo por lo menos en ella numeroso grupo de entusiastas defensores de sus sacrosantos derechos. Todo el desórden, todas las confusiones, en que

andan miserablemente envueltos los católicos de hoy, dependen en su concepto de que hay en el mundo periódicos político-católicos. ¡Vea V.! ¡Si en un momento dado callasen éstos y hablase tan sólo la prensa del demonio, como por ensalmo habrian cesado todas nuestras agitaciones y refloreceria la octaviana paz! ¡Con rezar cada cual en su casa ó en el templo los respectivos Pater noster y Ave Maria, y oir su misa los dias de precepto y los de labor, y con escuchar de vez en cuando algun patético y conmovedor sermon, quedarian de raiz curados todos nuestros males y sosegado el tempestuoso mar de nuestras inquietudes! ¡Ahora si decae la fe, si brama rabiosa la impiedad, si se desmoraliza é indisciplina el pueblo cristiano, la culpa tienen esos malhadados periódicos político-católicos que alborotan el cotarro y no dejan á nadie sosegar! Mas estos católicos, amigos de la quietud y de la pacificidad à todo trance, olvidan que hay saludables ruidos y generosos tumultos, como hay vergonzosos sosiegos, y silencios que no son sino signos de abyeccion y de muerte. Los tales periódicos políticos, ó defienden la verdadera doctrina católica ó no. Si no la defienden, anatematicense en buen hora por quien pueda hacerlo, y sépase que no son nuestros, sino que pertenecen de lleno al campo enemigo. Mas si la defienden, es ciertamente curioso para un católico quejarse de que la doctrina sana tenga decididos y enérgicos defensores, sólo porque gritan recio y tirotean de lo lindo y ofrecen, en una palabra, el espectáculo que todo ejército de buenos soldados debe ofrecer, esto es, la vida, la animacion y la estruendosa algazara, propias del campamento. Porque, desengañense estas buenas gentes: la defensa de la verdad en el periódico no debe ni puede tener la sosegada y acompasada y comedida forma de la catedra, del púlpito y del libro. O, pues, renunciar por completo à la valiosa cooperacion del periodismo en el apostolado católico, ó aceptarlo en las condiciones especiales que exige su naturaleza. El periodista es un guerrillero; y no pueden exigirse del guerrillero los atildamientos y correctas actitudes de un cadete de línea, educado en las academias del cuerpo de Estado mayor. Al periodista ciertos desenfados y desenvolturas, cierta vivacidad de genio, cierta aficion á los argumentos de la escuela impresionista,

cierto aire, por decirlo así, matonesco y perdonavidas, le caen bien y le son tan connaturales y hasta conducentes à su legítimo fin, como al profesor ó juez los bien compuestos pliegues de su toga ó la ceremoniosa gravedad de su birrete doctoral. Déjense á cada instituto sus armas propias, que buenas son tambien éstas y honradas, y con todas se han prestado hasta hoy dia y se prestarán en adelante grandes servicios á la Iglesia de Dios.

La sinrazon de tales enemigos del periodismo católico se echará más de ver si se consideran los puntos sobre que principalmente se ventila el combate religioso de nuestros dias. El conflicto actual entre la Iglesia y las sectas anticristianas se libra muy especialmente en el terreno político, y queramos ó no los católicos, hemos de aceptar ese combate en el terreno en que se nos da, va que no siempre nos sea permitido escogérnoslo. El demonio ha creido más apta para el logro de sus fines la descristianizacion social como medio seguro para llegar á la perversion del individuo, en vez de dirigir à éste, como en siglos anteriores, lo más formidable de sus ataques. Así que parece dejar en cierta relativa paz lo que se refiere á la vida privada del ciudadano, para unicamente minarle el campo de su existencia social; ya que de esta suerte sabe el maldito que posee aún más y más asegurada sobre las almas su maléfica influencia. Denle gobiernos impios, leves impias, escuelas impias, libertad para la prensa impia; ya conoce el infierno que en tales condiciones apenas puede ser otra cosa que impía la sociedad, y por tanto impías las familias y los particulares de ella. Así que oiréisle blasonar hasta de cierto respeto al modo de ser de cada cual y à la absoluta independencia de sus convicciones, seguro como anda de que el medio satánico y la atmósfera envenenada en que ha encerrado à su víctima le dan sobradas probabilidades de que no será ella más que lo que él quiera que sea. Es, pues, la política anticristiana la forma más

general y comprensiva del anticristianismo cual lo presenta hoy dia el enemigo: ¿qué sacarémos, pues, de asestar exclusivamente á otros puntos los tiros de nuestra Propaganda, dejando abandonado éste desde donde se nos dirige la puntería más feroz? Predicar sobre las virtudes y vicios convenientisimo fué en todos tiempos, y sigue siéndolo hoy; empero no lo fué siempre predicar contra la iniquidad gubernamental y legislativa, y hoy lo es sobre toda ponderacion. Y no pudiéndose esto hacer siempre desde el púlpito, ¿qué duda tiene que apenas le queda á la verdad social cristiana otra arena popular donde esgrimir sus armas que la del periodismo? Bien lo conoció la sabiduría de Pio IX cuando, para conjurar el estrago de la prensa anticatólica, dispuso, Motu proprio, la creacion de un periódico que fuese como tipo y luz y guia de los demás, y que desde entonces riñe desde Roma primero y desde Florencia despues, con el título de La Civiltà cattolica, los grandes combates de la polémica periodistica cristiana. Eso quisiera la Masoneria, que le dejasemos como exclusivamente suvo el campo hoy tan fieramente disputado de la política, ó que sólo hablásemos de ésta desde el interior de nuestros templos, donde es probable que muchos de los más necesitados no la habrian de ir á escuchar. Bueno es, de consiguiente, que hava prensa política buena, ya que desdichadamente hay prensa política mala, y perdónesenos si en verdad tan palpable y de Pero Grullo hemos entretenido siguiera durante unos minutos al impaciente lector. ¡Que tales estarán nuestros tiempos en que estas cosas necesitan para algunos católicos demostracion I

Más comun es el disgusto (no sabemos si afectado escrúpulo) con que suelen mirar algunas personas el estilo chancero y satírico aplicado á las graves cuestiones de la Propaganda cristiana. A estos reparos mil veces presentados y mil veces desvanecidos parécenos haber contestado muy cumpli-

damente en trabajos nuestros anteriores, y así no hay para qué repetir lo allí expuesto y con respetabilisimos ejemplos y autoridades apoyado. Si álguien nos dice que no le gusta tal manera de escribir, nada le opondrémos; porque sabida es la amplia y generosa libertad que debe concederse à todo paladar en materia de gustos. Sólo exigirémos que se respete el nuestro, como respetamos nosotros el de los demás. Si, empero, si quieren añadir á eso acusaciones y anatemas, nos limitarémos á hacer observar á los acusadores y anatematizadores que la sátira culta y urbana ha sido siempre admitida como género licito en la buena sociedad literaria de todas las naciones. Las más clásicas, como Grecia y Roma, no le negaron derecho de ciudadanía; las más cristianas, como Italia y España en la Edad media y en el Renacimiento, no la excluyeron de su literatura popular ni de sus Academias. Las obras de los santos Padres ofrecen modelos de esta oratoria, como de todas las demás que han reglamentado los preceptistas más severos. Seria, en efecto, cosa de maravillar que no se pudiese perseguir à la impiedad y al vicio, sino guardándoles consideraciones y respetos. El ridículo bien empleado los desautoriza ante la multitud impresionable con eficacia mayor que la de los más bien encadenados silogismos; y en cuanto á la verdad, el gracejo y honesto donaire sonle como salsa que la ayuda à tragar y digerir á los desganados, que tantos son hoy para cualquier clase de sana alimentacion. Déjesenos, pues, predicar lo bueno y lo verdadero, y condenar lo perverso y corruptor, no siempre con los acentos de la austera indignacion, sino á veces con las carcajadas y chistes que no desdeña la conversacion de las personas bien educadas. No sabemos cómo no ha de permitirse en la palabra impresa lo que tan tolerable y honesto se juzga en el trato familiar. Tambien el santo celo por la gloria de Dios y por el bien del prójimo puede tener sus donaires y sonrisas que no ofendan á la caridad, antes poderosamente ayuden al fin nobilisimo de ella. ¡Y cuántas veces el atractivo de un estilo sazonado con tales · especias ha hecho que no pocos, miserablemente apartados de la verdad, la escuchasen al principio sólo por el halago de sus formas, acabando por ver disipadas las prevenciones que abrigaran contra ella, y por amarla y seguirla finalmente con toda conviccion! Tengamos en favor de los pobrecitos desganados esa caridad de servirles con platos y copas á su gusto el alimento ó la medicina que de otra manera tal vez rehusarian aceptar. Si un bocado toman de esta suerte, ¡bienhaya la mano santamente ingeniosa que así tuvo la paciencia de guisárselo y ofrecérselo!

Los artículos que en este tomo V de Propaganda católica ofrecemos á nuestros amigos fueron escritos, si no con este feliz acierto que acabamos de pintar, al menos con tal deseo y buenísima intencion. Publicados casi todos en época muy azarosa para nuestras santas creencias, traen como reflejadas en si las variadas y siempre dolorosas impresiones de los dias de lucha en que salieron, y que forman uno de los períodos más borrascosos de nuestra historia contemporánea. Hoy vuelven muchos de ellos à ser de triste oportunidad, mañana quizá lo sean todos; que sabido es como de tantos en tantos años van reproduciéndose casi fijamente en nuestra patria idénticas fases revolucionarias é idénticos motivos de angustia y desconsuelo para la acongojada Iglesia de Dios. ¡Ojalá resultasen muy luego todos estos artículos ridículo anacronismo en nuestra controversia! No es de esperar por ahora, segun andan revueltos los tiempos, pues no se ven por desdicha nuestra en el horizonte social signos que permitan pronosticar próxima bonanza. Tomen, pues, nuestros lectores estos articulejos como fruta todavía de hoy, y rueguen à Dios acaben de desaparecer cuanto antes los dolorosos motivos que, más que su escaso mérito, les dieron en su dia cierta popularidad.

Sabadell, Enero, fiesta de san Francisco de Sales, Patron de la prensa católica, 1886.



ARTÍCULOS POLÍTICO-RELIGIOSOS.

I.

PROBMIO Ó LO QUE FUERE.



UES, señor, yo soy, como dice por ahí la vecindad, Oscurantisla; bien que, haciéndome maldita la gracia el apodo que se me cuelga, suelo añadirle la coletilla de buena fe, con lo cual creo, y no sin razon, haberle quitado mi-

tad por lo menos de su ignominioso significado. Porque la buena fe, moneda que en realidad tan escasa circula por esos mercados de Dios, es no obstante palabrilla sonante y corriente; y añadiéndola, como lo hago yo, á cualquier denominacion por denigrante que sea, cátemela V. convertida en excusa y universal paliativo de cualquier calaverada. Así que tenemos hoy socialistas de buena fe, ateos de buena fe, apóstatas y traidores de buena fe, y quien sabe si tendrémos mañana, segun van progresando las costumbres y el lenguaje, ladrones y asesinos de buena fe. ¡Será cosa de verentonces el aprieto en que pone la tal palabrilla á los tribunales! ¿Por qué no ha de haber un Oscurantista de buena fe ? A la buena fe me atengo, pues, en cualquier conflicto, y ahí me las dén todas.

Tenemos libertad, deciame á mí mismo hace muchos dias, apremiado por vehementes deseos de darme al públi-

co; tenemos libertad. Y ¿quién lo duda? Escrita la leemos en periódicos y alocuciones; por ella se desvelan los ministros, y cobran su sueldo y comen su pan los ministeriales. No lo echais de ver en los conventos cerrados, en las dispersas sociedades religiosas, en el plumero de los veteranos? Tenemos libertad, y ¿á quién puede ocurrírsele que no la hava mirando hambriento al clero, dándose al diablo los militares, rabioso el contribuyente, en guardia el propietario, sin un cuarto la nacion? ¡Viva, pues, la libertad! que con ella harto será no podamos hablar y escribir todo lo que nos dé la gana, menos ciertas cosas. Y, animado por tan seductora idea, vi llegada mi hora, la hora, digo, de contarte á tí, pueblo de mi corazon, mil cosillas de varios colores, que para tal coyuntura tenia hace tiempo guardadas. Soy, como Sancho, hablador, y como él socarron y malicioso, y enemigo como él de que se me pudran en el estómago las verdades. Haz cuenta, pues, de que vas à oirlas, si con sal ó sin ella toca á ti decirlo, que has de saborearlas; no à mi, à quien corresponde sólo dártelas del mejor modo posible aderezadas.

Siglo de la palabra es el presente en que vivimos, aunque no falte tal vez quien crea poder llamarle con más razon siglo de palabras. La palabra es, y no la opinion, reina del mundo, y especialmente de nuestra España regenerada. Palabra y sólo palabra es el Gobierno que nada gobierna; palabra y punto menos que necia palabra las Constituyentes que nada constituyen; palabra y vanísima palabra la ley que á nadie protege; palabra y hueca palabra la libertad de que nadie goza; palabra y miserable palabra nuestro erario que nada guarda ya en su fondo sino la honra de Cádiz, que es nuestra deshonra. No se dirá, pues, que seamos descontentadizos ó exigentes en demasía los hijos de la Iberia feliz, que por poco no llamo (¡gracioso trastrueque!) Arabia feliz. De puras palabras vivimos, y de flujo de palabras hemos de morir, si Dios no lo remedia.

Hablemos, pues, ya que es esta enfermedad general, y por añadidura contagiosa. Lo más que podrá exigirsenos es que sean castellanas nuestras habladurías, y que sean católicas. Lo primero procuraré á toda costa, sin esperanza de conseguirlo siempre; lo segundo prometo, puesta la mano, no sobre el puño de la espada (que es ceremonia ya desacreditada), sino sobre el corazon y fijos los ojos en la conciencia, antigualla que usamos aún por acá yo y otros oscurantistas.

¿De qué voy à hablarte, pueblo de mi alma? De lo que se me ocurriere, que de fijo algo se me ocurrirá. Empero muy principalmente de lo que á tí y á mí, es decir, á todos, de un modo particular interesa; es decir, de Religion, y sobre todo de los puntos de ella hoy inicuamente combatidos ó ridiculizados por nuestros enemigos. Por jurarte estoy que ningun otro interés del mundo sino sólo este me sacara de mis casillas.

Hablaréte en prosa casera, á la pata llana, que no soy Castelar para echarme à volar todos los dias por las regiones de lo vaporoso y de lo ideal, á riesgo de que se me pierda de vista. Además de que no sienta bien a un Oscurantista como yo gastar asi la pólvora en lumbradas y fuegos artificiales. Con que me entiendas tú, como à tí te entiendo yo, de fijo vamos á entendernos los dos. Al avío, pues, y hasta la próxima.

Noviembre, 1869.

T. V.-3 © Biblioteca Nacional de España

\prod

Mis escrupulos, o sea, Catolicismo y Liberalismo.

scrúpulos tengo, lector de mi vida, raro achaque en este siglo de despreocupacion y de pocas aprensiones; dejarás empero de extrañarlo cuando recuerdes que soy y me llamo, por mi desgracia, Oscurantista. Y es la enfermedad tal.

cruelisima enfermedad, y tiene para el alma igual inconveniente (con perdon sea dicho) que los sabañones para los piés. Impidenta andar suelta y desembarazada, forzándola á agarrarse de ajeno consejo en cualquier friolera. Esto me obliga á pedirtelo hoy desintesesado y caritativo. Escucha antes pacientemente algo de mi historia. Católico soy, y si la palabra no dijese bastante por si sola, añadiria apostólico y romano. Amo á Dios, venero y obedezco á mi madre la Iglesia, reconozco como jefe espiritual de ella al Romano Pontifice, y sonme de gran peso, aun en materias de libre eleccion, sus dictámenes, como lo son para todo hijo honrado los de su padre. Esto en cuanto á la Religion. En cuanto á política, fui educado en una de esas opiniones vagas, indecisas y fluctuantes à las cuales se ha dado en llamar medias, sin duda, á lo que alcanzo, por la analogía que con esta prenda de vestir ofrecen en cuanto á flexibles y acomodaticias. Criáronme por ende con un odio mortal al absolutismo: era éste el coco con que se me aterraba en mis infantiles travesuras: y con un miedo mayor aún á los desahogos patrióticos de la libertad, pues desde mi niñez me dieron patatús y crugir de dientes las asonadas. Habláronme de los frailes como de gente, cierto no tan fea como se empeñaba en pintarla un quidam vecino mio progresista, gran comprador de bienes nacionales; ni tan bellos tampoco como los leyera yo en an-

tiguas historias. En cuanto à su expulsion y deguello fué, me decian frescamente, una desgracia como otra, y al preguntar por el responsable de ella, no sé qué hablaron de espiritu del siglo, modernas ideas, civilizacion, progreso de las luces y otras palabras que tuve entonces por misteriosos enigmas, como tengo hoy por solemnisimas mentiras en unos, y en otros por soberbias necedades. Hubieron de salir con su plan mis ayos y maestros; quedéme sin opinion fija. sin determinado color, como no sea el de tornasol que tiene bendita la gracia de presentar distintos colores y matices, segun le hiera de frente la luz, ó le hiera de soslayo. Ante los oscurantistas pude pasar y pasé muy bien por aventajado discípulo de la ilustración; ante los ilustrados pasé y debia pasar por sectario rezagado del oscurantismo. Es decir, que crevendo con mis ideas de balancin vivir honradamente en paz con todo el mundo, hallé à pesar mio el secreto preciosisimo de vivir necesariamente indispuesto con sus dos mitades.

Dando y tomando en eso hallóme por mi ventura la revolucion, motincejo ó pronunciamiento de Setiembre, que con todos estos nombres hánla llamado á tal quisicosa los historiadores. Vi entonces (¡vivir para ver!) calificados de reaccionarios los que en el 35 ó por alla creianse muy avanzados; de neos los moderados; de absolutistas los simplemente católicos; y no acababa de santiguarme de puro espanto. Remachóseme más y más el apodo que me sirve ya de segundo apellido, tan unido va ya con el propio y natural, y resignéme de todo corazon á ser llamado Oscurantista de por vida. Meditando empero sobre el porvenir, crevendo necesario salir al fin de mis vaguedades y oscilaciones, que no alcanzaron à librarme de la general marea, resolvi afiliarme, como se dice ahora, à alguna de las commiones en boga, llamadas tal vez así por el bocadito que á los suyos proporcionan, y dime á pensar sériamente en la eleccion. Creilo cosa de conciencia; al fin tratábase nada menos que de hallar la verdad à todo trance. Invoqué à Dios como buen Oscurantista, recogime como supe en mis adentros, y à la luz de mi menguado criterio púseme á discurrir.

Dando una ojeada sobre el estado actual de mi pobre pa-

tria, vine por de pronto à sacar en limpio que los partidos en ella son muchos, las escuelas sólamente son dos. Partido llamo á toda agrupacion de hombres que por idénticos medios se dirigen al noble fin de alcanzar el poder. Llamo escuela á toda agrupacion de hombres cuyo fin inmediato no es alcanzar el poder sino el desenvolvimiento ó triunfo definitivo de una misma idea. Dije no ser más que dos las escuelas, y no necesito probarlo. Los partidos liberales se reconocen à sí mismos unidos por un lazo comun y formando juntos la gran familia liberal, de la cual sólo excluyen á los por mal nombre llamados absolutistas, cuando no debieran ser llamados sino anti-liberales. Luego quedan reducidas á dos las escuelas, la de estos calumniados señores y la de la otra susodicha gran familia. Necesaria creí esta aclaracion, para que no se me acuse luego de edificar al aire, ó cuando menos sobre arena.

Empecé por desentenderme de los partidos para fijarme unicamente en las escuelas. ¿Sirvo yo acaso para gobernador ó subsecretario? No importa, se me objetó, con tal que sirvan para tí dichos empleitos. Razon convincente, repuse yo; ¿necesito empero de tales ayudas de costa? Nada quiero, pues, y por esto nada pretendo. Dejemos en paz á los partidos; así ellos nos dejasen. Mi eleccion ha de ser mas platónica: de ideas trato, no de empleos. Entre aquellas he de elegir, y aquí los apuros.

Mi educacion, mi temperamento, mi propio corazon inflamable y apasionado inclinábanme decididamente à la escuela liberal. Aún no perdidas del todo las ilusiones y generoso brio de la juventud, la palabra libertad sonaba mágicamente à mi oido, y hechizábame con su inefable belleza. ¿Qué corazon puro y noble no es amigo de la libertad? La libertad es la virtud en su más amplia expresion. Dios, que es el sér perfectísimo, ¿no es por ventura el sér libre por excelencia? (Más tarde caí en la cuenta de que no es lo mismo ser libre que liberal). Sólo las almas gastadas ó los corazones envilecidos pueden no adorarla; necesario es ser muy corrompido para aborrecerla. Y palpitaba alborozado con tan deliciosos ensueños, porque á los jóvenes, amigo lector, córrenos muy calentita la sangre por las venas, y el hervor de ella hace que

abracemos con frenesí cuanto á la vista se nos ofrece, con tal que sepa á tiempo cubrirse con manto de generosidad y de hidalguía. No ha entrado aún por nuestras puertas agrio y mal humorado el desengaño, y no acertamos á sospechar. Creí, pues, resueltamente que iba á ser liberal, y colocábame ya en la fila más avanzada, porque ante todo traíame enamorado el dictadillo de consecuente que oyera mil veces en son de alabanza. Empecé á buscar círculo en que brillar; recogí autores que me adoctrinaran, y abonéme á periódicos de subido color.

Pero... este *pero* me obliga, amigo lector, á guardar para otro dia la continuacion del artículo.

Noviembre, 1869.

III.

Mis escrupulos, o sea, Catolicismo y Liberalismo.

(CONTINUACION).



ube de dejarte con harto pesar de mi ánima, curiosísimo lector, suspenso de aquel pero cargante y remolon que nos hizo detener el paso, como á mí en la carrera de mis proyectos, á tí en la de su entretenida lectura. Su-

póngote con mediana impaciencia y mal humor como si fuese algo más que pecado venial esa, que es triquiñuela, usada ya y manoseada de cuantos por nuestro bien ó por nuestro mal escribimos para el público. ¿ Viste jamás autorcillo de revista ó de folletin que no estampase el maldito se continuará precisamente cuando ibas á dar de hocicos en el desenlace del cuento, ó cuando de resultas de un imprevisto accidente iba á estallar el trueno gordo tras el cual jadeando corrias y devorabas páginas como bizcochos? Y para que no digas que quiero autorizar mi atrevimiento sólo con ejemplos de medio pelo, ano recuerdas en qué crítica situacion deja suspensa el buen Cervantes en su Ingenioso Hidalgo la bella narracion de la batalla del vizcaino, esto es, cuando puestas en alto las cortadoras espadas, amenazábanse los dos contendientes, sin saberse quién iba á salir maltrecho de la rigurosa pelea? ¡Y entonces se le ocurre al buen Miguel perder su hilo, y hallarlo luego en los cartapacios del tendero y referirnos las razones del morisco aljamiado traductor, con todo lo demás que alli se cuenta con harta desazon y rabia de los aficionados á caballerescas aventuras! Pues no quise pegartela yo menos que tan respetables señores, y esto baste. Para eso tenemos libertad: para mutuamente fastidiarnos.

Empecé à discurrir, como en mi último te decia, pero (ya pareció la causa de la rencilla) hubieron de asaltarme al momento multitud de extrañas reflexiones. Nunca crei pudiese dar tanto de si mi menguado candil de cocina, que tal he reputado siempre mi pobre caletre oscurantista. «Eres católico, me decia con formidable acento una voz, en la que reconocí la de mi anticuada conciencia; eres católico, y tus creencias católicas debes hacer que sobrenaden siempre en ese revuelto mar de ideas nuevas en que vas á engolfarte. Eres católico, y siendo esta la única verdad cierta que posees, debe ser ella la piedra de toque con que averigües la certeza de las demás. Eres católico, y aunque mil lenguas y mil plumas te estén diciendo constantemente que puedes poner á un ladito la Religion y al otro la política como cosas muy ajenas una de otra, es lo cierto que uno mismo es el hombre católico y el político, pues no usas, gracias á Dios, alma distinta para cada negocio; además de que los grandes sistemas religiosos, políticos y sociales arrancan al fin de un mismo punto de partida y ofrecen en su desarrollo frecuentes puntos de contacto. Eres católico, y al recibir tu bautismo político no has de abjurar tu bautismo religioso, ni el nuevo nombre de pila ha de borrarte el primero que te dió la parroquia. Eres católico, luego sólo puedes admitir en política lo que ni auule, ni siquiera perjudique, ni siquiera deshonre tu catolicismo. Hé ahí tu criterio. Juzga ahora segun él, y falla luego.»

Confiésote, amigo lector, si no lo has por enojo, que empezó á desconcertarme un tantico esa voz severa y un si es no es importuna. Habia creido yo, novicio y primerizo en estas materias, que en ellas podia prescindir de toda consideracion y de toda traba. La conciencia empezaba á recordarme compromisos solemnes de que no podia en modo alguno desentenderme. Era, pues, preciso tenerlos en cuenta, so pena de echarla, como se dice, sin la huéspeda. Animoso empero y resuelto, respondíle con algun desden á mi oficiosa consejera: «Está bien, voz importuna; católico soy y no he vacilado en proclamarlo. Y lo que con el Catolicismo no hiciere buenas migas doylo por abjurado para siempre, amen. ¿Estás satisfecha, voz enemiga?» Un si enérgico y poderoso pareció resonarme en el corazon, y quedé en paz.

Y con este propósito y firme intencion empecé à aplicar à toda idea que se me presentase el referido criterio. «Sólo puedo admitir en política lo que ni anule, ni perjudique, ni desbonre mi Catolicismo.» ¡Tuvo razon, à fe mia, la voz interior à quien despechado llamé importuna y enemiga! ¡Tuvo razon!

Seré, pues, liberal, me decia; mas por de pronto no puedo admitir la libertad de cultos. No puedo suponer en el hombre el derecho de escogerse religion á su gusto. No, no puedo reconocer ese derecho que no existe, segun la doctrina católica. Respetaré á mi hermano si va errado; empero yo no puedo católicamente proteger, autorizar, ni dar derechos á su error. Debo combatirlo en todo tereno. Quedo, pues, en no admitir la tal libertad.

Veamos la de imprenta. El hombre no puede bablar lo que le dé la gana. Ni siquiera puede pensar à sus anchuras, supuesto que el Catolicismo legisla sobre sus palabras y sus pensamientos. Luego su uso no es ilimitado, sino regulado por la ley; luego no es absolutamente libre. No puedo, pues, admitir católicamente la libertad absoluta de imprenta. Lo que se llama libre emision del pensamiento, ó es una herejía ó es una necedad.

Tócale ahora su turno á la libertad de asociacion. Vamos á ver. Católicamente discurriendo, no soy libre para obrar yo solo todo lo que se me antoje. Luego tampoco lo soy para obrarlo en comivencia con otros. Luego no puedo asociarme para todo, sino sólo para lo lícito. Luego no soy libre en este punto más que en los demás. He de renunciar, pues, como católico á la libertad absoluta de asociacion.

Sufragio universal. Segun este principio, lo que opina la mitad más uno, de los hombres, eso es lo verdadero y lo justo. La mayoria es, segun esto, criterio infalible de verdad. Empero aquí me salen al paso las palabras de Salomon, que más que suyas son del Espíritu Santo: El múmero de los necios es infinito. Y háblanme à cada paso los Evangelios del corto número de los buenos, del camino angosto, etc. Luego es falso, católicamente pensando, que siempre se halle la mayoría, por ser tal, en posesion de la verdad. Menos arriesgado seria, aunque tampoco seguro, suponer-

la siempre en la minoria. Quédense, pues, los sufragios para los difuntos. Reniego del sufragio universal, que la primera vez que se puso formalmente en práctica pidió la muerte de Cristo y la libertad de Barrabás.

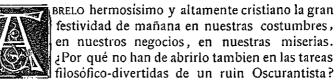
Si he de seguir, pues, pensando católicamente, no puedo admitir en mis doctrinas la libertad de cultos, ni la de imprenta, ni la de asociacion, ni el cacareado sufragio. Y esto no por los mayores ó menores inconvenientes que pueda traer consigo su aplicacion. Si me fundase en esta razon sola, no pasaria yo de ser un miserable doctrinario, esto es, hombre sin horror à las malas doctrinas y sólo con un terror mayúsculo por sus resultados; seria al fin uno de tantos que no reconocen más principios que los que pueden servirse en mesa, ni otra lógica que la de su bienestar.

En una palabra. Aquellos dogmas liberales, que son la base de la secta, anulan los dogmas fundamentales de mi fe, y yo he sentado como criterio segurisimo en mis investigaciones, «no admitir en política como verdadero lo que anule, perjudique ó deshonre mi catolicismo.»

Diciembre, 1869.

IV.

Parentesis.



Permitasele templar por esta sola vez el saborcillo agri-dulce con que procura sazonar sus desabridas verdades, que más dispuesta se halla constantemente su alma á la admiracion y á los dulces afectos que á la sátira, por muy benévola y comedida que sea. En vispera de Navidad ¿á qué oscurantista (cristiano rancio por mal nombre) le es lícito tener en los labios otra palabra? Sea, pues. Hablemos de Navidad.

La primera observacion que le ocurre hoy á todo espíritu imparcial y despreocupado es la siguiente. Diez y ocho siglos y algo más lleva ya de existencia la fiesta en cuestion, y con todo es nueva todos los años. Nueva, y sin embargo, todo lo del mundo envejece tan pronto... tan pronto que apenas puede llamarse vida el brevísimo espacio que separa su muerte de su nacimiento.

Mirad sus monumentos. Ayer los alzó una generacion; otra generacion los derriba al dia siguiente.

Mirad sus héroes. La fama levanta hoy hasta las nubes el nombre de algunos idolos afortunados; mañana los mismos que al pié de su pedestal se hincaron de rodillas, y los aclamaron hasta enronquecer, y los palmotearon con delirio, y les tejieron coronas, y les dedicaron estatuas, mañana esos mismo les abandonarán en el olvido, si ya, menos piadosos, no compensan con exagerados ultrajes su anterior exagerada adoracion.

Mirad sus instituciones. Ayer fueron el non plus ultra de la perfeccion, el bello ideal, lo mejor de lo posible; hoy una pública calamidad, la peor de las plagas sociales.

Y cuenta que hasta ahora sólo nos hemos referido á lo más permanente y duradero. ¿Pues qué, si atendemos á aquellas cosas, que de un modo especial llevan ya impreso en sí mismas el sello de volubilidad y perpetua mudanza? Las fortunas duran apenas tres generaciones, la hermosura es flor que tiene muy corta su primavera; la salud la arrebata un sutil aire colado; la vida misma... ¿Quién no se reiria ya de esta vida si no nos hiciese cavilar algun tanto la existencia de otra, que promete ser cosa más séria y de la cual la presente no viene á ser más que el prólogo?

Una esclarecida española, gran santa á la vez y gran literata, consignó el resultado de estas sencillas reflexiones en unos célebres versos:

Todo se pasa, Dios no se muda.

Y esta sentencia, con ser de mujer, ha sido el consuelo de muy grandes hombres en los momentos de espantoso vacio que deja en torno de su corazon la miseria de las cosas humanas. Estos versitos de la ilustre hija de Avila, cortos y ligeros como son, han dado pié à largas y profundísimas meditaciones.

¿Con qué Dios no se muda, amigo lector? No, amigo, no, y hay otra cosa aun. Todo lo que más directamente participa de Dios, participa tambien en cierto modo de esta su inmutabilidad ó inmovilidad, aunque esta palabra se les atragante á los discipulos y maestros de cierto progreso á quien llaman indefinido, sin duda porque nadie, que sepamos, ha podido hasta ahora darnos su definicion. Así que, como no se muda Dios, tampoco se muda la Religion, que es la obra más particularmente suya. Y lo que de esa inmutabilidad llevamos apuntado explica el fenómeno singular de que en medio de esta danza general de todo lo humano, en la cual hemos de bailar mal que nos pese, hallemos de vez en cuando algunos puntos fijos. Son los que la Religion nos ofrece.

Vienen à ser como peñascos eternamente inmóviles en medio de la corriente arrebatada de un rio; à ellos se ase con angustioso afan el náufrago que llevado de aquí para allá por las olas no halla à su rededor otra cosa de que agarrarse; así en esa precipitada corriente de los siglos y de las cosas del siglo se han acogido con ansia à la Religion y à sus verdades consoladoras los que no han querido verse arrastrados por el impetuoso torbellino. Todo pasa delante de nuestros ojos; sólo la Religion permanece fija en su lugar, inmóvil como Dios que la sostiene en su mano, serena y tranquila como quien se halla segura de su inmovilidad y fijeza.

Las Navidades celebró hace mil ochocientos años en el fondo y oscuridad de las catacumbas, mientras rugia sobre su asilo el torrente de la persecucion. Y el torrente pasó, y envueltos en el los Césares, Procónsules y Prefectos del Imperio perseguidor. Y cierto que tenian para creerse eternos, mayores motivos que Prim y Ruiz Zorrilla. Y pasaron.

De allí salió à celebrarlas rodeada de luz y de aparato en las majestuosas basílicas de Roma y Constantinopla. Otros bárbaros, no ya romanos, sino salvajes, la redujeron otra vez à celebrarlas pobre y desnuda, siempre empero fervorosa. Vencidos y subyugados los bárbaros por el ascendiente de su fe, resucita el esplendor y pompa de estas fiestas en las abadías y catedrales de la Edad media. Brilla entonces en su zénit la gloria de culto cristiano. La música, la poesía clásica y la popular, la pintura, todas las artes, en fin, depositan á los piés del Niño Jesús el homenaje de sus adoraciones, reproduciendo la bella escena de los pastores y de los Magos.

Nuestros dias han recibido la tradicion de estas fiestas en toda su pureza, y en medio de las oleadas de incredulidad que todo lo inundan, han conservado su idealidad y mística poesía. Hacen cesar la política, cierran la tienda del artesano, el despacho del comerciante y el taller de nuestros obreros. Esparcen en todos los corazones alegría inefable, ponen en los labios de todos sencillas y deliciosas tonadas, de todos sabidas, aunque por nadie enseñadas. La noche de Navidad es aún manantial de poéticas y piadosas consejas; el dia de Navidad es aún en todas partes fiesta de familia;

las fiestas de Navidad son fiestas aún en todo el universo que el sol ilumina.

Y pasarémos nosotros como han pasado nuestros padres y abuelos, y pasará todo lo que nos rodea: ideas, preocupaciones, pueblos y gobiernos, y ellas no pasarán. Y el Niño divino, que sonrie sobre nuestros altares y que llenó de alegría nuestros primeros años, será aún el regocijo de nuestra ancianidad, la delicia y el encanto de las futuras generaciones, el embeleso de los niños y de las madres, el consuelo y la alegría de todos los corazones puros.

Que no en vano canta esta noche la Iglesia unas palabras, que como ella parecen más nuevas cuanto más añejas. Toda carne es beno y toda su gloria como flor del campo. Secose el beno y cayó la flor porque el espiritu del Señor sopló sobre ellos... Secose el beno y cayó la flor. Empero la palabra del Señor permanece eternamente. Y aquellas otras que recuerda san Pablo en una de las Epistolas de mañana: Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos: Perecerán ellos, mas Tú permanecerás, y todos envejecerán como vestiduras, y como un manto los mudarás, y serán mudados; mas Tú siempre eres el mismo y tus años no menguarán.

Y este Señor inmutable, eterno, superior á toda vicisitud y á toda mudanza es el Hijo de Dios, á la vez Hijo de Maria; es el Niño dulcisimo, cuyo feliz nacimiento va á celebrar el universo, y á quien como tributo de fe, de amor y de adoracion dedicamos el presente artículo.

Vispera de Navidad, 1869.

V.

Mis escrupulos, ó sea, Catolicismo y Liberalismo.

(CONCLUSION).



o sé si te acordarás ya, lector mansísimo, de mis dudas y congojas, cuando aspirando á ser algo más que un pobre Oscurantista sin dejar de ser católico, que ahi está el difícil problema, dime á rondar por esos valles y prados de la

escuela liberal en busca de opinion política compatible con mis convicciones religiosas. Sabes que, deseoso de andarme con piés de plomo en asunto de tanta monta, exigi como absoluta condicion, que la señora que debiese serlo de mis pensamientos fuese tal que ni anulase, ni perjudicase, ni desbonrase mi Catolicismo. Llamé à la puerta de los más avanzados y respondiéronme con sus derechos ilegislables. Diieles yo que mal podian avenirse los tales con el Catolicismo, que hace gala de legislar sobre todos los derechos. Contestáronme que allá me las compusiese yo con mi Catolicismo, que era cosa rancia y de mal gusto. Y que si la Religion condenaba aquellos derechos, por suerte la habia ganado por la mano Castelar, el pontífice de los demócratas, declarandola incompatible con la libertad. Situacion franca y despejada que ni á unos ni á otros permite asomo de indecision ó de duda. Por vez primera nos hallamos en raro acuerdo demócratas y católicos en un punto importantisimo. Si, nuestra Religion es incompatible con su libertad.

Empero ni todos los liberales se llaman Castelar, ni tienen todos su lógica y su franqueza. Con sus doctrinas y las nuestras arreglan algunos un sabrosísimo pisto, para ellos más delicioso que el maná del desierto y que las ollas de Egipto. Es verdad que para ciertos paladares todo es co-

mer. Así para ciertos caletres todo se llama discurrir. «Sí, señor. Castelar lo exageró un poquito, al fin como poeta que es, por más que escriba en prosa sus ditirambos y elegías. Los católicos otro tanto, como representantes de ideas antiguas y ultramontanas. Entre Castelar y ellos ahi estamos nosotros, menos preocupados que todos y más conocedores del mundo, como menos abstraidos de él. Dicho sea esto sin menoscabo de nuestra natural modestia. Así que bueno es ser liberal, pero liberal que suene así à católico; excelente cosa es ser católico, pero católico que huela (un poco no más) à liberal. Somos el justo medio. Tomamos de unos y de otros lo necesario para vivir con cierta conveniencia. Nuestro bello ideal es el equilibrio, la equi-distancia; nuestra base de operaciones, la cuerda floja; nuestra lógica secreta y misteriosa, el balancin. Sistema completo.»

¿Quién es el guapo que toma sobre si la ardua tarea de poner en berlina à estos señores? ¿Cómo atacar principios que en realidad no existen? ¿Cómo apuntar certeramente à un blanco que á todas horas está cambiando de posicion? En la imposibilidad, pues, de examinar tan inciertas doctrinas, no cabe fijarse en otra cosa que en la práctica. Es verdad que tampoco carece de inconvenientes este procedimiento, porque sucede aqui que casi nunca es la práctica una fiel aplicación de la doctrina, fenómeno que se explica muy satisfactoriamente con sólo considerar lo vago é indeciso de esta última. Tentemos, sin embargo, este camino, que es sin duda el más expedito.

¿Cuál ha sido y es en realidad la conducta de los partidos medios de la escuela liberal en sus relaciones con el Catolicismo, ó sea, para hablar en forma más concreta, con la Iglesia católica? ¿Qué política han venido observando sus corifeos en España desde su aparicion frança en las Cortes de Cádiz, sin contar aún con sus ocultos manejos en el reinado de Carlos III? Política de injustas prevenciones contra el Pontificado, llamado con desden Corte romana; política de recelosa suspicacia contra los Obispos y demás clero; política de vejaciones contra las Ordenes religiosas, convertida más tarde en espantosa catástrofe de incendios y degüellos, catástrofe aplaudida por unos, consentida frescamente

por otros, y aprovechada como una ganga por todos. Ningun liberal está sin culpa en este particular. ¿Qué Gobierno moderado ha intentado siguiera una reparacion? ¿A quién no ha tocado una parte en el sacrilego despojo de las victimas? Política dirigida siempre á disminuir ó á paralizar por completo la influencia católica en todo lo que depende del Estado, como enseñanza, beneficencia, etc.; política esencialmente secularizadora y de consiguiente atea. Trabas en todas partes para el bien, en vivo contraste con la desahogada libertad que se otorga al mal. Abierto el club y cerrado el convento. Autorizada con públicos reglamentos la infame prostitucion, y violado primero con importunas visitas y luego saqueado y finalmente suprimido el asilo de la castidad y del pudor cristiano. ¡Porque has de saberlo, aunque te averguences, pueblo español! ¡Tu hija puede vender, si gusta, su honra y su cuerpo por cuatro reales con permiso del Gobierno, y contando con su protección en caso de atropello; no puede, empero, dedicar su corazon á Dios con votos religiosos porque... jel Gobierno lo tiene prohibido!!! Porque la pública ramera que envenena tus costumbres y puebla tus hospitales puede vivir de su oficio. ¿Por ventura no es ciudadana? ¿Y no es sagrado por la Constitucion su hogar ó su burdel? Mas la monja no puede vivir de la dote que recibió de sus padres ó de la caridad, porque sus oraciones puras y silenciosas son un atentado contra la nacion española. ¡Gran Dios! Y en España ha llegado hace cuarenta años á ser esto cosa tan corriente y natural como cualquier otra; y se ve todo esto y se lee sin escándalo; y en la crónica local de un periódico grave sesudo y conservador, pero liberal, se refiere friamente, sin calificativo alguno, al lado de las raterias de los cacos, y de los perros sin bozal, la supresion de siete conventos, la expulsion precipitada y cruel de desvalidas señoras; y cuando todo presta materia á gravísimos artículos, ni un artículo se escribe sobre esto... porque ¿quién se atreve à hablar en pro de monjas y de conventos en un periódico liberal? ¿Será preciso echarse encima la fama de neo por cosas de tan poca sustancia? ¡Cierto que harto se hace con no aplaudir! Y esta misma conducta prudente han observado todos los periódicos conservadores

liberales en estas ocasiones. Si hubiesen sido por fortuna católicos á secas, hubieran tronado contra la iniquidad en defensa de la Iglesia. Lo de liberales les impuso deberes de prudencia. Dios se lo perdone.

Este Liberalismo, digome de consiguiente yo, querido lector, no anula mi Catolicismo, es verdad; empero ¿no le perjudica? ¿no le deshonra? ¿Se puede estar á un tiempo con los perseguidores y con los perseguidos?

Atiende, finalmente, à una observacion. La historia imparcial y serena de nuestra patria en lo que va del presente siglo consigna los siguientes preciosísimos datos. Nada de liberalismo, nada de hostilidad contra la Iglesia. Algun liberalismo (como en Cádiz), alguna hostilidad contra la Iglesia. Sumo liberalismo, suma hostilidad contra la Iglesia, Los crecientes y menguantes de la libertad marcan perfectamente como el mejor termómetro los de la paz de la Iglesia en sentido inverso. El moderado se contenta con inquietarla y desamortizarla decorosamente. El unionista la pone en ridículo por boca y pluma de Lorenzana y del Diario Español. El progresista la insulta por las calles, la mata de hambre y sienta fuertemente la mano sobre ella, segun gráfica expresion de Ruiz Zorrilla. El republicano la separa del Estado, ya que no puede de la tierra; demuele la parroquia, funde las campanas, ataca la virginidad de Maria, y no hallando ya otra cosa que desamortizar, desamortiza á Dios por boca de Suñer y compañeros. ¡Qué rareza! ¡No parece obedecer esta escala á una exacta ley de proporciones?

Y bajando de los Gobiernos à los individuos no es muy comun entre nuestro sencillo y sensato pueblo calificar y graduar tambien en órden inverso, las creencias religiosas de muchos hombres por el color de sus opiniones liberales? Salvas rarísimas excepciones, porque en todo las hallamos, hay federal que rece el Rosario? ¿hay progresista que ayune y tome Bula? Resbaladiza es la materia, y preferimos acabe de desarrollarla cada uno à su placer. Sólo quiero añadir una última preguntita. ¿Por qué razon hemos ya à priori de ser llamados neos todos los que rezamos, comulgamos, visitamos las Cuarenta Horas, ganamos indulgencias y traemos rosarios en la faltriquera? ¿Por qué causa sin otros an-



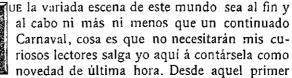
tecedentes se nos califica luego de reaccionarios? ¿No es por ventura porque la experiencia ha demostrado, áun á los más prevenidos, la verdad de la siguientes ecuaciones: más liberal—menos católico; más católico—menos liberal?

Ahí tienes, lector, mis escrúpulos; sácame, por caridad, de ellos. Aunque por el gesto que vas poniendo harto preveo tendré que quedarme al fin con mi oscurantismo á cuestas. Excúseme mi buena fe.

Enero, 1870.

VI.

Carnaval.



revolucionario que allá en la cuna del mundo dió bajo la mascara de serpiente el primer consejo liberal a nuestros benditos primogenitores, exhortándoles á pronunciarse nada menos que contra Dios, hasta aquel último que, segun las santas Escrituras, aparecerá al fin de los tiempos bajo la máscara de profeta, supremo esfuerzo de Satanás contra la obra de Cristo; la marcha de la humanidad, de tejas ó de cielos abajo, viene llevando trazas, más que de otra cosa, de verdadera mascarada. Sin necesidad de echarnos á rondar por esos campos de la historia en busca de lo que se encuentra uno à cada paso, con salir à la calle se ofreceran à la vista sobrados ejemplos de esta verdad. ¡Cuántos rostros alegres, máscara de corazones despedazados! ¡Cuánta tranquilidad, máscara de horribles remordimientos! ¡ Qué blandas palabras, máscara de siniestros intentos! ¡Qué huecas frases de relumbron, máscara de molleras vacías! ¡Cuánto aplomo doctoral, máscara de supina ignorancia! ¡Cuánta máscara, mascarilla ó mascaron agitándose y coleando y brujuleando por esos mundos de Dios!

A bien que no quise yo hablarte de este Carnaval al poner hoy esta palabra por epigrafe de mi artículo; sino de otro, si más reducido, no menos curioso. Diez y siete meses lleva nuestra patria de bulla y regodeo, de máscaras y disfraces, de música chillona, de huevo de harina, de sacarle al prójimo la pecunia con caña larga ó sin ella, de berrear unos, de hacer su agosto otros, de fastidiarse los más y de aprovechar-

se los menos. ¿Qué algazara mayor que la de nuestras graves Constituyentes? ¿Qué música más profundamente característica de Carnaval que la del himno de Riego? ¿Qué caña de pescar más larga y aprovechada que el larguísimo y aprovechadísimo Figuerola? ¿Qué huevo-proyectil más hueco que un discurso de Castelar?

¿Y máscaras? ¿Máscaras dijiste? ¡Pues, señor, no es nada lo del ojo! Sueltos andan por ahi y desatados los tres enemigos del alma (del cuerpo tambien, si va á decir verdad), alegres, retozones y vivarachos bajo nombre y disfraz de Derechos individuales.

Grave, sesudo, muy hombre al fin y muy formal, el espiritu revolucionario de ciertas gentes se ha disfrazado bajo las apariencias de *Orden liberal*. Afecta á veces holgada y cumplida vestimenta de los tiempos antiguos (áun que de ellos reniegue), y arrebózase cuidadoso á fin de ocultar viejas manchas de sangre religiosa, que no acertaron á quitar en treinta y cinco años todas las soluciones químicas de los quitamanchas doctrinarios. ¡Fresca se está alli y acusadora la sangre como aquel primer dia ó noche de infausta memoria!!!

Machucho y solapado, con una intencion como un toro, revuelve archivos y espía armarios de sacristía el séptimo mandamiento en traje y máscara de *Incautacion*.

Ni le va en zaga su señor vecino don Sexto, haciéndose del tímido y del vergonzoso, porque no acierta á cubrir su carne viva con el manto transparente de Matrimonio civil.

Compradores de fincas sagradas y herederos forzosos de monjas hambrientas pasean esas calles envueltos en sendos dominos de legalidad. ¡Picarillos! ¡Y han adoptado por conveniencia el disfraz de *Conservadores!* ¡Toma si lo sabran conservar!

Picándoles están la retaguardia, un si es ó no es impacientes, huestes innumerables de torva faz y codiciosa mirada, rotas y despedazadas y harapientas, sin ley, sin hogar, sin templo, al grito de ¡Guerra à Dios! Sus jefes les han enseñañado á clamar ¡Viva la república! Discipulos indóciles, lo transforman ellos en ¡Viva la Reparticion! que es voz más sonora y menos abstracta. Este grupo de la comparsa no está aún aqui... pero se le ve venir sin necesidad de anteojo, y óyese ya de vez en cuando su formidable rugido.

Vistese entre tanto el otro de Sufragio universal sin ser en el fondo más que juego universal de cubiletes y universal apaleamiento de electores.

Culto-libre va pregonándose aquel, encubriendo malamente su verdadero traje interior de culto-ninguno. ¡ Abajo los templos!

¡Seguridad personal! ¡ Auto de juez! ¡ Habeas corpus! ¡ Hermosísimas máscaras! ¡ Guarda, Pablo! ¡ Sus manos de hiena destilan aún la sangre inocente de Montealegre!!!

¡Te conozco! ¡Te conozco! máscara de máscaras, palabra de palabras, maula del siglo, tema obligado de patrióticas alocuciones, socorrido comodin para toda pieza de literatura política al uso, piedra filosofal de la moderna alquimia, Progreso, en fin! Háblanos claro por caridad. Progresamos; ¿hácia dónde? ¿adelante ó atrás? Progreso; ¿y en qué? ¿En libertad? Pues no, mis abuelos no necesitaron rewolver como su nieto para salir à la calle. ¿En moralidad? Dígalo la estadística de fraudes y asesinatos. ¿En ciencia tal vez? Dos siglos atrás no escribiamos gacetillas y filosofía divertida, es cierto; trabajábamos empero monumentales in-folios. ¿En letras? No eclipsará éste de fijo al siglo de Cervantes y de fray Luis, ni reinan ya en la escena española Lopes y Calderones, sino los bufos y el can-can. ¿En artes? Pues no me parece cosa de ayer el Escorial, ni fueron progresistas, á lo que entiendo, Murillo, Velazquez y Ribera. ¿Progreso, eh?¿Con qué progresamos?; Ah!; quién nos diera retroceder!

Y tú, hermosisima y sin par Dulcinea de la andante quijotería liberal, que como la otra del Toboso tienes el don de aparecer frecuentemente transformada en rústica è inconsciente villana por obra y gracia de malignos encantadores, dama siempre traida en boca y siempre invocada sin que te hayan visto jamás tus solícitos Amadises, como tampoco vió jamás á la suya el valeroso manchego; Voluntad nacional..., ¿ qué eres tú al fin sino máscara del peor gusto, siempre dispuesta á ocultar ambiciones y á ser arrojada luego con desden en pago de tus leales servicios? ¿ á quién le fuese dado ver un momento siquiera tu verdadera y real fisonomía? ¿ Qué dia contemplarémos desnudo tu rostro, cual Dios lo crió, sin caretas, afeites ni postizos que te afean y desfiguran? ¡ Qué

dia será lícito exclamar: ¡Hé ahi la verdadera voluntad na-- cional, española, católica, sin máscara!

Tú, oh pueblo, tú eres el gran mascaron que á tanto malandrin has servido y sirves de pantalla para el logro de sus fines. ¿A quién con más derecho corresponde la presidencia y puesto de honor en esta brillante mascarada? Idolo te ha llamado no sé quién, y no anduvo á fe mia descaminado. Pues ¿qué era el idolo sino máscara del falso sacerdote? ¿Quién engullia lo mejor y más suculento del sacrificio? ¿En qué manos paraban las ofrendas? ¿Quién urdia y daba en nombre del monigote los dudosos oráculos? Pues otro tanto eres tú. Tú hablas ¿no es verdad? por boca de Prim y Rivero y camaradas, y por tí y en tu honor cobran sus ministeriales propinas. Y por tí se desvelan y sufren ¡ pobrecitos! la pena negra en aquellos sillones de espinas. ¡Y todo por tí, por el pueblo, por puro amor al pueblo!

Basta, basta, lector; ¿quién no sale mareado y aturdido de esta mogiganga? ¡Vahidos me da contemplar tan infernal Babilonia! Ahí va por contera una observacion, y concluyo.

¿Viste todos los años al acercarse la última hora del último dia de los tres de Carnaval, viste, digo, en nuestros paseos, salones y teatros aquel agitarse y rebullirse las máscaras con desusado frenesi, que no es sino el que dan las convulsiones de la agonía? Reparaste aquella fiebre, vertigo ó delirio con que se aprovechan los últimos momentos del plazo fatal, aquel loquear, y hablar por los codos, y no acabar la frase comenzada, y chillar, y no entenderse... y cesar de repente todo con el miércoles de Ceniza, frio, severo, aplastador, como la losa del sepulcro cuya imagen trae à la memoria? Estate, pues, quieto, que segun anda revuelto y alborotado nuestro gran Carnaval, no puede andar lejos el dia de Ceniza, y no ha de faltar ¡vive Dios! Rey ó Roque que mal que nos pese nos la ponga á todos en la frente. Nada sé del porvenir ni quiero meterme à profeta. Consulta, empero, la historia, maestra de la vida, y te dirá que en lúgubre dia de Ceniza han venido à parar siempre tan locos Carnavales.

Febrero, 1870.

VII.

La Desamortizacion.



AJADERÍA parece ya discurrir en pró ó en contra de este dogma liberal por varias razones. Primera. Porque con lo que sobre esto se ha escrito y se ha hablado de cuarenta años á esta parte, paréceme puede darse el punto por su-

ficientemente discutido. Bajo el aspecto legal, basta conocer los rudimentos del Derecho, saber lo qué es propiedad, los varios modos de adquirirla y cuáles sus caracteres esenciales para calificar à la desamortizacion, en teoria, de herejía juridica, y en práctica, de robo formal, ya que en todas las naciones se ha calificado así el acto de quitar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Segunda y principal. Porque recogidas por la actual Revolucion ó mejor por los actuales revolucionarios las últimas migajas del patrimonio sagrado salvadas hasta ahora de la rapacidad liberal, ocioso es discutir si puede ó no puede un ministro apoderarse de lo que en realidad ya no existe. Dios en sus inescrutables juicios ha querido volviese la Iglesia à lo que fué en sus primeros siglos, pobre, mendiga, y sobre pobre y mendiga, perseguida. Sin duda va disponiendo las cosas para que al librarse entre la Revolucion personificada en el Liberalismo, y la Revelacion personificada en la Iglesia, la última tremenda batalla que empiezan à prever todos los hombres pensadores, nos hallemos los católicos en la mejor situacion para combatir, nudi cum nudo, desnudos, sin tener ya que perder otra cosa más que la miserable vida que tantas iniquidades llegarian à hacernos hasta odiosa, si no la alumbrase con vivisimos resplandores la esperanza de otra mejor.

¡Seriote y quejumbroso se muestra hoy el Oscurantista! Sí, por cierto, y convengamos en que no están los tiempos muy para otra cosa. La risa cuesta hoy un esfuerzo hasta á los más risueños; y áun cuando á los labios asome, no es siempre evidente señal de que salga del corazon. Hay risa más amarga que las mismas lágrimas. Y sirva esto de explicacion suficiente al que no acertare á darse cuenta de mi ordinario buen humor.

Hoy no quiero discutir, pues, si es licita ó no la desamortizacion, sino sacar de ella utilisimas lecciones. Mi intento es seguir presentando bajo su verdadero punto de vista al Liberalismo, y contribuir à que se ensanche más y más cada dia el hondo abismo que va separando felizmente à católicos de liberales. Mi argumentacion es la siguiente, más clara que vino de taberna y más contundente que porrazo liberal.—Todos los liberales son y han sido desamortizadores.—Todo desamortizador es anti-católico. — Luego... saquen Vds. la consecuencia.

Todos los liberales son y han sido desamortizadores. Aún cuando no se hallase el despojo de la Iglesia en el programa de administracion de todos nuestros Gobiernos liberales, ahi están en nuestra historia los hechos, por desgracia mucho más elocuentes que las palabras. El moderado más pancista ha sido en desamortizar tan furioso como el progresista más alborotado. Aquellos amigos del órden á quienes escandalizaron siempre el himno de Riego y los desahogos de la Soberanía Nacional, convirtieron en quintas y fábricas los conventos semi-derruidos que la plebe por ellos atizada incendió, y que ellos compraron casi de balde si ha de creerse á la declaración no sospechosa de Ruiz Zorrilla. El periódico liberal, cualquiera que sea, si no abogó por el saqueo, contribuyó à él con la complicidad del silencio. Del patrimonio sagrado producto de la caridad privada y sosten de la beneficencia pública y del culto divino, puede decirse lo que de Cristo crucificado cantó un poeta:

Todos en El pusisteis vuestras manos.

Las más limpias de este pegajoso pastel son ciertamente las de los republicanos, á quienes sus sensatos y morigerados enemigos nada han dejado que pelar, como no sea el pellejo de los curas. Es verdad que en cambio ¡justicia de Dios! los republicanos dan muestras hoy de ser más aficionados al pellejo de los propietarios que al de los curas, sin duda por más jugoso y nutritivo. Como quiera que sea, no son los republicanos quienes han dejado sin caldo á los enfermos del hospital, sin nodriza à los expósitos, sin casa y sin dote à las monjas, sin culto á las iglesias, sin el solar siguiera de sus abrasadas viviendas à las Ordenes religiosas. Moderados fueron los que aprovecharon los desastres del 35 y del 36, moderados fueron los colonos convertidos en dueños gracias al feliz incendio del archivo, los censalistas libres de la carga del censo por igual procedimiento, los que convirtieron la iglesia en establo de bestias, en pajar ó en depósito de los frutos de sus mal adquiridas haciendas. ¡La he visto, la he visto (¿y qué ojos tan felices no la vieron?) á la hermosa nave, á las desiertas capillas, tostados aún por el incendio sus altares, velando aún como eterno centinela el va mudo campanario. sonriendo aún en la puerta ojival y en los arranques de las góticas arcadas los grupos de ángeles que para más noble destino labró la mano piadosa del artista cristiano! ¡La he visto la casa de mi Dios hecha cuartel, almacen ó casa de baile, resonando los cantares inmundos y las risotadas obscenas donde sólo se oyó durante muchos siglos la mística salmodia de las virgenes del Señor y el rumor apenas perceptible de sus gemidos y oraciones! ¡Y moderados, unionistas y progresistas, es decir, liberales de todo color, habian dispersado aquellos ángeles de la tierra, y habian incendiado el altar y horadado la bóveda y turbado la paz de las tumbas y profanado las cenizas y saqueado las alhajas y alquilado el local á los empresarios de bailes domingueros, á los expositores de fieras ó á los almacenistas de cualesquiera materias! ¡Feliz, feliz el templo del cual no quedó piedra sobre piedra! No vió al menos escarnecidas sus venerables ruinas. ni sirvió de monumento eterno del catolicismo de nuestros católicos liberales! Mas no... vale más así. Las generaciones, y en particular la presente, aprenderán allí verdades que la historia falsificada querrá en vano ocultar. ¡Cuántos jóvenes han aprendido á maldecir la libertad liberal contemplando las tristes ruinas de la hermosa iglesia que ha de atravesar el estudiante para penetrar en los claustros de nuestro convento-universidad! ¿Qué espectáculo más elocuente pudimos ofrecerles jamás nosotros que el que les ofrece todos los dias el mismo Gobierno? ¿Qué mejor cátedra y qué mejor leccion de anti-liberalismo pudimos jamás desear en aquel establecimiento de enseñanza oficial?

Ya ves, lector amantísimo, si te dije con razon que no era posible librar á ninguno de los partidos liberales de nuestra pobre patria de la fea nota de demoledor y desamortizador. ¿Pueden compadecerse estos dictados con el de católico? Verémoslo, Dios mediante, en el siguiente artículo.

Febrero, 1870.

VIII.

La Desamortizacion.

(CONCLUSION).



han merecido tu atencion, carísimo lector, las humildes conferencias que con mayor deseo de acertar que seguridad de conseguirlo, viene dirigiéndote muy de tarde en tarde este pobre Oscurantista, recordarás que daba por

demostrada, en mi última de no sé cuándo, la primera parte de cierto silogismo que descuidadamente hubo de caérseme de la pluma como funesto resabio de mi anticuada educacion y de mis escolásticas preocupaciones. ¿A quién, en efecto, sino à un Oscurantista, se le ocurre meter silogismos en un periódico? A mí por lo menos causóme el caso igual extrañeza que si hubiese visto emparejados à un familiar del Santo Oficio y á un teniente de voluntarios de la libertad. ¡Ya ves si tendria admiradores la tal graciosa pareja!

Dejando empero á un lado tales frivolidades (que no sientan bien á mi gravedad) (aunque has de saber que me nuero por los paréntesis y digresiones) (como lo estás viendo al presente), recordarás, digo, que dejé por suficientemente demostrado que todos los partidos liberales de nuestra patria eran, á cual más, desamortizadores. Ni ellos han pretendido jamás ponerlo en duda, ni se atreverá á intentarlo cualquiera que durante treinta y cinco años haya tenido ojos para verlo y lágrimas para llorarlo. Como los soldados paganos (no se refiere que hiciesen tal los judíos) se incautaron al pié de la cruz de los vestidos del Salvador y acabaron por repartirselos en familia, á girones han ido arrancando estos católicos de España su túnica secular á la Iglesia, despojándola del manto esplendoroso con que á la vez que

se presentaba radiante de majestad y de grandeza en su culto, abrigaba y prestaba suavisimo calor á tantos y tantos hijos suyos en mil instituciones, sustento de la indigencia, luz de la ignorancia, educacion del pobre, edificacion y ejemplo de los poderosos. Culto é instituciones que nuestro siglo ha visto desaparecer, hundiéndose, no en el seno de la tierra por efecto de violentos terremotos, sino en la faltriquera de algunos (llamados ahora por sarcasmo conservadores), à beneficio de la rapiña legalizada con el nombre de Desamortizacion. Y estos conservadores que alegremente se han repartido la túnica de Cristo, claman ahora á la Religion que amanse las iras de los que, por terribles juicios de Dios, les piden la parte en el sacrilego despojo, y que no pudiendo obtenerla de gracia, amenazan con arrancarla de por fuerza con nueva y más expedita manera de desamortizar. Un ministro célebre por la franqueza de sus confesiones lo ha dicho en un momento de mal humor. No fueron las casas de los carlistas las saqueadas en Valls, fueron las de los liberales. Es muy natural. A tales maestros tales discipulos. ¿Si Dios ha permitido el despojo de la Iglesia Esposa suya, será por ventura cosa imposible que permita el despojo de los despojadores y de sus cómplices? No justifico al socialismo, líbreme Dios de tamaña biasfemia: no hago más que explicármelo. A él somos arrastrados por el torrente revolucionario, cuyos rugidos acaban de hacer estremecer los mismos cimientos de un imperio poderosisimo. Fuerzas humanas no pueden contenerle. El dedo de Dios podria obrar este prodigio. ¿Por qué duerme Dios ó hace del dormido? ¿Es por ventura porque haya gravisimos crimenes sociales, que con gravísimas catástrofes sociales deben ser expiados?

¡Valgame Dios, lector, con mis digresiones! Es este mi flanco débil, y vaseme tras ellas la pluma sin poderlo remediar. Nada quise decir de lo dicho si ha de quitar à alguien su bendito sosiego. ¡Fuera! ¡Fuera! como dice un personaje acosado por los remordimientos en cierta tragedia. Lo hecho hecho, y venga lo que Dios quisiere, y pelillos à la mar. ¿No es esta la mejor manera de consolarse? Nadie quita que sea por lo menos la más cómoda.

Propúseme hoy carear en cierto modo la teoria desamortizadora con el Catolicismo, para deducir que no puede haber desamortizador-católico, ni de consiguiente católico-liberal. Y voy á la prueba.

La teoría desamortizadora ataca en su esencia misma al Catolicismo. El Catolicismo es esencialmente sociedad visible, exterior, esencialmente necesitada de templos para el culto, de ministros y altares y utensilios para el templo. No se concibe el Catolicismo ó doctrina católica realizada en la tierra sino con estas condiciones. Ahora bien. El partidario de la desamortizacion concede al poder civil (llámese éste Neron, Juliano, Enrique VIII ó Montero Rios) derecho para anular este Catolicismo en su existencia exterior y visible, como quiera que le conceda un derecho de incautacion, sobre todo cuanto constituye ésta su existencia exterior. Suplícote leas otra vez estas líneas, y te fijes en la fuerza de la argumentacion.

Dirás: ¡Exagerais la extension de aquel derecho! No exagero; no hago más que exponer las consecuencias del principio desamortizador. Si dices que tiene derecho el Gobierno para apoderarse del campo (legalmente adquirido) cuyos réditos mantienen encendida la lámpara, has de reconocerle un derecho sobre la misma lampara, y más si es de plata. Porque igual origen é igual destino tenian aquel campo y aquella lámpara. Si el Gobierno puede apoderarse de la lámpara, ¿por qué no del altar ante el cual ardia, sobre todo si tiene cuadros que valgan dinero? Y si puede cargar con el altar, ¿por qué no puede demoler el templo, sobre todo si estorba para las luces y vistas de algun honrado vecino que pague bien? Y si tiene derecho para derribar un templo, lo tiene para derribarlos todos; y si lo tiene para incautarse de la lampara, lo tiene tambien para fundir las campanas, cruces, copones, cálices, incensarios y ciriales, y hasta para fundir en el horno el oro que se entretejió ó bordó con la seda de los ornamentos sagrados. Y no hay que hacer aspavientos de esto, que tales derechos hemos visto ejercidos en España por los católicos-desamortizadores. Veas, pues, si acerté en decirte que el que admite la Desamortizacion da al poder civil el derecho de borrar el Catolicimo de la faz de la tierra, ya que no puede del fondo de los corazones. Y este derecho nadie lo tiene, amigo mio, ni Rey, ni Roque. Porque Cristo à nadie pidió permiso para establecer en el mundo su Religion; antes la estableció à despecho de todos, de príncipes y de pueblos. No tienen, pues, los principes ni los pueblos derecho alguno sobre la obra de Cristo, y el que intente concedérselo, està fuera del Catolicismo.

¿Has comprendido bien ahora lo que significa desamorti-¿ar? Pues vale tanto como decir: Existencia de la Religion en manos del Estado; derecho absoluto de éste sobre la Religion. Es darle al Gobierno facultad para decir à los católicos: «Teneis altares porque quiero yo, y templos y campanas y luces y sagrarios è imágenes porque yo lo permito. Y tengo derecho para no permitirlo, porque puedo lícitamente demoler vuestros templos, derribar vuestro altar y fundir vuestros vasos sagrados, porque todo este material del culto, esta riqueza no es vuestra, sino mia, del Estado, aunque la hayan costeado vuestra piedad y vuestras ofrendas.» Esto significa el vocablo Desamortizacion.

Hé aguí considerada la cuestion bajo el solo punto de vista religioso, aun sin atender à las razones jurídicas por las cuales la Iglesia tiene respecto à su propiedad mueble é inmueble, igual inviolable derecho que cualquier otra corporacion. Quise manifestarte que la Desamortizacion no es solamente jurídica y económicamente falsa, sino aun teológicamente anti-cristiana, anti-católica, como quiera que supone à la Religion de Cristo esencialmente dependiente en cuanto á sus manifestaciones exteriores de la voluntad ó capricho de un gobernante, y más aún, esta subordinacion y dependencia la supone licita y legal. Y esto es anti-católico. Es protestante. Es la absorcion implicita ó explícita de la Iglesia por el Estado. ¿Será, pues, católico el desamortizador aunque quiera serlo? ¿Y se atreverá á llamarse católico el liberal que, como has visto, es y ha sido en todos tiempos desamortizador? Católico-liberal equivale de hecho á católico-desamortizador. Católico-desamortizador equivale en el fondo de las doctrinas á católico-protestante.

Y ¿habrá quien se atreva á adoptar en serio el primero de estos dictados, sabiendo el veneno que da de sí, como se

le exprima y estruje algun tanto para sacarselo? No dudo que algunos pocos liberales inconscientes (ya que hoy goza favor tal palabrilla) serán excelentes y piadosos católicos, tal vez mejores que yo. Estos frutos suele dar la inconsciencia; hacer compatibles los mayores absurdos. Quien, empero, conozca medianamente el valor de las palabras y la filiacion de las ideas, ¿podrá creerse jamás á un mismo tiempo verdaderamente católico y verdaderamente liberal? A tu ilustrada consideracion abandono este problema.

Febrero, 1870.

IX.

Castelar.



AL avenida con sus propios intereses é impulsada indudablemente por la corriente de nuestro siglo, que califica de más liberal y democrática una doctrina cuanto es proporcionalmente más anti-católica, la minoría republicana empren-

dió desde los primeros dias de su presentacion en las Constituyentes suriosa campaña contra la Iglesia, sin que el mismo Dios quedase libre de sus irreflexivos ataques. Desde Pi y Margall, que marea con su abstrusa metafísica racionalista, hasta Roque Barcia, que divierte con su buen humor y sus sainetes; Ouintero empeñándose en no ser ni crevente ni ateo, es decir, manteniéndose en un medio término entre el si y el nó que Su Señoria acertará á comprender, pero que nuestro oscurantismo no alcanza; Robert declarando en nombre de la libertad de conciencia que prohibirá á su mujer y á sus hijos el Catolicismo; Suñer atacando con viejísimos y mil veces deshechos argumentos la virginidad de Maria, à propósito de la unidad católica; ofrecen juntos una sin par galería de incrédulos de distintos colores y matices, el incrédulo de gabinete, el incrédulo del club, el incrédulo de tertulia, el incrédulo de plazuela, etc., etc. Con esto hemos alcanzado tambien perfecta idea de cuanto puede dar de si la impiedad en esta tierra de España. Consolémonos, pues nos sobran para ello suficientes motivos. Cada perorata anti-católica pone de relieve dos cosas que hace siglos sabia ya el mundo, que ahora empero conviene traer muy á menudo à la memoria. Primera: Lo muy alto que se halla colocada la Religion para que pueda ser derrocada de su inmortal asiento. Segunda: La corta talla de sus enemigos al medirse con ella, por más que se les conceda por otra parte copioso caudal de erudicion, solidez de raciocinio y torrentes de elocuencia, que no es poco conceder.

Uno hay entre estos desdichados que no excita odio ni mueve à risa como los demás. Siéntese por él instintivamente no sé qué linaje de cariñosa simpatía,... es jóven... y tiene sin duda imaginacion riquisima y gran corazon. Siente todo lo que hay de bello, de verdadero y de arrebatador en el Catolicismo... ¡Apostaríamos cualquier cosa que hasta le ama á su modo! Ha escrito sobre él páginas brillantes, y de sus misterios y de su culto nos ha dejado cuadros espléndidos, admirablemente coloreados, con retoques y esmaltes de púrpura y de oro.

Su fantasia inquieta y atrevida ciérnele constantemente en una region ideal, más ideal muchas veces de lo que al carácter práctico de ciertos asuntos conviene. El nos lo confesó sin que se lo preguntásemos: no puede ser protestante porque le hiela el protestantismo; conserva de su niñez, y de su madre, y de sus rezos, y del altar, y del órgano, y de las imágenes, dulcisimas reminiscencias que resuenan en su corazon como ecos lejanos que la gracia ingeniosa utilizará tal vez un dia en bien de su pobre alma. Y sin embargo, este hombre aprovecha toda coyuntura para difamar y envilecer lo que tan amorosamente pinta y que de consiguiente tan delicadamente debe de sentir, y si la ocasion no se le brinda, búscala afanoso y la trae por los cabellos y, quieras que no, saca la Religion de sus padres á la abrasada arena de los debates parlamentarios y maldisfrazándola con asquerosos harapos que va recogiendo acá y allá en la historia, se complace en presentarla à la pública ignominia y decirle al pueblo español: «¡ Esa es la Religion que adoras! ¡ Avergüénzate de ella!»

Hace poco, en una sesion que ha llenado de tristeza nuestra alma al mismo tiempo que nos hacia prorumpir en homéricas carcajadas, no quiso el infeliz ser menos que Roque Barcia, y habló tambien de santa Brígida... ¡qué gracia!... y de si Vinader ayunaba ó no por ella... ¡pobrecito!... y luego tomando pié de una palabra de éste sobre la Edad media, la emprende contra el siglo X, encajándonos uno de los cuadros de su repertorio, cuadro sombrío, aterrador, espeluznante,



© Biblioteca Nacional de España

con su *Dies iræ* y todo, admirable, y sobre todo originalisimo, porque todo es suyo en él y de propio caudal... hasta los hechos. Porque Castelar no solamente sabe de historia lo que los demás catedráticos, esto es, explicarla; sino, lo que es más ingenioso, componerla. Y ya antes habia dicho (olvidándose, como el peor de sus alumnos, de Diocleciano y de Juliano), que la Religion debia su planteamiento y sosten á los poderes de la tierra, y otras lindezas de este jaez que le valieran á un pobre diablo nota de reprobado en cualesquiera exámenes de prueba de curso.

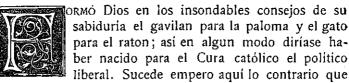
¡Lastimoso extravio! ¡Vergonzoso afan de popularidad aun cuando para obtenerla sea preciso violentar los más puros sentimientos y desmentir las más arraigadas convicciones! ¿Con qué la Iglesia debió su nacimiento y debe actualmente su existencia à los poderes de la tierra? Si, y à eso tiraba sin duda Neron cuando encendia cristianos embreados como pajuelas para alumbrar sus festines; eso pretendia cuando degollaba à Pablo y crucificaba á Pedro. Para eso sirvieron admirablemente los potros y los garfios, y à eso avudaron con todo el furor de sus garras y colmillos los leones y panteras del anfiteatro. Los emperadores romanos de los tres primeros siglos añadirémoslos en adelante á la lista gloriosa de los apóstoles, y como ellos tendrán su lugar en los altares. ¡Qué historiadores y qué historias! ¡Si creerá Castelar que nos mamamos el dedo! Y luego si el siglo X es el siglo de hierro débese sin duda a la Iglesia, que lo hizo tal con su supersticion y su ignorancia. Pues, señor, ano nos han dicho mil veces los mismos protestantes que en aquel siglo sólo la Iglesia supo leer y escribir, sólo ella supo labrar los campos y componer libros, sólo ella posevó conocimientos científicos, sólo ella mostró el sentimiento del arte que resplandece aún en sus esculturas? ¿No organizó la beneficencia creando hospitales? ¿No puso el gérmen de las universidades en las modestas escuelas de la catedral y del monasterio? ¿No conservó ella la tradicion literaria en el fondo de sus bibliotecas, cuando nadie en Europa sabia más que batirse á pié ó á caballo? ¿No mantuvo encendida la luz que en otras manos hubiérase apagado con el aliento feroz de la barbarie que asolaba las antes florecientes provincias del Imperio? Y Castelar sabe esto, porque es catedrático de historia y ganado lo tiene en rigorosa oposicion. Y no obstante, no sólo lo calla, sino que lo desmiente pensando tal vez que su relumbron y sus raptos líricos podrán más que el testimonio imponente y magnifico de la historia-verdad.

Otra vez lo decimos; no odio sino compasion nos inspira S. S. No habla en él la ignorancia como en otros, ni el prurito de destruccion y de amontonar ruinas. Queremos atribuir à desvanecimiento sus imponderables desatinos. Lleva andados algunos pasos en un mal sendero, y el amor propio, el maldito orgullo que oscureció la privilegiada inteligencia del angel, traele à él ciego y desatentado y le impide retroceder. Quizá le fuerzan á ir siempre adelante compromisos horribles y tal vez el mismo espantoso vacío que siente en su corazon. Tememos que muchas veces sea la misma desesperacion quien le hostiga. Tal vez despedazado por los remordimientos, cree sobreponerse á ellos desafiando al cielo con nuevas impiedades y blasfemias. Tal vez se agita y forcejea y se retuerce bajo la mano vigorosa de Dios que por este medio le hacesentir su existencia, que el infeliz todavía no se atrevió à negar. ¡Díchoso él si logra un dia oir aquella voz mansísima que trocó en apóstol à un perseguidor: ¿Por que me persigues? ¡Dura cosa es para ti dar coces contra el aguijon!

Marzo, 1870.

Χ.

Curas y liberales.



en las especies enemigas anteriormente citadas. El raton es la víctima del gato y la paloma lo es del gavilan por su respectiva debilidad é impotencia. El Cura es la víctima del liberal precisamente por su poder é influencia incontrastables. El Cura es el espantajo del liberal, su aterrador fantasma, su negro bu; allí donde el prudente militar sueña emboscadas y el viajero medroso salteadores de su bolsa, el liberal sueña Curas, armados ¡horror! de piés á cabeza con sendas sotanas y solideos, desenvainado y centelleante el fiero Crucifijo, capitaneando con marcial ademan ejércitos de devotas y sacristanes. Y á tales enemigos tráelos constantemente el liberal entre ceja y ceja, y son su pesadilla y su mal humor y su eterna desazon y su inquietud y desvelamiento.

De casta le viene al liberal pur sang esta su clerófoba manía. Si es verdad, como confiesan los órganos más autorizados del partido, que la libertad de hoy es hija ó nieta por lo menos del primer grito liberal de Lutero pasando por Voltaire y la Convencion, todos sabemos cómo al clero católico trataron los abuelos, para que ni un momento siquiera nos asombren las diabluras anti-católicas de su traviesa descendencia. Los libertinos solterones del siglo XVIII no les anduvieron en zaga á los frailes civilmente casados del XVI. El Cura fué para ellos tema obligado de venenosas invectivas y de encarnizada calumnia. Aquellos sabios enciclope-

distas andaban á competencia en esta obra de difamacion y de escándalo, que desde los aristocráticos salones bajó como corriente inmunda à inundar los talleres y plazuelas, descatolizando y corrompiendo á la Francia. ¡ Justicia de Dios! ¡aquella aristocracia libre y volteriana, aquellas damas rivales de sus galanes en incredulidad y escepticismo, fueron las primeras victimas del furor popular! La cabeza del Cura saltó á par de la suya en el sangriento festin. Empero el Cura resucitó vigoroso y rejuvenecido despues de la tempestad; el aristócrata incrédulo de los salones de Luis XV y de la Regencia ¿en dónde está? Las torres de la Catedral de París y los modestos campanarios de las aldeas han vuelto á cantar la gloria de nuestro Dios; ¿qué fué de los parques y castillos de aquellos desvanecidos señores? Recojan de paso esta leccioncita, que no es para despreciada, los liberales conservadores de aquende el Pirineo.

Decididamente hemos de confesar, pese á quien pese, que no nos dió el naipe à los españoles para revolucionarios. La impiedad no alcanza a producir genios en esta tierra pisada por la Madre de Dios, en esta tierra en que el Catolicismo supo hacerlos brotar à cada vuelta de esquina. El Liberalismo español, mezquina parodia del gran drama revolucionario francés, ha venido acreditando aquella verdad. Grima da contemplar la talla gigantesca de nuestros Dantones y Robespierres: no han heredado, no, de sus modelos, ni la avasalladora elocuencia, ni la inquebrantable voluntad, ni la sublimidad de la blasfemia, nada de sus volcánicas pasiones, nada de su satánica grandeza. Todo es aquí pequeñez, ruindad y pasioncillas de tres al cuarto. Cuando un Constituyente francés hubiera enviado dos docenas de amigos de la vispera á la guillotina, el español, más templado, se contenta con declararlos cesantes con el haber correspondiente. La primera palabra de aquellos sublimes fanáticos era morir; la primera de nuestros aprovechados políticos es comer. Asi el emblema de aquella época revolucionaria fué la guillotina; el de la nuestra viene siendo hace algunos años el presupuesto.

Sólo parecen haber heredado los nuestros de esclarecida progenie liberal el horror instintivo, invencible, al Cura.

Los insultos al Cura no parecen sino ecos del himno de Riego, segun resuenan à la par de él en cualquiera de nuestras funcioncitas de temporada. Ni tendria chiste la gacetilla liberal si no se lo prestasen ciertas anécdotas sobre párrocos ó mitrados; ni sabria qué hacerse el ministro si no hubiese obispos à quienes prender y mandar à los tribunales; faltaríale al Congreso su principal atractivo si no disparatase cada dia un Constituyente sobre el fecundo tema de la influencia clerical. El Liberalismo ora se hace del regalista como cualquier empolvado golilla de Carlos III, ora discipulo avanzado de Renan y del pensamiento libre. Ora suspirará por la antigua disciplina de la Iglesia, irá à caza de textos mohosos y arrinconados de los Concilios visigodos, y aplicara á las relaciones del Estado con la Iglesia el criterio de Egica ó de Recesvinto; ora echándola de filósofo del porvenir clamará por la Iglesia libre, declarará poco menos que terminada su mision, y alboreante ya el único supremo reinado de la moral universal. Distintos son los medios, es verdad, empero ano conducen al mismo santísimo fin liberal de fastidiar al clero? No nos dijo en su jerga progresista el divino Ruiz Zorrilla, que lo que importaba era dar disgustos à los absolutistas? Así el ministro vive de fastidiar á la Corte romana (que así llama él al Pontifice), el gobernador adquiere méritos fastidiando al obispo, el alcalde acredita su consecuencia fastidiando al párroco y dictando bandos sobre las campanas, las procesiones ó el agua bendita. Porque nadie más sacristan que el liberal de pura raza. Muérese por hombrearse' con la Iglesia, y puede decir lo que de la mujer dijo un ingenio español:

Nadie podrá vivir con ella ni sin ella.

Porque sin Iglesia, ¿en qué habia de entretenerse un liberal, mayormente si es progresista? Ocúpense allá los legisladores de otras naciones en arduos problemas de economía ó de derecho civil. El liberal español nació para el Cura, y aquí de su talento. Corte romana, reduccion de obispados, supresion de canonjías, clero alto, clero bajo, derechos de estola, pié de altar, ministro del Dios de paz, intrigas de con-

fesonario, manejos de sacristia, regium meum non est de boc mundo, hé ahí el tecnicismo político liberal aplicado al caso, he ahí los tesoros de ciencia con que lo mismo hilvana un discurso el individuo más zote en la Tertulia, que zurce una alocucion cualquier desgobernado gobernador.

¡Al Cura! ¡ à él! ¡darle! ¡ al neo! ¡ al retrógado! ¡ al carliston! ¡ Válgame Dios, señores liberales! comidila es ciertamente muy de vuestro gusto la carne del Cura español ; recordad, empero, que el tal manjar llegó à sentárseles muy mal à estómagos de mayor calibre que los vuestros, y que con él consiguieron atragantarse muy anchas tragaderas. Guardaos de un atracon, que la carne sagrada fué ocasionada en todos tiempos à sérias indigestiones, y sucede no pocas veces que lo que con mayor gusto se devoró se vuelve luego rejalgar en el cuerpo. Mas entre tanto, duro con ellos y... ¡viva la libertad!

Marzo, 1870.

XI.

Mi aguja de marear.



erdadero campo de Agramante de opuestas ideas y de opuestos intereses ha sido en todos tiempos, desde el bocado de Adan, este picaro mundo. La lucha empero presenta hoy un carácter especial, hijo de las circunstancias tambien especiales

del siglo que nos ha cabido en suerte. La ciencia ha ganado en extension y difusion lo que ha perdido (digámoslo así) en intensidad, sin que intentemos averiguar por ahora si ha salido con esto gananciosa ó perjudicada. Resultado de esto es que sean inevitablemente más en número los sabios ó los creidos tales. La lucha es, pues, más general, por lo mismo que son más numerosos los combatientes, y como más numerosos, son en consecuencia más indisciplinados, y como más indisciplinados, menos compactos al rededor de determinadas banderas. De ahí que el presente choque de opiniones deba, más que batalla, llamarse barahunda, siendo punto menos que imposible establecer en ella perfecto deslinde ó clasificacion. Añádase á esto para complemento del cuadro, la fatal moda, que como ha proscrito acertadamente del traje masculino los colores chillones, así ha desterrado de los entendimientos las opiniones fijas y pronunciadas. Hoy por hoy están en boga y gozan especial favor en trajes y en discursos las medias tintas. Sea por ignorancia ó por conveniencia, es lo cierto que la mitad del género humano pensador se decide en todas las cuestiones por un si que tire à nó, ó por un nó que mirado de cierto modo pueda parecer tambien un si.

Así los hombres francamente anticatólicos son relativamente pocos en el dia. Tenemos en cambio muchos católicos con *pero*, ó católicos hasta cierto punto. Católico se llama D. Pascual, *pero* hasta el Syllabus exclusive y no un dedo más allá, que primero es su opinion política. Católico es don Cándido, el progresista, ¿quién lo duda? ¿no tiene su nombre en varias Congregaciones? mas no se le hable de frailes, por vida de su abuelo, que fuera cosa de espiritarse. D. Liberio, el demócrata, es católico tambien, y sabese de memoria páginas admirables de Lamartine y de Castelar sobre el Mártir del Gólgota; mas ¿quién se atreveria à hablar en su presencia de jesuitas? Más miedo y horror les tiene á su negra sotana y á sus reconocidos talentos que à los cuernos de Belzebú. Católicos hay que disienten en todo del Papa y de los Obispos, y demuelen templos, y enriquecen con sus bienes, y eso no obstante ¿quién osará poner en tela de juicio su acendrado Catolicismo? No hacen al fin otra cosa que templar la acidez y aspereza de él con mayor ó menor dosis de libreexámen, segun lo sufre su temperamento ó lo exige su comodidad. Y profesan un Catolicismo de más ó menos grados segun las circunstancias.

Fuéronlo ayer de subidísimo color, casi sin mezcla; más tarde no fueron sino de color de rosa, á fin de disentir un poco menos de la generalidad; luego aparecieron amarillentos, y luego pálidos y blanquecinos, y al fin incoloros, diáfanos, transparentes, dispuestos como el cristal á dar paso á todos los rayos del sol, y como el agua á tomar siempre la forma del vaso que los rodea. Lo cual no impedirá vuelvan á tomar mañana su encendido color. Que esta es la gran ley y el portentoso descubrimiento de nuestro siglo y de muchos hombres.

Pues donde esta infinita variedad de matices hace tan confusos y desordenados los campos, ¿cómo se las compone el hombre de buena voluntad, si la tiene, de formarse una opinion propia, deseando que sea la más acertada? ¿A dónde acudirán las clases media y baja de la ilustracion, que son las más numerosas? La índole de los problemas que se ofrecentodos los dias, y la rapidez con que aparecen unos tras otros, no consienten á veces estudio maduro y detenido. En la cuestion de la libertad de cultos ó en la del matrimonio civil, ¿quién va á emprender un exámen concienzudo de los diferentes sistemas filosóficos ó teológicos, de derecho natural, político, civil y eclesiástico para dar una respuesta que se le exige con urgencia, hoy mismo, en el café, en la tertulia ó en el paseo? Y ¿quién por otra parte puede excusarse de darla sobre la marcha? ¡ Apremiante situacion!

Mi Oscurantismo, amigo lector, me ha sugerido un criterio práctico de suma utilidad en estas circunstancias. Es filosofía que álguien llamará parda, y que yo no llamaré sino pedestre y oscurantista. No á mí con teologías, que cierto no naci para catedrático ni para opositor á prebendas. No á mí con metafísicas que, como la poesía, matan de hambre en este pais á sus cultivadores. A los hechos me atengo, como Sancho á sus refranes, y ahí me las den todas. Óyeme y falla.

En medio de la confusion y barullo que me rodea y atolondra distingo perfectamente dos como corrientes dominantes, y que tienen el poder de asimilarse y hacer confluir á su mismo cauce à las demás respectivamente afines. Una gran corriente católica y una gran corriente revolucionaria. Sale majestuosa la primera de Roma; brota la segunda de los misteriosos antros de las sectas secretas. La primera predica rara vez derechos, y casi siempre deberes; la segunda jamas proclama el deber, y está á todas horas vociferando derechos. Por esto aquella apoya siempre la autoridad, sin renegar de la libertad; ésta pone en las nubes la libertad, en menosprecio de la autoridad. Sus principios son opuestos; son de consiguiente opuestas tambien sus aplicaciones. Así, en cada uno de los pavoresos problemas que entre nosotros alzan la frente todos los dias, dos soluciones se destacan siempre sobre las demás, la católica pura y la revolucionaria pura. Bástame, pues, en cualquier punto discutible pararme un momento y contemplar ambas corrientes, su principio, su direccion y sus afinidades, y por este procedimiento à posteriori, rara vez dejo de acertar. ¿Háblase por ejemplo del matrimonio civil? ¿Quién lo promueve y aplaude? Los hombres que han declarado guerra á Dios, los demoledores de templos, los incautadores y subastadores de bienes sagrados, los autores de novelas infames, los zapadores todos del edificio social, la corriente revolucionaria, en una palabra. ¿Quién lo condena? El Papa, los obispos, el padre de familia honrado, el magistrado antiguo y severo, la niña pudorosa, la corriente, en fin, honrada y católica. Ya tengo formada mi opinion. «Muy

mala debe ser tal quisicosa cuando abomina instintivamente de ella toda la gente de bien. No serà ciertamente invencion de buen género cuando sale à su defensa lo peor de Europa, lo peor de España, lo peor de cada localidad, lo más discolo de cada familia.»

Vaya otro ejemplo, y es de circunstancias. Trátase hoy de la infalibilidad Pontificia, y andan en cuanto á la oportunidad de su declaracion opuestos pareceres. Aqui de mi procedimiento. Hallo establecidas como siempre dos opuestas corrientes. ¿Quiénes están en contra? Algunas personas ilustres y respetables, lo sé, mas precedidas y acompañadas y seguidas de los vitores, aplausos y excitaciones de los enemigos de la Iglesia. Habla con ellos el periódico ateo, la caricatura obscena, el diputado libre cultista, todo el protestantismo en masa. Esto veo, y dígome para mi anticuado peluquin: «Cosa muy buena y provechosa debe ser esa infalibilidad para la Iglesia cuando tan mal les sienta à los enemigos de ella. Inclínome, pues, à la infalibilidad, aun sin entenderla. Bastame saber cuál es la corriente que se ha formado contra su definicion. Soy católico, y debo evidentemente declararme en favor de cuanto haga rabiar á los anti-católicos.» Y así aplicando semejante procedimiento à muchas cuestiones, un dia dudosas, y hoy ya resueltas, el tiempo ha venido à dar la razon à mi ruin y oscurantista filosofía, que al fin no es más que el sentido comun. Por esta razon, aun sin contar con otras, amo la monarquía, el celibato eclesiástico, la vida religiosa, el matrimonio canónico, el poder temporal del Papa, la unidad católica, la Compañía de Jesús, los bienes del clero, etc.

Bástame saber para fallar en este litigio el nombre y antecedentes de los opuestos abogados.

Esta lógica te encargo, pueblo mio, que no te sientes con preparacion ni estudios para otra superior. Habrá quien la tenga más ilustrada y brillante, dificilmente empero quien la posea más certera y segura. Haz la prueba tú, y á ella me remito.

Marzo, 1870.

XII.

Garibaldi escritor.

VARA hubo de mostrarse en todos tiempos para con los mortales la mano del Genio; ni ha sido fàcil à gran número hacer ostentacion à un mismo tiempo de muchos de sus dones.

Ni de Homero nos consta que manejase la lanza de Aquiles que inmortalizó con sus versos, ni Ciceron pudo pasar de ser elocuentísimo orador.

Horacio arrojó el escudo en la batalla de Filipos, echando á correr como cualquier miserable recluta á la primera refriega, á pesar de la sonoridad y valentia de aquel *Dulce et decorum est pro patria mori*. Es verdad que no se dictó el tal versito entre las incomodidades y estrecheces de un campamento, sino á los postres de algun banquete, ceñida la frente de verde apio, entre el choque arrebatador, no de las armas, sino de las copas, á que fué por demás aficionado el heroico Venusino.

Más ocupado le trajeron sin duda á Virgilio las ternezas de Amarilis que las aventuras de Eneas, aunque deba á las segundas su principal gloria.

Y tras estos (perdónenme sus augustas sombras), tras estos cobardes cantores de ajenas proezas, una nube de trovadores de naciones distintas, se ocupó durante la Edad media en hazañas de paladines, divirtiéndose en referirlas, mientras andaban sus dueños à tajos y reveses en la más fatigosa tarea de ejecutarlas.

No está resuelta aún la empeñada cuestion entre las armas y las letras á pesar del autorizado parecer de don Quijote, que dió como buen caballero la preferencia á las primeras; lo que sí consta de cierto, es, que rarísimos han logrado reunir en una sola corona para sus sienes los laureles de Marte

y los mirtos de las Musas. Algunos ha habido, no obstante, y han sido por lo mismo la admiracion de los siglos. Jenofonte realiza, y describe luego con igual destreza su famosa Retirada de los diez mil; César hunde con una mano á Pompeyo, y escribe con la otra sus Comentarios; Ercilla lucha con los araucanos, y hace con sus versos simpática á la posteridad la causa de los vencidos; Cervantes pierde una mano en Lepanto, y quédale todavía otra para labrar á su ingrata patria el más glorioso monumento.

En el siglo pasado Federico de Prusia tuvo sus franjas y ribetes de literato, bien que no hubo de ser cosa mayor á pesar de los interesados elogios de Voltaire. Napoleon pasa con justicia por el primer escritor de proclamas. Más tarde nuestra patria, fecunda siempre en ingenios de todos calibres, pudo gloriarse de las victorias de Espartero, así como de su famosísima elocuencia parlamentaria, reducida á aquella lacónica frase, que mira con razon como lo sublime del arte todo ciudadano genuinamente progresista: ¡Cúmplase la voluntad nacional!

Es, pues, el caso que Garibaldi, el héroe de cien combates, cansado sin duda de la oscuridad y el ocio indignos de tan animoso corazon, ó deseoso, como es más probable, de oscurecer la fama de Césares y Jenofontes, hubo de decirse un dia allá en la soledad de Caprera para su rojo gaban: «A mí que gano batallas quién me ha de impedir que eche tambien mi cuarto en materia de libros? ¿Y por qué no he de procurar que el sabio historiador á quien encomienden los hados la relacion de mis aventuras, haga esclarecido mi nombre en academias y bibliotecas, como empieza á serlo ya en cantinas y cuerpos de guardia? Apuradamente, ahí à mi lado ándame cosido el compadre Dumas, que dará tambien su puntadita en el negocio, como sabe hacerlo. Y convida à eso la soledad y sosiego del sitio grato á las Musas, y lo riguroso de la invernal estacion, la más propia para evocar gloriosos recuerdos.»

Y poseido de esta idea, va y coge y escribe... y ¿qué va á escribir? Pues ¿qué ha de ser sino género barato, que se lea en talleres y mostradores, al alcance siempre del bolsillo y del caletre del pueblo soberano? Será, pues, novela. Y ¿sobre

qué asunto? Sobre el mismo, mismisimo de las consabidas hazañas. Ahi está Roma con su Pontifice, y sus cardenales, y obispos, y curas, y monaguillos, con sus trescientas iglesias, su barrio Transtevere, y Clelia, moza de buena estampa, bella al fin como heroina de novela, y Manlio su padre, escultor y republicano como su nombre, etc., etc.

Pues ¿y el título? Trasudores costóle al ingenioso manchego acertar para su ruin cabalgadura con el nombre pomposo y magnifico de Rocinante. Horas asimismo debió de andar revuelto y mareado nuestro egregio autor, hasta que dándose fuerte palmada en la frente, exclamó como Arquimedes: ¡Hallélo! ¡Roma en el siglo XIX!

Y multitud de elegantes carteles aparecen en seguida levantando ampollas á las míseras esquinas, y vese en ellos al denodado guerrero, desnuda la fulgurante tizona que para semejantes escenas debe de tener guardada, abatido á sus piés el escudo de los Pontífices (el pintar como el querer), y á lo lejos entre nubes y celajes la mole inmensa del Vaticano, inmóvil y majestuosa como siempre, alzando al cielo su cúpula inmortal en ademan de dársele un pito así de la espada como de la pluma del general escritor. Confiésote, lector, si no lo has por enojo, que hubo de antojárseme á primera vista el cartelillo sangrienta caricatura de un implacable lápiz reaccionario. Tú le has visto, pueblo mio, y has comentado con tus pullas el mamarracho fanfarron, y has recordado á la vista de la gallarda apostura del inmortal aquellos conocidos versos del andaluz:

Me miró, yo le miré, Y fuése sin decir nada.

Ni le va en zaga al satírico y epigramático cartel la primera entrega, que gratis et amore Dei nos han regalado los repartidores. Agradézcoselo en el alma, á fe de Oscurantista, que cierto no se logra tan á menudo en estos picaros tiempos un buen rato. Prometo por mi parte hacer de ella cumplida justicia en cuanto acabe de endilgar para solaz del público estos divertidos parrafillos. Figúrense que se promete en ella (y lástima no se nos dé cuanto antes) un prólogo

del Platon de la democracia española, del sublime, del profundo, del inconmensurable Roque Barcia! Si fué estrella feliz de Garibaldi tener editores que se zumben de él con tan hermosos carteles, no lo es menos haber hallado á mano quien se encarge de recomendar al público español el librejo, y apoyarlo con todo el peso de una reputacion tan gloriosa como merecida. ¡Roque Barcia! ¡Garibaldi! ¡Tal para cual! Analogía tendrán y mucha, pues lo mismo debe de alcanzársele al primero de prólogos, que al segundo de novelas.

Una de las estampas que al texto acompañan es curiosa. El Papa en coche, y junto à él mendigos harapientos y extenuados en ademan de solicitar algo más que bendiciones. ¿Púrpura y coches y mendigos dijiste? Pues sépaste, hermano, que ya nos tienen acostumbrados á esas licencias poéticas (vulgo necedades) los progresistas de acá, y cierto ya no les hacemos caso. Sabemos cómo se vive en Roma y en España, y quién mendiga y de qué modo aqui y alli. Sabemos quien despoja aqui los hospitales y quien alli los sostiene, y quién deja aquí sin caldo à los enfermos y sin nodriza á los expósitos, y pone en el caso de tener que mendigar en los cafés á las viudas y á los veteranos de la patria. Sabemos cómo y de qué modo se consigue arrastrar coche y no cadena en esta tierra regenerada; sabemos... al fin lo que sabe todo el mundo. Estamos, pues, curados de espantos tocante al particular, y la calumniadora estampa no consigue arrancarnos lágrimas más que de... risa.

¿Y el texto?; ah!; el texto! Sépase que en el primer capítulo medita un cardenal la seduccion de una doncella romana, en el segundo preparase un rapto, y en el tercero debe de consumarse la infamia... si se ha de juzgar por la tendencia de la obra. Se ve, pues, que la accion es de todo punto simpática é interesante; sólo tiene el inconveniente de ser tambien muy vieja la novedad. ¡Bien hizo, voto á Cribas, el sabio autor del prospecto, en contraponer á la «hoy envilecida Roma metrópoli de monjes» «la espléndida morada de los Césares!» Porque aquellos Césares andábanse, ¡cierto! muy medrositos y escrupulosos en eso de seducir incautas. ¡Oh modelos de honestidad y de virginal pureza!¡Oh lirios sin mancilla y cristales sin quiebra los Tiberios, Nerones y

Heliogábalos! ¡Y cuán devoto debe ser de vuestras virtudes, y cómo debe de imitarlas vuestro discreto panegirista! ¡Cuán cierto es que él se atrevió como dice «á revelar por vez primera secretos que nadie se habia atrevido á profundizar!» Y ¿ quién se habia de atrever?

Basta, lector, basta por hoy, que el examen de las bellezas parciales de la obra en cuestion nos llevaria muy lejos, y tengo mucho que hacer y tú tambien, y estamos ya los dos muy hartos de sainete. Por otra parte tendriamos que pasar á vado mil inmundicias y obscenidades, y no me siento con fuerzas para tanto.

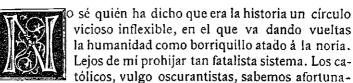
Juzga tú de la primera entrega por tí mismo, y de la obra por la primera entrega, y á tu recto parecer me atengo.

En medio del profundo pesar, que á todo corazon católico ocasionan tanta iniquidad y tanta blasfemia, dos reflexiones me han consolado siempre, y quiero por lo mismo ponérselas por contera á este desaliñado artículo. 1.ª Muy poderoso debe ser aún y mucho debe de molestar á la Revolucion el pobre Rey de Roma cuando tan desesperados esfuerzos se hacen contra él por todo estilo, cuando para humillarle no cree haber hecho bastante con su espada el célebre guerrillero, sino que ha creido necesario meterse á escritor. 2.º La piedra diez y ocho veces secular del Pontificado, en la cual se han roto tantas plumas y mellado tantas espadas, por más que brame de ira y suelte venenosa baba la impiedad, no la conmoverán, no, de su inmortal asiento, ni el acero de ese conquistador, ni la elocuencia de ese novelista.

Marzo, 1870.

XIII.

Abora como entonces.



damente de dónde viene el hombre y á dónde va, y cuál debe ser el supremo fin de esta máquina del mundo y de las virtudes ó calaveradas de sus moradores. No puede, empero, negarse que aquella falsa filosofía tiene en su favor todas las apariencias. Aseméjase el mundo á un vasto teatro en el cual vienen reproduciéndose siglos hace análogas escenas por distintos actores. De suerte que conocida á fondo una época histórica, descartando los accesorios de trajes y decoraciones, hállase muy á menudo una misma la accion, uno mismo el trágico ó cómico desenlace. Obvia es la razon del fenómeno. El hombre es siempre el mismo; bajo el frac, ó la ferrada cota, ó la clámide romana, ó la piel de tigre, laten iguales corazones, é idénticas pasiones los abrasan y atormentan. Y como á causas iguales corresponden iguales efectos, de ahí la indeclinable consecuencia que dejo el placer de adivinar á mis ilustrados lectores.

La Iglesia empieza hoy la conmemoracion de la más sublime de las historias; la de la Pasion y Muerte del Hijo de Dios á manos de los hombres. No voy á referírtela, lector; á todos nos la cantará la voz del sacerdote bajo las bóvedas sagradas, desplegando ante nuestros ojos aquella vasta tela de crueldades y horrores, desde los primeros conciliábulos de la iniquidad contra el Cristo, hasta el duelo amarguisimo de las piadosas mujeres junto al sepulcro. Contentaréme yo con sacar para tí de la tremenda narracion algunas reflexiones, hoy más que



nunca oportunas, que expliquen y justifiquen á la vez el epigrafe y el exordio del presente artículo.

Hace mil ochocientos años apareció, en medio de los pueblos asombrados, la figura dulcisima de la Verdad. Era entonces Jesucristo su hermosa personificacion sobre la tierra. Despues de Él lo es hasta el fin de los siglos la Iglesia. Humilde y mansa pasa haciendo bien como su Fundador, resucitando muertos corazones á superior vida, alumbrando ciegos de funestisima ceguera con sus celestiales resplandores, dando pan de justicia à las turbas de él hambrientas, exigiendo poco y retribuyendo mucho, abriendo la boca para bendecir siempre, y sólo con pena para anatematizar alguna veces. Tiene respuesta para todas las preguntas, solucion para todos los problemas, bálsamo para todo linaje de afliccion y de angustia. Posee el secreto de acallar todas las tempestades del alma, y los vientos y la mar agitada de las humanas pasiones la obedecen. Los pueblos atraidos por el imán de sus virtudes. subyugados por el ascendiente poderoso de su belleza, aclámanla, gozosos y alborozados, Hija de Dios, bendita y enviada en nombre del Señor, y alzan palmas y laureles, y en torno de ella cantan el festivo Hosanna de la gratitud y del entusiasmo. Esta es la historia de Cristo, esta la historia de la Iglesia. ¡Diez y ocho siglos atestiguan esta conducta de ella para con los pueblos! ¡Diez y ocho siglos atestiguan esta conducta de los pueblos para con ella!

Mas en medio de aquella turba gozosa y enajenada que seguia y rodeaba al Salvador en sus predicaciones, y le aclamaba à su entrada en Jerusalen, deslizàbase cautelosamente un grupo hipócrita, perverso é insidioso. Sagaz y artero, une tambien su aplauso al aplauso popular, mientras roe su corazon la negra envidia, y acaricia en el fondo de él siniestros proyectos. Gusta tambien de oir sus parábolas y propónele cuestiones, mas es para cogerle la palabra. Un dia soborna à un discípulo, el oro es el precio de la traicion: sorprende en sus santas tareas al divino Maestro; préndele, tráele à sus tribunales, en donde es juez y parte à un mismo tiempo, y allí, ¡ah valientes! escúpele, abofetéale, véndale los ojos y proclámale reo de muerte. ¡Seduce por algunos momentos à las masas inconscientes y alucinadas, y marea con una lluvia de acusa-

ciones la conciencia de un débil presidente! «¡Quiso destruir el templo! ¡ Llàmase Hijo de Dios! ¡ Niega que deban darse los tributos al César! ¡ Váse todo el mundo tras el! ¡ Subleva nuestra gente!» Un juez débil y conciliador condena por complacencia al Justo, y sube Este la dolorosa montaña, y allí róbanle sus vestidos, clávanle en cruz, y clavado le insultan, le blasfeman y le abrevan con hiel y vinagre. «Si es Hijo de Dios baje de la cruz! ¿No salvó à otros? ¡ Mirad, à Elías llama!» Y agitanse entre tanto los elementos, rómpense las piedras, pertúrbase la máquina del universo, y quedan tan satisfechos los deicidas creyéndose en su insensatez seguros de la victoria. ¡ Necios! ¡ Aguardad aún no tres días! ¡ La aurora del tercero alumbrará la confusion de vuestra derrota!

¿Quién no vé aqui retratada la Iglesia en varios períodos de su existencia? Y achicando más el cuadro para que mejor pueda abarcarlo la mirada, ¿quién no ve en esto la vera efigies de la Iglesia española de algunos años á esta parte? En paz vivió y amorosa union con la monarquía desde Recaredo, que uniera á entrambas en santo lazo; comunes eran sus glorias y sus quebrantos; recibia de ella, pero retornábale en abundancia, honra, prez y felicidad. ¿Quién no adivinó un dia en esta noble tierra à los fariseos confundidos con la gran masa católica, aparentando hipócrita sumision que desmentian con frecuentes rebeldías? ¿Quién no los vió à tales hijos, recelosos y desconfiados de su Madre, despreciadores de todo lo que ella amaba, amadores de todo lo que ella despreció? Hijos quisieron llamarse, y acogian contra ella todas las calumnias, propalándolas y abultándolas con maligna fruicion, ansiosos de promover conflictos, siempre al lado de sus enemigos, siempre escandalizandose de la adhesion de los leales. Pues bien: llegó la hora del poder de las tinieblas, y apareció francamente à la superficie lo que tantos años se escondiera à la sombra de ambiguos disfraces.

¡No han faltado Judas al Cristo de esta pasion; así libre Dios sus gargantas del lazo fatal y sus almas de la desesperacion en la hora postrera! Ni han faltado criados indignos, viles marmitones de sus jefes, que han estampado en las puras mejillas de la víctima sus manos inmundas. No han faltado Pilatos complacientes que, por conservar una impía conci-

liacion ó por no perder la amistad del César, han azotado primero y han condenado más tarde á la verdad. «¡No sacrifiques á la infeliz monja! ¡No votes el inicuo proyecto! ¡No vendas la fe de tu patria!» Mas «¿qué es eso? habrá respondido el triste. ¿Y la conciliacion? ¿Y el interés de los partidos? ¿Y la suerte de la libertad?» ¡Desdichado! ¡Menos desdichado si desgarran aún tu corazon los remordimientos, si atormenta aún tu conciencia un resto de amortiguada fe!

Tambien de la boca de los de acá menudean acusaciones en todo parecidas á las que contra Cristo amontonaron los judíos. «¡La Iglesia es enemiga del progreso de los pueblos! Llámase representante de Dios y pretende imponer su autoridad! ¡Perturba las conciencias! ¡Es intolerante!» Y aquí como alli se alucina al pueblo con tales palabrotadas y se logra que parte de él haga coro con gritos de muerte á tan necias calumnias. Tolle! Crucifige! ¡Culto libre! ¡Separacion!

Y luego se la carga con la cruz, y lleva la infeliz sobre sí las iniquidades de todos. Y va en la cima del nuevo Calvario, es despojada hasta de la última de sus vestiduras, que se reparten alegremente los verdugos. ¡Diriase al ver su afan desamortizador, que sólo para esto procuraron la injusta sentencia! Clávanla de piés y manos con legislaciones opresoras y tíránicas, y en su agonia la sacian de ultrajes y de oprobio. Y nótese el carácter esencial, distintivo, del pérfido bando. Pretende con todo esto hacer un obseguio á Dios y tal vez, tal vez, ganar aun indulgencias. Al dar su primer paso en esta senda invocó el auxilio de los ministros del altar. Es verdad que aquella relacion de primer galan fué obra. segun dicen, de un aplaudido autor de comedias. Proclamóse luego en un célebre Memorandum la libertad de cultos, mas no era sino para favorecer al verdadero con la concurrencia (sic) de los demás, como en la industria se mejoran con igual procedimiento los géneros de algodon. Si se la desamortiza es para librarla de terrenales cuidados. Si mañana se la separa del Estado, será para volverla á su primitiva independencia, que no será sino la independencia de las catacumbas y del cadalso. Nunca faltarán pretextos más ó menos piadosos para esta persecucion tenaz é implacable, ¡Fariseos! Blanqueados sepulcros os llamó Cristo, y raza de viboras el

Bautista, y acertaron á dar con solas dos pinceladas vuestro exacto parecido.

¿Y los amigos?; Ah! unos como Pedro sacaron la espada y menos afortunados, ó más que él, no la rindieron sino con el último aliento de sus pechos esforzados. Otros desalentados y medrosos huyeron á devorar en la soledad sus lágrimas y su amargura. Otros junto á la cruz de la víctima siguen impávidos arrostrando el recio vendabal, recogiendo sus enseñanzas, y compartiendo con ella el honor de su ignominia. Unos pocos infelices renegaron.

Y ruge en torno el huracan desencadenado de todas las pasiones; desquíciase con estruendo el edificio social; hacienda pública, moralidad, familia, húndense como acompañando con su ruina la ruina de la Religion que era el sosten de todas. Y en medio de este desórden de los elementos, sobre la negrura del horizonte oscurecido por el momentáneo eclipse de cuanto grande, de cuanto digno resplandecia en esta hidalga nacion, dos grupos roban hácia si las miradas de los cielos y de la tierra. Esta es nuestra situacion actual.

La Iglesia en cruz, y al pié de ella y abrazados al tronco sus hijos leales, bebiendo en sus ojos divinos raudales de luz, de resignacion y de esperanza.

La secta impía en horrible y frenético festin, harta ya de saqueo y de blasfemia, pintado en su frente criminal el presentimiento de su próxima é inevitable ruina.

No hay plazo que no se cumpla... Esta es su hora y el poder de las tinieblas. Aguardemos tranquilos el de Dios, la hora de la justicia.

Semana Santa de 1870.

XIV.

¿Qué es ser católico?



omo hay Suñer, amado lector, la tal preguntica, sencilla como es, tiene en nuestros tiempos y en boca de un oscurantista sus tres pares de bemoles. Apuesto la paga de un Obispo cesante, à que la mitad de los que leyeren exclamarán

con desdeñosa compasion: «¡ Bobería como ella sola! ¡ Mire V. con que villancicos nos sale hoy el Oscurantista! ¡ Achaques de la vejez!» Y apuesto tambien otro tanto, á que la otra mitad, con más una cuarta parte, no acierta á dar satisfactoria respuesta á pregunta tan trivial. Porque no se busca aquí ¿qué es Catolicismo? que fuera cosa harto sabida; sino ¿qué es ser católico? lo cual aunque parezca lo mismo, ofrece incomparablemente mayor dificultad. La reciente declaracion oficial que de su fe nos ha dado un ministro por quien llora angustiada la Iglesia católica, suscitó sobre eso en mi conciencia tales dudas que no encontré, para atajarlas, otro remedio que estudiar detenidamente la cuestion y someterla luego al fallo imparcial y desinteresado de mis indulgentes lectores.

Empiezo por consignar un hecho. Existe hace diez y nueve siglos en el mundo una sociedad sobre cuyo orígen y autoridad no hemos de entrar ahora en investigaciones. Existe, y existe con leyes claras y terminantes, la primera de las cuales es la adhesion sin distingos ni restricciones á su Cabeza visible que reside en Roma y á sus doctrinas, sobre las cuales ninguna persona medianamente instruida puede alegar ignorancia. En todo lo demás libertad amplísima; en estos dos puntos severa sujecion, verdadera esclavitud, cautiverio del entendimiento, como dice el Apóstol. Diez y nueve siglos há viene siendo esta organizacion divina el secreto de su fuerza irresistible. Tiene recibida de su Fundador una

breve consigna, y à tenor de la misma resuelve todas las disicultades: El que no está conmigo está contra mi. Y desasio á Castelar y al más historiado de todos los Castelares á que me citen un solo acto de ella que se halle en contradiccion con este principio. Y no es que por esto hayan renunciado sus hijos á la libertad de pensar, como neciamente pregonan por ahí nuestros adversarios. Precisamente la travesura del ingenio, la sutileza del raciocinio, llevada si se quiere hasta la exageracion, ha sido patrimonio casi exclusivo de los autores eclesiasticos, como de eso tambien les tachan con evidente contradiccion los mismos que de apocados y encogidos les acusan. Sobre una distincion tamanita como grano de anís ó delgada como hilo de telaraña han gastado tesoros de dialéctica hombres eminentísimos. Tocante, empero, á la parte esencial, dogmática, indiscutible, ni una palabra se ha añadido alli; hase observado siempre con rigor hasta el tecnicismo; un solo cambio de forma en la expresion ha sido calificado de novedad peligrosa.

Y háyase llamado el innovador Origenes ó Tertuliano, Cipriano ó Fenelon, no le han librado de la retractacion ó de la censura ni sus talentos, ni sus virtudes, ni sus milagros. Que tambien dijo san Pablo: Si un Angel del cielo os predica lo contrario de lo que os enseñe yo, sea anatema. ¿No han caido en nuestros dias heridos por el rayo de la condenacion pontificia Lammennais y Jacinto, el dia en que por su cuenta pretendieron alzar bandera? ¿Fuéronles acaso atendidos como excusa ó dispensacion sus anteriores servicios? No; la Iglesia arrumbó á un lado del camino á los dos orgullosos campeones, lloró un momento sobre ellos, y siguió tranquila é imperturbable su marcha inmortal. Dos dias despues los infelices yacian alli despreciados de la misma impiedad que les aplaudiera; el hueco que en las filas de Cristo dejaron se habia llenado ya con nuevos adalides. Y el pueblo fiel, unánime y compacto, vió sólo objetos de compasion, en los que lo fueran antes de su admiracion y entusiasmo, y repitió transformadas à su modo las citadas palabras del Salvador: «O con nosotros ó contra nosotros.»

Dados, pues, estos antecedentes, la consabida pregunta tendria fácil y sencillísima contestacion sólo con que no anduviesen tan raras en el trato social la buena fe y la catalana llaneza.

¿Qué es, en efecto, ser católico? Es estar en todo con la Iglesia católica. Ni más ni menos. ¿Y quién es católico? El que cree todo lo que cree la Iglesia católica. El que ama todo lo que ella ama. El que condena todo lo que ella condena. Y una vez la cuestion en este terreno, las aplicaciones prácticas son negocio puramente de sentido comun por una parte, y de intrepidez por otra, para no asustarse ante ninguna consecuencia por muy dolorosa que sea. Ejemplos.

La Iglesia cree en la autoridad infalible del Concilio hoy reunido. ¿La desprecias tú? ¿Te adelantas á protestar contra tales ó cuales definiciones suyas en este ó en el otro sentido? Luego no crees una cosa que manda creer la Iglesia católica. Consecuencia espantosa, pero necesaria. Luego tú, amigo mio, no eres católico.

¿Admites el llamado matrimonio civil como legítimo matrimonio? La Iglesia católica lo considera como simple concubinato. Luego tú tienes por verdadero lo que tiene por falso dicha Iglesia. Luego tú, sean cuales fueren tus protestas, tampoco eres católico.

La Iglesia sanciona los Institutos religiosos, fomenta su propagacion y venera á sus individuos. Tú ¡oh liberal español! los miras como oprobio del siglo, y en este concepto has disuelto sus Comunidades, incendiado sus templos, mal vendido sus fincas, y has cubierto de cieno su hábito sagrado, cien veces respetable por la bendicion de la Iglesia, por la aureola de la santidad, por el prestigio de la ciencia. Oyeme, pues, liberalito español, no lo digo yo, lo clama la lógica inflexible: ¡Tú no eres católico!

No quiero extenderme en aplicaciones que me harian interminable. Es adagio de sastre que para muestra basta un boton. Tres muestras te doy como tres botones arrancados de la abigarrada chupa que viste treinta ó cuarenta años ha el Liberalismo en nuestra patria. Y cuenta que no son pocos los botoncitos que para tales muestras tengo recogidos.

¿No es verdad que va presentándose ya menos dificultoso el dar cumplida respuesta á aquella pregunta? Pues vaya en gracia, para terminar, una suposicion que les sirva á la vez de

confirmacion y de divertido epilogo à estos sueltos parrafillos.

Sabido es que el partido progresista tiene poco menos que la organizacion y el aparato de una secta religiosa.

Dogma fundamental: La soberania del pueblo, con su infalibilidad y todo.

Concilios: Las Cortes infalibles tambien (cuando es progresista la mayoría), como afirmó cierto diputado de buen humor.

Libros sagrados: La Constitucion, más respetable que el Evangelio, ya que han de jurarla y reconocerla por buena aun aquellos á quienes se lo prohibe el Evangelio.

Culto: El himno de Riego, las procesiones cívicas fúnebres ó alegres, el cuadro del *avi* en todo comedor ó alcoba de un afiliado, los almuerzos, tertulias y demás prácticas de la liturgia.

Institutos regulares: La milicia nacional con sus tenderos disfrazados de reclutas y sus guapos de arrabal convertidos por obra y gracia del uniforme en brillantes oficiales, etc., etc.

Pues bien. Supon que me da la gana un dia de burlarme de la soberania nacional, de las masas inconscientes, y lo hago à mis anchuras, pues no es tarea dificil. Y que me rio otro dia de la majestad del Parlamento, y de sus diálogos de plazuela ó de sus monólogos de melodrama. Y que me valgo tal vez del precioso librito de la Constitucion para hacerle un favor al boticario de la esquina que no sabe en que envolver sus pegajosos productos. Y que silbo al himno de Riego y á las funciones cívicas como à zarzuela vieja, y que no alumbro el consabido cuadro el dia de san Baldomero que algunos inocentes llaman san Espartero. Y que me hacen desternillar de risa los milicianos (si los hay) y sus kepis y sus charreteras y su marcial apostura. Supon además que en congresos, en periódicos, en novelas á real la vara, en cafés, en familia, sigo burlándome durante treinta años seguidos de estas zarandajas, y ridiculizándolas y combatiéndolas, ora con sal y buen humor, ora con desesperacion y con rabia, y que esto lo sabe todo el mundo porque no cuido poco ni mucho de ocultarlo, y que por esto me combaten y me detestan cordialmente mis adversarios progresistas. Supon,

finalmente, que un dia, andando los tiempos, desde sitio más ó menos encumbrado, con carácter oficial ó sin él, dejo atónito y estupefacto al orbe con el siguiente ó parecido discurso: «Yo, señores, por la misericordia de Dios, he sido siempre y seré toda mi vida ardiente progresista, y yo y mis hijas (si las tuviere) pertenecerémos siempre á esta comunion, y progresistas serémos antes que esto y lo otro y lo de más allá, etc., etc.» Y aquí cuatro pinceladas de efecto sobre la influencia del *progresismo* en la civilizacion, y adelante con la música. (Aplausos).

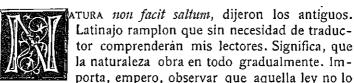
Dime, lector, por tu salvacion eterna, ¿habria en toda la nacion, por bobos que fuesen sus habitantes, uno solo que cayese en la inocentada de creerme leal, sincero y ferviente progresista?

Pues lee y repasa con detencion estas que por fortuna no pasan en mí de suposiciones, y si no te es infiel la memoria recordarás lo que ha dicho Montero Rios uno de estos dias pasados, y no tardarás en sacar muy á gusto mio la conclusion y aplicarás el cuento.

Mayo, 1870.

XV.

La gran liquidacion social.



es solamente de la historia natural de todos los seres, sino tambien de la civil y política de los pueblos. No se llega jamás de un salto á las últimas consecuencias de un precedente. Mucho se hace al principio con dejarlo sólidamente establecido; su natural fecundidad, la fuerza implacable de la lógica, v sobre todo las humanas pasiones viniendo en su ayuda, se encargan de sacar un dia la conclusion, que más de un ojo lince columbró desde muy lejana distancia. Asústanse entonces los miopes, y buscan en causas fortuitas y accidentales la explicación del fenómeno. El hombre observador hállalo al revés tan natural, como la caida de la fruta una vez llegada à su perfecto estado de madurez, tan necesario como el desborde del agua de un vaso al añadirsele la última gota, tan lógico como la deduccion legitimamente sacada de dos premisas indisputables y convenientemente comparadas con un medio término. El hecho no es entonces sino el cumplimiento de una ley del mundo moral, ley que, dados los antecedentes que pone el hombre en uso de su libre albedrío, es casi tan necesaria, tan fatal como cualquier otra del mundo físico.

Cuando, hace algun tiempo, publicaron en son de alarma los periódicos, que un quidam federalista, más franco que muchos otros de sus cofrades, habia en cierta suscricion republicana acompañado su donativo con el siguiente epigrafe: Un partidario de la gran liquidacion social, pasmáronse todos

y abrieron tanto ojo, y más de un propietario pancista hubo de rascarse espeluznado la oreja y sentir calofríos de terror al escuchar la fatidica intimacion. Por mi parte confiésote, lector benignísimo, que dado como soy á cavilaciones, á fuer de Oscurantista, contentéme con sonreir lo más filosóficamente posible, tomar un polvo, y exclamar como el que le ve por fin la solucion á un largo y angustioso problema: ¡Loado sea Dios! ¡Ya pareció aquello!

Aquel epígrafe era, en efecto, la primera revelacion del socialismo, crudo neto y desenmascarado en nuestra pobre patria, que tantas calamidades ha sufrido para llegar á esta última calamidad. Era el desenlace previsto años há por reaccionarios pensadores, cuyos siniestros vaticinios fueron acogidos por los sabios del Liberalismo con risotadas de desprecio. Era el terrorifico letrero escrito por la mano de Dios en medio de la orgia de tanto moderno Baltasar como satisface su crápula con la sustancia de la Iglesia, rodeado como aquel antiguo babilonio de los vasos sagrados arrebatados al templo de Jerusalen. ¡La gran liquidacion social! ¡Ah! si, por fuerza habia de venirle el dia de la liquidacion y del universal rendimiento de cuentas á esa sociedad desamortizadora ayer, mientras hubo celda de fraile ó dote de monja ó finca de hospital que desamortizar, y conservadora hoy, mientras todo esto puede ser conservado en el bolsillo de los compradores, mientras cae desmoronándose la majestad de nuestro culto, mientras vende actualmente la monja infeliz las casullas de su sacristia para seguir comiendo un dia más (histórico), mientras cierra el hospital sus puertas á la indigencia porque él es el primer indigente. ¡La expiacion! exclamé. ¡La expiacion! Para la sociedad no hay otra vida como para los individuos; la sociedad debe expiar en ésta los crímenes de que acá se hizo responsable. Dios es justo. Luego tambien para ella debe haber un infierno. ¡Y el infierno de las sociedades delincuentes son las revoluciones sociales!

Curioso será ahora y sobremanera instructivo mirar desde las alturas en que nos hallamos por qué tristísimos caminos se ha venido á parar al borde del horible despeñadero.

Empezóse por lo que llamarémos la gran liquidacion ecle-

siástica. El culto de Dios y la beneficencia pública tenian legalmente adquiridos desde remotos siglos bienes propios, independientes de la administracion del Estado y auxiliares suyos en las ocasiones apuradas. En estos casos un impuesto sobre las rentas eclesiásticas (autorizado por el Romano Pontifice), daba á la nacion un socorro incomparablemente mayor que el que le ha prestado la venta ruinosa de la propiedad amortizada. Verificóse la liquidación conculcando todo divino y humano derecho. Más tarde empeñóse solemnemente la palabra de compensar el despojo con una retribucion comparativamente exigua. Merced á esta vergonzosa limosna que se debe à las víctimas despojadas, el más progresista de todos los ministros se ha creido con derecho á estrujar con su mano, como con un dogal, la garganta de nuestra madre, y á decirle con increible frescura: O jurar ó no comer. O parodiando la frase clásica del salteador: La honra ó la vida.

Fruto de la gran liquidacion eclesiástica, y primer castigo á la vez de ella, ha sido la gran liquidación política. El Estado fué el primer reo en el inicuo despojo, él ha sido su victima primera, ¡Tremenda leccion para sus cómplices! Pues, señor, el Estado, que tan felices se las prometiera con la desamortizacion, ha visto con asombro crecer espantosamente su pobreza á proporcion de los medios mismos con que pretendió extirparla. Y ha sido tan espantoso su desengaño, que no ha tenido otro recurso para aplazar unos dias más la bancarrota, que desamortizarse à sí propio. Autorizada está la venta de sus minas; efectuada debe de estar la del Real Patrimonio. No faltó quien sostuvo que la célebre incautacion de alhajas sagradas se hizo con el objeto de darlas en hipoteca de un famoso empréstito. Sabe Dios donde irá á parar la Biblia de Carlomagno, riquisimo tesoro, orgullo del Cabildo catedral de Gerona, preciosidad que el Gobierno acaba de recoger por medio de dos comisionados. Y crece y crece entre tanto como espantoso abismo, abierto por la mano de Dios, el déficit nacional, que nada alcanza à cubrir. Y á pesar de que no se satisfacen de mucho tiempo acá gran parte de las atenciones públicas, crece y crece y sigue creciendo implacable como la ira de Dios el hambre de nuestro, sólo por sarcasmo, llamado Tesoro. Y no hay ya frailes, ni monjas, ni catedrales, ni comunidades, ni rectorías, ni hospitales, ni asilos de orfandad, ni casas de enseñanza à donde acudir como à mina siempre abierta. Nada queda ya que explotar. ¿Cual va à ser la última liquidacion?

¡Ah! sí; algo queda. Quédale aún al industrial su fábrica, al comerciante su almacen, al vendedor su tienda, al productor sus artefactos, al propietario sus fincas. Todo eso queda aún que liquidar. La propiedad y el capital solos y aislados entre la miseria de arriba y la miseria de abajo, entre la miseria del Estado y la miseria de las masas, à quienes junto con su pan se ha robado su Dios y con él su único freno y su único consuelo: la propiedad y el capital entre el socialismo manso de Figuerola, que liquida la Caja de Depósitos, y el socialismo rujidor de Valls y de Antequera, que incendia los Registros de propiedad; entre los preámbulos de los decretos de desamortizacion saturados de socialismo, y la última declaracion republicana que lo admite entre sus teorias económicas; la propiedad y el capital entre el grito del Constituyente audaz, que ya en el bienio propuso la revision de los títulos, y el distingo del otro Constituyente actual, que dividió la propiedad particular en legítima é ilegítima; la propiedad y el capital roidos lentamente por el funesto principio que consintieron se estableciese en odio á la Iglesia; ellos son los que, si Dios no lo remedia pronto, van á ser objeto y víctima de la última gran liquidacion.

¡Comerciantes! ¿Es verdad que tratais ya de cerrar vuestras tiendas en son de protesta contra la reciente disposicion económica que os obliga à repartir con el Gobierno vuestros capitales à titulo de contribucion? Siéntolo en el alma, y en el cuerpo tambien, pues no poco me alcanza de vuestros perjuicios. Consolémonos, empero, y recordemos por via de distraccion, cuantas casas de oracion se han cerrado en estos últimos cuarenta años. ¿Parecerá mucho que se os obligue à cerrar la tienda, cuando al mismo Dios se le ha obligado à cerrar su templo?

¡Propietarios! ¿Temblais por vuestras fincas y maldecís el estado de cosas que os hace meros administradores de lo vuestro y al Estado su verdadero usufructuario? Quéjome

como vosotros, que al fin tengo mi terruño y los viejos paredones de mis abuelos, que á nadie han costado una lágrima. Pero jay! consolémonos. Más de un exclaustrado pide limosna y mira hoy con llanto convertida en finca vuestra la hacienda de su convento, que era suya y de los pobres. Más de una monja tiende al través de la reja una mano seca y extenuada pidiendo trabajo ó limosna, perdida ; mal pecado! la dote que su padre la dió al despedirse para siempre de ella, dote que otros están devorando. Más de una jóven novicia salvó llorosa por postrera vez los umbrales del sagrado recinto, de la cual la expulsaron como á la mujer perdida que escandaliza su barrio. Digo mal, porque las tales tienen su nombre en el registro y sus garantías en la Constitucion y cuentan con la proteccion de la autoridad. ¿Y clamarémos al cielo cuando el oficial de apremios nos obligue à vender el solar de nuestros mayores, ó cuando la turba vil profane la honra de nuestras hijas, de nuestras hermanas y de nuestras madres?

¡Ah! ¡La gran liquidacion social! ¡No alcanzó seguramente el republicano autor de esta fórmula la terrible propiedad de la palabra que Dios le puso en la pluma! ¡Liquidacion! No le queda otro recurso á la sociedad cuando se la llame á rigurosas cuentas y se encuentre en ellas alcanzada!

¡Liquidacion eclesiástica! ¡liquidacion política! ¡liquidacion social! Hé aquí el camino que nos fuerza á andar, mal que nos pese, el huracan revolucionario. El infierno lo quiere y la ira de Dios lo permite. ¡Paso á la lógica, que no es hoy sino la justicia de Dios! Dios sólo se aplaca con la reparacion ó con la expiacion. No parece probable la primera; luego es inminente la segunda.

Mayo, 1870.

XVI.

Libertad y libertinaje.



A relacion de coexistencia no supone relacion de causalidad. O hablando más á la pata llana: el que dos cosas se hallen juntas no prueba que haya de ser la una resultado necesario de la otra. Raciocinar en sentido contrario seria incurrir

en un grosero paralogismo, y paréceme la causa de la verdad muy respetable, para que intente yo jamás ponerla en ridículo con tan miserables defensas.

Mas si uno, ó dos, ó tres casos de coexistencia nada significan en buena y oscurantista filosofía, la repeticion múltiple de estos casos empieza ya á excitar en el ánimo medianamente reflexivo la sospecha de si habrá, entre los dos elementos tan á menudo coexistentes, alguna oculta afinidad ó relacion misteriosa.

Empero si la repeticion es constante, si dos hechos se presentan siempre coexistentes, invariablemente unidos, inseparables, de suerte que no se da el uno sin que aparezca inmediatamente el otro, y esto de un modo fijo, seguro infalible; entonces lo que fué al principio mera sospecha ó á lo más probabilidad, adquiere carácter de rigurosa certeza; entonces la simple observacion conviértese en induccion, lo que era solamente un conjunto de hechos aislados elévase á la categoría de ley, y el hombre sereno é imparcial no puede menos de resolver en consecuencia: Luego entre los dos hechos observados media un parentesco necesario: Luego el hecho A, es causa del hecho B, que constante é invariablemente le acompaña. Así procede el físico en la investigacion de las leyes de la naturaleza: así discurre en sus elevadas especulaciones de cocina la más roma de nuestras Maritornes.

Apliquemos á casos prácticos ¡toma si van á ser prácticos! aquella doctrina general, y sea A la libertad y B el libertinage. Doy por sabido aquí, que se habla de la libertad liberal, frase que aunque parezca pleonasmo ó redundancia, no es en el fondo sino indispensable aclaracion. Oigamos antes á nuestros adversarios:

«¡Libertad y libertinage! exclama fuera de sí un periodiquillo de la secta. ¿Qué tiene de comun el libertinage con la libertad? No, señor, la libertad no es la licencia; el libertinage es enemigo nato de la libertad. La libertad, hija de Dios; purísima emanacion celeste; irradiacion de lo más santo, de lo más noble, de lo más generoso, que hay en el corazon del hombre; ideal sublime de los más elevados espíritus; aspiracion divina, inmensa, de la humanidad en sus más variadas manifestaciones, etc., etc., ¿Qué tal, lector? No le has oido mil veces leer al tabernero de enfrente en su mayúsculo periódico estas ó semejantes sandeces? Pues bien; si, todo eso tan ideal, tan sublime y tan vaporoso es la libertad, todo eso y mucho más que canta el lírico Castelar: sólo que al poner los piés en nuestro suelo la bendita niña, enlodáronsele los piés en el barro vil, manchósele con él la inmaculada vestidura, cavósele deshojada la guirnalda que embellecia su frente. Y luego el vendaval agitó su blonda cabellera convirtiéndola en erizada melena, malas compañías dieron al traste con su pudor, y pusiéronle en la mano, en lugar del olivo de paz, la tea abrasadora. Y la pura, la púdica, la inocente virgen celestial paró al fin en desharrapada bacante (que dijo el otro), horror, luto y desolacion del género humano. Én una palabra. La libertad tan cacareada apenas de oidas la conocemos, aunque por instinto creemos en ella y la adoramos. A quien, si, conocemos, es al que en su lugar nos da el Liberalismo, como da á sus huéspedes el ventero socarron gato por liebre. A quien, sí, conocemos y cierto más de lo que á nuestras almas y à nuestros cuerpos conviniera, es al vil, al inmundo, al soez y corruptor libertinage.

Y hasta qué punto sean dos en una misma carne la libertad liberal y el libertinage, diciéndolo está á voz en grito la razon, aun la menos ilustrada, como se la escuche con sinceridad y sin prevenciones.

r. v.-7

¡Libertad liberal y libertinage! Mira, lector, à lo que alcancen tus recuerdos y los de tus padres, si has visto jamás separado é ese par de buenas piezas! Anda la sombra invariablemente unida al cuerpo; así à las asonadas liberales sigue infaliblemente la corrupcion. En vano es que griten hasta enronquecer los patriotas cándidos: ¡Viva la moralidad! tras el otro grito de ¡Viva la libertad! ¡Vano empeño! La naturaleza de las cosas puede más que sus generosos deseos. Así que, à las inundaciones de libertad no siguen inundaciones de moralidad, sino diluvios de libertinage; à los alborotadores acentos del himno de Riego salen à la luz del dia, como evocados por conjuro infernal, sin número de feos avechuchos que el pudor público y la reprobacion de los hombres sensatos mantenian hundidos en la oscuridad de misteriosas cavernas.

¡Viva la libertad! Y el can-can invade nuestra escena con mengua del arte, escándalo del pudor y vergüenza de todo rostro honrado. Lo que Paris tolera tan sólo en las tablas y salones de boulevard, es aquí fin de fiesta aplaudido en nuestros primeros teatros. ¡Nuestras damas asisten al Mabille en el gran teatro del Liceo!

¡Viva la libertad! Y ha de llevar el padre à sus hijas por medio del arroyo, evitando cuidadosamente la acera, para que no tropiecen sus ojos con la fotografía infame que aguarda allí al adolescente para manchar con precoz lascivia la belleza de su corazon de quince años, para envenenar su alma, y hacer corrompida y criminal y desventurada su hermosa juventud!

¡Viva la libertad! Y es insultada la Religion en sus más augustas ceremonias; y por temor á los desahogos patrióticos vese privado de salir á la calle nuestro culto; es mofado y vilipendiado á cada paso el sacerdote por chicuelos á quienes no sabe enseñar la libertad más honrado catecismo.

¡Viva la libertad! Y el mismo Dios en los cielos no está seguro de la procaz blasfemia, oficial, oficiosa ó callejera, ni de la guerra necia que desde la tierra se le declara. Y preténdese arrancar á los Santos del glorioso pedestal en que les ha colocado la historia y la admiración y la gratitud de los pueblos. Y á la misma Inmaculada Señora que es nuestra madre

se quiere robar la refulgente aureola de gloria que al rededor de su frente han formado las adoraciones y alabanzas de diez y nueve siglos de Catolicismo.

¡Viva la libertad! Y crece á par de ella la estadística criminal en todos los tribunales. Los periódicos no se dan punto de reposo en la tristísima tarea de relatar hechos atroces con circunstancias nunca imaginadas. El espantoso aumento está oficialmente reconocido.

¡Viva la libertad! Y el rewólver y el baston de estoque hácense muebles indispensables, aun en manos de los menos aficionados à nocturnas aventuras. La casa del ciudadano español artillase como fortaleza amenazada, y en el bolsillo interior de cualquiera de vuestros amigos veréis asomar, entre los cigarros y los billetes de la funcion de abono, el cañoncito cebado de uno de esos fatales instrumentos que con la sonrisa en los labios califica su dueño de inica garantia individual.

¡Viva la libertad! Y nunca es más descarada la prostitucion, nunca más insidioso el juego, nunca pasea más satisfecho sus hazañas el caballero de industria, nunca tiene más necesidad de esconderse confusa y avergonzada la virtud, nunca es más libre el criminal, nunca lo es menos la honradez.

Estos son los hechos tales como los ofrece la historia contemporánea, fijos, constantes, invariables. Por donde, ateniéndome á lo que en el exordio de las presentes reflexiones llevo sentado, recojo todos estos datos y sobre ellos discurro y digome:

«Cincuenta años há por lo menos que se nos va dando en grandes ó en pequeñas tomas la libertad liberal, y el resultado de ella es siempre el que acabo de describir. Constantemente los tiempos de más libertad han sido los de más libertinage; de menos libertinage, los de menos libertad. Constantemente ha sucedido el uno á la otra como el humo al fuego, como á la lluvia los charcos y lodazales. Y extendiendo la mirada hállome con igual resultado en Italia, en Bélgica, en Francia, en todas partes donde se ha repetido el funestísimo ensayo. Para que ni el socorrido comodin les quede á nuestros adversarios de atribuir á condiciones de clima y de temperamento el inaudito fiasco de sus halagüeñas teorias.»

Ponga ahora el hombre honrado é imparcial la mano sobre su corazon, y fijos los ojos en Dios y en su conciencia, digame con sinceridad. Los datos recogidos por la observacion práctica, ¿no permiten ya establecer la induccion filosófica? Tantos hechos uniformes, constantes y universales ¿no pueden y deben elevarse ya á la categoría de ley moral ó histórica? Y en vista de ellos ¿no puede concluirse en buena y sensata filosofía: luego la libertad liberal no es sino la libertad del libertinage?

Mayo, 1870.

XVII.

Un conato de caridad civil.



VIR para ver; eso deseaba aquella viejecita centenaria de quien tendrán noticia mis eruditos lectores. En nuestros tiempos, en que ha sucedido á la fecundidad de los grandes hechos la fecundidad de las grandes palabras, aquella

célebre frase debiera sufrir como tantas otras cosas su respectiva modificacion ó reforma. Y por ende debiéramos decir, no ya: Vivir para ver; sino: Vivir para oir.

Cosas estupendas se oyen efectivamente, y las que á mis lectores voy à referir lo son à todas luces. El público barcelonés ha visto va el extracto de cierta sesion reciente de nuestro excelentísimo Ayuntamiento. Discutiase en ella el presupuesto de beneficencia pública, y un señor concejal, cuyo nombre no hace al caso, puesto que no vengo á combatir su nombre sino sus ideas, terció en el debate «y manifestó deseos de que el Ayuntamiento pudiera arrebatar de los hijos de la Caridad cristiana y de san Vicente de Paul el monopolio de la caridad y secularizarla, aun à riesgo de hacerla en nombre de la sociedad.» Y luego que empezó la discusion por artículos volvió otra vez á la carga con infatigable denuedo, y «aprovechó nuevamente la ocasion para hacer presente que deseaba arrancar de ciertas manos la caridad, asegurando que mientras esto no se realice el Ayuntamiento no seria lo que debe ser, y que deseaba que se borrasen de los asilos de beneficencia los nombres de las Comunidades religiosas, pues esto da armas á personas que las esgrimen á su favor, lo cual podia hacer el Ayuntamiento á su vez si se secularizase la beneficencia.» Adviértase que las palabras textuales no son tomadas de periódico neo, sino del Diario de Barcelona, liberal, y de consiguiente testigo de confianza.

Hagole gracia al señor concejal de la pésima gramatica de sus palabras, que pudiera ser hija de la precipitacion del que anduvo en el negocio de extractarlas. Porque, á decir verdad, aquello (entre otras lindezas) de que esto da armas á los que las esgrimen en su favor, lo cual (¿esgrimirlas?) podria hacer el Ayuntamiento, etc., etc., es tan mayúsculo y tan garrafal, que no hay por donde cogerlo. Dejando, empero, la cuestion de formas, concretérnonos al fondo con serenidad y sangre fria, si hay sangre fria que no se eleve á cuarenta grados al calor de tan atroces barbaridades.

«Manifestó, dice, deseos de que el Ayuntamiento pudiera arrebatar de los hijos de la Caridad cristiana y de san Vicente de Paul el monopolio de la caridad.» Pues hizo bien en no manifestar más que deseos, y éstos de una mera posibilidad. Aun con esta laudable parsimonia en sus aspiraciones, paréceme que es esto mucho desear. Las virtudes no se desamortizan tan fácilmente como la dote de una monja. Además, aquién de la situacion habia de comprarlas si à pública subasta fuesen sacadas? El Liberalismo, pues, que tantas cosas ha arrebatado, eso únicamente no podrá arrebatar jamás al Catolicismo, el ejercicio de la caridad. Desee, pues, y desee mucho el autor de tan peregrinos deseos, júrole yo por lo más sagrado, v. gr., por las barbas de Garibaldi ó por el árbol de la libertad, júrole, digo, que ha de tardar en verlos satisfechos. Sigamos adelante.

«Monopolio de la caridad». Envuelve esta frase ó una insigne falsedad ó un brillantísimo elogio. Me explicaré. Monopolio, segun la etimología griega de la palabra, confirmada por el uso vulgar y corriente, equivale al derecho exclusivo de hacer una cosa. Monopolio de la caridad será, pues, el derecho exclusivo de practicarla. Y ¿de dónde ha sacado el caballero concejal la idea de que la Iglesia ó nadie haya obtenido jamás este privilegio exclusivo? Si S. S. quiere dar una limosna ¿quien le fué jamás á la mano, por ser racionalista? Y si mañana (es pura suposicion) quisiese (¡ á qué no lo hace!) fundar un hospital, como hacian nuestros atrasados abuelos, ¿ quien le pondria trabas á su generoso intento? Y si no quisiese allí la intervencion de monjiles ni de sotanas, y se le antojase hacerlo servir por voluntarios de la libertad

ó por los empleados de la pública limpieza, ¿quien habia de quitarle á S. S. ese buen gusto? Lo más que podria suceder fuera que los pobres, más atentos á su conveniencia que á los sistemas del fundador, prefiriesen las blancas tocas, el Crucifijo y las dulces palabras de la Hermana de la Caridad à los desinteresados servicios de los empleados municipales. Quedariale aún el recurso de darse por esas calles al ojeo de pobres, y cazarlos y meterlos allí quieras no quieras, que en eso no le faltaria á quien imitar. Dígame, pues, S. S. con democrática franqueza, ¿es verdad ó es mentira que haya tenido jamás la Iglesia este imaginado monopolio?

Aunque, ó yo soy progresista, ó he llegado por fin á calarle la intencion al señor del monopolio. Habrá querido decir sin duda S. S. que la Iglesia no tiene de derecho el monopolio de la caridad, pero que lo tiene de becho. Acabáramos, pues, y no gastara yo saliva ni pulmones. Acordes estamos en esto, y hé aquí de qué modo veia yo rato hace, en la consabida frase, un brillantísimo elogio de mi divina Religion. ¡Monopolizamos la caridad!

Sí, cierto, la monopolizamos, porque monopolizamos todo lo bueno y todo lo santo, y ese monopolio seria nuestro orgullo, si enorgullecernos pudiese lo que no se debe á nosotros, sino á la fuerza poderosa de nuestra fe. Y ese monopolio nadie lo arrancará de nosotros, nadie nos lo arrebatará (segun frase gráfica del concejal), porque es esencial á nuestra existencia sobre la tierra. Y si hay lágrimas que enjugar, ó nadie las enjugará, ó serémos nosotros quien las enjugue. Y devánese los sesos cuanto quiera S. S. si mañana se halla destrozado su corazon por cualquiera de los inevitables accidentes de la vida; si bálsamo desea, venga á nuestra tienda, y véngase de rondon si quiere atajar. O si quiere pasar antes por el desengaño, vaya recorriendo en busca de consuelos toda la vecindad, y al fin y la postre ó va á quedarse sin ellos, ó se los darémos nosotros.

¡Monopolio de la caridad! ¡Ya lo oís, hijos de la Caridad cristiana y de san Vicente de Paul! Vuestro adversario lo confiesa. ¡Tenemos el monopolio de la caridad! Es decir; nadie la ejerce más que nosotros! Y como no será porque lo prohiban las leyes, ha de ser precisamente porque nadie pue-

de, ó nadie sabe practicarla más que nosotros. Dios, que puso bendiciones en los labios de un profeta que sólo intentaba maldecir, ha puesto alabanzas en boca de nuestro enemigo cuando sólo intentaba injuriarnos. ¡Gracias, señor concejal, gracias, mil gracias! ¡Os las doy en nombre propio, en nombre de los pobres, en nombre de Dios!

¡Secularizar la caridad! ¡Vålgame Dios! Sesenta siglos hå que el diablo viene estudiando este problema, ¿y habia de resolverlo hoy el Liberalismo? Es tan dificil secularizar la caridad como secularizar á Dios. Porque la caridad es el alien-¿to de Dios. Podréis alojar á vuestros pobres ó hacinarlos en cuadras y almacenes; podréis darles ó arrojarles cada dia un mendrugo de pan ó una olla de potaje como le servis la racion à vuestro perro; mas ; ah! no llameis à esto caridad. El diccionario os desmiente, y el pobre más hambriento rechazacindignado vuestra grosera limosna. Caridad es amor, y ejercer la caridad es amar. Y creedme: sólo se ama bien cuando se ama por Dios. ¿Y prescribiréis vos el amor en los reglamentos de vuestras casas secularizadas, y retribuiréis el amor con vuestros mezquinos sueldos? ¿Y amarán vuestros oficiales sólo porque lo prescribe el articulo tantos del Reglamento? Y amarán al niño escrofuloso, al viejo regañon ó malhumorado, á la mujer envilecida, al enfermo soez é ingrato, y les amarán á centenares, y les apretarán contra su seno y llorarán con ellos, sin asco, sin desfallecer, sin jamás cansarse de amar? Estos prodigios que alcanza cada dia la caridad por medio de esta Religion á quien vilipendiais, ¿pretendeis tambien alcanzarlos vosotros? Líbreme Dios de necesitar vuestros consuelos. Señor concejal, restariais vos muy satisfecho con ellos? El corazon os dice que no. Y os dice muv bien.

Y añade: «aun á riesgo de hacerla en nombre de la sociedad.» Efectivamente seria no poco riesgo el que correria la caridad con intentarse su secularizacion. Me contentaré sólo con preguntar á S. S.: ¿Ha leido jamás que en Roma, Atenas ó algun otro gran pueblo pagano hubiese consolado á muchos desgraciados la caridad secularizada?

«Que deseaba arrancar de ciertas manos la caridad, y que deseaba (¡vuelta con los malos deseos!) se borrasen de los

asilos de beneficencia los nombres de las Comunidades religiosas.» Tambien aquí se advierte, al lado de un odio profundo, extraordinaria candidez. ¡Arrancar de ciertas manos la caridad! Y ¿qué logrará con esto sino logra clavarla en los corazones sin Dios, que son esencialmente refractarios á ella? ¡Borrar de los asilos los nombres de las Comunidades religiosas! Aconséjole se dedique antes á la paciente tarea de borrar una á una las páginas de la historia. Mientras ésta exista, ¿no estará á voz en grito diciendo quiénes han sido los favorecedores incansables del pueblo, y quiénes sus opresores y sus verdugos?

«Porque eso da armas en su favor.» Toma si las dal y de finisimo temple. Y es él, carísimos lectores, es él quien dice, él, enemigo jurado de frailes y monjas, es él quien tal vez inadvertidamente proclama que la beneficencia es el mas hermoso blason de las Ordenes religiosas. Basta, señor, ta, que al mejor dia vais, sin pensarlo, à escribir un libro à fundar un periódico en defensa de vuestros enemigos. Es ver dad que no necesitan tales defensores, pues son sus obras su mejor apología. Y yo me entretuviera aqui en ponderarlas si no viniese haciéndose ya larguirucho de talle este artículo. Dejémoslo para mejor ocasion.

Lector, ¿sabes qué significa esta salida de nuestros enemigos, que hartos de declamar contra las supuestas iniquidades del Catolicismo, se atreven ya contra lo mismo que reconocen en él de noble, santo y respetable? Porque ya no se dice aquí que sea cosa mala la caridad; se dice, sí, descaradamente, que por ser cosa muy buena ha de arrebatarse al Catolicismo por lo mucho que le enaltece. Es el último límite á que pueden llegar la ceguedad ó la rabia. Pues significa el convencimiento de su propia esterilidad, que arranca al Liberalismo tan groseros ultrajes ante el espectáculo magnifico de nuestro calor, de nuestra vida: calor y vida del Espíritu de Dios, que alientan en las entrañas de nuestra Religion mil veces sacrosanta. ¿Quieren mis lectores todo estó en una sola frase? Significa el despecho de la impotencia.

Junio, 1870.

XVIII.

¿Que bailen!



on la antigua pompa anduvo el jueves último por nuestras calles la solemnisima procesion del *Corpus*. Como siempre tronaron los cañones de la monarquía, y el ejército español tuvo á grande honra rendir sus armas y abatir sus bande-

ras al Dios de los ejércitos. El alborozo popular precedió, siguió y rodeó á nuestro Dios en todo el curso de su triunfal paseo; las flores alfombraron el piso; los balcones ostentaron sus colgaduras. Nada faltó á la gloria de Cristo sacramentado, nada, ni aun el homenaje y la humillacion de sus enemigos.

Acostumbraron nuestros mayores, para quienes era la impiedad monstruo absolutamente desconocido, representarla en estos solemnes actos como avergonzada y fugitiva ante la majestad de nuestra Religion sacrosanta. El espíritu poéticamente simbólico de aquellos tiempos introdujo para esto las tarascas, águilas, leoncillos, mulasas, drachs y otras alimañas de espantable y ridicula catadura, de las cuales sólo un recuerdo nos queda en nuestros populares gigantones.

Y abrian ellas la marcha del sagrado cortejo, y eran sus grotescos visajes el espanto de los chicuelos y la risa de los mayores, al paso que su profunda significación convidaba al hombre religioso y reflexivo à sérias meditaciones.

Los Jesuitas, que tan relevantes muestras dieron de conocer al hombre, en la organizacion de sus famosas colonias del Paraguay llevaron al más alto grado de propiedad este piadoso simbolismo. Fieras vivas de todas clases, tigres, leones y cocodrilos, cazados ad boc, y convenientemente aherrojados y colocados en distintos puntos de la carrera, mezclaban su aterrador rugido al canto pacífico de los sacerdotes, y ofrecian al pueblo creyente una representacion la más eficaz, así del error y de la maldad encadenados à los piés de Cristo, como del soberano dominio de Éste sobre los seres todos de la naturaleza.

No ya símbolos de carton, ni fieras de carne y hueso han precedido este año á nuestra procesion. Tambien en esto cesó ya la época de las figuras y llegó la de la realidad. Los enemigos de la Religion han salido ellos mismos en persona à abrirle paso à la manifestacion católica del dia. Y danzaron grotescamente con gran risa y contentamiento del pueblo barcelonés, y fué su danza un manifiesto-protesta de la Asociacion libre-pensadora, cuyas bellezas voy à desmenuzar aqui, à fin de que no quede privada la posteridad del inefable placer de saber lo que era allá à mediados del siglo XIX un libre-pensador.

Empieza por declarar la Asociacion libre-pensadora hallarse convencida de que en nuestros tiempos el derecho al error es un crimen. Como pueda comprenderse esto de derechos que son crimenes, misterios son que comprenderá allá su libre pensamiento, tan libre por lo menos como su sintáxis, cuyas reglas se rompen y destrozan en todo el manifiesto con nunca vista libertad. Quedamos, pues, en que hay un derecho, à quien no le vale el ser derecho para que deje de ser crimen. Será, pues, un derecho criminal. Tanto peor para el. Allá se avenga él con sus inventores. Mas no es esto solo, sino que lo criminal es el derecho al error. Ese serà indudablemente un rasgo de libre-lógica, ó cosa por el estilo. Si no diganme Vds., pensadores de mis pecados; si es libre el pensamiento como Vds. predican, ¿cómo ha de ser crímen el que se vaya por donde le viniere en voluntad, más que sea à todos los errores habidos y por haber? ¿En qué quedamos, pues? Hay ó no hay, segun Vds., derecho para el error? ¿Es, ó no es, el tal derecho un crimen? Vayan pensándolo entre tanto; pues parécenme esas, demasiadas libertades de pensamiento aun para un libre-pensador. Y si contra sus principios, caso que los tengan, resuelven, como nosotros, que es criminal el derecho al error, métanse á inquisidores, que no les caerá mal el oficio.

La manifestacion exterior de las preocupaciones es una tor-

peza. Pues por eso opino yo que han de ser muchos los torpes, segun son muchisimos los que hacen manifestacion exterior de sus preocupaciones. ¡Jesús! (y perdonen) ¡Jesús, señores mios! (y vuelvan à perdonar, que esta palabra no es todavia exorcismo, como pudieran creer, sino exclamacion hija de la sorpresa). ¿Seria posible que Vds. con su libre-pensamiento y yo con mi pensamiento esclavo y oscurantista nos encontrásemos conformes? Pues lo estamos. Y repito con Vds. chupándome los dedos de gusto. Si, la manifestacion exterior de las preocupaciones es una torpeza.

Y añaden: El fanatismo religioso y la idolatria son un sello infamante y desbonroso que acusa las inteligencias atrofiadas por la fe. Perdónenme, hermanos mios, en esto no puedo convenir, porque la frase no lleva piés ni cabeza. Un sello infamante y por añadidura (pásmense Vds.) desbonroso, no puede hacer otra cosa que poner de manifiesto el poco acierto de quien anduvo pescando tan incoherente alegoría. Y en cuanto á lo de las inteligencias atrofiadas por la fe, quedo discurriendo lo que significará ese acertijo, que por ahora no acierto á resolver.

Por todo esto créese la Asociacion en el imprescindible deber de dirigir al público su voz amiga. Pues ¿salimos ahora con que tienen tambien los libres su deber y nada menos que imprescindible? De poco les sirve ciertamente su libertad sino se sienten con fuerzas para prescindir de tan imprescindibles deberes. ¡Menguada libertad!

¿Y el haber dicho el señor Alcalde que el acto de la procesion se halla fuertemente arraigado en nuestras costumbres, es una acusacion que pesa sobre este vecindario? Pues, señor, el vecindario dió muestras de no sentir este ni otro peso, segun lo ligero que anduvo agitándose y bullendo por nuestras calles y plazuelas. Los jóvenes de buen humor travesearon y armaron la camorra de siempre a despecho de tutores y de mamás; las niñas casaderas, deseosas de salir de interinidad, formaron en primera fila; hubo risas y chismes y conversacion y galanteo, sin que á nadie molestase en lo más mínimo el peso de aquella tremenda acusacion lanzada tan inadvertidamente por el señor Alcalde. ¡Lo que sin duda peso como plomo sobre el pensamiento de los libre-pensadores fué el regocijo católico del pueblo de Barcelona!

Y dicen luego, que por esto se creen con el derecho de protesiar. Pues ¿no dijeron hace poco que se creian en el deber? ¿Es deber ó es derecho? El derecho es la libertad, el deber la sujecion. ¿Será tal vez ese derecho-deber alguna novedad como aquel otro derecho-crimen? ¿Habrán hallado tal vez los libre-pensadores, á fuerza de libre-pensar, la indentidad de los contradictorios? ¡Hallazgo feliz!

Llámanse luego defensores de la libertad del pensamiento, adversarios de toda religion revelada, etc. Todo esto creo y muchas otras cosas sin necesidad de juramento. Donde, empero, me es imposible contener ya la risa harto tiempo comprimida es al oirles jactarse de sostenedores de los principios de Ciencia Moral y Justicia. ¿ Qué entenderán por ciencia mis pobres hermanos? ¿Y qué por moral y qué por justicia? ¿Serán sin duda la ciencia y la moral y la justicia que les enseñan que hay derechos-crimenes? No me parece poco saber para los desdichados tiempos que corremos. Créanme mis hermanos, y es consejo de amigo, déjense de hablar de ciencia, que no es bueno nombrar la soga en casa del ahorcado. Sin que nos vengan con alardes de ella, bástanos por hoy su cientifico documento para que nos tengan sin el menor cuidado sus adelantos. Pero no, por piedad; hablen, y hablen á menudo, así, en nuestras grandes festividades; que como dijo el profano: Juvat aliquando desipere, y si no entienden el latinajo déjenlo y quédense sin entenderlo, que no tengo ganas ahora de traducir.

La protesta termina con las siguientes palabras que en son de misterioso oráculo pretenden ser un compendio de todo lo dicho, cuando no son sino su más completa refutacion: Sociedad, procede segun tu conciencia. Déjennos, pues, los librepensadores con nuestra supersticion y nuestros mitos y nuestras mogigangas. ¿Quién les metió á ridiculos predicadores, si lo que importa es que cada cual proceda segun su conciencia? ¿A qué imponernos la suya con tanta declamacion y con tanto sofisma?

No ha sido afortunado el quijotismo libre-pensador en esta su primera salida. El pueblo barcelonés rióse grandemente de la ocurrencia, y en uso de su libertad rasgó inmediatamente en todas las esquinas el blasfemo documento, despues de haberlo comentado con todo género de pullas y de malicias. Por mi parte lo lei sonriendo como cada hijo de vecino; tomé tranquilamente mis apuntaciones, y retozándome en el cuerpo una sonora carcajada que ahogué por respeto al sagrado de la calle, di media vuelta sobre mis tacones y exclamé: ¿No ha de haber procesion? Es, pues, de ley que salgan antes que ella para público regocijo los enanos y la tarasca. ¡Que bailen! ¡Que bailen!

Junio, 1870.

XIX.

El Matrimonio civil.

ono es interino, todo es provisional en nuestra miserable revolucion, por la razon obvia y sencillísima de que todo lo revolucionario ha sido siempre postizo en nuestra patria desventurada. Desde el Gobierno que á sí mismo se llama, y

con sobrado motivo, de *interinidad*; hasta las leyes que van à plantearse por autorizacion, que no es sino una aprobacion *interina*; diríase que la Revolucion ha de vivir en este bendito suelo como perpetua forastera; diríase que en lugar de las sólidas construcciones que caracterizan en legislacion y en política à los Gobiernos verdaderamente nacionales, nuestros advenadizos gobernantes no alcanzan más que á prender con alfileres sus pasajeras reformas.

A paso de carga, como se dice, se ha votado entre otras la autorizacion para plantear el matrimonio civil. En Francia, nacion tan atrozmente tachada de frivola y de casquivana, este proyecto hubiera costado años de estudio y meses de séria discusion. Los filósofos progresistas que por acá se estilan han resuelto este complicado problema en menos de quince dias. Es verdad que los discursos han sido luminosos y la fuerza del debate ha suplido á su duracion. Con apostrofarle de neo y reaccionario al contradictor se han soltado un sinnúmero de dificultades, en último apuro se le ha llamado carlista, que es argumento sin contestacion. Necedades se han vertido capaces de hacer llorar á lágrima viva al más duro guarda-canton. Montero Rios afirmó con nunca vista seriedad que el Concilio de Trento estuvo á pique de aprobar su proyecto, y que hasta la promulgacion de aquel la Iglesia habia reconocido la validez de los matrimonios civiles. Es decir, confundió como un mal estudiante de su propia asignatura el

matrimonio moderno civil, con el antiguo matrimonio clandestino. Y calló la mayoría, comulgando con tales ruedas de molino, y mostrando no calzar en puntos teológicos muchos más que su ilustrado maestro. Por supuesto que el tal sabe de Religion un poquito más que el mismo Papa, que ha llamado al matrimonio civil verdadero concubinato. Pero en fin, como allá van leyes... do quieren Constituyentes, votóse, Dios sabe cómo, el asendereado proyecto, publicóse luego con toda solemnidad y con todos sus preambulos y coletillas en la Gaceta, y cátelo V. hoy convertido en verdadera ley española, ni más ni menos (mutatis mutandis) que la Novisima Recopilacion y las Siete Partidas.

Ganas me daban de examinar pieza por pieza á la luz de la doctrina católica esta obra monumental de jurisprudencia progresista. Mas la tarea seria insoportable por lo prolija, y la velocidad con que en nuestros tiempos se suceden las ideas y los acontecimientos no consienten que se dé más que una brevisima ojeada á cada una de las cuestiones que tan rápidamente vemos desfilar ante nuestra presencia. Me limitaré, pues, á algunas generalidades, lo suficiente para dar una idea del asunto á los lectores menos aptos para detenidamente estudiarlo.

El título de la ley encierra una gran verdad, que cierto no seré yo quien desmienta por el ciego prurito de hacer la oposicion.

Ley provisional de matrimonio civil. Si la ley es provisional, luego los matrimonios que por ella se celebren serán tambien provisionales. De otro modo no acierto á comprender como lo provisional puede dar por resultado lo efectivo y lo permanente.

La ley provisional no es más que un ensayo, una tentativa, que si no cuaja durante el interregno parlamentario, pueden mandar retirar las Constituyentes en cuanto empiece la próxima legislatura. Todo esto significa, segun la interpretacion de los mismos ministeriales, la palabra provisional. Luego puede suceder que un español y una española así provisionalmente casados, si no han recibido la bendicion eclesiástica, dejen de estarlo cuando la infalibilidad de las Cortes soberanas resuelva que el ensayo no salió bien y que la ley

provisional no puede pasar á efectiva. Es decir, que mientras sea provisional la ley, la esposa civil no será, á los ojos de la razon imparcial y de la buena lógica, más que una esposa interina. A bien que el género no es nuevo por nuestra desgracia. Hace siglos que están en boga con diferentes nombres estas y otras interinidades cuasi-matrimoniales.

Mas aun cuando la ley provisional pase un dia á efectiva. eso no hará que varie su espíritu esencialmente anticristiano. Tengo la firmisima conviccion de que el pueblo español no ha comprendido à fondo este espíritu de la ley; de lo contrario hágole la justicia de creer que hubiera manifestado de un modo muy rudo su oposicion à tales innovaciones. Para la mayoría de nuestros compatricios la innovacion no significa más que un nuevo gasto de dinero, de expedientes y de pudor. Lo que de un modo tan sencillo y patriarcal arreglaba la autoridad del párroco, bajo la sombra siempre amiga del santuario, deberá andar ahora forzosamente acompañado de un sinnúmero de diligencias en la Secretaría municipal, y de un ridículo sainete ó parodia ante el juez encargado de tan odioso ministerio. En una palabra, para nuestro buen pueblo el matrimonio civil no significará más que la obligacion en que nos ha puesto la libertad de casarse dos veces, una de veras y otra de burlas, si quiere tenerse por casado en toda regla.

Mas esto no es lo impio de la ley, sino lo engorroso de ella. Lo impio es lo siguiente:

Dada la ley del matrimonio civil, el matrimonio de Cristo, por sí solo, no será ya matrimonio, sino torpe amancebamiento. Y los hijos habidos por él y bajo la bendicion sacerdotal, serán tan espúreos como los recogidos en la Maternidad.

La esposa que Dios te ha dado ante el altar no será tal, sino tu torpe amiga. No le valdrán à la madre cristiana los encantos de su virtud. El Estado no verá en ella más que una mujer de mal vivir lo que llaman nuestros vecinos franceses una entretenida.

El Gobierno llama concubina á la que Dios llama tu esposa, porque el Gobierno por su autoridad declara nulo lo que Cristo en uso de la suya ha declarado valedero.

т. у.-8

En cambio: El Gobierno llama esposa á la que la Iglesia condena como impúdica manceba.

En caso de dudas en tu conciencia, el Gobierno te ordena continuar en vida comun con ella, al paso que Cristo por el sexto mandamiento te obliga á separarte de ella.

De donde resulta que Cristo y el Gobierno se hallan aquí en un verdadero conflicto de jurisdiccion, en el cual el Gobierno hace prevalecer su autoridad sobre la autoridad de Cristo Dios y sobre los fueros de tu conciencia católica.

Hé ahí lo que hay en el fondo de esta ley, que confio pasará sobre nuestra patria tan sólo como calamidad verdaderamente provisional. Por esto la llaman á una voz impía y atea la razon natural y la filosofia cristiana. Es un retroceso emprendido por los progresistas hasta más allá de los tiempos del paganismo, pues áun los paganos llamaron á sus dioses para que bendijesen sus lazos conyugales. Es institucion propia de una sociedad sin Dios, ó que á lo menos se considera tal en sus actos oficiales. Por eso cuando empiece á conocerla nuestro pueblo, que por voz de sus representantes tantas cosas ha aprobado sin conocerlas, la mirará justamente como la imposicion más odiosa de nuestra revolucion. Un reto me permitiré dirigir, antes de acabar, à los importadores de ese funesto contrabando. Si la tal ley es una necesidad social, si la reclaman como adelanto de la civilizacion, de la cultura y de que sé yo cuantas cosas más los españoles, déiennos libre su ejercicio, declárense siguiera de igual valor legal el matrimonio ante el párroco y el matrimonio ante el juez. La tal ley no pasará de ser entonces una alcaldada de Reus y de Tortosa, y ni las hijas del ministro que la hilvanó querrán darle à su padre el gusto de llamarse esposas y madres por lo civil. Mas no; harto lo saben nuestros enemigos; las conquistas revolucionarias sólo la fuerza pudo realizarlas y sólo la fuerza puede sostenerlas. Aqui como en todas partes la libertad liberal para vivir ha de negarse á sí misma imponiéndose despóticamente. Ciudadano español del año 70, me he de someter à fuer de libre à la ley que pisotea mis creencias é insulta mi Religion. Mientras tenga empero mi pecho aliento de voz y me deje la libertad un palmo de terreno en donde pueda combatirla, clamaré con la razon y con la Iglesia cató-

4

lica: El matrimonio civil, sea cual fuere el ministro que lo imponga, sean cuales fueren las Cortes que le hayan votado, no es más que la fornicacion con permiso de la autoridad. Y esta no es apreciacion política más ó menos aventurada, es pura y sencillamente doctrina del Catecismo.

Julio, 1870.

XX.

El Oscurantismo.



scurantista soy y no lo puedo negar, pues más aún que mi firma, lo están en alta voz publicando mis ideas, sentimientos y aficiones. Sucédeme lo que á D. Quijote, de quien decia Sancho que no habia más que mirarle al rostro

para que le llamase todo el mundo el caballero de la Triste Figura, sin necesidad de traerla pintada en el escudo; así quien mis artículos mirare, que son mi fisonomía, lléveme Suñer, por no decir el diablo, si no me rebautiza y confirma de por si y ante si con aquel mismo significativo renombre.

Quise decir con esto, que me creo á todas luces con sobrada razon y competencia para hablar de oscurantismo, y de esto quiero hacerles hoy la acostumbrada platiquilla á mis lectores domingueros, que es punto ese trascendental y de importancia si han de entender las alocuciones, brindis y peroratas en que tan pródigos andan de esta sonora palabra los apóstoles de la libertad.

Oscurantismo. No es antigua la palabra, antes de invencion muy reciente, segun es desconocido completamente su uso en nuestros antiguos autores. Ni en prosistas, ni en poetas anteriores à nuestro siglo acerté à encontrarla jamás, hija es de nuestra Revolucion, que por reformar ha reformado hasta el idioma; hija de nuestra época, y como tal acariciada por gacetilleros y diputados, traida y llevada en bandos y arengas, de admirable y nunca oida sonoridad para cerrar estrepitosamente períodos progresistas. En efecto. Cuando despues de una sarta de frases más ó menos castellanas sobre el progreso de la humanidad y el espíritu del siglo, se evocan para darle al cuadro su contraste de sombra y luz, las negras tinieblas del oscurantismo, ¿qué pellejo hay que no sienta espeluznos y calofrios de terror? ¿qué nervios no se

crispan? ¿qué pecho no se halla oprimido de angustia ante la perspectiva de aquel sombrio fantasma? Y apenas desvanecida esta penosa impresion, apenas repuesto el ánimo, ¿qué manos hay que no se busquen para palmotear frenéticamente en loor y aplauso del inspirado autor de tan artístico remate?

Es, pues, la palabra flamante, curiosa y nuevecita. No lo es tanto, empero, la cosa por ella significada, si es verdad que al fin algo signifique. Les sucede á los liberales, con este monstruo del oscurantismo, lo que con los moros á nuestro buen pueblo.

- —¿Estas ruinas son muy antiguas? preguntábale Fígaro á su Cicerone al recorrer las de Mérida.
 - --¡Vaya!
 - --- De los romanos todas?
- —¡ Qué! más antiguas, mucho más, de los moros, de los godos y de los... qué sé yo de cuanta casta de gentes... mucho antes de los romanos.

Es decir que así como para nuestro pueblo todo castillo, puente ó inscripcion antigua ha de ser precisamente obra de *moros*, así para el liberal de acá todo lo anterior al *Fiat lux* de las Constituyentes gaditanas es obra del oscurantismo.

Así para el liberal no debe de dividirse históricamente la España en primitiva, fenicia, cartaginesa, romana, etc., como nos enseña el dómine en las escuelas. No. Su division es más sencilla. España oscurantista y España ilustrada. El oscurantismo desde Adan hasta 1812. La ilustracion desde 1812 hasta... hasta que se canse de ella Dios.

Desde este fecha para allá todo es lobreguez y noche oscura en que nada se ve y nada se halla de provecho, pues no se ve ni se halla un liberalito por un ojo de la cara.

Figurate, amigo mio, lo que habia de ser un tiempo en que España no tenia más que españoles. ¡Y ni un maldito club en que matar las horas! ¡Ni un pronunciamiento cada tres años con que distraer la rabia! ¡Ni una miserable gacetilla con que manchar una reputacion ó alcanzar una embajada! ¡Ni un triste can-can con que insultar la moral y los vanos escrúpulos! ¡Qué tiempos aquellos, válgame Dios! Ello sï, teníamos poetas y capitanes y novelistas y magistrados, y ganábamos reinos, y escribiamos libros, y alzábamos

monumentos que ahora demolemos para dar que hacer al pueblo soberano; y teníamos ejército, y naves, y gloria, y hacienda, pero no teníamos libertad, ni podiamos votar el candidato ministerial en unas malas elecciones, ni menos rompernos los cascos á garrotazos á la puerta del colegio electoral!

¡ Qué necios nuestros abuelos! ¡ Llenaron nuestras bibliotecas sólo por el mal gusto de estudiar en ellas y de que luego nosotros las incendiásemos! ¡Pintaron soberbios cuadros solamente para que nosotros les sacásemos à bayonetazos los ojos á sus imágenes! ¡Y labraron torres y claustros y capiteles, y calaron ventanas y rosetones, y esculpieron relieves y estatuas, todo ¿para qué? Para honrar à su Dios, y para que luego viniésemos nosotros con nuestras manos lavadas, y tostásemos bonitamente ó volásemos con pólvora (histórico) el fruto de sus sublimes entretenimientos! ¡Necios! ¡Pues se hubiesen entregado á la más provechosa tarea de escribir una Constitucion cada año, y publicar un bando en progresista cada mes, y violar ambas cosas cada dia, y fueran entonces ellos los sabios y los ilustrados! Y pusieran matrimonio civil en lugar de inútiles monasterios, y voluntarios de la libertad en lugar de frailes y monjes, y tertulia progresista en lugar de doctas universidades, y lo lleváramos en paciencia. No, sino, ándense con su Catolicismo y sus reyes y su intolerancia! ¿No nos pasamos nosotros muy holgadamente sin tales requilorios? Y somos dichosos, ¡tanto! ¡Y nos bastamos hasta el punto de haberle declarado guerra al mismo Dios!!!

Es verdad que nadie nos hace caso hoy en Europa, como no sea para despreciarnos; es verdad que nadie consulta á nuestros sabios, ni traduce nuestros libros, ni aprende nuestra lengua, ni adopta nuestros usos y maneras. En cambio, la concienzuda patria de Schlegel devora con afan las inmortales obras que á la luz de las hogueras de la Inquisicion escribieron algunos famosos oscurantistas que tuvieron el pésimo gusto de florecer entonces. En política Márquez, Mariana y Saavedra Fajardo hablaron bajo la mordaza del absolutismo, oprimido su pensamiento con no sé qué cadenas ó aros de hierro que nos dicen todos los dias; y sin embargo, ¿qué periódico de oposicion les aventaja hoy en noble inde-

pendencia? ¿quién ha señalado con mayor dignidad á los poderes públicos el límite de su autoridad? ¿quién á los piés del trono, al que vivieron arrimados, se hizo eco con mayor altivez de las necesidades de los pueblos para representarlas al soberano sin rodeos y sin disfraz? ¡Y eran frailes y jesuitas y aristócratas!

Pues, y nuestros escritores de hoy, ¿no tienen á gloria acercarse lo más posible al estilo y lenguaje de aquellos oscurantistas españoles? Los poetas dramáticos ¿no aspiran á que se les llame calderonianos, sin tener en cuenta que Calderon era un pobrecito neo que creia en Dios y visitaba con fervor el santísimo Sacramento antes de emprender la composicion de cualquiera de sus Autos? ¿Y no les siguen, aunque de lejos, la pista á los dos Luises, rastreando y olfateando sus giros y fraseología, sin recordar que no fueron periodistas ó diputados liberales, sino dos miserables frailucos, hartos de oracion y de Maitines, intolerantes, fanáticos, oscurantistas de marca mayor? ¡Y á vuelta de tres siglos, y ante los faros y faroles luminosisimos de la moderna ilustracion, dan todavía ellos la ley del buen gusto y conservan en sus manos el cetro de la elocuencia y del buen decir!

¡Lector de mi ánima! ¿Empiezas á ver claro al través de esas nieblas y oscuridades? ¿Empiezas á comprender que lo que se maldice todos los dias bajo el nombre de oscurantismo no es sino el brillo de tu Religion, la pujanza de tu patria, los timbres de tus mayores, el siglo de oro de tus letras, el apogeo de tu cultura? ¿Alcanzas ahora á columbrar detrás de tan rimbombante palabra la fea intencion del Liberalismo, que no se propone otra cosa que la difamacion de nuestro glorioso pasado y la glorificacion de nuestro ruin y miserable presente? Pues bien. Sépaslo y concluyamos de una vez. Conste que la tal palabrita es, bajo el punto de vista moral, una calumnia; bajo el punto de vista histórico, una necedad; bajo el punto de vista político... una progresistada.

Hé aqui lo que podemos llamar oscurantismo histórico. No renuncio al placer de ocuparme otro dia del oscurantismo actual.

Julio, 1870.

XXI.

¿Quiénes son por ahí los oscurantistas?



L sol de la libertad liberal, al esparcir por esta tierra de España sus brillantes resplandores, no tuvo como en Francia la suerte feliz de disipar instantáneamente las densas nubes y espesas nieblas que á su libre irradiacion se oponian.

La revolucion española no fué nacional como la francesa. Allí era el resultado de la combustion de elementos propios de largo tiempo hacinados por los trabajos de la impiedad y por los desaciertos de la monarquia. Aqui las ideas revolucionarias eran pura importacion y contrabando. Vinieron á ser como un galicismo más y una traduccion más en aquella época de galicismos y de pesimos traductores. Introdujéronse primero à favor de la confusion y desbarajuste inherentes à nuestra funestisima cuanto gloriosa guerra de la Independencia. y tan poco hubieron de arraigarse, que à la sola presencia del Rey cayó todo aquel edificio revolucionario tan sobre arena levantado. Aun despues de muchos años de eso la monarquia antigua era lo nacional y el Liberalismo lo forastero. Por esto no fué posible entre nosotros un reinado de ferocidad y de terror como entre nuestros vecinos. Aparte de que no nacen aquí gigantes revolucionarios de aquella talla, y de que aunque nacieran no habia á la sazon muchedumbre bastante impía para secundarlos, su sola impopularidad explica suficientemente el fenómeno de que la revolucion entrase hipócrita y encogida, afectando catolicismo y monarquismo, áun en lo más opuesto á estas dos instituciones; transigiendo, en una palabra, con lo que no se sentia con fuerzas para arrollar. Por esto el grito de ¡ Abajo todo lo existente! que habia de ser naturalmente su exordio, no ha sido sino su epilogo, ni ha podido resonar aqui hasta medio siglo despues. ¡Tan dificil y laborioso ha venido siendo su alumbramiento! Así las cosas, y teniendo en cuenta esta que es historia pura, necesario era que quedasen envueltos y sin asimilar en el desorden de nuestra cuasi-revolucion, infinidad de elementos à ella recalcitrantes y refractarios. Esto explica el predominio que han tenido siempre en el campo liberal las ideas de los moderados, à quienes con mucha gracia llamaba un amigo mio liberales por fuerza ó por interés, y la rapidez con que han pasado las dominaciones progresistas que han representado durante muchos años con tan poca fortuna la fraccion roja de nuestra revolucion. Cada etapa revolucionaria ha sido emprendida por traicion ó por sorpresa y ha durado poquisimo tiempo; cada restauracion, de las muchas, desgraciadamente tan sólo parciales, que se han verificado, ha sido traida lógicamente por el grito del país, y se ha consolidado por largos años con poquísimo esfuerzo.

De esta ligerisima ojeada histórica dedúcese por necesaria consecuencia que el oscurantismo tiene aún en España numerosos prosélitos, y constituye lo que llaman los liberales una rémora atroz que entorpece la marcha del consabido carro revolucionario, ó como dirémos más propiamente nosotros, un feliz contrapeso que impide que el susodicho carro acabe de volcarnos en el hondo precipicio al cual viene tan funestamente empujado. Menudean, pues, los oscurantistas en esta tierra de Dios, y aquí de mi pregunta: ¿Quiénes son por ahí los oscurantistas?

Despues de lo que dijo Castelar (última palabra del Liberalismo lógico español) que el Catolicismo y la libertad eran incompatibles, compréndese claramente que el gran oscurantista, el oscurantista tenaz é incurable, es el católico, y cuanto más católico más oscurantista, y el Papa el oscurantista mayor, ó como si dijéramos el muñidor de la cofradía, y Roma, por ende, el centro y capital no tanto de la Iglesia, como del oscurantismo. No soy yo quien lo digo. Tómese cualquier periódico progresista de cualquier dia y hallaráse repetida hasta la saciedad, hasta el fastidio, esta idea. Son oscurantistas además todos los cardenales, obispos, clérigos y monaguillos, salvo cuando alguno de ellos intente por su mal emanciparse de la obediencia debida á sus superiores, ó se llame Aguayo, Alcalá Zamora, Paniagua ó cosa tal, que entonces queda declarado *ipso facto* ilustrado liberal y verdadero discípulo del Evangelio. Y la gacetilla que insulta al Concilio y calumnia vilmente á las religiosas ensalzará sus méritos, su despreocupacion y su consecuente Liberalismo. Eso sí, nadie querrá á uno de los tales por confesor en su última hora. Es verdad que nadie ha hecho de estos curas liberales más cumplida justicia que sus mismos camaradas. Toreno se dejó decir que el cura liberal ó era muy tonto ó era muy pillo. Figaro colocó al cura liberal en el grupo más odioso de su célebre artículo *Los Calaveras*. El Pueblo, periódico republicano, nos dijo recientemente que el cura liberal debia con más propiedad llamarse cura libertino. Severos son estos juicios; conste que no son mios; respondan de ellos sus autores; ni quito ni pongo rey.

Aparte de la clerigalla, entre la cual campa y señorea como en casa propia el oscurantismo, son oscurantistas tambien los que llamó no há mucho un periódico liberal con infinito gracejo, jesuitas de sotana corta. Es decir, aquellos seglares que desde el periódico ó desde la tribuna parlamentaria, ó en el casino ó en el ateneo, por medio de la polémica ó por medio del ejercicio de la beneficencia, practican el honrosisimo apostolado de la verdad, tanto más provechoso en cierto sentido, cuanto á manos más profanas aparece encomendado. Estos son oscurantistas con el apéndice de neos rematados, sin que de tan fea nota alcance á librarlos ni la reluciente botita de charol, ni la almidonada pechera más blanca que el ampo de la nieve.

¿Tomas agua bendita, rezas rosario ó visitas jubileos? Oscurantista eres y de siete suelas, y el progresista más lerdo no dará por tu ciencia ni por tus estudios tres cominos, aunque fueres por otra parte un Séneca ó un Salomon.

¿Confiésaste y comulgas, saludas reverentemente la puerta del templo, llevas devocionario en la faltriquera y escapulario al pecho, ó asistes los domingos à la catedral? ¡ Jesús mil veces! A cien leguas apesta la vecindad tu oscurantismo. El remendon de la plazuela que alumbra à san Espartero y almuerza fuerte el dia de sus dias, él que guarda como las más bellas ilusiones de su juventud el cilíndrico morrion, el clásico plumero rojo-amarillo y las charreteras verdes, él que

comparte su entusiasmo artistico y literario entre la Crónica y los Bufos Arderius, el setendrá en todo rigor de justicia por más ilustrado que tú, tengas ó no tengas embutido el cuerpo de clásicos y Pandectas.

La mujer, que es en su generalidad piadosa, es por ende tenida en su generalidad por oscurantista. Efectivamente. Mujer liberala ó ilustrada hay que buscarla con la linterna de Diógenes, y aún no se la encontrará que llene todos los requisitos de tal, como no sea en aquella clase infeliz y asquerosa que es justamente mirada como degeneracion de la especie. ¿Qué liberal hay que desee mujer patriota?

Tambien es pobrecito oscurantista à los ojos de la gente del trueno, el jóven que ignora la entrada de los garitos y asiste diariamente à cátedra, que cena con su familia y besa la mano à papá, y acompaña à paseo á mamá y á las hermanitas. ¡Qué oscurantismo no será el suyo cuando no acertó à emanciparse de tan enojosa tutela!

Si leiste, carisimo suscritor, un articulejo que te puse dias atras sobre mi aguja de marear en el mar embrollado de las cuestiones del dia, recordarás que te hice observar dos como corrientes constantes, de honradez y de Catolicismo la una, de ateismo y de inmoralidad la otra. Pues bien. Aplica ahora aquel criterio. Investiga hoy por hoy á cuál de las dos corrientes pertenece el llamado oscurantismo, y á cuál la por mal nombre llamada ilustracion. Averigua qué novedades son las que en nombre de ésta se celebran, y qué vejeces y antiguallas las que bajo pretexto de aquel son maldecidas. Repara quién alza el pendon de la una, y quiénes sostienen firmes en su puesto la enseña de aquel otro. Observa de qué parte está lo sensato, lo noble, lo católico y lo honrado, y de qué parte lo vocinglero, lo descatolizador, lo obsceno, lo disolvente. Estudia los frutos de cada cual. Mira por obra y gracia de ella convertidas en Babel las naciones, en campo de batalla las familias, sin prestigio la autoridad, sin fuerza la ley, entronizado el escándalo; observa á beneficio de él conservándose el temor à Dios y à la autoridad en no pocas familias, fervorosa la religion en no pocas personas, en muchas encendida la caridad inmaculada, la honradez y la buena fe intachables é incorruptibles. Registra mapa y estadística en mano, las naciones y las provincias. A mayor grado de oscurantismo, ó de lo que se llama tal, verás corresponder mayor órden, mayor religiosidad, mayor beneficencia, mayor bienestar moral y material en todas las clases. En cambio á mayor ilustracion, ó lo que fuere, corresponde mayor criminalidad, más parejas de guardia civil y menos seguridad, más policia y menos limosna, menos costumbres y más can-can, y más cuadros al vivo ó en carne viva.

Y hechas estas observaciones, por muy escaso que sea el magin que te hubiere cabido en lote, conocerás claramente lo que deba adjudicarse á la ilustrada corriente revolucionaria, y lo que á la católica, reaccionaria y oscurantista. Y ninguna vacilacion sentirás entonces al contestar por tí mismo á la pregunta epígrafe del presente artículo.

- --¿Pero vos, por lo visto, sois enemigo jurado de toda ilustracion?
- —Soylo por de pronto de toda ilustracion que se oponga al oscurantismo católico, que es el mio. Cuál sea la ilustracion mi amiga, y cuál la que cordialmente aborrezco, asunto será de más detenida conferencia.

Julio, 1870.

XXII.

¡El pueblo tiene hambret



os obreros de Madrid acaban de pasear por las calles de la coronada villa el espectáculo de su miseria con el siguiente significativo lema en sus pendones: «¡El pueblo tiene hambre!» Hé aquí el hecho. Discurramos sobre él.

Que no soy socialista, lo saben mis benévolos lectores: mas que al socialismo caminamos á grandes pasos, téngoselo tambien en distintas ocasiones repetido. La corriente de las ideas revolucionarias marcha hoy en este sentido, ayudada por la indolencia de unos y por el empuje inconsciente de otros. La Revolucion fué primeramente religiosa, y se llamó protestantismo; hízose luego política, y se llamó Liberalismo; tiende ahora á hacerse social, y viene siéndolo ya y se llama socialismo. Este es el camino que hay que andar, porque creo haberlo dicha ya otra vez, las leyes de la lógica son á veces tan inflexibles como las de la física.

El pueblo para justificar sus tendencias socialistas tiene desgraciadamente à la mano precedentes que las clases conservadoras han ido sentando en favor de sus funestas utopias. Si la clase media ha desamortizado á la eclesiástica, por qué el pueblo no ha de poder desamortizar à la clase media? ¿La asiste acaso à ésta mejor derecho? Mas aparte de esto, que todo el mundo ve menos los ciegos, el pueblo tiene à su modo de ver otra razon poderosisima para ser socialista. Es el hambre. El pueblo tiene hambre. Sentemos este hecho, y recordemos luego el necessitas caret lege del proverbio, y el malesuada fames de Virgilio, ó lo que lo mismo, que la necesidad carece de ley, y que el hambre es el peor consejero; añadamos la carencia casi absoluta de ideas religiosas, y tendrémos la explicacion completa de los densos y apiñados nubarrones que empiezan á ennegrecer el antes purisimo cielo de nuestra patria.

¿El pueblo tiene hambre? dirá álguien; ¿no humean por ventura las chimeneas de nuestras fábricas? ¿No ha previsto el Gobierno que hubiese derribos de conventos é iglesias con que entretener á los desocupados? Actualmente en España hay pan para quien lo quiera ganar y áun para el que quiera tomarlo de balde.

Alto, señores; el pueblo tiene hambre, he dicho, ó mejor, lo ha dicho él mismo, y cuando Calderon lo dijo, estudiado lo tendria. Hambre tiene, y es el hambre del leon, que tiene constantemente á la vista la presa en que puede cebarse, con más algunas docenas de azuzadores al lado que le están de continuo exhortando al sangriento festin.

El pueblo tiene hambre ante todo de placeres. Como se le ha enseñado que no hay otra vida que la presente, y que ésta se reduce á gozar lo más que se pueda, es natural ande hambriento de goce. Decidme, dichosos de la tierra: les posible que el pobre pueblo pase indiferente ante el espectáculo de vuestra felicidad terrenal? ¿Es posible que no le hostigue la música de vuestros espectáculos, el suculento aparador de vuestros restauranes, el resplandor de vuestras soirées. el aristocrático rechinar de vuestras carrozas? No tiene Dios. ni cree en la cruz, ni espera un cielo, ni teme un infierno, zy le quereis resignado à su existencia de privaciones? Habeis hecho todo lo que hay que hacer para corromperle, ¿y le quereis virtuoso como en los tiempos en que se hacia todo lo que se podia para morigerarle? ¡Necia presuncion! Lo que sembrare el hombre eso segará, ha dicho Cristo. Y tras Él nuestro refran: «Quien vientos siembra, coge tempestades.»

Además, tiene el pueblo hambre de verdad, y no le dais sino mentira. Y esa mentira brillante que le seduce y le enamora, es luego su torcedor y su veneno y vuestra constante amenaza. El pueblo tenia antes una universidad para sí en cada convento y un catedrático popular en cada fraile. ¿Por qué le habeis incendiado el convento y le habeis enseñado á maldecir al fraile que era tan su amigo? ¿Por qué le habeis privado del fraile que era hijo del pueblo, y hablaba su lenguaje, y enjugaba su sudor, y enseñaba á sus chicuelos, y le asistia en sus enfermedades, y le consolaba en su agonia?

¿Por qué le habeis priyado del fraile que caminaba á pié como él por el polvo de los caminos, que retozaba con él en el bullicio de los regocijos populares, y lloraba con él en las públicas calamidades? ¿Qué habeis hecho del fraile que era el hombre más popular y era vuestro hermano? Cain, ¿dónde está tu hermano Abel? ¡Maldito serás, dijo el Señor, sobre la tierra que ha bebido la sangre de tu hermano! ¡Hoy mismo, hoy cumplen años! ¡Noche infausta! ¡Y cuán horriblemente eres vengada! ¡Hombres del siglo, el polvo de las sagradas ruinas, el vapor de la sangre derramada, el lloro de las inocentes que habeis arrojado de sus asilos, esa es la ira de Dios que os acosa, ese es el dogal del socialismo que os estruja! Ya no hay convento, mas hay club; ya no hay fraile, mas hay tribuno demagogo; ya no hay santas Congregaciones por esas calles, mas hay huelgas y manifestaciones socialistas; ya no hay Misiones de amor, mas hay en cambio infernal propaganda de odios. Escoged. Aquello es lo nuestro, lo de ayer; esto es lo vuestro, lo de hoy. Y aún, ; quién pudiese leer lo de mañana! ¡Sombrío porvenir!

Otra hambre tiene el pueblo, hambre de moralidad. El pueblo atraviesa un lago infecto de corrupcion, cuyos miasmas ponzoñosos han precisamente de marearle y aturdirle y desvanecerle. Cabezas mejor sentadas que la suya no han podido resistir al pestilente hedor de esos torpes cenagales. A un espectáculo cinico de carnes al desnudo, con el nombre de cuadros al vivo, no corresponde otra cosa al salir de aquel teatro ó burdel, que un grito de abajo la propiedad. El enlace de estas dos ideas parecerá absurdo y extravagante à ciertas gentes de vista corta; para el buen observador será tan natural como el que media siempre entre la corrupcion del corazon y la perversion del entendimiento. No hay mejor maestro de error que las pasiones inmundas, que son las que más ciegan y embrutecen. Dadme un pueblo sensual y corrompido, y á una vuelta de dado os lo vuelvo socialista. Harto lo sabe quien lleva la misteriosa batuta de la revolucion universal. Por esto su fórmula es ésta: Corromper para revolucionar. ¿Qué remedio hay para esto? ¡Ah! Velárase por la pública moralidad siquiera como velaban por ella los pueblos paganos; pusiérase un freno á la lascivia que viva y pintada y fotografiada invade nuestras calles, y salta en vergonzosa desnudez en nuestros teatros; diérase proteccion à las Instituciones católicas tan atrozmente vejadas; rodeárase del prestigio debido à la Religion y à sus ministros; pusiera la Autoridad todo el peso de su vara de parte del bien en la balanza que Dios ha colocado en sus manos, y ¡ah! forzoso es decirlo, muy otras serian las costumbres, muy otro el pueblo, muy otros sus hoy feroces instintos. Mas si en el lugar do se alzaba el templo habeis abierto el teatro inmoral, si en lugar de los santos regocijos de la Religion fomentais las inmundicias de Sodoma, decidme por caridad, ¿á quién acusaréis de vuestros infortunios?

Matar conviene esas tres hambres que á todos amenazan devorarnos. Tal vez sea tiempo aún.

Matemos el hambre de goces con el ascendiente poderosisimo de las ideas religiosas, enseñando al pueblo á que fije sus miradas en un más allá imperecedero que nada tiene de comun con las presentes alegrías. Hagamos sentir la calma bienhechora de la Religion á esas masas agitadas por el veneno da tantas malas pasiones, como gota á gota ha ido derramando en su hermoso corazon quien ha tenido en ello interés de sobra. Devolvámosles su perdida fe, y les devolverémos con ella su perdida tranquilidad.

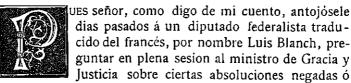
Matemos el hambre de verdad, prodigándola por todos los medios posibles, facilitando la adquisicion de publicaciones cristianas, promoviendo corrientes de Catolicismo alli donde tantos años há se han promovido sólo corrientes ateas. El pobre pueblo apenas puede concurrir à los establecimientos de enseñanza oficial. La centralizacion, más odiosa en este punto que en otro alguno, la ha hecho asequible sólo á unos pocos á quienes la da, como todo artículo de estanco, cara v frecuentemente averiada. Fundemos establecimientos de instruccion popular, casinos, ateneos, conferencias, que el oscurantismo, vulgo Catolicismo, sólo quiere mucha luz para propagarse. En tiempos llamados oscurantistas no habia apenas comarca sin maestro de latin y de retórica; ¿por qué han de acudir ahora los pobres á los grandes centros de poblacion para principiar con estos estudios sus carreras? La matrícula de nuestras oscurantistas universidades era fabulosamente insignificante, ¿por qué la han puesto ahora los estancadores de la ilustracion tan fabulosamente exagerada? ¿Por qué á medida que se ponderan las excelencias de la ilustracion van siendo para el pobre más difíciles los medios de hacerse con ella? ¿Por qué?

Matemos, finalmente, el hambre de moralidad, poniendo diques al vicio, encerrando otra vez en sus oscuros escondrijos á tanto bicho inmundo como ha salido á la luz pública desde el primer grito de nuestra Revolucion. Ensalcemos lo puro y lo honrado, y no honremos jamás, jamás con nuestro aplauso lo grosero y lo bestial. ¿Por qué ha de ser puesta todos los dias en ridículo la santidad del matrimonio y de la vida religiosa, al paso que se idealiza y se convierte poco menos que en diosa á la procaz y deshonesta bailarina, cuando nadie de los que la aplauden querria tenerla por madre, por mujer ó por hermana? ¿Por qué le hemos de dar al pueblo el mal ejemplo de llenar de oro à la lascivia, cuando los recogidos por la caridad desfallecen de hambre en sus olvidados albergues? ¿Por qué entre estas clases soi dissant influyentes é ilustradas, ha de ser de buen tono la frivolidad y el despilfarro, y no han de serlo la severidad y la modestia cristianas? Tiene hambre de moralidad el pueblo? Saciémosle de buenos ejemplos, y puede que los imite. ¿Con qué derecho le exigimos virtudes que no practicamos? ¡Dura verdad!

Julio, 1870.

XXIII.

La nueva jurisdiccion espiritual.



concedidas por el Obispo de Osma á ciertos súbditos suyos, absoluciones que por lo visto deben de importarle muy mucho à S. S. republicana. De aqui sacarás, amabilisimo lector, lo que valen en boca de ciertas gentes la separacion de la Iglesia, la Iglesia libre, y tantas otras palabrotadas con que nos aturden un dia y otro dia, mientras le están exigiendo al ministro su intervencion en lo más sagrado de los asuntos de ella; mientras hacen que se interponga el poder seglar entre el confesor y el penitente en sus relaciones puramente sacramentales; mientras piden que se fiscalice nada menos que la razon ó sinrazon de las mismas absoluciones. Dicho sea esto de paso, para no echar en saco roto lecciones que mañana pueden sernos de provechosísima enseñanza. Oigamos, empero, la respuesta del ministro, que es no menos curiosa.

A S. E. que oyó de Obispos y de absoluciones, revolviósele en el cuerpo el alma atrozmente progresista, y hubo de decirse con la fruicion de quien es convidado á vianda muy de su gusto: ¿Obispillos á mí? ¿A mí absoluciones? Pues ¿para qué he de ser yo progresista, sino para tales casos? Y decidido y animoso, como quien le corta de una tajada el nudo á la dificultad, apresuróse á contestar que averiguaria el caso, y resultando cierto castigaria rigurosamente al Obispo alborotador de conciencias. Y sentóse satisfecho el muy alto señor, y no tuvo por ahora más consecuencias el lance, que darme á mí, pobrecito Oscurantista, deliciosa materia para un articulejo de los de mi cosecha, que cierto traíame ya mohino y desconsolado la escasez de asuntos.

Con qué, señor ministro, ¿creisteis vos que el Obispo habia de pediros consejo ó autorizacion para resolver los casos de conciencia de su obispado, y consultar á vos, como á la Penitenciaría romana se consulta en tales ocasiones? Pues equivocado anduvisteis, y disteis solemnisimo traspiés, precisamente en la materia de vuestros especiales conocimientos. No hemos progresado tanto aún, que se establezca la confesion civil como se ha decretado ya el matrimonio idem; ni es cosa de que desvanezca el ministro nuestros escrúpulos y perdone nuestros pecados, como casará dentro de poco à las muchachas españolas el alcalde del lugar. Creo que la Iglesia no recibió de ministro alguno la facultad de absolver, ni se le dió à ella este empleito en paga de liberales servicios, como se nombra un estanquero ó se asciende á un magistrado en premio de patrióticos merecimientos. De Cristo tiene recibida su potestad, no de los hombres, y á Él solo debe dar cuenta, no à ellos, del buen o mal uso que de su prerogativa hiciere. Cristo dijo v no el ministro á los sacerdotes: Lo que perdonáreis en la tierra, será perdonado en el cielo; y lo que retuviéreis, retenido quedará. Y solo Dios es Dios, y solo el Papa es su vicario, y de ellos abajo nadie presuma invadir ese terreno rigurosamente vedado. El rev y el ministro no son aqui más que discipulos, reos y penitentes. Y podréis castigar, ¿quién lo duda? ¿no tiranizaron Neron y Diocleciano? no podréis, empero, hacer que se reconozca como procedente vuestra intervencion en los secretos de nuestras confesiones.

Efectivamente, lector; parece ser que el Obispo de Osma ha recordado en una de sus circulares á sus parrocos, la obligacion de no absolver, aun in extremis, á los compradores de fincas sagradas no cedidas por la Iglesia, y de consiguiente usurpadas, como no medie restitucion. Con perdon de S. S. Ilma., cuyas eminentes virtudes y talentos admiro, hállole una tacha á su circular; la de no decirles á sus clérigos cosa nueva. El más atrasado de los alumnos de moral sabe que no puede ser absuelto el injusto poseedor, si no restituye ó promete restituir la prenda mal adquirida. Y no será

cosa de que la Iglesia haya de reformar sus eternas doctrinas de moral para dar gusto à S. S. el ministro progresista. La moral católica, y hasta la moral universal, no pueden reconocer en el comprador de bienes sagrados no cedidos por la Iglesia, más que un injusto poseedor, á quien sin las debidas disposiciones no es lícito absolver. Y la disposicion debida, indispensable, esencial, es la promesa solemne de restitucion. Y por ende el clero de todo el mundo no tiene necesidad de previas circulares para obrar inflexiblemente en este sentido. Y ni la situacion crítica de un moribundo, próximo à responder ante el tribunal de Dios, le da derecho para infringir tan sagrados principios. Y dado que por temor o por condescendencia se atreviese á tanto, ¿qué habia de aprovecharle al infeliz penitente la absolucion que el cielo no ratificaria? Antes haria extensivo sobre la frente del sacerdote. en mal hora condescendiente, el anatema del sacrilegio. Esta es la verdad, y dentro la doctrina católica desafío á que se pruebe lo contrario.

Venirse, pues, con aspavientos por circular más ó menos, cuando en todas las aulas de moral se enseña lo mismo de la circular; moverle bulla y alboroto á un pobre Obispo, por lo mismo que en igual sentido sostienen y practican siglos há todos los católicos del mundo; es, perdónenos el ministro, alcaldada progresista, golpe en vago y ocurrencia de pésimo gusto.

Con ansia espera el mundo el castigo que va á caer sobre la cabeza del Obispo criminal que tan valerosamente ha defendido la inviolabilidad del séptimo mandamiento. Por mi parte quiero contentarme con ofrecer à la consideracion del señor ministro el siguiente sencillisimo dilema:

O cree S. E. en la autoridad judicial de la Iglesia en el sacramento de la Penitencia, ó no cree en ella:

Si lo primero, acátela y acredite con esto que no fueron broma dias atrás sus ardientes protestas de católico antes que progresista:

Si lo segundo, ríase de ello enhorabuena, y no haga cuestion de Estado el que se dé ó se niegue una absolucion. Si al fin nada vale la absolucion ¿á qué molestarse ni molestarnos porque se dé ó se niegue á los propietarios de bienes ajenos?

Y voy á concluir con una advertencia, que no por ser de adversario ha de serle despreciable, si recuerda el antiguo refran que dice: del enemigo el consejo. Déjese de meter la hoz en miés ajena, y queden en buena hora los negocios espirituales para quien recibió autoridad y luces para tratarlos. Porque seria lástima, y sentiríalo yo, por lo que aprecio el buen nombre y prestigio de las públicas autoridades, que los Obispos y demás clerigalla, reaccionarios como son y aficionados á rancios proverbios, sacasen á colacion aquel tan conocido entre los latinos, que S. E. sabrá perfectamente traducir: Ne sutor ultra crepidam. O como dicen allá sus paisanos de la tierra de Santiago con menos erudicion y con algo más de malicia: Zapatero, á tu zapato.

Julio, 1870.

XXIV.

¡Tiene la palabra el cañon!



z que en este grito prorumpió hace pocos dias un diputado del Cuerpo legislativo francés al declararse suspendidas allí por causa de la guerra las sesiones. Bellísimo arranque, frase sublime, digna de un héroe de la Ilíada, si los hé-

roes de la Iliada hubiesen alcanzado esta época de congresos y de cañones. Frase literariamente feliz, pero, lo que es más notable, sin duda por menos comun, frase filosóficamente verdadera.

¡Tiene la palabra el cañon! Efectivamente; la palabra del cañon es la que va á resonar ó resuena ya tal vez en Europa á estas horas; la palabra del cañon, mensajera de llanto, orfandad y ruinas; la palabra del cañon, antitesis suprema de la palabra del hombre, sarcasmo sangriento de nuestra pretendida cultura, mentis solemne que la fuerza bruta sale de vez en cuando á lanzar sobre la frente de los que orgullosamente se apellidan á si mismos apóstoles de la idea pura.

Consolémonos, empero, y hasta, si hay humor para tanto, alegrémonos y entusiasmémonos. No van à ser la clava de Hércules, ni la flecha del salvaje, ni la segur ó la lanza del romano, las que impondrán su voluntad al mundo, y decidirán, como se dice vulgarmente, sus destinos. Ni serán la maza del cruzado, ni la cimitarra del moro, ni las toscas bombardas y culebrinas de Carlos V, las que van à dar la ley. No, señores, quien legisla y tiene la palabra es el cañon, pero el cañon modelo, nuevecito, flamante, sin estrenar aún, como salido apenas de las fundiciones militares de París ó de Berlin; el cañon que, gracias al adelanto y felices aplicaciones de las ciencias, puede matar con el nombre de ametra-lladora seiscientos hermanos nuestros cada minuto. Es el

cañon, pero el cañon culto, el cañon civilizado, el cañon del siglo XIX.

¡Tiene la palabra el cañon! Y pregunto yo, lector, ¿cuándo no la ha tenido en nuestro siglo? ¿Qué nacion ha podido vivir un dia siguiera sin ese cachivache odioso, procurando tenerlo siempre al nivel de los últimos adelantos del arte de matar? Y es lo peor, que aun para los pueblos enemigos de meterse en casa ajena, ó de molestar á la vecindad, sólo para el gobierno de la familia propia, sólo para la discusion amigable de los asuntos domésticos, á proporcion que ha resonado más elocuente en la tribuna la palabra del hombre, ha debido resonar con más frecuencia en campos y calles la palabra del cañon. Conocen ya la dama remilgada de nuestras ciudades, y el chicuelo inocenton de nuestras aldeas, el timbre de su voz, antes sólo conocida de los hijos de la guerra. Familiarizados estamos con su aterrador rugido; ¿quién, por poca fecha que cuente, no lo ovó retumbar frecuentemente á la esquina de su casa? Y dormimos arrullados por sus disparos y al resplandor de ellos comemos y danzamos tan alegremente, como si vivir á cañonazos fuese el modo más propio y natural de ir viviendo en nuestro siglo. Cierto que en todas las cosas el toque está en acostumbrarse; ¡loado sea Dios, que à eso empezamos ya à acostumbrarnos, aun à riesgo de que nos suceda lo que á la yegua de aquel hidalgo economizador, cuya lastimosa historia excuso referir por sobradamente sabida!

¿Qué palabra le falta á ese siglo desventurado, para que tan á menudo se vea en el trance de invocar la palabra del cañon en el calor de sus discusiones? Pues, palabras, si va á decir verdad, las tiene de sobras, y de varios calibres y de distintos colores. Vedle tejer con ellas floreados discursos, programas, arengas y Constituciones; vedle vaciarlas á raudales sobre los pueblos embobados, como el saltimbanquis saca de su boca varas y más varas de pintadas cintas ante los inocentes que no conocen la maña y secreto de tanta maravilla. El derecho nuevo, la ilustracion, el progreso indefinido, el ideal de la humanidad, las luces de la civilizacion, la fraternidad universal, los adelantos de la época, etc., etc.; Ah, lector, lector! tentaciones viénenme de exclamar aquí con los tan conocidos versos de la zarzuela:

¿Qué es este cestito con tanto colgajo, Con cintas arriba, con cintas debajo? ¿Qué diablos ahí dentro se puede encerrar?

¿Qué diablos ahí dentro, preguntas? Pues mirala, mirala à la feroz ametralladora asomando por entre los cintajos su ardiente boca y suspendiendo la armonía de aquella música de palabras con el horrisono estampido de sus disparos. Mírale al derecho nuevo convertido de repente en el derecho más antiguo, el derecho de Caín; al progreso indefinido pronunciándose en retroceso hasta el salvajismo; al ideal de la humanidad trocado en el desgarrador realismo de un campo de batalla una hora despues de la funcion; à las luces del siglo palideciendo ante el rojizo resplandor de los pueblos incendiados; á la fraternidad universal pisoteada en el sangriento choque de trescientos mil hermanos conducidos por un degollador en jefe contra otros trescientos mil.; Quién fiará en adelante de palabras!

¡Tiene la palabra el cañon! Gran palabra y fiero azote, pero tambien provechosisima enseñanza. Ella nos dice el caso que hay que hacerles à las dulcisimas melopeas de Castelar y demás compañía lírica, y de qué modo han de ser recibidas á beneficio de inventario las lucubraciones filosófico-políticoprogresisticas de tantos panegirizadores de la civilizacion actual. Bueno, muy bueno es que suene de vez en cuando la palabra del cañon para despertar al pueblo adormecido al blando susurro de tanto adulador como le engaña; bueno, muy bueno es, aunque muy doloroso, ese memento homo que nos obliga á mirar con verdaderos ojos la ilusion de tanta pintura, la vanidad de tanta palabra. Bueno es que, cuando ebrio de entusiasmo liberal, un orador ó un gacetillero salga diciéndonos: «el monstruo del oscurantismo huye deslumbrado y despavorido ante los resplandores de la libertad que alumbra à los pueblos; rotas las cadenas del despotismo, la razon es su guia, su libre voluntad el origen de todo poder, sus luchas el trabajo, sus victorias las de la industria, su porvenir la emancipacion, la paz universal, etc., etc.,» salga entonces no sé yo de dónde la palabra, ó mejor la fria carcajada del cañon, y le diga: «¡Cállese el bobo!¡ cállese el menguado! Sobre las palabras que acaba de vaciar está todavia otra palabra, sin retórica, pero con bala; sobre el ruido de las discusiones con que prentende señorearlo todo, ruge todavía mi frecuente interpelacion, á la cual nadie contesta.»

¡Filósofos envanecidos del siglo de la luz! ¡Sois ni más ni menos que los avechuchos del oscurantismo!¡Todavía tiene la palabra el cañon! ¿Quién será que se la retire? De fijo no seréis vosotros.

Julio, 1870.

XXV.

La ilustracion.



é aquí la gran palabra, la palabra mágica, la palabra del siglo, la palabra-compendio de cuanto en alabanza de él puede decir la facundia del más despachado hablador en esta época de sempiternos habladores. ¡Vivimos en el siglo

de la ilustracion! ¡Somos ilustrados! Despues de estas exclamaciones tan usuales en el lenguaje de ciertas gentes, ¿qué hay que hacer sino postrarse de hinojos, y despues de haberse dado cada uno á sí mismo millones de parabienes, rendirle mil gracias á Dios, cuya infinita misericordia nos ha hecho nacer en el mejor y más afortunado de los siglos posibles? ¡Felicisima edad y dichosísimos tiempos los presentes, diga lo que quisiere el valeroso manchego, á quien un puñado de sabrosas bellotas hizo ponderar tan en demasía el bienestar de las edades doradas!

Bien sé yo, lectores mios, que, no un Oscurantista como yo, sino un liberal como una loma (y no digo como un templo para no mortificarle con la comparacion) inventó, à propósito de edades, aquella coplita que tiene su algo, y áun algos, de reaccionaria socarronería:

Pasó la de oro, Pasó la de hierro, Y para nosotros Vino la de... cuerno.

Tampoco se me oculta que Larra y Espronceda, liberalazos más de lo que á su alma y á su cuerpo conviniera, en bellísima prosa el uno, y en sonoros versos el otro, malhumorados como ellos solos, y como ellos solos amigos de cantar claridades, han dicho de nuestros tiempos lindezas que, á soltarlas yo por vez primera, tuviéralas cualquier liberal, y no sin razon, por rasgos de furioso oscurantismo. Mas, ¿quién va á hacer caso á estas voces aisladas, ante el robusto coro con que cien y cien voces progresistas (abonados testigos en materia de luces) pregonan por ahi las glorias de los ilustrados tiempos presentes por boca de sus elocuentes diputados, de sus elocuentisimos periodistas, de sus ultra-elocuentísimos gobernadores? ¿Quién no se dará por convencido con la gritería que ensalza la ilustracion de nuestro siglo, á la vez que señala á las iras de la multitud los lechuzas y apagaluces que intentan matar con su resuello el bienaventurado candil? Y cuenta que los tales lechuzas y apagaluces son, en sentir de los doctores liberalescos, el clero enemigo de la ilustracion, el Concilio hostil á la ilustracion, los frailes reñidos con la ilustracion, las monjas gente impropia de la ilustracion, el Catolicismo en masa mal avenido con los adelantos de la ilustracion. No son mias estas frases ó palabrotadas. Las leo cada dia en los periódicos de la secta. Por mi parte doyme por convencido, y estoy dispuesto à aplaudir con ambas manos y aun con ambos piés con rabioso pataleo, así que la caridad de mis hermanos liberales me saque de algunas dudillas (poca cosa) que me están hurgando ahí dentro y no me acaban de dejar tranquila la conciencia. Vamos claros.

¿Somos más ilustrados que nuestros pasados? La pregunta equivale á las tres siguientes, en las cuales puede descomponerse:

¿Tenemos mayor desarrollo científico y artístico?

¿Mayor desarrollo y aplicacion de las ideas morales?

¿Mayor bienestar material y moral en el mayor número? O simplificando más el problema y poniendo sus térmi-

nos al alcance de los entendimientos más vulgares:

¿Somos más sabios?

¿Somos más honrados?

¿Somos más felices?

No voy à hundirme, como tal vez temerá alguno, en pacientísimas investigaciones históricas, que no son juego para mi cuerda. Hable tan sólo el sentido comun, que ese es mi patrimonio, como lo es de cada hijo de su madre.

¿Somos más sabios? Contésteseme á una sola observacion.

¿Por qué las ciencias todas, à excepcion de las naturales (que, con perdon de los naturalistas, son las de inferior categoría), ¿por qué, digo, las ciencias todas caminan vuelto siempre el rostro hácia atrás, fija siempre la vista en unos pocos hombres que por su mal no llegaron à tiempo de ser ilustrados? Por qué son aún autoridades en filosofía Aristóteles y Platon, sin que de aquí haya podido dar un paso la razon sola en sus orgullosas investigaciones? ¿Por qué razon bate y se restrega las manos con júbilo el filósofo moderno, cuando consigue recomendar alguno de sus laboriosos engendros con uno que otro texto de aquellos antiquisimos caballeros? ¿Por qué son aun el ideal de la historia Tucidides, Tácito y Suetonio, sin que el hombre más ilustrado deje un punto de traerlos en boca? En moral ¿ quién presumió jamás haber deslindado con más sutileza lo lícito de lo ilícito que nuestros teólogos moralistas? En la ciencia del corazon humano, ¿quién mejor ha escudriñado sus más ocultos repliegues y laberintos, qué psicólogo ha llevado más luz á esas oscurísimas regiones que san Agustin y el ignorado autor de la Imitacion de Cristo? ¡Y en artes? ¡Oh, en artes! ¿Hemos alcanzado aún á copiar las obras de los siglos pasados? ¿Dónde busca su inspiracion la moderna estatuaria sino al pié de los destrozados restos del arte griego? ¿Por qué vemos à la pintura estudiar anhelante las misticas tablas góticas y los acabados lienzos de los siglos XVI y XVII? ¿Por qué la arquitectura se extasia frente la columnata del Partenon, bajo las bóvedas de las catedrales, ante la cúpula de San Pedro? Si tan sabios somos, ¿cómo se comprende ese afan de revolver lo antiguo? Si tan ilustrados y superiores son nuestros tiempos à la edad pretérita, diganme mis hermanos ¿por qué no aprendemos la lengua en los clásicos progresistas, sino en los clásicos reaccionarios? ¿Por qué no estudiamos historia de España en los folletos de actualidad, sino en el jesuita Mariana?; Por qué no va en peregrinacion todo el orbe en busca de filosofía y de política á las divertidas sesiones de la celebérrima Tertulia? No le veo salida á ese apretado callejon. O somos más ilustrados que los antiguos ó lo somos menos. Si lo primero, ¿á qué estudiar lo que desdeñamos como inferior? Si lo segundo, ¿á

qué desdeñar lo que como superior estudiamos? ¿Será tal vez porque afrentando con majadera insistencia lo antiguo, esperamos disminuir el feo contraste que forma su grandeza con nuestra presente ruindad? Puede que sí.

¿Somos más honrados? ¡Válganme la guardia civil y la policia! Buen registro hemos tocado y qué bien suena. El comercio que, dicha sea la verdad, tiene más fama de liberal que de neo, anda clamando y voceando á todas horas la pérdida de la buena fe antigua, magnifico adjetivo en el que hasta nuestros adversarios encierran todo un panegírico. La inmunda prostitucion me abre, aunque no quiera mirarlas, sus asquerosisimas exhibiciones. Los anales del latrocinio van siendo de cada dia más divertidos de puro artisticos é ingeniosos. Las diversiones públicas no saben ya de que medios valerse para excitar la voluptuosidad gastada y embotada con todo linaje de obscenidades. El órden sostiénenlo à duras penas dos ejércitos, invisible el uno y visible el otro, el primero armado, como Argos, de cien ojos, bajo el nombre de policia, el segundo de bayonetas y chassepots con el nombre de fuerza pública. Y ni uno ni otro alcanzan a prevenir los crimenes, y muchas veces ni á descubrirlos cuando cometidos, y algunas ni á castigarlos una vez descubiertos. Hablen las hazañas de la Porra, de que nos guarde Dios y nuestras buenas piernas. Sólo otra observacion. ¿Por qué toda persona honrada da un tristísimo á Dios á los últimos restos de la generación que se va, como á representantes de una época ya pasada de cordura, religiosidad y sensatez intachables? ¿Y por qué todos nos estremecemos de horror al fijar la vista en la generacion que se viene, augurando de su impiedad, de su disipacion, de su falta de respeto á los poderes públicos, dias amargos para la patria? ¿Somos más honrados? ¿Dónde están los grandes tipos de patriotismo, de abnegacion y de santidad que legarémos á la historia que tantos y tantos ha recogido de los tiempos llamados oscurantistas?

Pero ¿acaso somos más felices? Creerse pudiera que con haber roto el freno de toda autoridad, con habernos echado, como se dice, el alma y la vergüenza á las espaldas, andamos curados de escrúpulos y aprensiones, y somos de con-

siguiente dichosos, siguiera con la dicha del indiferente, à quien no atormenta la sujecion ni los remordimientos. ¡Mas no! contra esa presuncion levántase el grito aterrador y cada dia creciente de los pueblos á quienes se han hecho sentir nuevas necesidades sin darles al propio tiempo los medios de satisfacerlas; el grito de los pueblos sin Dios, y de consiguiente sin consuelo en sus dolores y sin freno en sus deseos. ¡Pobre pueblo mio! Tú esperabas saciedad y hartura, como te prometieron tus falsos apóstoles, y el pauperismo, y la inmoralidad, y la ignorancia van royendo tus entrañas como cáncer devorador; y no tienes ya casas de beneficencia, ni de edificacion, ni de enseñanza, que te las robó la desamortizacion, segun dicen, en beneficio tuyo. Los ponderados prodigios de la industria no bastan à saciar tu hambre de pan y de placeres. Hace pocos dias paseaste por la capital de la nacion un lema siempre desgarrador, bien sea doloroso quejido, bien sea fiera amenaza: «¡El pueblo tiene hambre!»

Y dijiste verdad: hambre tienes, hambre de Dios, hambre de justicia, hambre de tranquilidad en la parte que de ti es aún sensata; hambre de goces, hambre de poder, hambre de riquezas, de igualdad y de universal nivelamiento en la parte de tí que está ya pervertida. Y todos, así cuerdos como locos, así sensatos como pervertidos, sois infelices; los unos porque os han arrebatado lo que teníais, los otros porque no conseguisteis lo que os prometieron. Para los unos todo se ha perdido; para los otros ¡horror! lo dijo una voz atrevida en las sesiones de la *Internacional*: «¡Nada se ha empezado aún!!!» ¡Ay del dia en que se empiece!

¿Vivimos en el siglo de la ilustracion, amigo lector? ¡Somos muy sabios! ¡Muy honrados! ¡Deliciosamente felices! Suelta, suelta aquí segun más te viniere á cuento ó las lágrimas ó la carcajada, que ambas cosas serán dignísimo punto final del artículo que leiste.

Agosto, 1870.

XXVI.

La moral universal.



RAN fama gozamos de despreocupados los hijos del siglo XIX, y hablando en puridad, no muy merecida. Tenemos la preocupacion de la ciencia vasta y profunda, y ni aliento sentimos para hojear las obras que nuestros pasados escri-

bieron para avergonzarnos. ¿Qué monumentos de saber legarémos nosotros a la generación venidera? Tenemos la preocupacion de la libertad, y hoy más que nunca nos veja y nos maltrata y nos azota el primer afortunado que sobre nuestras espaldas logra encaramarse. Tenemos la preocupacion del libre pensamiento, y rehusando someterlo al noble yugo de la autoridad de Dios, abdicamos de él en manos de cualquier jefe de escuela ó de partido que se tome la molestia de discurrir por nosotros. Apenas hay niño que crea ya en cuentos de brujas y vestiglos; hay empero hombre barbudo que niega á la Divinidad, é invoca con ridículo afan los mediums del espiritismo. Tenemos iguales preocupaciones que nuestros abuelos, sin su sinceridad y buena fe, con más la chistosa preocupacion de creernos y de proclamarnos despreocupados. A bien que esta última, más que preocupacion es necia fatuidad ó insoportable petulancia.

La revolucion de Setiembre y la ilustracion progresista han intentado regalarnos á los españoles una preocupacion más, á vueltas de los centenares de paradojas que el Liberalismo hace años ha puesto en boga. La moral universal! ¿Ha visto V. otra que bien baila? Y no falta filosofillo añejo ó novel, que cree á pié juntillas en tan prodigioso descubrimiento, como nunca faltan bobos que creen en los universales elíxires y universales robs y panaceas de los callejeros Dulcamaras. Hace algunos siglos gastaron sus tesoros y devanáronse los sesos muchos sabios misteriosos en busca

de la piedra filosofal; ¿quién sabe si el quæsitum de que tratamos es la piedra filosofal de nuestros modernos alquimistas? Examinémosla, pues, y veamos qué es lo que da de sí.

¿Qué es moral? Regla de costumbres; esto significa la palabra y la idea. Moral universal será, pues, sino miente el lenguaje, regla de costumbres unánime y universalmente admitida, fija, segura, invariable, de todos conocida. Si es universal, radicará en la misma naturaleza humana y será lo mismo ahora que en tiempo de Jerjes, en España lo mismo que en China, sin distincion de razas ó de colores, sin distincion de climas ó de formas de gobierno.

Pues bien. ¿En dónde está ese código universal de preceptos? ¿Cuáles sus prescripciones? ¿Cuál su sancion? Mucho temo que el más osado importador de esta mercancía no habia de acertar con respuesta satisfactoria á estas preguntas, con ser puramente preliminares.

Tal vez traten de entenderse por moral universal los principios generales de la ley natural grabados por Dios en el corazon de todos los hombres. Si es así, no es por cierto gran novedad el cacareado descubrimiento. Mas los dictámenes de la ley natural son, despues de la original caida, tan escasos, tan vagos, y andan sobre todo tan oscurecidos y tergiversados por nuestras pasiones, que son poco menos que nulos é ilusorios si no viene á precisarlos y robustecerlos una ley positiva. Díceme la razon: se ha de practicar lo bueno; se ha de evitar lo malo. Empero ¿qué es bien, y qué es mal? Los espartanos tuvieron por bueno acostumbrar sus hijos al hurto á fin de sacarlos listos y despavilados. Para un romano era cosa tan justa y natural matar á un esclavo enfermo y achacoso como para nosotros deshacernos de una bestia de carga. Los masagetas creyeron piedad filial asesinar á los padres ancianos á fin de librarlos de las incomodidades de la vejez. Pueblo hubo que consideró sumamente honorífico entregar sus doncellas à la prostitucion. En la India honra la mujer al marido difunto con el suicidio. El musulman ve como cosa corriente y moliente la pluralidad de esposas, que el europeo de cualquier culto apellida fornicacion. La madre expone en la China al fruto de sus entrañas en mitad del arroyo con la mayor sangre fria. Y todos creen en el fondo de su corazon

practicar una obra muy buena y acomodarse à los dictámenes de la ley natural.

Añade la sobredicha ley natural: se ha de honrar à Dios. Y un pueblo cumple el precepto sacrificando tiernos niños en brazos de Moloch; otro degoliando mancebos al pié de la encina druidica; el americano devorando en honra de la divinidad à los prisioneros de guerra. ¿Dónde se halla, pues, no un conjunto de reglas, sino una regla sola unanimemente admitida y unanimemente practicada? Presenten una siquiera los adversarios, y les cedo al punto los honores de la victoria.

No hay empero necesidad de acudir á la historia y á la geografia en busca de lo que nos da la experiencia diaria. Estos hombres que hacen gala de no tener Religion ni ley sobrenatural, estos hombres que se contentan con la bonradez à su modo, y creen haber justificado plenamente su conducta cuando aseguran á boca llena no haber hecho jamás mal á nadie, ¿no es verdad que consideran como muy elásticos y muy acomodaticios sus principios á fin de ponerlos siempre de acuerdo con sus necesidades ó pasiones? « No puedo hacer mal al prójimo, pero ano es un derecho innegable la venganza? No puedo robar, mas ¿he de perder ahora esta ocasion de realizar un bonito negocio, cuyos trámites y pormenores nadie ha de saber? He de respetar la mujer ajena, mas ¿qué si ella me brinda con sus favores y fina amistad? ¿No haria él otro tanto con la mia? Bueno es ser honrado, mas no escrupuloso. Y así discurriendo, y á fuerza de distingos, transacciones y acomodamientos, hay en el mundo mucha de esa honradez que solo necesita constar en expediente para poner à su dueño à dos pasos de la cadena ó de la horca, Y menudean los hombres honrados á su manera á quienes nadie fiaria la bolsa ó la hija, sin tratar, por supuesto, de poner en duda su intachable, su inmaculada honradez. ¿Por qué? Porque ellos se atienen solamente á la moral universal, y įvaya V. a adivinar lo que en un momento dado puede inspirarles à sus devotos esa bendita señora! ¡Es tan desconocido su código!

De donde he sacado tiempo há para mi uso las siguientes importantísimas conclusiones:

T. V.-10

- t.a La moral universal no es sino el libre-exámen como criterio de las acciones, al modo que el protestantismo es el libre-exámen como criterio de las doctrinas. De consiguiente, llamando las cosas con su verdadero nombre y apellido, la moral universal no es sino la moral particular ó la moral individual, á gusto del consumidor, que de ella no debe dar cuenta á nadie, porque de gustos sábese ya que nada hay escrito. Y por ende los panegiristas de la moral universal son pura y simplemente nietecitos ó biznietos de Lutero más ó menos aprovechados.
- 2.ª Si la palabra griega católico significa universal, la verdadera y genuina moral universal es la moral católica, igual para todos los hombres, igual en todos los clinias, igual bajo todas las formas de gobierno existentes y posibles, igual, inmutable y universal como Dios.

Los que de buena fe admiten la paradoja de la moral universal hácense, á mi modo de ver, una ilusion funestisima. Creen patrimonio del hombre y fruto de su propia cosecha conocimientos y máximas, que son al fin y al cabo procedentes de la enseñanza de la Religion. Dando una ojeada sobre el mundo actual, hállanse en el fondo de todos los corazones ideas muy rectas sobre la justicia ó deformidad de las acciones, un cierto instinto certero y seguro que guia áun á las conciencias más refractarias á toda doctrina religiosa. Pues bien. Estas máximas, este instinto, esta conciencia al parecer naturalmente justa, no vienen à ser sino la luz difusa del Catolicismo, que no puede dejar de alumbrar aun a los que ponen obstáculos á su luz directa. Ampliemos la comparacion. El que en mitad del dia, cubierto de nubes el cielo, calificase de inútil el sol y pretendiese suprimirlo por la sencilla razon de que se ve muy claro aún estando cubiertos sus rayos, amereceria otra contestacion que el calificativo de necio ó de mentecato? Y no obstante, podria insistir, «¿no hay bastante con esta luz universal que ahora baña al mundo, sin que necesitemos para maldita la cosa los rayos de ese astro pretencioso y exclusivista que se empeña en tener el monopolio de ella?» «¡ Necio! le responderia la más ignorante mujerzuela; ¿y tendriamos por ventura esa luz difusa, esa luz universal, sin esotro foco constante de resplandores que

nos envia su claridad á despecho de las nubes que le rodean? ¡Atiende sino à la noche y à lo que en ella sucede! ¡Reniega entonces del sol, si es que te basta para tus usos la dudosa y vacilante fosforescencia de las estrellas!

Mis lectores me han comprendido. La hermosa moral que profesan en los tiempos modernos todas las conciencias, hasta las que más apartadas se dicen del Catolicismo, no es sino el reflejo, la luz difusa de este sol que alumbra áun á los que hacen gala de maldecir sus benéficos rayos. ¿Queremos apreciar del modo debido todo el valor de esta influencia? Fijémonos en la noche, estudiemos la historia de aquellos siglos y de aquellos pueblos que vivieron sentados en tinieblas y sombra de muerte antes de la feliz alborada de este sol. Las mayores inteligencias, ¿qué fueron allí más que pálidas estrellas apenas fosforescentes? En la masa comun ni siquiera brilló esta tenue claridad que ahora tan orgullosamente apellidamos propia, cuando no es sino prestada, y universal, cuando no es sino privilegio de los hijos de la luz del Evangelio, áun de los discolos y recalcitrantes.

¿Es esto ceguedad ó perversa ingratitud? Uno y otro tal vez, y sin duda lo primero como terrible castigo de lo segundo.

Agosto, 1870.

XXVII.

Más sobre el matrimonio civil.



UBLICADA hace dos meses la ley provisional del amancebamiento con permiso del juez, por otro nombre llamado matrimonio civil, un reciente decreto de S. A. el Regente del Reino dispone su aplicacion obligatoria desde el primero del

mes actual. En medio del inmenso cataclismo que amenaza envolver à la Europa entera, cuando de un dia para otro tememos oir el crujido del edificio social desplomándose à impulsos de una revolucion espantosa, es digna ciertamente de los mejores tiempos del Bajo Imperio la conducta majestuosa de nuestros gobernantes doctrinarios, entreteniéndose en el sabroso oficio de casamenteros, ó mejor (hablando en serio), minando por su base lo único que le quedaba intacto à este país sin ventura: el sagrado hogar de la familia.

He hablado de este punto y vuelvo á él, porque su materia es inagotable. Hícete ver, ó lector, en el matrimonio civil la ley anticristiana: hoy, colocándome en el terreno de los principios de la Revolucion, quiero mostrarte en él la ley ilógica y antirevolucionaria. Porque si de la famosa obra de Montero Rios sale malparado el Catolicismo, áun de ella sale peor librada la lógica más vulgar, á pesar de ser ese el único criterio moral á que presumen obedecer nuestros legisladores.

Empeño notable ha habido por parte de los importadores del matrimonio civil en presentarle como consecuencia forzosa é indeclinable de la libertad de cultos. Se ha dicho y lo han acogido los incautos como profundísimo raciocinio, que, desde luego que admitia el Estado distintos ritos entre sus subordinados, era indispensable que la ley sólo reconociese como casados á los que se hubiesen sujetado á una fórmula comun que á todos obligase y á todos diese la uniformidad

de condicion necesaria para la igualdad de derechos civiles. Falso y grosero discurso. Dada la libertad de cultos el Estado se obliga á reconocerlos á todos por verdaderos; luego se obliga á reconocer los actos de todos ellos por válidos y legitimos; luego no tiene derecho para imponer al ciudadano un rito nuevo que le uniforme, sino que tiene obligacion de respetar lo que cada ciudadano segun su religion crea santo, sagrado y respetable. Y esto so pena de violar la libertad de conciencia que tan á voz en cuello se pregona. No puede, pues, el Estado hacer otra cosa en órden á matrimonios que reconocer si cada ciudadano lo celebró segun el rito de su religion, ni puede exigir otra cosa que un atestado en el cual el ministro del culto respectivo dé pública fe de la legitimidad del acto. Despues de esto, tócale sólo llevar un registro de los matrimonios y otro de los nacimientos y defunciones. Esto es lo lógico, esto es lo consecuente, esto seria lo exigido por la libertad si ésta no fuese una mentira llamada Liberalismo. Mas esto no hubiera sido suficientemente anticatólico, con esto no se hubiera vejado á las conciencias cristianas, ni se hubiera legalmente secularizado à la sociedad doméstica como se ha secularizado legalmente á la sociedad civil, y precisamente aquella secularizacion y ateismo de la familia era lo que se deseaba.

Para esto ha empezado el Estado por arrogarse una jurisdiccion de cuyo origen nadie sabe darse cuenta. Efectivamente. Si el Estado no es Dios, no se comprende con qué derecho puede escoger ciertas palabras del Diccionario, ponerlas en boca de un alcalde ó juez de paz, y hacer que despues de ellas queden unidos el varon y la mujer con lazos indisolubles. Ni se nos diga que la union se verifica en fuerza del contrato bilateral con que se han obligado las dos partes mutuamente; porque si no le queda al matrimonio civil otra fuerza que la del contrato, lo que dos voluntades hicieron, dos voluntades pueden mañana deshacer, ó no ha de quedar verdadero aquel axioma de derecho natural: Ejus est tollere cujus est condere. Y de esta suerte queda reducido el matrimonio civil à un concubinato más ó menos autorizado y de mayor ó menor duracion. Y no importa que el famoso ministro haya querido espantar, digamoslo así, esta nube de

aterradoras consecuencias, definiendo como pontifice en el primer artículo de la ley, que el matrimonio es uno é indisoluble por su naturaleza. No es cierto. El matrimonio es uno é indisoluble, no por su naturaleza, sino por la ley de Dios. Quitada ésta, ningun fundamento queda en que apoyar tal unidad é indisolubilidad. Al revés: el matrimonio ha sido casi siempre vario y disoluble allí donde no se le ha visto otro carácter más que el natural y humano. Donde el matrimonio no ha sido sacramento, las uniones han sido por lo regular poligámicas y temporales. Dése una ojeada á la historia y á la geografía. Allí se encontrará desnudo y desvergonzado el grito de la naturaleza; no en la definición semidogmática del ministro legislador.

Ni siquiera consigo misma es lógica la malhadada ley que nos ocupa. El Estado en ella pretende hacer completa abstraccion del hombre religioso, para fijarse únicamente en su cualidad de ciudadano. Este es todo su fundamento. Pues bien. En algunos artículos se falta y se contradice abiertamente á este principio. Así se declara inhábiles para el matrimonio civil à los ordenados in sacris y à los ligados con voto solemne de castidad. Vamos á cuentas, señor ministro. ¿La ley de S. S. mira al católico ó al ciudadano? Si al católico, apor qué no se respeta su libertad de conciencia reconociendo por válido lo que le dicta como tal su Religion? Si al ciudadano solamente, ¿quién le mete á S. S. en votos ni ordenaciones que son negocio puramente de su alma? Cogido le tenemos; diga el mea culpa, y confiese humildemente que legisló como doctrinario. Del ateísmo tomó el principio fundamental de su ley; del derecho canónico sus principales excepciones. La ley del matrimonio civil, para ser consecuente consigo misma, no habia de admitir otros impedimentos que los naturales. Para el Estado ateo no debe existir en este punto distincion legal entre soldados, clérigos ó monjas. Ciudadanos son todos, tan casables y matrimoniables el del club y el del cuartel como el del convento. Que el clérigo ó la monja no se casen, cúidelo su Religion, que ya sabrá hacerlo, no el Gobierno libre-cultista, que ningun derecho tiene para intervenir en estos asuntos.

La aplicacion obligatoria de la ley es otro rasgo de incon-

secuencia. Segun la Constitucion puedo profesar el culto que me dé la gana, sin otras limitaciones que las de la moral universal. Soy, pues, por ejemplo, mahometano, y la moral universal de mi tierra (porque cada tierra tiene la suya) no me impide el matrimonio simultáneo con varias mujeres. La Constitucion me reconoce este derecho. La ley de matrimonio civil no. Segun la Constitucion mis doce esposas son legitimas, segun la ley de matrimonio civil no lo es más que una, la que recibió la bendicion del alcalde. Ateme esos cabos el progresista más sutil.

Pero supongamos que, gracias á Dios, no soy mahometano sino católico, ni tengo doce esposas sino una sola; el caso es idénticamente el mismo. Mi Religion me enseña que la mujer à quien di la mano delante del Párroco es mi esposa, y esposa legitima. La Constitucion del Estado reconoce esta legitimidad desde el momento en que reconoce como legal la existencia del Catolicismo. No así la ley del matrimonio civil. Ésta declara nulo lo mismo que la Constitucion autoriza como legítimo. Añada V., se me dirá, à la bendicion eclesiástica la bendicion civil. Pero, si mi Religion condena esta bendicion como impía, ¿quién salva aquí mi libertad de conciencia à pesar de que me la garantiza la Constitucion? ¿Por qué se me obliga à un acto que mi conciencia reprueba? ¿No era más lógico que se casara cada cual como le diera la gana y no que nos casara el Gobierno?

Era lo más lógico, sí; pero está visto que la lógica se emplea sólo cuando puede servir contra el Catolicismo, no cuando puede en algun modo favorecerle. Era lo más lógico, sí; pero ¿quién se hubiera acordado para maldita la cosa del matrimonio civil, si se hubiese declarado libre su uso? Aprende, pueblo. Lo anticatólico, lo liberal por excelencia, ha sido obligar bajo pena de muerte civil á los católicos á recibir el falso sacramento revolucionario; lo anticatólico, lo liberal, ha sido hacer pasar por las horcas caudinas del ateismo á nuestra conciencia católica, obligarnos á celebrar el acto más solemne de nuestra vida bajo los auspicios de una ceremonia grotesca, parodia vil de la cual se rie el mismo que la autoriza. Y esto para que una vez más quede confirmado, que lo que tan caro se nos vende con el nombre de libertad es para

los católicos la más insoportable de las tiranías. Es verdad que tampoco necesitábamos de esta última confirmacion. Las teníamos ya de sobra, y esperamos todavía recoger algunas.

Setiembre, 1870.

XXVIII.

La hora de Dios.



no hubiese Dios, ha dicho un filósofo, fuera preciso inventarlo para explicar el mundo. Del mismo modo, si la verdad de la Providencia no fuese dogma de la Religion, el hombre observador no podria menos de admitirla como ley

fundamental de la historia. El primer paso del género humano sobre la tierra fué un gran crimen contra su Criador; por eso la vida del género humano desde su cuna viene siendo una dolorosa expiacion. Sólo así se explica este horrible fenómeno de la guerra, que toda la civilizacion y cultura de los pueblos no alcanzan á extirpar. Antes los pueblos más cultos y civilizados son los más cruelmente guerreros, y sus propios adelantos sírvenles no más de hacer más desastrosa la lucha. No son los reyes, no, la causa de ese universal fratricidio, como predican los apóstoles de la república. ¿ Qué reyes hubo en Grecia y Roma en sus épocas republicanas, que fueron las más sangrientas? ¿ Qué reyes fueron los que dirigieron en provecho de sus dinastias las recientes horribles matanzas de los Estados-Unidos?; Ah! la causa de la guerra es el hombre, no el hombre como lo hizo Dios, sino el hombre como lo hizo el pecado, el hombre pervertido, el hombre-ruina, el hombre de la culpa original.

Mas dentro esta expiacion universal de aquella culpa tambien universal caben todavía para los pueblos expiaciones particulares de crímenes tambien particulares. Bajo este punto de vista la historia humana no es sólo un gran crímen y una gran expiacion, sino una serie de grandes crímenes y de grandes expiaciones.

Elevémonos sobre la bajeza de nuestras miserables pequeñeces é intriguillas à la serena region de la verdadera filosofía de la historia, cristiana y católica y basada sobre el inconmovible cimiento de las verdades que acabo de exponer. ¿Qué queda de Menfis, de Babilonia, de Nínive, de Atenas y de la antigua Roma? El recuerdo de sus iniquidades y el recuerdo de sus espantosas expiaciones. Por todas partes, en cada página, la huella asquerosa de la corrupcion del hombre; y en seguida en todas partes, en cada página, la huella sangrienta del azote de Dios. Razas destruyendo á razas, naciones devorando á naciones, grandes crimenes siendo á su vez la espada vengadora de otros grandes crimenes.

¡Ah! ¿Y por qué razon la historia moderna no habia de ser lo mismo que la antigua? ¿No es acaso uno mismo el hombre? ¿No es por ventura uno mismo Dios?

Hé aquí porque nos hallamos en presencia de tremendas catàstrofes, que no son sino la expiacion de tremendas iniquidades. En un mes una nacion poderosa, sin rival en Europa, célebre por su ardor militar, por la superioridad de su armamento, por el prestigio de sus victorias, por el ingenio de sus caudillos, en un mes, ¡horror causa decirlo! hollada, pisoteada, triturada bajo los piés de los orguliosos hulanos. Todo el mundo os dirá lo mismo. Fué una ceguedad. Ciego estuvo su jefe al declarar la guerra, ciego su Gobierno al disponerla, ciegos sus mariscales al conducirla, ciego el pueblo todo que, segun indicios, acabará por desgarrarse á sí propio las entrañas. Una funesta ceguedad, os dirán. Y con esto parecen haberlo explicado todo. ¡Ciegos tambien vosotros! ¿Y qué? ¿No es por ventura la ceguedad el primero de los grandes castigos de la Providencia?

No cabe reducir à los límites de un artículo el memorial de agravios que los corazones honrados tienen derecho à presentar ante el tribunal de la historia contra nuestra infortunada vecina. Propagandista por interés ó por temperamento, los delirios de las cabezas calenturientas de la Alemania, que apenas hacian mella en este pueblo varonil, esparcialos ella por Europa, como si gozase en corromperse y corromperla. A ella deben las míseras hermanas España é Italia su disolucion social, su ateísmo insensato, su vergonzosa inmoralidad. A Paris llamó hace poco uno de sus literatos más descreidos: el lupanar de Europa. Y dijo verdad. El hálito emponzoñado de ese lupanar lo ha corrompido todo, hombres,

instituciones y cosas. El teatro, la novela, el periódico, el discurso oficial, el habla comun, los trajes, ¿dónde sino allí aprendieron á ser desvergonzados, impúdicos y cancanescos?

¡Y ese hombre fatal, ese hombre à quien hoy deben de hacer doblemente desgraciado sus remordimientos! ¡Ah! ¡Hubiera sucumbido al frente de los suyos, cuando segaba la muerte la flor de sus malogrados ejércitos, y fuera menor su ignominia! Ni ese consuelo le deparó en su inmenso infortunio la ira vengadora de la Providencia. Más honroso le fuera seguir el ejemplo de su víctima Francisco II en los muros de Gaeta, ó de su víctima Maximiliano I en el cuadro de su fusilamiento. Mas no; cayó como caen las mujeres, como su pobre vecina D.ª Isabel. Como ella anduvo á retaguardia de sus soldados, como ella salvó en coche la frontera de su nacion. Y para que fuera más desapiadado el sarcasmo, ni mereció ser insultado del pueblo. Contentáronse los suyos con no acordarse de él. Porque hay algo más injurioso que el odio; el desden.

¡Y era ayer cuando alzaba estatuas á Voltaire, que habia jurado aplastar à Jesucristo! ¡Y era ayer cuando se atrevia à dictar condiciones al Concilio y á oponer su orgulloso veto imperial al Espíritu Santo! ¡Y era ayer cuando, en medio del profundo desconsuelo de los corazones católicos, abandonaba, vendia vilmente à la Revolucion para congraciarse con ella al santo, al sublime, al inmortal Pontífice, cuya defensa le confiaba el cielo sin duda para que con ella mereciese misericordia! ¡Tal vez pensaba ser él quien salvaba al santo Anciano bajo los pliegues de su bandera, y era tal vez el Anciano quien le salvaba á él con su bendicion y con sus puras oraciones! Pues bien. Abandonóle, le vendió, dióselo atado à la Revolucion que, él lo sabia, habia de devorarle, y ¡caso extraño! la Revolucion no agradeció esta dádiva tardia. Rugió, y al buscar con sus ojos una presa en que hincar el diente, no lo clavó inmediatamente en el Pontifice, clavólo antes en Napoleon, y con una mirada de desprecio le destronó moralmente, aún mucho antes de que le atase á su carro triunfador el rey Guillermo de Prusia. Esta es la ley. Así paga el infierno á quien le sirve.

¡Ah! si; compadezcamos; lloremos sobre las víctimas de

tan inmensos infortunios: conozcamos empero que nunca como hoy brilló tan clara en la marcha de los acontecimientos la intervencion superior. Dios consiente y no para siempre, ha dicho el refran. Tras la hora del hombre viene siempre la hora de Dios; eso enseña la historia. Consolémonos los que andamos gimiendo. ¡Todavía hay Dios! ¡Todavía hay Providencia! ¡Dios sobre todo!

Setiembre, 1870.

XXIX.

De un Oscurantista á otro idem.



o siempre está un cristiano de humor para escribir articulos. Dígolo, porque hoy va á servirme de tal cierta carta de un *quidam* oscurantista como yo, y que si no lo hán por enojo mis lectores, voy á trasladar á nuestro muy amado

periódico. Dejando por supuesto á cada quisque en la libérrima libertad de creer acerca el orígen del documento lo que mejor le viniere en gana. Dice así:

«Señor Oscurantista de buena fe.

«Barcelona.

«Amigo y dueño mio: Con saber yo que es V. oscurantista de lo fino, tiene ganados no pocos puntos en mi estimacion su persona, pues aquí donde V. me ve ó donde V. me lee, con perdon sea dicho de tanto ilustrado como vive, crece y medra en esta tierra de melones, soy tambien miembro, aunque indigno, de tan noble cofradía. Pobre y ruin suscritor, eso sí, mondo y lirondo. Figurese V. qué tal será mi ruindad y pobreza de ingenio, que en mi vida de Dios pude llegar jamás á escribiente de gacetillas. A V., sí, téngole por periodista, que es lo que hay que ser en este siglo de luces y reverberos, y óigole por consiguiente como oráculo en toda clase de materias. A V., pues, acudo en busca de consejo, que no me lo ha de negar, si corre parejas con su oscurantismo su caridad cristiana.

«Es, pues, el caso, señor Oscurantista de mi alma, que yo, por la misericordia de Dios, soy español (aunque por vergüenza lo disimulo algunas veces), y católico desvergonzado (es decir, sin vergüenza de serlo ni de parecerlo), y soltero por añadidura. Y he de casarme, si, señor, con una honrada

chica de la vecindad, que la quiero, vamos al decir, más que las niñas de mis ojos. Y no habiendo podido realizar el anhelado matrimonio antes del 1.º de Setiembre, como hizo la mitad del pueblo español huyendo de Montero Rios, hállome ahora en el apuro de tener que matrimoniarme por lo civil, si he de tener mujer ante la ley é hijos un dia que lleven mi apellido.

«En vano discurrí y cavilé para evadirme; en vano me alentaba aquel famoso refran: hecha la ley, hecha la trampa. No, señor; la malhadada ley allí la veia clara y patente ante mis ojos; la trampa salvadora ni à columbrarla llegué, por más que en buscarla me devanara los sesos. Conoció sin duda en su sabiduría el ministro casamentero que los católicos le regañaríamos el hocico al tal matrimonio, y para que no huyésemos de él anduvo tapándonos todas las salidas. Y en eso, hay que hacerle justicia, estuvo previsor, y si no legisló conforme à los principios de la Revolucion y à gusto de la voluntad nacional, hízolo à estilo de progresista sin escrúpulos, que todo es legislar. Vime, pues, como todo católico, cogido en el garlito, y empecé á resignarme al matrimonio civil, ó matrimonio vil, como dice la beata de mi novia, aficionada como Sancho á trabucar los vocablos que no entiende.

«En estos dares y tomares me hallaba entre rabioso y angustiado, cuando entró á deshora en mi habitacion un mi amigo discreto, malicioso y hablador, vera efigies en trampas y bellaquerías de aquel bachiller Sanson Carrasco, de imperecedera memoria. Supo la causa de mi malhumor, que le referi por extenso, y soltando estrepitosamente la carcajada largo tiempo comprimida, ¡Válgame Dios! exclamó, que sois hombre menguado y muy para poco, si tan fácilmente os puso en berlina esta dificultad. Pues si yo quisiese casarme, que no me siento por ahora con ánimo para tanta cruz, saldria católicamente del apuro y reiriame aún del Gobierno y de la ley á las barbas de ambos. ¡Bonito soy yo para tales casos! Oid sino, y no perdais sílaba de cuanto os dijere para sosiego de vuestra conciencia.

«Tomad á la honrada novia que escogió vuestro corazon y os concedió el cielo. Tomadla y presentaos con ella ante el altar, y previos los indispensables requisitos, recibid ambos de vuestro pastor la bendicion de Dios, que es la única que une, y santifica lo unido. Y celebrad vuestra boda y recibid plácemes y enhorabuenas, y aceptad regalos y distribuid confites, y permaneced tranquilos y sin remordimientos ni temores sin que para nada os turbe el sueño el fantasma del matrimonio civil ó matrimonio vil, como decis que lo llama vuestra futura. Y si os lo permite la bolsa emprended vuestro viajecito de novios, que eso no ofende á Dios.

«Y presentaos como casado á la faz de todo el mundo, y repartid vuestras tarjetas participando el efectuado enlace y ofreciendo la habitacion con todo lo demás que se usa; haced, en fin, que comprendan todos, amigos, vecinos y parentela que con sola la bendicion parroquial vivis en pareja tan tranquilos y satisfechos como si no hubiera progresistas en el mundo ni matrimonios civiles. Y luego, despues de algunos dias, sosegado ya el tumulto de visitas y parabienes, empezad tranquilamente vuestras diligencias en el Juzgado civil. Y os casais entonces de burlas como antes lo hicísteis de veras, que ya con haber retardado tanto el cumplimiento de la ley habréis claramente manifestado el poco caso que haceis de ella, y lo poco que la necesitásteis para el logro de vuestras esperanzas. Y heos ahí como, sin faltar á la ley, haréis de ella la zumba más católica que imaginarse pueda.

«Hay más aún. Si lo permitiese la autoridad, como debiera permitirlo para ser lógica, podríais casaros civilmente por poderes, enviando al juzgado de paz á vuestro lacayo y á vuestra criada que os representasen y en nombre vuestro recibiesen la bendicion liberal, encargándoles muy mucho que no soltasen la carcajada durante la augusta ceremonia. Mas no siendo esto posible por exigir la ley la presencia personal de uno de los contrayentes, quédaos aún otro recurso. Si á vuestra jóven esposa se le hace cuesta arriba el presentarse ante el juez, como éste puede ser un marido divorciado, ó un solteron verde, ó un calavera barbilindo que con su bendicion y un requiebro la haga subir al rostro los mil colores, como al veros subir al Juzgado la vecindad podría sospechar que vais ambos allá en demanda de separacion ó en querella de malos tratos, dejad à la pobrecilla en casa ó

enviadla un par de horas á la de su mamá; haced antes que extienda á cualquier mujer del barrio un poder en forma; pareced con ésta delante del juez, y que pronuncie ésta el si, quiero burlesco, que vuestro corazon y vuestra conciencia ya no necesitan. Y si llegase á caer en gracia este expediente, no dudo que la misma portera ó criada del señor juez, mediante unos realejos de propina, se prestaria gustosa á dejar por un momento la cocina para representar con vos esta comedia.

«Y de esta suerte dais á la ley lo que merece de vos como católico, y ella os da en cambio todo lo que os puede dar como ciudadano, es decir, el derecho civil de llamaros padre de vuestros hijos. Y aún para eso no os apresureis. La ley no puede perjudicaros en lo más mínimo hasta que os halleis próximo á obtener de la naturaleza tan respetable carácter.

«Esto me dijo aquel mi amigo, y respiré. Pregunto ahora yo á V., señor Oscurantista de mi alma, ¿merece su aprobacion de V. esta conducta? ¿Parécele si con ella puede quedar tranquila mi conciencia católica? ¿No es cierto que con tal proceder, lejos de dar gusto á la impiedad, daria yo de mi fe cristiana infalible y brillantísima muestra? Aguarda contestacion su afectísimo S. S. y amigo.—El otro Oscurantista.»

¿Qué habia de responderle, lectores mios, al cofrade en cuestion, sino aprobar sin restricciones el plan de aquel su discretísimo amigo? Esto hice, y aviséle que con su beneplácito pensaba publicar, para regocijo y enseñanza de mis lectores, su sustanciosa epístola. Que, pues, á todos alcanza esta calamidad, á todos es justo comunicar el preservativo. Agradecédmelo, pues, y si algun dia os tentasen santos deseos de matrimoniar, ojo á la presente receta.

Setiembre, 1870.

XXX.

Desamortizar al por mayor.



onsumóse la iniquidad. Victor Manuel está en Roma. El cobarde que tembló siempre, primero bajo la garra del Austria, luego bajo la mirada desdeñosamente protectora de Napoleon, y despues bajo el estruendo de las ametrallado-

ras prusianas; el vil que por esto no ayudó á su aliado frances en la hora del peligro, por temor sin duda de nuevos triunfos como los de Lissa y de nuevas hazañas como las de Persano; el rey pirata á quien la farsa liberal llamó rey caballero; el tipo del «bravo» italiano que sonrie á su victima al mismo tiempo que le clava el estilete en el corazon; el émulo de Garibaldi; el vencido en todas partes y vencedor en ninguna; el asesino de los mártires de Castelfidardo; el Judas de Nápoles y Gaeta, ha tomado posesion en nombre del derecho nuevo de la patria de los Catones, Brutos y Cincinatos, despues de brillantes y decisivas victorias, eso sí, despues del ataque de una guarnicion de 10,000 hombres con un ejército de 60,000. ¡Loor á los valientes!

Respiremos; y mientras la historia se apresura à grabar en marmoles y bronces el nombre del salteador y de los héroes de la cuadrilla, discurramos. Olózaga acaba de declarar caido el poder temporal de los Papas para siempre, y terminada con este suceso la Edad media. Pero Olózaga es un progresista y no un Salomon y mucho menos un oráculo. Paréceme, salvo el respeto debido à sus canas y autoridad, que en esto como en tantas otras cosas le trajeron engañado sus malos deseos. Dos años atras la aventura bandoleresca de Victor Manuel pudo haberse consolidado à haberla sancionado Napoleon, brazo armado de la Revolucion en los campos, y voz suya y abogado suyo en los Congresos. Mas la Revolucion, ingrata con Napoleon, le ha derribado y le maldice ahora.

T. v.-11

No queda, pues, en Europa alma bastante vil, ni soberano bastante perdido que ponga su «visto bueno» à la obra del bandido piamontés. Este por otra parte tiene tan poco de valor y de talento y de ascendiente sobre los suyos, como tiene mucho de hipocresía y de bajeza. El mando de Roma viénele muy ancho à ese pigmeo. Roma, pues, va à ser en breve mazziniana para volver à ser más tarde pontificia, si es que efectivamente deja de serlo alguna vez. Y eso no es profecía, pero es firmísima conviccion de la cual doy el tiempo por testigo. Dejemos, pues, à Dios la proteccion de su Vicario, y preparémonos à ver otra vez à la iniquidad sufriendo horribles pero merecidas expiaciones. Reina ahora en Roma la hora del hombre. Hace est hora vestra. Aguardemos à que brille en breve con todos sus resplandores la hora de Dios.

Apresurémonos entre tanto à sacar del cuadro la enseñanza, fin primordial de mis humildes artículos.

Un Ministerio liberal-conservador es el que acometió la empresa vil que motiva estas líneas. ¡Qué tal, amigos mios, la politiquilla conservadora! Una monarquia liberal es la que dirige en provecho propio esta expedicion filibustera. ¡ Qué tal, católicos, las monarquías liberales! Pero ¿qué mucho si Victor Manuel no hace más que aplicar en grande escala lo que todos los demás Gobiernos han sentado como base de todo programa liberal? El asalto de Roma ¿qué es sino un acto de desamortizacion? Magis et minus non mutant speciem, dijeron los rancios peripatéticos. Que el ministro español se incaute de la alhaja sagrada y saque á pública subasta el dote de la monja, ó que el Gobierno italiano envie à Cadorna con un ejército á tomar posesion del patrimonio de los Pontifices, el hecho específicamente es el mismo. No le veo vo otra diferencia que la que va de un caco de plazuela apresado por un municipal, á una cuadrilla de Sierra-Morena perseguida por la guardia civil. ¿Cómo, pues, se ha manifestado tan escandalizado un diario liberal-conservador de estas tierras, por el hecho infame del Gobierno italiano, cuando en sus páginas hácese cómplice todos los dias de la conculçacion de los mismos sagrados derechos? ¿Qué significa el siguiente anuncio: Hoy se saca á pública subasta el campo tal ó la heredad cual, «procedente» del convento de

monjas tales ó del Cabildo de tal iglesia? ¿qué vale esto sino decir: Invitamos á los Bixios y Cadornas españoles á que se apresuren á entrar como dueños en el campo ó heredad «pertenecientes» (y no procedentes) á cualquiera de las Corporaciones religiosas mencionadas? ¡Abajo las máscaras! Llámese cada cosa con su nombre propio.

Confiésese paladinamente que iguales árboles dan siempre iguales frutos; iguales principios, iguales consecuencias. Convéngase en que es la escuela liberal la que empezó por despojar al fraile y ha acabado por despojar al Papa. Y que los actos de acá y los de allá son á la luz de la filosofía actos de idéntica naturaleza. Esta es la verdad.

No es, pues, á la demagogia ni al socialismo á quienes hay que colgar el milagro. La demagogia y el socialismo no serán sino los vengadores de la justicia vilipendiada por los liberales conservadores. El que á hierro mata á hierro muere. Victor Manuel, regio usurpador de coronas, verá rodar por los suelos la suya. ¡Quiera Dios que con la corona no ruede á su vez la cabeza! Los propietarios, usurpadores legales de la ajena propiedad, verán y ven ya saqueada la suya tambien por quienes aprendieron su mal ejemplo.

Y la Iglesia y el Papa tal vez vivirán algun tiempo en Europa sin poder temporal, como viven en España sin propiedades el clero y el culto. Porque Dios no ha prometido conservar eternamente el poder temporal ni la finca sagrada, mas ha prometido, sí, conservar hasta el fin de los siglos la existencia de la Iglesia. Mas, jay de las naciones en que el derecho nuevo sanciona la usurpacion en grande ó en pequeña escala!

Aprende, pueblo, á temer, no los hechos, sino las doctrinas en que se fundan los hechos. Pues bien. Los hechos de Italia como los de España tienen por sola explicacion una doctrina: el Liberalismo. El Liberalismo es quien viola allí el derecho de gentes, como viola aquí el derecho privado. El rey liberal manda allí á Cadorna al Estado vecino, y el ministro liberal manda aquí el investigador á la finca de la Iglesia. El que se horripila por lo de Italia y se complace en lo de España, ó es hipócrita ó corto de vista. Por esto la prensa lógicamente liberal y sincera, que es la republicana, no se harta de darse parabienes por el felicisimo éxito de

la campaña italianesca, asegurando que con ella no se ha hecho más que «desamortizar pura y sencillamente al Cura de Roma.» Y efectivamente no se ha hecho otra cosa.

Mis simpatías están con los republicanos. Se han declarado francamente anticatólicos, y hácenle al Catolicismo una
guerra sin tregua ni cuartel. Vale más así. ¡Pluguiese á
Dios que estuviesen en frente nuestro, y no entre nuestras
filas, todos nuestros enemigos! ¡Pluguiese á Dios que en
lugar de la hipócrita proclama de Cadorna y de la hipócrita
embajada de Ponza di San Martino, no resonase en Europa
contra Dios otro grito de guerra que el ¡Aplastad al infame!
de Voltaire. Pero mientras así no sea, saquemos lecciones
de la experiencia y aprendamos à conocer bajo cualquier
disfraz á nuestros enemigos.

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Lo mismo en España que en Italia tu fecundidad infernal ha dado á luz á docenas los Bixios y Cadornas! Si eso es monarquía, lector amado, ¿no vale más gritar viva la República? Si eso es Liberalismo conservador, ¿no vale más gritar viva la demagogia? Si eso es el órden, ¿no vale más que suba de una vez á la superficie de Europa la oleada anárquica y socialista que ruge en sus entrañas, y que lo inunde todo y todo lo devaste? Y así tal vez purificada la faz de la tierra por ese nuevo diluvio, aprenderán los pueblos á ser cautos y los Gobiernos á no ser criminales. Y así tal vez oirán los sordos y verán los ciegos, y vendrán á darnos la razon tantos actualmente deslumbrados. Quiéralo Dios, y darémos por bien pagadas nuestras pasajeras tribulaciones.

Setiembre, 1870.

XXXI.

¡Querra á Dics!



UANDO por vez primera apareció en nuestra ciudad y en sus calles más concurridas el lema horrible que encabeza estas líneas, unos pocos dieron muestras de escandalizarse; muchos creyeron natural y legítima aquella manifesta-

cion como consecuencia de la libertad de cultos; no pocos la aplaudieron como alarde glorioso de la libertad del pensamiento cuyas dulzuras empezábamos á saborear. Era ¡ay Dios! en aquellas fiestas precisamente, en que la Iglesia y el mundo recuerdan con inefables alegrías el suceso más fausto que presenciaron los siglos; el cántico dulcísimo de Belen hallábase entonces en todos los labios católicos; aquellos dias eternamente memorables en que el cielo cantó la paz á la tierra, esos escogió la tierra para declararle la guerra á Dios!

Cómplices fuimos todos en aquel desafio sacrílego; cómplice la autoridad que lo toleró indiferente, si ya no lo miró con inicua complacencia; cómplice el pueblo que no hizo trizas aquel cartel del infierno; cómplices los católicos todos que no dimos con nuestro llanto, público testimonio del escándalo de nuestras almas. Mas aquel lema infernal no era sólo horrible por la soberbia y el odio satánicos de quien lo alzó; era aterrador principalmente por la pavorosa verdad de que venia á ser brevisima fórmula. Aquellas tres palabras eran en compendio la situacion del mundo en nuestros tiempos aciagos, situacion magistralmente pintada con esta sola pincelada ¡guerra!

Guerra, sí, á Dios, por medio de una prensa impía y brutal que todo lo santo pisotea, y que cubre de baldon é ignominia lo más venerable; guerra á Dios por medio de leyes ateas que establecen como justicia la iniquidad y definen como dogmas del género humano los más groseros errores, leyes que sancionan «el derecho al mal,» al paso que vejan y maltratan y tiranizan de mil modos el derecho al bien; guerra á Dios por la profanacion de sus templos y altares, por la opresion de la inocencia, por el saqueo de las cosas sagradas, por el escarnio de lo más puro, de lo más inocente y de lo más angelical, la vida religiosa; guerra á Dios por medio de públicos ultrajes á la moral y al pudor, por medio de la prostitucion convertida en espectáculo á ciencia y paciencia de quien debiera recordar que si la Constitucion concede á los malvados el derecho de corromper, concede tambien à los buenos el derecho de no ser corrompidos, el derecho de que no se robe á sus hijos la inocencia, á sus hijas la virginidad del corazon y à sus esposas la vergüenza de la esposa cristiana; guerra á Dios... pero ¿quién va à echar aquí la cuenta de tanto agravio, de tanta iniquidad, de tanta infamia?

Y esto no en España sólo. El mundo entero está en armas contra Dios. Nunca como hoy fué tan verdadera aquella pintura que de la actitud del mundo impio nos hizo una página sagrada. «¿Por qué causa se han embravecido tanto las naciones y los pueblos maquinan vanos proyectos? Hánse coligado los reyes de la tierra y se han confederado los principes contra el Señor y contra su Cristo.»

Mas oid lo que dice en seguida: «El que reside en los cielos se burlará de ellos, y se mofará de ellos el Señor.» Y tambien esta parte salió verdadera por nuestra desgracia. Porque si lo que en Europa pasa no es literalmente una carcajada inmensa de Dios sobre nuestras locuras, si no es (para seguirle el hilo á la Escritura) una mofa sangrienta de nuestra insensatez, no sé ciertamente con que otro nombre puede calificarse.

No necesita Dios para nuestro castigo más que entregarnos á la ceguedad de nuestros propios delirios sin echar mano de otro azote. En esto servímosle todos á las mil maravillas. La guerra ha producido en dos meses horrores desconocidos en los anales de la barbarie, y esto á nombre de la civilizacion; los reyes caen ó se estremecen de pavor en sus mal seguros tronos, y esto á favor del derecho nuevo que ellos han patrocinado; los pueblos son victimas de las más inauditas vejaciones y son vilmente explotados como rebaños, y esto al grito de libertad. Confesemos que el sarcasmo de la Providencia no puede ser más desapiadado. Y entre esos montones de ruinas asoma su escuálida pero rabiosa catadura el problema social repitiendo una vez más su fiera disyuntiva: Pan ó trabajo. Y no hay pan y no hay trabajo, porque apenas queda ya caridad. La cristiana se ve aborrecida, vilipendiada, y, segun informes, se ha visto amenazada de muerte en la Barceloneta. La secularizada no pareció aún, ó se habrá huido tal vez en busca de más sana temperatura, huyendo del contagio.

Y sobre estas llagas sociales que están manando podre y sangre viva, hiere todavía con fiera insistencia el azote de Dios. La peste aparece para acabar de poner en descubierto nuestra desorganizacion y nuestra miseria. Y los grandes conflictos que en épocas análogas sirvieron para hacer resaltar grandes caracteres, rasgos de heroísmo y prodigios de abnegacion, no han producido hasta hoy, que sepamos, más que vacilacion, desaciertos, pequeñez y quién sabe si tambien vergonzosas debilidades y vana palabrería. Los alardes y halaracas de patriotismo y de valor cívico no han inspirado la tranquila serenidad y fortaleza que inspiraba la Religion en los tiempos oscurantistas. Los que tuvimos audacia para desafiar á Dios como héroes, hemos empezado á temblar y á huir como esclavos al solo amago del rebenque con que nos azota.

Siga la danza pues, lectores atribulados, siga la danza y prosiga la guerra. Quien à los cielos escupe en la cara le cae, dice un refran, reaccionario y oscurantista como todos los refranes. La maldicion que al rostro de Dios hemos lanzado ha herido de rechazo la frente de quienes la profirieron. La guerra del hombre contra Dios va trocándose en guerra de Dios contra los hombres. Y cierto no es difícil adivinar quien saldrá peor librado de la batalla. Contentos podemos quedar si al fin y á la postre, majados ya y zarandeados por la ira divina, se digna ésta concedernos una paz cualquiera con cualesquiera condiciones. Entre tanto, si no sois oscurantistas, consolaos, amigos mios, con un gracioso can-can, ó con un

par de gacetillas impías ó con el himno de Riego. Y si acongojados por la enfermedad, ó rendidos por la miseria, ó acosados por los furores de la guerra os halláreis, como vulgarmente se dice, con el agua hasta los dientes, aprovechad, aprovechad el último resuello de vida que os quedare para arrojar á las barbas del Dios justiciero que os ahoga el grito de los valientes: ¡Guerra á Dios!

Octubre, 1870.

XXXII.

Votes y bayonetas.



EN por los adelantos del siglo! ¡Bien por el Liberalismo conservador! ¡Bien por el derecho nuevo! Roma votó al fin, sin coaccion alguna, se supone; sin presion de nadie, sólo movida por los medios morales que dijo y predijo un

dia Cavour, de gloriosa memoria. Votó y joh prodigio! vean Vds., casi por unanimidad. Los 60,000 soldaditos, con más algunos centenares de blusas encarnadas, han galvanizado aquel pueblo soñoliento y dormilon que no supo hasta ahora más que rezar y gritar: ¡Viva el Papa! Rancio, oscurantista y clerical como era, cátelo V. rebosando ilustración v «modernité» y Liberalismo por todos sus poros, pidiendo á gritos ly aullidos el civilizado Gobierno de Victor Manuel. Diríase que cada uno de los héroes de Cadorna trajo en la punta de la bayoneta un voto para introducirselo en el pecho á cada ciudadano romano. Diríase, ¿qué de cosas pudieran decirse? que las fumigaciones de pólvora han desinfestado aquel recinto inmortal de los densos vapores de añejo oscurantismo que lo cubrian. Diriase que el puñal de las blusas rojas les ha abierto á los hijos de aquella tierra los labios amordazados largos siglos habia por las bendiciones de los Pontífices. Todo esto podria decirse y no se diria aún la mitad acerca los medios morales que los escrupulosos directores de la farsa han puesto en accion para obtener tan maravilloso resultado.

Hablemos claro de una vez. Si votos, ¿á qué bayonetas? Si bayonetas, ¿á qué votos? O es que ambas cosas vienen á ser piezas indispensables de una misma baraja; es decir: los votos para sancionar el juego de las bayonetas, y las bayonetas para preparar la espontánea emision de los votos. ¿No es así, liberalito del alma?

¡Ah picarillos doctrinarios! ¡Y cómo lo entienden los católico-liberales-conservadores de la monarquia de Víctor Manuel! Mas cuenta, señores, que la espada que entre manos traeis es de doble filo, y álguien anda entre vosotros que os asesine tal vez con ella, siendo fácil que á un dos por tres habiendo ido por lana os volvais trasquilados. ¡Suba Víctor Manuel al Capitolio, ¡pobrecillo! y cuán ancho le viene! Suba, digo, al Capitolio y cuide no errar el camino; que los votos y bayonetas que se lo han abierto pudieran tambien conducirle por equivocacion á la roca Tarpeya, que debe de estar tambien por alli. Y guardese bien el rey caballero, que si una vez llega à verse en este antiguo despeñadero de criminales, no ha de faltar ¡vive Dios! una mano caritativa que de él le despeñe, ni ha de servirle de para-caidas su manto real, ni su corona de chichonera. Ahi estan Mazzini y Garibaldi, con quienes ¡no hay que disimularlo! todos sabemos tiene sus cuentas pendientes S. M. Que tambien sucede á menudo entre salteadores, que anden luego á la greña entre si sobre el reparto de la presa. Y aquellos compadres suelen no olvidarse, y no pierden ripio, que digamos, para hacer una calaverada. Y en cuanto á plebiscitos, no fie mucho de ellos, que son vanidades humanas que á lo mejor le pegan un petardo al más listo manipulador. Ocho millones de votos sentaron hace veinte años à Napoleon en el trono, siete millones decretaron hace pocos meses que dicho señor seguia mereciendo la confianza de sus comitentes, y no ha pasado aún un mes que una silba espantosa ha sido el despido que en la frontera de Bélgica han dado los franceses ál hijo mimado del sufragio universal. Con que viva sobre aviso y ajuste Victor Manuel para su uso con las debidas modificaciones el antiguo refran que le viene de molde: «Cuando la perilla de tu vecino veas pelar, pon tus bigotes á remojar.»

Y puesto que andamos entre moldes y perillas, de molde y de perilla, como se dice, vendrá tambien aquí un ejemplo de la historia que pertenece casí á nuestros tiempos. Hubo á principios de este siglo en Europa un hombre á quien faltó poco para que los pueblos creyesen un semi-dios. Subyugó á su nacion y encerró en su puño imperial las iras revolucionarias, que luego á su capricho lanzó por Europa. De él

pudo decirse lo que con sublime frase dice de Alejandro Magno la Escritura: «La tierra enmudeció en su presencia.» Un solo hombre no enmudecia. Era el Papa. Y Napoleon I no era nene para consentir à sus barbas tamaña afrenta. «¡Qué insolencia, decia una vez el conquistador á un su confidente, qué insolencia la de los sacerdotes! Se reservan en la division de poderes el poder sobre la inteligencia, sobre la parte más noble del hombre, y pretenden reducirme á no tener accion sino sobre el cuerpo! ¡Para ellos el alma, para mi el cadáver!» Y à fin de hacer cesar esta dominacion espiritual que amenguaba á su parecer la majestad de la suva terrena, el semi-dios habló. A una sola de sus palabras fué ocupada Roma, el Papa prisionero llevado à Francia y los Estados Pontificios por un decreto agregados á los dominios imperiales. Más aún, Napoleon tuvo un hijo, y á este hijo se le llamó rey de Roma; de tal suerte quiso borrarse allí hasta el recuerdo de la soberanía de los Pontifices. Tambien entonces, echándola de filósofo del porvenir, dijo un general francés las siguientes palabras que la historia ha recogido: «Este es el último Papa que pasa los umbrales del Quirinal. Muerto éste, todo acabó.» Y no obstante. Pio VII volvió al Quirinal para morir alli tranquilamente, y su dinastia no acabó con él sino que vive en otro Pio, pontífice de la madera de los más gloriosos Pontífices, sin que por ahora se le vea el fin à tan magnifica sucesion. Y el conquistador de Europa, el semi-dios, el nuevo Alejandro, vió consumirse en el destierro, en la soledad y en la impotencia los últimos tristísimos dias de su vida ruidosa. Su hijo no heredó su trono. Nada le quedó á Francia de aquellas sus conquistas más que el desengaño. Y era algo mayor su talla que la de Victor Manuel. Y servianle al rededor mariscales de alguna mayor reputacion que los Bixios y Cadornas. Y habia desplegado en su política algun mayor talento que los ministros del «galantuomo.» Y habia acreditado la fama de sus ejércitos en batallas de alguna mayor importancia que las de Lissa y de Aspromonte. Y presidia un pueblo de algun mayor empuje que el de Italia. Y el dedo de Dios que hundió al gigante cuando se cansó de azotarnos con él, ano habia de hundir al pigmeo? ¡Y habia de serle fácil á Víctor Manuel la obra que fué imposible à Napoleon?

Vayan con Dios, que ni aun hay necesidad aqui de tener fe en la Providencia para tener confianza. Basta tener sentido comun. Ojo alerta, lectores, que cada semana va á correrse nuevo telon y van á aparecer como por encanto nuevas decoraciones y escenas. Tal vez las haya de sangre y fuego; no nos cogerá de sorpresa la novedad. Tal vez las haya de barullo y de confusion y de sálvese quien pueda. Tal vez tenga la fiestecilla su lado cómico, que no seria de extrañar segun lo bufo de algunos personajes. No dudeis, empero, que por fin y remate ha de brillar en esta página de la Iglesia, como en todas, el poder robusto de nuestra fe, la vana presuncion y quijotería de sus enemigos y la victoria del brazo de Dios. Oue nosotros tal vez no lo alcancemos, no es razon para que el hecho se gradúe de imposible, sabiendo sobre todo que nuestra vida representa apenas el paso de un dia en la dilatada carrera de siglos que viene recorriendo el Catolicismo. Riámonos entre tanto de quien de nosotros se ria.

Los votos, aunque aparezcan asegurados por miles de bayonetas, y las bayonetas aunque aparezcan justificadas por millares de votos, son juguete de niños aun para los hombres...; no es verdad?...; cuánto más no han de serlo para Dios!

Octubre, 1870.

XXXIII.

Muevo atentado.



s ya proverbial en nuestro país, que los que más blasonan de liberales son los que menos respetan la libertad ajena, y es bastante comun cuando se habla de alguno que es el tirano de su familia ó de sus dependientes, exclamar: ¡Qué

liberalazo debe de ser este hombre!... Varias veces hemos ilamado la atencion sobre este fenómeno, producto de nuestro temperamento, de nuestra ignorancia y de nuestra falta de educacion política; y porque no se puede negar su existencia, ni hay medio de acabar con ella repentinamente, hemos negado siempre la eficacia y hasta la conveniencia de una organizacion política que no tiene raíces en nuestras costumbres, ni halla alimento apropiado en nuestros sentimientos.»

Así ha hablado recientemente en uno de sus intervalos lúcidos un apreciable colega barcelonés, á quien el ser liberal no impide juzgar y denunciar á menudo con la severidad y dureza merecidas los achaques de la libertad. Y estas palabras dictadas por el buen sentido á despecho de las preocupaciones de sistema, estas palabras, grito del corazonhonrado, que se subleva generosamente contra toda iniquidad, venga de propios ó de extraños, hánme parecido las más elocuentes y sobre todo las más oportunas, para exordio de mi artículo de hoy.

Una respetable Comunidad religiosa, la de las Salesas Reales, acaba de recibir en Madrid la órden de expulsion dentro el plazo perentorio de veinte y cuatro horas. Y la órden sultánica debe ya haberse cumplido en la actualidad. El pueblo de Madrid habrá tenido otra vez que contemplar el doloroso espectáculo de un grupo de señoras que sólo anhelaron olvidar y ser olvidadas, despidiéndose con llanto

del asilo que escogieron para su vida; arrojadas de su domicilio, mientras las bailarinas del can-can y las rameras de los arrabales tienen asegurada por la Constitucion la inviolabilidad de sus inmundos burdeles. ¿Qué dia dejarémos de estar fuera de la ley los católicos? Pues si mañana le da la gana á un turco de avecindarse entre nosotros en uso de su libertad, si le cae en gracia establecer en su jardin un harem con setecientas mujeres apodrá el Gobierno impedirle que practique lo que le permite su falsa religion? ¿Podra arrojar à la calle las setecientas esposas del mahometano, é incautarse del local de sus placeres bajo cualquier pretexto? Mas no, ya se comprende; él seria turco y nosotros somos católicos, ahí está la diferencia y ahí está la explicacion. Las religiosas se reunen para orar y no para corromper, y el Liberalismo, condescendiente con la corrupcion, odia de muerte los asilos de la penitencia.

Un arbitrio, si fuera licito, daria vo á las jóvenes españolas que quisiesen en adelante seguir su vocacion religiosa sin miedo de ser molestadas. Óiganme sin rubor. Alquilen lujosa casa, ó cómprenla, en uno de los barrios más ruidosos de la capital, ó en una de sus calles más sospechosas. Nada de cruz en su frontis, ni de campana, ni de severos enrejados. Coloquen en sus balcones trasparentes con pinturas obscenas que obliguen à cerrar los ojos à todos los hombres honrados; mantengan en su portal jóvenes porteras, descocadas, impúdicas, si, si señor, que escandalicen con sus gestos y palabras á toda la vecindad; asómense ellas mismas á la ventana, sin tocas ni mongiles, en desenvuelto negligé; que se oigan cada noche en sus salones estruendosas risotadas entre los acentos de la orquesta ó del piano... Créanme mis pobres hermanas en Jesucristo, adopten este expediente y están salvadas. Oren con lágrimas en el fondo de su retiro; ahoguen sus cantos religiosos para que no los oiga desde la calle el liberal; cuiden bien que la realidad de dentro sea un secreto para los de fuera; disfrácense para ser santas con todos los escándalos de la deshonestidad, y no teman. El Gobierno católico que nos rige creerá que es todo aquello una casa de prostitucion como cualquier otra y la respetará y enviará en su auxilio voluntarios de la libertad, si álguien

las incomoda. Mas ¡ay! ¡si detrás de aquellas paredes se sospecha la existencia del convento! ¡ay, si se sabe que allí no se corrompe, sino que se ora! ¡ay, si sabe que las que las que allí viven no son mujeres perdidas, sino hijas y hermanas de ciudadanos españoles, esposas del Dios de su patria, consagradas à Él por un acto espontáneo de su libertad! Dénse entonces por expulsadas, irremisiblemente expulsadas. ¿Monjas? ¿monjas? Y seria bueno que un Gobierno liberal tolerase monjas que deben ser todas gentecilla ordinaria, beata, rancia y oscurantista! ¡á dónde vamos á parar! ¡á la calle!

Mucho os interesais por estas infelices, me dirá alguno, y duéleos mucho, à fe, su desventura. Si, lectores mios, esta es mi flaqueza y no lo puedo remediar. A todo me tiene ya acostumbrado la Revolucion, y nada me hiere ya con el tormento de los primeros dias, como no sean actos de esta naturaleza. La misma blasfemia del ateo, el mismo grito de guerra à Dios, me son menos dolorosos que una de estas crueles órdenes tan friamente dictadas. A Dios sé que no le derribarán de su trono las necedades del hombre. En cambio, sé los corazones que sufren, sé el horror de los dolores que los despedazan cada yez que en la soledad de una casa religiosa resuena esta terrible palabra: expulsion.; Ah! nadie puede explicar lo que se ama el claustro cuando en su recinto ha encerrado de una vez el corazon todas sus aspiraciones, cuando se ha gozado algun tiempo de su felicidad y de sus ignoradas dulzuras. Todo se ama allí; las prácticas más sencillas, los más insignificantes detalles de la vida, las mismas piedras del edificio vienen à identificarse completamente con la existencia del alma que allí se encerró y que alli esperó morir encerrada, ¡Ay Dios! ¡Y es forzoso abandonar aquellas paredes queridas, aquel templo en donde se recibieron tantos consuelos, y no celebrar más aquellas solemnidades que causaron tan inefables alegrías! ¡Y es fuerza contemplar como se profana todo aquello que tanto se veneró, y se derriba y se mutila y se maldice lo que despues de Dios más ardientemente se adoraba, y que se cuidaba con tanto esmero! ¡que se acariciaba con tanto amor! ¡Ah! bajo este punto de vista comprendo la profunda

verdad de quien dijo: que preferia el asalto é incendio del convento y la muerte bajo el puñal y entre sus escombros, á esta lenta y dolorosa agonia de la expulsion. Dijo bien. La muerte es menos dura.

Los católicos somos los parias del Liberalismo. Ningun derecho para nosotros, ni el de asociacion, ni el de propiedad, ni el de inviolabilidad del domicilio. Resignémonos á nuestra suerte. Vivimos, porque de pura gracia se nos perdona la vida. Con igual derecho se nos podria quitar ésta que la propiedad. Aún, pues, tenemos que agradecer á nuestros enemigos. No nos queda más recurso que el de todas las víctimas: el quejido; ni otra esperanza que la de todos los desgraciados: Dios.

«¡Dios! ¡Dios! exclama un tirano opresor en la magnifica novela de Manzoni. ¡Siempre con Dios à vueltas! ¡Por lo visto parece que es ese el hierro ardiendo à que se agarran los que están con el agua al cuello!...» Sí, lectores mios, sí, Dios y la brevedad de esta vida y la eternidad de la otra son los únicos consuelos para el corazon herido por tamañas injusticias. No ha de resolverse aquí nuestro pleito. Hay un Dios, luego un dia habrá justicia para opresores y para oprimidos.

Saquemos entre tanto de nuestras tribulaciones preciosa enseñanza. El apreciable colega de quien he tomado las notables palabras que encabezan las mias, cree explicar suficientemente el despotismo liberalesco con atribuirlo al temperamento, á la ignorancia, á la falta de educacion política y á otras causas accidentales. No, lectores mios, no: las causas accidentales no producen efectos constantes, universales y necesarios. Lo accidental sólo produce lo accidental. Esto enseña la más vulgar filosofía. Y el Liberalismo ha dado de si el odio à la Iglesia y la vejacion contra los católicos en todos tiempos, en todas partes, bajo todos los climas, servido por hombres de todos temperamentos. El Liberalismo de Francia, el de Austria, el de Portugal, el de Bélgica, el de Italia y el de España tienen igual historia anti-religiosa y siguen igual conducta con las Instituciones católicas. Mejor vive el Catolicismo en países protestantes bajo Gobiernos honrados y bajo leyes equitativas, que en paises católico-liberales. Esta es la verdad, que todo el mundo ve menos los ciegos. Allí al menos se goza de los beneficios del fuero comun. No es este nuestro ideal, no; tenemos derecho á una política de privilegio, à una política exclusivamente católica, porque somos la verdad; pero nos contentariamos hoy con política de honradez y de equidad, mas que fuese pagana. Tal es de miserable nuestra actual situacion que á tales deseos obliga.

¡No se nos pida, pues, que seamos liberales, no, por Dios! No debemos serlo, no podemos. Nos lo vedan nuestra conciencia, nuestra dignidad y hasta nuestro pudor. Podemos perdonar à nuestros enemigos, mas no podemos formar en sus filas, ni siquiera con un matiz más ó menos pronunciado. No podemos aliarnos con quienes nos combaten, no podemos estrechar como amiga la mano que asesina à nuestra Madre. Creeriamos tomar parte ante Dios en la tremenda responsabilidad de tanta blasfemia, de tanta profanacion, de tanta sangre derramada al pié de los altares, de tantas lágrimas como lloran nuestros hermanos y nuestra misma augusta Cabeza. ¡ Jamás! ¡ Jamás!

Octubre, 1870.

XXXIV.

: Fuego en toda la línea!



A lucha es para la Iglesia de Dios el estado normal y permanente. Lo excepcional para ella y lo transitorio es la paz. De los Evangelios despréndese claramente esta idea, que luego contemplamos exactamente realizada en la histo-

ria. El dia en que definitivamente cese para la Iglesia el combate, aquel dia brillará con todos sus resplandores la gloria de Dios sobre el universo; empero la Iglesia militante habrá tambien acabado entonces su mision, v aquel será el postrero de los dias del tiempo. Cuando Jesucristo anunciaba que el infierno no prevaleceria contra la Iglesia, era porque suponia que el infierno habia de luchar perpetuamente contra ella; de lo contrario fuera ridiculo vaticinar y prometer victorias, donde no hubiese debido de haber batallas. Los que ante las presentes sienten vacilar su fe, dan muestras. perdónenme mis hermanos, ó de muy ignorantes ó de muy inconsecuentes. De muy ignorantes si no supieron leer lo que en cada página de las Escrituras anda bien claro; de muy inconsecuentes si, habiéndolo leido, pensaron que podia dejar de realizarse. La Iglesia, que vino á predicar y á sostener ideas en todo contrarias á las del mundo, no era probable, aun ante la simple razon, que fuese paseada por sus enemigos en triunfal carroza. Para la Iglesia vivir es luchar, luchar es empero vencer, como quiera que la sola posibilidad de una lucha contra todos los poderes del mundo. es ya la más brillante de las victorias.

Un carácter singular ofrece no obstante la lucha de hoy dia, carácter suficiente, si no para excusar, al menos para explicar el desaliento de algunas almas católicas. Es su universalidad, ó llámesele mejor, su simultaneidad.

Los ataques eran hace ya algunos siglos parciales, el enemigo variaba de terreno segun las circunstancias, contentándose con dirigir hácia un punto dado la atencion y las fuerzas del infierno. Ora con los pretores romanos, ora con los emperadores bizantinos, ora con los de Alemania, ora con los sarracenos, ora con la pluma de los herejes, ora con la intriga de los poderosos, ora con la espada del más fuerte, nunca cesó de hostilizar; siempre empero hubo uno ó muchos lugares en donde se disfrutó de tranquilidad más ó menos duradera.

Hoy no; merced al estado de nuestras comunicaciones, que han puesto á las naciones de Europa más en contacto entre sí de lo que lo estaban antes las capitales de una misma nacion, los combates aislados se han hecho poco menos que imposibles, la vibracion, el estremecimiento de ira ó de pavor que un grito produce, déjanse sentir en un mismo instante en las más apartadas regiones del mundo.

El infierno, como en los primeros siglos, ha dado á sus huestes la voz de ¡Fuego en toda la línea! y éstas hanlo roto contra la Iglesia con tan concertada unidad, que no deja duda alguna de cuál sea la mano satánica que lo dirige. Hoy por hoy nuestra linea de batalla ocupa toda la Europa; ni un palmo queda de ella en donde no resuene el estruendo de los enemigos y el horror de sus blasfemias. No parecen haberse concertado entre sí muchos de los grupos, mas los tiene unidos igual sentimiento de odio contra Dios y contra su Vicario. El combate es de todas armas. El periódico, la novela, el folleto, el grabado, la fotografía, el espectáculo inmoral, la predicacion subterránea ó callejera, la intriga diplomática, la sorda conjuracion, la invasion desvergonzada y piratesca, todo sirve admirablemente y obedece á un solo plan; descatolizar. El novelista impío descatoliza la familia, el dramaturgo impio descatoliza los espectáculos, el estadista impio descatoliza la legislacion, la diplomacia impía descatoliza el derecho público. Y tras esa devastacion producida por medios morales, sigue la violencia cínica y desenmascarada, ya contra el templo llamándose incautacion, ya contra la comunidad religiosa llamándose desamortizacion, ya contra los particulares por medio del puñal del asesino. El infierno ha logrado organizar á su modo esta vasta conjuracion de miles de lenguas, de miles de plumas y de miles de armas contra Dios, y la ha apellidado luego con un nombre que es á la vez su definicion y su programa más expresivo: Revolucion.

Mudos de espanto y de ansiedad y de zozobra asisten hace ya algunos años los pueblos á esa gigantesca lucha entre la obra de Dios y la obra de Satanás, entre la Iglesia y la Revolucion. Los combatientes empezaron por mirarse con prevencion, siguió luego incierto y desordenado tiroteo de avanzadas, hoy la batalla es ya general, y el deslinde, gracias á Dios, poco menos que completo. Hemos entrado ya en el principio del fin, y todo indica la proximidad de un grandioso desenlace. La fe nos obliga á esperar que este será, como siempre, favorable á la Iglesia, porque creemos en la palabra de Dios. Pero aparte de esta razon (la primera para un católico), queda todavía otra de órden natural fundada en un síntoma que todo el mundo está observando, y al cual tal vez no se ha dado aún su verdadero valor. Es el siguiente.

Nunca como hoy fué tan poderosa en Europa la influencia revolucionaria. Suyo es el mundo al parecer. Es dueña de todos los Gobiernos, manda en todos los ejércitos, discute y prepondera en todos los centros científicos, se ha convertido en verdadera corriente avasalladora. En tanto es así, que un Gobierno católico puro ha llegado á parecer ya, á los ojos de la multitud, fenómeno de otros siglos. La Europa oficial es hoy enteramente revolucionaria, como fué en la Edad media enteramente católica. Este es el hecho. Pues bien; à pesar de esto, nunca la idea revolucionaria se vió como hoy tan desprestigiada; en su juventud está, y hállase ya caduca: ha dado de si cuanto podia dar, y no ha dado más que desengaños. Cansada ya de andar y de avanzar, porque esta es su ley, se encuentra como en callejon sin salida frente á frente del pavoroso fantasma del socialismo. Retroceder es imposible, so pena de negarse á sí misma; avanzar es precipitarse en el despeñadero. Esta es la situacion del problema. Ni puede ir adelante ni atrás.

Si la esterilidad es, pues, síntoma de vejez, muy cerca debe de andar de su fin la Revolucion europea que tales muestras de su fecundidad nos está presentando. Indudablemente permite Dios sus fáciles triunfos, para gastarla y desacreditarla ante sus propios amigos. A mi entender empieza ya á ser cosa de mal gusto llamarse revolucionario; dentro de poco será éste un nombre de ignominia.

Entre tanto, bueno es que el fuego se haya roto en toda la línea! ¡Si, por Dios! Sólo así la batalla es general, sólo así puede ser decisiva. Estamos en los momentos más solemnes de ella. Una voz, que áun en materias que no son de fe, es para los católicos la más autorizada, nos ha dicho que nuestras tribulaciones serian pasajeras y su desenlace tan imprevisto como glorioso. Recordemos que hay Dios, y que es su nombre y su honra y su palabra quienes andan empeñados en esta batalla. Algunos momentos más, y puede cesar la hora de la tribulacion y brillar pura y esplendorosa como cien otras veces la hora de los prodigios! Creer es esperar.

Octubre, 1870.

XXXV.

El revolucionario-conservador.



os nombres, que deben ser, segun toda buena filosofía, la real y verdadera fisonomía de las cosas, sábese ya que frecuentemente no son más que una como máscara de ellas. ¿Qué es en efecto, y lluevan ejemplos, qué es en efecto

el nombre «libertad» sino máscara hermosa del más feo de los despotismos? ¿Qué es el nombre «derecho individual,» sino máscara hipócrita de la obligacion en que vive todo ciudadano español de llevar para su defensa un arsenal completo en la faltriquera? Y el nombre progresista ¿ es muy á menudo otra cosa que un disfraz de mal gusto, con que se encubre un quidam más atrasado que Cacaseno, el que cabalgaba en su burra al revés, arreándola por la cola?

Pues, sigan dándose mis lectores al agradable pasatiempo de desenmascarar ideas, arrancándolas su nombre postizo y de alquiler, y asegúroles tienen tela cortada para rato. Y si alguno con más humor, erudicion y paciencia llevase sus investigaciones hasta el punto de poder coleccionar en « Diccionario» todas estas hipocresías del lenguaje; si se esmerase sobre todo en recogerlas de los autores clásicos del Liberalismo, donde es más abundante la cosecha; el tal librico habria de ser, por vida mia, sobre muy instructivo, soberanamente delicioso. Y por si este caso viniere, no eche en saco roto el afortunado mortal á quien los hados depararen esta empresa, no eche, digo, en saco roto el presente artículo que de buena voluntad le adelanto, como quien se atreve á contribuir siquiera con una humilde piedrecita á la construccion de tan colosal monumento.

Los conservadores de la Revolucion. Hé ahí una frase que leo todos los dias en folletos y periódicos, y que siempre ha sido griega para mi limitada inteligencia. Recientemente ha circulado con más insistencia, desde que cierto personaje piamontés diz que se resigna á cargar con la corona que por ahí le ofrecen, con tal que acepten su candidatura los sobredichos revolucionario-conservadores.

«Pero, señor, decíame anoche D. Jerónimo Vetusto, uno de mis tertulianos, todavía más oscurantista que vo y más atrasado por ende en tales materias; pero, señor, ¿puede V. concebir lo que sea un conservador de la Revolucion, ó sea, un conservador revolucionario? Lo que es á mí, hombre chapado à la antigua, teniendo como tengo, gracias á Dios, muy presente (á pesar de la edad y de los achaques) lo que en lógica se nos explicaba sobre la oposicion de los contradictorios, hallo tan absurda la frase citada, como si se dijera: círculo cuadrado, triángulo abierto, monte sin valle, partes iguales cada una al todo, y otros semejantes despropósitos que nos referian alla por via de ejemplo ó exempli gratia, como in illo tempore se decia. O sino, digame V. ¿Seria posible una Revolucion conservadora? Responderáme sin vacilar, que no. «Revolucion,» significa destruccion de un órden de cosas antiguo y sustitucion por otro nuevo. «Conservacion» significa continuacion, sostenimiento de lo antiguo, es decir, absolutamente todo lo contrario de «Revolucion.» Decir, pues, Revolucion conservadora, seria decir, destruccion sin destruir, cambio sin cambiar, solucion de continuidad con continuacion, alteracion de un régimen sin alterarlo, innovacion sin innovar, ¿Ríese V., mi buen amigo? Pues vamonos derechitos á la aplicacion.

«Si son antitéticas é incompatibles las ideas «Revolucion» y «conservacion,» si es absurda y no lleva sentido la union de ambas «Revolucion conservadora,» los que se llaman á sí mismos revolucionarios conservadores ó conservadores de la Revolucion han perdido los sesos, y con ellos la gramática y el sentido comun. El diablo son esos liberales. Al fin ellos comprenderán allá en los arcanos de su recóndita filosofía, cómo se puede revolucionar conservando y conservar revolucionando, cómo se puede ser blanco siendo negro, ó negro siendo blanco, si ya no es que se haya dado con el secreto de hallar un blanco que no sea blanco y un negro que no sea negro, derogando como rancio y pasado de moda aquel

antiquísimo axioma de que, nada puede ser y dejar de ser á un mismo tiempo.»

Dejéle desahogar á mi buen hombre toda su negra bilis, y no pude menos de sonreirme entre risueño y compasivo apenas hubo dado fin a la fiera catilinaria. «Muy antiguo es V., D. Jerónimo, le dije, y bien le cuadra segun sus ideas su gráfico apellido. Está V. muy en el abecé de los adelantos modernos, é ignora completamente lo que es filosofar al uso del dia. La lógica se mandó recoger hace años por vieja y reaccionaria, y la gentecilla liberal no la estima en dos ardites, ni daria por todos sus primores y sutilezas una sola de sus frases de relumbron. Tomára V. como vo la cruz á cuestas de leer cada dia algun periódico liberal como eficaz preservativo contra las tentaciones de Liberalismo que asaltarme pudieran; tomárase V. esa pena, y viera ya sin admiracion ni extrañeza lo que es ya entre nosotros el pan nuestro cotidiano. Porque ha de saber que vivimos del absurdo, y apechugamos con él sin remordernos ya lo mas mínimo la conciencia. Véngase V. acá, hombre de Dios, y le explicaré como sepa la razon de estas sinrazones, que de tal suerte su razon de V. oscurecen, travéndola mohina v alborotada.

«Conservador de la Revolucion ó revolucionario conservador es un hombre «bifronte,» como del dios Jano imaginaron los antiguos poetas, es decir, con dos caras por lo menos, aunque la perfeccion del tipo llega á presentar á veces hasta media docena. Lo ordinario, sin embargo, y lo usual es tener dos, una con que mira á lo pasado y otra con que mira á lo porvenir. En los períodos críticos de la historia, cuando la Providencia mantiene por algun tiempo incierta y dudosa la balanza de los públicos acontecimientos, aparece este tipo. Se le ha acusado de no tener ideas. Error, grosera calumnia. Lo mismo fuera acusar á la antigua Roma de no tener dioses, cuando es sabido que reconocia por buenos á los de todo el mundo y á todos admitia en su templo, llamado por eso Panteon. Ideas tiene, y de sobras, y su idea principal es conciliarlas todas entre si, ó que al menos todas se concilien con el bienestar y medro de su adorable persona. Sigue á la letra (ya que no segun el espíritu), aquello de llorar con los que lloran y reir con los que rien. Es el hombre del dia, y en

medio del vaiven y sacudida continua, que abaten hoy à los que se vieron ayer en el pináculo de la fortuna, estáse él tranquilo sobre la maroma, comiendo à dos carrillos, fiado en la agilidad de su cuerpo y en su destreza en el manejo del balancin.

«Mas hé aquí que llega ó empieza á presentirse la época de las soluciones definitivas. Todas las cosas tienden á su centro y es fuerza llegar un dia ú otro á ese término, á pesar de todos los balancines. Nuestro hombre observa entonces cuidadosamente á qué parte empieza á inclinarse el fiel de la susodicha balanza, y en cuanto cesa la oscilacion, en cuanto se manifiesta direccion marcada hácia una de las dos partes, sobre ésta se deja caer nuestro hombre previsor con todo el peso formidable de sus convicciones... de circunstancias.

«No, sino láncese V. á Dios y á la ventura, como tanto pobrete atolondrado, y grite V. clara y sencillamente ¡Viva la república! y triunfe luego la monarquía, y mándenle á V. á las Marianas por perturbador y anarquista; ó bien grite usted desatentadamente ¡Viva la monarquía! y salgan despues con la suya los federales, y préndanle bonitamente y guillotinenle ó cuélguenle de un balcon con las más humanitarias intenciones. ¿No es mejor tomar de la Revolucion lo necesario para seguir bandeándose con ella cuando soplaren estos vientos, y conservar del órden al mismo tiempo algunas franjas y ribetes para lucirlos, si por ventura algun dia soplare el vientecillo por esotro lado? ¿No es de experto piloto soltar ó amainar tales ó cuales velas segun el tiempo? Y puesto que de «velas» hablamos, ¿no es exactamente nuestro caso el que refiere el desventurado Espronceda,

...de aquella vieja
De la antigua conseja,
Que á san Miguel dos velas le ponia,
Y dos al diablo que á sus piés estaba,
Por si el uno fallaba
Remediase el otro su agonía?

«Pues, ahi tiene V. en estos seis versitos, como seis soles, la mejor definicion descriptiva del tipo que nos ocupa. Asi se vive en el dia y así se medra; porque aquello de firmeza de convicciones, de consecuencia política y tantas otras cosas que V. oirá y leerá por esos mundos, tómelo todo á broma, santo varon, ó recíbalo por lo menos á cuenta de figuras retóricas, que tampoco en el mercado se les acostumbra dar otro valor. Porque, eso si, empezamos, gracias á Dios, á conocernos mutuamente al través de la máscara palabrera. Que no es poca ventaja. ¿Está V.?»

Enmudecia asombrado mi don Jerónimo y no cesaba de santiguarse como alma que vió al diablo. En tan santa ocupacion le dejé, para salir incontinenti á referírselo todo, sin dejar coma, á mis indulgentes lectores. Sólo supe despues, que desde nuestra entrevista quedó el viejo más aferrado que nunca á sus oscurantistas preocupaciones.

Octubre, 1870.

XXXVI.

Distracciones progresistas.



s la *Crònica de Cataluña*, por si lo ignoran mis apreciables lectores, un periódico deliciosamente progresista. Progresisticamente considerado, es imposible hallar cosa más acabada. Es mi pasatiempo y mi consuelo en los ratos

de mal humor que son algunos, y á él debo indudablemente las horas más divertidas de mi solitaria existencia. Estóyle, pues, agradecido, y no quiero perder en adelante ocasion de manifestárselo, aunque á su modestia pese.

Pero mi hermano progresista sufre de vez en cuando lamentables distracciones. Es verdad que entonces cumple mejor que nunca su mision para conmigo, porque entonces es cuando da más que reir. Así, le sucede de vez en cuando olvidarse de sus ordinarias doctrinas, y caer en inconsecuencias que pueden hasta perjudicar á su buena fama de consecuente liberal. Es verdad que el buen liberal en el poder no suele ser más que un tiranuelo de mayor ó menor talla, disfrazado con máscara y atavios de libertad. Pues bien. En los momentos de olvido, no acordándose nuestro colega de que está en escena, suele dejarse caer un tantico la pintada mascarilla y levantarse tal vez de algun lado el dominó, y entonces aparece como es en el fondo, es decir, en la figura repugnante del más repugnante despotismo, un Cheste, un Gonzalez Brabo que diria él, un Bajá. Entonces es cuando hay que sorprenderle en su descuido, agarrarle por el brazo, acabar de levantarle máscara y sayas, y mostrarle cual es al pueblo, atónito de la transformacion. Pueblos, i miradle bien! ¡es el órgano de la doctrina más genuinamente liberal! ¡Es el Liberalismo!

Un artículo publicó el martes sobre el matrimonio civil, del cual haria yo, à serme posible, una tirada de 200,000

ejemplares para que lo leyese todo español. El tal artículo es una verdadera distraccion, pero distraccion mayúscula. Empieza el autor empuñando la trompa épica y ponderando al son de ella las razones de altísima sabiduría que presidieron à la confeccion de la famosa ley. «Razones cientificas, dice, causas legales poderosas.» No cita cuáles fuesen esas razones y esas causas, y hace bien, por vida mia. A qué meterse en profundidades de ciencia y de legalidad á riesgo de no salir bien del atolladero? Sólo asegura, bajo su palabra, por supuesto, «que no fué por frívolos motivos de antagonismo con la autoridad eclesiástica.» Convencidos quedamos. Y zá guién pudo ocurrírsele jamás otra cosa? ¿Y cuándo pudieron los progresistas estar jamás en antagonismo con la Iglesia? Ahi está su inmaculada historia desde el año 12, que no nos dejará mentir. Antes bien si otra cosa dice, ella será la mentirosa y la embustera y otras cosas más.

Es el caso, empero, que el pueblo español no comprendió aquellas tan altas razones científicas, que sin duda por serlo mucho debió el pobrecillo perderlas de vista. No le hizo, pues, maldita la gracia el matrimonio civil. ¡Vea V. qué lástima! Así que, dió en casarse todo el mundo al vapor apenas se supo la próxima aplicacion de la novedad; párrocos y vicarios no bastaban para el oficio; todo soltero hizo lo posible para escapar del brazo seglar de Montero Rios. Publicóse la ley, cayó el plazo, y ni por esas. Los ciudadanos siguieron presentándose con sus correspondientes ciudadanas al Cura de la parroquia, sin curarse del Juzgado de paz más que si les hablaran de la Meca. Y así van marchando las cosas, sin que las amenazas de la ley hagan mella en los fanáticos españoles. ¡Indignos de la ilustracion!

Mohinos y desconsolados andan de resultas los apóstoles de la libertad. A moco tendido lloran el desprecio y conculcacion de las leyes, ellos que enseñaron á pisotear las más venerandas. Y en la ceguedad de su llanto y desesperacion olvidan sus principios, su consecuencia liberal y hasta el sentido comun. Pensar debieran que en leyes como esta, todo ciudadano es dueño de obedecer ó no, con tal que se someta á los perjuicios que puede traerle la desobediencia. Este es el carácter esencial de las leyes penales. La del ma-

trimonio civil castiga no otorgando derechos civiles. Pues, si yo renuncio à ellos, ¿quién puede obligarme à mi à la ley civil? Primer tropiezo.

Y viene el segundo. Por confesion de la Crónica y demás cofrades, los pueblos no observan la ley del matrimonio civil. Luego no la quieren los pueblos. Es así que segun la Crónica el criterio de toda ley es la voluntad soberana de los pueblos soberanos, segun aquello del oráculo de Logroño: Cúmplase la voluntad nacional. Luego segun los principios de la Crónica, segun sus doctrinas de cada dia, la ley del matrimonio civil es injusta, absurda y ni llega á ser tal ley. No lo digo yo, lectores mios, lo dice la Crónica. Los españoles, dice, siguen enlazándose canónicamente con «absoluta» y punible indiferencia (¿indiferencias punibles?) hácia la ley, «que no se observa.» ¿Procede ó no procede mi argumentacion? En caso de que no proceda, aguardo de mi hermano liberal una leccion de dialéctica que agradeceré profundamente.

La voluntad nacional no ha visto, pues, con buenos ojos el matrimonio civil. Luego hay que mandar recogerlo como novedad anti-liberal, impopular y tiránica. Eso diria el buen sentido de cualquier majagranzas. Pero los progresistas, á imitacion del médico de Moratin, lo han arreglado de otra manera. La consecuencia que de estos precedentes saca el ilustrado colega barcelonés es la siguiente, y vale un Potosí: «Es preciso que cuanto antes se adopten «medidas enérgicas.» ¡(Pobre Narvaez)! Dos «extremos» pueden adoptarse (y son muy extremos): ó establecer una sancion (es decir, un castigo) penal y corporal (¡sopla!) contra los que prescindan de celebrar el contrato civil... ó disponer que el contrato haya de preceder ó acompañar al Sacramento (¿y la libertad de cultos?) imponiendo á los eclesiásticos la prohibicion (¿y la Iglesia libre?) de autorizar uniones canónicas fuera de dichas condiciones.»

¡Bien por el fragmento y por el autor! Es decir, que el matrimonio civil habrá de ser el matrimonio á palos. Los sarracenos vivieron ocho siglos entre nosotros, y no nos impusieron á la fuerza sus dogmas ni sus prácticas. El Catolicismo vivió en cierta libertad legal en medio de aquellos bár-

baros. ¿Tendrémos que envidiar á los católicos de aquellos siglos, los católicos del XIX? Pena corporal dice el articulista; y el que por decoro ó por conviccion renuncia á las ventajas legales del matrimonio civil, ¿no se avendria tambien á pasar por la pena corporal antes que dejar que bendijese á su esposa la Revolucion? Y si la pena fuese de multa, ¿qué español no pagaria gustoso los ochavos que por via de apremio matrimonial se le exigiesen? ¡Por algunas pesetas redimiriamos entonces nuestra conciencia libre, aunque debiésemos contribuir así á engordar á los hijos del presupuesto! ¡Compraríamos gustosos en la católica España el derecho de obrar segun nuestra fe, el derecho de seguir siendo católicos! No, no lo mandarán así nuestros enemigos. ¡Ojalá lo hiciesen!

El segundo expediente que se propone es el de prohibir á los eclesiásticos la bendicion de las uniones católicas, si no llevan antes el visto-bueno de la Revolucion. Este recurso es más progresista que el anterior, y recuerda otras famosas disposiciones eclesiástico-progresistas. Mas el proponente echó la cuenta sin la huéspeda. Podria el Gobierno mandar lo que se le antojase; mas podria tambien el clero no seguirle el humor al Gobierno en sus vanos antojos. Y si la Iglesia escudada en su derecho divino dijese «no,» ese «no» seria la roca inquebrantable en que se estrellaria la cólera ministerial. Entrariamos francamente en la senda de la persecucion, y como ya la tenemos conocida de larga fecha, la seguiriamos sin vacilar y la recorreríamos entera. No nos espantaron los Dioclecianos verdaderos; no nos espantarán con sus «penas corporales» los Dioclecianos en miniatura. Pronunciarémos el Non possumus de la consigne, y... Dios hará lo demás. Y los pueblos seguirán al que les case segun Dios y el Evangelio, y no al que les case segun el ministro y La Cronica y el diablo. Entendidos, pues. A la prueba.

«El clero ha levantado una cruzada contra el matrimonio civil.» Así lo dice el articulista, y dice muy bien. El clero la ha levantado y el clero la sostendra cueste lo que costare. Sólo la mordaza hará callar al ministro de la verdad. El Papa ha dicho: «El matrimonio civil es mero concubinato.» Y el clero no puede enseñar otra cosa, ni la enseñará. Además

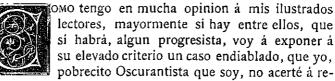
de que para eso hay libertad y para mucho más. Está dentro de la Constitucion el que declara guerra á Dios, ¿y no lo estará asimismo el que declare guerra á los errores de los hombres? Digame, hermano mio progresista: ¿Es esta la libertad de cultos? ¿Es esta la igualdad ante la ley? ¿Es esta la tolerancia que predica La Crónica? ¿Es esta la lógica de sus doctrinas? Sí, esa es; y por eso dijo bien quien á los liberales llamó falsificadores de la libertad. Con este hermoso nombre disfrazan la peor de las tiranías y el odio envejecido contra la Religion. ¡Vano empeño! Los conocemos, y no nos quejamos ya de engañados, sino de oprimidos. ¡Viva la libertad! ¡ Abajo la tiranía!

Calma, vas á decirme, lector amigo; calma, que no hay para tanto. Tienes razon, y vuélvome otra vez á mis casillas y á mi buen humor. Riámonos, y riámonos á coro y á carcajada suelta. ¡Buen petardo les va pegando la voluntad nacional, esa Dulcinea coqueta, á sus bobos Amadises! La ley de matrimonio civil pasará pronto como todo lo progresista. No te exhortaré yo, pueblo mio, à que la desprecies, pues no quiero bromas con el fiscal, que le hay ahora otra vez á pesar de la libertad. Sólo sí quiero advertirte que dentro algunos años, en plazuelas y encrucijadas, cuando al prójimo se le quiera denostar con calificativos infamantes, en lugar de otras lindezas que hasta acá se usaron, se le dirá: Váyase allá el hijo de la tal ó cual, jes hijo de matrimonio civil! Porque el matrimonio civil nunca tendrá en España otro carácter verdadero que el que le ha dado solemnemente el gran Pio IX: «Concubinato torpe y violento condenado por la Iglesia.» (Alocucion pronunciada en 27 de Setiembre de 1852).

Noviembre, 1870.

XXXVII.

Consulta.



solver por más que le di mil vueltas buscándole las coyunturas. Y adviértoles que es urgente la necesidad, y el asunto, como se dice vulgarmente, de circunstancias; razones todas para que con presteza me saquen á mí y saque yo á una pobre muchacha de la apurada situacion en que por su descuido ha venido á ponerla la más anticatólica é irracional de nuestras conquistas revolucionarias. Y servirá asimismo su relacion de saludable escarmiento á quien por su ligereza pueda verse mañana cogido en el mismo garlito. Voy, pues, á mi cuento, que no es tal, sino deplorable historia.

Inés (que algun nombre le hemos de dar), jóven de veinte abriles, niña como Dios manda y mujercita de bien si las hay, tuvo sus siete meses de honradas relaciones con Liberio, moceton, atolondrado, vivaracho, decidor, y demócrata por más señas. Buen muchacho, eso sí, que jamás tuvo que ver con él la policía, mas en cuanto á prácticas religiosas un tantico olvidadizo y despreocupado. Porque, decia él, hay que vivir con el siglo, y eso de Religion son beaterías que usan allá las mujeres y los necios. Con lo cual y con otros raciocinios de este jaez creíase modestamente nuestro caballerito, tipo de ilustracion liberal, flor y espuma de la gente civilizada, y en breves palabras, uno de «los pocos sabios que en el mundo han sido.» ¡Ya se ve! ¡Es tan cómoda filosofía la que no exige otro estudio que aprender á reirse de todo! ¡Y es tan fácil de esta suerte salir filósofo de grueso calibre

en menos tiempo del que tardan en asomar las suspiradas patillas! Reíase, pues, Liberio de su futura, que oia Misa todos los dias y comulgaba todas las fiestas, y prometiase en sus adentros y áun delante de algunos amigos, corregirla de sus sandeces y necedades en cuanto llevase la bendita de Dios tres meses de matrimonio en su compañía.

A pesar de esto queríanse bien los muchachos, y como es natural y legitimo púsose en breve el asunto en vias de formalidad. Dados y tomados informes, imparciales y sin alucinacion como los que para bodas se usan, resultó como siempre, que Liberio era el mejor de los esposos posibles para Inés, é Inés la mejor de las posibles esposas para Liberio. Regaladas las sortijas y demás zarandajas de matrimoniar, prometida la dote y aceptada como se supone, firmadas ante el notario las acostumbradas capitulaciones, llegó la hora de pensar en las últimas ceremonias.

Es el caso, pues, que por males de sus pecados tenia ya entonces España, nuevecita, flamante y aun casi sin estrenar, la ley famosa de matrimonio civil. Liberio, que en casinos y periódicos la habia defendido ardorosamente, quiso ser el primero que en su pueblo aprovechase sus beneficios. Eso si, protestando siempre à la bella Inés de su alma, que no le habia de faltar en su dia la bendicion parroquial, aunque no fuese más que para aquietar los escrúpulos de su alma educada en antiguas supersticiones, que así llamaba él al Catolicismo. Mas que primero era indispensable darse una vueltecita por el juzgado de paz y formalizar el acto civil, porque ante todo él era demócrata y debia dar buen ejemplo. No se opusieron à la idea los padres de Inés, recelosos sin duda de perder la prebenda del novio. Opúsose la niña con ardor al principio y luego con más tibieza en vista de que se le aseguraba ser todo cuestion de prioridad ó posterioridad, y que puesto que debia hacerse, no habia inconveniente en que se anticipara, dandole con esto al novio liberal una prueba de amable condescendencia. Accedió la niña por fin, y ganó el novio la partida; presentáronse ambos, previas las diligencias y expedientes que ordena la ley progresista, al juzgado de paz, en donde leidos unos artículos del catecismo de Montero Rios, pronunció el juez la fórmula que para este acto imaginó el casamentero ministro. «En nombre de la ley os declaro casados.»

Sonrieron los circunstantes, púsose de mil colores lnés, y hasta á Liberio hubo de escapársele algun gesto que muy á las claras daba à comprender el poco concepto que en su interior le merecia aquella necia parodia del sacramento de Jesucristo. Hubo, no obstante, en seguida, plácemes y enhorabuenas y besos y lloramicos de mamá, y volvió à la casa paterna la comitiva sin otro incidente que los confites y merengues, que por via de familiar obsequio se sirvieron aquella tarde à los acompañantes. Liberio volvió à la suya y quedóse en la de sus padres lnés, aplazando ambos para dentro ocho ó quince dias la celebraciond el casamiento católico, cuyas diligencias prometió iniciar aquella misma tarde el enamorado galan.

Sucedió, pues, que el diablo, que no duerme, hubo de inspirarle á un amigo de Liberio el que entablase un dia con éste en el café el siguiente diálogo:

- -¿Te has casado ya al fin, incorregible soltero?
- —No, Pancho; bien que... digo mal... (¡esa maldita costumbre!) sí, caséme ayer con la lnés que sabes tú, la devotita aquella del tercer piso.
- —¡ Pues vaya! muy presto se cansa de la novia el señor galan. Y cierto no merece la muchachuela ese desvío. ¿Cómo no acompañas á tu mujer?
- —Es que, mira, Pancho, amigos somos y he de hablarte con sinceridad. Casáronnos ayer por lo civil, y aguardamos la ceremonia eclesiástica que no tardará, para dar por realizado definitivamente nuestro matrimonio. Porque yo, bien lo sabes... despreocupado hasta dejármelo de sobras; mas ella una bendita de Dios con su Catolicismo y su Papa y su confesor y sus escrúpulos à cuestas; en fin, lo que son todas... y es necesario transigir.
- Comprendo; te ha vuelto neo la neisima de tu mujer. Te luciste, por vida de quien soy yo. Neo, lo dicho, y neo rematado. Véte, amigo, véte à recibir con tu futura la gangosa bendicion del curita, no olvidandote antes de confesar à sus piés tus juveniles flaquezas y tus democráticas herejías. A Dios camarada de picarescas aventuras; ¡buena va á ar-

marse en el casino en cuanto se publique tu conversion y santa vida! ¡Pues, digo, linda gacetilla te voy a poner para edificacion de los hermanos!

- -No seas loco.
- ¡Será cosa de ver á Liberio convertido en santurron, mogigato y concurrente á Cuarenta Horas por obra y gracia de su mujer! ¡Calzonazos! ¡Mal liberal!

Lo que á eso siguió, ni debiera yo proseguir contándolo, ni lo necesitará la perspicacia de mis lectores.

- —¿Mi mujer á mí? prorrumpió de repente Liberio, rojo de indignacion; pues, si eso intentaba la beata, sepa que soy perro viejo y conmigo no hay tús, tús. Y en cuanto á liberal ¿no sabes aquello de: más progresista hoy que ayer, más progresista mañana que hoy? Pues ese es mi programa.
 - A la prueba, y seas consecuente.
 - ¿Cómo?
- —¿Cómo? Dejándote de curas y de parroquias y haciendo valer á todo trance tu autoridad de casado por lo civil, y la fuerza de la ley liberal que te ha hecho tan marido á tí como á tu padre. Y que valga más tu consecuencia política que los escrúpulos de tu mujer.
 - Eso será y tres más.

Y fuése corriendo el atolondrado á la casa de Inés, en donde con mil rodeos y precauciones oratorias descolgóse con la embajada de que no debia pensarse ya en ceremonias eclesiásticas, que la ley habia ya sancionado el amor de los dos corazones, que otros tiempos otras costumbres, que era preciso despreocuparse, etc., etc., etc. Alborotáronse los padres con la novedad, lloró Inés de despecho y de vergüenza en cuanto alcanzó el verdadero sentido de lo que al principio apenas comprendia, y repuesta del pasmo y de la emocion, alzándose con varonil entereza,

- Pues, caballero, dijo, ¡ni delante de Dios ni delante de los hombres soy vuestra mujer!
- Pero lo sois, señora, delante de la ley, y soy por ella vuestro marido.
- -Pues yo juro no obedecer à esa ley impia que ultraja mi conciencia. Debo antes obedecer à Dios que à los Gobiernos.

—Y yo juro invocar la fuerza de la ley en apoyo de mi autoridad.

Y salióse de la estancia y de la casa irritado el marido-civil dispuesto á proceder ante los tribunales contra su civil mujer, siquiera por no pasar ante los amigos por la humillacion de una derrota. Y aqui concluye el caso y empieza la consulta.

Dos derechos pugnan aqui, ambos «legalmente» verdaderos.

Liberio se apoya en el derecho marital que le concede la ley de matrimonio civil.

Inés se apoya en el derecho ilegislable é imprescriptible de la libertad de conciencia. Su Religion le prohibe reconocer la validez del falso matrimonio. Y es el caso que la Constitucion del 69 le garantiza como á toda ciudadana española el libre ejercicio de su Religion.

Hé aquí dos derechos perfectamente legales, y sin embargo, perfectamente contradictorios. Y no obstante, si son contradictorios, no pueden ser ambos verdaderos.

O es, pues, absurda aqui la Constitucion garantizando la libertad de conciencia, ó es absurda la ley de matrimonio civil violándola y pisoteándola. No hay medio.

Mientras quedo aguardando la respuesta de la Crónica de Cataluña, diario progresista, que nos dijo saber las «razones científicas y los poderosos motivos legales» que abonan la obra de Montero Rios, atrévome á adelantar la siguiente, que tal vez sea la única solucion:

Que ambas leyes son absurdas. La Constitucion estableciendo la libertad de conciencia y el matrimonio civil violándola á sabiendas despues de establecida.

Mas entre tanto, ¿cómo queda la pobre Inés?

Noviembre, 1870.

XXXVIII.

La Revolucion y los jesuitas.



IENTRAS aguarda el mundo al ingenio desconocido que en la edad futura ha de escribir sobre este asunto un libro digno de él, ahí van como por via de anticipo algunas reflexiones que me ha sugerido la observacion atenta de lo que á

nuestro derredor acontece. Roma acaba de presenciar y está aún presenciando lo que forma en todas partes el primer episodio de las asonadas liberales, la guerra á los jesuitas. El fenómeno no es nuevo, antes viejisimo, y aparece en todas partes con una constancia y regularidad que no puede menos de llamar en busca de su origen la atencion del filósofo.

En el órden religioso y social los dos sucesos más culminantes de la historia moderna son indudablemente la aparicion del protestantismo y la fundacion de la Compañía de Jesús. La empresa de Lutero y la de Ignacio son correlativas. El grito del héroe español responde providencialmente al grito del apóstata aleman. Dijerase que en presencia de la tremenda crisis por la cual iba á atravesar la Europa moderna, el cielo y el infierno lanzaban à la vez al palenque sus dos más aguerridos campeones. Sentada esta verdad, que reconocen à una todos los historiadores concienzudos, el resultado no podia ser dudoso. La lucha debia ser mortal. Y lo fué.

Dejemos para ocasion más oportuna reseñar la historia del combate que podríamos llamar teológico, y que comprende los dos siglos y medio que precedieron á la revolucion francesa. El jesuita fué en todas partes el martillo del protestantismo como herejía. Los nombres de Suárez, Vazquez y Belarmino nos dan una ligera idea de los gigantescos esfuerzos con que la Compañía hizo decidir en favor suyo la

victoria en el terreno de la controversia. Vencedores en las Universidades y Academias, no fueron menos esclarecidos los jesuitas en el apostolado, y las primeras crueldades que ensangrentaron el suelo inglés en el horrible reinado de Enrique VIII y de Isabel, público es que en individuos de la Compañía fueron ejercidas. Los PP. Campian y Person fueron ahorcados en Londres, y el verdugo arrancó de su pecho el corazon todavía palpitante, para entregarlo á las llamas al pié del mismo cadalso.

Entre tanto el protestantismo, aunque localizado al parecer principalmente en Alemania é Inglaterra, seguia inoculando en todas las naciones de Europa su virus ponzoñoso. El desarrollo de la Compañia sigue paralelamente al de su rival, y la lucha es cada dia más empeñada. Más tarde un hijo natural del protestantismo libra con los jesuitas sangrientas batallas. Nótese que el primero que adivinó bajo la máscara hipócrita del jansenista la malicia protestante, fué el jesuita. Este persiguió de muerte al jansenismo en todos terrenos, hasta dar cuenta de él y borrarlo felizmente del cuadro de las herejías militantes para dejarlo sepultado en el de las herejías históricas.

Va á aparecer la Revolucion, mas antes necesita quitar de en medio á los jesuitas. Los reyes entran en la nefanda conspiracion que de lejos viene preparando la ruina de sus tronos. La correspondencia epistolar que entre los corifeos del filosofismo medió para promover la coalicion de los reyes de Europa contra la Compañía muestra dos cosas: La importancia de ésta como elemento de órden y apoyo firmisimo de la Iglesia, y la ceguedad de los que al expulsarla y extinguirla no acertaron á ver en esto la mano de la Revolucion que los impulsaba al suicidio.

Estalló entre tanto la conflagracion general, y reyes y tronos cayeron estrepitosamente en pos de la Institucion poderosa à quien para dar gusto à la impiedad hirieron de muerte. De muerte no, porque la Compañía renace apenas sosegado el primer vértigo revolucionario, y empieza otra vez su vida de combate, ahora contra la Revolucion, como antes contra el protestantismo y el jansenismo, progenitores de ella.

¡Ah! sí; como el jesuita es el anti-protestante y el antijansenista por excelencia, así es por excelencia el anti-revolucionario. Dios parece haber dotado al jesuita para la defensa, de todas las cualidades de que ha el infierno provisto al revolucionario para el ataque. Es como él audaz, incansable, propagandista, aprovechador de coyunturas y oportunidades, diestro en el manejo de todas armas, sagaz en la gestion de todos los negocios. Es como él cosmopolita; ni le arredran distancias, ni le debilitan climas; su accion es la misma en todas partes, es ciudadano del mundo. ¿Observais á la Revolucion invadiéndolo todo, apoderándose de todo, sentándose en la cátedra universitaria, en la silla del maestro de escuela, en el sillon de la academia y en el taburete del gacetillero? ¿Veis à la Revolucion haciendose toda para todos para pervertirlo todo, cortesana para los principes, plebeya para el pueblo, literata para el literato, economista para el hombre de negocio, erudita para el sabio, vulgar para el ignorante? ¿No la veis en el libro de texto y en la novela, en el periódico y en el calendario, en prosa y en verso, en el teatro y en la plaza pública, en todas partes donde puede con los atractivos de la elocuencia ó de la voluptuosidad seducir un corazon ó pervertir una inteligencia? Pues bien: aplicad para el bien este procedimiento universal, vario y multiforme, imaginad todo esto por la verdad, y tendréis una idea de lo que por el Catolicismo hace el jesuita. Discute en la academia, estudia en el observatorio, juega con los niños, conmueve en el púlpito, consuela en el confesonario, brilla en el salon, se codea con el pueblo en la calle, es periodista, catedrático, teólogo ó físico, matemático ó erudito, comentador de clásicos ó investigador de constelaciones, es el tipo universal, abarcándolo todo, dominándolo todo y haciéndolo converger todo á un solo punto, y animandolo todo con un solo espíritu: el Catolicismo.

Es respuesta viva á todas las acusaciones que diariamente lanza contra el clero católico la Revolucion. Os dirá á veces ésta: ¡El clero es ignorante! Y responderá el jesuita, mostrando cubiertos de nombres suyos los índices de las bibliotecas. ¡El clero es relajado! Pues ahi está el jesuita, severo en sus costumbres y recogido en su porte como un ce-

nobita. ¡El clero es adusto! Pues ahi está el jesuita, culto, esmerado en su trato, modelo en sociedad de la más intachable cortesanía. ¡El clero es avaro! Pues pálpenle sus bolsillos al más encumbrado jesuita, que en ellos no se hallará por lo comun un céntimo que pueda gastar á su albedrio. ¡El clero es ambicioso! Y os contestará el jesuita imponiéndose la privacion de aceptar dignidad que pueda redundar en su gloria. Aqui se estrella impotente y desmentida la calumnia. Ninguna de las persecuciones que contra él ha movido la Revolucion ha sabido apoyarse en motivos siquier verosimiles. Los mismos que de nuestra patria le expulsaron hace dos años, guardáronse muy bien de insinuar en el preámbulo del decreto nada que mancillase la honra del Instituto. Su único crimen reconocido y confesado es lo que constituye la esencia de su providencial mision al mundo; ser enemigo jurado de la Revolucion, ser anti-revolucionario.

Aquel discípulo de Voltaire que llamó à los jesuitas los guardias de corps del Pontificado, estuvo muy en lo cierto si trató de significar con ese apellido su adhesion inquebrantable y nunca desmentida al Romano Pastor. Equivocóse, empero, si quiso con esto darnos una idea de su oficio en la Iglesia de Dios. Si con álguien admite punto de comparacion el jesuita es con el guerrillero. Su táctica es la de peloton. Disperso por el globo, con la única disciplina que da la unidad y firmeza de pensamiento en todos los individuos, combate solo contra fuerzas superiores, ensayando todas las armas, utilizando todas las circunstancias, escogiendo el terreno ó aceptando el que se le da, sorprendiendo al enemigo con imprevistos ataques, ó cansándole y desconcertándole y rindiéndole con su actividad infatigable. Por eso, al jesuita como al guerrillero no se le derrota jamás, se le hiere por la espalda ó se le expulsa. Si lo primero, su sangre fecundiza el suelo que regó y produce nuevos soldados. Si lo segundo, no tarda en reaparecer, tal vez con distinto nombre, o distinto idioma, ó distinto traje, treinta leguas más allá ó cuarenta más acá, sin dar paz á su eterno rival más que para emprender contra el nueva estrategia.

¿Y extrañarán mis lectores que la Revolucion no dé cuar-

tel al jesuita, que por su parte no le da à ella tregua ni punto de descanso? Esta persecucion incansable es el sello, la credencial de su mision divina sobre la tierra. La Revolucion da fe de esto, considerando con razon al Instituto ignaciano como à su enemigo mortal, intransigente, irreconciliable. La brillante apología de la Compañía de Jesús están componiéndola tres siglos ha sus encarnizados adversarios, desde Lutero y Enrique VIII hasta Mamiami, Esquirós y Romero Ortiz, pasando por las manos de Jansenio y de los enciclopedistas franceses. Mucho ha alcanzado de ellos la Iglesia de Dios y mucho de ellos espera. ¡Gloria, pues, á Dios!¡Gloria á la Compañía!

Noviembre, 1870.

XXXIX.

Les des catelicismes.



EMPRE lo sospeché, lectores mios, hoy empero tengo de ello conviccion firmísima; hay dos catolicismos. Sólo así se comprende que tan á menudo no acertemos á entendernos nosotros y nuestros adversarios, y nos llamemos nos-

otros católicos y se lo llamen ellos tambien, sin que hasta ahora hayamos logrado dar con la explicacion de esa ambigüedad en el uso de una palabra por otra parte tan clara y precisa, como la palabra catolicismo. ¡Loado sea Dios! Todo se comprende, todo se explica, con sólo no echar en saco roto la fórmula preciosa que acabo de sentar: hay dos catolicismos.

Y si álguien no se diere por satisfecho con mi oscurantista autoridad, acuda si quiere á la muy ilustrada del ilustradísimo Ruiz Zorrilla en la última sesion de Cortes de inmortal memoria.

Habló, pues, el buen señor, y habló como sabe y suele hacerlo S. S., es decir, como un libro. No se deduce de eso, en rigor, que hablase bien, que libros hay por ahí, que en punto á disparatar pueden darles once y raya á los más necios habladores. Quise decir, sólo, que habló mucho, sin duda para compensar al público de lo que impidió hablasen sobre la órden del dia algunos amigos suyos de la oposicion, que lo hubieran hecho de perlas. Y no sólo habló, sino que como buen progresista, fiel en todo á las viejas tradiciones del partido ó escuela (que eso no se sabe á punto fijo), habló de religion, recomendándonos como leal, sincera y fervientemente católica la majestad futura del principe saboyardo. Pregúnteselo eso quien quisiere al electo rey, que allá debe de tenérselo escondido en su conciencia para satisfaccion propia y desesperacion de los curiosos. No he de ser yo aho-

ra quien entre en la enojosa tarea de examinarle la suya, que como la de todo mortal debe de tener sus sapos y culebras. Aténgome por hoy á las palabras del discreto panegirista que le deparó la Providencia para su defensa y nuestro consuelo.

Oiganlas mis amigos, y disimúlenle al orador, en gracia de la buena intencion, la poca escrupulosidad de su gramática castellana. «Lo que tiene el ilustre principe que han elegido esta tarde las Cortes para rey de los españoles, es que siempre ha sido y es profundamente católico, pero católico sin el fanatismo de los vencidos en Vergara, y sin la supersticion de los que sucumbieron en Alcolea. Y como este es el catolicismo que ama la nacion española (reparen la consecuencia), el príncipe es católico; y ese argumento (el de su señoria) no produce efecto ninguno en nuestro pueblo, acostumbrado ya á distinguir los verdaderos de los falsos creyentes, que explotan las creencias religiosas en beneficio de intereses mundanos y políticos.»

Examinemos esta certificacion de catolicismo; tenemos derecho á hacerlo, pues para nosotros se extendió. Examinémosla, no sólo para saber qué puntos calzará de Catolicismo el nuevo rey, sino para apreciar debidamente las doctrinas en que funda el progresista orador su discreto panegírico.

Dedúcese de él que el principe es católico, pero no con el catolicismo anterior à la setembrina, sino con el Catolicismo posterior à ella. Hé aqui, pues, de donde me vino à mi el afirmarme en la idea de que por fuerza habian de ser dos los catolicismos. Sabemos va cuáles son, es decir, el anterior à Setiembre del 68 y el posterior à fecha tan gloriosa. Hay, pues, un catolicismo que mata de hambre á los ministros del culto católico despues de haberlos cubierto de cieno y entregádolos como cosa vil á la irrision de la plebe. Hay un catolicismo que demuele los templos católicos y confisca sus bienes é incauta sus alhajas y funde sus campanas, y tala y roba y saquea, ni más ni menos que si fuese un verdadero paganismo. Hay un catolicismo que cierra con mordazas la boca de los Pastores católicos, al paso que permite que desde el lodo de las calles y desde el banco del Parlamento se declare guerra á Dios y á su Madre purisima. Hay un catolicismo que protege con sus garantías la infamia de la prostitucion, y vilipendia con sus sarcasmos la pureza de la virginidad religiosa. Hay un catolicismo que oprime y veja á todo lo bueno y honrado, al paso que autoriza y aplaude todo lo corruptor y perverso. Hay un catolicismo que permite el cancan, y prohibe los actos públicos del culto. Hay un catolicismo que sanciona la libertad de todas las religiones, reservándose el derecho de perturbar á la verdadera. Hay un catolicismo que declara legalmente nulo el matrimonio de Jesucristo, y legaliza el concubinato. Hay un catolicismo que se alegra de las desventuras del Papa, y palmotea con furor ante el triunfo vil de sus traidores enemigos. Hay un catolicismo... pero ¿á qué añadir al retrato nuevos rasgos, cuando nadie hay que desconozca su verdadera fisonomía?

Vamos claros; ¿ha querido tal vez S. S. progresista darle al pueblo español gato por liebre? Pues conste que el pueblo español no es bobo y no tragará el anzuelo. Entre el catolicismo de Ruiz Zorrilla, y el catolicismo del Papa; entre el catolicismo que excomulga á los ladrones sacrilegos, y el catolicismo que se burla de la excomunion y aplaude el sacrilegio; entre el catolicismo católico de diez y nueve siglos, y el catolicismo progresista de dos años para acá; entre el catolicismo-realidad, y el catolicismo-máscara, ¿quién habrá tan necio que no sepa á qué atenerse, sobre todo estando nuestro pueblo «acostumbrado, como dice muy bien S. S., á distinguir los verdaderos de los falsos creyentes?»

Créame S. S., cambie de registro, si le da el naipe otra vez por recomendar régias candidaturas y pronunciar panegíricos. Deje de «explotar la Religion, le dirémos tambien nosotros, en beneficio de intereses mundanos y políticos.» ¿ Por qué acusa de tan grave falta à sus enemigos el Sr. Zorrilla, cuando en ella està hundiéndose él hasta los codos? Deje en paz à la Religion y quédense con su catolicismo «à la dernière» el regio cliente y su abogado, que nosotros no apechugamos de buen talante sino con el Catolicismo rancio, castizo y oscurantista.

Tal vez le haya levantado el panegirista al patrocinado un falso testimonio. Diránlo en breve sus obras. Entre tanto, si es tan fea la novia como parece por el retrato, cásese quien quisiere con ella, y anden á porrazos despues, y rómpanse

la crisma los esposos, que nosotros los católicos del fanatismo y de la supersticion mirarémos los toros desde barrera. Y llámense ellos católicos, y llámennos á nosotros mamelucos; las tergiversaciones de lenguaje no harán cambiar la esencia de las cosas, que es una, eterna é inmutable. Seguirémos considerándolos como enemigos de nuestra fe y de nuestro Dios, y como una de las plagas de peor género que por sus inescrutables juicios permite la Providencia sobre el verdadero Catolicismo. Y no cesarémos de cantarle todos los dias á nuestro buen pueblo con retintin, aquellas sabidas coplas del ciego Anton, tan llenas de malicia como de popular filosofía:

Niña, palabras dulces no te seduzcan, pues en el Diccionario las hay de azúcar; préndate de hechos, pues en el Diccionario no se hallan esos.

Noviembre, 1870.

XL.

Moralidad.

brina un austero Caton, célebre ya entre propios y extraños por la severa rigidez de sus ideas tocante à los pringosos asuntos del servicio público. El personaje en cuestion es mi

amigo Ruiz Zorrilla, á quien sin duda admirará la posteridad como uno de los tipos más dignos de estudio, entre los muchos «varones ilustres» que de la presente época revolucionaria sabrá entresacar para alto ejemplo de los siglos un futuro Plutarco. Nuestro buen hombre ha dado recientemente en la flor de decir à todo el que guiere oirle, que eso anda mal, si, señor, muy mal, que la situacion es un hato de aprovechados merodeadores, que se vende la justicia y la administracion de los negocios, que por dinero se despachan expedientes y se confieren empleos, que los patriotas comen espléndidamente y triunfan sin conciencia en casinos y restaurants, mientras el pueblo paga llorando, y se hunde al abismo de la bancarrota el crédito nacional, y se lleva la trampa toda la honra de la España con idem. Y que eso no puede continuar asi, y que el rey futuro ha de desinfectar todo eso que huele mal, y que para entonces es indispensable se empiece á crear una quisicosa en la cual nadie habia parado mientes hasta ahora: moralidad.

Tal es un resúmen el célebre brindis de la «Villa de Madrid.» Literariamente considerado es pieza de sobremesa. Filosóficamente, no hay que pedirle mucho, es progresista. Mas bajo el punto de vista histórico es una preciosidad. Es la confesion explícita de un reo que canta de plano, y dice sin ambajes ni circunloquios: Sí, señor, soy un botarate, y merezco grillete.

Porque, vamos al caso. El Sr. Ruiz Zorrilla es la Revo-

lucion; cada dia nos vienen diciendo sus amigos que está identificado con ella. Es así que Ruiz Zorrilla es quien ha hecho de la Revolucion tan lisonjero retrato, luego es la Revolucion quien se ha hecho á sí propia la debida justicia.

Dejemos empero ese punto que no tiene réplica, y sobre el cual Ruiz Zorrilla no le ha dicho al país cosa nueva. Vámonos derechitos á la cuestion de doctrinas, que es la esencial y de mayor trascendencia.

Moralidad á toda costa, pide el jóven presidente de las Cortes, moralidad á toda prisa, ó se hunde la Revolucion. Pues haga mi amigo novenas á santa Rita, y encomiéndesele con fervor, que es abogada de imposibles. Moralidad y Revolucion son dos palabras ó mejor dos ideas incompatibles.

¿Que es moralidad? En el sentido en que hablamos ahora de ella, es la observancia estricta de todos los deberes en órden á la administración de los negocios públicos. Más claro. La observancia de la moral.

¿Qué es moral? El conjunto de preceptos que regulan nuestras acciones. ¿De donde proceden estos preceptos? Aquí se dividen las escuelas católica y revolucionaria. La católica me dice: Estos preceptos proceden de la Religion que ó los dicta ó los sanciona. La revolucionaria contesta: No, señor; tales preceptos proceden de la conciencia individual del ciudadano; la moral no es hija de la Religion, la moral es independiente.

Bravísimo, pues: segun la doctrina revolucionaria ninguna ley moral obliga al hombre, sino la de su propia conciencia. ¿Qué moralidad pide, pues, el Sr. Ruiz Zorrilla? ¿La observancia de esta moral de nuevo cuño? Pues entonces pide S. S. que cada cual haga lo que le dictare su buen corazon ó sus anchas tragaderas, y eso no es mucho pedir. ¿O pide la observancia de la verdadera moral, de la moral superior al espíritu privado del hombre, de la moral que no es hija de sus antojos, sino que es freno de ellos? Pues si eso desea, no es revolucionario S. S., es católico como nosotros, con la añadidura de rancio, clerical y oscurantista. ¡Así fuese!

¿Ven, mis lectores, en clarísimo y sencillo raciocinio, como no caben juntas en un saco moralidad y Revolucion? Esto enseña la lógica, y no lo desmiente jamás la experiencia.

Las revoluciones han sido constantemente desmoralizadoras; aunque todas han puesto en su programa esta hermosa palabra: moralidad. La palabra todos la hemos leido en grandes y dorados cartelones, en transparentes y en banderas. Mas la cosa no pareció ni la hallara el mismo Diógenes con su farol. Sucédele à la Revolucion, lo que al borracho que, calado de vino hasta los tuétanos, se despepita gritando: ¡Agua! ¡agua! Grite moralidad tanto como quiera Ruiz Zorrilla. Harémosle como cristianos la caridad de atribuirle buenas intenciones. Mas tambien habrémos de asegurarle, aunque menos prácticos, que no sabe de la misa la media. Empiece por quemar lo que ha adorado si desea moralidad; pidala à las creencias, único fundamento posible de esta rara prenda, así en las relaciones privadas como en la pública administracion. De lo contrario, cuando de inmoral acuse S. S. á un ciudadano y por inmoralidades le lance de su empleo, ¿en qué razones de órden superior apoyará la acusacion, si en esas cuestiones no puede reconocer, como revolucionario, otra autoridad que la privada é individual?

A bien que... se me olvidaba lo mejor, lectores mios: Ruiz Zorrilla es revolucionario á medias. Quisiéralo todo de la Revolucion menos la lepra que trae consigo. Pues, amiguito, apechuge con todo el muy doctrinario, y cargue con lo asqueroso de las consecuencias, ya que por descuido ó por ignorancia ó por malicia no echó de ver desde luego lo corrompido de las premisas.

Diciembre, 1870.

XLI.

Pontificios y garibaldinos.



engo cierto para mi, y sirveme tal certidumbre de especial consuelo, que la Providencia ha permitido en Europa el efimero triunfo de las ideas revolucionarias para dos fines principales, entre los muchos que se esconden á nues-

tra menguada inteligencia. Primero, para leccion y escarmiento del mundo falazmente ilusionado con ellas. Segundo, para completo desprestigio é ignominia de las mismas.

Figurense mis amigos à la Revolucion comprimida actualmente bajo la mano de hierro de un Carlos V ó de un Felipe II; supónganla obligada á vivir en la tenebrosidad y lobreguez de sus secretos escondrijos, apareciendo únicamente de vez en cuando à la superficie del mundo para exhalar afectado sollozo de víctima. La Revolucion seria entonces simpática á muchos corazones honrados; el misterio de su existencia dariale poderoso atractivo; sus ayes inspirarian à los pechos sensibles generoso interés; la pompa de sus promesas, no probadas aún en el terreno de la realidad, seria seductora. Los primeros ensavos revolucionarios en nuestra patria debieron a estas razones el ascendiente que lograron alcanzar sobre muchos incautos; à presentarse en el año 12 la Revolucion franca y desenmascarada como hoy, es seguro que no pasara el número de sus adeptos de las tres ó cuatro docenas que nos importaron de Francia tan asquerosa mercancía. ¿Quereis gastar á la Revolucion y que se la vea en toda su deformidad, y se la conozca muy de cerca y se la odie primero y se acabe por despreciarla despues como cosa no sólo mala sino de mal gusto? Pues concededle, aunque os escueza, un año siquiera de dolorosas experiencias; que salga, que reine, que hable, que disponga del mundo à su antojo; que lo revuelva, que lo cubra con su lepra; dejad-

т. у.—14

la... es Dios quien la tiene condenada á un lento suicidio; es ella quien anda ocupada entonces en cumplir inflexiblemente su condena. Apliquemos estas reflexiones.

Quien hubiese oido, hace pocos meses, à la prensa revolucionaria hablar de los voluntarios pontificios que en torno del Papa defendian juntamente con él los más elevados principios de derecho internacional y de honor militar, quien hubiese leido aquellos artículos sin pudor en que se les llamaba mercenarios viles, hordas extranjeras, sicarios del oscurantismo y otras lindezas del diccionario de los clubs, por poco que se hubiese hallado desprevenido hubiera debido formar ciertamente de aquella heroica juventud concepto poco lisonjero. Y quien por otra parte hubiese escuchado los ditirambos entonados en loor de Garibaldi y de sus bravos, hubiérase dicho sin vacilar que en ellos estaba cifrado lo único de noble y de generoso que podia ofrecer la Europa en esta época de mezquindad, de pequeñez y de ruindades.

¡Charlatanería anti-católica! ¡Cuán lejos andaba ella de prever fuese tan cercano el dia en que la Providencia carease á los deprimidos y á los ensalzados, y pusiese en público parangon las glorias postizas y las verdaderas! Suena la hora del peligro en Francia. ¡Francia! ¡No podia Dios escoger teatro más digno para ofrecer al universo espantosos ejemplos! Todo es misterioso en este drama que se desenvuelve majestuosamente ante nuestros ojos. Todo, el lugar de la lucha, el orígen de ella, sus imprevistas vicisitudes, su rápido curso, y lo será tambien su próximo desenlace. Dejando, empero, para ocasion mejor estas consideraciones generales, aténgome á lo que sirve de epígrafe al presente artículo.

La Revolucion, que tanto declamó contra las hordas extranjeras al servicio del Papa, llamó en su auxilio á las hordas extranjeras de Garibaldi. Entró el nuevo D. Quijote, y dejóse abrazar y manosear por quien tuvo la humorada de hacerlo; hiciéronsele voluntarias iluminaciones por fuerza, y en cambio de tanta necedad y tanta locura, dignóse abrir sus labios el héroe y asegurar á las Comisiones de aplausos que venia decidido «á libertar á Francia y luego al mundo.» Y diz que ante esta solemne declaracion Bismark y Moltke

temblaron como azogados, y que más de un escuadron de hulanos sintió calofrios de terror. Pero como los Bismarks y Moltkes de Prusia no son por lo visto género de compra y venta como los Liborios y Nunziantes de Nápoles, y como el solitario de Caprera debe de pecar sin duda menos de valiente que de precavido, es el caso que la libertad ó el libertamiento de Francia cuesta algo más que la victoria de Marsala y la «conquista» de las Dos Sicilias. De ahí que todo el tiempo se le pase à Garibaldi en profanar templos y en dispersar monjas y en romper retablos y en quemar imágenes y en armar camorra con la gente del país, que empieza á no poder va con sus gloriosos libertadores. Bendigo la inspiracion revolucionaria que llevó à Garibaldi à los abrasados campos de la nacion vecina! Siga, siga el héroe huyéndoles el cuerpo à los prusianos, que son gente reaccionaria y tienen malas entrañas, y hulanitos deben de andar por allí á quienes pareceria obra meritoria poner con su lanza punto final á las quijotescas aventuras del fanfarron. Guardese para mejores tiempos y para lances menos arriesgados; digolo por su vida y por su salud, que fuera lástima saliesen mal libradas de tanto tragin.

Esto es, lectores mios, lo que han dado de si en el momento del apuro las alharacas revolucionarias.

¿Y los soldados del Catolicismo? ¡Ah! ¡Benditos sean ellos, que así le colman de gloria! De los labios de sus mismos enemigos han arrancado sus proezas grito unánime de admiracion. Ellos ocupan dias hace todas las correspondencias del teatro de la guerra, y de ellos se ha dicho: «¡Saben morir! Si hubiese un mediano ejercito de ellos, Francia estaba salvada.» Charette y Chathelineau, con sus bravos pontificios, han hecho aparecer en los campos de batalla el antiguo valor francés y la raza, que se creia ya degenerada, de los Condés y de los Turenas. La historia, cansada ya de relatar corrupciones y miserias, tendrá todavía para ellos una página gloriosa, y la Francia en medio de su abyeccion, y de sus desventuras presentes tendrá aun algo de que enorgullecerse. Los adalides de la Iglesia, vilipendiados por la Revolucion, devuelven con usura á la Revolucion, entronizada en su patria, glorias por vilipendios; é imposibilitados de vencer, por el aislamiento propio y por la desigualdad del número, enseñan á los revolucionarios á morir.

Europa, que tantas lecciones ha recogido de la presente guerra, no echará en saco roto esta última que se le ofrece. El pueblo incauto verá con sus propios ojos de parte de quién está la bravatería quijotesca que sólo sabe hablar, y de parte de quién la fortaleza verdadera que sabe primero hacerse superior al insulto y confundirle despues con su abnegacion y heroismo. Una vez más queda demostrado que no son el ateísmo y la inmoralidad quienes dan temple de acero á los corazones, sino la fe; y que es pura baladronada el amor à la patria cuando no lo sustenta y ennoblece el amor à Dios.

La mayor parte de estos jóvenes han caido en la lucha sin decidirla en su favor; su sangre empero no será estéril, que no lo es jamás la sangre de los héroes. Sus nombres dejarán en los siglos un trazo de luz, y encenderán en otros pechos todavía honrados y católicos el mismo ardor y la misma llama. No faltará jamás en Europa la raza de los soldados de la cruz; lance tambien la Revolucion sus huestes à cse palenque para todos abierto. ¡Mejor! Así será el contraste más elocuente y más provechosa la enseñanza.



Diciembre, 1870.

XLII.

Lo nuevo y lo viejo.



eos, han dado en la flor de llamarnos los revolucionarios à los católicos, y otras veces rancios, retrógados y atrasados. Unas, se nos apellida à voz en grito representantes de un pasado que no ha de volver; otras, se nos acusa de

que adulteramos la primitiva sencillez de la doctrina católica con exageradas novedades. Por favor, señores liberales, ¿en qué quedamos? ¿Somos nuevos ó somos viejos?

Contradictorios parecerán á cualquiera estos dos términos, y lo son en efecto. Mas es tal el tino y la erudicion filológica de los sabios al uso, que de las cinco partes de los que así nos motejan, las cuatro ignoran por completo aquella contradiccion.

Hoy deseo darles la razon á nuestros constantes adversarios, en gracia de la solemnidad augusta que llena de regocijo al Catolicismo. Sí, señores liberales, somos neos y juntamente somos rancios. Es decir, somos nuevos y somos viejos à la vez. Todo es relativo, como dice D. Hermógenes, el pedanton del «Café» de Moratin. En la historia de un siglo para acá somos rancios, es verdad; sostenemos la tradicion católica de nuestra patria contra la invasion atea y revolucionaria que intenta sobreponerse á ella. Somos, pues, partidarios francos y desembozados de lo antiguo, que por poco que valga vale más que lo de hoy. Mas dirigiendo desde mayor altura nuestra ojeada, abarcando con ella más anchos horizontes, considerándonos á nosotros y á nuestro siglo como un punto solo, en esa dilatada carrera de sesenta siglos que viene recorriendo el linaje humano, joh! entonces... somos partidarios de lo nuevo, de la renovacion, de la buena nueva, somos neos.

Me explicaré.



Hace mil ochocientos setenta años, en tal dia como hoy ó en tal noche, nacia en un establo de Belen un pobre Niño y este Niño era Dios. Hombres inspirados habian vaticinado de Él cosas maravillosas, y este Niño las ha realizado puntualmente. Y entre los rasgos principales con que habian venido dibujando su fisonomía moral así los Profetas como las sibilas, uno sobresalia entre todos, y era el de iniciador ó fundador de una era nueva. Virgilio, que oyó algo de lo que de este Niño decian cerca de si las tradiciones judaicas y sibilíticas, al aplicarlas á otro niño en una de sus hermosas églogas nos pinta á la naturaleza toda como agitándose regocijada ante la perspectiva de esta nueva era próxima ya á principiar.

Cada verso de los Profetas de Israel habia sido tambien una revelacion en este sentido. Y la Iglesia, diez y nueve siglos despues, repite todavia hoy en el himno magnífico con que saluda al Niño recien nacido esta sublime estrofa:

> Hunc astra, tellus æquora, Hunc omne quod cælo subest, Salutis auctorem novæ Novo salutat cantico.

«A Él, como autor de «nueva» salud, festejan con «nuevo» cántico los astros, la tierra, los mares y todo lo que existe.»

El error, pues, y la corrupcion, eso es lo viejo en el mundo; la luz, la gracia, la redencion cristiana, eso es lo nuevo. Cristo es el gran innovador, salutis auctor novæ, y el Catolicismo, obra suya, es la gran innovacion. Cristo es, pues, el gran «neo» y el Catolicismo es efectivamente el verdadero «neismo», en el más rigoroso sentido filolófico é histórico de la palabra.

Describir las fases todas de esta universal renovacion del mundo por medio de Cristo y de su Iglesia, es obra ciertamente muy extensa y más propia de otros dias en que se piense más y se sienta menos. Hoy no es dia de raciocinar friamente, sino de dar un desahogo al corazon. Dejo al ilustrado criterio de mis amigos estas breves indicaciones cuyo desenvolvimiento guardo para ocasion más oportuna.

Los revolucionarios, pues, como el burro de la fábula, han tocado la flauta por casualidad. Es decir, creyéndolo apodo denigrante, han inventado un título que nos enorgullece. Somos «neos», es decir, «nuevos». Nuestra historia arranca de este humilde pesebre ante el cual se postra hoy una vez más, despues de mil ochocientas setenta veces, el universo. Aquella pobre cuna de pajas es la primera página de nuestra renovacion. Y como nuevos ó neos, hemos dejado atrás, muy atrás, el mundo antiguo con todos sus horrores y miserias, ese mundo antiguo que la Revolucion, á título de progreso, quiere restablecer. Los revolucionarios por más que de progresar se glorien, nos conducen en realidad á un retroceso de dos mil años, y nosotros combatiendo à la Revolucion, combatimos en pró del verdadero adelanto del mundo. Todo el empeño revolucionario es anular de la historia ese período que empieza en Belen, y continúa hoy en Pio IX, para terminar en Josafat. Destruir el reinado de ese Niño divino en todas partes, arrancarlo de la legislacion y del Estado por medio del ateismo legal de la libertad de cultos, arrancarlo de la familia por medio del ateismo doméstico del matrimonio civil, arrancarlo de la ciencia por medio del ateísmo literario y científico de la libre enseñanza. Hé aquí el programa revolucionario. En breves palabras. Reanudar la tradicion pagana que fué vencida en el mundo por obra de este Niño. Y esto se llama adelantar y este es el ideal sublime de los filósofos y poetas revolucionarios.

¡Lectores mios! Hoy, dia de Navidad, oid la ardiente felicitacion que os dirige, desde el humilde puesto que se le ha señalado en el combate, vuestro amigo de cada semana. La bandera antigua, rancia y oscurantista á que vivimos abrazados, y cuyo lema inmortal ondea con gloria sobre nuestras cabezas oreado por todas las tempestades del infierno, esa bandera antigua, no es sino la bandera «nueva» del género humano traida del cielo a la tierra por el hermoso Niño del portal de Belen. ¡El Catolicismo! Y el Catolicismo, es decir, el reinado de Cristo Dios en todo, en el corazon, en la plaza pública, en la ciencia, en el arte, en la legislacion, en el derecho internacional, en la tribuna, en la familia; el Catolicismo invadiéndolo todo, dominándolo todo, embellecién-

dolo todo, consolando todas las amarguras, endulzando todos los pesares, dando solucion á todas las dificultades, llenando de gloria á Dios y de paz á los hombres de buena voluntad, ese es nuestro ideal, porque ese es el programa que de parte de Dios dieron al mundo los Angeles del portal.

Esa es, lectores mios, mi felicitacion, ese mi deseo, esa mi esperanza.

Navidad, 1870.

XLIII.

Una calumnia de «La Crónica».



erdóneme el colega progresista, perdóneme, repito, porque hoy no puedo ser con él más caritativo. Ha insultado, ha calumniado miserablemente á personas que valen más que él, y he de salir en su defensa, que es la de la verdad y

del decoro vilipendiados y escarnecidos. Demasiado es esto, querida Crónica de mis pecados, demasiado es, y traspasa ya los límites de todo pudor. Mátese de hambre al clero, oprimasele cuanto se quiera, está muy acostumbrado á eso y tiene ya curtida la piel bajo el látigo, para que le coja de nuevo ser azotado. Mas, por Dios, que no se insulte á las víctimas, que no se les niegue lo que á ningun criminal castigado se niega, el respeto á su adversidad. Quien eso no hiciere, queda ya calificado ante el tribunal de todos los hombres honrados. Quien como La Crónica se portare tiene ya consignado su crímen y su castigo en los códigos de todas las naciones: es calumniador. Estampo con toda seguridad esta palabra; sabido es que acostumbro probar todo lo que digo, muy al revés de lo que hace La Crónica. A eso voy.

Dice así el periódico progresista en su número del jueves próximo pasado: «Digno de ser consignado es que, en la villa de Caldas de Montbuy, no se ha celebrado ni un solo matrimonio religioso que á la vez no lo haya sido civilmente, siendo ahora los que se hallan pendientes de celebracion, con arreglo á la ley, en número de nueve. Segun nuestras noticias, el juez municipal de la misma, Sr. Cuspinera, ha hecho cuanto le ha sido dable para hacer comprender á los contrayentes, los perjuicios que podria irrogarles dejando de celebrar el matrimonio civil; en cuya tarea se ha visto eficazmente secundado por el Sr. Cura párroco, de quien, en

honor de la verdad, puede en su vista añadirse que cumple mucho mejor que muchos de sus colegas.»

¡Santos cielos!¡ Qué granizada de progresismo! Todo, todo sale lastimado de este suelto infeliz. La justicia, la verdad, el sentido común y la gramática castellana.¡ Ni hablar sabe el desdichado gacetillero! Mas dejemos este que es pecado habitual en nuestro hermano: si lo desea le probaré en cualquier ocasion, que en el suelto transcrito ha dado muestras de ignorar lo más vulgar de las oraciones gramaticales. Pasemos al grano.

El juez municipal de Caldas «ha hecho cuanto le ha sido dable para hacer comprender á los contrayentes los perjuicios que podria irrogarles (¿quién?) dejando de celebrar el matrimonio civil.» Vamos á ver. ¿A qué contrayentes ha exhortado el Juez municipal de Caldas? ¿A los civiles ó á los religiosos? Una de dos. Si à los civiles, anduvo muy de sobras en exhortar à que se casasen civilmente los que va se presentaban á su autoridad precisamente para ser civilmente bendecidos. Fué un lujo de exhortaciones, y la Crónica debia preverlo antes de decirlo, y no poner en ridículo á este señor. Y si su exhortacion no fué a los contrayentes civiles sino á los religiosos, ¿quien le metió á S. S. municipal en ese fandango? ¿Quién le dió intervencion en el contrato religioso, para que fuése à los contrayentes y les exhortase sobre su mayor ó menor grado de validez? Vea, pues, La Crónica como en su afan por calumniar á los párrocos ha puesto en muy mal terreno al señor juez municipal, que le agradecerá poquisimo tales elogios.

«En cuya tarea, dice, se ha visto eficazmente secundado por el señor Cura párroco.» Del sentido gramatical de la frase se desprende que el señor Cura párroco de Caldas ayudó al señor Juez municipal en la celebracion de los matrimonios civiles. Perdóneme el reverendo señor. Este no es pecado suyo, sino ignorancia supina del que le imaltrata con sus alabanzas. El escribidor no quiso decir esto que dice su escrito, sino que el señor Cura párroco había secundado al juez municipal en la tarea de exhortar á los contrayentes á que se sometiesen á la formalidad del matrimonio civil. En esto obró el señor Cura párroco como creyó prudente en bien de

sus feligreses, y nosotros no le pedirémos cuenta de eso y punto redondo. Yo mismo exhorté en estas mismas páginas á los católicos á que, despues de bendecidos sus lazos por la Iglesia, celebrasen, por sí ó por apoderados, la consabida parodia. Así lo exige la tiranía de la libertad.

Pero añade con fruicion el colega progresista: « En honor de la verdad, puede en su vista añadirse que (el párroco en cuestion) cumple mejor que muchos de sus colegas.»; Dios de Israel! ¡ Que satisfecho debió de quedar el autor de este párrafo apenas tan á su sabor húbole redondeado! Pues no tuvo motivo para enorgullecerse, porque dijo una necedad. El señor Párroco de Caldas, aunque obró legítimamente aconsejando la mera (entiéndase bien), la mera formalidad del matrimonio civil, despues del acto religioso único verdadero; aunque en eso sea tal vez mucho de alabar su prudencia y buen celo, no puede decirse que «cumplió.» Porque el verbo «cumplir» sólo se aplica á los «deberes,» y el señor párroco citado no tiene tal «deber.» ni nadie tampoco. No censuro, pues, al reverendo señor Párroco á quien venero, como tampoco censuré al señor juez municipal, á quien respeto. Censuro, si, al infeliz panegirista suvo, que tan á costa de los dos se ha metido en la tarea de alabarlos. Sin duda ambas autoridades, irritadas contra el gacetillero en cuestion, habrán recordado cada una para si con harta pesadumbre aquello de la fabulilla:

> Mas cuando el cerdo me alaba Muy mal debo de bailar.

El Párroco de Caldas, pues, no tiene obligacion de aconsejar el matrimonio civil; no cumplia, pues, aunque lo hiciese, ni pudo cumplir, no habiendo obligacion cumplidera. ¿Qué ley progresista ó canónica ha mandado jamás á los párrocos que exhortasen á sus fieles al matrimonio civil? No se ha atrevido á tanto la malignidad revolucionaria, porque sabe que en eso no hubiera sido obedecida, pese á quien pese. Y á propósito: ¿cómo no nos dice La Crónica si el señor juez municipal de Caldas exhorta á los contrayentes civiles á que procedan antes ó despues al matrimonio religioso? Sin duda porque dirá que no es tal su obligacion. Pues bien. A

pari, como decian los lógicos oscurantistas. Si el juez municipal no tiene obligacion de exhortar al matrimonio religioso, por idéntica razon el párroco no tiene obligacion de exhortar al matrimonio civil. Esto en el terreno puramente legal. Pues entrando en la cuestion de conciencia, cosas diríamos que le gustarian todavia menos á nuestro colega despreocupado.

Cae, pues, por su propio peso aquella acusacion progresista y janseniana de que los demás párrocos no cumplen con su deber. Nuestro hermano asegura esto «en honor de la verdad», y «en su vista», (que esto último no sabemos qué significa). Pues bien; signifique lo que quiera; en honor de la verdad aseguro yo que en el suelto en cuestion falta descaradamente á ella. Y el que acusando á álguien falta à sabiendas á la verdad, se llama calumniádor. Es, pues, calumniador el suelto de La Crónica que nos ocupa. No acertarán á librarle de tan fea nota todas las interpretaciones imaginables.

¿Por qué razon La Crónica de Cataluña, à quien hemos provocado varias veces al terreno de la discusion, ha dado siempre la callada por respuesta? ¿Por qué no nos contesta? ¿Será porque crea humillarse demasiado y bajar de sus alturas ministeriales discutiendo con un pobrecito neo? ¿O por qué temerá tal vez, no esta humillacion, sino la ignominia de una derrota? Si por ventura fuese lo primero, cuente que hay neo que vale tanto por lo menos como un progresista, y no es mucha ponderacion. Si lo segundo, téngase en los límites de la cordura y del respeto que debe à clases muy respetables, y no obligue à salir de sus casillas y de su ordinario buen humor à quien no desea más que vivir olvidándose de ella. Basta por hoy.

Enero, 1871.

XLIV.

Neu Fra Anselm.



uédense allá por ahora La Crónica y sus gacetillas. Un humilde librico llama hoy toda mi atencion; humilde por su tamaño, el de un opúsculo de cuarenta páginas en octavo; humilde por su impresion, la ordinaria de nues-

tras cartillas de escuela; humilde por su estilo, el de la musa popular del Principado, el del proverbio antiguo que oculta bajo formas caseras y aldeanas las más altas verdades de la Religion, de la filosofía y de la experiencia. Y no obstante, ese humilde librico, con ser tan humilde, es un gran libro. De él nos dará razon su laureado autor en las siguientes hermosas líneas que mal traduzco de su hechicera prosa catalana. «Dóyte en pocas hojas, querido lector, un manojito de buenos consejos, á imitacion del cuaderno que de ellos dictó, há cerca de cinco siglos el fraile minorita Anselmo Turmeda, cuaderno del cual puede bien asegurarse aquello de que en pequeños envases suele andar la buena confitura.» Hé aquí lo que es el libro en cuestion: un manojito de buenos consejos.

Pero ¿qué manojito y qué consejos? Cien periódicos progresistas diera yo de buena gana y aun mil, por cada sílaba de ellos, y no me saldria cara la compra. Y dejárame cortar un dedo de la mano, y aun toda, para lograr que todo ciudadano español leyese cada mañana, pongo por ejemplo, antes de almorzar, un artículo de la Constitucion del 69, con tal que le añadiese por via de comentario uno solo de los redomados consejos del Nou Fra Anselm. Asegúroles, á fe de buen médico, que dentro de poco habían de ponerse bien con esta píldora diaria de oscurantismo, tantos estómagos mal dispuestos tiempo há por anti-higiénicos manjares. ¿Qué dirian, por ejemplo, los partidarios de la quisi-cosa

llamada moral universal, al tropezar en la segunda página del libro con la siguiente estrofa?

Si vols acar dretament, recorda primerament, que al bon Dèu omnipotent deus adorarlo.

Y los legisladores del Estado ateo, ¿qué gesto pondrian á la siguiente?

Los regnes tenen trontolls, cada dia hi ha sorolls, perque s' pelen pochs genolls per les esglesies.

Y el gacetillero de *La Crónica*, en suposicion, ¿no hallaria merecido correctivo para sus habituales flaquezas en ésta?

Als ministres del Senyor tíngals respecte y amor; aniriem molt millor si à ells creyessem.

Y ¿quién mejor que él y sus cofrades podria recoger como pulla bien dirigida aquella otra?

Ells la porten conjurada contra la Esglesia sagrada; ¡ay pobrets! ben assentada la dexá l'Mestre.

Y ¿no habia de haber su algo y áun algos para los desvanecidos importadores de la libertad de cultos?

Si, señor, hay tambien, y bueno.

Setcents anys ens va costar los moros arrebassar; y ara hi ha qui 'ns vol portar per Dèu Mahoma.

Montero Rios, el autor de tanto arreglo matrimonial, creeria compuestas para su regalo las dos que siguen:

Gent que tè bo ab lo dimoni ha inventat nou matrimoni; Dèu te lliure y sant Antoni d' un tal escándol. Lo nú que Dèu ha lligat

Lo nú que Dèu ha lligat no es fácil d' ésser trencat; mes lo que un home ha juntat ho dessá un altre.

Perdónenos el autor; nos habíamos olvidado de su derecho de propiedad sobre la obra, é ibamos á trasladarla entera. Dicho se está con lo citado, que la misma, con llevar la fisonomía y traje del siglo de Fr. Turmeda, tiene toda la oportunidad de un periódico neo del siglo décimonono y toda la malicia de un Oscurantista de buena fe. Mas no crean. no, mis lectores, que sea ese su mérito principal. Encuéntroselo yo, tal vez por aquello de que cada uno gusta de llevar el agua à su molino. Tengo la mania, y no lo puedo remediar, de que todo lo noble, todo lo puro, todo lo honrado, se me antoje arma de oposicion contra nuestros libres regeneradores. La obra, pues, no tiene sólo este mérito de circunstancias; encierra además el de lo universal, el de lo permanente, el de lo que será estimado mañana, como lo es hoy, y lo hubiera sido hace cinco siglos. El de la más rigurosa verdad moral y el de la más delicada belleza artística. No hablaré de la primera, porque seria ocioso y áun injurioso, tratandose de un escritor, católico de los firmes. Tocante a la segunda, diré unicamente, que despues de la lectura de ciertas estrofas, los ojos se van como por instinto á releerlas, como si no acertase el alma à despedirse de la suavisima impresion que por ellas ha recibido. ¿Qué literato, ó qué poeta, ó qué hombre de corazon no aspirará con delicia el perfume delicado de las tres siguientes?

> Al cel posa l'esperança; lo mon no 't done recança; la pau de son cor alcança qui sovint prega.

Fum que aviat escampa l'ayre, Flor que naix y pert sa flayre, herba que sega 'l dallayre es nostra vida.

Viure es cosa de breus punts, podèm demá ésser defunts, se pot ben dir que van junts bressol y tomba.

Basta, basta, que empeñarnos en indicar todo lo que en la obra sobresale por su belleza, seria cuento de nunca acabar. Críticos autorizadisimos, ante los cuales mi pluma no debiera atreverse à estampar una sílaba, han dicho del Nou Fra Anselm elogios que si aqui se pusiesen ofenderian sin duda la modestia del autor. Diccion catalana escrupulosamente castiza, carácter popular constantemente sostenido, exquisita variedad de tonos en la aparente monotonia de una metrificacion que es siempre la misma. rasgos de primer orden en que lo profundo del pensamiento compite con lo sencillo y enérgico de la expresion, hé aquí sus principales dotes literarias. ¿Qué intuicion artistica no supone en el jóven autor la sola manera de consignar la fecha de la conclusion de su poema, por los dos hechos más culminantes del año 1870, el sitio de París y el cautiverio del Papa? Percibese al leer aquellas últimas estrofas el venerable olor del pergamino de los archivos, ; tan hermoso colorido de antigüedad ha sabido dar á su Nou Fra Anselm el moderno imitador del antiguo!

No terminaré sin recomendarles à mis lectores la adquisicion de tan precioso opúsculo. Considérenlo como la constitucion doméstica de la familia, que si en él no se enseñan como en otras presuntuosas Constituciones derechos ilegislables é imprescriptibles, se inculcan en cambio deberes ineludibles é indispensables. Y puesto que de citas estuve hasta aquí, pláceme concluir con otra del prólogo, que le sirva de contera à mi pobre artículo. No quiero traducirla. «Per ben content se donará l' autor del Nou Fra Anselm, y per ben pagades ses estonetes de treball, si algun mestre de noys fa passar aquest llibret à sos deixebles, si algun pare lo posa en las mans de son fillet á qui ensenya de llegir assentantse'l en sa falda; y les noyes li donen una mica de lloch en la bossa ó cistelleta de la mitja, y si aprenen un verset quant hagen acabat la tanda dels girats ó les minvades.»

Esto mismo deseo yo, y conmigo todos los hombres honrados. Sea esta para el cristiano autor la mejor enhorabuena y para su obra la mejor alabanza.

Enero, 1871.

XLV.

Balanza liberal.



ссно se aprende, lectores mios, con la lectura constante de periódicos liberales, como sea aprovechada. De mil necios errores se saca á veces una observacion luminosa que obliga á perdonarlos y áun tal vez á agradecerlos. Cuando

agitados los articulistas de la secta por alguna grave pasion de dolor ó de alegría pierden por un momento los estribos, son cosa de morirse de risa los flancos débiles que presentan, las inconsecuencias que se les escapan, los descomunales olvidos en que incurren. Muy poco diestro se ha de ser entonces para sacar de aquel revuelto torbellino de palabrotadas en que suelen envolver sus misterios, datos elocuentes con que sacar á la vergüenza pública su mala fe, ó cuando menos su insolente parcialidad. Ejemplos al canto.

La prensa liberal pone hoy el grito en el cielo en vista de las noticias tristísimas que nos llegan sobre el bombardeo de Paris. Desgarrador es efectivamente el espectáculo. Conste que lo deploramos los católicos. La guerra, segun nuestra fe, es otra de las hijas del pecado. Maldita sea ella como su padre. Cese, cese de una vez con la victoria ó con la rendicion de uno ú otro de los contendientes el horrible estrago; cese el incendio, cese la destruccion, cese la matanza. Harto se sabe que por la paz europea tanto como por la libertad propia dirige hoy al cielo sus súplicas el inmortal Pio IX; harto se sabe que ha ofrecido hasta su paternal mediacion entre la república atea y la monarquía luterana. ¿Se desea más?

Mas, pagado este debido tributo al sentimiento, no de filosófico humanitarismo, sino de fraternidad cristiana que nos liga con nuestros prójimos de Francia y Alemania, séanme licitas algunas observaciones rematadamente oscurantistas,

T. V:-15

que expongo con la mayor buena fe, áun á riesgo, para mi dolorosisimo, de disgustar á la inolvidable *Crónica de Cataluña*.

Primera. ¿A qué esa distincion entre París y las demás ciudades del mundo que han sufrido los horrores de la guerra? Paris debe de ser para los liberales lo que la Meca para los mahometanos, la ciudad santa, sagrada, inviolable. ¿Qué relacion de mutua simpatía habrá entre París y el Liberalismo? ¿Será sin duda porque de Paris como de inmensa sentina se haya derramado sobre todas las naciones de Europa la lepra asquerosa que las corroe? ¿Será que Paris haya sido considerada como metrópoli de la moderna civilizacion atea, del mismo modo que Roma ha sido considerada como metrópoli de la anticuada civilizacion cristiana? ¿Será que París haya venido á representar en los tiempos modernos aquella ciudad simbólica, que dijo san Agustin, habia sido edificada por el amor del hombre elevado hasta el desprecio de Dios, es decir, por el orgullo en su más infernal acepcion? Todo esto puede ser, y de todos modos no deja de prestarse à tales consideraciones la actitud que respecto à este punto han presentado los revolucionarios europeos. Al tocarse á París hánse sentido heridos en el corazon. Víctor Hugo lo dijo hace poco, y bajo su punto de vista, dijo exactamente la verdad.

¡Por Dios, señores liberales, que se le ve la hilaza á vuestro tejido! Bombardeóse hace poco á Estrasburgo, y no se estremeció la fibra de vuestros corazones sensibles: en España cayóles igual lotería á Málaga, Jerez y Valencia; por un quítame allá esas pajas vióse acribillada á cañonazos y tomada por asalto nuestra villa de Gracia, y no asordásteis con vuestras lamentaciones los aires, ni llorásteis sobre los monumentos amenazados, ni sobre las mujeres indefensas.

Ha querido empero la Providencia poner en relieve de un modo más evidente mi observacion con una singular coincidencia. Roma, la capital de la civilizacion cristiana, la metrópoli de los católicos, vióse casi al mismo tiempo que Paris, cercada de enemigos, rodeada de baterias y bombardeada. Tambien allí habia mujeres indefensas, niños débiles y ancianos enfermizos; tambien habia allí monumentos para

enriquecer y enorgullecer à cien ciudades como Paris; tambien habia alli bibliotecas y museos y esculturas y todo cuanto de más precioso pueden ofrecer la erudicion y el genio de las artes. Hay más: Roma no habia enseñado como Paris el can-can á los hijos de Europa, ni habia inventado para brutal regocijo de la bestia humana los cuadros al vivo, ni tenia musas de burdel, ni ninguna de las últimas novedades de Paris. Es decir, no las tenia entonces, las tiene ahora gracias à Víctor Manuel. Hay más: Roma no habia provocado à su enemigo à la lucha, como Paris; Roma no habia autorizado à los suyos para que armados de escobas gritasen en públicas manifestaciones: ¡A Turin! ¡a Turin! Hay más: á Roma no se la habia declarado la guerra, ni se la habia intimado la rendicion; á Roma la habian declarado libre é inviolable los tratados, tratados al pié de los cuales pusieron su firma Victor Manuel, el ente degradado que hoy se felicita por su vergonzosa rapiña. Y sin embargo, fué atacada la ciudad á hierro y fuego, y no la hubieran salvado de la ruina ni los monumentos ni las gentes indefensas, à no haber dado órden de capitular el bondadoso Rey que tanto la ama. Y los sitiadores entraron como salvajes en la ciudad, no rendida à discrecion sino bajo honrosas capitulaciones, y atropellaron, saquearon, insultaron y escarnecieron à sus victimas los nobles zuavos, esos nobles zuavos que no han temblado ante las aguerridas huestes de Moltke y de Bismark. Y despues de tanta iniquidad y de tanta desvergüenza, la prensa liberal no exhaló una queja, antes aplaudió á los viles opresores y colmó con sus sarcasmos la amargura de los oprimidos.

¿Cur tam varie, señores mios? ¿Teneis dos criterios para juzgar? ¿Teneis dos corazones para sentir? ¿Teneis dos pesos en vuestra balanza? ¡Ah! perdonad, perdonad, me olvidaba: sois liberales y se trata del Catolicismo. Hé ahí toda la explicacion.

Enero, 1871.

XLVI.

Bromazo de mal género.



STAMOS en pleno Carnaval, época de disfraces y de aventuras y de pegársela unos á otros los prójimos de buen humor, con la más sana intencion del mundo, como se supone. No lo digo por la gente del trueno que baila, travesea

y alborota todos los sábados en la vasta platea del Gran teatro; dígolo, sí, por el Gobierno español, que al fin como hombre de seso y ya entrado en edad pudiera muy bien dejar para los mozos de sangre caliente cierto género de calaveradas. ¡Viejo verde é impenitente! ¡Decrépito y con un pié ó punto menos en la sepultura, andarse todavía con disfraces y mascarillas, embromando á todo el mundo, en busca de amorosas conquistas! Pues digo... ¡vaya un humor!

- —Expliquese V., señor Oscurantista de mi alma, que algo sin duda habrá ocurrido cuando habla V. tan recio. ¿Chilló por ventura La Crónica benditisima?
- —¡ Que Crónica ni qué once cuartos! Deje V. à La Crónica con sus crónicas enfermedades. El Gobierno, hombre, el Gobierno empeñado en representar este año ante los pueblos entusiasmados la figura de «Il signore Carnavalone.» Y habrá aplausos, por supuesto, y palmoteo y carcajada suelta y huevo relleno y lo demás que se usa. Porque, eso sí, el disfraz le cae que ni pintado. ¡ Poquito vamos á reir los espectadores!
- Pero diga al fin, hombre de Dios, y basta de aspavientos.
- —Pues, si, señor, como ibamos diciendo, el Gobierno de la gloriosa setembrina, el demoledor de templos, el incautador de alhajas sagradas, el secuestrador de monjas y explorador de novicias, el aprovechado subastador de toda finca

sagrada, el importador de la libertad de cultos, del matrimonio civil, y de tantas otras diabluras como andan por ahí coleando y culebreando, el Gobierno que aplaude á Suñer y á Castelar, y ahoga (es decir quisiera ahogar) la voz de los Obispos católicos, pues, ese Gobierno, ese mismo, anda por ahí estos dias disfrazado, no de judío, ni de protestante, ni siquiera de mason, sino pura y sencillamente ¿de que dirá V.? De católico.

- ¡ Vírgen de las Angustias! ¿ Y quién fué el mal consejero?
- -El miedo, caballerito mio, el miedo, que por lo visto turba las cabezas mejor sentadas. Quédense, empero, tales averiguaciones para molleras filósofas, amigas de husmear la causa de todo efecto.; Al hecho!; al hecho! El hecho es que los mismos periódicos ministeriales que dias atrás insultaron con necias bufonadas al Papa, al clero y á los misterios todos de nuestra fe, han cambiado repentinamente de registro, y cantan ahora laudes á todos estos escarnecidos objetos con un primor y uncion que les envidiara el más elocuente predicador de panegíricos. Y Martos, aquel Martos... envia protestas de filial sumision al venerable Pontifice de Roma, y pone en boca de su augusto amo un lenguaje que... ni devota en Cuarenta horas. Y se habla en todos los tonos de reconciliacion con el alto y bajo clero (clasificacion progresista), y se pondera que es urgente, indispensable, necesaria, y que para obtenerla debe hacerse cualquier sacrificio.
- —¿Y V. por de contado creerá en tales protestas como hombre de buena fe?
- —Hombre, santo de Dios, ¿pues no le llevo dicho con anticipacion que es todo pura broma de Carnaval? Óigame V. y trasládelo para sus fines á quien lo creyere conveniente.

Primero. Pláceme que al fin se haya hablado de reconciliacion. Si ésta se confiesa necesaria, se conviene por lo mismo en que hubo hasta aquí verdaderos agravios.

Segundo. Celebro que haya sido el Gobierno el primero en soltar tal palabrita. Así podrá constar en todos tiempos, y como mejor convenga, que para terminar este funesto divorcio en que viven tiempo há el Gobierno y el Catolicismo en España, no ha sido el Catolicismo quien ha extendido el pri-

mero su mano al Gobierno, sino el Gobierno quien por necesidad ha alargado la suya al Catolicismo.

Tercero. Ríome y compadézcome al mismo tiempo, de que como preliminares de dicha reconciliacion ofrezca el Gobierno al clero algunos ochavos de los muchos que ilegitimamente le retiene. No es gran rasgo de generosidad devolverle á un misero despoiado una mínima parte de lo que se le arrebato. Mas aunque lo fuese, aunque no fuese esto deuda y restitucion, sino acto de verdadera y espléndida liberalidad, no me parece debiera llamarse tentativa de reconciliacion. Otro nombre tiene más asqueroso, pero más verdadero: conato de compra-venta. Y aunque el Liberalismo sea muy ducho en agenciar tales negocios, sépase que el clero no es artículo de comercio que se deje comprar y vender, como otros que yo me sé y que por justos respetos me callo. Si tan eficaz hubiese podido ser con él este procedimiento, hubiera jurado en buen ó mal hora, sin perjuicio de perjurar poco despues como tantos, y hubiese cobrado y hubiese comido. Que tampoco para justificar su degradacion le hubieran faltado elevadas razones de conveniencia política, y sobre todo poderosos ejemplos. No lo hizo y no lo hará, y á la postre no cederá él, sino que cederá el Gobierno. Mas por esto ni un paso se habrá dado hácia la llamada reconciliacion. Necesario ha de ser para lograrla, ó que el Liberalismo deje de ser Liberalismo, o que el Catolicismo deje de ser Catolicismo. Si, pues, se da dinero al clero, tomarálo éste porque suyo es, como lo tomaria yo del mismo Mahoma si conmigo tuviese este caballero cuenta pendiente. Ni más ni menos. Mas, el que de cobrarle vo un pagaré al fundador del Islamismo, dedujese que debo reconciliarme con tal porqueria y aun hacerme sectario de ella, andaria muy equivocado ; vive Dios! por más que quisiese probármelo con admirables disertaciones de filosofia y de dialéctica liberal. ¿Estamos? Pues, apliquese el cuento y sáquese la moraleja.

Entre tanto el Catolicismo español ó los católicos españoles con su clero al frente, escamados ya y desengañados, porque la historia, dice Ciceron, es maestra de la vida, contestarán á los requiebros y ternezas ministeriales lo que la traviesa española de cierta cancion popular al turco que la requebraba:

Eres turco y no te creo, aunque digas que me quieres,

Ó con la frase gráfica de los testarudos que vinieron á serlo de puro desengañados: ¡Ni por esas! Ó con la otra no menos clásica y conocida con que suelen terminar en estos tiempos de Carnaval las rápidas conversaciones y galanteos del baile de máscaras: ¡Te conozco! ¡Te conozco!

¡Te conozco tambien, mascarilla liberal! ¡Te conozco!

Febrero, 1871.

XLVII.

iMinistros de un Dios de pazll!



é aquí una frase del género progresista puro; es imposible desconocerla jamás con sólo que una vez se la haya visto; lleva fisonomía tan marcada por lo menos como el himno de Riego, ó el famoso «Cúmplase la voluntad nacional.»

Varias veces leyendo y presenciando la historia contemporánea, que es curiosa y divertidisima historia, híceme la observacion de que el progresismo no es sólo partido político de mayor ó menor capacidad gubernamental, es tambien escuela literaria y de pésimo gusto. Los ministros, diputados, gobernadores y periódicos progresistas no me dejarán mentir. Gemelos parecen segun el aire de familia que los distingue sus imperecederos escritos; á la distancia de cincuenta años y más, los primeros documentos escritos en progresista por las Constituyentes gaditanas parécense á los de la falange setembrina como un huevo se parece á otro huevo. Y si esto acontece en documentos de fechas entre si tan distantes, júzguese que sucederá entre los contemporáneos.

Lo que caracteriza el estilo progresista es el uso ó abuso de frases previamente formadas, patrimonio comun del que son usufructuarios todos los que hablan ó escriben en esta singular jerigonza. El partido tiene de ellas vastísimo arsenal, y de ahí la facilidad de escribir en progresista, y de ahí á su vez la abundancia del surtido. Ni siquiera es condicion indispensable el pensar. El pobre diablo, obligado por las circunstancias á echar un parrafillo en forma de discurso ó de alocucion, va y coge del fondo comun, como los cómicos pobres del vestuario de la empresa los retazos que más le vienen á cuento, y zúrcelos en un dos por tres y firma, y á los cajistas con ello, y palmoteen los bobos, más que se

ria á carcajadas la posteridad y rabien Apolo y las nueve musas.

En boga vuelve á estar hace algunos dias con motivo de la lucha electoral la frase progresista que encabeza estas líneas. Sabido es à quiénes se aplica y por quiénes y con qué motivos y con qué intencion. De su valor literario darán cuenta y razon las observaciones que llevo someramente apuntadas. De su importancia lógica voy à ocuparme con la brevedad y ligereza à que obligan las dimensiones del presente artículo.

Oue la mision del clero es mision de paz, sabialo ya el mundo mucho antes de que viniesen á anunciárselo los autores de arengas en progresista. Mas, cuál sea esta paz de que es ministro el clero, no dan señales de comprenderlo los nuevos hablistas, segun lo inoportunamente que la traen à colacion. El sacerdote es ministro de paz, porque la da à las inteligencias vacilantes, con la seguridad y fijeza de la doctrina católica; á los corazones perturbados por la pasion, con la austera severidad de la moral; à las almas heridas por el infortunio, con la dulzura de sus consuelos; à la sociedad agitada, manteniendo à todos en el exacto conocimiento de sus respectivos derechos y deberes; à la familia, santificando sus lazos y haciendo sentar en la rueda de su hogar al mismo Dios; à los pobres, enseñandoles é infundiéndoles la resignacion; à los ricos, inculcandoles la caridad. Y alli donde esta doctrina y esta influencia prevalecen, alli se logra la paz y se conserva inalterable por el ministerio del sacerdote, ministro de un Dios de paz.

Pero no sé si mis lectores tendrán noticia de un refran antiquisimo, en rancio y reaccionario latin, que dice: Si vis pacem para bellum: «Si quieres la paz prepara la guerra.» Atrevidillo es el señor refran, y por si se le sube la mosca à las narices al fiscal de imprenta, declaro bajo mi responsabilidad que no huele à pólvora aunque exhorta à la guerra. Exhorta, si, à la lucha legal, como la que da pié à la frase que estoy analizando, y nada tiene que ver con sables ni con fusiles, ni àun con maldita la porra.

Es, pues, el caso que al tenor del susodicho inocentisimo refran los sacerdotes no pueden ser ministros de paz sin ser à la vez ministros de guerra, y perdóneme de nuevo el fiscal de imprenta. Ministros de guerra, he dicho, y ministros de un Dios de guerra, no siéndome dificil encontrar si quisiese en las sagradas Letras abundantes citas que justificasen este dictado que doy á los sacerdotes. En efecto; siempre que alli se habla de pelear y de vencer, y de armas y de enemigos, y de batallas y de soldados refiriéndolo á la predicacion de la verdad, otras tantas se viene en mi apoyo y en apoyo del titulo contra el cual arrugarán ceñudos el entrecejo mis hermanos del progresismo. Ministros de guerra he dicho, y ministros de un Dios de guerra, para que puedan ser ministros de paz y ministros de un Dios de paz.

¿Quién duda que la existencia de la Iglesia es de lucha? Combatiendo la fundó Jesucristo, combatiendo se propagó élla por el universo, combatiendo se ha conservado, y su última página sobre la tierra no será más que un postrer sangriento combate. Con los fariseos primero (y despues muchas veces tambien), con los emperadores en seguida, con los bárbaros al caer el Imperio, con las hereijas constantemente, con la falsa ciencia tres siglos hace, con la falsa política há más de un siglo, con los unitarios en Italia, con los cismáticos en Rusia, con los protestantes embozados en Austría, con los revolucionarios crudos en Francia, con los progresistas en España, hé aquí su situacion actual y su situacion de siempre. Luchar. Ayer por el dogma, mañana por la disciplina, un dia por el poder temporal, otro por la libertad del espiritual, otro por la legitima influencia que sobre el mundo nos corresponde, otro por la libertad de nuestras instituciones religiosas, los católicos lucharémos siempre y los sacerdotes con nosotros à nuestra vanguardia, sufriendo lo más recio del ataque, y alcanzando tambien lo más brillante de la corona. Otra vez lo dije. Se ha roto contra nosotros el fuego en toda la línea, y en toda la línea lo sostendrémos con brio. ¿Se quiere la guerra? Guerra, pues.

—Convenido, exclamará aquí un progresista conciliador. Luchad, no se os niega este derecho, y si me apurais, este deber. Lo que se os niega, sí, es el derecho de valeros de ciertas armas. Dejad el terreno ardiente de la política.—

Óigame mí amigo, y óiganme los que con él repitieren tan manoseada dificultad. Si se os llama á un combate sin-

gular con pistola, ¿acudiréis á la cita con sable ó espadin? Y si se os desasía à sable, ¿iréis al sitio de la lucha con rewólver? Pues bien. Cuando se nos atacaba en el terreno doctrinal defendimos palmo á palmo la doctrina. Llenas andan las bibliotecas de nuestras defensas. ¿No hubiera sido ridiculo entonces contestar al falso argumento del hereje echándole á las narices un diputado? Evidentemente. Ahora, pues, que se ha llevado la cuestion, no por nuestra culpa, al mal terreno de la política, ¿creeis que no hemos de aceptar la lucha por más que este terreno nos sea desfavorable? A los que atacan nuestra doctrina y nuestra misma existencia material, haciendo elegir diputados que voten leyes anticatólicas, ¿no seria ridículo que les contestásemos con silogismos? Se nos desafía á votos, y hemos de contestar con votos. Cuando la lucha sea de razones, contestarémos con razones; que la primera condicion para batallar es acudir al campo en donde está atrincherado el enemigo, no ciertamente apartarse de él.

-Vuestras teorías son subversivas...

-- Muy al revés, están dentro de la legalidad y dentro de las prácticas mismas de la Revolucion. Dentro de la legalidad, porque el sacerdote es ciudadano, y no ha renunciado por su ordenacion al derecho ilegislable, imprescriptible é inalienable de emitir su sufragio, y de influir en las elecciones por los medios legales de la palabra y del escrito. Dentro de la práctica estan tambien. Por ventura no influyen en las elecciones el alcalde, por más que su oficio sea administrar; el secretario, por más que su oficio sea dar curso á expedientes; el juez municipal, por más que el suyo sea dirimir contiendas domésticas, y bendecir como matrimonios lo que el Papa llama torpes concubinatos? ¿No influyen todos éstos? Y pueden hacerlo como no traspasen los límites legales. ¿Y no es su mision tambien mision de paz? Y mucho. Y el ser mision de paz la suya des imposibilita acaso para el uso de otros legítimos derechos? Pues, apliquese todo esto al sacerdote, más que sea párroco ú obispo.

Desearia saber por de pronto si la *Crónica de Cataluña* está conforme ó no con la marcha de mi raciocinio y con las conclusiones que voy á sacar de él.

Son las siguientes. Que los ministros del altar pueden votar y dirigir la opinion de sus fieles, como puede cualquiera otro ciudadano, sea ó no funcionario público. Que la frase: ¡Ministros de un Dios de paz!!! no es argumento suficiente para que dejen de tomar parte en estas luchas que los mismos parlamentaristas han llamado mil veces luchas pacificas. Que el verdadero título del sacerdote es el de ministro de guerra, para hacerla á los enemigos de Dios con todas las armas que permita la divina ley. Y por consecuencia final, que el partido progresista, siquiera por decoro, debiera mandar se retirase de su repertorio la frase gastada que otra vez han sacado á relucir algunos gobernadores con motivo de la presente lucha electoral. Ministros de paz, si algo debiese significar en la intencion de sus autores, significaria ministros de pereza. El enemigo que encarando el fusil propone la paz á su enemigo, le propone la rendicion ó la traicion. Y ni una ni otra puede aceptar el clero católico sin faltar á su decoro v á su conciencia.

Ea, pues, ministros de un Dios de paz, en nombre del Dios de guerra, á quien servis, já votar por la Religion!

Febrero, 1871.

XLVIII.

El Gobierno y los Prelados.



ABIDO es que varios Obispos españoles están sometidos á un procedimiento criminal con motivo de haberse permitido el grave delito de defender el dogma católico sobre el matrimonio y de calificar como califica el Romano Pontí-

fice al concubinato con permiso de la ley. Un fiscal ha pedido ya contra uno de dichos Prelados católicos la pena de catorce meses de extrañamiento. Nada se puede aventurar sobre el resultado próximo de estas causas; puédense si emitir sobre la conducta del Gobierno en esta ocasion algunas reflexiones.

Consignada está en el Código fundamental la libertad de cultos; pero el nuestro no goza de ella. Un turco puede establecer aquí una mezquita y un colegio de derwises; y creo que el Estado se lo agradeceria profundamente al que tal humorada tuviese. Pero un católico no puede fundar una casa de religiosos ni conservar las que dejaron fundadas sus antepasados con su propio dinero. Este solo hecho pinta gráficamente nuestra situacion. El hábito de sufrirla constantemente hace tantos años, ha hecho que dejase de impresionarnos con la viveza que deberia. Cuando un dia la historia la reproduzca, los venideros no acertarán á comprender cómo en una nacion pudieron jamás erigirse y sostenerse y aguantarse como estado normal tal inconsecuencia y tal absurdo.

Pues bien; lo mismo, mismisimo, acontece en el caso que motiva estas líneas. Todos los derechos militan en favor de los Prelados, ninguno les es atendido. Como simples ciudadanos tienen derecho á la libre emision del pensamiento, y este derecho que impíamente ejercitan hoy tantos miles de españoles maltratando á Dios y á todas las cosas santas, no pueden

ejercerlo ellos en defensa de estos mismos sagrados objetos. Como jefes del Catolicismo en sus respectivas Iglesias, tienen derecho á hablar á los fieles cuándo y cómo creyeren conveniente, del mismo modo por lo menos que el protestante habla á los suyos cuándo y cómo cree oportuno. Y este derecho, segun el Liberalismo, igual, perfectamente idéntico, les sirve á los protestantes y no les sirve à los Obispos católicos. ¿Por qué razon? Por la muy sublime razon de que son católicos y punto redondo.

-¿Pero el Obispo habla contra una ley del Estado?-

Desdichados! ¿Y creeis por ventura que la Religion augusta que el Obispo enseña y representa ha prometido obediencia á todas las leyes del Estado? ¡Ah! no, jamás, jamás. Dios no bajó del cielo á ser azotado y crucificado, y á fundar y á amasar con su Sangre preciosa una Iglesia para someter luego sus augustos dogmas al capricho de los Gobiernos, sino para que éstos supiesen que hay ciertos puntos vedados, absolutamente vedados á su intervencion lega y profana! Los Apóstoles son anteriores de mucho, de mucho, à los progresistas, y el símbolo que aquellos compusieron no es reformable como la última Constitucion que salió del falso cenáculo de estos señores. Si un dia se hallan, pues, en desacuerdo y contradiccion la ley de Dios y la ley de los hombres, ¿quereis que se retire modestamente la ley de Dios? Y si el Simbolo apostólico se halla por casualidad opuesto en algun punto al símbolo progresista, aquién prevalecerá sobre quién?

Esta es la cuestion, lisa y llanamente presentada. El punto en que disienten ahora la Iglesia y los progresistas es el matrimonio civil. ¿Ha de enseñar en adelante el Catecismo que los matrimonios son dos, uno civil y otro eclesiástico? O bien ¿ha de seguir enseñando que no hay para los cristianos más que un solo matrimonio legítimo y verdadero, el celebrado ante el Párroco? Responda el sentido comun.

Esto último enseñará, sí, pese á quien pese. El error no adquiere derecho á ser respetado aunque se dé á los pueblos en forma de ley, antes por lo mismo debe ser más combatido. Ley del Estado era para los antiguos romanos el culto de los dioses, y los Apóstoles y tres siglos de Mártires

murieron combatiendo esta ley del Estado. Ley era para los soldados del Imperio el juramento por el genio del emperador, y una legion entera prefirió ser degollada á prestar este idolátrico juramento. A despecho de las leyes del Estado se estableció nuestra Religion, ¿y no podria conservarse á despecho de las mismas? Mediten esto nuestros revolucionarios, y sigan progresando, que hasta llegar á la altura de Diocleciano quédales todavía mucho y muchisimo que progresar. No así al Catolicismo ni á sus pastores: clavada tienen diez y nueve siglos há su bandera; ni un paso darán hácia delante, pero tampoco ni un paso atrás, porque Dios á su obra ha querido adornarla con el más grandioso de sus atributos: la inmutabilidad.

Siempre me he sonreido tristemente al contemplar los procesos contra Obispos, á que se ha mostrado en todas épocas tan aficionado el partido progresista. Ni siquiera he sabido indignarme. Hoy cuando estos procesos versan, no como otras veces, sobre pretendidos desacatos, sino sobre un punto de doctrina católica en oposicion con un punto de doctrina progresista, hoy el asunto no merece más que sonoras carcajadas. Perseguid, perseguid, pigmeos perseguidores: la Iglesia del Dios vivo está muy sobre el nivel de vuestras raquíticas persecuciones, y por encima de todas ellas continuará su marcha inmortal, arrumbándoos á vosotros á la orilla del camino en que habeis querido detenerla. Los aires de la persecucion, sabedlo, le prueban perfectisimamente à nuestra Madre, como que en medio de ellos nació y obtuvo su mayor crecimiento. Adelante, pues, y siga la danza, que por proceso más ó proceso menos no dejarémos por esto de clamar animosos y confiados: ¡Paso á la Iglesia! ¡paso á la verdad! ¡paso á Dios!

Febrero, 1871.

XLIX.

Insolencias teccráticas.

n escrito acaba de recomendar á sus lectores el Diario de Barcelona, en el que á vueltas de excelentes declaraciones sobre lo absurdo, lo inoportuno y lo antiliberal del matrimonio civil, se encuentra la siguiente chistosísima ocurren-

cia que, por ser de un género progresista muy subido, cae naturalmente bajo mi jurisdiccion y no debe pasar sin correctivo. Harto talento manifiesta el autor del artículo aludido; hé aquí porque es para cualquiera más inexplicable la frase que textualmente voy á copiar. «La libertad de cultos, dice, se escribió (en el código fundamental) para matar ó contrarestar á lo menos, la intransigencia de una parte de nuestro clero y la exageracion de la intolerancia religiosa en el últitimo reinado, por causas que no hay para qué explicar; y contra esa tendencia de una teocracia violenta y casi insolente se proclamó esta libertad de cultos, que por lo demás los españoles no necesitábamos para nada.»

El parrafejo es, lectores mios, uno de los compuestos con retazos del fondo comun de que os hablaba dias pasados, y parece arrancado de las inmortales columnas de la *Crónica de Cataluña*. Aceptémoslo como sea; no quiero detenerme en investigar procedencias: no será progresista su autor aunque lo parezca en el habla; no lo será, digo, cuando tan de firme y tan sin compasion maltrata la institucion progresista del matrimonio civil. Porque le da, lectores mios, al falso matrimonio con tal saña que, si fuese obispo católico en vez de ser un caballero particular, mamariase por lo menos sus catorce años y diez meses de extrañamiento sin remision. No se asuste empero su merced; no es obispo, ni siquiera monaguillo ó sacristan; duerma tranquilo, siga profiriendo invectivas contra la fornicacion con permiso del juez, ningun

fiscal irá à distraerle de su santa tarea. Mas dejemos este que es cuento de cuentos, y seria cuento de nunca acabar.

Es curioso lo de tendencia casi insolente de la teocracia en el último reinado. ¿Verdad que si? Mucho; y ciertamente le estamos agradecidos los católicos al nuevo Colon por tan raro descubrimiento. ¡Vea usted, la teocracia llegó á ser violenta y casi insolente en el último reinado!

-Pero, ¿qué es teocracia? preguntará impaciente un lector no acostumbrado á la jerga liberalesca.

—En el diccionario liberal, particularmente en el progresista, teocracia significa la mayor ó menor influencia de la Iglesia católica en la gobernacion politica de las naciones. Es principio del derecho político nuevo que la Iglesia católica, ó sea la Religion del Estado, no debe influir poco ni mucho en la marcha de los negocios políticos del mismo. Si se tratase de la influencia del periodismo, de las sectas secretas, de lo que se llama pan-funcionarismo, ó de la Tertulia, entonces fuera otra cosa; que estas y otras influencias en el sistema liberal son muy legítimas y muy reconocidas y muy ponderadas.

¡Que influya, empero, la Religion, sobre todo si es la verdadera!... ¡ caspita! eso no lo consentira aunque le cueste la vida ningun liberal digno de este nombre. La reaccion, el oscurantismo, el vampiro clerical, las cadenas del pensamiente... todo esto se le vendria encima à la pobre patria como chaparron de verano contra quien no valen paraguas. ¡Atras, pues, la teocracia, y para ello bórrese à Dios de la Constitucion, declarese fuera de la ley à Jesucristo y à su Iglesia, prevénganse mordazas en forma de proceso contra los Obispos, palo à todo monigote con sotana, y viva la libertad! ¿No es así, lectores carísimos? Pues bien; así se combate à la teocracia.

¿Y esa teocracia reinaba insolente en los dias de D.ª Isabel? Ciertísimo será cuando tan sin escrúpulos lo afirma el autor del consabido artículo. Por mi parte doy una ojeada sobre los treinta años anteriores á la setembrina, y no acabo de santiguarme de puro espantado, por tantas insolencias como cometió la teocracia en aquellos teocráticos dias. Enumerémoslas, si podemos, para horror de las generaciones venideras.

T. V.-16

Un dia ardieron los conventos de España, y al huir despavoridos del incendio fueron villanamente degollados gran parte de sus pacíficos moradores. La historia debe de ignorar, sin duda, quién arrimó la tea incendiaria á las casas del Señor, quién hundió el puñal en el pecho de los sacerdotes, quién demolió hasta los cimientos lo que respetaron las llamas, quién malvendió en provecho propio sus alhajas y heredades, quién alojó la lujuria y la obscenidad en los edificios construidos con el dinero de la Iglesia para las almas puras. Todo esto no debe de haberlo averiguado aún la historia. En adelante, empero, se sabrá que esta página de lágrimas y sangre no fué al fin más que... una insolencia de la teocracia. Cierto que sí, ¡ como era ella quien dominaba en el último reinado!

El suelo de España cubierto de escombros y ruinas, atestiguaba el furor de la pasada borrasca. La ley fria y calculada consumó entonces lo que habia empezado la violencia manifiesta. La desamortizacion prosiguió el saqueo iniciado por las turbas atizadas por quien tuvo interés en ello. Los investigadores de bienes nacionales desparramáronse como langosta por las comarcas españolas en busca de buena presa. Fincas de Beneficencia, fundaciones de culto y sufragios, dotes de infelices religiosas establecidas á la sombra de la ley, en todo esto halló pasto la voracidad de los asalariados. y todo fué à parar sucesivamente à las panzas y bolsillos de progresistas, moderados y unionistas, que en eso de dejar en cueros á la Iglesia anduvieron en competencia. ¿Quién hizo todo esto? ¿La Revolucion? ¡Cá! ¿Pues quién hubo de ser? La insolente teocracia. ¡Como que ella mandaba en el reinado de D.ª [sabel !...

Treinta y cinco años há que toda la legislacion española viene obedeciendo constantemente á un mismo espiritu: alejar á la Iglesia de todo contacto con el mundo oficial, matar, si se puede, la influencia del sacerdote en los pueblos. La secularizacion, que ha acabado por secularizar el matrimonio, el nacimiento y la muerte, arranca ya de muy lejos. Años hace que venian siendo secularizadoras todas las leyes, años hace que la Iglesia era paulatinamente separada de la enseñanza, de la beneficencia y de toda institucion en donde pu-

diese atajar el desarrollo siempre creciente del ateísmo. ¿Quién ataba las manos á la Religion de Cristo, condenándola à ser mera espectadora de la decadencia de la patria y mera profetisa de las desventuras que posteriormente han caido sobre ella? ¿Quién fiscalizaba las enseñanzas pastorales de los Obispos para llevarlos à ellos y à ellas al Consejo de Estado, y humillarlos despues con ignominiosos indultos? ¿Quién? ¿Era acaso el Liberalismo? Pues, no, señor; era la violenta, la insolente teocracia, dueña del palacio de D.ª Isabel.

Hizose un Concordato con la Santa Sede, de la cual se obtuvieron, à fuerza de promesas, concesiones y condescendencias que el Papa no hubiera otorgado á presumir que debian ser tan mal agradecidas. ¿Quién dejó siempre sin cumplimiento los artículos más esenciales del Concordato? ¿Quién se opuso constantemente á la restauracion franca y libre de las Ordenes religiosas? ¿Quién impidió la celebracion de Concilios provinciales? ¿Quién acabó de devorar las últimas migajas del patrimonio sagrado à pesar de haberse reconocido à la Iglesia el derecho de adquirir? ¿Quién obligó à que se hiciesen las fundaciones religiosas con doble escritura ó con ingeniosas simulaciones como si viviésemos los católicos en tierra de gentiles? ¿Quién permitió todos los dias en la prensa, en la tribuna y en la cátedra el vilipendio de todo lo más sagrado? ¿Quién? ¿Quién? Averiguado anda ya que no fué otra que la mano insolente de la teocracia.

¡Felices tiempos esos recientes en que dominaba en los negocios públicos de España la influencia de la Iglesia ó sea la teocracia! ¡Dichosos años los de D.ª Isabel, à quien pedirá menos cuenta Dios que à los consejeros que hoy se le han convertido en crueles censores!

Entonces, sí, entonces campaba por su respeto la Iglesia sin insultos ni vejaciones. Recorriendo el país, hallábanse á cada paso hermosas ruinas sagradas con que divertir la vista; en el crucero de San Cayetano de nuestra ciudad condal se bailaba cada domingo, y en el presbiterio se sentaba la orquesta; el solar de Trinitarios pasaba á ser gran Liceo, etc., etc. Frailes podia uno contemplarlos vivos en el teatro, pintados ó de talla en museos, altares ó novelas, como mejor le diese la gana. Los Obispos podian ordenar cuando lo permi-

tiera el Gobierno, y dar pastorales á gusto del Consejo de Estado, y recibir Bulas de Roma con el visto-bueno del censor de imprenta. Podíase reconocer el reino de Italia, y no se podía protestar contra el reconocimiento, siquiera fuese éste una vil complicidad con los sacrílegos usurpadores. En fin, tantas cosas podíanse entonces, que ni las recuerdo, ni aunque las recordase cabrian en tan corto papel. Figúrense mis lectores que hasta se pudo poner la semilla del árbol funesto que apareció de repente con hojas, flores y frutos en Setiembre de 1868. Y todo ¿por qué? D. Cirilo Alvarez acaba de decirlo con recomendacion del Diario de Barcelona: «Por la intransigencia del clero, por la tendencia violenta y casi insolente de la teocracia en el último reinado.»

Hé aquí un verdadero modelo de filosofía de la historia... al uso progresista.

Marzo, 1871.

L.

La oposicion á trabucazos.

stá visto, señores mios; cundió la moda, y hay que aceptarla como tantas otras que la libertad ha introducido en nuestro desventurado país. No basta ya la oposicion de razones, que es la más rara, ni la oposicion de mentiras y de in-

jurias, que es la más comun; el progreso de los tiempos habia de traer necesariamente algun adelanto en esta materia, y apareció la oposicion á trabucazos. El sistema tiene mucho de expedito y mucho de liberal al uso de los tiempos, y me admira ciertamente que no se hubiese puesto en planta ya de mucho antes.

Aunque, mirándolo bien, no es cosa tan nueva en este país la oposicion del trabuco como por de pronto se me habia figurado. No, no es invencion de la gloriosa setembrina; tiene, por lo menos, tantos años de fecha como el Liberalismo español. No sé de qué se sorprenden y hacen aspavientos los situacioneros en vista de los dos horribles atentados que condenamos de todo corazon los católicos españoles. Desde que se proclamaron en España el reinado de la razon, el desestanco de las ideas, la emancipacion del pensamiento y tantas otras bolas de calibre progresista, ni un dia solo han reinado la razon, ni la idea, ni el pensamiento; siempre estas tres cosas han necesitado como andadores los trabucos ó los fusiles, que allá ambos se van. Es decir, ó la insurreccion armada de las turbas, ó el pronunciamiento armado del ejército. Citeseme una sola conquista de la libertad que se haya realizado por la fuerza de las ideas, y hágome progresista. Hojeando estoy diariamente las tristes páginas de nuestra historia contemporánea desde Riego hasta Topete, y en todas ellas, en cada etapa liberal, no sabe hallar mi entendimiento oscurantista otra cosa que una reproduccion, en

mayor ó menor escala, de los atentados de la calle del Turco y de la calle del Pez.

Porque, hablando con sinceridad y sin preocupaciones de ninguna clase, ¿qué diferencia va de un general que subleva dos regimientos y ataca con ellos el Ministerio de una Reina, á un bravo de callejon apuntando el retaco y disparando un puñado de balas á un ministro que pasa por la acera opuesta? Filosóficamente considerados los dos actos, sólo se advierte que el primero es de mayor gravedad por cuanto arma con el instrumento de muerte mayor número de personas, los dirige contra mayor número de vidas, siendo su resultado inmediato, à parte del desórden social, mayor número de victimas. El segundo es más individual, es un solo brazo contra un solo pecho, es una sola familia sumida en el llanto, es frecuentemente una vacante más que ocuparán con gusto y resignacion los mismos compañeros del agredido. Este raciocinio es frio como la razon y cortante como la espada de la justicia, pero es exacto como ambas cosas, y dudo que pueda ponerla tacha el liberal más dialéctico. Dicho se está, pues, que detesto todos los asesinatos, y compadezco á todas las víctimas, y deseo y suplico el castigo de todos los asesinos; pero... no exceptúo de este mi odio los atentados en grande escala; no dispenso del quinto mandamiento á los favorecidos por el éxito, antes los considero más odiosos y más dignos de la severidad de Dios y de la execracion de los hombres honrados. Topete, apuntando los cañones de sus fragatas contra el pecho de su reina páreceme tan culpable como el baratero apuntando su retaco contra Ruiz Zorrilla. Prim haciendo asesinar en San Gil à los desdichados oficiales de artillería, es tan culpable como los misteriosos asesinos haciéndole trizas á él en su propio coche. Esta es la moral, esta es la ley, esta es la justicia. Así juzga Dios.

A tristes consideraciones da lugar el uso frecuente que de la oposicion á trabucazos viene haciendo el pueblo español de algunos tiempos á esta parte. Siglos hace se conocian en España hombres políticos odiados con más ó menos razon por el pueblo. La historia del favoritismo registra los nombres de Alvaro de Luna, Rodrigo Calderon, Conde de Ler-

ma, Duque de Olivares, Godoy y algunos otros. Nunca, empero, atentó contra sus dias el puñal del asesino. Fueron maldecidos y execrados, disparándose contra sus hechos y personas saetillas literarias que leemos aún con interés; ni uno de ellos sucumbió á los golpes de un súbdito homicida. Dos subieron al patíbulo por sentencia legal; los demás cayeron en desgracia, y fueron desterrados del reino. Y eso que entonces ni estaba proclamado el reinado de la razon ni era libre el pensamiento, sino que se vivia, bendito sea Dios, en un periodo de fuerza bruta del cual no podemos formarnos idea aproximada los hijos dichosos del siglo de la luz y del parlamentarismo. Hé aqui un fenómeno histórico que no acierto à explicarme. ¿Eran más pacientes los pueblos? ¿Eran menos crueles los tiranos? Breves indicaciones que dejo por resolver, contentandome con apuntarlas. Quede solamente consignado el hecho de que la oposicion por medio de la fuerza ha coincidido precisamente con la proclamacion de la opinion pública como única reguladora. ¡Qué sarcasmo! Sólo es lícito hoy gobernar por medio de la opinion, clama el Liberalismo. Y para realizar este bello programa inventa los estados de sitio y la partida de la porra. Sólo es lícita la lucha por medio de la opinion, repite, y los adversarios del poder aguardan con retacos à los representantes del mismo en las calles de Madrid. No parece sino que pueblos y Gobiernos andan tiempo hace al juego de quién engaña á quién, concluyendo los primeros por reducir todo el sistema de derecho que se les ha predicado, á la fórmula siguiente que, reprobable como es, tiene mucho y muchísimo de lógica. A Gobierno de porra, oposicion de trabuco. ¡Miseria y vanidad de ciertas doctrinas! ¿Qué ingenio podria refutarlas mejor que lo están haciendo los hechos de cada dia? ¡Más policia! gritan hoy desatentados los acometidos. ¿Por qué no ¡más ley! ¡más autoridad! más temor de Dios?

Marzo, 1871.

LI.

1808 y 1870.



stas dos fechas señalan dos acontecimientos los más grandiosos sin duda del presente siglo. La invasion de España por la Francia, la invasion de Francia por la Prusia. Ambas pertenecen ya á la historia, y como la historia parece inte-

resada en dar la razon á los picaros oscurantistas, examinaré hoy lo que arrojan de si aquellas dos fechas, para solaz y entretenimiento de mis apreciados lectores.

Nótese, ante todo, que el contraste no puede ser mayor. La Providencia tiene en esto, como en todo, mano maestra. El estado social de España en 1808 pasa á los ojos de todo liberal por la personificacion más acabada de la degradacion y del embrutecimiento. La filosofía progresista no halla en aquella desventurada época más que motivos de asco y de indignacion patriótica. Un rey absoluto (no tan absoluto, empero, como ciertos actuales revezuelos); un convento en cada esquina, precisamente en igual proporcion que están ahora los clubs para formar la moral social del pueblo; un fraile en cada casa; periódicos ni para un remedio; Inquisicion en toda regla; Dios en todas partes, y la libertad liberal en ninguna. No se me acusará de que á propósito presento rebajadas las tintas. Quiero aún añadirle al cuadro algunos toques. Mas, dejémoslo... ¿quién no ha leido articulos, novelas y mentiras progresistas? Basta decir que la España anterior á la primera Constitucion es para ellos la síntesis de toda esclavitud y de toda abyeccion y de toda ignominia.

Nuestra pobre vecina, por el contrario, en la época actual ha sido el ídolo, la hija mimada de los revolucionarios europeos. Paris ha venido á ser la ciudad santa de la civilizacion, y Francia su reino escogido. La luz irradiaba sobre aquellos pueblos felices, como sobre los de nuestros abuelos se cernia la noche más negra. En Francia el esplendor de las artes, en Francia los adelantos de la industria, en Francia la novedad de todas las modas, en Francia el centro de todas las habilidades diplomáticas, en Francia el valor cívico, en Francia el valor militar, en Francia... ¿que sé yo, lectores mios? Cansados estaban nuestros oidos de tanta ponderacion y de tanto elogio; las cien trompetas de la Revolucion aclamábanla reina del mundo en todos los ramos. Ser francés era título de gloria, tanto por lo menos como lo fuera de oprobio ser español de los tiempos aludidos.

Viéronse, pues, invadidas por poderosos ejércitos ambas naciones. Francia habia dado motivo para la invasion. España se vió sorprendida arteramente por ella. Quiere decir esto que Francia pudo hallarse dispuesta para la lucha. España hallabase totalmente desprevenida. En ambas acaudillaron á los invasores los primeros generales de su época respectiva; pero Francia tenia ejército aguerrido y acostumbrado á vencer. España apenas lo tenia muy escaso y notoriamente atrasado. Francia poseia la segunda marina del mundo. La nuestra habia sido aniquilada en Trafalgar. En una palabra: Francia se encontraba con respecto à su contrincante en una proporcion tal que à todos, aun los más previsores, hizo prometer felicidades del éxito de la campaña. España se miraba en tal inferioridad con respecto à Napoleon, que à nadie, fuera de nosotros, pudo ocurrirsele nunca la idea siquiera de una débil resistencia. No era una locura oponer à las formidables legiones de Murat los improvisados pelotones del pueblo de Madrid y de las alturas del Bruch?

Véanse ahora los resultados. España no pudo ser dominada en una guerra desigual de seis años. Francia acaba de ser rendida á discrecion en poco más de seis meses. Los atrasados y débiles españoles dieron el golpe de gracia á Napoleon; los adelantados y aguerridos franceses acaban de recibirlo de las huestes de Molke y de Bismark. La paz no le costó á España ni una aldea ni un ochavo; Francia acaba de comprarla á costa de su propia mutilacion y ruina.

Nuestro Gobierno de entonces no valia personalmente gran cosa que digamos; sabido es qué clase de hombre político era

Godov. Francia, en cambio, hallabase gobernada al empezar la guerra por hombres de inteligencia y de prestigio, que habian sido recibidos con aplauso por la opinion y habian hecho concebir fundadas esperanzas. Recordemos con qué júbilo fué saludada la subida de Olivier al Ministerio. La comparacion, pues, si alguna debe hacerse, entre España de 1808 y Francia de 1870, debe ser de pueblo á pueblo. ¿Quién despues del sangriento desastre que acaba de permitir la Providencia osará preferir el estado social de la Francia moderna al estado social de la España atrasada? La guerra nos descubrió á nosotros gigantes; la guerra les ha descubierto à ellos pigmeos: la guerra, despertando nuestros generosos sentimientos, hizo ver que no éramos, no, un pueblo de esclavos, como dicen los liberales; no, que un pueblo de esclavos no puede convertirse de repente en un pueblo de héroes. La guerra ha hecho ver que no era la Francia actual un pueblo de hombres libres, sino una mujer envilecida, à quien arrancadas de las espaldas las joyas y sedas, y de las mejillas el falso colorete, se ha podido contemplar con todas las arrugas y debilidad de una vejez prematura, á la vez que sin el seso y prudencia de los años, y sin las gracias y gallardía de la juventud; servil, rastrera, sin valor ni aun para sobrellevar dignamente el infortunio, consolandose al morir con ridiculas baladronadas y discursos de melodrama. Y sin embargo, ieso era lo ponderado por todas las trompetas liberales hace un año, y lo nuestro es lo escarnecido hace cincuenta!

¿Quién contra todos los cálculos ha obrado este espantoso prodigio en Francia? Ahora lo confiesan todos: la mentira de su cacareada civilizacion.

¿Quién contra todas las esperanzas obró tales prodigios de heroísmo en nuestra España? Empieza á reconocerlo ya la historia imparcial á pesar de las declamaciones liberales: la virtud de nuestro escarnecido oscurantismo.

No renuncio à continuar otro dia tan importante materia.

Marzo, 1871.

LII.

Adelante!



ue vamos andando es innegable; hácia dónde, no se sabe á punto fijo; cuál debe ser el término final de nuestro andar, no se divisa siquiera, y áun hay quien sostiene que no debe de divisarse nunca, porque nuestro adelante,

nuestro andar, deben ser indefinidos. Así opinan al menos algunos filósofos que lo son á ratos perdidos, y llaman á eso progresar, de donde les viene á tal casta el nombre de progresistas, nombre de secta que empieza ya á parecer apodo, segun lo mal que suena á los oidos delicados.

Pues, señor, fueron estos tales en su principio (allá entre el año 8 y el año 12) una docenita de caballeros mal traducidos del francés al español (ó vice versa), los cuales viendo á la nacion española (que entonces no se llamaba nacion sino monarquía) inmóvil, estacionaria, con su Dios, con su rey, con su fe y sus heredadas costumbres, sus conventos, su honradez y su magnifica uniformidad de ideas y sentimientos, dijéronse para su coleto (que entonces gastábalo el progresista como cualquier otro prójimo): «Amigos, eso no anda; empujemos hácia cualquier parte y en cualquier sentido; lo que importa es movernos: es verdad que tambien se mueven el carro que se precipita cuesta abajo, ó el edificio que se cuartea de la bóveda á los cimientos, ó la mina arrojada à los aires por la fuerza de la pólvora; mas de cualquier modo que sea todo es moverse, todo será andar; ¡ adelante !» Y con tan felices auspicios emprendimos nuestro viaje.

El camino que á fuerza de empujones liberales ha recorrido el pueblo español, señalado queda con las dos fechas que le sirvieron de epígrafe á mi artículo anterior. Sí, señor, andamos recorriendo la distancia que separa nuestro 1808 glorioso, del nauseabundo y desastroso 1870 de Francia. Entre

estos dos mojones hállase toda nuestra historia liberal. Lejos estamos, por desgracia, del primero; muy cerca ya y casi metidos de patas en el segundo. Cien mil hulanos que la Providencia mandase à nuestras fronteras, para someternos à la prueba à que ha sometido à la Francia, bastarian para probar al mundo que nos empieza à roer el mismo cáncer interior que à ella, y que empezamos à abrigar los mismos gérmenes de podredumbre.

Y ha de ser así por precision. En historia como en física iguales causas producen efectos iguales. La política liberal española ha venido siendo desde Cádiz pura imitacion de la política liberal francesa; y mal que nos pese ha de conducirnos al miserable estado social en que se hallan nuestros vecinos.

Allí como aquí el mismo divorcio de Dios. la misma secularizacion completa del Estado, y, por consecuencia indeclinable, el mismo ateísmo del pueblo á vuelta de más ó menos años. Alli como aqui toda suerte de coacciones y cortapisas legales y extralegales para el bien, y todo linaje de libertades para el mal. Alli como aqui la Iglesia obligada à vivir poco menos que forastera ó tolerada, trabajando á hurtadillas de la ley, porque la ley lo ha calculado todo contra ella. Alli como aqui planteado en grande escala el sistema de corromper al pueblo por lo degradante de los espectáculos, porque la maldita ley liberal, que puede cerrar una iglesia, disolver un convento, y aun derribarlo, no puede atentar contra los derechos de una sala de Mabille ó de carnes al vivo. Alli como aqui pisoteado y escarnecido el derecho de propiedad en su fuente más sagrada, por medio de leves inicuas de desamortizacion; alli como aquí las clases mal llamadas conservadoras empeñadas en cerrar los ojos á todo esto, y aun en aprovecharlo, justificando en cierta manera ante la historia el socialismo feroz de las masas. Allí como aquí un grupo fervoroso de católicos luchando para retardar en lo posible la ruína y desquiciamiento de la sociedad, que sólo sabe reir à carcajada suelta y motejarlos. Alli como aquí una densa ceguera cubriendo á gobernantes y à gobernados, para que ni unos ni otros acierten con lo más trivial que enseña el sentido comun, sintoma funesto que ofrecen las naciones todas la vispera de sus grandes desastres. Allí como aqui... pero ¿á qué proseguir por más tiempo el enojoso paralelo? ¿No sabe ya todo el mundo que nuestra marcha política liberal ha venido siendo mera traduccion disminuída y rebajada de la francesa, acomodada, no á la indole y tradiciones de nuestro pueblo, sino á la talla mezquina y pigmea de nuestros revolucionarios de imitacion?

Empezamos, pues, á hallarnos á la altura de nuestros vecinos. La marcha progresera que emprendimos en 1812 huyendo de 1808, nos ha conducido ya punto menos que al 1870 de Francia. En principios de gobierno estamos á la altura del sufragio universal y de los derechos individuales con los que, segun confesion de sus mismos apóstoles, es imposible gobernar. En economía tenemos prácticamente sancionado el derecho al trabajo y admitido como doctrina legal el socialismo, y la huelga como procedimiento empirico. En Religion hemos legalizado el ateísmo, y hemos arrancado á Dios de nuestros códigos, mientras se espera arrancarlo paulatinamente de los corazones. ¿Es ó no es exacto el retrato?

Y entre tanto una voz horrible como del infierno; pero incontestable como la lógica, anda gritando á nuestras espaldas: ¡Adelante! En vano los que se sientan en el banquete de hoy contestan angustiados: ¡Basta! y llaman en su apoyo á los conservadores para que les ayuden á conservar su puesto en el comedero. La voz implacable no cesa de gritar, y el látigo no deja de crujir, y el carro no deja de precipitarse con estruendo, ni dejará, hasta que conductores y conducidos nos estrellemos todos contra la opuesta pared ó nos hundamos alli donde de repente falte bajo nuestros piés el terreno.

La conservacion del statu quo es un absurdo; no es posible el equilibrio de un cuerpo sin base, por añadidura agitado por contrarios vientos. Los llamados «conservadores dentro de la Revolucion» quieren realizar este imposible, y la experiencia les va mostrando ya la inutilidad de sus esfuerzos.

Sólo hay ahora dos partidos posibles, porque sólo hay dos caminos lógicos. O el que grita: ¡Adelante siempre, aunque sea hasta el abismo! O el que grita con todas sus fuerzas: ¡Atras hasta recobrar las bases perdidas!

En menos palabras: ó la ruina ó la reaccion.

Marzo, 1871.

LIII.

Los cementerios católicos y la libertad liberal.



isto está que nuestros enemigos y los de la Religion (que en singular honra nuestra son siempre unos mismos), no han de dejarnos en paz, ni aun despues de la muerte. Algunos conflictos recientemente acaecidos con motivo de ha-

berse negado á personas indignas enterramiento en sagrado, han dado lugar á que pusiesen el grito en el cielo los apóstoles de la libertad, y echaran por aquellas bocas las acostumbradas sandeces sobre la intolerancia de la Iglesia y los procedimientos inquisitoriales, logrando confundir y embrollar á fuerza de sofismas y declamaciones la cuestion más sencilla de cuantas separan hoy entre si á católicos y á liberales.

Redúcese el problema á la siguiente pregunta: ¿Tienen derecho los no católicos á ser enterrados en el cementerio de los católicos?

No es necesario ser un Caton ni un Séneca, basta ser ciudadano de sentido comun para responder que nó redondamente. Pues bien; ahí verá usted: los liberales han respondido que si, y lo fundan en la libertad de cultos. Y precisamente la libertad de cultos en este como en muchos otros casos no está en favor de los opresores del culto católico. Pero ya se ve, liberales son y en algo habia de estarse viendo constantemente que no son una misma cosa el Liberalismo y la libertad. Pero entremos algun tanto en el fondo de la cuestion.

Los católicos tenemos en cada localidad un recinto cercado que es única y exclusivamente para nosotros, como es única y exclusivamente para nosotros la parroquia. El cementerio á los ojos de la Iglesia es á lo menos un accesorio del templo parroquial, ni más ni menos que las campanas, el atrio

y la sacristía. En tanto es únicamente para nosotros que nuestro símbolo es quien lo preside, la cruz; y una sola bendicion es quien lo inaugura, la de la Iglesia. La Iglesia tiene sobre este punto una legislacion que el Estado miraba como propia antes de la libertad de cultos, y que ahora se obliga á respetar como respeta la de los demás cultos falsos á quienes ha declarado igual al verdadero. Y esta legislacion declara terminantemente que considerará indigno v violado y profanado aquel recinto, si en él se entierra à quien no haya muerto en el seno de la Iglesia. Tenemos, pues, el derecho rigurosamente constitucional de que no sea profanada nuestra tumba, como lo tenemos de que no sea profanado nuestro altar. Somos libres, como españoles, para vivir en paz en el templo, y para descansar en paz en el cementerio; y ni alli se puede turbar el silencio de nuestros ejercicios piadosos, ni aquí es lícito profanar la tierra bendecida que abriga nuestros restos bautizados. La violacion, pues, del cementerio, consignada en el derecho eclesiástico, constituye un atentado que tiene su castigo en el articulo del Código penal, que trata de los que perturban al ciudadano en el ejercicio de su Religion. Esto es trivial, es rudimentario, es el abecé de la jurisprudencia política.

Mas hé aquí que salen el ateo ó el impio ó el protestante, y dicen en estos ó parecidos términos: «Yo no pertenezco à la Iglesia católica, soy con respecto á ella ó enemigo ó indiferente. Ríome de sus templos y ceremonias y altares, y ni ante la perspectiva de la muerte que me aguarda quiero cambiar de propósitos. El ministro de esta Iglesia se presenta al pié de mi lecho de agonia para ofrecerme en nombre de ella una reconciliacion. Rechazo ese cabo de cuerda que se me alarga, y vuelvo la espalda al predicador. Quiero morir como he vivido, es decir, lejos del Catolicismo. No obstante... exijo despues de mi muerte el tratamiento de los católicos, quiero que el ministro de Dios que he rechazado, preceda mi ataud cantando su fúnebre salmodia, que me recomiende á Dios (en quien no creo) como reconciliado, que me sepulte bajo los brazos de la cruz que cobija á los de su Religion. Y lo exijo, porque yo que no quise ser católico en vida, quiero tener derecho à parecerlo despues de la muerte, porque... porque si. Los católicos declaran no quererme en su compañía; ¿qué importa, empero, si yo quiero permanecer en la suya? Su Religion tiene por inmunda aquella tierra, si se mezclan mis huesos con ella; inmunda quede y profanada, que primero que sus escrúpulos religiosos soy yo, que no tengo Religion.»

Así discurren en este pleito singular quince millones de católicos españoles de una parte, y de otra unas docenitas contadas de ateos, que lo son sin duda por amor á la última novedad. Y el criterio liberal, fecundo en soluciones peregrinas, responde à eso: Si, señor, es tirania, es intolerancia, es abuso inquisitorial que sacerdote católico no quiera honrar con las ceremonias católicas á los que no son católicos, y rehuse enterrarlos en tierra católica, y se empeñe en considerarlos y tratarlos como son, es decir, como caballeros particulares que nada tienen que ver con su ritual, ni con su hisopo, ni con su cementerio. Y sale en consecuencia el alcalde (por lo regular progresista), conminando con severas multas al desgraciado párroco, que sabe mucho mejor que su señoría el Evangelio y la Constitucion, y ármase por cosa tan natural y corriente marimorena en el pueblo, y truenan los periódicos, y silba el látigo de la gacetilla, y salen à relucir intolerancias y despotismos y demás oratoria del repertorio liberal, que para eso es un prodigio. ¿Y por qué al fin? Sólo por haber olvidado ó querido olvidar el alcalde el artículo constitucional famoso de que nadie podra ser molestado en el ejercicio de su Religion.

A bien que el olvidadizo y el trascordado debo de ser yo, que no caigo en la cuenta de que la libertad liberal es como el bálsamo de Fierabrás, que no servia más que para los caballeros andantes; así ella no debe servir más que para los liberales. Olvidábame de que la Constitucion, que en teoría garantiza todos los derechos, en la práctica no asegura ni uno al Catolicismo; ni el de asociacion, que protege à las públicas rameras, y no tolera à las monjas; ni el de propiedad, de que goza el templo protestante, y que no impide sea demolido el templo católico; ni el de emision del pensamiento, que consiente declarar guerra à Dios, y no permite à los Prelados su valerosa defensa. Olvidábame de que aquí no reinan

rey, ni Constitucion, ni leyes, sino el despotismo progresista, que ha sido siempre el más oriental y grosero de todos los despotismos.

¿Quieren oir mis hermanos liberales una leccion de Liberalismo dada por un Oscurantista? Pues es la siguiente: la Constitucion autoriza à los cultos falsos para construir en frente de nuestras iglesias sus templos respectivos, conformándose unicamente à las prescripciones de la policia urbana. El mismo derecho tienen, pues, tocante á cementerios. Construyan los ateos ó impios un cementerio delante, detrás ó al lado del nuestro, que por esto no hemos de reñir; inaugúrenle con sus ritos ó ceremonias; pónganle en el centro el simbolo que mejor cuadrare á sus ideas; entierren alli á los suyos con el ritual que se adopte; en nada de eso nos meterémos ni se meterá la Iglesia. Pero conste que no tienen derecho para hacer suyo el cementerio nuestro, como no lo tienen para hacer suya nuestra iglesia; conste que en todo lo que tenga relacion con la Religion media un abismo entre ellos y nosotros; conste que ellos no pueden dormir como nosotros al abrigo de la santa cruz, cuya supremacía no reconocen; pero que ellos y nosotros vivimos bajo el abrigo de la misma Constitucion que á todos nos ha declarado iguales é inviolables.

—¡Pero os habeis olvidado de la secularización de cementerios! Esta secularización salvaria todos los derechos. — Así exclama un conciliador al uso.

—Esta secularizacion los violaria todos, como los ha violado todos la secularizacion del matrimonio. La secularizacion equivaldria à arrancar de los cementerios españoles de quince millones de católicos la Cruz santa, ¿y para qué? para complacer à tres docenas de enemigos de ella. La secularizacion seria obligarnos à ser enterrados con quien tenemos el derecho de no querer serlo; seria el despotismo de ultratumba. La secularizacion respecto de los cementerios seria como si tratándose de iglesias, se nos obligase á todos, judios, moros, protestantes y católicos, à tener nuestros altares en un mismo recinto, codeándose el de Mahoma con el del divino Jesús, y la cátedra del rabino con la del pastor calvinista ó luterano. La secularizacion seria el insulto mayor que podriamos recibir, despues de tantos como hemos recibido, y la opinion todavía católica en este desventurado país protestaria ruidosamente contra ella en nombre del respeto que todos los pueblos han tenido siempre à las cenizas de sus hermanos, à las que han colocado siempre bajo el amparo de la Religion.

Abril, 1871.

LIV.

Generaciones y semblanzas.



dolorosa historia de la Pasion y muerte del Hijo de Dios, que la Iglesia empieza à conmemorar solemnemente en el dia de hoy, sugiere al católico observador una serie de reflexiones oportunísimas que, en gracia de la solem-

nidad del dia, quiero ofrecer por único artículo à mis estimados lectores.

¿Quién mata en el Calvario al Hijo de Dios? La falsa política al servicio de la impiedad. La tragedia de Jerusalen empieza con la descripcion de un congreso de fariseos, en el cual se delibera sobre la mayor ó menor conveniencia de acabar con el Salvador. Nótese que no se trata la cuestion de justicia, sino la de utilidad. «Reuniéronse, dice el Evangelio, en consejo los príncipes y los fariseos, y se decian: ¿Qué hacemos? Porque este Hombre hace muchos milagros. Si asi le dejamos, todos creerán en El, y vendrán luego los romanos v se apoderarán de nuestra nacion; conviene, pues, que Este muera para que se salve la patria.» La prision y muerte de Cristo fueron propuestas, pues, como medidas de alta política, fundadas en razones de interés nacional y de utilidad del pueblo. No nos debe asombrar, pues, que en nombre de las mismas razones sacrifiquen ciertos Gobiernos á la Iglesia, como sacrificó el Gobierno de Jerusalen á Cristo su autor. Todo lo más que podrémos deducir es que tales Gobiernos tienen con el conciliábulo de Jerusalen diabólicas semejanzas.

Empero la falsa política de los fariseos debió de conocer ya entonces lo que modernamente se han llamado conquistas revolucionarias. Los revolucionarios de Jerusalen, que conocian al dedillo el procedimiento liberal, tanto por lo menos como los de nuestra España con honra, resolvieron

llevar el asunto al tribunal inapelable é infalible (¿é inconsciente?) del pueblo. De donde vengo à sacar, para mi uso, otra reflexion, y es la de que ya entonces debia parecerle al diablo magnifico resorte eso del sufragio universal, que se ha querido pintar como invencion de nuestros dias. De lo cual sacaré tambien que el diablo es muy antiguo y las diabluras punto menos.

Dicho y hecho; llévase á cabo la incautacion bersonal de Cristo en el huerto de Getsemaní. No faltó tampoco entonces quien se vendiese á sí propio para vender luego á su Maestro, ni quien pagase fielmente el precio de la venta; ni faltó tampoco un árbol en que se ahorcase luego el traidor. Pedro sacó la espada en el acto de la prision, y atacó con ella à los agresores. Tampoco debió faltar entonces algun fariseo templado que calificase el celo del Apóstol de exageracion, y la defensa de Dios de insolente rebeldia. No consta, empero, que Pedro fuese llevado por de pronto á ningun Consejo de Estado. Más tarde tuvo con él sus dimes y diretes sobre si predicaba ó había de dejar de predicar, de todo lo cual sacó azotadas las espaldas, pero la doctrina victoriosa. Mas entonces los revolucionarios de allá tenian mucho que hacer con el Maestro, para que les quedase tiempo de pensar en los discipulos.

Someter á un plebiscito la causa de Jesús, no dejaba de parecer á los directores de la conspiracion negocio arriesgado. Hubieran preferido que Pilatos, sin consultar la voluntad nacional, hubiese dado á gusto de los acusadores la sentencia. El pueblo, conmovido por la reciente resurreccion de Lázaro, habia espontáneamente tributado al Salvador pocos dias antes los honores del más hermoso triunfo. ¿A quién se habia de ocurrir pedirle que votase ahora su muerte? Pues, si, señor, ocurrióseles, y tal maña se dieron en hacer uso de la influencia moral sobre aquel pueblo veleidoso, que Cristo sacado al balcon de Pilatos, y puesto en parangon con un ladron homicida, fuele pospuesto, y votada por aclamacion su sentencia de cruz. Es verdad que Pilatos y los fariseos no habian aguardado tampoco el fallo popular para atreverse à Jesús. Ya antes le habian escupido, abofeteado y escarnecido, y habianle vestido traje de loco, y declarádole reo de

muerte, y azotádole cruelmente, y luego coronádole de espinas, y puéstole caña en las manos, y harapienta púrpura en los hombros como rey de mofa. La votacion del pueblo y su aceptacion por el Pretor no vinieron á ser más que el visto-bueno de tantas infamias, el paliativo con que se quiso justificarlas.

Involuntariamente se viene à la memoria que en tiempos recientes un príncipe y una córte farisaicos han seguido el mismo procedimiento con Cristo en la persona de su augusto representante. El destronamiento y la opresion del Papa fueron decretados en Florencia bajo pretexto de utilidad nacional y de interés de la patria. La celada que se tendió al mansisimo Pontifice parece copiada de la del huerto de Getsemaní. Un grupo de satélites, conducidos por más de un traidor, asalta el recinto en donde permanece solo y en oracion el Vicario de Cristo; sin previo aviso, sin ultimatum, sin declaración de guerra, las hordas impías se presentan ante los muros de Roma, y empiezan el inicuo bombardeo. Los que al lado del Pastor defienden, como Pedro con su espada, su persona y el honor de la Europa católica, son apellidados cobardes y mercenarios. El atropellado es quien primero se levanta y va en busca de sus enemigos, manda cesar el fuego de los suyos; pide como Jesús que se les deje libres, y se entrega él en manos de los opresores. Éstos, una vez dueños de la codiciada presa, llueven sobre ella insultos y vilipendios; entonces cada periódico liberal es un salivazo al rostro purisimo de la victima, cada decreto del humilde Victor Manuel es una bofetada sangrienta en sus mejillas, cada resolucion de su Parlamento es el reus est mortis del Congreso de Jerusalen. La muerte está ya decretada, la persecucion empezó, la expoliacion no cesa, pero falta aún... ¿qué falta? ¡Ah! ¡Falta un plebiscito! Un plebiscito que diga la última palabra en este proceso de iniquidad. Se prepara el plebiscito, y algunas miles de bocas, entre extranjeras y corrompidas, hacen de pueblo romano, y vociferan delante del Vaticano el tolle, crucifige, de la Pasion. Y el equitativo rey del Piamonte y su imparcial Parlamento lávanse las manos ante Europa, y dicen con toda la cara de hombres de bien: «No fuimos nosotros; quisolo el pueblo, el voto nacional, el sufragio libre y espontáneo de los romanos.»

¡Ira de Dios! ¡Mentira y calumnia, pero mentira y calumnia groseramente farisaicas! Lo mismo, sí, lo mismo aquí que en Jerusalen; la misma perfidia, el mismo impudor, la iniquidad misma! ¡Revolucionarios! sois lo mismo hoy que ayer y que todos los siglos! Toda la historia del género humano ofrece á los ojos del filósofo católico la más rigurosa unidad; la generacion revolucionaria desde el Angel rebelde hasta el Anticristo, presenta siempre el mismo aire de familia; sólo los accesorios de lugar y tiempo han cambiado. Os conocemos, pues: en los verdugos de hace diez y nueve siglos encontramos los víctimas de hoy vuestra generacion y vuestras semblanzas.

Semana Santa, 1871.

LV.

Recuerdos y esperanzas.



A primera página del Cristianismo nos da cuenta de la primera persecucion, persecucion cuyas admirables analogías con otras persecuciones, tengo contadas á mis lectores. Empero ¡cosa providencial! Nuestra primera persecucion es

nuestra primera victoria, y la falsa politica revolucionaria de entonces, que no es sino la farisaica de ahora, aparece un momento vencedora en el Calvario, pero un momento despues vencida y humillada en la resurreccion del Salvador.

Suspicaz y precavida en extremo anduvo la politica del Gobierno de Jerusalen en todo lo relativo á la muerte del Salvador. No permitio fuese bajado de la cruz hasta cerciorarse por testigos de confianza de que el reo quedaba bien muerto y muy muerto. ¡Tal vez temia aún, en medio del terror de sus remordimientos, verle desclavarse moribundo del palo, y volviendo á nueva vida poner otra vez en aprieto la sabiduría de sus doctores! Ni esto empero le satisfizo. Quiso intervenir en el acto de la sepultura, y selló con los sellos públicos la piedra que la cerraba. Ni tampoco esto pareció bastante. Pidió guardias al Pretor, y puso centinelas de vista para guardar aquel destrozado cadáver, temible todavia despues de su suplicio. Si, pues, contra Cristo vivo se empleó un refinamiento de crueldad y de injusticia, contra Cristo muerto se empleó un lujo inaudito de precaucion y de diplomacia.

Paréceme à mí, Oscurantista que soy, que Dios hubo de permitir todo esto para que viésemos que así sabia burlar los rigores de la fuerza como las cavilosidades y sutilezas de la astucia. Porque sabia que el infierno no siempre habia de emplear contra nosotros el hacha y la lanza, sino otras mu-

chas veces el ingenio y la pluma y la falsa ley y las fórmulas de justicia.

He oido, en efecto, de mucho tiempo acá, gritar à muchos que la Iglesia está muerta, bien muerta, y á otros que no está muerta pero sí agonizante, y à muchos disponer ya la sepultura, y á no pocos, creyéndola ya sepultada, echar sobre ella los sellos y la piedra, redactando sobre ella pomposos é insultantes epitafios. Sin duda no la creen ya entre los vivos, sin duda la miran como antigualla de otros siglos, ó como ruina vieja próxima a desaparecer, los que la borran de toda legislacion, la niegan toda influencia y la creen indigna de todo respeto. Los revolucionarios españoles, que han legislado y legislan como si no hubiese Catolicismo en España ó como si éste fuese mero cadáver encerrado en la oscuridad del sepulcro, pertenecen indudablemente à esta clase de ilusos. Como los fariseos de Jerusalen, han hecho lo posible para matar á Cristo, y creen haberlo conseguido. Sus flamantes leyes son los sellos públicos con que intentan asegurar su perpetuo enterramiento.

¡Cáspita con los sabientes!¡La dan por muerta!¡Oiga! y temen, no obstante, y recelan y andan cuidadosos y doblan las guardias de vista, porque el cadáver no tiene trazas de tal, y forcejea y se agita entre sus ataduras, dispuesto á soltarse de ellas y á romper los sellos y á levantar la losa el dia menos pensado.

¡Y la levantará, lectores mios, y andarán aquel dia confusos y despavoridos los que creyeron habia de durar eternamente nuestro Viernes Santo! ¿Eternamente? ¿Y acaso hay nada eterno en este mundo como no sea la justicia de Dios? Entre tanto, una cosa sabemos (históricamente comprobada), y es, que la sabiduría humana dió, al nacer, por muerta y sepultada y sellada la obra de Dios, precisamente cuando iba á salir de alli resplandeciente y poderosa para emprender la conquista del mundo. Y sabemos que cada vez que se la dió por difunta apareció de improviso resucitada con asombro de todos. Aquellas tristezas y oscuridad de la tumba eran cabalmente la aurora de su juventud y su hermosa primavera.

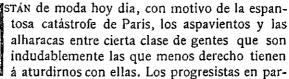
Quien eso sepa y eso recuerde, por más que carezca de fe,

conocerá que la Iglesia al repetir hoy despues de diez y ocho siglos el festivo Aleluya que fué cantado tres dias despues del Viernes Santo en Jerusalen, puede aún, en medio de sus presentes amarguras, darse de enhorabuenas y prometerse victoria sobre todos sus enemigos. ¡ Aleluya, pues! ¡ Y que esa palabra, recuerdo de nuestra primera victoria, sea tambien el símbolo de nuestras eternas esperanzas!

Pascua de Resurreccion, 1871.

LVI.

Recuerdos oportunos.



ticular, raza de suyo chillona y vocinglera, no se dan punto de reposo en esta tarea de apostrofar á los comunistas con los apodos de miserables, vándalos y bandidos. La Crónica de Cataluña toma parte una semana há en este concierto de horripilantes invectivas, como si los incendiarios de allá no fuesen al fin y al cabo hermanos suyos, algo más progresistas tan sólo que los de acá. Antójaseme (antojos al fin de picaro reaccionario) que la Crónica y sus cofrades gritan tanto y pintan su dolor tan al natural, sin duda porque tendrán algun remordimiento propio que ahogar. Propóngome templar tanta afliccion y enjugar tantas lágrimas con unos breves recuerdos hoy más que nunca oportunos. Voy á demostrar á estos señores, y en particular á mi querida Crónica de Cataluña, que no tienen de qué espeluznarse ni sentir calofrios por lo acaecido en Paris, pues hace años vienen ellos cometiendo lo mismisimo en nuestra patria. Y si consigo llevar á cabo esta demostracion histórica (que no es difícil) tendré derecho para deducir como consecuencia infalible que, ó bien los comunistas de allá no son más al fin que progresistas franceses, ó los progresistas de acá no vienen á ser sino comunistas españoles, dejando á mis adversarios (como rasgo de generosidad y galantería) en la absoluta libertad de escoger entre estas dos afirmaciones la que más les viniere à cuento.

Empecemos por trazarle sumariamente el proceso á la tristemente celebre Commune de París. Quiero en todo proceder con el mayor rigorismo judicial. En pos de esto la someteré á un careo con lo que me resuelvo á llamar *Commune* española. El fallo no lo daré yo; quiero que lo dé con más imparcialidad y sangre fria cada uno de mis lectores.

Resumamos en pocas palabras los capítulos de acusacion que lanzan el derecho y la humanidad contra la execrable Commune de París.

Insurreccion armada contra el poder legitimo.

Violacion de la propiedad en la demolicion de la casa de Thiers y saqueo de sus colecciones artísticas.

Conculcamiento de las glorias nacionales en la destruccion de la columna Vendome.

Brutal profanacion de lugares y cosas sagradas.

Inhumano asesinato de innumerables víctimas absolutamente ajenas à la lucha política.

Horrible incendio de los monumentos públicos.

Aquí está en compendio la tétrica historia de la Commune. No se dirá que trato de atenuar uno solo de los cargos que contra ella hará la posteridad. ¿Le falta una pieza al proceso? Voy á aplicarlo con la misma impasibilidad curial al liberalismo español.

Insurreccion. ¿Ha sido jamás otro alguno el orígen de toda dominacion liberal? Desde Riego hasta Prim ¿qué partido ha subido alguna vez al poder por los medios trazados en la misma teoría constitucional que se precia de defender en toda su pureza? Pecado muy venial parecerá éste. No insisto sobre él. Apelo al testimonio de la historia contemporánea.

Violacion de la propiedad y saqueo de bienes particulares. Sabeis lo que es la incautacion de un convento de monjas y la venta de sus paredes y de su solar? Pues es el despojo vil de veinte y cinco ó treinta señoras que à la sombra de la ley adquirieron sus dotes, donacion de sus padres ó dádivas de personas caritativas, las emplearon en la construccion y conservacion y adorno de un edificio que era su hipoteca, hasta que esta hipoteca pasó à los bolsillos del subastador liberal, y la monja hambrienta paró en el hospital, ó volvió à casa de sus padres sin lo que aportó de ella, ó se trasladó à otro convento, donde vive de públicas limosnas ó de humildes rifas, como algunas de esta ciudad.

Esta es la historia de todas las Comunidades expresadas. La demolicion de la casa de Thiers y su saqueo han escandalizado á la Europa. ¿Vale más el sér humano, vale más el derecho, vale más la propiedad en el jefe de la nacion francesa que en quinientas ó seiscientas hijas del pueblo? Es, pues, igual la iniquidad.

Conculcacion de las glorias nacionales. La Commune ha derribado la columna de Vendome, recuerdo de las victorias de la Francia. ¿Qué era Ripoll incendiado por los liberales? El primer monumento de la reconquista de Cataluña por nuestros Condes. Allí estaba cincuenta años atrás la tumba de Vifredo que ahora buscamos entre las ruinas. El fuego liberal la devoró. ¿Qué era Poblet? El monumento del apogeo de nuestro poderio; nuestro Escorial. Alli estaban los mausoleos de la casa de Aragon. No los vándalos, sino los liberales, arrancaron de su sepulcro la momia de Jaime el Conquistador, y la pusieron, fusil al brazo, para que parodiase un centinela. Recogido el cadáver del gran batallador por una mano piadosa, envuelto humildemente en una sábana, fue sacado de entre el polvo y ruinas donde servia de juguete á chiquillos, y colocado por los reaccionarios en más digna sepultura. Eran ó no eran glorias patrias las tumbas de Vifredo y del Conquistador? Pues, conste no fué la Commune de Paris quien las pisoteó.

Profanacion de las cosas santas. ¿Quién ha cedido en España los templos católicos á empresas de baile, sin tomarse ni siquiera el trabajo de hacer perder á aquellos su cristiana fisonomía? ¿Quién ha descolgado de sus ventanales las campanas? ¿Quién llegó en la primera época constitucional al horror de destinar para inmundo servicio la ara consagrada de los altares, la ara santa en la cual la Iglesia deposita el Cuerpo y Sangre de Cristo? ¿Quién en esta misma época cometió el sacrilegio de picar tabaco en la corona de los sacerdotes de Dios? ¿Quién ha perorado en los púlpitos de nuestras iglesias convertidas en clubs? ¿Quién ha dado á los socialistas la capilla de San Isidro de Madrid, para que allí se predicase guerra á Dios y á la sociedad? ¿Quién ha robado á las imágenes las alhajas, al culto su pompa, á la oscuridad del santuario sus lámparas de plata? En este

punto la Commune de París no ha hecho la mitad de lo que hicieron en pocos años los liberales españoles. Ni una ruina religiosa se ha hecho apenas en Francia. El suelo español está cubierto de sagradas ruinas.

Asesinatos. ¿Hemos olvidado la época en que obispos, como Strauch el de Vich, eran fusilados en Vallirana, como lo fueron asimismo tantos y tantos sacerdotes que por su desdicha vieron llegar á sus puertas la fatídica tartana de Rotten? ¿No nos estremece aún el recuerdo de los frailes de Madrid y demás capitales degollados al compás del himno de Riego? ¡Y esto pasó en toda España, y el asesinato en muchas partes fué organizado por el poder dominante, en otras consentido con fruicion, en ninguna ha sido aún vengado!!! La memoria de las víctimas es aún infamada por los novelistas, dramaturgos y oradores liberales. Nuestra generacion jóven no sabe ya la mitad de estos horrores. La historia empieza á tenerlos á conveniente distancia para juzgarlos imparcialmente. Lo que ha hecho la Commune de Paris, años hace lo presenciaron nuestros padres.

Incendio y demolicion de bibliotecas y archivos y preciosidades artísticas. El fuego liberal abrasó con los mejores monumentos del arte español las mejores de sus bibliotecas. No quiero extenderme en este punto de todos conocido. Tras el incendio, organizóse en Madrid por el Gobierno una Junta llamada de demolicion. La Commune de Paris no hubiera acertado á darle apellido más vandálico y brutal. Olózaga era presidente de esta lunta de demolicion. Esta Junta tenia por objeto acabar por medio de la piqueta y de la pólvora la obra empezada y no consumada por la tea. Muchos monumentos, como el preciosisimo de Santo Domingo de Mallorca, existirian aún. Fueron volados por órden de esta Junta. La Academia de San Fernando expuso algunas consideraciones para salvar de la destruccion decretada la iglesia de Padres de San Felipe Neri de Madrid. Alegábase el mérito artístico del edificio. Olózaga el demoledor respondió al tratarse este punto en las Córtes, que si esto se tomaba en consideracion, apenas se podria demoler edificio alguno, porque en todos se encontrarian bellezas artísticas dignas de ser respetadas. Y se demolió el monumento, porque para D. Salustiano y su brigada de demoledores lo urgente era demoler.

Habian quedado en pié en Barcelona los claustros del magnifico convento de Santa Catalina. Para conservar esta joya del arte gótico catalan se pensó hacer de ellos pescaderia, y se representó en este sentido. La respuesta de los liberales de Madrid es digna de la Commune: «De los monumentos del fanatismo, dijeron, no debe quedar ni una piedra ni una huella.» Y se derribó lo que quedaba de aquella joya.

La antigua iglesia de San Miguel ano era visitada en nuestra ciudad como una de las mejores antigüedades romanas? ¿Dónde pára el histórico mosaico que tantos sabios estudiaban con afan? ¿Qué manos lo arrancaron? ¿Tan lejos están estos sucesos que no los recordemos ya?

Paris ha sido convertido en hoguera. ¿Y no nos ha dejado consignado Patxot en un libro magnifico que hubo una noche en que nuestra ciudad quedó convertida en un mar de llamas? ¿Y no hubiera podido añadir tambien, en un mar de sangre? ¿Y quién encendió aquellas llamas? ¿Y quién hizo correr á torrentes aquella sangre?

Terminada está la vista, verificado el careo. ¿Se observan desigualdades entre los dos reos cuyo paralelo acabo de presentar á la opinion pública imparcial? Sí las hay, y son las siguientes:

En París se ha incendiado, demolido, asesinado en la fiebre, en el delirio, en la desesperacion de la derrota. En presencia de una muerte inevitable, acorralados los comunistas como fieras, se portaron como tales, y su horrible y satànica hazaña, si no se excusa, se explica. En España se ha incendiado, demolido, asesinado á sangre fria, calculándolo todo, aprovechando en beneficio propio el incendio y la demolicion; la tea se puso en manos del populacho, despues de haberlo atizado pacientemente durante muchos años con la calumnia. Una vez la plebe seducida hubo prestado este servicio, fué arrancada la tea de sus manos, y áun se fusiló à algun infeliz incendiario, pero la destruccion prosiguió, y la ley inicua prosiguió y consumó la tarea iniciada por el motin. Cuarenta años há que la Commune española prosigue su obra.

Finalmente. París ha sido víctima de hordas en su mayor parte extranjeras. España ha sido devastada y saqueada, horror causa decirlo, por españoles.

Dejen nuestros adversarios de sollozar sobre los estragos de París; jeremiadas ridículas en su boca. Más consecuentes han sido Garcia López y Pi Margall intentando rehabilitar á los infames bandidos de la Commune, que Martos y Sagasta anatematizándolos. No estamos aún tan lejos del 34, ni del 36, ni de San Gil, ni de Montalegre. Callen y oculten su verguenza. Dejen que condene quien tenga derecho para condenar. Este derecho no lo tienen los cómplices. En toda ley de enjuiciamiento el cómplice es declarado juez incompetente. Sancho Panza les dirá que no es cuerdo nombrar la soga en casa del ahorcado. No hablen, pues, de incendios, demoliciones y asesinatos. La Commune de Paris, alzándose como espectro infernal al través de la humareda de sus incendios y de los vapores de la sangre y del petróleo, soltará la histérica carcajada y asomando por encima las cumbres del Pirineo, les gritarà: «; Miserables! A lo menos nosotros hemos tenido la franqueza diabólica de anunciar á la faz del mundo nuestro plan ,y el sublime valor de morir en la demanda. A lo menos tuvimos la fiera grandeza del crimen, no la vil ruindad de la hipocresía.»

Mayo, 1871.

LVII.

La Enciclica y la Commune.



sombro causará à algunos ver emparejados estos dos nombres, y lo atribuirán á excentricidad mia ó cuando menos á prurito injustificado de presentar contrastes violentos y de producir efecto. Conste en este caso que no soy yo, sino la

Providencia de Dios, quien ha colocado uno enfrente del otro estos dos acontecimientos de nuestra época. Acontecimientos de suma importancia y de profunda filosofia, no tan separados entre si como habrá querido suponer tal vez quien no los hava observado atentamente, sino intimamente relacionados, perfectamente enlazados, en términos de que vengan á ser complemento y explicacion el uno del otro. Los que á la luz los sacaron no buscaron, ni tal vez atinaron siquiera, esa mutua relacion y correspendencia. A los que no vean en todo la mano de Dios habrá parecido casual, fortuita y nada significativa la aparicion simultánea en el mundo de la Enciclica, grito de la Iglesia, y de la Commune, erupcion del infierno. Dios, empero, que tiene en su mano los hilos todos de este vasto escenario en que nos movemos; Dios que, sin perjudicar en lo más mínimo nuestra libertad moral y de consiguiente nuestra responsabilidad, dirige à sus altísimos fines todos nuestros actos y el curso de los humanos acontecimientos; Dios para quien no hay azar ni casualidad, sino verdadera prevision y providencia, es quien ha permitido el uno y ha lanzado el otro en medio de nuestras desventuras, para que amboso brasen con mayor fuerza en el ánimo de los ilusos, si es que alguna ilusion puede quedar todavía en pié despues de tan aterradoras realidades.

La última Encíclica es la voz de la Iglesia, tranquila y reposada, diciendo y repitiendo lo de siempre, porque la verdad es siempre la misma. Muy ligero anduvo el Imparcial cuando la censuró de retrógrada y de proclamar doctrinas propias del siglo de Inocencio III. Con esto hizo su elogio. La verdad no varia segun los tiempos. La verdad no es progresista. Y la Religion es la verdad. La doctrina católica no conoce diferencia de siglos. Lo que era verdadero en los tiempos de Inocencio III lo es tambien en los de Pio IX, como lo fué en los de Pedro el pescador. ¿Y qué ha dicho la Iglesia por boca de Pio IX? Que ella ha sido constituida intérprete del derecho natural y divino en todo el mundo. Esta es la frase que parece haber escandalizado al Imparcial. Ahí le duele. No hay, pues, interpretacion legitima del derecho natural si se da en oposicion á las doctrinas de la Iglesia. Esta es la doctrina católica de hoy y de siempre. No existe, pues, despues de Cristo y donde es conocido Cristo, el derecho natural independiente. Y como el Liberalismo es la teoría del derecho natural independiente de la Religion; como el Liberalismo, aun el más moderado, se funda en la separación de estas dos ideas que la Iglesia ha declarado unidas, de ahi que la Encíclica última es la condenación radical del Liberalismo moderno, ya en anteriores documentos condenado. No se puede admitir la existencia de dos criterios distintos, uno para la Religion, otro para la política. La política no es sino un desarrollo de los principios del derecho natural; el derecho natural está subordinado á la Religion y sujeto á la interpretacion de la Iglesia; luego, despues de la predicacion del Evangelio, toda política debe estar subordinada à la sancion de la Iglesia, so pena de ser pagana. La separacion de la Iglesia y del Estado es, pues, una herejía. Es así que toda la teoría liberal se funda en esta pretendida separacion de derechos: el natural y el religioso. Luego el Liberalismo como teoria filosófica y política está verdadera y esplicitamente condenado por la Iglesia.

Esta es la última palabra de la Iglesia. Es decir, la confirmacion de sus constantes doctrinas sobre el hombre y sobre la sociedad. La Iglesia no se ha movido un paso ni una linea del punto en que la dejó sentada su Maestro divino, ni se

т. у.—18

moverá. Llámese á esto teocracia. Lo es en efecto. Es el derecho de Dios á intervenir en todo, hasta en la gobernacion de los pueblos. Es el derecho de la Iglesia á juzgarlo todo, hasta los sistemas políticos. Colocada en este punto la cuestion, no hay sino una disyuntiva. O teocracia, ó paganismo. O el derecho divino regulando el humano, ó el derecho humano prescindiendo del divino.

La Iglesia, que es Dios en la verdad de sus enseñanzas y en la autoridad para imponerlas, se atiene á lo primero. «Soy, dice, la intérprete y la reguladora del derecho natural, y de consiguiente de todo lo que emana de éste, incluso el derecho político.»

El Liberalismo moderno proclama lo segundo, y dice: «El hombre es el único intérprete y regulador del derecho natural, y de consiguiente de todo lo que emana de él, incluso el derecho político.» El Liberalismo y la Iglesia se hallan, pues, en una verdadera contradiccion de términos. Todo lo que se haga para llenar este abismo que los separa es inútil. El abismo fatal va abriéndose de cada dia más, y la situacion va poniéndose más franca y más despejada.

La Commune ha dicho la última palabra del Liberalismo, como la Enciclica ha dicho la última palabra de la Iglesia. La Commune, llevando hasta sus últimas consecuencias la libre interpretacion del derecho natural, perfectamente lógica en su procedimiento, tenaz y atrevida para desenvolverlo, à pesar de todos los absurdos, ha llegado à condenar como imposiciones de la tiranía, ó como instituciones puramente convencionales, la propiedad, el matrimonio, la Religion. El preámbulo de su proyecto de matrimonio bestial lo proclama así. Él nos dice lo que es el derecho natural dejado à la libre interpretacion del hombre. Su forma de gobierno ya la habeis visto, su justicia ya la conoceis.

Hora es ya de resolverse. O con el derecho natural y político en nombre de Dios, mediante la interpretacion de la Iglesia; ó con el derecho natural y político en nombre del hombre, mediante la interpretacion de la *Commune*.

¡Poderosos de la tierra! como os llamaba hace poco un infernal manifiesto, poderosos de la tierra, resolveos pronto, pronto, sobre la marcha, porque eso va que vuela. El tren anda á toda máquina, y solo Dios sabe dónde pararémos hoy ó mañana. O con nosotros para salvarnos todos, ó con ellos para volar un dia con vuestras ciudades, vuestros palacios, vuestras fábricas y nuestros templos. Los templos lo último, ya lo veis. O con nosotros ó con ellos. Escoged.

Nosotros somos la Iglesia. Ellos son la Commune. O con la Iglesia, pues, ó con la Commune.

Junio, 1871.

LVIII.

La fecha memorable.



RAN dia es el de hoy! Nuestros mismos enemigos deben de tenernos envidia, contemplando la poderosa fuerza de la unidad, que hace latir con un solo latido á todos los corazones del mundo. ¡Gran dia es el de hoy! Ahora más

que nunca sienten nuestras almas verdaderos impulsos de orgullo al reconocerse hijas de la Iglesia, ahora más que nunca cada fiel reconoce todo el valor y precio de su fe, y se encuentra verdaderamente grande, pudiendo exclamar: «¡Tambien yo soy uno de ellos! ¡Tambien yo pertenezco á esta magnifica familia! ¡Tambien yo soy católico!» ¡Dichoso quien puede pronunciar esta palabra sin vacilacion y repetirla sin remordimiento! ¡Dichoso quien no la empequeñece ni la anula con vanos distingos ni restricciones!

No nos es lícito apartar nuestras miradas de aquel punto central á donde convergen hoy los suspiros, las oraciones, las enhorabuenas de todo el mundo. Los ojos cansados de hallar en todas partes ruindad y pequeñez y miseria, descansan con placer, con serenidad, y sobre todo con indecible confianza en la suavisima fisonomía de aquel santo Anciano, en quien ha querido Dios reunir condiciones tales, que le hicieran acreedor á la admiración de sus mismos enemigos. En él ha querido el cielo mostrarnos la personificación más completa de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo santo, únicamente escarnecido hoy por todo lo grosero, por todo lo inmundo, por todo lo perverso. En él ha querido la Providencia que viesen hasta los más ciegos lo injustificado de la persecucion que maltrata hoy á la Iglesia católica. Así lo han comprendido con su certero instinto los pueblos, y de ahi el movimiento popular, no oficial ni oficioso, gracias à Dios, sino espontáneo, libre, como la luz del sol y como

el aire del cielo. Si presion ha habido, justo es consignarlo, no ha venido de arriba abajo. De arriba abajo no han venido sino las desconfianzas y las prevenciones. Si presion ha habido, ha subido ¡vive Dios! de abajo arriba, arrollando todos los obstáculos y arrastrando á remolque hasta á las voluntades más recalcitrantes.

¡Gran cuadro es el de hoy! ¡De qué modo tan maravilloso dispone Dios los hombres y las cosas! De un año acá horrendas catástrofes acaban de presentarnos en toda su desnudez lo que valian ciertos hombres y ciertas reputaciones. Los grandes de aver son hoy mezquinos ante la opinion pública, que ni siquiera sabe compadecerlos, y si sólo despreciarlos. Los que tal vez llegaron à creerse dioses de la tierra, y presumieron como la Providencia arreglar á su voluntad los destinos de ella, los que jugaban con pueblos y reyes, dispensando ó retirando á unos y á otros su desdeñosa proteccion, ¿dónde están? ¿Qué fué de ellos? Ved sus nombres olvidados, sus planes desvanecidos, sus sistemas desacreditados; el mundo ha dado un paso y los ha hundido; y tras estos bruscos cambios de decoracion, en pos de tantas grandezas caidas, quien tiene poder aun para conmover con sola una palabra las cinco partes del mundo conocido, es un débil, un pobre, un anciano, un mendigo, el vendido, el ultrajado, el escarnecido! Y á este pobre, á este débil, á este anciano, à este mendigo, à este ultrajado, à este vendido, la opinion pública, que hunde con una sola mirada de desprecio á los más poderosos, la levanta hoy sobre el pavés, le ofrece un trono de amor en cada ciudad y en cada aldea, y le rinde el tributo de admiracion y de respeto más elocuente que han tributado jamás los pueblos al Pontificado en diez y nueve siglos de Cristianismo!

¡Gran cuadro es el de hoy! ¡Por cuán extraños caminos nos ha hecho llegar hasta estas alturas la mano de la Providencia! ¡Qué sublime marco de acontecimientos le ha puesto á ese cuadro grandioso! ¡Qué poderosos contrastes ha colocado oportunamente para que resaltase con mayor fuerza el hecho principal! ¡Qué efectos prodigiosos de luz ha derramado sobre él para embellecerlo y animarlo! Buscando en los tiempos pasados una página parecida á ésta, no se la en-

cuentra. Lo que pasa hoy es de un género absolutamente nuevo; es de un género puramente divino y providencial. La lógica ordinaria vese aqui fallida en sus deducciones, la perspicacia de los sabios se pierde como un pobre niño en sus conjeturas. Dios parece haberse empeñado en obrar por si solo en esta crisis, á fin de que á Él se otorgue toda la gloria del próximo, inevitable, gloriosísimo desenlace.

¡Gloria á El solo! Lo sabíamos ya por la fe, y cada dia nos lo confirma la experiencia. Ciego, mil veces ciego, el que entre tantos resplandores no ve. La historia citará la fecha de hoy como una de las más gloriosas para el Pontificado, la fe verá en ella una de las muestras más señaladas de la proteccion de Dios sobre su atribulada Iglesia, la esperanza descubre ya desde estas alturas nuevos y dilatadísimos horizontes que no tardarémos en recorrer.

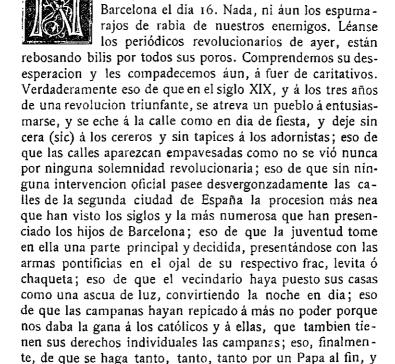
¡Gran dia es el de hoy! Dios está con nosotros; ¡gloria á Dios! ¡gloria á su Vicario!

Junio, 1871.

LIX.

Consuelos y desconsuelos.

ADA, nada le ha faltado á la grandiosa, á la magnifica, á la inmensa manifestacion católica de



Que cuatro ciudadanos paseasen por estas calles el gorro frigio ó el plumero de miliciano nacional, que alumbrasen

de hacer volver turbias las más serenas inteligencias.

por un Papa que ha condenado en el *Syllabus* el Liberalismo moderno y las llamadas conquistas revolucionarias, es verdaderamente cosa de poner desesperado al más flemático, y

la ciudad hasta con las iluminaciones de la Commune, ¡ah! todo esto se concibe y aun se justifica. Que aparezca un cartel declarando guerra infame á Dios, no es al fin más que un buen ó mal uso de la libertad de imprenta. Pero que se ponga en las esquinas el anuncio de una hoja con el titulo: «Viva el Papa-Rey;» que se paseen las calles con las insignias de la fe; que saque cada vecino á su balcon las hachas, faroles ó lo que Dios le diere á entender, ¡oh! ¡oh! ¡oh! eso es absurdo, nefando, indigno de la civilizacion y del siglo.

¡Válgame Dios y qué luces y qué civilizacion y qué lógica y qué majadería la de nuestros cofrades! Suplicoles, por Dios, no lo tomen tan á pechos, que eso daña la salud, y sus señorías deben de tener algo nervioso el temperamento. Y hace un calor de todos los diablos, y se pillan en esta estacion unas congestiones cerebrales, que dan al traste en veínte y cuatro horas con el más ateo y el más pintado. Calma, señores, calma; hay que acostumbrarse á los desahogos de la voluntad nacional que tanto nos habeis ponderado, y no habeis de reñir con vuestra sin par Dulcinea por tan fútiles motivos. Si no mienten pronósticos y señales, mayores disgustos os aguardan; á bien que para tales apuros ahí estoy yo dispuesto á enjugaros las lágrimas hasta con pañizuelo de randas.

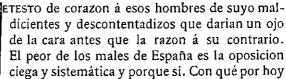
¿Qué hay que hacer? Entre vuestras iluminaciones de Paris y nuestras iluminaciones de Barcelona, el pueblo honrado opta por las segundas. Entre Victor Manuel que despoja y no tiene un cuarto, y Pio IX despojado, que de los donativos del mundo envió treinta mil pesetas á los pobres de Francia, estamos francamente por Pio IX. Entre la voluntad nacional que ha menester el apoyo oficial para manifestarse y que lo consigue apenas, y la voluntad nacional que el viernes pasado se manifestó libre, espontánea é irresistible, por la última nos decidimos. Un reto y basta de prosa. Convoquen los periódicos hoy desconsolados al pueblo barcelonés para una fiesta revolucionaria, convidente à festejar à cualquiera de sus prohombres, pidanle que adorne fachadas, alumbre balcones, y ria, y cante, y se huelgue como en dia de fiesta. Verémos si alcanzarán otro resultado que el que ya otras veces han obtenido. Una brillante parada y los cuarteles iluminados por el entusiasmo (espontáneo) de la órden del dia dictada por el jefe superior. Esto seria lo suyo, lo de la Revolucion; lo del viernes es lo nuestro, lo del pueblo español.

Esta es la verdad de las cosas. Todos los despechos y rabietas no lograrán desfigurarla.

Junio, 1871.

LX.

¡Justicia seca!



soy progresista y estoy al lado del ministerio y de La Iberia y de la Crónica de Cataluña, que es cuanto se puede decir en punto á progresismo. En la desgraciada cuestion de las colgaduras y de los faroles de Madrid, véome forzado á separarme de mis hermanos católicos, que se han portado en esto como imprudentes, temerarios y criminales. Criminales, sí, y no retiro la palabra, señor Director, por más que á V. y á los suscritores de La Conviccion les amargue. Los católicos de Madrid tienen la culpa, toda la culpa de lo acontecido en sus calles y plazas hace pocos dias. A ellos, pues, debe exigirse toda la responsabilidad, á ellos debe aplicarse todo el castigo. En el escandaloso litigio que ocho dias hà se está ventilando entre los periódicos católicos y los revolucionarios, entre los atropellados del dia 16 y los atropelladores, estoy decididamente por los segundos. Diráse tal vez que he perdido el juicio, la verguenza y el sentido comun. No deberia parecer grave pérdida esa, segun lo poco que se molestan ciertas gentes por ella; mas aunque lo fuese, piérdase todo, hasta el honor, como se salve la justicia. Cuando ya desde un principio me resigné al dictado de progresista, figúrese el mundo si andaré resignado ya de antemano á cuantos perrerías puedan decirse de mi humilde persona. Tanto mas resaltarán mi imparcialidad y la buena fe de mi apellido, cuanto más persecucion de mis amigos sufriere por la razon. No quiero el refran que dice «justicia y no por mi casa.» Aténgome al título de mi articulejo: ¡ Justicia seca!

- --; Va de veras, señor Oscurantista?
- —Pues, ¡cómo si va de veras! ¿hablé yo por ventura jamás de burlas?
- —Es que, á decir la verdad, duéleme en el alma verle á vuesa merced abogado de malas causas, con notable perjuicio de su buena fama.
- -Lo dicho, soy progresista siquiera por media hora, aunque no sea más que para experimentar à qué sabe el oficio.
- —Pues Dios se la depare buena. ¿Y con qué razones piensa V. abonar à sus desventurados clientes?
- —Con las muy sencillas de tres ó cuatro casos prácticos que convencerán á V. y á los más duros de mollera.

Despues de esto sólo podrán quedar en sus trece los testarudos de profesion. Voy al caso.

Sabido es que á los católicos de Madrid y de todo el mundo hubo de antojárseles celebrar con luces y colgaduras el dia 16 de Junio, por las razones que V. y todos sabemos. Y antojóseles juntamente à algunos ciudadanos de la coronada villa que no debia celebrarse tal fiesta, ó á lo menos que no debia celebrarse de aquel modo. Hasta aquí nada ofrece de particular la cuestion: es clara como vino de taberna. Se reduce à que habia dos gustos opuestos entre sí. ¿Cuál de ellos fué el primer culpable? Razon progresista y mia al canto. Fué el primer culpable el primero de ellos que se opuso à su contrario. ¿Y quien fué el primero que empezó à oponerse? Fué indudablemente el gusto de los católicos. Hubiéranse abstenido de este gusto los católicos, y no hubiera tenido lugar la oposicion, ni el conflicto, ni el escándalo. Hubiéranse suprimido las iluminaciones de los católicos; más aun, hubiéranse suprimido los católicos mismos, y el famoso dia de la porra hubiérase pasado sin novedad. ¿Es cierto esto ó no?

- ---Ciertisimo, pero...
- —¿Qué pero, hombre, ni qué manzano? ¿Ha leido V. los periódicos ministeriales de toda esta semana? Pues á fe que no encuentran ellos *pero* alguno en esta argumentacion, y se defienden con ella á las mil maravillas. Y de ellos la saqué yo, y convencime con ella, mucho más cuando añadí por via de ilustracion los ejemplitos siguientes:

Va V. por un camino y topa V. con bandoleros ó topan ellos con su persona, que para el caso es igual. Y lleva V. bolsa, y en ella sus escuditos del alma, y átanle, y róbanle, y dándole por añadidura tres ó cuatro docenas de mojicones por la resistencia. ¿Será V. tan corto de genio que de esto les eche la culpa á los bandoleritos? Antiguamente pudo ser así; ahora no: otros tiempos, otras costumbres. Yo, juez, mandaria á V. al presidio, y obraria muy bien... porque si V. fué detenido, y robado, y apaleado, ¿quién sino V. tuvo la culpa? Viajara V. sin dinero, y de fijo no le quitaran un céntimo todos los ladrones habidos desde el tiempo de Caco hasta el siglo de la incautacion. No lleve V. dinero y no le robarán. Es probado.

¿Que tiene V. enemigos ocultos ó declarados, y juntamente tiene V. casa ó heredad, y viénense ellos favorecidos de sus derechos individuales, y tálanle el cortijo y pónenle fuego á la casa, y vanse tan tranquilos? Acude V. á la autoridad, y averiguase el nombre de los malhechores. ¿Sabe V. lo que procede segun las disposiciones de la novisima jurisprudencia que yo defiendo? Que le cojan á V., y le manden pagar daños y perjuicios á los incendiarios y costas encima, pues verdaderamente es V. el culpable y no otro alguno. Porque si no tuviera V. casa ni hacienda, ¿cómo cayeran ellos en la maldita tentacion de devastársela? De fijo no van á incendiarme la finca á mí que no tengo donde caerme muerto. V. dió la ocasion y con ella indujo al crímen. Los incendiarios no fueron sino víctimas infelices de la sujestion de V. Pues V. llevará la pena.

Aplique V. estos casos y déme la razon. Si no hubiesen sacado faroles los vecinos de Madrid, ¿quién se hubiera atrevido á romperlos? Nadie. Si no hubiese hecho alarde de sus históricos tapices el Marqués de Monistrol, ¿se los hubieran hecho trizas los liberales? De fijo que no. Estoy por decir, que al fin el mismo Papa es quien tiene la culpa de todo. Porque si à Su Santidad no se le hubiese ocurrido vivir más años en el Pontificado que cualquier otro antecesor suyo despues de san Pedro, no hubiera habido aniversario que celebrar, ni tapices que sacar à la calle, ni farolitos con que poner de mal humor à ciertas gentes. Vea V.; todo se hu-

biera evitado con sólo que Pio IX hubiese muerto un año antes ó siquiera un dia. Cierto que fué lástima no advertírselo para tranquilidad de los liberales madrileños.

¿Rieste, amigo lector? ¿Rieste del artículo y de la ocurrencia? Riete, sí; mas no de mí, sino de los inselices ministeriales que durante una semana no han sabido inventar en desensa de sus señores otro género de argumentos. ¿No has visto como todos los periódicos progresistas no saben hacer otra cosa que lamentar la independencia de los católicos que motivaron los atropellos de que segun ellos sobre el atropello sufrido llevamos encima la responsabilidad moral de haberlo ocasionado. Es decir, que el pobre robado tiene la culpa de que le roben, no los ladrones; y el dueño de la finca incendiada es responsable del incendio, no los incendiarios. ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! ¡oh lógica! ¡oh sabios progresistas!

Junio, 1871.

LXI.

¡Centinela! ¿Qué tal la noche?



STÁN terminando en todas partes los brillantes festejos con que el mundo ha celebrado el vigésimoquinto aniversario de la coronacion de Pio IX. Las noticias que de remotas regiones nos van llegando atestiguan que hoy, lo mismo

que en tiempo de los Apóstoles, es cierta, bajo este punto de vista, la frase del libro de los Hechos: «La muchedumbre de los que creian en el Señor tenia un solo corazon y una sola alma.» Y aquella otra con que en el mismo libro se pinta con una sola pincelada la actitud de toda la Iglesia durante el encarcelamiento de Pedro por Herodes. «Pedro, dice, estaba, es verdad, en la cárcel, mas toda la Iglesia dirigia por él oracion á Dios.» Si la division es, segun un oráculo divino, síntoma de ruina, la union debe de ser precisamente prenda de seguridad y de triunfo. Estamos unidos, luego podemos estar seguros.

Este sentimiento de confianza que en el ánimo infunde, una sola ojeada que se dirija sobre la faz de los pueblos católicos esparcidos por las cinco partes del globo, siéntese de un modo más eficaz al fijar los ojos en el punto central, en aquella arena donde se citaron para tan recios combates el paganismo moribundo y el naciente Cristianismo, y donde se han citado otra vez en nuestros dias para decisiva batalla la Revolucion y la Iglesia de Dios. Allí hay que clavar ansiosa la mirada, el ejército de la Revolucion y el ejército de la Iglesia sostienen do quier la lucha cubriendo con sus respectivos soldados todo el mundo, pero las cabezas allí están; allí es dado observar la fisonomía de ambos; allí se ven la vacilacion, la inseguridad y los inciertos visages del uno; allí se admira la invicta serenidad, la calma y la fortaleza del otro. Víctor Manuel, el poderoso, el señor de Italia, el que lleva

por vanguardia y retaguardia de su persona todas las fuerzas revolucionarias del mundo, tiembla como un niño antes de presentarse á esta ciudad abierta, desmantelada, ocupada por los suyos, donde se le dice á todas horas que le es tan favorable la opinion del pueblo romano. Si hubiese alli ametralladoras y chassepots no los temiera indudablemente el reysoldado. Pero hay allí en un rincon de un palacio solitario un débil Anciano octogenario, sin más armas que su bendicion para los fieles y su anatema para los impios, y este Anciano puede no querer recibirle en su presencia, y el rey de Italia tendrá que quedarse humillado á la parte exterior de la cámara pontificia, sin obtener la majestad revolucionaria el inestimable don de una entrevista que cien y cien desconocidos de todo el mundo obtienen sin esfuerzo de ninguna clase. Y el rey maldecido teme parecer á los ojos de la Europa espectadora, tan pigmeo y tan raquítico como grandiosa y gigantesca va alzándose, á pesar de sus desgracias, la inmortal figura de Pio IX.

Esta es la situacion actual de la Revolucion personificada en el infeliz Monarca que se ha prestado à ser instrumento de ella. Los continuos telegramas que nos dicen, va que va á Roma, ya que no va, ora que permanecerá sólo dos dias, ora que hará allí más larga estancia, ora que entrará de incógnito, ora que se preparan grandes fiestas para recibirle, no son sino datos elocuentes que revelan la vacilacion, el susto, la debilidad de la Revolucion que en Italia, en Francia y en España se siente herida de muerte y no busca más que un expediente para prolongar unas horas su angustiosa agonia. Esta puede ser todavia tremenda para el mundo; las últimas convulsiones del monstruo decrépito pueden aún conmoverle y hacinar sobre las ruinas y cadáveres hacinados, nuevas ruinas y nuevos cadáveres. Mas... la hora de la Providencia ha sonado para la Revolucion, y es en vano que se agite y se retuerza bajo la mano de Dios. Mirenla bien los pueblos y aprendan á no temerla. En Italia, confusa y humillada pidiendo para vivir una audiencia al Pontífice. En Francia, incendiando en el frenesí de su desesperacion la ciudadcerebro del mundo, y dejando aparecer tras la humareda de los incendios los primeros crepúsculos de una restauracion cristiana. En España... ¿quién no sabe lo que en España pasa quince dias há? Basta decir que la situacion, despues de haberse declarado à sí misma muerta y expuesta de cuerpo presente, resuelve tentar un esíuerzo supremo y galvanizarse y seguir andando à tientas y vivir muriendo, que es tristisimo vivir y morir.

Decididamente esto se va y se va más que de paso. De Roma sobre todo, los aires que de allá soplan no son sino aires de confianza. Diríase que desde allí como de más empinada altura empieza à divisarse antes que de otra parte el primer clarear de la aurora. Diriase que el Papa, centinela colocado por Dios en el baluarte más avanzado, dominando desde él la noche pavorosa que le rodea, ha oido de todos los puntos del globo la voz suplicante de millones de combatientes que le dirigimos á cada momento aquella ansiosa pregunta de la Escritura: «¡Eh!; centinela!; cómo está la noche?» Y que el Papa, encarándose bondadosamente con los que le preguntamos, nos responde lo que real y efectivamente acaba de contestar á varios de sus hijos en la última solemnidad: «Este estado de cosas no puede durar siempre, y no cambiará sin duda hoy ni mañana, pero cambiará. Os he dicho que era preciso tener calma. El Señor no ha permitido que pierda un solo instante mi confianza, y hasta os diré que lo que me sucede es una garantía para lo porvenir.» (Contestacion à la Comision polaca). «Acepto esta tiara (regalo de los belgas) como un símbolo de resurreccion. No me servirá en la actualidad, sino en los dias del triunfo.» (Contestacion á la Comision belga).

Y despues de palabras tan terminantes ¿qué he de añadir yo? Nada, lectores mios, lo de siempre. Roma es el peñon. El Papa es el vigía. Ojo al vigía.

Junio, 1871.

LXII.

El espíritu del siglo.



ENGO un amigo, y sigamos adelante, como diria Figaro, que esto nada tiene de particular. Y es el tal, mozalbete de veinte y dos años cumplidos, rubia patilla inglesa, ajustado pantalon y relucientes borceguies. Con estos arreos y la

educacion que ahora se usa, ha dado en la flor de creerse el más despreocupado mortal que vive y pelecha en este siglo de despreocupacion y de tantísimas otras cosas. Preciso es, empero, confesar que no le faltan para esta su presuncion abonadas razones. Discípulo aprovechado de la libertad de enseñanza, dos cosas sabe de sus libros de texto, la portada y el indice, y con esto y su natural desenvoltura dale quince y raya en cafés y ateneos al más incansable devorador de Vinios y Pandectas. Canta en italiano como buen dilettante, saluda en francés al sastre y al peluquero, y habla y escribe cierta jerga endiablada que él cree buenamente idioma español. Es, en una palabra, en traje y costumbres tipo completo de la generacion elegante y soi dissant ilustrada del año de gracia 1871.

Es hombre resuelto y expedito de brazos y lengua, y habla y gesticula con una facilidad que diera envidia á los maestros del oficio. Es de los que se dice que obran antes y piensan despues. Así juzga sumariamente y falla sobre la marcha en historia, religion, derecho natural, civil ó político, y reparte á destajo censuras y calificaciones sobre autores y sistemas sin sentir aprension ni pararse en barras. Con tales prendas paréceme de sobras añadir que es el orgullo de sus amigos, la esperanza de su familia, el oráculo de la vecindad.

Es el caso, pues, que de la lectura constante de periódicos revolucionarios en que vive enfrascado, se le ha quedado á mi pobre amigo una frase ó muletilla que anda repartiendo

r. v.—19

como universal contestacion á toda clase de dificultades. Es la que forma el epigrafe del presente artículo.

Dícenle, por ejemplo: ¿Qué tiene de absurda la existencia de los Institutos religiosos? Aún bajo el falso punto de vista de los derechos individuales, ¿no es dueña de su corazon cualquier doncella para ofrecérselo á Dios, ó al primer calavera que ronde sus balcones? ¿Y no es libre el varon de encerrarse en un convento ó meterse á voluntario de la libertad? — Es cierto, os responderá; mas el espiritu del siglo rechaza estas sombrias Instituciones, legado de tiempos que pasaron ya para no volver, etc., etc.

La Iglesia es una corporacion, le direis, y las corporaciones pueden ser propietarias, segun toda nocion de derecho. ¿Qué principio jurídico puede, pues, justificar el robo de la propiedad eclesiástica adquirida á la sombra de la ley y con todas las condiciones que ésta exige? — Teneis razon, os dirá; mas el espiritu del siglo condena la acumulacion de bienes en manos muertas, el estancamiento, etc., etc.

Hablaréisle de unidad religiosa y de sus ventajas políticas y sociales, de su incuestionable razon filosófica, ya que, reconocida la verdad, el error no tiene otro derecho que el de ser combatido en todos terrenos.—Hablais como un libro y discurrís con mucha lógica, dice; mas el espiritu del siglo exige tolerancia universal, respeto á todas las creencias, etcétera, etc., etc.

De esta suerte arguíale yo, y me contestaba él há pocos dias, á propósito de la libertad de cultos, hoy otra vez sobre el tapete, sin serme posible arrancar de sus labios otra cosa que la sobredicha gran palabra, una reticencia luego como de quien sabe mucho más y lo calla, y como punto final cierta entre compasiva y desdeñosa sonrisa, cual vano alarde de superioridad, ó cuando menos de reconocida suficiencia. No soy Job, ni de mucho, y he de confesarlo, perdí los estribos y la paciencia. Descompuesto, pues, el semblante, con ronca y alterada voz, hube de replicarle:

«Oiga acá, señor moderno: ¿y desde cuándo dos solas palabras, una reticencia y una sonrisa han sido digna contestacion á los más sólidos argumentos? Si es esto soberano desden, ó si es más bien supina ignorancia, véalo Dios que lee los corazones y sabe el alma que dentro de cada cántaro se esconde. Mas is algo valen el decoro propio y el prestigio de la ciencia, sostenga V. dignamente la discusion, ya que tan amigo se llama de ella, y no trate de evitarla con ridiculas palabrotadas.

«¡ Espiritu del siglo, ha dicho V.! Y ¿quién es ese señor ó ese sultan para que toda cuestion deba fallarse en última instancia ante su inapelable tribunal? Segun mis entendederas, serà el tal espiritu el conjunto de ideas dominantes ó que privan, obtienen favor ó están en boga en cada siglo. ¿V. no rechaza esta buena ó mala definicion? Pues bien. ¿Bastará que tales ó cuales ideas sean las dominantes para que esto solo las acredite de verdaderas? ¿El favor ó la boga serán garantia segura de verdad y de justicia? ¿Será tal vez aplicable aqui tambien el sufragio universal? V. por lo visto opina que si. Pues entonces teniendo cada siglo sus ideas favoritas, tendrá tambien cada siglo su distinto espiritu, y si éste debe ser único infalible juez, van á verse ¡vive Dios! cosas deliciosas. Las eternas nociones de lo verdadero y de lo bueno aparecerán sujetas á cambios de moda, ni más ni menos que el color de las corbatas, la forma de los sombreros ó el diámetro del miriñaque. Ejemplos al canto.

«En los siglos primeros de nuestra era habrá sido cosa muy racional, laudable y virtuosa degollar cristianos como chinches, pues tal era el *espiritu* de aquellos sangrientos siglos.

«Más tarde lo justo, lo laudable y lo racional habrá sido alzar monasterios y catedrales, vestir la cogulla benedictina ó cisterciense, ú ostentar en el pecho la roja insignia del cruzado. Tal era el espiritu guerrero y religioso de los siglos medios.

«En los tiempos modernos ya no será esto lo justo, lo racional y laudable, sino más bien poner en ridiculo lo justo, lo racional y lo laudable de la época anterior; demoler templos, asesinar frailes, difamar al prójimo y declarar guerra à Dios. Que tal parece ser el espíritis de hoy.

«Y cada siglo tendrá su verdad respectiva como tiene su respectivo *espiritu*, y de verdades andará cambiando la *bu-manidad* (¡gran palabra!) como el hombre de camisas. Y no

habrá moral posible, y será absurdo hoy lo que ayer fué matemático, y heroico mañana lo que la vispera fué criminal. Porque tales son las vicisitudes y mudanzas del espiritu del siglo. Y à tan veleidoso criterio hemos de fiar la solucion de los más trascendentales problemas? ¿Y hay hombre, por más que sea liberal (que no por serlo está dispensado de tener sentido comun), hay hombre, digo, que crea con esta palabra sola haber resuelto todas las dificultades y satisfecho todas las dudas? ¿Y ese hombre es V.? ¿Y osa por añadidura llamar á tan aéreo procedimiento ilustracion, y á mi lógica de plomo oscurantismo? Pues allá se las componga V. con la suya, que la mia no suelto vo á dos tirones. Y ríase V. v sonria cuanto le dé la gana, ya que para eso le hizo Dios, y deje las discusiones para quien sepa sostenerlas con buena fe y formalidad, siquiera ande tal vez extraviado. Lo demás, ya que V. y los suyos tratan de hacer arma de combate esta frasecilla de origen revolucionario, lo demás es responder à los disparos de la artillería con lucidos fuegos de bengala. candelas romanas y otros brillantes juguetes de fiesta mayor. Pues, sabido es que la ciencia, como sus artilleros, tiene tambien sus pirotécnicos. Y con perdon sea dicho, muestra V. pertenecer al gremio de los segundos, mejor que al de los primeros.»

Sentir el chubasco y granizada, y atortolarse primero, y retirarse despues cabizbajo mi animoso contrincante, tal fué el acto final de esta verdadera tragicomedia. Desde entonces acá nunca jamás ha pronunciado en mi presencia la famosa palabrita. El tipo que bien ó mal logré retratar, tiene en sociedad y en la prensa, oh lector, no pocos originales. Hoy, sobre todo, con motivo de la unidad católica y de la libertad de cultos, suelen ampararse los defensores de esta última contra los de la primera con aquella tan gastada palabrita. Aplicales, amigo, como saludable remedio la adjunta receta.

Julio, 1871.

LXIII

Cosas del dia.



L acontecimiento de la semana es la entrada de Víctor Manuel en el Quirinal y su precipitada salida. La patriotería italiana no ha podido retener en Roma al despojador, más que para acabar de poner en evidencia lo ruin y misera-

ble de su causa. Los remordimientos y un resto de vergüenza han podido más que las excitaciones revolucionarias, y el Saboyano huyo... huyo como si le abrasara los piés aquel suelo bendito, como si le quitara el sueño la proximidad de su inerme y desamparada Víctima.

Malas lenguas han dado en referir sobre la permanencia del Príncipe en la casa ajena, pormenores que indudablemente recogerá con avidez la historia. Como cuando el celebérrimo plebiscito, han sido llamadas á la nueva capital gentes ex omni tribu et populo et natione, y han parodiado alli la muchedumbre del pueblo romano tan al natural, que toda la Europa sensata ha soltado la carcajada. La aristocracia romana rehusó asistir al baile oficial, el cual fué prudentemente suspendido: todas las campanas tocaron á fiesta, agitadas por el entusiasmo popular de la policia, que se apoderó tambien de ellas. Y al salir el héroe al balcon, donde le saludó la plebe cosmopolita, oyóse otra vez el grito aquel de Jerusalen: «No reconocemos otro rey que al César:» De modo que la broma ha sido completa, y Su Majestad, huyendo á trote largo, camino de Florencia, habrá debido recordar durante el viaje, que no hay carnaval tan ruidoso que no tenga despues su dia fúnebre de ceniza. Y el dia de ceniza, tal vez empieza ya á divisarlo su asendereada Maiestad.

Déjese que salga Europa de ese paréntesis, de esa pesadilla horrible por la que atraviesa de un año á esta parte. La serie de fabulosos acontecimientos que principió en Visemburgo, no está acabada todavía. En cada uno de los meses de este famoso período nos ha hecho ver la Providencia un cambio de decoracion. Un dia es la Francia vencida; otro dia es el Emperador prisionero; otro dia es Paris abrasado; hoy son las elecciones ganadas por los incendiarios, contra todo órden natural y contra todas las previsiones; mañana... ¿que será mañana? ¿Quién puede atinarlo cuando verdaderamente andamos pisando tiempo há regiones nuevas y desconocidas? Prendido con alfileres lo de Italia, débil como hilo de tela de araña lo de nuestra nacion, sombrío y tempestuoso otra vez el horizonte de Francia, un solo aliento de aire que no lograria levantar una pluma, puede dar al traste con el loco edificio de la Revolucion europea. Es lo cierto que tras cada victoria material que aparentemente consiguen los enemigos de Dios, una derrota moral viene á acibarar las dulzuras de su triunfo. La palabra farsa va sonando ya en todos los labios, y esta palabra es abrumadora, es mortal, cuando la opinion pública la pronuncia con desdeñosa sonrisa. Más presto se olvidan y se perdonan ante la opinion los grandes crimenes que las grandes ridiculeces. Y esto es aún más ridículo que criminal.

¿No veis en España como van picando ya en historia los puntos negros de la bonrada de Setiembre? A este paso ninguna mujer querrá ser llamada en breve con aquel epíteto, à fin de que no se la confunda con las heroinas de burdel. La abundancia de puntos negros va á hacer que no le quede á la desventurada gloriosa punto blanco por donde cogerla. Candente aún la cuestion de tabacos que está hundiendo para siempre á un ministro; resonando aún por calles y plazas el eco de la carta de Puig y Llagostera, que no ha sido contestada más que con la recogida de la autoridad, sale hoy la Época con un pico de 14,000 duros de estafas (sic) realizadas por un consecuente liberal en la Caja de depósitos. Ya no se disimula ni se teme decir las cosas con sus propios nombres. La melindrosa Época pronuncia la palabra que está á la órden del dia con el mismo «sans façon» que Puig el del grillete de oro. Y el país ya no se asombra, antes se rie tan de gusto como si se encontrase muy á su sabor en el palco de los buíos. Arderius va á perder con eso, porque luego parecerá insípido á sus mismos admiradores.

Esto es la Europa de hoy; esto es la Revolucion. ¿Y qué deduzco de ahi? Lo que todo el mundo. Que la idea revolucionaria activa, brillante, engendradora de verdaderos héroes en su cuna y poetizada por ricas inteligencias, ha caído por fin en vejez prematura y se está cayendo a pedazos roída por su propia corrupcion, perdida ya la falaz hermosura y la efimera energía que ostentó á sus primeros albores. La Francia se llamó entonces Mirabeau, Danton y Desmoulins. Hoy se llama Gambetta, Rochefort y Clouseret. La España cantó con la lira de Quintana, peroró en la tribuna con Arguelles y llegó á seducir por un momento á genios como Donoso Cortés. Hoy no sabe sino mostrar su galeria de hombres célebres en la Tertulia progresista, magnifico grupo de patriotas debatiendo los problemas sociales cuchara en mano, en torno de la olla que los mantiene. Una cucharada, un destinillo que se arrebata por descuido á uno de los convidados arma camorra, produce un casus belli, y amenaza de crisis al ministerio. ¿No es esta la verdad?

Lo dicho: esto se va en toda Europa; esto envejece; esto se muere sin remedio. Y lo que se viene, ó mejor lo que eternamente se queda es... ¿qué ha de ser, lectores mios, sino lo nuestro, lo de siempre, lo de todos los siglos, el Catolicismo?

LXIV.

Entre mi criado y yo.



ABES la novedad, amigo Sancho?

- -Diga, señor.
- —La Crónica de Cataluña nos ha llamado uno de estos dias á los católicos, entre otras lindezas, faltos de sentido comun.
- -: Aquella Crónica de marras?
- —La misma. Aunque á decir verdad no le salió del caletre la agudeza, con todo y ser tan miserable. Tomóla de La Iberia, periódico de Madrid, no menos progresista que el de Barcelona; pero hízola suya, y la dió à sus lectores bienaventurados con toda la satisfaccion de quien habla sentencias.
 - -¿Y de nosotros lo dijo la muy... progresista?
- —De nosotros los católicos: aunque para disimular hasta cierto punto, lo dirigió á los llamados neos. Pero como sobre el asunto de la rencilla andamos acordes con éstos, todos los que seguimos la ley de Cristo, desde el Papa hasta el último sacristan, resulta que todos venimos envueltos en aquella tremenda acusacion de falta de sentido comun, porque á todos nos abraza la razon de este feo dictado.
- -¿Y se puede saber la causa de tanto mal humor? ¿Tocáronle acaso el registro del empleo á ese organillo piamontés?
- —No, Sancho, no, por mucho menos disparata un progresista de la *Crónica* ó de *La Iberia*, que allá se van ambas gemelas. El caso es que el mundo entero ha dado en llamarle á Pio IX el prisionero del Vaticano, y los progresistas de acá, que desean por lo que les conviene estar en buenas relaciones de familia con los inicuos carceleros de allá, no pueden oir sin subirse á mayores el grito unánime de los pueblos que gustan de llamar con su verdadero nombre á las cosas... que están pasando.

- —Pero ¿qué pueden alegar contra esa calificacion ya europea los menguados acólitos de Victor Manuel el excomulgado?
- -Grandes razones, como la mayor parte de las que alegarse suelen en sus luminosos artículos. Que el Papa no es prisionero, sino libre, muy libre, porque puede asomarse á los balcones, y ver, y recibir á los clérigos y neos que van alla de las cuatro partes ó cinco del mundo. Que es tan libre que puede bajar hasta á su jardin, y celebrar en San Pedro, y hasta excomulgar á sus opresores. No hay sino la friolera de que no puede salir del recinto del Vaticano sin exponerse à insultos peores que la muerte; ni podrá marcharse de Roma, si al fin se resuelve, sino es huyendo como un malhechor. No hay sino que sus Estados están ocupados por cien mil bayonetas libertadoras, y sus iglesias y monasterios demolidos ó incautados, y sus bibliotecas y museos declarados propiedad piamontesa, y sus valientes zuavos dispersos y escarnecidos. Y esto, como se ve, no debe de llamarse opresion, sino libertad, tan grande por lo menos como la de aquel á quien liberalmente se roba hasta la camisa para que respire con más desahogo. De suerte, que si mañana ú otro dia algunos centenares de miles de extranjeros, aunque fuesen piamonteses (que el piamontés tambien es extranjero en España), invadiesen nuestro territorio, y ocupasen nuestras aldeas y ciudades, desarmasen nuestro ejército, y nos cambiasen hasta el nombre nacional, no deberiamos llamarnos entonces ni oprimidos, ni esclavos, ni prisioneros, porque á los caletres progresistas les parece esto falta de sentido comun. ¿Estas, Sancho?
- —¡Valgame Dios, señor Oscurantista! ¡Contaranto los pobrecillos à nuestros camaradas de la guerra de la Independencia! ¡Uf! ¡Qué genio tan vivo tenian aquellos catalanes de Gerona y del Bruch para sufrir tales puyas de nadie, aunque fuese de un periodista español ingerto en piamontés! ¿Sabe V. que me ocurre ahora mismo, señor mio?
 - -Dí, Sancho.
- —Digo, pues, que el malandrin gacetillero al llamarnos á los católicos todos de Europa faltos de sentido comun, habrá querido decir tal vez faltos de sentido progresista, ó cosa así, vamos al decir.

- -Por Dios que lo acertaria el muy bárbaro.
- —Dígolo, señor, porque estas gentes suelen muy á menudo decir y escribir una cosa pensando en su magin decir ó escribir otra. Recuerde V., á propósito, aquello tan sonado de la calumnia, que nos tuvo tiempos atrás tan agradablemente entretenidos.
- -Puede que sí, y muestras con esto más tino y penetracion que muchos que escriben en progresista.
 - -¡No es mucho ponderar!
- —Malicioso eres, Sancho bellaco, hasta dejártelo de sobra. Pláceme en gran manera tu conversacion, y ojalá pudiese yo tenerla algunos ratos contigo, y dar cuenta luego de ello á quien yo me sé y me callo.
 - -- Al público tal vez?
 - ---Cabal.
- —Entendidos, amo mio; y que lo lleve su merced el señor público en paciencia. ¿No sufre todos los dias su señoria sandeces progresistas? ¿Por qué no ha de soportar alguna vez malicias ó murmuraciones y bellaquerías de un criado alegre, travieso y burlon, aunque se llame Sancho Panza? Hasta otra, pues.
 - -Hasta la próxima.

LXV.

Al trote!



inisterio nuevo tenemos en campaña. El carro de la Revolucion española ha cambiado de tiro, y cansado sin duda de balancearse acá y acullá sin adelantar paso (unos dicen por la aspereza del camino, otros por la poca fuerza y ha-

bilidad del ganado), disponese ahora á emprender, vivo, vivo, un trote franca y despejadamente liberal. Tiempo era ya. Así debe de haberlo comprendido el conductor que desde el pescante sostiene las riendas del carri-coche en cuestion.

Hé aquí por qué, llamando á Ruíz Zorrilla, que es mocito dispierto, vivaracho y andarin, hale uncido con algunos compañeros más á la lanza del asendereado vehículo, y ha dado la voz que encabeza estas líneas: ¡Al trote! Y al trote anda ya, partiendo los vientos, el carro revolucionario, con gran susto de los que vamos dentro, que empezamos á encomendar ya nuestras vidas á Dios, por lo que pudiera tronar. Dejémonos, empero, de alegorías, aunque la del carro no podrá llevarla á mal ni torcerla en avieso sentido ningun revolucionario. Sabido es que la frase, el carro de la revolucion, es una de las del cajon progresista.

Pues señor, Ruiz Zorrilla, el sucesor, como quien no dice nada, de Cisneros y de Campomanes en la tarea de regir la monarquia española, ha dado tambien su programa. El programa es hoy artículo de primera necesidad. Los grandes ministros que elevaron al apogeo de su grandeza à la nacion sobre la cual nunca se ponia el sol, jamás dieron programa, ni tal palabra llegaron á conocer sus menguadas inteligencias. Será sin duda porque, deseando obrar mucho, creian ocioso é indigno de sus altos puestos gastar el tiempo en hablar. En efecto; la relacion de sus proyectos que ellos olvi-

daron dar á luz para satisfacer la curiosidad de sus gobernados no se ha olvidado de dárnosla despues de su muerte la historia, haciéndonos el recuento de sus gigantescas empresas. Ahora no ¡bendito sea Dios! Ahora lo hemos arreglado al revés. Convencidos de nuestra impotencia para obrar, creemos al menos indispensable y de ley hablar mucho y hablar recio; siquiera despues de muertos ni una línea merezcamos ocupar en las páginas de la historia. Pues bien, lectores mios: hé ahí lo que es un programa ministerial. ¡Qué dia nos deparará la providencia de Dios un ministro mudo! ¡Si bien que aquel dia muy mal andarán las instituciones parlamentarias, que por lo visto todas se reducen á parlar!

Ya, pues, que hubo programa, ¿qué tal fué el de su señoria D. Manuel? Lo esencial de la pieza, el aria de efecto de ella, segun lo llevada y traída que ha sido por los periódicos, es aquella de que perseguirà inflexiblemente la inmoralidad, la inercia y la holgazaneria. Una reflexion se me ocurre, y no haré más que apuntarla, porque voy de prisa. Esta inmoralidad, inercia (otros dicen inepcia) y holgazaneria, que quiere perseguir el ministro, no deben de ser de los españoles que no pertenecemos à la situacion. La razon es clara. Los que no servimos empleo, los que no cobramos por servirlo, tenemos el derecho individual, absoluto, imprescriptible é ilegislable de ser con lo nuestro inmorales, ineptos y holgazanes, y todo lo demás que nos diere la muy nacional gana, sin perjuicio de tercero. ¿Que quiero ser holgazan, no trabajando de mi oficio ni de otro alguno? Acójome al título primero de la Constitucion, y à ver quien es el guapo que me obliga á coger la azada. ¿Que quiero ser inepto? Pues desearia yo saber en qué código se clasifica la inepcia como delito justiciable. ¿Que quiero ser inmoral? Con decir que yo no soy de los que creen en religion positiva, y con agarrarme à la moral universal que es ancha como guante de lacayo y elástica como la goma idem, puedo hacer de mi cuerpo y de mi alma lo que me viniere á cuento, seguro de que nunca dejaré de ser hombre moral. Es claro, pues, que la pavorosa amenaza de persecucion inflexible ha debido de dirigirse à los inmorales, à los ineptos y à los holgazanes de

la situacion, únicos sobre los cuales tiene jurisdiccion el látigo del señor ministro. Pero entonces, ¡ qué horrible confesion! ¡qué espantoso desengaño! ¿Qué nueva transformacion de Dulcinea es esa?... ¡Ella, la Revolucion, la honrada, la gloriosa, la majestuosa, la sublime, como así consta de tantos panegiricos ministeriales predicados durante tres años; ella, la Revolucion, plagada de inmoralidades, inepcias y holgazaneria! ¡Y de todo eso hay que purgar el cuerpo glorioso de la setembrina! Malos, muy malos hemos estado durante tres años; no dijera más González Bravo si para esto solo volviera. Esperemos mucho de Ruíz Zorrilla, lectores mios, que es sastre que conoce el paño. Ya veréis. Medio año me tomo de plazo. Vengan los payos de Navidad y los cantares de Noche-buena, y ya por entonces daos una vueltecita, como curiosos, por las oficinas del Gobierno actual, desde la sub-secretaria de Gobernacion hasta el estanquillo de la esquina, à ver si encontrais para un remedio una sola molécula de inmoralidad, de inepcia y de holgazaneria, que no la haya barrido la escoba poderosa del ministro radical. Por de pronto ya tenemos programa, y por ahí se habia de empezar; que fuerza es vivir al uso de los tiempos y no parecerse en nada á esos añejos oscurantistas.

Réstanos saber ahora cómo acabará. Dificilillo es el oficio de profeta; pero si no mienten señas, si algo vale la ciencia que podríamos llamar astronomía política, esto acabará comosuelen los fuegos artificiales: con trueno gordo. Óyese de lejos, lejos, un rum rum que trae inquietos à los más abispados; percibese en la atmósfera un cierto olorcillo de petróleo que marea; vese en el horizonte tal cual celaje rojizo que pronostica no lejana tormenta. Toda Europa lo ve, toda Europa lo teme. Y en tanto, nuestro carro no cesa de andar, y vive Dios que hace bien. En esto soy de la opinion de un colega liberal que acaba de decirnos lo mismo: «Lo que se ha de andar, que se ande pronto.»

Pronto, sí, señores mios; ¡arre, pues! ¡al trote! ¡al trote! y vayamos cuanto antes... à cualquier parte.

LXVI.

¡El Papa no se rinde!



ERDÓNEME el amable lector, no es falta de asuntos lo que me obliga á insistir tan á menudo en el mismo tema. ¿Pueden éstos faltarme en plena dominacion progresista? Es, sí, conviccion séria y formal, es propósito firme el que

me lleva à tratar del Papa con una frecuencia que no sentiran de fijo los que comprendan el valor que ha tenido siempre y el que tiene especialmente hoy dia esta palabra. Si nuestro pensamiento constante es el Papa, apor qué no ha de ser él asunto constante de nuestros artículos? La crisis española, con todo é interesarnos en tanto grado, es nada, es cero, comparada con esotra crisis católica y por lo mismo universal, cuya única clave es el Pontificado. Tratar esta cuestion, es tratarlas todas bajo su punto de vista más elevado y trascendental; de allá depende lo de acá y lo de todas partes. Esto digo por delante, porque, lectores mios, he hablado ya muchisimo del Papa, y propóngome hablar aún mucho más. Los ojos del alma cansados, hartos ya de apacentarse en ruindad y miseria, descansan con verdadero placer en esa figura nobilisima, de la cual no aparta un momento los suyos el universo: cada palabra que de sus labios sale es acogida con avidez, y como esta palabra siempre es de consuelo, siempre de confianza, siempre es un presentimiento de triunfo, de ahí el que caiga ella sobre los corazones agostados por la tribulación con la benéfica influencia de una lluvia reparadora sobre terreno sediento y resquebrajado. Si, este efecto nos produce la santa palabra de Pio IX, no de otro modo podemos explicarnos el afan con que la prensa

católica se dedica á llevar á los cuatro vientos hasta la más minuciosa.

Las últimas que acaba de pronunciar ¡cuán dulces son y cuán consoladoras y al mismo tiempo cuán decididas! «Dicen que estoy cansado; sí, estoy cansado de tantas iniquidades, de tantas injusticias, de tantos desórdenes. Estoy cansado de ver cada dia á la Religion insultada en una ciudad que daba al mundo el ejemplo de respeto á la fe y á la moral. Estoy cansado de ver á los inocentes oprimidos, á los ministros del santuario insultados, y de ver profanado lo que más amamos y veneramos. Sí, estoy cansado, pero no dispuesto á rendir las armas, ni á entrar en pacto con la injusticia ó á ceder en el cumplimiento de mis deberes. Gracias á Dios, para obrar de esta suerte no estoy cansado y espero no estarlo jamás.»

La historia, que tan solicita se ha mostrado en conservar los dichos de los héroes, recogerá indudablemente éstos, que son de incomparable grandeza. Es un anciano casi octogenario quien levantándose sobre el palacio que le sirve de cárcel, pasea una melancólica ojeada sobre el mundo, y lo ve en su parte oficial universalmente conjurado contra él, ó con la conjuracion del odio, ó con la conjuracion de la indiferencia. Mira, y aún no cerrado el conflicto que en Italia le agobia, ve iniciarse otro gravísimo y de mayores proporciones en Alemania. Al lado de la figura raquitica y pigmea de Victor Manuel ve alzarse la gigantesca del maquiavélico Bismark, que con la guerra y la diplomacia acaba de dar muestras de ser mal enemigo. Sí, sépanlo sin susto mis lectores: es el gran canciller aleman, el vencedor de Sadowa y de Metz, el conquistador de Francia, el que ahora se encara con el atribulado Pontifice; no son los diplomáticos cursis de Florencia, ni los guerreros de comparsa de Garibaldi. ¡Y no obstante, el débil y el oprimido, protesta no rendir jamás las armas y no cansarse jamás! Y esta solemne ratificacion del glorioso Non possumus es llevada en alas de la prensa á todos los confines del mundo, y los poderosos de él sonrien tal vez al oirlas con desdeñosa compasion.

¡Pobrecillos! El Papa no se rinde, porque es Vicario de Dios, y Dios no se rinde jamás; antes mira muy por sobre el hombro á todos los poderosos y á todos los vencedores. El Papa no se rinde, y si él no se rinde, sea anatema al que de entre nosotros hable de rendicion! Dejad que crezca la tormenta y que se agrupen todos los elementos para unidos dar la batalla. De aquí à las Catacumbas ó à la cárcel mamertina hay aún gran trecho que recorrer, y si alli parásemos, todavía le quedaria aliento al Papa que entonces lo fuese para repetir como el de hoy: ¡No me rindo!

La crisis tiende á complicarse de un modo espantoso, sin duda porque esto es indispensable para que se resuelva de un modo estupendo. Pero considerados los términos del problema, ninguno de ellos nos es por fortuna desconocido. ¿Oué es Victor Manuel en la historia de los siglos cristianos? Poca cosa; un invasor más, y no de la talla de los Atilas y Alaricos. ¿Oué es Dællinger? Sencillamente un hereje más y un católico menos. ¿Qué es Bismark discutiendo la infalibilidad? Un ejemplar viejo y gastado de la vieja edicion de los áulicos y emperadores teólogos de Constantinopla, que en el siglo IV hacian cuestion de Estado la consubstancialidad ó no consubstancialidad del Verbo. Otra vez lo hemos dicho. De las armas que va sacando el infierno de su arsenal, no hay una que no haya salido ya cien veces al combate. De ellas, de las recogidas como botin de la victoria tenemos llenos nuestros museos. Allí guardamos invasores y piratas fuera de combate, herejes y rebeldes reducidos al silencio de la vergüenza, ministros teólogos entregados al ridículo de la historia; de todo guardamos muestra, y nada puede sorprendernos con la novedad. ¡Ah! La historia de la Iglesia es un gran libro; porque en sus páginas más antiguas se halla lo de hoy. Dos palabras la compendian toda. Enemigos que uno tras otro aparecen à combatir un momento la obra de Dios, y uno tras otro se hunden un momento despues, dejando á los piés de ella los despojos de su derrota. Papas que uno tras otro suben á perpetuar la defensa y la victoria, y que uno tras otro se retiran, entregandose por santo y seña el mote que ha pasado por todos los labios, desde los de Pedro hasta los de Pio IX: Non possumus! ¡El Papa no se rinde!

De todos modos es lo cierto, lectores mios, históricamente considerado, que el Papa no se ha rendido jamás, así como dogmáticamente lo es que no puede rendirse. Aquí, como siempre, el dogma divino se halla confirmado por la historia humana. Pero qué, ¿acaso no es tambien divina la historia? ¿No es Dios el resorte principal de ella, por más que algunas veces lo olvidemos? Sean las palabras de Pio IX las que nos lo traigan constantemente à la memoria.

LXVII.

Hermoso desquite.



gran acontecimiento: la inauguracion de un templo. Pero no de un templo como quiera, sino de uno de los templos demolidos por la impía Revolucion actual en el frenesí de sus

primeros dias. Doble es, pues, el motivo de alegría que tienen con esta ocasion los católicos barceloneses. Dios tendrá un sitio más en que sea invocado y bendecido su nombre. La Revolucion un desengaño más en sus ensueños de destruccion del Catolicismo.

Oprimido de angustia el corazon y encendida de indignacion y de verguenza la frente, tuvimos que contemplar hará poco menos de tres años las demoliciones con que inauguró su funesto reinado la Revolucion de Setiembre. Una órden friamente dictada, apoyada en aparentes motivos de pública conveniencia, é inspirada en el fondo por odio satánico contra la fe, ya que no por un vil y asqueroso mercantilismo; una órden sola bastó para que fuesen entregados á la piqueta monumentos que los siglos habían respetado, y ante los cuales se detenia afanosa la ciencia para buscar en ellos los más preciosos datos de nuestra historia. Ni les valió el ser casa de Dios, ni joyas del arte, ni recuerdos de nuestra pasada grandeza. En algo se habia de empezar a ver lo que la Internacional ha venido á declarar más paladinamente despues; esto es, que para la Revolucion no hay Dios, ni hay arte, ni hay patria. Una tras otra vimos caer aquellas piedras venerandas, perfumadas con el incienso del culto, ennegrecidas con el beso amoroso de tantos siglos, bajo las cuales tantas oraciones se dirigieron á Dios y tantos consuelos inundaron los corazones lastimados. El hijo de los clubs midió con su orgullosa pisada aquel recinto bendito una vez hubo

lanzado de allí á Cristo, que de tantos siglos lo habitaba, y por un momento se creyó vencedor de Dios, porque habia borrado su nombre de aquellos breves palmos de terreno, que codició para alarde de su vanidad revolucionaria. Y luego, tras la bóveda, vino abajo el muro, y tras el muro quitóse de enmedio el cimiento, y ni una piedra quedó luego para señalar á los siglos venideros la existencia del monumento que tantas generaciones habian amado. ¡La Revolucion habia vencido! Aquella ancha plaza abierta á todo el mundo y aquellas ruinas amontonadas, eran el odioso trofeo de su victoria. Podian servir de elocuente inscripcion los miles de duros en que andaba presupuestado por los inteligentes el solar, y el tanto por ciento con que habian mejorado sus fincas los felices propietarios colindantes.

En aquellos mismos angustiosos dias la fe y el patriotismo se dispusieron á tomar un hermoso desquite. «Recojamos, se dijeron, esas piedras preciosas que la Revolucion esparce con tanta saña, y reconstruyamos la obra de Dios, y démosles con ella en rostro á los impíos demoledores. Probemos al mundo que si ellos saben destruir, no le ha pasado aún al Catolicismo la época de edificar. No sea sola la Edad media la única que pueda gloriarse de haber alzado en la ciudad condal monumentos de piedra á la Religion; mostremos que tambien sabemos hacerlo nosotros en plena edad revolucionaria.» Y dicho y hecho. Y, á impulsos del ardor católico, apareció otra vez, como brotando de las entrañas de la tierra, el templo demolido.

Nosotros le hemos ido siguiendo en su rápida construccion, y al pié de sus andamios nos hemos entregado mil veces à consoladoras meditaciones. Hémosle visto crecer, crecer sin miedo, oreado por el huracan revolucionario menos poderoso que el aliento de la fe que animaba à los dignos promovedores de la empresa. Hemos visto con gozo colocarse otra vez el uno junto al otro los sillares, como habíamos visto con lágrimas separarse el uno del otro en la demolicion. Hemos visto reaparecer las góticas molduras de la portada y de las claves, otra vez dar paso à la luz los bellos calados de los ventanales y del roseton, otra vez cerrarse la bóveda airosa y mística convidando al silencio y al recogimiento. Y con

ser todo aquello lo mismo que muchos siglos atrás alzaron en otro sitio las manos de los hombres, veíamoslo ahora radiante de nueva juventud y de nueva belleza, y dispuesto á emprender en su nuevo solar otros tantos siglos de vida como los que en el antiguo llevaba transcurridos.

Mas ante la hermosísima realidad que á nuestros ojos iba de cada dia desplegándose, mil veces olvidó nuestro espíritu el edificio material que á la vista tenia, para cebarse con ansia en la contemplacion de aquel otro edificio místico y espiritual, siempre como éste demolido y siempre, sin embargo, renaciente; siempre antiguo con la antigüedad de los más viejos monumentos, siempre nuevo con la novedad de los más recientes adelantos; siempre perseguido con furor por unos, siempre acariciado con amor por otros...; Santa Iglesia de Dios! ¡Madre inmortal de nuestras almas! ¡El templo material que las manos de los hombres sin cesar construyen y reconstruyen, es sólo un simbolo de tu perpetuidad y tu incomparable grandeza!

Un símbolo, si, pero ; qué simbolo! Edificada la iglesia de Junqueras en fecha remotisima en el valle de aquel nombre. à media legua de Sabadell, el rigor de las invasiones sarracenas, es decir, la Revolucion de entonces, hubo de motivar su traslacion al sitio que modernamente ocupaba desde muchos siglos há en Barcelona. Nuevas revoluciones hánle proporcionado nuevo asiento en la nueva ciudad que en el Ensanche se edifica. ¿Qué destinos guarda á este edificio la Providencia? ¿ Qué le aguarda á su nuevo solar despues de una existencia de tantos siglos? ¡Qué huracanes batirán sus muros! ¡Qué rayos surcarán su frente! ¡ Qué oleadas se estrellarán al pié de su pacífica portada! ¿Le están reservados nueva ruina, nuevo traslado y nueva reconstruccion? Sábelo Dios; sólo sabemos nosotros que la Iglesia viviente, que cuenta ya diez y nueve siglos de vicisitudes, está dispuesta á emprender otros diez y nueve; que ni es menos robusta ahora que cuando nació, ni se halla más combatida. Sabemos que lo de hoy es sólo una página de un libro que mil ochocientos años há viene escribiéndose con la misma tinta de lágrimas y sangre; sabemos que la actual persecucion revolucionaria no es más que un anillo de esta vasta cadena de persecuciones que empieza con

la de Herodes y Neron y acabará con el Anticristo. Y el que esto no ve y esto no sabe, sobre no tener fe, ó tiene muy corta la vista, ó es ciego de conveniencia y rehusa espaciarla en los vastos horizontes de la historia. Nosotros lo vemos y lo sabemos, y nos lo recuerda con mayor elocuencia en esta ocasion el monumento de piedra que dentro dos dias inaugurará por tercera vez la católica Barcelona. Retoño verde y lozano de un árbol que nunca envejece, es él una muestra patente de la vida poderosa del tronco de donde brotó. Una generacion nueva aguarda cobijarse á su sombra y se dispone á festejarlo con toda suerte de populares regocijos. Bendigala Dios, y dispénsenos con frecuencia á nosotros estos consuelos.

LXVIII.

Sintomas y pronósticos.



a monarquia democrática empeñándose en caminar, como burro antojadizo y voluntarioso, al borde siempre del precipicio que ha de tragarla; la república, que es el tal precipicio, sonriéndole cariñosamente á la tal monarquía,

y atrayéndola à si suavemente, suavemente, con la sana intencion de engullirsela el dia menos pensado, todo, por supuesto, sin moverse de las vias de la legalidad; hé aquí lo que significan los piropos que Ruíz Zorrilla dirige à los republicanos y el manifiesto semi-ministerial que el Directorio republicano da á los suyos en obsequio de Ruíz Zorrilla. Es un juego, dicen algunos; pero es un juego peligroso, añaden otros más avisados, recordando aquello que canta la zarzuela:

Quien con fuego juega Con fuego se quema,

Redúcese el problema à saber quién atraerá à quién. O con palabras más francas: quién engañará à quién, si la monarquia à la república ó la república á la monarquia. Busquémosle las vueltas à esta cuestion, y echémonos un rato à politiquear, como dice el sastre de mi aldea.

Apuntemos antes varios datos. Son de observacion. Primero. No es la república quien aquí se acerca á la monarquía, es la monarquía (la democrática por supuesto) quien se acerca à la república. De la monarquía ha partido el primer saludo de paz y el primer requiebro de galanteria; la república no ha hecho más que contestar. Y ha contestado, repárenlo mis lectores, no acercándose á la monarquía, sino permitiendo que ella se le acercase, tal es de altiva y encopetada la moza del gorro frigio. Digo que no se ha acercado, porque ni uno solo de sus principios ha desfigurado ó disfra-

zado en el manifiesto, ni aun el odio á la dignidad Real, ni aun el propósito de destruirla en todas partes; sólo ha consentido en entrar en las vias legales, renunciando á la fuerza, que no es mucho renunciar; primero, porque ahora no puede emplearla; segundo, porque cuando pueda no dejará de hacerlo por escrúpulos de monja. ¿Verdad que no, federales?

Segundo. Aparte de esta primera ventaja, todas las demás están tambien en favor de la república. Tiene ésta en primer lugar la del talento. Siempre anduvo escaso de inteligencias el partido progresista. No abunda de ellas el partido federal, pero aun así, toda la Tertulia junta es incapaz de oponer tres hombres de su seno á los tres principales del federalismo: Pi, Figueras y Castelar. Lo dirian los próximos debates parlamentarios si estuviese el federalismo en decidida oposicion. Hoy por hoy basta dar una ojeada á los periódicos de ambos partidos para que se vea quién puede más.

En favor de los republicanos está tambien el número. Las masas, progresistas años atrás, porque el progresismo era lo más avanzado, son hoy republicanas, ya que la república promete algo más que el fusil de chispa y el kepis de miliciano nacional. El partido progresista es hoy una bonita plana mayor detrás de la cual nadie sigue. Viene á ser como algunos regimientos escasos que hubo hace poco en España, en los cuales, descartados jefes, oficiales, cornetas, tambores y músicos, apenas quedaba personal para el servicio diario. La evolucion actual es la mejor prueba...¿Quién mete á Ruíz Zorrilla en tan peligrosas aventuras sino la necesidad de bacer gente?

Finalmente, lo que en favor de la república ha de influir de un modo muy poderoso es lo que nadie puede negar, lo que se ve y se palpa en Europa, es decir, la corriente de las ideas. Puesta la cuestion entre la monarquía vergonzante (que tal es siempre una monarquía democrática) y una república franca y decidida, el triunfo estara de parte de la última. Si, es necesario reconocerlo. En Europa se tiende hoy á las soluciones radicales, condenandose al desden los partidos medios, que no han sido más que expedientes para aplazar unos dias el tremendo choque que nos está amagando. Mitad del mundo va hoy hácia la república social, término

forzoso de los principios de la Revolucion francesa. La otra mitad vuelve como á única esperanza á la monarquía católica, que por providencia especial de Dios conserva aún en todas las naciones sus legitimos representantes. Oponer á la república invasora é intransigente una monarquía que por confesion de sus inventores sólo difiere de la república en la forma, es mofarse del sentido comun. No con tales diques se contienen tan arrebatadas corrientes. Una monarquía sólo tiene razon de sér cuando es monarquía, y perdónese la vulgaridad del pleonasmo que por nuestros pecados se ha hecho necesario. Todo lo demás no son sino avanzadas de la república social que la vienen despejando el paso y abriendo la marcha.

Ya vendrá, ya vendrá, y como ella misma se lo promete, esto es, por las vias legales. ¿Qué más vias legales que venir conducida, remolcada por la misma monarquia? Estoy por decir que ya esta aquí. El gorro frigio se esconde dentro de la corona. No falta sino que una ráfaga popular dé al traste con la corona, para que aparezca triunfante, sonriente con diabólica sonrisa, el gorro frigio. La república está contenida dentro el régimen actual, como el pollo dentro la cáscara del huevo. Tres años seguidos, ó cuarenta tal vez, hemos estado incubando el huevo con el suave calor de la libertad. Basta de incubacion. El polluelo pia ya muy fuerte, y empieza á romper la cáscara que le incomoda. Ya veréis como acaba por desprenderse de ella cualquier dia y la deja alla revuelta entre las demás inmundicias del gallinero (¡qué gallinero el nuestro!), y se sale él por su cuenta y razon á alborotar el vecindario y á ganarse la vida!

Aquel será el gran dia. Recuérdese que Figueras, el más sensato y el más mesurado de los republicanos, glorificó é hizo suyas las hazañas de la Commune. ¿Qué tal hará la gentecilla que tiene à D. Estanislao por reaccionario? Aquel será el gran dia. Adivinólo cincuenta años atrás el Filósofo Rancio, que usaba buenos anteojos y cazaba muy largo. Todo, todo lo predijo el bendito Padre, excepto lo del petróleo, que en sus tiempos no se conoció. Para aquel dia se está elaborando el trueno gordo, magnifico remate y fin de fiesta con que ha de acabar el variado castillo de fuegos artificiales

que el Liberalismo va presentando en Europa cosa de cien años há. No nos saldrá barata la funcion á los católicos, pues contra nosotros principalmente se habrá dispuesto. Pero tampoco saldrán horros de ella nuestros actuales enemigos. Mas lo suyo perecerá, y nosotros sobrevivirémos.

En los dias del universal diluvio cubrió el agua como un sudario de muerte toda la tierra. Empero sobre los horrores de aquella grandiosa tumba del género humano siguió brillando el sol magnifico y esplendoroso como en los primeros dias de la creacion, y una vez retiradas las aguas, asistió á la segunda infancia del mundo, y vistió sus campos con nueva primavera. Así el Catolicismo, que ha dominado todos los acontecimientos, dominará tambien la futura catástrofe, y sobre las ruínas por ella esparcidas hará renacer él la vida, la juventud y la alegría.

Las grandes catástrofes suelen permitirse por especial providencia de Dios en la historia, como las grandes tempestades en la naturaleza. Las tempestades, dice la física, son el mejor desinfectante de la atmósfera. Mientras retumba fragoroso el trueno, y serpentea el rayo, y destruye los campos la furiosa avenida, diriase que todo aquello ha de parar en un total desquiciamiento de la naturaleza. Y no obstante, no es tal, sino su renovacion. Tras aquellas horas de desórden algun estrago queda, es verdad, alguna cabeza partida por el rayo, alguna cosecha malograda, algunos campos inundados. Sin embargo, la mayor pureza del aire, el azul vivísimo del cielo, la nueva fecundidad de que todo se viste, atestiguan que el mundo se ha rejuvenecido con aquella crisis que al parecer amenazaba sepultarle.

Apliquen mis lectores la comparacion, y preparanse para aguantar à pié firme el saludable chubasco.



LXIX.

San Cugat del Vallés.



a fecha del 25 de Julio de 1835 es memorabilisima por la destruccion de los conventos y monasterios de Cataluña. No nos es dado pasarla sin especial conmemoracion. Tesoros podria pagar el Liberalismo por conseguir bo-

rrarla de su abominable historia. Cuestion de empeño debe ser, pues, para el propagandista católico procurar se conserve perpetuamente viva en la memoria de los pueblos, como fresca herida que aún chorrea sangre, como mal apagada pavesa que aún humea, como horrible iniquidad social que al través de medio siglo de iniquidades sobresale todavía cual la mayor y más incalificable de todas ellas, y está clamando sin cesar á los cielos justicia y á los hombres reparacion.

Nada más oportuno para eso que la visita á uno de nuestros monumentos en aquel dia aciago devastados. Escojamos cualquiera de esas dolorosas ruínas que, como insepultos esqueletos, blanquean aún hoy en el centro de nuestras más pintorescas comarcas. Fijémonos en el que más cerca tenemos: San Cugat (San Cucufate) del Vallés.

Subiendo á la cresta de las elevadas montañas que dominan el hermoso llano de Barcelona, convertido ya casi todo él en populoso Ensanche, descúbrese contiguo á dicho llano y sólo separado por el referido lindero de montañas, el feraz y risueño Vallés. A la entrada de él, al Poniente, y junto á las mismas estribaciones del monte *Tibidabo*, el más alto de los que forman la citada cordillera, entre frondosa vegetacion de viñedos y pinares, levántase semi-destrozado, á un extremo del pueblo del mismo nombre, el que fué desde remotísimos siglos monasterio de San Cugat del Vallés. Vasta extension del campo cubren aún hoy sus dispersos sillares, que desde el 35 acá han sido inagotable cantera de

cuantos han querido edificar sin otro trabajo que recoger de allá gratis preciosos materiales: sin embargo, largos lienzos de sólida muralla, flanqueada à trechos por cubos y torreones, indican aún el perímetro de la antigua residencia monacal, y el templo bellísimo, y el claustro con pocos rivales en Cataluña, y la esbelta torre de tres cuerpos, quedan todavia en pie como grandiosos restos de su antigua magnificencia.

Las crónicas benedictinas atribuyen á Carlomagno su fundacion, sobre el antiguo Castrum octavianum, campamento ó quizá presidio fortificado durante la dominacion romana, célebre en nuestros anales cristianos por ser el lugar del martirio del santo obispo barcelonés Severo, así como del colono Emeterio (san Medin) que le tuvo escondido en su cortijo, donde se erigió y se conserva aún, á poca distancia, piadosa y muy venerada ermita. Sea empero la que fuere la data cierta de la fundacion de San Cugat, es indudable su existencia ya en el siglo IX; y al penetrar en su hoy profanado recinto infunde pavoroso respeto la idea de que es aquel uno de los sitios de Cataluña más augustos por su antigüedad y por sus recuerdos, uno de los que más elocuentemente habian al alma del buen católico y del buen catalan. La iglesia y claustros actuales son probablemente de últimos del siglo XII ó principios del XIII, tipo de pura arquitectura bizantina los segundos, y de transicion bizantino-gótica la primera. Gran semejanza tiene este monumento con la catedral y claustros de Tarragona, en términos que no parece ésta más que ampliacion ó desarrollo en mayores dimensiones de la fábrica de San Cugat, salvo siempre la mayor perfeccion y riqueza de aquel grandioso templo metropolitano. Pero en la iglesia los mismos macizos pilares; las mismas tres naves rematadas en otros tantos ábsides semicirculares; sobre el punto de interseccion del crucero el mismo elegante cimborio o linterna montado sobre cuatro robustos machones. Hasta algunas capillas de pésimo gusto abiertas en el muro de la derecha en siglo posterior completan la semejanza; bien que la de San Benito en nuestro monasterio no ostente la preciosa labor ni la capacidad de la de Santa Tecla en aquella catedral. El coro está situado en la nave central, v à la cabeza de las sillas de la derecha alza

airosamente su calada aguja el doselete de la silla del Padre Abad. El retablo mayor muestra detalles de afiligranada crestería, siendo comun la creencia de que lo labró, aunque más sencillo, el mismo artista á quien debe el suyo tan singular la catedral de Barcelona. Mudo y polyoriento el órgano al lado de la Epistola, diríase que anyora las ágiles manos del monje organista que mil veces le hizo palpitar de entusiasmo ó suspirar de ternura en los grandes dias de la Religion. Al lado del Evangelio se ve la tumba del abad Oton. Su estatua vacente, abrazada al báculo abacial, descansa sobre la losa y recuerda el bravo Prelado que en una de nuestras batallas de la reconquista salió al campo con el ejército cristiano y murió gloriosamente en él. Nárralo un hermoso epitafio que empieza: In bac urna jacet Ottho Abbas quondam inclytus, señalando su muerte en 1.º de Setiembre de 1010. Sarcófagos de abades y caballeros cubren el pavimanto y adornan las paredes, aumentando la severidad de aquel venerando recinto. ¡El claustro! ¡Cuán grata impresion de serenidad y paz interior, á la vez que de grata melancolía, produce aquel cerrado cuadrilongo, cuyas galerías de espesos pilares apareados dejan apenas atravesar una luz templada y sombría que aun en mitad del dia remeda la apacible claridad de la caída de la tarde! Cada capitel de aquellos es una obra de arte; Angeles, Santos y caballeros, árboles, flores y frutas, aves, serpientes y demonios, de mil maneras combinados y entrelazados, hacen de aquellas misticas arcadas un como museo en que diriase reprodujo el genio de la Edad media toda la historia, poesía, flora y fauna de aquellos tiempos. ¡Cuán bien armonizan con el conjunto los viejos árboles, frondosos aún, cuyo manso rumor, unido al de la fuente que corrió un dia por el centro y al de los cantos monacales, fueron durante tantos siglos deliciosa música de esta encantada soledad!

Tres vistas ofrece por la parte exterior el monumento, las tres admirables. La de la portada, compuesta de arcos góticos en degradacion, bien que tan achatados que harto claramente muestran ser aquellas ojivas de las primeras que aparecian tímidamente en nuestro suelo despues de los arcos semicirculares del moribundo arte bizantino. Corónalas una bien

tallada cruz de piedra á semejanza de las procesionales de plata en uso hoy todavia en muchas iglesias catalanas, y un roseton cuyos rudimentarios calados indican los ensayos ó el primer despliegue de esta ornamentacion más tarde tan pomposa. La otra vista exterior es la de los tres ábsides, adornados de arquillos apoyados sobre toscas é informes cabezas de monstruos, indicio claro de que por aquella parte se principió la edificacion del templo en pleno vigor de la arquitectura románica ó bizantina, que cedia ya su lugar á la gótica al labrarse la fachada, que debió de ser lo último que se construyó. La tercera vista exterior es la del conjunto á tiro de fusil, bien sea à nivel, bien á vista de pájaro desde las vecinas laderas, con la magnifica torre digna de una catedral, con el elevado cimborio almenado, con los viejos torreones, cuarteados pero todavía en pié, como mudos centinelas de aquellas pasadas grandezas! Cuando el sol poniente colora con sus rojizas tintas los carcomidos muros, si doblan acaso las sonoras campanas (famosas en toda la comarca), parece todavía revivir y animarse aquel gigantesco cadaver, y no acaba uno de convencerse de que sobre su brillante historia de diez siglos se hava atrevido el nuestro á pasar tan á sangre fria su rasero demoledor. Y no obstante, es verdad. San Cugat convertido hoy (por suerte aún) en humilde parroquia del pueblo de este nombre, es apenas un recuerdo y nada más. Pocos dias antes de la infausta noche de san Jaime Apóstol de 1835, graves noticias llegadas de la capital hicieron que el Padre Abad reuniese Capitulo extraordinario y propusiese la dispersion interina de la Comunidad amenazada. Los sucesos próximos acreditaron que no era infundado el temor, ni ociosa la providencia. Todavía aquel dia se cantó la Misa conventual con la solemnidad de costumbre, la última ¡ay! que se cantaba allí por los monjes benedictinos, la última con que se cerraba un período de mil años de no interrumpido culto. Al salir del coro se dió órden à cada religioso de atender à su seguridad personal donde lo creyese cada cual más oportuno.

Pocos dias despues, cuando el hervor de los incendios y matanzas de Barcelona, cúpole igual suerte á San Cugat. Turbas de foragidos pusieron fuego al monasterio en la par-

te de él que ocupaban las viviendas de los monjes, mientras la iglesia y dependencias eran objeto del más espantoso saqueo. Dicennos personas enteradas que la codicia más que el odio parecia dirigir la tea de los incendiarios. El monasterio, señor natural y legitimo de la mayor parte de las fincas de la comarca, cobraba de casi todas ellas censos y señorios. Así que la saña calculada de los incendiarios se cebó principalmente en el archivo y casa del Padre Procurador, á fin de que desapareciesen los títulos de tales derechos. De la administracion temporal del monasterio no quedó ni un registro ni un apunte; con ellos perecieron todos los documentos históricos que eran de incalculable valor y todos los libros de la magnifica biblioteca. Pocas alhajas sagradas se salvaron del pillaje, y cuenta que el monasterio las tenia riquisimas y en gran número. Por parecer sin duda de poca estima conserváronse en un rincon de la sacristía, y muéstranse todavía con gran respeto acuchilladas y tintas en sangre, la capa pontifical y el alba del abad Arnaldo Ramon de Biure, muerto en su silla abacial la noche de Navidad de 1350 por los renombrados asesinos de Sabadell y Tarrasa, mientras se disponia á cantar solemnemente la nona leccion de aquellos regocijados Maitines. Dos pequeñas imágenes de alabastro de mediana ejecucion, una tabla con la pintura del martirio de san Severo, un sillon de época relativamente moderna, y algunos destartalados cuadros de la vida de san Benito, eso poco creemos que resta á San Cugat de sus innumerables joyas. Alguno de los individuos dispersos de su respetable Comunidad hemos alcanzado aún nosotros en Barcelona. El último Padre Abad vivió despues de la catástrofe algunos años y falleció en Madrid, si no estamos mal informados.

Diez siglos de invasiones y guerras habian respetado á San Cugat y demás monumentos monacales de España, que como éste lo eran á la vez de la Religion, del arte y de la historia. En pocas horas los borró de nuestro suelo la saña liberal. Resignémonos. Es su hora hoy, y la consiente sin duda el cielo por nuestros pecados. Pero no desmayemos! ¡Hay Dios! La hora de los enemigos de Dios y nuestros pasará.

LXX.

El 23 en Roma.



or vez primera acaba de regar las calles de Roma sangre revolucionaria derramada por manos tambien revolucionarias. La amistad intima entre los liberales mansos y los liberales fieros, unidos como un solo hombre cuando así con-

vino para atacar el trono de Pio IX, empieza á disolverse por la fuerza misma de las cosas. Lo mismo sucedió á los revolucionarios franceses, lo mismo á los españoles, no debian escapar de esta ley fatal los italianos. En todos tiempos los bandidos compactos para despojar al caminante ó para asaltar la casa del labrador pacífico, anduvieron á tiros luego despues al repartirse los despojos de la víctima.

No es esto, empero, lo que quise hoy hacer notar à mis lectores. Sabido se lo tenian, y nadie dejó de profetizarlo de mucho tiempo atras. Los demagogos de Roma Iloran y gimotean ahora viéndose acosados á tiros y sablazos en calles y plazas por aquellos mismos en cuyo obsequio les fueron permitidas hasta ahora tantas hazañas. Los libres de arriba la emprenden à culatazo limpio con los libres de abajo, ofreciendo al mundo el más edificante espectáculo. Mas quien lo ofrece sin duda más curioso es, á mi modo de ver, la prensa liberal templada de Europa, la amiga del órden, de la sensatez y de la cordura, la que aborrece de muerte las exageraciones de cualquier color que sean, la sábia, la ilustrada, etc. Esta prensa noble y generosa nos está dando una prueba de su imparcialidad y rectitud que conviene dejar claramente consignadas para sacar de ello las consecuencias que conviniere en ocasion oportuna.

Bueno es tener memoria, y dice un adagio vulgar que el embustero necesita tenerla muy fina. Señores, no he dicho nada. Quitenle al refran la palabra embustero, si álguien pudo darse por ofendido, pónganle en su lugar la palabra revolucionario, y paz con todos. Digo, pues, que un periódico revolucionario necesita tener mucha memoria, y van Vds. á verlo.

Años atrás fueron sentenciados por los tribunales y ejecutados por la justicia pública del Gobierno romano Monti y Tognetti, dos infelices convictos de haber minado un cuartel de zuavos y puéstole pólvora, á fin de que con el cuartel volasen sin alas y á pesar suyo los generosos defensores del Papa. El crimen era vil y villanisimo, y ni entre los liberales pudo encontrar disculpa. No habia desvergüenza para tanto. Pero, vea V..., si nadie se atrevió á disculpar á los dos miserables, en cambio toda la prensa liberal italiana y gran parte de la francesa y española puso el grito en el cielo contra la justicia de Pio IX que habia castigado à dos asesinos. El mismo Ministerio italiano tuvo la absurda audacia de intentar por la via diplomática un veto à la accion de los tribunales romanos. Es verdad que al enviado piamontés se le dió con la puerta en los hocicos. Desde entonces quedó como cosa sentada ante el criterio liberal europeo, que el Papa era hombre sin entrañas, y sus tribunales la misma barbarie y crueldad. Monti y Tognetti fueron canonizados por la patriotería como dos mártires de la libertad religion vil que tiene tan vil martirologio! y una vez dueños de Roma los patriotas, hubo el proyecto de erigir estatuas á las dos victimas de la barbarie papal y del poder negro, que en pleno siglo diez y nueve habia cometido la iniquidad de juzgar y castigar á dos criminales.

Pasado, empero, el primer entusiasmo de la entrada en Roma, permitió Dios ¡qué cosas tiene Dios! que empezase la discordia entre los libres de media escalera abajo y los libres de media escalera arriba. A los primeros hubo de parecerles escasa la libertad que se disfruta en el país, y lo es en efecto si se compara con el caudal de crímenes y bajezas que ha costado el conseguirla. A los segundos hubo de antojárseles que estando ellos en el poder y reducido el Papa à la independencia de su casa y de su jardin, ya no habia más que pèdir, y que con esto y con apedrear algun sacerdote y demoler alguna iglesia y echar de su casa à alguna Comuni-

dad, debia ya darse la patria por satisfecha. Andaban, pues, evidentemente discordes los gustos y los pareceres, y aquí fué ella.

Llegóse entre tanto, como llovido del cielo, el dia 23. Llenáronse de fieles las iglesias. Los de abajo creveron propio de la libertad atropellar à los concurrentes. Los de arriba creveron que ellos solos debian tener el monopolio de los atropellos. Armóse jaleo y empezó una de tiros, sablazos y paliza que fué cosa de ver. Y permitió la Providencia ; qué cosas permite la Providencia! que Tognetti, el hermano del ajusticiado héroe, el hermano del mártir de la libertad, fuese uno de los promovedores de la asonada y se viese cogido del pescuezo por un agente y recibiese heridas y derramase ¡santo Dios! su sangre patriota á manos de los patriotas, como su hermano la habia derramado á manos de la justicia. No le valió à Tognetti su esclarecido parentesco, para no ser tratado como un alborotador de plazuela y hasta [horror! para que no se le atribuyese complicidad con los reaccionarios. Si, porque un bando de la autoridad italiana declara ahora que los excesos de las turbas, el 23, fueron promovidos por los enemigos de la unidad italiana. Que los tales enemigos deben ser allí lo que la mano oculta acá entre los progresistas.

Y viene ahora lo mejor. Los periódicos liberales aplauden con entusiasmo la energía del Gobierno italiano, que sabe conservar el órden en la capital, tratando á tiros y sablazos al pueblo soberano que quiere hacer uso de su soberania. Son los mismos que ayer se levantaban contra un fallo del tribunal que daba su merecido á dos asesinos. Entonces se declararon en favor de los asesinos y contra el tribunal. Hoy aplauden la energía del Gobierno usurpador, que para no verse perturbado, ni áun por sus amigos, en el goce de la usurpacion, descarga sobre los grupos y agarra por el pescuezo á los ciudadanos libres. La justicia de entonces se llamaba tiranía: el apaleo de ahora se llama órden público. ¿Queréis saber la razon de esta variedad? Ayer se trataba del Papa y de su Gobierno, hoy se trata de una conquista de la libertad.

Agosto, 1871.

LXXI.

Memento homo!



RANQUILÍCESE el lector, no estamos aún en dia de Ceniza, por más que parezca indicarlo el epígrafe. Todo lo más que podré conceder, por lo que á mi rededor estoy observando, es que llevamos muy adelantado el Carnaval. ¡Carna-

val! Gran palabra del siglo! Ya unos cuarenta años atrás nos dejó dicho el gracioso cuanto desventurado Figaro, que para Carnaval eran buenos todos los dias del año, ya que en todos ellos podia el hombre disfrazarse y embromar y engañar á su prójimo. Y dijo gran sentencia, como la mayor parte de las suyas, y si álguien dudara de su profunda verdad, óigame ó léame un rato, pues voy á relatarle en confirmacion, algunos de los más interesantes recuerdos de mi juventud.

Corria el año 1860 y el mes de Setiembre del mismo año, precisamente como corre ahora el mes de Setiembre de 1871. Es decir, que habrá de lo que voy á referir, unos once años justos y cabales. Y era yo muy jóven, casi niño, y atrájome á la ciudad condal el rumor de grandiosas fiestas que iban á celebrarse para obsequiar dignamente à una buena señora, à quien los liberales de entonces llamaban á boca llena hija de cien reves y heredera del trono de san Fernando. El esplendor de aquellos festejos no se ha borrado aún de mi imaginacion. Los hombres de alguna edad decian à una voz, que nunca en lo que va de siglo los habia celebrado Cataluña más ostentosos. Soberbias iluminaciones convertian las noches en dia, la poesía y la música derramaban por do quier sus sentidos acentos, la reina andaba á pié por calles y plazas, estrujada materialmente por el pueblo ávido de contemplarla á su sabor. ¡Cuán gallardamente lucia en su cabe-

za la corona condal aquella augusta dama! ¡Con qué frenéticos vitores la aclamaba el pueblo cada vez que se dignaba ella asomar al balcon su rostro radiante de felicidad y de serena grandeza! Preciso es confesar que todo aquello del ca-Iuroso entusiasmo, de la ovacion completa y tantas y tantas figuras retóricas como circulan hoy en los telegramas oficiales, parecia entonces no sólo verdad, sino apenas un pálido reflejo de ella. Aquello era realmente indescriptible como lo de hoy. Sólo que entonces lo era por su magnitud, como lo es ahora por su insignificancia y pequeñez. La visita á Montserrat fué la realizacion de un sueño de poetas, tan mágico fué el espectáculo que ofreció aquel dia y aquella noche la caprichosa montaña. La fiesta del mar, un cuento de hadas. Hubo verdaderas locuras de entusiasmo, y los poco conocedores del mundo y del corazon humano pudimos creer que la dinastía de D.ª Isabel estaba perpetuamente asegurada en nuestro suelo.

¡Qué artículos se escribieron entonces! El Telégrafo y el Diario andaban à competencia en lo pomposo de los elogios y en lo decidido de la adhesion. Guardo recogidos la mayor parte de aquellos escritos, acabo de leerlos, y no acabo de convencerme de que la distancia de diez ú once años haya modificado hasta tal punto las ideas de sus respectivos autores! Sí, porque ocho años despues el Telégrafo era antiborbónico, y el otro compadre insertaba el dia despues de Alcolea aquel elocuente suelto en que se decia, poco más ó menos, que previsto ya el resultado de la Revolucion iniciada en Cádiz, no había el menor reparo en asociarse al grito de la voluntad nacional. ¡Bien por los consecuentes y los leales! Es la lealtad y consecuencia que un amigo mio llamaba lealtad y consecuencia de circunstancias.

A los estribos de la régia carroza cabalgaban en briosos alazanes el Duque de Tetuan y el Conde de Reus. Frescos aún los laureles de Africa, compartian estos caudillos la gloria de aquellos festejos con la que llamaban su reina. Y era efectivamente su reina y la habian jurado mil veces fidelidad. Y la trataron tan como cosa suya, que el primero fue uno de los principales cómplices de su expulsion, haciendo el vacio en torno de ella para precipitarla; y el segundo la trató

con menos decoro que á una criada de su casa que le hubiese robado una alhaja del velador. Al fin era cosa suya, su reina.

Pocos años despues el ídolo de aquellas adoraciones subia tristemente en el tren que conducia á Francia á la dinastia fugitiva. El regimiento que despedia en la frontera á su reina, terminaba la funcion con un rasgo de galantería. Siempre fué proverbial la de los españoles. No se hacia matar por su soberana adorada, pero batió marcha real y presentó las armas. Y gritó en seguida: ¡Viva la libertad!

Y en los dias que siguieron á esta lúgubre escena, el vilipendio, la difamacion, el brutal escarnio fueron tan inmensos, calurosos y completos como ocho años antes habia sido inmensa la adhesion, caluroso el entusiasmo y la ovacion completa. Fíese despues quien quisiere de la literatura de los telegramas de Carnaval. Y durante aquellos dias de vergonzosos desahogos, los gacetilleros y poetas dieron en escribir de su reina lo que está vedado leer á toda mujer que se precie de honrada. Los más parcos en el ultraje se contentaron con llamar á su reina, Isabel de Borbon á secas, apeándola con franqueza el tratamiento. Así se hace con la lavandera.

Y entonces se vió otra vez lo que cien otras veces habia presenciado la historia. Los únicos que entonces no insultábamos, éramos los que antes no habiamos adulado. Y dígome yo ahora: ¿No podria muy bien suceder que los únicos que no adulamos hoy, fuésemos los únicos, los únicos que no insultásemos mañana? ¡Suceden tantas cosas! . . .

Aquí llegaban, oh lector, mis filosóficas reflexiones, cuando debajo de mi balcon vino á interrumpirmelas una voz, entre melancólica y socarrona, que cantaba algo modificada aquella antigua y popular quintilla:

Tú que me miras así
Tan triste, tan pobre y feo,
Compadre, mírate á tí,
Que como te ves me ví,
Y te verás cual me veo.

¡Cáspita con la copla! ¡Parecia salir de la boca de aquella desventurada que fué pocos años atrás D.ª Isabel II de Borbon, por la gracia de Dios y de la Constitucion reina de las Españas, la bondadosa, la magnánima, la hija de cien reyes, la heredera del trono de san Fernando! Al oirla hube de sonreirme tristemente y dejar la pluma y echarle arenilla al papel, repitiendo con amargura el dicho de Figaro: «Este mundo todo es máscaras. Todo el año es bueno para Carnaval.»

No les caiga en saco roto à mis regocijados y divertidos compatricios de hoy este memento homo y esta ceniza en la frente, aunque no haya llegado con todo rigor el dia verdadero de ella. Ya llegará.

Agosto, 1871.

LXXII.

Lauce imprevisto.



Cura infeliz, apóstata de su Religion, acaba, dicen, de pedirle al gran pontífice liberal, Montero Rios, el permiso de ser marido. Lo cual, si con la historia en la mano se considera, nada ofrece de original. La apostasía, decíame en cier-

ta ocasion un jesuita muy listo y muy gramático, fué siempre del género femenino; y Erasmo, con ser protestante, dijo de los apóstatas de su tiempo, que todos sus cambios de religion solian tener por fin único el de las comedias, el casamiento. Y un refran español, anterior á todos los apóstatas españoles, añade ya desde muy antiguo: «No hay hereje sin mujer.» Que un desventurado, pues, no contento con haber hecho traicion á su Dios y á su carácter sacerdotal, pretenda plaza de marido civil, nada tiene, repito, de particular; antes está muy en la naturaleza de las cosas y casi casi no podia ser de otra manera. Sabido tenemos lo de Lutero. Lo mismo fué desentenderse del Papa y de sus hábitos que acordarse de Catalina Boré. No es, pues, éste el lance imprevisto del cual quise hablarles hoy á mis inolvidables lectores.

Pero ¡ oh desgracia! hé aquí que la sábia ley del matrimonio civil no habia tenido en cuenta este caso. Al primer tapon zurrapa. Y no sólo no lo tuvo en cuenta la muy sábia ley progresista, sino que no habia imaginado que á nadie se le hubiese de ocurrir. En efecto, el pontifice liberal, autor del nuevo sacramento, al definir, en uso tal vez de su infalibilidad, cuáles, y cuáles no, debian ser los impedimentos del matrimonio revolucionario, acordóse de los votos solemnes y de la ordenacion in sacris, y declaró que los ligados de esta suerte estaban por ende incapacitados de contraerlo. En vano le hicimos notar el disparate nosotros los reaccionarios. Hacer una ley de carácter puramente civil, era hablarle al

hombre unicamente como ciudadano, prescindiendo por completo de su carácter religioso. ¿Con qué derecho, pues, se introducia un impedimento puramente religioso en una ley que pretendia poner el matrimonio como institucion puramente civil? El absurdo era colosal aun para un ministro progresista. Nosotros sabíamos mejor que él el derecho revolucionario, y la experiencia ha venido á darnos la razon. Vista ahora la pretension del renegado de que se trata, vióse cogida en el garlito la profunda sabiduría del legislador. Acudióse al Consejo de Estado, y acaba de resolverse el asunto en sentido de que la ordenacion in sacris no es impedimento dirimente del matrimonio. Con lo cual se le ha dado al novio debida y formal posesion de su mujer y á la ley progresista un camelo de los más repicados. Quédense, empero, en paz del diablo el Cura con su Eva pecadora, y la ley con su enmienda bochornosa, que tampoco es éste el lance imprevisto de que les quise hacer hoy el artículo à mis amigos.

Lo verdaderamente curioso é imprevisto é insoluble, por más que tercien en la cuestion cien Consejos de Estado, es lo que puede mañana suceder, y acerca de lo cual pido con mucha instancia el ilustrado parecer de la Crónica de Cataluña. Si mañana, ó de aquí á algunos años, el infeliz que acaba de hacer traicion á su Dios, agitado por los remordimientos, don precioso de la gracia, ayudado por las oraciones de sus hermanos, próximo tal vez a dar cuenta de su vida ante un luez severisimo, resuelve volver à la fe de sus primeros años y á la pureza de su sacerdocio, debe ante todo renunciar à la concubina que con título de esposa le ha dado la ley progresista. Y jaqui te quiero ver progresista! ¡Aqui de los jurisconsultos del progreso! ¡Aqui del caletre de Montero Rios y de las peladas molleras de los togados del Consejo! El problema que les presenta un oscurisimo Oscurantista de provincias es el siguiente:

El Cura apóstata tiene el derecho inviolable, imprescriptible é ilegislable de volver á su Religion, como á juicio de los revolucionarios lo tuvo para separarse de ella. Goza de la libertad de conciencia consignada en la Constitucion, y nadie ni en el cielo ni en la tierra puede impedirle el retorno á su Dios. ¿Estamos, señores? Es pura y sencillamente la doctri-

na de los derechos individuales. Tiene, pues, este derecho reconocido, acatado y garantido por la ley.

Pero la desdichada que se unió á él con tan feos lazos, tiene segun la ley progresista, el derecho de permanecer perpetua é irrevocablemente casada con su falso marido. Porque el pontífice liberal ha definido tambien como dogma de fe progresista, que el matrimonio civil es perpetuo é irrevocable.

Hay, pues, en el marido el derecho inviolable de separarse de su mujer cuando su conciencia le dictare la vuelta á su deber canónico.

Hay en la mujer el derecho legal de no consentir esta separacion.

O más claro. El infeliz apóstata puede abandonar á su mujer en uso de su libertad de conciencia, y no puede dejarla en virtud de la ley de matrimonio civil.

Pugna aquí un derecho contra otro derecho. Ambos derechos incompatibles, están sin embargo reconocidos por la doctrina revolucionaria. Luego la doctrina revolucionaria está en contradiccion consigo misma. Luego ó la teoría de los derechos individuales y de la libertad de conciencia, fundamento del matrimonio civil, es un absurdo; ó es un absurdo la ley del matrimonio civil, que cabalmente se encuentra en oposicion con lo que pretende ser su fundamento.

Búsquenle el hilo à esa enredada madeja los más pacientes de mis lectores. Si la *Crónica de Cataluña* no anduviera tan ocupada estos dias en la tarea de relatar regios y democráticos festejos, pediriale yo por caridad se sirviese sacarme del atolladero en que por culpas de la lógica me veo metido. Porque ellà, la *Crónica*, debe de saber al dedillo estas teorías y muchas cosas más, segun el entusiasmo con que las ha defendido. Mis preguntas son muy sencillas, y desafío formalmente à mi colega à que me las conteste:

¿Cómo quedará la llamada esposa del infeliz cura recien casado civilmente, el dia en que éste volviendo en sí, abjure sus errores, como ayer abjuró su Religion?

¿Puede dejar á su falsa mujer? Si puede, ¿cómo queda la ley del matrimonio civil que ha declarado a éste perpetuo é irrevocable? ¿Cuál será entonces la condicion legal de la llamada esposa? ¿Será viuda? ¿Volverá á soltera? ¿Podrá contraer nuevos lazos?

¿No puede dejar el nuevo marido su falsa esposa? ¿No? Pues entonces, ¿cómo queda su libertad de conciencia? ¿Con qué derecho se le prohibe el regreso á su fe y á sus deberes? ¿Habrále sido lícito abjurar la Religion y no se lo será abjurar la apostasía?

Los católicos tenemos derecho á exigir de los revolucionarios que han hecho la ley, respuestas claras, francas y terminantes. De no darlas, creerémos que no las dan porque no las tienen. Y resultará entonces que la cacareada ley de matrimonio civil es una parodia de ley ¦sin piés ni cabeza, sin criterio fijo que le sirva de fundamento, sin ninguna aplicacion posible en buena lógica, con un absurdo en cada articulo y un conflicto social tras cada absurdo.

Agosto, 1871.

LXXIII.

De la adulacion y de los aduladores.



OR feo vicio fué tenida en todos tiempos la adulacion, indicio de alma baja y de vileza de pensamientos. El que por alcanzar favor ó fortuna no vacila en arrastrarse por el polvo de las àntesalas y lamer las botas de aquel á quien

odia tal vez en el fondo de su corazon; el que por los mismos fines colma de inmerecidas alabanzas y de mentirosos obsequios á quien sólo le merece en su interior la indiferencia ó el desprecio, es más vil y miserable que el criminal á quien la ceguedad de una pasion violenta arma el brazo contra la vida de su señor. Los aduladores ocupan en la historia el lugar más abyecto de ella y en la pública opinion el rango más despreciable.

Los autores de filosofía moral señalaron los palacios de los reyes como único teatro de la adulación y de los aduladores. Reservado estaba á nuestro siglo un notable progreso en esta materia. Antiguamente anduvo siempre la adulación de abajo arriba; hoy está de moda, gracias á los adelantos de la época, la adulación de arriba abajo. Antes era el súbdito quien se empinaba sobre la mentira para alzarse hasta su señor; hoy es el poderoso quien se revuelve por el cieno para ponerse al nível de sus más infimos vasallos. Antes lamia la adulación el polvo de las antecámaras, hoy ha dado en besar el barro de las plazuelas. Antes la adulación se llamaba cortesana; de hoy en adelante se llamará populachera.

No se dirá que sea el espiritu de humildad cristiana quien inspira estas abyecciones con mengua de la propia dignidad. No reconocemos aquí el ejemplo de Cristo que besa los piés de los discípulos y abraza al traidor. Ni el de aquellos santos príncipes y princesas de la monarquía cristiana que curaban los leprosos en los hospitales, en tiempos en que la palabra

rey democrático no estaba aún en el diccionario de nuestras miserias y ridiculeces. Los tales, en el heroismo de su humildad, hacíanse servidores de sus súbditos, mas no aduladores de sus bajos instintos. Esto distingue el servicio de la adulacion. El servicio digno ennoblece al que lo presta; la adulacion rastrera envilece y degrada lo mismo al adulado que al adulador.

Mis lectores tendrán noticia de El alcalde de Zalamea, joya de nuestro teatro, en la cual el sublime Calderon nos dejó trazado el verdadero tipo del monarca popular español, al mismo tiempo que el de su leal y altivo vasallo. Los carteles anduvieron anunciándola estos dias, y á fe que nunca pudo ser más oportunamente. Y Mayeroni la ha representado en italiano, sin duda para mayor claridad.

Aquel rústico alcalde lanza á las barbas de un vil palaciego adulador, aquella sublime redondilla que el poeta por su parte lanzaba desde la escena á los llamados déspotas de la casa de Austria:

> Al rey la hacienda y la vida Se ha de dar; pero el honor Es patrimonio del alma, Y el alma sólo es de Dios.

Y el pueblo de entonces, que comprendia y aplaudia esta grandiosa escena, tenia indudablemente de la sujecion y del vasallaje ideas más altas que los monárquicos à la derniere que rodean al desventurado á quien en su entusiasmo democrático llamaron con profética verdad, «la menor cantidad de rey posible.» Y el gran Felipe II que aparece al final de la pieza justificando la conducta del alcalde labriego y tendiéndole su real mano, es el tipo más completo del monarca verdadero unido á su pueblo con íntimos lazos, inclinando hácia él la majestad de su testa coronada, sin por eso echar á rodar por los suelos la corona.

Pero el poeta español que con tan valientes pinceladas nos dió el verdadero retrato del rey popular, no nos lo pintó por cierto recorriendo lugares de baja estofa; no nos dijo que se deshonrase honrando con su presencia espectáculos impúdicos, centros de inmoralidad, templos de lujuria, de los cua-

les apartan los ojos con asco y horror las personas decentes. Es verdad que si Calderon escribiese su inmortal comedia en el año de gracia de 1871, comprenderia tal vez de otro modo la popularidad de la monarquía. Absorto quiza, como Martos, en la feliz idea de hallar la menor cantidad de rey posible, procuraria tal vez rebajar cuanto pudiese el prestigio de la institucion monárquica, desautorizarla, desacreditarla, haciendo de ella lo que de otra análoga dijo Lafayette: una república sin ninguna de sus ventajas y con todos sus inconvenientes. Pero estas lindezas progresistas no las hubo de imaginar en su vida el genio de Calderon. Por esto El alcalde de Zalamea, bellisima idealizacion del espiritu popular de los antiguos monarcas españoles y del espíritu monárquico de sus antiguos vasallos, ha venido á ser hoy la sátira más atroz y contundente, así de los pueblos aduladores de reyes, como de los reyes aduladores de plebes. A ser más linces los progresistas, habian de ver precisamente en su repetida representacion en estos dias, una de las acostumbradas malicias de la mano oculta, y prevenirse contra ella, aunque fuese poniendo en juego la celebérrima partida de la Porra. Cada escena de aquel drama es un artículo de oposicion; cada verso un flechazo diestramente disparado por Calderon, à la distancia de dos siglos, contra monarcas y monárquicos como los que hoy se usan, es decir.... falsificados.

Agosto, 1871.

LXXIV.

Impresiones de viaje.



NA breve expedicion veraniega condújome dias atrás á las faldas del viejo Montseny, con tan robustos tonos cantado por un poeta de nuestra patria. Mis ojos no podian separarse un punto de aquellas solitarias parroquias espar-

cidas aquí y alli, en lo más agreste de la montaña, y recordaba que desde la redaccion de ciertos periódicos, entre el hastio de todos los placeres y la embriaguez de todas las locuras, gastando alegremente un sueldo enorme y siempre puntualmente satisfecho, hay quien se complace en insultar al pobre Párroco habitador de estas guaridas y su único civilizador, cuya miserable dotación de tres ó cuatro mil reales anuales constituye en la Corte la mitad de la paga de un portero. Recordaba que, como precio de un juramento que la conciencia repugna, se prometia no ha mucho pagar á esos pobres Parrocos lo suyo, y que sin embargo, por no vender su conciencia renunciaban à lo suvo esos pobres Párrocos y se entregaban á merced de sus feligreses como el último mendigo de su parroquia. ¿En dónde resplandece la verdadera altivez española y la verdadera dignidad cristiana: en los de arriba, que apretaban el dogal que la desamortizacion puso en sus manos y decian al pobre: «O juras, ó no comes;» ó en los de abajo, que respondieron á una voz desde los cuatro ángulos de la Península: «Antes la miseria que la deshonra?» Y luego asaltábame la imaginacion la mágica palabra economias, tan en boga hoy; economias que los de allá predican y los de acá practicamos, sin duda con menos elocuencia, pero tambien con mayor virtud que los que han hecho de ella el punto culminante de sus programas políticos. Y como corolario de todo horrorizabame la ingratitud

del mundo, que colma de honores à ciertos personajes de dudosos merecimientos, y tiene sólo el desprecio y la calumnia para esos ministros de la Iglesia, oscuros obreros de la verdadera civilizacion y del sano progreso, que en el desempeño de esta noble tarea rompen el terreno más duro con infatigable constancia, con indecibles privaciones, sin apenas otro estímulo para su trabajo que la idea de que Dios ha de recompensarlo.

Con tales reflexiones ya no extrañarán mis lectores la viva impresion que me causó un buen Párroco de una de aquellas parroquias, la más inmediata al llano, ya casi en él; quien, enseñándome dos viejos morales á la orilla de un camino plantados, me dijo:

- —¿Ve V. aquellos dos robustos troncos?
- -Si, señor mio, repuse yo, ay qué ofrecen de particular? -Poca cosa, amigo; son restos de una magnifica plantacion que se hizo de ellos à mediados del siglo pasado y que ha desaparecido casi por completo. Lo que ahi queda es el único monumento que recuerda la actividad benéfica de uno de mis predecesores en favor de su feligresía. Porque ha de saber V. que más de un siglo atras, cuando en España no se habia pronunciado ni se conocia siguiera la palabra civilizacion, cuando todo (al decir de ciertas gentes) vegetaba en la oscuridad y el fanatismo, entre las cadenas de la Inquisicion y la ignorancia del clero, hubo aqui un hombre perteneciente à ese clero y amigo de aquella Inquisicion, y absolutamente desconocedor de esta civilizacion de hoy tan ponderada, que hizo por sus feligreses lo que si hoy hiciera cualquier caballero particular, de fijo le valiera ser elegido diputado en todas las legislaturas.
- —¿Y qué hizo el muy buen señor? ¿Publicó programas? ¿Pronunció discursos patrióticos? ¿Brindó por la libertad y el bienestar de las clases obreras, y tantas otras zarandajas como por esos mundos se oyen todos los dias? Que estos parecen ser hoy los mejores anzuelos para pescar votos... y tontos.
- —No, amigo mio; á mi predecesor no le dió el naipe por hablar más que del Evangelio al pié del altar de su reducida parroquia. En todo lo demás, era hombre corto en palabras,

pero largo en obras, que es mucho mejor. Juzgue V. mismo por lo que oirá.

Por los años de 1766 al 1788 regia esta parroquia el reverendo Dr. D. Isidro Guiu. Veia este señor al ya numeroso vecindario que se agrupaba al pié de su campanario, pobre, sin recursos, en un terreno fértil y ameno, pero sin duda no explotado ó por pereza ó por ignorancia, ó con más probabilidad por falta de iniciativa. Tomóla el buen pastor, y resolvióse á serlo por aquella vez, no solo de las almas, sino de los cuerpos. Hé aquí la nota puesta por él mismo en uno de sus libros parroquiales. No haré más que traducirla del catalan, dejándola en su hermosa sencillez:

«En el año de 1769 he dado arroz al Manso Sauleda y al Manso Bachs, quienes lo han sembrado. Les he enseñado el modo de cultivarlo; yo tambien lo sembré, y á todos salió bien, siendo esta la primera cosecha de arroz que ha dado esta parroquia.

«Tambien años atràs hice plantar algunos morales, y con su hoja empecé à criar algunos gusanos de seda; este año se ha cosechado tambien la primera seda en esta parroquia, pues de la simiente de treinta gusanillos recogi diez y siete onzas de fruto, que los hermanos Estudiants (sin duda apodo de familia) han hilado al torno, mostrándolo á mucha gente à fin de que se alentasen à este cultivo. El terreno es uno de los mejores de Cataluña; á la orilla de los arroyos y torrentes, que tanto abundan aqui, cabrian unos cincuenta mil morales, sin perjuicio de ningun otro fruto. El clima es firme y templado, los aires secos y frescos. Muchos han empezado á plantar estos árboles, y para animarlos más y más, açabo de sembrar algunos puñados de su grano en mi huerta, en la luna nueva de Julio, poniendo encima de la tierra una capa de carbon desmenuzado, regándolo á cazos todos los dias, à fin de tener dentro de poco abundante plantel y dárselo á mis parroquianos.

«Tambien he procurado se introdujese aquí la filatura de algodon, y no habiendo antes más que seis mujeres dedicadas á la de estambre y lana, se ha logrado que tres meses despues haya aquí cien hilanderas que lo hilan ya muy delgado, y espero tener muy luego unas cuatrocientas dentro

los límites de la parroquia. Hemos construido dos tornos para hilar, y salieron tan bien, que van á construirse muchos más. Yo hice construir doce por mi cuenta, á fin de enseñar el oficio á los pobres. Son de nueva construccion, y con ella se ha logrado que cuesten un tercio menos y que sirvan para hilar algodon lo mismo que para estambre y lana, y así, al paso que las fábricas de indianas, usando los tornos antiguos, perjudican á las fábricas de paños, usando estos de nueva construccion favorecen el aumento y conservacion de los unos y de los otros.»

Esta es la nota, prosiguió mi buen interlocutor, fielmente traducida. ¿No cree V. que vale más esto que escribir artículos contra el pauperismo y enriquecer á los pueblos de derechos individuales?

- —; Mucho que si, á fe de Oscurantista!
- —¡Pues ahí verà V.! Los que como el desconocido doctor D. Isidro Guiu, párroco de San Pedro de Vilamajor en 1769, se desviven por el pueblo, son llamados sus opresores. Los que engordan con su sustancia, y gastan y triunfan con su sudor, y à costa de su sangre subieron à encumbrados puestos, y una vez encaramados en ellos no le dejan de bruto é inconsciente, esos se llaman amigos del pueblo. Sí, ¿eh? ¡amigos del pueblo! ¿Y qué han hecho ellos por el pueblo?
 - -: Toma! medrar con él, y ; viva la libertad!
- Pues, señor, á su oscurantismo de V. me atengo y ahí me las dén todas.

Y así concluyó la conversacion.

Setiembre, 1871.

LXXV.

Un vástago ilustre.



semana que acaba de transcurrir no ha sido, gracias á Dios, desaprovechada. Por primera vez ha hecho su entrada en la escena parlamentaria la Internacional; el debut ha sido brillante, y la gran heroína de nuestro siglo se ha presentado

en nuestras tablas, no como primeriza actriz sino como muy desenvuelta y consumada. Por boca de Garrido, federal franco y desembozado, si los hay, nos ha dicho claramente de donde venia y á donde iba y con qué medios contaba para la realizacion de su humanitario programa. Los católicos la oímos sin sorpresa; esta salida la teníamos prevista años há, y aun anunciada. De los liberales de todos matices, algunos sonrieron, otros afectaron escandalizarse, alguno intentó balbucear, nadie se atrevió à habérselas formalmente con la esfinge que tales problemas presentaba. Contra sus negaciones absolutas sólo podian tener valor y fuerza las afirmaciones absolutas, y éstas no las tiene nadie sino el Catolicismo y su política. Dicho se está, pues, que los honores del debate debieron ser para un diputado católico; fué éste el Sr. Nocedal, hijo, y en tanto es así que los mismos periódicos liberales no le han negado la gloria de este triunfo. El Liberalismo no podia sino enmudecer ó contradecirse, ó cantar la palinodia. Hizo lo primero, que era lo más prudente, aunque no fuese lo más glorioso.

El Sr. Garrido no se contentó con exponer las doctrinas y los proyectos de la Internacional con la ruda franqueza que le es propia. Quiso además justificarlos, y en esta parte de su discurso, mirada la cosa bajo el punto de vista liberal, anduvo acertadísimo. No es muy filósofo, que digamos, su señoría republicana, pero no se necesita serlo mucho para

т. у.—22

probar con antecedentes históricos la legitimidad liberalesca de la Internacional. Examinémoslo.

Tres puntos principales comprende el programa internacionalista, y son tres negaciones. La negacion de Dios, la negacion de la propiedad, la negacion de la familia. Consecuente à estos principios el Sr. Garrido, negó à Dios, negó la propiedad y negó el matrimonio. Analicemos por partes los justificativos históricos de sus tres negaciones.

En su negacion absoluta de Dios, Garrido se declaró descendiente en linea recta de los que han relegado la creencia en el Sér Supremo á la esfera de la conciencia individual, desterrándola de la marcha social y de la legislacion, porque en las Constituyentes se dijo paladinamente hace dos años, y lo dijo un monarquico: El Estado y la ley deben ser ateos. Garrido no ha hecho, pues, más que dar otro paso tras los muchos que llevamos andados desde Cádiz hasta Alcolea. Garrido es el último anillo de la cadena que empezó el dia en que se sentó como base de la política española, que la autoridad no venia de Dios, sino del pueblo. Aquel fué el primer ateismo. Suprimida la idea de Dios de la nocion de la autoridad, se la suprimió luego de la enseñanza, luego de la beneficencia, luego de la legislacion, luego de la moral pública, luego del matrimonio, hasta llegar tras esta serie de supresiones al republicano Garrido, que pide se la suprima del corazon humano, último asilo que el Liberalismo le ha deiado como por compasion. Lógico, perfectamente lógico. Porque Dios ó no reina en nada, ó reina en todo. O es dueño y señor de la marcha de los Estados, ó no lo es ni de los latidos de mi corazon. O debe influir su creencia en la politica, en la ley, en la ciencia y en el matrimonio, ó no ha de influir ni en uno solo de mis pensamientos. No caben aquí términos medios ni en buena filosofia ni en buena teologia. De consiguiente, ó política y ley y ciencia y familia absolutamente católicas, ó política y ley y familia absolutamente ateas. Más claro y más sintetizado: ó la doctrina del Syllabus, ó la doctrina de la Internacional.

En su negacion de la propiedad nos mostró tambien el Sr. Garrido sus clarísimos ascendientes. Componen su árbol genealógico los que degollaron à los frailes y se repartieron sus bienes, los incautadores de dotes de monjas, los que han hecho cesar el culto de Dios en gran parte de nuestras iglesias, los desamortizadores que vendieron y los que compraron, los demoledores de edificios sagrados en bien de la higiene pública ó por la codicia de poseer el solar. Tambien aquí es concluyente el argumento que pudo hacer su señoria federal. ¿Era ó no era legitima la propiedad de los frailes, de las monjas y de la Iglesia? Cierto que si, y Montero Rios acaba de decirlo elocuentemente en su preámbulo al proyecto de ley para el arreglo del clero. Pues bien. De propiedad legitima á propiedad legitima no va un cero de diferencia. Lo que fué lícito con la propiedad corporativa ha de serlo con la propiedad particular. Y con más razon con ésta, que es más egoista y menos aficionada á repartir con el público sus beneficios. Es así que el Liberalismo ha declarado buena presa la de la propiedad eclesiástica; luego no tiene derecho para impedir que la Internacional declare buena presa la de la propiedad particular. No tiene vuelta de hoja.

En la negacion de la familia Garrido se declaró por el matrimonio que podriamos llamar natural, es decir, la union fundada únicamente en el amor de dos individuos, sin ninguna intervencion de la ley. La idea está tomada de lo que acontece entre las especies inferiores, y con algo más de franqueza pudiera llamarse matrimonio bestial ó matrimonio perruno. Pero sea como fuere, el caso es que su señoría naturalista no es más que un discípulo aprovechado de los progresistas, y su matrimonio no es sino un perfeccionamiento del llamado matrimonio civil. Por de contado tiene igual derecho, para inventar modos de matrimoniar, un federal que un progresista. Esta base nadie va à negarla. Si Garrido presentase à las Cortes un proyecto de matrimonio bestial, y éstas le diesen mayoría de votos, su proyecto pasaria à ser ley como lo es el famoso proyecto matrimonial de Montero Rios. La diferencia ante el criterio liberal, no está sino en que el uno está votado ya, y el otro puede estarlo mañana, si Garrido tiene mayoria. Y la tendria si fuese ministro. El uno es el matrimonio de la revolucion presente, el otro es el matrimonio de la revolucion futura. Es cuestion de épocas, como la moda de los sombreros ó del miriñaque. Estudiemos más detenidamente este punto, que es práctico é interesante.

Montero Rios suprimió en el matrimonio á Dios y á la Religion. Fué ésta una economia como cualquier otra, en estos tiempos de economías. Garrido, más económico, suprime en su matrimonio al juez municipal y à la ley. Vamos á ver, ¿cuál de las dos supresiones es más grave y trascendental, la que suprime en el matrimonio al juez y à la ley, ó la que suprime à Dios y à la Religion? Indudablemente la segunda. De otro modo: Montero Rios no necesita á Dios para el matrimonio; Garrido para el matrimonio no necesita á Montero Rios. No puede, pues, hacérsele en rigor al discipulo otra acusacion, sino la de que ha salido algo más progresista que el maestro. Más breve todavía. Montero Rios se crevó con derecho para violar la ley cristiana y alterar la constitucion de la familia española, que llevaba diez y ocho siglos de fecha. Garrido se cree con derecho para violar la ley progresista que con desprecio de la gente honrada funciona hace apenas un año. ¿Quién estuvo en mejor derecho? De criterio humano à criterio humano va cero, aunque el uno se llame progresista, é internacionalista el otro. Sistema es el Liberalismo, sistema es la Internacional. Prescindiendo del criterio divino, de sistema á sistema va nada.

Tranquilizaos, amigos mios liberales, los que en la memorable sesion pasada oísteis con muestras de virginal rubor las declaraciones del paladin internacionalista. No seais cándidos, por Dios, y no os hagais de nuevas ovendo cosas que de puro antiguas están ya gastadas. Doctrinas como las expuestas por el Sr. Garrido no aparecen de repente en el mundo, son hijas de álguien. En el orden de las ideas, como en la economía animal, aún no se ha hallado el secreto de obtener hijos sin previos padres. Y los padres sois vosotros, aunque la vista de este desdichado expósito os saque los colores à la cara. Sus padres sois, y él, él mismo os ha reconocido por suyos en la fisonomia. ¿No veis que lleva en el rostro vuestros mismos rasgos, bien que algo más pronunciados? No renegueis, pues, de vuestra ignominiosa paternidad. Es el hijo del crimen; pero los hijos del crimen, hijos son como los habidos en el tálamo conyugal. No renegueis de vuestra descendencia, porque ella ¡vive Dios! no quiere renegar de sus ascendientes, y viene ante el tribunal de la historia à reclamar su apellido y la parte de la herencia que le corresponde. Dadie vuestro apellido y dadle su patrimonio. Dadle el nombre de Liberalismo, que es el vuestro y el suyo; dadle su herencia, que es la que vosotros habeis arrebatado antes que ella, à los pobres, à la Iglesia y à Dios. Dadselo, cobardes, porque de lo contrario dispuesta està à tomársela por su cuenta. Dios parece haberle concedido su permiso para eso. Y ella lo sabrá aprovechar.

Setiembre, 1871.

LXXVI.

Un monumento de la Revolucion.



téndolo estoy sin que mis ojos acaben de convencerme de la tristísima realidad! Hállome delante de Ripoll y de su célebre monasterio; ante mí se levanta destrozado y calcinado el magnifico frontis bizantino que nueve siglos

respetaron y que el siglo de las luces mutiló horriblemente: los tendidos claustros, el torreado campanario, los cinco bellísimos ábsides, pregonando están con elocuente voz la inspiracion sublime que los alzó y la impiedad satánica que los redujo á escombros. Tumbas violadas, rotos ventanales, muros cuarteados, la compasiva hiedra abrigando amorosamente los mutilados restos de aquel colosal esqueleto, hé aqui lo que es Ripoll, eso le queda á Cataluña del mausoleo de sus Condes, de la primera página de su gloriosa reconquista.

Todas las razas dominadoras han señalado su paso por la tierra con monumentos, emblema de sus ideas y de su poderío. Nuestra patria, fecunda en mudanzas, lleva la huella de cada una en sus variadas construcciones. Desde las pesadas fábricas ciclópeas en que apoya Tarragona sus vetustas murallas, hasta las afiligranadas labores de la Alhambra y la severa mole del Escorial, el hombre observador halla en este suelo la firma de todos nuestros señores. La dominacion revolucionaria no quiso desobedecer á esta ley histórica; tambien ella escribió su hoja en este inmenso álbum de recuerdos. Impotente para edificar, señaló su paso con la destruccion; presentóse, habló, y apareció nuestra patria cubierta de ruínas. Ruínas, hé aquí la fórmula adecuada de sus ideas, hé aquí su legitima expresion, hé aquí su monumento.

Dejemos á parte las ruínas en el órden moral, no por menos deplorables, sino por ajenas al objeto que nos ocupa en este dia. La fe en Dios, el respeto á la autoridad, el amor á la familia, todo lo cuarteó el funesto ariete que de medio siglo acá viene jugando con tan tenaz insistencia. La propiedad bamboleando, la familia profanada, el mismo Díos hecho objeto de necia y sacrilega guerra, hé aquí sus últimos espantosos estragos.

Las ruínas detienen á cada paso al viajero en sus expediciones por esta tierra de España. Tiénenlas las ciudades como las aldeas, escóndense como vergonzosas en lo más repuesto de los valles y hondonadas, ó muéstranse descarnadas y escuetas en la cima de las colinas. ¡Y siempre ¡ay Dios! son ruínas religiosas! ¡Y nunca son ruínas del tiempo! ¡Y siempre son ruínas del hombre!

Fijense mis lectores en una observacion. Las ruínas que amontonó la mano de los siglos son venerandas y sagradas; su contemplacion inunda el ánimo de dulce melancolía; la brevedad de la vida. la eternidad de Dios, viénense à la memoria como ideas traidas por el mismo espectáculo de aquellas grandezas que sucumbieron bajo el peso de su propia ancianidad. Mas las ruínas que amontonó en un momento la mano del hombre, apenas dejan lugar en el pecho para otro sentimiento que no sea el de la indignacion. Ante ellas sentimonos tentados de maldecir, en un rapto de cólera, á aquellos de nuestros hermanos á quienes el furor de los bandos políticos ó una idea maduramente concebida y tenazmente realizada condujo á tan dolorosos extravíos. En las primeras no vemos más que una momia, testigo elocuente de nuestra caducidad; en las segundas, el cadáver todavía palpitante del que aver fué jóyen lozano y vigoroso, y hoy sólo una muestra de la ferocidad de sus viles asesinos.

Tales pensamientos embargaban mi alma al recorrer hace poco aquellas silenciosas ruínas en compañía de mi oficioso cicerone. Tambien él era una ruína. Jóven aún, habia servido á aquella respetable Comunidad en el oficio de macero, y hablaba de sus insignias y de su maza y de su ceremonioso ministerio con el inspirado acento que dan siempre la verdad y los hermosos recuerdos. Al oirle describir la suntuosidad del culto divino, la sonoridad del órgano, lo acompasado del canto, el grave tañido de las campanas, lo majestuoso de los hábitos monacales, ¡ah! todavía aguardaba el corazon ver

cerrarse en un momento aquella bóveda hendida, aparecer de nuevo iluminado el altar, resonar el órgano acompañando la majestuosa salmodia y llenarse de fieles la vasta nave, y animarse todo con la santa alegría de nuestras grandes solemnidades. ¡Vana ilusion!

¡Todo despareció, cambió la suerte Voces alegres en silencio mudo!

El sol lanza á torrentes su odiosa luz sobre el abierto crucero; la yerba crece frondosa en el desigual pavimento; de los antiguos tapices de Flandes sólo restan los clavos y cornisillas en que solieron colgarse. Ya no el órgano dulcísimo, ni el grave salmear, sino el gemido lúgubre de la tramontana turba la quietud de aquel osario. No sonarán ya más alegres sus diez y seis campanas; su último toque fué el de la agonía entre los resplandores del incendio. Hechas pedazos en el campo liberal de Berga, sirvieron luego de metralla á cañones catalanes contra pechos tambien catalanes.

Ripoll era para Cataluña el Escorial de sus Condes. Aquella mansion escogieron para su enterramiento los que ni soñar podian hubiese entre los suyos pechos bastante aleves para aventar sus nobles cenizas. La tumba de Viíredo no se libró de la violacion, y la sábia curiosidad del arqueólogo apenas ha logrado salvar hoy de los escombros su epitafio.

Ripoll era tambien nuestro archivo, y los títulos más auténticos de nuestras glorias guardábalos desde luengos siglos aquella Comunidad. Los ricos pergaminos no alcanzaron mejor suerte que las lápidas sepulcrales. La ilustracion revolucionaria rasgó allí las páginas más bellas de nuestra historia. ¡Nada quedó! Sepulcros, pergaminos, tapices, estatuas, cuadros, condes y abades, todo lo devoró en un momento la antorcha civilizadora de la libertad!

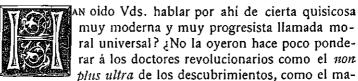
Lector, si vas tú á Ripoll, si guiado por el cuadrado campanario atraviesas anhelante la alegre villa en busca de estas silenciosas ruínas, consuélate por vida de quien scy, y haz por ahogar dentro de tu pecho el rugido de ira que en él se te levante en presencia de tamañas iniquidades. El fuego respetó una de las alas del monasterio que da sobre los claustros. Cuando yo los visité se bailaba allí los domingos, á precio módico, el Mabille y otras frioleras de gusto. Una compañía de cómicos de la legua acudia de vez en cuando á civilizar la comarca con cancanescas representaciones. Eso sustituyó en Ripoll, como en cien otras partes, á los cantos monacales y á la instruccion religiosa y literaria, que los monjes daban gratis á los hijos de la montaña. Diz que aquello era el oscurantismo y que eso es la ilustracion. Con su pan se lo coman los aficionados.

Yo que no lo soy abandoné el profanado recinto, roja de indignacion y de vergüenza la frente, asomándome à los ojos las lágrimas y á los labios una imprecacion. Apresuréme à cruzar la ancha plaza, y al transponer su último límite, volvime tristemente para dirigir à aquellos escombros queridos mi última mirada. «Cesaste, exclamé, de ser monumento de la Religion y del arte, para serlo en adelante de la Revolucion impía. ¡Benditos sean ellos que para gloria de Dios te alzaron! ¡Ella que en odio á ambos te abrasó... maldita sea!»

Setiembre, 1871.

LXXVII.

Los moralistas al uso.



ravilloso especifico con que se curan todos los males, especie de pildoras Holloway, por lo general de sus aplicaciones, por lo barato de sus precios, por la sencillez de su uso, y mayormente por lo sonado y cacareado de sus prodigiosas virtudes? Recuerdan Vds. que con ella sola se pretendió llenar el inmenso vacio que dejaba en nuestra legislacion la moral católica, que como antigualla reaccionaria se arrojó de alli? Y precuerdan Vds. tambien que por aquellos dias escribi yo un mal articulejo con el titulo de Moral universal, probando con razones y ejemplos que la tal invencion no era moral ni universal, que era insuficiente para lo que se la destinaba, y que à lo más podia merecer el nombre de moral elástica, ó de conciencia à gusto del consumidor? ¿Recuerdan Vds. todo eso? Pues bien. Han pasado apenas dos años, y el tiempo ha venido á darme la razon. Es verdad que el tiempo, por muy progresista que sea (y lo es, porque anda siempre sin parar un punto), acaba por dar siempre la razon á los picaros oscurantistas. Van Vds. á verlo.

Tratábase hace poco de la Internacional, y esta digna hija de sus padres estaba oyendo de ellos contra su honra las más negras acusaciones. Que era atea no podia negarlo ni quiso. Contentóse con responder: «Más son Vds.» Y no supieron qué responder. En cuanto á lo de enemiga de la propiedad, lo confesó paladinamente, pero añadiendo por disculpa: «Todo lo más que se puede hacer es llamarme incautadora y desamortizadora.» Y los padres tampoco tuvieron contesta-

cion que dar à la hija respondona. Sobre lo de la familia hiciéronsele gravisimos cargos. A lo que respondia sin ruborizarse la muy desenvuelta: «¿Pues no sacásteis vosotros nueva moda en eso de matrimonios? Igual derecho tengo yo. Para casarse, à los mios bástales el amor, y para justificarlos, tengo de sobras el criterio de la libertad.» Esta vez hicieron por escandalizarse los padres graves; sin embargo, no fué cosa mayor, ni habia para qué tomarse la pena.

Pero de pronto se le ocurrió á uno de los tales acusar de inmoral á la pública pecadora, y la que tantas acusaciones habia soportado y gloriádose de ellas, no pudo con ésta y se puso de veintiun alfileres, como se dice. Encabritóse como potro mal domado, en cuyos hijares se ha hundido sin consideracion la espuela, y por boca de Castelar alzóse á pedir satisfaccion del agravio. Y este señor, que á pesar de ser muy poeta y muy músico, y de andarse casi siempre por las nubes, sabe, cuando quiere, poner el dedo en la llaga, pidió á los padres sabios del Liberalismo la definicion de la moral. Es lo que procede; para juzgar de la inmoralidad de una institucion, hemos de saber antes qué es lo que entendemos por moralidad.

La respuesta para un católico era sencillísima. Nosotros entendemos por moralidad la sujecion del hombre en sus pensamientos, palabras y obras á los principios de la ley natural, interpretados y ampliados por los preceptos de la ley de Dios y de la Iglesia. Lo nuestro podrá ser muy antiguo y rancio y reaccionario; pero es claro, radical, absoluto, sin ambajes ni rodeos ni tergiversaciones.

El Liberalismo, á quien se dirigia la maliciosa pregunta, no supo qué responder á ella, sino sacando á relucir otra vez el trapito sucio de la moral universal. Cuando hé aquí que tomando la palabra Castelar la emprende contra esta señora de alquiler con la elocuencia suya, pero esta vez (desde su punto de vista) con un vigor de raciocinio digno del más peripatético reaccionario. Segun él no hay tal moral universal; la moral para su señoría es individual. Y su argumento puede exponerse así: «Habeis admitido el criterio individual en las creencias religiosas; es así que la moral no es casi siempre más que una aplicacion práctica de las creencias religio-

sas. Luego la moral no está subordinada á otra autoridad alguna que al criterio individual. Luego si sois libre-cultistas habeis de ser tambien libre-moralistas. Proclamada la libertad en el creer, debe proclamarse por consecuencia necesaria la libertad en el obrar, ya que la moral no es sino el reflejo de la creencia, y la creencia es el espíritu, el alma, la vida de la moral. Acusar, pues, de inmoral à la Internacional porque no acepta la moral vuestra, es como acusar de irreligioso al mahometano porque no acepta vuestra religion. La Internacional tiene, además de la moral que aprendió de vosotros y de vuestros actos, otra moral suya, para su uso particular, hecha como de encargo para ella, y es libre en el uso de esta moral, como lo es en el uso de la suya el más austero cenobita. No, pues, más acusaciones de inmoralidad. El Código que no reconoce delitos contra la Religion, no debe reconocer tampoco delitos contra la moral. En adelante en el Código penal de las naciones europeas no deben figurar más que los delitos contra la libertad.»

No dijo esto Castelar, ni puede compararse à su prosa deslumbradora y rozagante la muy pedestre del pobre Oscurantista. No dijo esto, pero pudo decirlo, y está realmente contenido todo lo que acabo de indicar en aquella su declaracion, de que la moral del género humano no es universal, sino individual. A estas alturas nos encontramos, pues. Esta es la última palabra del derecho revolucionario, dicha por el más avanzado de sus apóstoles. A fuerza de progresar hemos vuelto al derecho primitivo de que cada cual sea dueño de si mismo, con la adicion forzosa de que quien tenga fuerza mayor sea dueño de los demás. Las últimas prerogativas del ser humano, y su dignidad, y su libertad, y su ideal magnifico, están reducidas, pues, á este nuevo sistema de moral brevisimo y expedito, que puede andar impreso en una décima parte de un papelito de fumar: Quiero; luego puedo. Pero, señor, ay si vo quiero lo contrario de lo que V. quiere? La solucion á esta dificultad, idéntica en el fondo, varia en la forma segun los tiempos. En los primitivos se dió en la de porra, garrote ó puñetazo limpio. Más tarde tomó la de puñal, que no ha caído aún en desuso. Modernamente y más conforme con la civilizacion que respiramos, se da por la boca del revólver, y éste la emite en forma de proyectil esférico ó cónico, segun el último figurin. Humanamente hablando, los conflictos à que puede dar lugar el uso de la moral moderna, no tienen otro remedio que la receta indicada. Así vemos que los Gobiernos revolucionarios la usan contra los pueblos idem en grande escala, por medio de los cañones, bayonetas y demás quincalla militar. Los pueblos revolucionarios la emplean tambien en grande escala contra sus Gobiernos, por medio del fusil, la barricada, la bomba Orsini, y como último adelanto, el petróleo. Esta es la novísima forma de enjuiciar. Así hacen valer los unos su derecho de gobernar y los otros el suyo de no ser gobernados. Este tribunal resuelve todas las cuestiones. No es extraño. A tal teoria, tal práctica. A tal moral, tales procedimientos.

Octubre, 1871.

LXXVIII.

La conjuracion de los... pasquines.



L demonio son esos hombres!...; Uf!

—¿Quiénes, señor, quiénes, y perdóneme la libertad?

-Los Jesuítas, hombre, los Jesuítas. A listos no los gana nadie, es verdad, y se la tienen

bien ganada en el mundo esa reputacion. Pero à intrigantes y perturbadores y metidos siempre en la tarea de volver lo de arriba abajo, para salirse ellos con el logro de sus fines, no hay quien les eche raya. Amo la Religion, pero odio de veras á esos hombres infaustos que la están desacreditando à cada paso. ¡Lástima de Carlos III!

—¿Será V. liberal, señor mio, y rabiará porque lo sea todo el mundo?

-Sí, señor, y á mucha honra.

—Se conoce por lo que le entusiasman las hazañas del despotismo. Pero, eno me dirá V. por qué se levanto hoy tan malhumorado contra los benditos Loyolas, que no se han metido, que yo sepa, en los asuntos de V.?

—Lo de Bélgica, hombre de Dios, lo de Bélgica, que es capaz de hacerle subir la sangre à la cabeza al más templado, aunque la tenga de horchata valenciana.

—¿Dirá V. por lo que vienen relatando ocho dias há los periódicos revolucionarios del país y las agencias idem?

—Sí, señor; sí, señor, y es realmente monstruoso lo que está haciendo allí la mano del jesuitismo. ¡Vamos que hay para hacer una barbaridad! Figúrese V. que se votó una ley, que buena ó mala al fin es ley; que los liberales, ya lo sabe V., somos así, y la legalidad (la nuestra se entiende) antes que todo. Y buena ó mala como es la dicha ley, de enseñanza por más señas, la sancionó el rey, y punto redondo. Pero como la ley no es del gusto de esos intrigantes, cate V.

que empiezan á salir desde luego en teatros é iglesias, ; sobre todo en iglesias, si, señor! furiosos pasquines en que se amenaza de muerte al soberano por haber dado á tal ley su sancion, y con el visible objeto de que eche del Gobierno al partido que la ha presentado, y llame, por supuesto, á gobernar á los miserables que de tales medios se valen para sus fines. Porque ha de saber V. que consta, claro, clarísimo como la luz del dia, que los autores de los pasquines son los Jesuítas, y así lo ha declarado un mogigato amigo suyo, á quien se cogió en el acto de plantar un pasquin; y buena prueba es de todo que el Gobierno se ha apresurado á practicar un registro en la Casa-colegio de la Compañía.

- —¡ Hombre! ¿Sabe V. que me va pareciendo el caso mucho más grave y trascendental de lo que V. llegó jamás á figurárselo?
- —¡ Pues, digo! Jesuitas habian de ser para cometerlas de este calibre. Llenas andan las historias que yo he leído, yo mismo, si, señor, de sus repetidas fechorías. Ahí está Eugenio Sué...
- —¡Testigo de confianza, en efecto! Pero, repito, caballero, que el asunto me parece más negro de lo que á V. se le figura, y que de ser cierto hunde para siempre á la Compañía, sin que la salve san Ignacio en persona.
- —Me gustaria oír desarrollada esta indicacion de V., que me parece tendrá sus bemoles.
- —Sí, señor, y escúchemela bien, y válgase de ella para lo que conviniere, que un dia ú otro puede que le venga á convenir. Repito y afirmo que de ser cierto lo que de Bélgica andan contando por ahi los periódicos de la secta, está irremisiblemente perdida la Compañía de Jesús, porque el crédito de listos y tunantes y zorros de que gozaban sus individuos queda absolutamente quebrantado, sin que nadie lo consiga rehacer ó levantar. Porque la verdad es que esa picardía, que la historia llamará en adelante la conjuracion de los pasquines, ha salido cosa tan mal desempeñada, que en adelante, así como para llamarle picaro á un hombre le llamaban ahora Vds. los liberales con cierto retintin jesuita, ahora sólo van á llamar con este nombre á los bobos y necios y majaderos. ¿Está V., amigo?

- —Diga, hombre, diga, que me tiene estupefacto su modo tan original de mirar la cuestion.
- —Pues, señor, como decia; los pasquinitos que han aparecido en Bruselas contra el rey han salido firmados por clericales. ¿Ha visto V. travesura?; No han de ser Jesuitas los autores de ellos, si casi empiezan por confesarse reos ellos mismos? Que es la primera majaderia. Y va la segunda. Ha de saber que casi todos los han plantado en las iglesias. ¡Qué modo tan ingenioso de ocultar que se han urdido en los confesonarios y sacristías! Tercera majaderia. ¿Sabe V. quién fué el encargado de la delicada operacion de fijar los pasquines? ¿Seria uno de esos instrumentos misteriosos, perspicaces, agudos, listos, en fin, como la mano que los maneja? Pues ¡ca! no, señor, un infeliz, un miserable que despues de verificada la operacion se deja coger por la policia en un banco de la taberna, borracho como una sopa!
 - -Realmente, los Jesuítas podian hacerlo mejor.
- -Diga V., caballero, que los viles enemigos de los Jesuítas no podian inventarlo peor! Tan necios son aquellos y tan criaturas, que no sirvan ni para hilvanar una mala trama de comedia espeluznante, como las que se representan acá los domingos en el teatrillo del Odeon. Que la Europa entera, hasta la protestante, si, señor, hasta la protestante, se rie de la farsa francmasónica de los pasquines, y que los primeros que de ella se rien à más y mejor son los picaros Jesuitas, que malvados podrán serlo, á juicio de sus enemigos, y podrán ser inmorales, y asesinos é incendiarios, y todo lo que V. quiera y todo lo que pregone por ahí la secta, que les tiene el mismo horror y odio que el diablo á la cruz; pero que, gracias à Dios, no son tontos, ni imbéciles, ni mentecatos. Por donde, si fuera verdad lo de Bélgica, serian ellos todo eso, y à fe que hubieran dejado de ser un peligro para la Europa civilizada, porque de puro bobos á nadie podrian hacer mal. Pero si no es verdad, como no lo es, lo que de ellos se cuenta, ¿sabe V. quiénes son los bobos y los majaderos?
 - -Sus enemigos, ¿eh?
- —No, hombre, no; sus enemigos son pérfidos y calumniadores, y nada más. Vds. son los bobos, amigo mio: Vds. son los necios y los niños de escuela, que sólo por verlas

impresas se tragan como un confite tales paparruchas. Vds. son los borregos á quienes engatusa tan delicadamente el Liberalismo con esas sonatas que sólo por viejas ya nadie debiera escuchar. ¡Y pensar que tal vez se llama V. hombre ilustrado y sensato y de órden y conservador! ¡Cáspita con los tales!

—No hay para tanto, hombre, no hay para tanto. Muy á pechos toman Vds. los ultramontanos estas frioleras.

—¡ Ca, hombre, ca! En broma y en gresca las tomamos, bendito de Dios, que ninguna de esas sandeces nos llega á la altura de nuestras narices para darnos un minuto siquiera de mal humor. Por burla las sacamos á pública vergüenza, por burla y por nada más, para que vea el mundo qué cosas y cosazas se escriben en este siglo de las luces, y qué puntos calza de honradez quien las inventa y escribe, y qué talla mide el público ilustrado à quien se las dan à tragar. Y basta de la conjuracion de los pasquines, famosa desde ahora en los anales de la Compañía de Jesús y en las gacetillas de la prensa radical.

Octubre, 1871.

LXXIX.

¿Ateme usted esos cabos!



upongamos ¡ ave María purisima! que fuese yo católico-liberal. No se asusten mis complacientes lectores ni me rocien aún con agua bendita; es pura hipótesis. Y supongamos además que en las últimas discusiones del Congreso,

en las cuales el Liberalismo español ha discutido la propiedad, ha discutido la familia y ha discutido á Dios, Dios, la familia y la propiedad hubiesen salido derrotados y declarados por ende abusos del antiguo régimen, como muy poco ha faltado. No es absurda esta suposicion; la votacion, que será probablemente en pró, pudiera muy bien ser en contra, sin que para nada se alterase la naturaleza intrinseca del procedimiento liberal. Hay más aún. Desde que se somete un punto á discusion, se le supone dudoso, y su certeza queda en cierta manera en suspenso (á lo menos sujetivamente) hasta que el mayor ó menor peso de las razones determine la votacion favorable ó adversa. El Liberalismo, pues, sin faltar à su principio y à su procedimiento esenciales, puede muy bien fallar contra Dios, contra la propiedad y contra la familia, del mismo modo que puede fallar en favor. Para él, como sistema, nada hay cierto à priori; sólo hay cierto oficialmente el veredicto de la votacion.

Pues bien; dado este caso, que está en lo posible, deseo saber de los que entienden más que yo en la materia, cómo se las compondria su servidor de Vds. para seguir siendo católico y siendo liberal, y para continuar creyendo lo que me enseña con su autoridad infalible el Catolicismo y continuar creyendo á la vez lo que me enseñara con su autoridad, tambien soi dissant infalible, el Liberalismo.

El procedimiento católico me obligaria á creer en Dios; el procedimiento liberal me obligaria á negar su existencia. Hé

aquí dos soluciones contradictorias, y sin embargo, como católico consecuente deberia admitir la primera, y como liberal consecuente deberia admitir la segunda. ¡Verdaderamente seria esta una posicion singular!

Ensayemos presentar aún con mayor claridad y llaneza este raciocinio.

El procedimiento católico basado en la fe, me conduce por el camino recto de la lógica, á la afirmacion absoluta de Dios.

El procedimiento liberal, basado en la discusion, puede conducirme, tambien lógicamente desde su punto de vista, á la negacion de Dios. Digo *puede*, porque me basta la posibilidad.

Porque admito como base de mis convicciones privadas el primer procedimiento, llámome católico.

Porque admitiria como base de mis convicciones públicas el segundo, llamariame liberal.

Es posible, pues (y en nuestros tiempos facilisimo), que como católico me vea obligado à creer en Dios, y como liberal à negar su existencia. Esta seria la situacion de un ministro católico-liberal el dia en que una votacion parlamentaria le negase la existencia de Dios. ¿No se puede admitir esta posibilidad?

Pues bien; la mera posibilidad de que se hallen una vez sola en contradiccion las soluciones lógicas del Catolicismo y las del Liberalismo, la sola posibilidad de que pueda verse una sola vez negada por el criterio católico lo que afirma el criterio liberal y vice-versa, arguye necesariamente falsedad en uno de los dos, segun toda regla de lógica. Dos procedimientos perfectamente lógicos, partiendo ambos de principios verdaderos, no pueden llegar ambos á soluciones contradictorias. Es lógico el Liberalismo, es lógico el Catolicismo; sus soluciones lógicas pueden (bástame, repito, la posibilidad) ser contradictorias; luego está la contradiccion de estas soluciones en el principio del cual ambas respectivamente proceden. Luego ya en su raíz son antitéticos y contradictorios el Catolicismo y el Liberalismo, además de serlo, como el mundo ve, en sus consecuencias y aplicaciones. Testigo la historia contemporánea.

En la hipótesis sentada, si fuese yo católico-liberal, deberia, pues, arreglármelas como suelen los que, por su desgracia y por la nuestra, militan en ese campo ambiguo. Seria católico, excelente católico en mi vida privada; racionalista, completamente racionalista en mi vida pública. Padre de familia, no permitiria en mí ni en los mios tibieza ó vacilacion sobre este punto; hombre de Gobierno, no podria admitirlo como base social si antes no me lo daba por cierto una votacion parlamentaria, y deberia rehusarlo si ésta me lo diese por falso. Lo que para mi seria indiscutible en casa, vo mismo lo trataria como opinable en el Parlamento. En ella seria el hombre de fe, en éste seria el hombre de la duda; allí el católico, aquí el liberal. En rigor no podria, pues, llamarme católico-liberal, pues nunca lo seria simultáneamente, sino alternativamente lo uno ó lo otro, segun las circunstancias.

¿No es esta la angustiosa situacion en que se hallan tantos y tantos espíritus, por otra parte ilustrados, rectos, sinceros y generosos? ¡Ceguedad lamentable! Vedlos en el periódico, oidlos en la tribuna. Fluctúan á cada paso entre su conciencia religiosa y su conciencia política: católicos son y han de admitir como legal y buena una doctrina ó una disposicion impías, porque esta doctrina ó disposicion impías no tienen vicio alguno bajo el punto de vista liberal. Han sido libremente propuestas, libremente discutidas, libremente votadas. El Liberalismo, sin faltar en lo más mínimo à su dogma, las ha dado como buenas; sin embargo, el Catolicismo las condena como malas. Y el católico-liberal ha de aceptarlas en este doble sentido, porque admite la legitimidad del doble principio que las ha producido. Es que admitió en principio la absurda conciliacion de dos contradictorios, y ha de admitirla hasta sus últimas consecuencias.

El católico-liberal, si de veras se empeña en ser católico y de veras se empeña en ser liberal, es por esto una perpetua contradiccion, es un absurdo viviente. Para sí mismo, casi siempre un tormento; para los demás, frecuentemente un escándalo.

Noviembre, 1871.

LXXX.

Tristes victorias:

CABARON ya, gracias á Díos, los discursos en pro y en contra de la Internacional. Animada ha sido la discusion; valia la pena; discutíanse nada menos que la propiedad, la familia y Dios. Tenia, empero, mucha mayor importancia por

otro concepto. Por vez primera se hallaba el Liberalismo frente á frente de una cuestion fundamental, y España deseaba ver cómo se las habrian los apóstoles de la ilustracion moderna con los apóstoles del porvenir, que, grandecitos ya, créense por lo mismo en edad suficiente para intervenir á su vez en el arreglo de ese mundo tan embrollado. España deseaba verlo y lo ha visto, con harto dolor de sus entrañas. El Liberalismo y el Socialismo han reñido la tremenda batalla, y, fuerza es confesarlo, salió vencedor de la lucha el Socialismo. Me explicaré.

El Socialismo venia exigiendo de mucho tiempo atrás el que fuesen cosa opinable y discutible y votable (permitasenos la palabra) los fundamentos sociales. No le hubiera dado ese gusto un Gobierno católico. Catecismo en mano hubiera dicho al monstruo: «Sé de cierto la existencia de Dios, y no necesito yo que me la decida una votacion de ciento noventa y un votos favorables. Sé de cierto la legitimidad de la familia y de la propiedad, y no necesito discutirla. Internacionalistas, Jos oponeis á lo que el principio católico sienta como verdadero, fundamental, inviolable é indiscutible? ¿Si? Estais fuera de ley. Entenderán con vosotros los tribunales.» Un Gobierno liberal ¡pobrecillo! no ha podido decir eso sin negarse á sí propio. Ha debido decir lo siguiente, poco más ó menos: «Señores internacionalistas: soy indiferente á toda idea religiosa; estoy tan lejos, como Gobierno, del Catolicismo como del Mahometismo ó de la secta de los mormones.

Mi único criterio es el de la discusion; discutamos, pues, à ver quién más puede. El veredicto saldrá de la votacion. Si llevais lo mejor en la pelea, y pierden Dios, la familia y la propiedad, perdidos queden; sin ellos nos pasarémos, que al fin para mi, como Gobierno, son cosa opinable, supuesto que son cosa discutible. No tiene vuelta.» Afortunadamente salimos ya de cuidado. Por ciento noventa y un votos acaba de decidirse que todavía habrá durante algun tiempo en España Dios, familia y propiedad, como por ciento noventa y un votos se decidió que hubiese la actual dinastía. No puede quejarse D. Amadeo de Saboya, el hijo de Víctor Manuel. Igual mayoría numérica que le puso en el trono ha mantenido en el suyo á Dios. Dios y D. Amadeo han sido declarados cosa oficial en España por identico número de votos, habiendo tenido que pasar antes por la idéntica humillacion de ser discutidos. Eso por hoy. En cuanto á mañana, otra votacion de ciento noventa y un votos puede decidir que no haya más Dios ni más D. Amadeo. Preciso es confesar que bajo el punto de vista liberal, como se observen las reglas del sistema, tan verdadera y legítima votacion será ésta como aquella. ¿Qué tal, católicos liberales? Pero dejando lo de mañana, que todo se andará, dejemos consignado el hecho de hoy, que no es grano de anís. La Internacional ha logrado que fuesen ante el país opiniones discutibles Dios, la familia y la propiedad. Primera victoria de la Internacional.

Ganada por la Internacional la primera etapa, preciso es hacer justicia à sus corifeos; han sabido aprovecharla. En el decurso de los debates, el vigor de la lógica, los grandes arranques de elocuencia han estado de parte de los oradores socialistas. De parte de los liberales la vacilacion, la ambigüedad, la incertidumbre. Hablaron éstos de inmoralidad. Saltaron los socialistas, y preguntaron qué era moral para el Liberalismo. Este dió tres ó cuatro definiciones distintas y ninguna verdadera. Hablaron de ilegalidad. Y preguntaban cuál era la legalidad del matrimonio civil hace dos años, y los progresistas callábanse como muertos. Invocaron el sagrado de la propiedad, y les recordaban lo que habian hecho ellos con la propiedad sagrada. Los socialistas presentaban un sistema destructor é infernal, pero claro y bien definido;

el Liberalismo ha presentado los colores del arco-iris, desde Ruiz Zorrilla, casi demagogo, hasta Canovas del Castillo, que con pasar por ultra-conservador, ha osado llamarse hijo de la duda para que no le llamasen neo. Es decir, ha hecho plena profesion de racionalismo. Segunda victoria de la Internacional.

Pero me diréis: Al fin quedó derrotada la impía secta; la proposicion que la declara fuera de la ley está ya votada; tranquilicémonos. ¡ Aguardad, insensatos, aguardad! El primer paso del Liberalismo ha sido una transaccion: ha discutido; el segundo una serie de vacilaciones: ha mal discutido; el tercero será un rasgo de impotencia: habrá inútilmente discutido. ¡ Quisiera Dios que fuese sólo inútilmente!

¿Qué ha hecho el Liberalismo con declarar fuera de ley à la Internacional? Nada; menos que nada. A la prueba. ¿Hará con ella lo que hizo con las Ordenes religiosas, à cuyos individuos asesinó, cuyas casas entregó à las llamas y cuya santa memoria ha infamado? ¡Ah valiente! No lo hará, no; los frailes eran católicos, los internacionalistas ateos, y el Liberalismo, es escrupuloso en respetar los derechos del ateísmo, aunque sabemos cuán brutalmente sabe tratar al Catolicismo. Instintivamente reconoce à aquel por amigo y á éste por enemigo. No puede ser otra cosa.

Habrá para la Internacional atropellos como los cometidos con las infelices monjas? ¿Habrá incautaciones como las ha habido para los templos del Dios vivo? ¿Habrá expulsiones en masa como las hubo para los esclarecidos hijos de la esclarecidisima Compañía de Jesús? ¿Habrá supresiones como las hubo para la benemérita Sociedad de san Vicente de Paul? Habrá vejacion como la hay siempre para todo lo bueno y noble y honrado que, á pesar de los tiempos, germina aun en esta fecunda tierra de España? No, nada de eso habrá. Lo veréis. Lo pasado responde del porvenir. Tres semanas ha necesitado el Liberalismo para saber si se podia perseguir judicialmente à quienes se proponian nada menos que la subversion franca y desembozada de la sociedad. Ni un minuto se gastó en discutir si debia ser disuelto, expulsado, atropellado y arrasado lo nuestro, lo católico. Se pide el expediente de todos esos atropellos; ni expediente se encuentra, porque ni expediente se necesitó. El Liberalismo, entre la Internacional y el Catolicismo, se ha mostrado cual era en su esencia: tan atento amigo del primero como enemigo feroz del segundo. Por esto tambien en este punto la victoria es de la Internacional.

Vedlo si no. Dum Romæ consulitur, Saguntum expugnatur. Esta frase de Tito Livio aplicaban los antiguos á todos los casos parecidos al nuestro. Traducido á la moderna dirá: Mientras se discute en las Cortes, alista en grande escala la Internacional. En efecto. El número de los afiliados ha crecido espantosamente en estos últimos dias, segun datos fidedignos. La audacia ha crecido á la par. Al compás de la discusion, inaugúrase en Madrid por los mismos diputados un club socialista. Y á la votacion que la declara fuera de la ley, responde la Internacional de España por medio de sus periódicos con un reto en que declara fuera de ley á los Gobiernos y renueva la guerra sin tregua à la sociedad. Y para sostener esa guerra ha empezado ya à abrirse una pública suscricion. Razon tuvo quien llamó à las últimas discusiones sobre la Internacional la aurora del petróleo. Es axioma liberal: de la discusion sale la luz; esta vez saldrá de ella algo más que luz, saldra el incendio.

Y preguntará algun curioso ahora: ¿Y qué papel ha hecho en esa batalla el Catolicismo? Clarísimo: el único que podia. No ha discutido, porque no podia discutir lo indiscutible. Ha opuesto sus afirmaciones dogmáticas y categóricas á las negaciones de la Internacional. Ha echado en rostro al Liberalismo la inconsecuencia de sus doctrinas y la impotencia de sus medios. No ha sido contrincante; tampoco hubieran sido aceptadas sus soluciones: ha sido mero espectador, y en cierta manera juez. Y al llegar á la votacion se ha adherido á ella, pero explicándola clara y sencillamente como reprobacion. El Catolicismo no puede discutir la Internacional; no puede sino condenarla.

Para desvanecer los tristes presentimientos á que puede dar lugar todo lo hasta aquí expuesto, permitaseme una anécdota histórica que le viene de molde á nuestro asunto. Acababa un famoso general, cuyo nombre no recuerdo ni hace al caso, de quitarle al enemigo sus posiciones, y gana-

da con esto la batalla, al reunir sus tropas destrozadas, pudo observar que habia quedado poco menos que destruído su brillante ejército. Volvióse cabizbajo à sus ayudantes, y dijoles con cierto retintin de hombre no muy satisfecho: «Señores, con otra victoria como ésta quedamos perdidos.» Amigos, acabaré diciéndoles à los mios; con otra victoria como la que acaba de conseguir en favor nuestro el Liberalismo; ay de nosotros! ¡ ay de la sociedad!

Noviembre, 1871.

LXXXI.

Necrología.



cabamos de asistir, segun todos los indicios, à la agonia, muerte y decorosa sepultura del partido progresista. La confianza depositada en el presente Ministerio, cuya vida al parecer se le prolonga por pura gracia del miedo, son más

bien las honras oficiales con que se le entierra. Los sábados famosísimos han sido los miasmas de su anticipada descomposicion; la division ambiciosa de sus dos jefes, la enfermedad que desde el principio fué reconocida mortal; la proposicion de Ochoa, el golpe de gracia. ¡Descanse en paz y séale ligera la cesantía! Sus restos dispersos, perdido ya el histórico nombre con que militaron, irán á confundirse por la fuerza misma de las cosas, unos en el astuto unionismo, otros en la fraccion cimbria, los más vivos de genio en las filas republicanas.

Notable será este acontecimiento en la historia contemporánea, y su fecha habrá de figurar desde este año en los futuros calendarios entre las más célebres. El progresismo ha tenido harta influencia en los destinos de la nacion, ha chillado y àlborotado en gran manera el cotarro, para que pase desapercibida su desaparicion de la escena política. Al retirado de Logroño que ha sido durante tantos años su alma y su brazo, debe de pasarle ahora lo que á cualquier alma de cualquier hijo de vecino que se echase á mirar desde el otro mundo el cadáver que un dia animó y con el cual hizo el viaje de la vida. Todo se fué. El cuerpo vedle por ahí en descomposicion. El alma sobreviviéndole allá en su limbo solitario. La milicia nacional, el himno de Riego, los bigotes y patillas á la Luchana, los lemas del pueblo soberano, arrinconado todo eso y mandado recoger y cubierto dentro de poco

de telarañas en el vasto museo de la historia. Sic transit gloria mundi.

¡Justicia de Dios! El partido progresista puede decir como el infortunado D. Rodrigo de nuestros romances:

Ya me comen, ya me comen, Por do más pecado habia.

Acaba de hundirse en la tumba llevando en la frente por última herida un correazo frailuno. Instintivamente había presentido en todos tiempos el progresista que habían de dar con sus huesos en el pudridero manos de fraile. A no ser así no se explica, no se comprende la enemiga, el odio feroz que tuvo siempre à la gente de convento. El fraile era el bu del progresista, como el coco lo es de los niños traviesos. Recientemente lo habian declarado sus periódicos. Hubiérase resignado à la roja gorra del internacionalista, antes que à la capucha del conventual. Pues bien. Dios, que en estos casos aprieta la mano alli donde más duele la llaga, reservábale para su última hora este último sarcasmo. Ni se le ha concedido como á los antiguos gladiadores el caer con gracia. Ha caido de bruces. En vano ha pronunciado el Morituri te salutant del Circo romano. La respuesta del público ha sido una solemne carcajada, que no es otra cosa una votación de todas las fuerzas del Congreso contra dos solos votos favorables al ministerio y ocho abstenciones. Es toda la pompa de la ignominia.

La celebérrima proposicion católica que ha precipitado la muerte del último Gobierno progresista, ¿habrá sido inútil? No, por varias razones. En primer lugar, ha dado ya de sí un fruto, ha tumbado otra situacion liberal y ha sacado del redonde la lpartido progresista. No es esto poco, sino muchísimo. Otro toro, y emprender con él la misma tarea.

En segundo lugar, ha arrancado declaraciones favorables á las Ordenes religiosas hasta de los grupos más avanzados. Estas declaraciones, valgan lo que valieren, consignadas quedan y no podrán desmentirse, y será ya mucho más difícil el que se obre en adelante en contradiccion con ellas.

En tercer lugar, ha hecho caer no pocas máscaras y ha puesto en ridicula situacion á los católico-liberales del Con-

greso. Cánovas, por ejemplo, reconociendo una injusticia en la expulsion de los jesuítas, ha declarado no poder votar contra esta injusticia por más elevadas consideraciones. Y todos, incluso Rios Rosas y la gente moderada, vinieron á decir idéntico. De suerte que para todos estos católicos á su modo, existen consideraciones más altas que la justicia. Ya se vé, ¿cómo la justicia es la Iglesia católica quien la pide! Pidiérala la Internacional ó cualquier otra secta, no se la negarian. Pruebas dieron recientemente de ello. Pero es el Catolicismo quien pide una declaracion de derechos en favor de sus hijos, y ellos... al fin... son católico-liberales. ¿No es preferible, en algun sentido, ser federal ateo con lógica y desvergüenza?

Basta por hoy. Mucho se ha andado y todo se andará. Tres años no más llevamos de gloriosa setembrina. Dios no ha permitido que la venciese ninguno de sus declarados enemigos. Ella está á sí misma triturándose y aniquilándose y y sepultándose otra vez en el lodo de donde nació. Dejad hacer á Dios.

Noviembre, 1871.

LXXXII.

Los frailes ante la filosofía progresista.

AN oido Vds. alguna vez filosofar à los progresistas? ¿No? Pues tóquenle à uno de sus periódicos el registro de los frailes, y ahí verán Vds. cuán deliciosamente lo hace.

Tiene la palabra para esto La Iberia, periódico mayúsculo de la secta, oráculo del progresismo de Madrid, como La Crònica lo es del de Barcelona, pero no de aquel progresismo verdaderamente tal, que avanzando, avanzando, ha llegado hasta las fronteras de la república, confundido va con la gente radical y hasta honrándose con su nombre. No; sino de aquel progresismo que no progresa; de aquel que se está todavía en el año 36 de gloriosa memoria; progresismo estacionario, ó mejor retrógado, siempre con la cara hácia atrás, buscando en tiempos antiguos el glorioso ideal del partido; progresismo histórico, como se llama él mismo para acabar de definirse mejor; progresismo clásico, como le llamaria yo, ó bien progresismo fósil, como le ha llamado hace pocos dias un aficionado a estas investigaciones histórico-geológicas. De éste es fiel representante en ideas (y aun en gramática), la noble Iberia, diario fundado por Calvo Asensio, dirigido por Balaguer, el poeta de las odas místicas á María y de los venerandos trabucos del clero catalan; propiedad, finalmente, del señor Sagasta (servidor de Vds.), aquel hombre de órden, tan conservador, tan reaccionario, tan enemigo de todos los derechos inaguantables y de los curas. Crei necesario anticipar estos pormenores, para que se vea que no son gentecilla de poco más ó menos los autores de las palabras que voy à transcribir. Dice, pues, de este modo la filosófica Iberia:

«Vamos por partes; todos pertenecemos á la sociedad, contribuímos á su sostenimiento con nuestro trabajo, y por

este motivo gozamos de todas las ventajas que ella nos proporciona; pero, si separados por completo del mundo quieren unos cuantos vivir gozando de sus bienes, pero sin contribuir en nada, ni con trabajo material ni intelectual, y haciendo unos votos contra toda ley de naturaleza, ¿habrémos de dejarlos vivir á nuestro lado como plantas que nada producen, y ocupan, sin embargo, un pedazo de tierra que á otro pudiera servir de grande utilidad?»

Este es el párrafo filosófico de *La Iberia*, la cual sin duda creyó presentar bajo el punto de vista más científico posible la cuestion de las Ordenes religiosas. Analicémoslo.

Todos pertenecemos à la sociedad. Aprobado sin discusion. Todos contribuimos à su sostenimiento con nuestro trabajo. Distingo: los que trabajamos, sí, los que no trabajan, no. Por de contado hay quienes no trabajan, pero dan que trabajar à los demás, y à estos supongo no los excluirà La Iberia de la sociedad. Tales son los grandes propietarios, los renteros, los capitalistas, etc. Tambien hay quienes ni trabajan ni dan que trabajar, y sí solo sufren trabajos; tales son los cesantes y retirados decentes en toda situacion progresista. Y éstos tambien pertenecen à la sociedad, aunque tal vez no lo considere así el ministro de Hacienda. Tenemos, pues, que es falso que todo el mundo contribuya al sostenimiento de la sociedad con su trabajo. Tenemos, pues, ya la base en falso.

Pero, si separados por completo del mundo, quieren unos cuantos vivir gozando de sus bienes, etc. Ahí entra lo bueno. ¿Con qué si á un ciudadano ó ciudadana les da la nacional voluntad de irse á roer su hueso en un lugar separado del mundo no habrian de poder verificarlo? ¿Con qué todo el toque del derecho de propiedad está en que uno deba servirse de ella en medio de los demás y no separado de ellos? Pues ¿no está viendo La Iberia con ese talentazo suyo que incurre en una contradiccion? Si los bienes á que se refiere son sus bienes, como ha dicho, ¿quién puede impedirle al ciudadano que se vaya à comer lo suyo à solas, sin testigo, como lo hacia el bueno de Fr. Luis de Leon, ó en mitad de la plaza de Madrid, ó en la Tertulia progresista? ¿Y para eso hemos proclamado tantas veces la libertad y nos hemos tantas veces entusiasmado con el himno de Riego, y hemos

roto tantos faroles y levantado de su sitio tantos adoquines y dado tantos vivas al pueblo soberano, para venir á parar en que no tiene el ciudadano ni la maldita libertad de comerse lo suyo cómo y cuándo y del modo que le dictare su humor? Vamos, hermana *lberia*, perdone por Dios; pero eso es descomunal, aun para un periódico progresista.

Aunque no debe de ser La Iberia quien suelta tales disparates en un momento de despecho anti-frailuno. Yo debo de ser quien los estoy ensartando, olvidado ¡pobrecillo de mí! de lo que saben hasta los niños de la doctrina. La Iberia habrá querido decir que los separados del mundo (frailes y monias), no tienen derecho a poseer lo suyo, por una sublime razon que ahora se me ocurre. Sucede en España y en tiempos liberales que lo suyo de los frailes y monjas no es suyo, sino de unas cuantas docenas de aprovechados liberalitos que considerándolo primi capientis, échanle la garra en subasta ó fuera de ella, y lo meten honradamente en su bolsillo particular por un modo de adquirir nuevo, aunque no consignado en el Derecho romano ni en ninguno de sus eruditos glosadores; el modo de adquirir por incautacion. Así debe entenderse indudablemente el dicho de La Iberia de que los separados del mundo no pueden vivir gozando de sus bienes. Estamos acordes.

Sin contribuir en nada, ni con trabajo material ni intelectual. ¡Válgame Dios y válgame Sagasta, por si no valiera la primera invocacion! ¡Y que eso se diga de las Ordenes religiosas! ¡Y que eso lo digan progresistas! A bien que progresistas habian de ser para atreverse á tanto. ¿Con qué, hermano mio, las Ordenes religiosas no han trabajado en el mundo ni material ni intelectualmente? Pues yo asiento al revés, que, en cuanto á la segunda parte sobre todo, ha trabajado más el último monje ó el último fraile de cualquier monasterio ó convento de Europa, que todas las cabezas ó calabazas de todos los progresistas presentes, pretéritos y futuros. Y basta de eso, que estoy de prisa.

Haciendo unos votos contra toda ley de naturaleza. ¡Jesús, Maria! ¿Es católica La Iberia? ¿Es siquiera cristiana? ¿Es siquiera racional? Los gentiles de Grecia y Roma y los salvajes del Nuevo Mundo veneraron la castidad y creyeron que

el voto de ella en ciertas personas, no sólo no contrariaba la naturaleza, sino que la ennoblecia. Es verdad que entre paganos y salvajes no se sabe aún que se escribiesen periódicos progresistas.

¿Habrémos de dejarlos vivir á nuestro lado como plantas que nada producen, etc.? Basta. El filósofo progresista que habla desde La Iberia, se ve que no tiene ahora del hombre idea más elevada que de una planta destinada à producir. Hace poco, al tratar de la castidad, tenia la generosidad de considerarle al menos como animal obligado à dar cada año sus crias. Con lo cual la cuestion de los derechos y de los deberes del hombre vendrá à convertirse, si se estudia bajo este punto de vista liberal, en mera cuestion de cultivo y ganadería. Gustosos dejarémos en este charco al filósofo antimonástico. Revuélquese en él; à nosotros nos huele à pocilga.

Resumamos. La Iberia asienta como doctrina progresista, que nadie tiene derecho à las ventajas de la sociedad sino los que trabajan en ella. Es doctrina copiada del catecismo de la Internacional. Añade, por lo mismo, que à quien ocupare un pedazo de tierra sin producir y que pudiera servir de grande utilidad à otro, no debe permitírsele que lo ocupe. No piden más los discípulos del Socialismo.

Y añado ahora: O La Iberia representa fielmente las doctrinas del progresismo, ó no.

Lo segundo no puede admitirse tratándose del periódico de Sagasta, de Balaguer y del difunto Calvo Asensio. *La Iberia*, ha dicho socarronamente Salmeron, es la biblia del partido.

Luego ha de admitirse lo primero. Luego sus doctrinas sobre la propiedad son las verdaderas doctrinas progresistas. Luego el partido progresista profesa las doctrinas de la Internacional.

Lo que es á mí no se me hace cuesta arriba aceptar esta última conclusion. Creo, no sólo que el partido progresista es internacionalista en teoría, sino que viene siéndolo años hace en la práctica.

Noviembre, 1871.

LXXXIII.

Euchas y victorias.



o que en nuestra época se conoce con el nombre de Revolucion europea no es sino una fase, un episodio, de la gran lucha que desde la cuna del mundo sostiene el mal contra el bien, la mentira contra la verdad, el infierno contra

Dios. Lucha que empezó en los cielos con la rebelion de los ángeles malos, continuó en el paraíso terrenal con la seduccion lastimosa del primer hombre, y acabará al fin de los siglos con la aparicion del Anticristo. Cada época la ha presenciado con distinto nombre. Antes del Mesías fué la monstruosa idolatría corrompiendo la nocion primitiva y pura de un solo Dios. Despues de fundada la Iglesia, fué la herejía orgullosa alzándose contra la autoridad del dogma impuesto por la fe; hoy es el Liberalismo pretendiendo acabar con toda idea de órden sobrenatural ó eliminar al menos su influencia de las modernas sociedades.

Dios empero dispuso vencer al infierno, é inauguró su victoria al decretar la Encarnacion de su Hijo divino para redimir al mundo. Mas en esta victoria ha querido que todos tuviésemos nuestra parte y nuestro mérito. Por esto el enemigo que en el Calvario recibió el golpe de gracia, no quedó sin embargo inutilizado para el mal. Dios le dejó que se revolviese y se retorciese y continuase aún enroscado por el mundo; dejóle que atacase como antes, contentándose (y no es poco) con facilitarnos la defensa y asegurarnos la victoria, en términos de que no pueda ser subyugado por el infierno sino quien voluntariamente se le entregare. El triunfo será definitivo en el dia de la justicia universal. Entonces resplandecerá en toda su plenitud la gloria de Dios y cesarán eternamente los combates.

T. Y.-24

El misterio que hoy celebra llena de júbilo y de esperanzas la Iglesia católica, es como un compendio de todo esto. Al principio de la funesta rebelion, cuando un hondo (ay! lanzado por toda la naturaleza, segun frase de un poeta, anunció la dolorosa caída del género humano, como en compensacion de aquel inmenso agravio que recibia la honra de Dios fué ya profetizada la victoria de Cristo. Y como arras de ella, como fianza que daba el Criador de que no faltaria su palabra, anunciábase tambien el advenimiento de una mujer privilegiada que, con ser hija de aquel miserable Adan. hermana nuestra, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, seria la primera y más esplendente muestra del poder de Dios sobre su enemigo, ya que este no podria hincar en ella su venenoso diente como en las demás criaturas, antes por su débil pié de mujer seria aplastada su monstruosa cabeza. Esta mujer es Maria, inmaculada en el primer instante de su concepcion. Realidad magnifica que celebramos los católicos en este dia, pero además, símbolo magnifico que debemos à todas horas recordar.

Dios ha querido presentarnos á su Madre, vencedora la primera, de nuestro comun enemigo para movernos y alentarnos á iguales victorias. ¡Confiemos! ¿Cómo confiemos? Poco he dicho, pues hasta en lo dudoso se puede tener confianza. Seguridad es lo que hemos de tener; creamos, sí, que pues la lucha colosal que sostiene el infierno contra nosotros, no es propiamente contra nosotros sino contra Dios, queda de cuenta de Dios el vencer por nosotros ó el que venzamos nosotros con la ayuda de su brazo. Quien así no lo crea no es católico. El que en el misterio de hoy no vea un misterio de consuelo y de esperanza y de infalible seguridad no tiene fe, si ya no le excusa profunda ignorancia.

No empequeñezcamos con ojeadas mezquinas el grandioso cuadro que de las luchas de la verdad en el mundo nos ofrecen de consuno la Religion y la misma historia profana. Elevémonos á la altura de la verdadera filosofía y de la verdadera teología de la historia, que tambien tiene la historia su profunda teología. Los enemigos del Catolicismo se reducen á uno solo, el infierno. Los enemigos del infierno se reducen á uno solo, Dios. Una sola es, pues, la lucha en to-

dos los siglos y en todos los países, y dos solos los combatientes. Llámese Liberalismo como en España y Bélgica; llámese radicalismo ó Commune como en Francia; llámese cesarismo como en Alemania y Prusia; llámese unitarismo como en Italia, de un solo punto sale el ataque y á un solo punto va dirigido. Pueden variar los pretextos, puede variar la táctica, pueden variar las armas. Diez y nueve siglos atrás, por ejemplo, luchaba el infierno en nombre de los dioses, y las armas eran edictos de proscripcion, garfios y leones. Luego va no fueron los dioses el grito de batalla, sino falsos dogmas opuestos á los verdaderos, el arrianismo, el pelagianismo, etc.; las causas fueron entonces el sofisma pseudoteológico. Más tarde se luchó en nombre del poder de los reves y de sus pretendidos derechos sobre la Iglesia; testigos los emperadores de Alemania y la santa firmeza de Gregorio VII. Al apuntar, no sé si la aurora ó la noche oscura de los siglos modernos, debióse buscar nuevo grito de guerra, y entonces fueron el libre-examen, los derechos de la razon, la soberanía del pensamiento, la filosofia, la ciencia, lo que sirvió de casus belli à las huestes del infierno. Las armas fueron el libro, el periódico y la tribuna. Hoy, además de estos pretextos, son razones politicas las que se alegan para perseguir à la verdad, las armas son la diplomacia revolucionaria, el parlamentarismo liberal, y cuando esto no basta, las bayonetas. Una admirable unidad resplandece al través de tantas diferencias de tiempos, lugares y personas. Es la unidad del principio à quien todos obedecen: el infierno.

-Pues bien, ¿qué sacais de ahí?

—Muy sencillo; saco para los católicos á quienes me dirijo, la necesidad inevitable de la lucha, y la seguridad infalible de la victoria. La causa es de Dios, y á Dios puede combatirsele, pero no se le vence. Podemos caer nosotros, es indudable; un reino entero puede ser arrancado del campo de
la verdad. ¡Friolera! Es un soldado que cae y deja un hueco
en la fila, es un peloton ó un cuerpo de ejército á quien barre metralla. Al fin, ya sabemos que no hay combate sin
pérdidas dolorosas. Pero estas pérdidas no menoscaban el
triunfo, antes acreditan lo sangriento de la pelea y hacen
más gloriosa la victoria.

Ruja el infierno cuanto quiera, azote al mundo con su cola la serpiente antigua enroscada en él; en el misterio de hoy verá eternamente su victoria la Iglesia de Cristo, y á pesar del infierno será eternamente una verdad que Cristo vence, Cristomanda, Cristo reina.

Diciembre, 1871.

LXXXIV.

Trastrucque liberal.



que disfrazar la fealdad de sus más negras iniquidades, y tiene á la vezfeisimas palabras con que hacer odioso lo más respetable, si á sus fines conviniere. No tengo intencion de pasar

aquí revista à esta numerosa coleccion de palabras-máscaras. Para citar algunas docenas de ellas bastaríame abrir la primera coleccion de periódicos republicanos, progresistas, unionistas ó moderados (es decir, de toda la familia), que à la mano me viniese. A bien que esto diera sobrada materia para un tomo regular, y yo no me propongo darte, lector benignisimo, más ni menos que mi acostumbrado artículo dominguero.

Dos solas quiero sacar hoy á pública vergüenza, por ser ellas quienes hacen hoy todo el gasto en los periódicos de la secta. Sabido es que Victor Manuel acaba de abrir en Roma su Parlamento, y como es uso y costumbre en tales casos, ha parlado y parlado largo. El Papa ha recibido tambien en su retiro à varias Comisiones de súbditos leales y ha escuchado sus protestas de fidelidad, y entre ellos ha repetido una vez más el Non possumus que ya otras tantas ha lanzado al rostro de la Revolucion. Victor Manuel, rodeado de un ejército numeroso y de un cortejo de bravucones asalariados de las cuatro partes del mundo, cercando con guardias de vista el palacio de Pio IX y dando órden á sus esbirros de hacer fuego á cualquiera que á sus ventanas se asome, se atreve á hablar de la independencia del Pontificado, y osa proponer à su victima que le ceda de derecho lo que él de hecho le ha ya arrebatado. Pio IX, oprimido, vejado, custodiado, viendo recogidos por la policía los valerosos periódicos que se atreven á transmitir sus quejas al mundo, persiste

no obstante en su jamás inquebrantable y se declara dispuesto á morir antes que á retirarlo.

Pues bien. Aquí de mi cuento. La Europa revolucionaria ó liberal oye la voz del verdugo y la voz de la victima, el grito del salteador y el gemido del despojado, y no obstante al primero llama templado y conciliador, y al segundo terco y testarudo. ¡Ah! ¡ muy mal debe de estar el sentido moral en esa desvencijada Europa, cuando hay quien tiene valor para burlarse de él hasta tal punto! Mal, muy mal andamos. Las nociones más triviales de lo justo y de lo injusto han de sostener el disfraz con que se pretende y se logra tergiversarlas. Malos, muy malos andamos.

¡Conciliacion! ¡Terquedad! ¿Con qué Victor Manuel es pura y sencillamente un benévolo conciliador à quien hay que besar las manos por su magnánima condescendencia? ¿Con qué el Papa, vicario de Dios, es al fin un terco y cabezudo que muy bien merecido tiene por su terquedad lo que le está pasando? Sí, señor, y esto sostienen á la faz del mundo, en plena luz del dia, en mitad del siglo ilustrado, algunos centenares de periódicos que tienen recibida hoy esta consigna, y la cumplen como se cumplen siempre las consignas del diablo. ¡Conciliacion! ¡Terquedad! Pero ahora reparo que si bien la moda de estas palabrillas liberales es de nuestros dias, la cosa por ellas significada debe de ser muy antigua, si no mienten las señas. De tercos y de conciliadores está llena la historia; pidámosle á ella cuenta y razon de su verdadero sentido, y nos dirá sobre esto cosas curiosísimas.

De muy antiguo le viene à Satanás su manía conciliadora. Padre de la mentira le llama el Cristianismo. Si me creyese con derecho para imponerle nuevos nombres, llamariale de buena gana padre de la conciliacion. Tres veces tentó à Cristo el hipócrita insolente, y fué siempre proponiéndole transacciones ó conciliaciones, à guisa de amigable componedor. Propúsole primero que transigiese con el hambre, convirtiendo las piedras en pan. Luego que transigiese con su humildad, arrojándose del templo abajo para mostrar su poder. Finalmente que transigiese con su gloria, cediéndola à su rival y cayendo à sus piés en sumisa adoracion. Bien mirado

no se le pedia gran cosa á Jesús; pedíasele sólo una conciliacion. Pero Cristo Dios debia de tener ya por aquel entonces el defecto capital que los revolucionarios de ahora le echan en cara á su Vicario: la terquedad. Cristo Dios (Él me perdone), fué muy terco. Satanás huyó despavorido de su presencia y el Vade Satana de Jesús en aquella ocasion memorable, fué indudablemente el patron ó modelo sobre el cual cortaron su Jamás ó su Non possumus los que en lo sucesivo quisieron contestar del modo debido á las insinuaciones del gran conciliador.

Y hé aquí que yendo dias y pasando dias, fué poblándose de cristianos el mundo, y empezaron al mismo tiempo contra ellos tentativas de conciliacion. A los Apóstoles se les pedia sencillamente que conciliasen su conducta con las disposiciones del Sanedrin, absteniéndose de predicar la resurreccion de Cristo. ¡Si eran conciliadores aquellos fariseos! Pero á bien que dieron con la horma de su zapato. A fariseo conciliador, apóstol terco. Azotes y cadenas no pudieron vencer á esos tercos incorregibles. La espada del verdugo pudo arrancar de sus espaldas la cabeza antes que de sus corazones la terquedad.

Y las mujeres y niños y ancianos que la cólera de Roma pagana inmoló durante tres siglos en hogueras, circos y mazmorras ¿por qué murieron? ¿Fué acaso por otra cosa que por una invencible, inquebrantable terquedad? No se les pedia mucho. Oueríase sólo que conciliasen sus actos con las leves del Imperio, que eran leves ni más ni menos que la nuestra del matrimonio civil. Era una conciliacion como cualquiera otra. De algunos sólo se exigia un puñado de incienso arrojado ante el infame altar, como si dijésemos, un juramento à la Constitucion progresista. Verdaderamente eran tercas aquellas muchachas que se llamaban Inés, Eulalia ó Lucía. Verdaderamente eran tercos aquellos guerreros Victor, Sebastian y Mauricio, aquellos diez mil de la legion Tebea, que no quisieron conciliarse con la ordenanza militar que prescribia un acto idolátrico, una invocacion al genio del emperador. Pues bien, tercos fueron y como tercos murieron, y diez y tantos siglos de Catolicismo no han podido lavar aun la mancha de terquedad que el martirio dejó impresa sobre sus frentes generosas.

Y desde entonces la conciliacion ha sido la palabra tentadora que Satanás ha venido repitiéndoles siempre al oído à los hijos de Dios; como la terquedad ha sido siempre la respuesta que han dado ellos à las sugestiones del gran conciliador. Y los Papas han sido los más tercos, y en su terquedad se ha estrellado la cólera de los conciliadores al ver frustradas sus hipócritas tentativas.

¡Es curioso oir á ese Víctor Manuel hablar de conciliacion al Papa, que nunca le buscó pleitos á su majestad saboyana! Los bandidos españoles que vuelven á estar en campaña de algunos meses acá, podrán cambiar si gustan la frase tradicional del bandolero: La bolsa o la vida, en esotra más digna del siglo de las luces, y en la cual tienen regios modelos que imitar: La conciliacion o la vida. Más claro. O me lo das ó me lo tomo. Esa es la conciliacion, segun noticias que van viniéndonos de Italia. Y el pasajero indefenso à quien por descuido de la guardia civil le fué birlado el equipaje, al referir al primer amigo que tope su desventurada aventura, no dirá ya: «Amigo mio, me han robado,» que esto es reaccionario y clerical; dirá más bien: «Compadre, me he visto obligado á entrar en conciliacion con unos caballeros que la piden por ahí trabuco en rostro.» Eso es lo que se estila hoy, ese es el bandolerismo à la dernière, la pirateria segun el ultimo figurin liberal.

Malos, muy malos andamos. Conciliacion se llama lo que nuestros honrados mayores llamaban con su verdadero nombre: latrocinio. Terquedad se apellida lo que todos los siglos anteriores al Liberalismo habian glorificado como heroica firmeza. Síntoma es de mortal agonía en el enfermo, oirle trastocar los vocablos más usuales y de más clara significación; malos, muy malos andamos.

Diciembre, 1871.

LXXXV.

:Mañana l



AÑANA, mañana es la gran fecha del género humano. Este mañana venturoso, prometido desde la cuna del mundo; este mañana consolador, primera palabra que oyó el hombre despues del amargor y remordimiento de su primera

culpa; este mañana, único punto luminoso que ninguna nacion perdió jamás de vista en medio de las lobregueces de la idolatría; este mañana lo aguardaron suspirándolo y llamándolo à voz en grito cuarenta siglos, hasta que plugo por fin á la divina misericordia realizarlo.

Un derruído portalejo, unos groseros animales, una pobre cuna de pajas y en ella un dulce Niño tiritando de frio, una tierna Doncella y un Varon justo á su cabecera, un grupo de sencillos pastores á sus piés. En el fondo, la soledad oscura y silenciosa de una noche de Diciembre, y encima un coro de Angeles anunciando gloria á los cielos y paz á la tierra. Hé aquí el misterio, hé aquí la maravilla de Dios, el anhelado acontecimiento.

Comprendo ese indefinible estremecimiento de júbilo que se apodera del mundo al renovarse cada año tan dulces memorias. Comprendo esa agitacion universal, ese alborozo profundo que inunda todos los corazones (aun los tibios y los indiferentes), al solo eco de esa palabra á todos los oídos tan grata: Navidad. Hay algo de instintivo en esos tradicionales regocijos; algo que se ha connaturalizado con nosotros, que se ha fundido con nuestra propia sangre; algo que el linaje humano no dejará ya por más que le revuelvan y zarandeen en vertiginoso torbellino todas las revoluciones del infierno. Y ese algo que mis lectores comprenderán, y que ni yo ni nadie de ellos acertará á definir con su verda-

dero nombre; ese algo que en un mismo dia y en una misma hora sentirán dentro de poco todos los habitantes de todas las naciones de todas las partes del globo donde una vez sola se hava pronunciado el santo nombre de lesús; ese algo que hace cesar los negocios y palidecer la política; ese algo que impone tregua forzosa à todo dolor y à toda miseria; ese algo, poético como los recuerdos de la niñez, embriagador como las ilusiones de la juventud, majestuoso como los pensamientos de la ancianidad; ese algo que tiene su traduccion fiel y unisona en los cantares de todos los pueblos, en su música, en sus tradiciones y en sus consejas; ese algo, esa cosa, ese no sé qué de Navidad, es el homenaje más sublime que rinden los siglos al recien nacido de Belen. Quiso la Providencia que á la humillacion inmensa, al anonadamiento increible del Hijo de Dios hecho niño en una barraca de bestias respondiese la humanidad entera con esa glorificacion, tambien inmensa, tambien increible, con ese ósculo ardoroso de fe, de amor y de cristiana poesía que una á una van depositando todas las generaciones á los piés del Niño Jesús. Ese algo lo comprendo yo y lo comprendemos los católicos todos porque tenemos fe, porque ese algo no es sino la exuberancia de ella. Quien no lo comprende es el pobre incrédulo. Para ese infeliz la alegría de esta fecha, además de un tormento, debe de ser un misterio más incomprensible todavia que el profundisimo misterio de un Dios hecho hombre que en ella adoramos y solemnizamos.

Desde el humilde portal reina diez y nueve siglos há el Niño Dios sobre el universo, y el universo diez y nueve siglos há ofrece al Niño del portal ese tributo de inefables alegrías. ¡Dulcísimo vasallaje por cierto! ¡Pero más maravilloso aún! El mundo ha presenciado mil veces el grandioso espectáculo de ovaciones verdaderamente espontáneas y verdaderamente populares. Ha visto pueblos aclamando reyes y alzándoles estatuas y hasta templos y altares, muriendo por ellos en el choque de sangrientas batallas, bendiciendo su memoria y procurando eternizarla con mármoles y bronces. No hay ejemplo, empero, de entusiasmo que el tiempo no enfrie, ni de estatuas que no caigan un dia ú otro de sus pedestales, ni de templos que andando los tiempos no se

dejen desiertos, ni de gratas memorias que al fin y al cabo no se echen en olvido. No hay ejemplo en lo humano de un amor que nunca se entibie, de una veneracion que nunca decaiga, de un recuerdo que siempre conserve su primera frescura. No hay ejemplo bajo el sol de una cosa viejisima que tenga siempre el atractivo de nueva, de una alegría mil veces gozada y siempre con igual anhelo suspirada, de una novedad que nunca deja de serlo, ó de una antigualla que en rigor nunca lo acaba de ser. No; nada hay en lo humano que sea así, ni siguiera que á eso se parezca. El Niño del Portal ejerce él solo diez y nueve siglos há sobre el mundo tan divino señorio sin esfuerzo de ninguna clase, antes à pesar de todos los esfuerzos. Reina. Esta palabra lo dice todo para quien sepa su verdadera propiedad. Eso es reinar. Tener completa y absoluta posesion de todo, de las inteligencias y de los corazones, de la plaza y del hogar, no sufrir menoscabo con el cambio de épocas ni experimentar variacion segun la diferencia de climas y de nacionalidades. Eso es reinar como no puede reinar hombre alguno. Eso es reinar como sólo puede reinar Dios.

Luego Cristo es Dios. ¿Quién puede poner tacha á esta consecuencia?

Esta consecuencia está implícita, lectores mios, en el bullicio, animacion y cristiana alegría de estas fiestas que vamos otra vez á celebrar. El mundo está repitiendo por la milésima vez su profesion de fe. Todavía la repetirá algunos siglos, hasta la consumacion de ellos, pese á quien pese y rabie quien rabie. Cristo ha tomado una vez posesion del mundo. ¿ Quién se la quitará?

Vispera de Navidad, 1871.

LXXXVI.

71 Y 72.



viejo de siempre acaba de teñirse barbas y peluquin, cambiando el nombre y presentándosenos como jovencito recien salido del cascaron. No hay que fiarse de él. Es su treta de cada año. Acuéstase al anochecer del 31 de Diciem-

bre adusto, regañon y malhumorado como viejo al fin; y levántase tempranito, tempranito el dia 1.º de Enero, mejorado en tercio y quinto, dando brincos y zapatetas al aire, alegre y risueño, con cara de esperanzas, y vendiendo sonrisas y promesas que se pagan á la postre á precio de desengaños. Repito: no se fien de él. Año nuevo llámase el muy taimado y es más viejo que Noé y que sus bisabuelos. Año nuevo, y miente el ruin bellaco, pues no tiene de nuevo otra cosa que la numeracion. Es el viejo de siempre, el viejo inmortal que nos devora cruel, despues de habernos obligado á andar nuestra carrera en este picaro mundo más que de paso. Su verdadero nombre es Tiempo.

Espronceda maldijo sus treinta años, y despues de él y antes de él han sido muchos los que han lanzado sus imprecaciones contra esa insaciable voracidad del viejo que renovándose cada doce meses traga una tras otra las generaciones, contestando con carcajada suelta á sus gritos de maldicion ó á sus gemidos de agonía. Desde que lanzada por el dedo de Dios en el espacio empezó à dar vueltas la bola del mundo en que cabalgamos, el grito del hombre es siempre el mismo:

Heu! Heu! fugaces, Posthume, Posthume, Labuntur anni...!

Así exclamaba el pobre Horacio consolando sus amarguras con sendas copas de Falerno. Y el desdichado poeta de Madrid haciale eco mil ochocientos años despues con aquella desgarradora queja que es imposible leer sin compasion ó sin estremecimiento:

¡ Fatalidad, fatalidad impía! Pasa la juventud, la vejez viene, Y nuestro pié que nunca se detiene Recto camina hácia la tumba fria.

Perdonad, hombres graves, mi locura, Vosotros los que veis sin amargura, Como cosa corriente, Que siga un año al año antecedente, Y nunca os rebelais contra el destino. ¡Oh! será un desatino, Mas yo no me resigno á hallarme viejo Al mirarme al espejo; Y la razon averiguar quisiera Que en este nuestro mundo misterioso Sin encontrar reposo Nos obliga á viajar de esta manera!

Tuvieran un átomo de fe los dos genios desdichados, y miraran entonces con serenidad y con ojo firme el hondo abismo que abre la mano del tiempo inexorable, y en el cual van hundiéndose todos los seres. Fueran católicos, y elevaran entonces, sin vacilar, su mirada en este fondo sin fondo, y vieran en él un tiempo que no devora como el de acá, sino que da vida, una luz que no palidece como la nuestra, sino que la irradia vivísima sin eclipses ni menguantes. Divisaran allá lejos, en el hueco de este sepulcro para ellos tan negro, la eternidad consoladora, la eternidad, única clave del misterio del hombre, y leyeran á sus resplandores aquella sentencia que una mujer, gran genio tambien, pero aún más gran santa, consignó en aquella frase, modelo de laconismo sublime:

Todo se pasa; Dios no se muda. Sin Dios y sin eternidad, decia un gran impío, esta vida es una broma pesada. Efectivamente. Y pudiera añadir que el hombre en este caso no pasa de ser un infeliz que paga muy caro este bromazo de mal género. Y si supiese el fin trágico de Espronceda podria además citar en él un ejemplo vivo de esta verdad.

Perdónenme mis lectores. El tiempo acaba de dar un paso de los suyos. El año 71 acaba de convertirse de la noche á la mañana en año 72. Una vez más el viejo se tiñó la barba. No podia hoy yo hablar de revolucionarios ni de progresistas ante este gran revolucionario y este gran progresista.

Múdanse los tiempos, Truécanse las horas.

Esto ha cantado otro poeta, ya que me da hoy el naipe por citar poetas. Empero el *juicio del año* ha puesto en cada calendario una frase tradicional que es la contestacion á esta última y á todas las demás citas: Dios sobre todo. Y lo dijo hace poco la Iglesia en una de sus más grandes festividades, la de Navidad: Verbum autem Domini manet in æternum.

Enero, 1872.

LXXXVII.

:Medrades estamos!



LA van leyes do quieren reyes, y allá van usos do mandan gustos. Saben mis lectores que los emperadores paganos de la antigua Roma tuvieron por costumbre recibir presentes y felicitaciones el primer dia del año. Y saben tam-

bien que los principes cristianos cristianizaron como todas las demás esta noble costumbre, trasladando las felicitaciones del año nuevo al dia de Navidad ó á la fiesta de los santos Reyes. Los Gobiernos revolucionarios, que en puridad de verdad no son, como tales, ni católicos, ni siquiera cristianos, han desandado en este siglo lo que habian andado los diez y ocho anteriores, y á fuerza de progresar hácia atràs se han plantado otra vez en la era de los Claudios, Tiberios y Vespasianos. Otra vez ha dejado de ser para ellos dia de plácemes el dia santo de Navidad y el dia grande de la Epifania. Más que la sublimidad del recuerdo religioso que traen consigo estas fiestas les ha parecido de verdadera importancia el hecho puramente astronómico de terminarse para empezar de nuevo el período de 365 revoluciones del sol, que se llama año. En esto han sido consecuentes. El Liberalismo es el naturalismo, y el naturalismo es el paganismo puro. La Crónica de Cataluña llamó un dia á eso, romper los moldes teológicos en que andaba oprimida la sociedad. No deja de tener razon el profundo progresista cuya es la citada sentencia. Pero nosotros, menos profundos, pero en cambio más claros, pese á la oscuridad de nuestro oscurantismo, llamamos sencillamente à eso, uno de tantos conatos de descristianizacion social. Descristianizada la nocion de autoridad, la de moral, la de justicia; descristianizado el matrimonio, el nacimiento y la muerte, descristianizada hasta la sepultura, el prurito secularizador ó descristianizador no habia de pararse en barras; por esto se han descristianizado tambien las felicitaciones de Pascuas. Más breve: las felicitaciones de Pascuas en dia de Navidad ó de Epifanía eran una ceremonia de significacion religiosa por el recuerdo religioso que las motivaba. Las felícitaciones revolucionarias, no de Pascuas, sino de Año nuevo, son felicitaciones profanas que un ateo puede dirigir á otro animal de idéntica especie; son como si dijéramos felicitaciones por lo civil.

Pero reparen una cosa mis buenos amigos. No sólo ha cambiado el dia y con él la significacion de las antiguas enhorabuenas de Pascuas, la forma ha cambiado tambien. La felicitacion era antiguamente la expresion de un buen deseo de prosperidad y de regocijo para la persona á quien se dirigia, y envuelta en este deseo iba una súplica al cielo para que se realizase. La antigua felicitacion era, pues, en el fondo una oracion. Ya se ve, la antigua sociedad, encajonada en sus moldes teológicos (que dijo el sabio), no sabia sino rezar. Siempre con su Dios y con su cielo y con su oracion á cuestas. Pues bien; tambien eso se mandó recoger por anticuado, como trásto viejo y deslucido que se relega á la boardilla. El Liberalismo, que vive más al uso de los tiempos, ha inventado en vez de la antigua fórmula de felicitacion nea, frailuna y reaccionaria, otra más en armonía con las necesidades del siglo. Esta consiste en lo que se llama un discurso.

El discurso es, en efecto, la primera necesidad social y politica del Liberalismo. Puede darse el caso de un liberalito que no discurra, pero no se halla hasta ahora en la historia ejemplo de uno que no eche cuándo y cómo quiera su indispensable discurso. Para lo cual conviene advertir que no es lo mismo discurrir que echar discursos. El discurso ha venido, pues, á ser la fórmula verdadera de la felicitacion revolucionaria. Mas no es esto todo. Tambien echó recientemente el Papa sus discursos con todo y no ser liberal. Esto indica que el discurso-felicitacion-liberal ha de tener otra cualidad: ha de ser un discurso-programa.

Nuestra España, segun dicen por ahí, entró hace poco en el concierto de las naciones civilizadas. Bien se le echa de ver en muchas cosillas que le van saliendo á la desventurada, sin que por ello le salga al rostro la vergüenza. Pero más que en otra cosa se le conoce en que ha tenido tambien su discurso-programa. Empezamos á ser algo. Hablamos; luego existimos.

Francamente, casi le envidiaba años hace esta moda á las naciones que han sido en tan buena escuela nuestras maestras. Aquello de que el mundo entero estuviese devanándose los sesos por adivinar lo que diria en 1.º de año su majestad Napoleon III de gloriosa memoria; aquello de ver transmitido por todos los telégrafos del universo, apenas salido de los labios imperiales, el suspirado oráculo; aquello de que sirviese de pábulo durante una quincena por lo menos á los comentarios de todo periodista, me hacia pensar en si le llegaria à mi pobre patria un dia en que álguien hablase en ella de esta suerte. Este dia llegó... pero ; ay! ; cuántas ilusiones desvanecidas! Discurso hubo, y con pretensiones de programa tambien. Mas no se ha ocupado con él la prensa europea, ni darà sustancia para largos artículos. Oid su frase principal, su período de efecto: «Este dia fausto y memorable nos permite considerar lo por venir por los resultados obtenidos (eso no lo entiende Aristóteles), y esperar confiadamente que la Providencia seguirá bendiciendo nuestros esfuerzos.» ¡Valiente discurso y valiente programa, por vida de mis esperanzas! Todo lo sabemos. Al través de su gramática sagastina algo se trasluce, y es que podemos esperar del presente año y de todos los demás, resultados tan beneficiosos para la Religion y la patria, como los obtenidos en el año que acabamos de enterrar. No es ideal muy venturoso el que se nos promete. Vale más así. Nadie podrá llamarse á engaño. La Providencia, añade, seguira bendiciéndonos, ¡Medrados estamos! Pues si tal son como hasta hoy las bendiciones de la Providencia, ¿qué azotes guardais, Dios mio, en vuestro arsenal para el dia de las venganzas? ¡ Medrados estamos!

Enero, 1872.

LXXXVIII.

Rasgo liberal.

Lliberalismo parece haberse empeñado años há en que los católicos le conozcamos á fondo, segun va presentándosenos al desnudo. Y ivive Dios! que empieza á lograrlo.

Dos periódicos liberales de Madrid la han dado estos últimos dias en echar pullas é indirectas sobre el pretendido estado de ruína en que diz se halla la iglesia parroquial de San José de aquella villa, indicando la necesidad de que se traslade la parroquia, y... lo demás se entiende, sin que se diga... que se derribe la iglesia, y se venda el solar que está, segun parece, en muy buen sitio. La Correspondencia de España empezó á mover el gazapo. El Imparcial, que es un águila en eso de buscar disgustos á los reaccionarios, tomó la cosa por su cuenta y escribe largo sobre el asunto. Este periódico liberal ha recibido carta de varias señoras (así dice él), suplicándole interpusiese sus buenos oficios con el visitador eclesiástico de Madrid á fin de que se diese de baja la citada parroquia. Se echa de ver, por esto, que hay señoras amigas de iglesia que lo son tambien del Imparcial, y que no vacilan en implorar intercesion de este para con las Autoridades eclesiásticas de la corte. Nunca lo sospeché à se mia; pero me alegro por ellas, por el Prelado y por el periódico intercesor. Sabemos ya á qué santo hemos de encomendarnos en adelante, cuando se trate de conseguir... que se de de baja una parroquia.

Muy orondo y satisfecho debe de estar con su mision intercesora el *Imparcial*, segun se ve que al desempeñarla se despacha á su gusto. Rebosa piedad y fervor... liberal se entiende. Devórale un celo monstruo por el decoro de la casa de Dios. Llega, pásmese el lector, llega á sentir atormentada su conciencia por verdaderos escrúpulos. Siempre

les tuve profunda compasion à los escrupulosos; júzguese por ende lo mucho que compadezco à un escrupuloso de tal calibre como el diario progresista. ¡Lástima de muchacho que dé ahora en tan triste manía? Porque, oigan Vds., y verán si es ó no capaz de enternecer las peñas su lamentacion. Dice así:

«No parece muy decoroso para el culto la vecindad de un teatro, y teatro destinado á representaciones buías, cuyo escenario apenas estará separado de uno de los altares de la iglesia por una pared de dos piés de grueso.»

Así llora el periódico progresista la profanacion de la casa de Dios, y en su justo dolor, en sus horrendos escrúpulos desea ano direis qué? lo indica más abajo: que desaparezca la parroquia, á fin de no verse profanada con la asquerosa vecindad del teatro bufo. ¡Escrúpulos! Lo son sin duda, y lo conozco en un sintoma infalible. Los escrúpulos acaban por tornar loco al infeliz que los padece. Por de pronto déjanle ciego. Ahí lo ven Vds. en el Imparcial. Quéjase el pobre de que los bufos profanan el templo y el culto. Cualquier persona racional hubiera indicado la conveniencia de que desapareciesen los bufos ó se alejasen al menos de alli. Nuestro liberal escrupuloso propone al revés, que se suprima la parroquia á fin de no verse profanada. - Pero, señor, que la parroquia es anterior al teatrucho, y éste ha venido à colocarse á su lado mucho tiempo despues!-No, señor, responde el escrupuloso liberal, me intereso por la gloria de Dios más que Vds. ¡Abajo la iglesia!

Con qué ya lo sabes, amigo lector. Si tienes en algo el decoro de tu mujer y la ofende un dia con dichos inmundos un calavera, dale recio con el garrote á tu inocente costilla ó en el ciérrala en Saladero. La culpa debe de ser suya y no del que la insultó. Duro con ella, ya que fué insultada. Si frontera á tu casa se establece una de prostitucion que sirva de escándalo á tus hijas, acude á la autoridad en queja contra tu casa propia; no mortifiques en lo más mínimo á tus escandalosas vecinas. Si por acaso te vieres algun dia atacado por un enemigo cualquiera, ladron, asesino ó secuestrador, no le dispares tu revólver en uso de legitima defensa; dispáralo contra tí: así te librarás del robo, del secuestro ó

del asesinato. Sigue este procedimiento, y no dudes. Esto se entiende si eres liberal. Imita á los escrupulosos liberales que, en cuestiones de honra divina y de profanaciones, hilan delgado como el periódico progresista de Madrid.

Basta de broma, que el asunto no merece sino la indignacion. ¿Quiérese en Madrid un nuevo derribo? ¿Estorban aun las iglesias? ¿Faltanle cuartos al Liberalismo; necesita una nueva subasta y para ella un nuevo solar en sitio productivo? Digase, pues, con franqueza, y dése la órden y échese otra vez á Dios de su casa, y empiece enhorabuena la demolicion. Pero sépase en el mundo que la invasion sarracena no hizo jamás en España lo que está haciendo la invasion liberal. El hijo de Mahoma destruia nuestros monumentos en el ardor de la lid, cuando ciudades y aldeas eran taladas por su tea abrasadora. Donde empero llegó à establecerse despues de la lucha, respetaba nuestro culto y vivíamos seguros de Mahoma los que ahora no podemos vivir seguros de la libertad. Prosiga el saqueo liberal, hágase almoneda de todo, de alhajas de las imágenes, de las piedras labradas ó sin labrar, de las campanas, del solar sagrado.

¡Comed, comed, hambrientos, esta es vuestra hora! Nosotros entre tanto, devorando las lágrimas y el ultraje, aprenderémos mucho!... aprenderémos à conoceros. Hasta ahora entre un templo de Dios y la rectificacion de una línea ó la apertura de una calle optábais siempre por esto último. Pero al fin el ornato público era el pretexto con que engañábais á muchos. Hoy os creeis ya autorizados para gastar máscaras menos disimuladas.

Hoy planteais la cuestion con más desvergüenza. Entre un teatro bufo que profana una iglesia y una iglesia que estorba á un teatro bufo, clamais por la desaparicion de la iglesia. Y esto en nombre del decoro del culto. Basta. Lo de antes era hipocresía no más. Lo de hoy es ya el cinismo de la hipocresía.

Enero, 1872.

LXXXIX.

Un tipo de actualidad.



A evolucion política que en la presente semana acaba de realizarse, el 56 parlamentario ó antiparlamentario, que acaba de entregar en manos de los conservadores liberales la suerte de nuestra patria, exigen que ante todo nos orien-

temos los que hemos de combatír al Liberalismo español en esta nueva fase en que acaba de entrar. Y puesto que con conservadores se las ha de haber en adelante el Catolicismo (único punto de vista bajo el cual sigue el Oscurantista la marcha de la política), puesto que conservadores son los que van á ocupar el lugar del difunto progresismo, sepamos ante todo qué es un conservador.

No me cansaré en averiguarlo. Ahí está el compadre exprogresista Sagasta, que aunque novicio en la conservaduria, nos lo dirá de mil amores. El recien resellado cuyos sabidos antecedentes todos conocemos, tratando de justificar ante el país asombrado el nuevo carácter de conservador con que de hoy en adelante se presenta, en un discurso de más de dos leguas de andadura, ha dicho soberbias cosas sobre este punto; algo progresistas todavía ó con resabio de tales, porque al fin la cabra siempre tira al monte, pero al fin con todos los visos de formalidad que cuadran en un presidente de Consejo de ministros. Ha dicho, pues, entre otras lindezas su señoría conservadora ex-progresista:

«Va á llegar dia en que de ningun modo podrémos entendernos (excelente entrada). Yo espero, no obstante, que todos me entiendan, y confio, sobre todo, que me entienda el país (¡magnífico pleonasmo!), que al fin y al cabo esa es la apelacion última á que debemos acudir los hombres públicos. (Y de mi talla. ¡Hem!) ¿Qué se entiende hoy por conservador? ¿Se Ilama conservador al que volviendo los ojos

atrás, llora lo que pasó y abriga esperanzas de restablecer cosas é instituciones que desaparecieron; al que para la realizacion de esa esperanza procura destruir, desacreditar, mermar, atenuar (¡valgate el diablo por abundante!) las conquistas alcanzadas por la Revolucion? ¡Se llama à eso (eso será V...) conservador? Pues el Ministerio no es, ni quiere, ni puede ser conservador. ¿Se llama conservador al que satisfecho (esa es la palabra, satisfecho; ¡cómo al través del conservador se ve al comilon!) con las instituciones fundamentales que el país en uso de su soberania se ha dado, procura ante todo y sobre todo (jes claro, si logra tener tan satisfecho su estómago con ellas!) inculcarlas y arraigarlas en las costumbres públicas, amparando los derechos que la Constitucion consigna, con la misma energía con que necesita exigir que se cumplan los deberes à aquellos derechos inherentes, afianzando la dinastía (buenos fiadores le van saliendo á la desdichada), y considerando la monarquia no como cosa eventual y transitoria, sino como elemento indispensable en la organizacion política de este país, como su fundamento esencial de las libertades públicas? ¿Se llama à eso (vuelta con el género neutro) conservador? Pues el Ministerio es y no puede menos de ser conservador.»

¿Han oido Vds.? Pues bien claro lo va diciendo el nuevo conservador, aunque ¡oh poder de la vieja costumbre! lo haya expresado todavía en su antiguo idioma progresista! Entendido lo tenemos, y nadie podrá alegar ignorancia. Ser conservador, segun él, es conservar todo lo que le conviene à un hombre cuando está satisfecho. Pues, digo yo, ¿qué otra cosa puede convenirle à un satisfecho, sino que le vayan conservando la mesa puesta y en ella plato abundante? Tal me parace ser la sintesis filosófica (¿si seré yo tambien progresista?) del elocuente párrafo de su señoría.

Pero una duda me ocurre ahora, y tal que no quiero despedirme de mis lectores sin desembarazarme de ella. ¿Quién no se atreve à ser de esta suerte todo un conservador hecho y derecho? Vayan ejemplos, que son la gran manía de nosotros los ignorantes oscurantistas.

Un ladron que haya desamortizado (vamos al decir) una bolsa que estaba en las manos muertas de su legitimo dueño, ¿qué desea sino conservarla en su poder? Es claro: está satisfecho con ella. Es, pues, un buen conservador, tanto por lo menos como el Sr. Sagasta, y sea dicho sin malicia.

Un hábil tutor petardista, que con sus malas artes ha logrado *incantarle* á un desgraciado pupilo su propiedad en vez de administrársela como Dios manda, ¿no es tambien un excelente *conservador*? ¿Qué desea sino *conservar* una conquista revolucionaria? ¡Y tal conquista como es! ¡Y tan revolucionaria!

Pero concretémonos al terreno político y hablemos en serio. Todos los partidos son conservadores como el Ministerio actual si ha de valer la profunda teoría de D. Práxedes Mateo. Todos desean conservar en su poder el poder, aunque á todos nos hagan padecer bajo el poder de Poncio Pilatos. La misma república de García López seria conservadora de sus conquistas el dia que pudiese verificarlas. La Commune de París por puro espíritu de conservacion hizo todas sus atrocidades. Nada nos ha dicho, pues, el ex-progresista con declararse conservador. Ningun radical puede tildarle por esto de reaccionario. Ni nosotros.

Ya lo sabe el país: conservador va á llamarse el látigo que en adelante nos azote las espaldas á los católicos. Por ser conservador (él lo ha dicho) procurará conservar en España lo que de muchos años acá viene descatolizándola. Conservará sobre la Iglesia el mismo sistema de opresion; conservará sobre la esposa cristiana el dictado de manceba, y sobre los hijos habidos segun Cristo el innoble sello de bastardía, última blasfemia del Liberalismo; conservará para la prostitucion y el can-can la más amplia libertad y condescendencia, y para la vírgen esposa de Dios la inaudita vejacion que la tiene privada de su legitima dote. Conservará para la gentecilla internacionalista todas las consideraciones posibles y aun las no posibles, y para la palabra fraile ó convento ó vida monástica toda la befa, todo el escarnio, todo el veneno que atesora en sus entrañas la libertad liberal. Conservará proteccion para los picaros, tolerancia para la inmoralidad, respeto para los derechos del mal; y en cambio todas las prevenciones contra el bien, toda la suspicacia contra el clero, todas las mordazas y formaciones de causa contra los Prelados, todas las denuncias contra la prensa católica. Sí, señores, será eminentemente conservador; mas no de la Religion,
no de la moral, no de la familia. Casi no ha hablado de eso
en su programa el orador; toda su elocuencia y toda su metafísica las ha empleado en convencernos de que seria, como
él dice, conservador de... la Revolucion. Cierto que no necesitaba gastar tanta saliva para convencernos. Entendidos.

¡Conservador de la anarquia! ha exclamado muy oportunamente un señor diputado. Esta es la mejor definicion de tales conservadores. Al tiempo por testigo.

Enero, 1872.

XC.

La libertad no liberal.



As si olvidados (los gobernantes) de su condicion de hijos (de la Iglesia) sólo recuerdan su potestad y pretenden invadir la del santuario, sea en forma de dominacion ó de disimulo, bien colorando dudosas protecciones, bien imponien-

do su voluntad á los ministros de Dios, ¡que no vengan! ¡que no vengan jamás! Si vinieren con semejantes propósitos ¡NO DEBEN SER OBEDECIDOS! Autoridad y poder era el Sanedrin, y mandó con imperio á san Pedro y á los Apóstoles que no predicaran la doctrina de Jesucristo, y ellos contestaron con ejemplar intrepidez: «Es menester obedecer á Dios «antes que á los hombres.» La Iglesia recibe y aplaude los dones y sacrificios de sus hijos; mas no vende su libertad ni la verdad de su libertad á ningun precio. Obedece y predica la debida obediencia á las potestades, no sólo por temor, sino por conciencia; mas no reconoce potestad en el cesarismo, ni tolera se usurpe por nadie la autoridad que ella recibió de Dios... No hay desobediencia donde falta el derecho de imponer preceptos.»

Con estas ardientes frases un Obispo español, en un documento que honrará á España ante todos los pensadores de Europa, acaba de formular el derecho sacratisimo que tiene la Iglesia á su libertad, atropellada cada dia por las inauditas vejaciones del Liberalismo. Nunca rayó á tal altura la elocuencia fogosa de Castelar. Y la razon es clara. Castelar defiende la libertad de su propia opinion. Es decir, la libertad liberal. El Obispo de Jaen defiende la libertad de la verdad. Es decir, la libertad católica. Y sólo en la libertad de la verdad consiste la verdad de la libertad. La opinion es lo relativo, lo mudable, lo que no ofrece seguridad para el dia de mañana. La verdad católica es lo absoluto, lo inmutable, lo eterno: es Dios. Esto nos ha sugerido las siguientes reflexiones:

La lucha eterna entre el Liberalismo y el Catolicismo será siempre ésta. El Liberalismo en virtud de su propia esencia jamás podrá conceder al Catolicismo más derechos que los que se conceden á una opinion, á lo más muy respetable, pero al fin opinion. Consecuencia de este principio es la libertad de cultos que el Liberalismo ha de admitir necesariamente. Siendo para él toda cuestion religiosa mera cuestion de cosa opinable, no se halla con derecho para conceder predominio exclusivo á una religion.

Mas el Catolicismo nunca podrá avenirse á que se le trate como mera opinion, por más que se la rodee de todos los respetos imaginables. El Catolicismo sabe de sí que es la verdad absoluta, y como tal tiende á imponerse y á hacerse exclusivo, porque debe. Y cuando no se halla en tales condiciones de predominio, de exclusivismo, de monopolio, si, de verdadero monopolio de las almas, no se halla entonces en su estado normal, sino en verdadero estado de vejacion. Tiene derecho á monopolizarlo todo; esta es la palabra, por dura que suene á los oídos liberales: conciencia individual. hogar doméstico, plaza pública, legislacion, derecho político, interno é internacional, tiene derecho à que ni un átomo de aire se sustraiga de su influencia, como el sol tiene derecho á alumbrarlo todo con sus resplandores y á vivificarlo todo con su calor. Por esto todo conato de secularizacion es un atentado contra Dios, es un robo que se hace á Cristo. Por esto son incompatibles en su nocion más intrinseca y fundamental el Catolicismo y el Liberalismo. No anda reñido el Catolicismo con el Liberalismo únicamente porque éste le haya saqueado á aquel su patrimonio, demolido sus templos, ultrajado sus virgenes, asesinado sus sacerdotes. ¡Friolera! Si así fuese el Liberalismo podria arrepentirse de todo eso, como cualquier pecadorazo viejo; ofrecer la suficiente reparacion, y quedar perdonado y amigo. La incompatibilidad entre el Catolicismo y el Liberalismo no estriba precisamente en estos lamentables excesos. Estriba, si, en la naturaleza intima y esencial de ambos sistemas, razon por la cual uno

de los dos ha de dejar de ser esencialmente lo que es, si ha de reconciliarse con su rival. Son contradictorios.

El Catolicismo obrará siempre como verdad absoluta. El Liberalismo no podrá tratarlo nunca más que como verdad relatíva. Y una verdad relativa es siempre una mera opinion. Catolicismo y Liberalismo no caben, pues, juntos en un saco. Y como el Liberalismo tendrá siempre en su apoyo la fuerza material, pues sólo así es posible su existencia, de ahí que al Catolicismo le está destinado en toda situacion liberal el papel que un siglo há desempeña en Europa: el de mártir. Por esto la brillante protesta del Obispo de Jaen debiera grabarla todo católico en su alma como la fórmula más completa de sus derechos. En ella están consignadas dos verdades que mutuamente se completan: 1.º La inviolabilidad de la libertad cristiana. 2.º El deber de renunciar á todo, hasta á la vida, antes que á esta libertad.

Esto es ser verdaderamente liberal. He dicho mal. Esto es pura y sencillamente ser libre.

Febrero, 1872.

XCI.

La capital del Liberalismo.



MBICIOSA es la política italiana, y no se contenta con frioleras. Orgullosa de su conquista de Roma, habla ya de condecorar á esta ciudad con nuevo título, y, sin duda para que vayan olvidando los pueblos el de capital del Catolicismo

que llevó con gloria durante tantos siglos, imagina darle el de capital del Liberalismo, haciendo de ella como un centro de donde irradie la propaganda liberal para combatir en todo el mundo la influencia católica. Así lo dice el corresponsal de un periódico á quien no podrémos tachar de apasionado y fanático por los extremos, puesto que pertenece al género epiceno ó ambiguo, es decir, al católico-liberal.

Dos cosas tenemos pues: 1.º Nuevo título para Roma: el de capital del Liberalismo. 2.º Nueva mision de esta ciudad: la de combatir la influencia católica en todo el mundo por medio de la propaganda liberal. Ya lo ven mis lectores; es todo un título y todo un programa. Examinémoslos.

Ante todo. ¡Cómo se burla el Liberalismo de sus defensores los católico-liberales! ¡Qué mueca tan fea la de Satanás á estos ilustrados señores! Figúrese V., andar rompiendo lanzas medio siglo há los señores de esta escuela para defender de la nota de anti-cristiano al Liberalismo; escribir libros, hilvanar folletos, multiplicar artículos, desfigurar la historia, estrujarse y exprimirse de mil modos el cerebro á fin de probar que es una cosa muy santa y muy buena y muy católica ser liberal. Y no obstante, el Liberalismo firme en sus trece de hacer rabiar á estos señores presentándose de cada dia más anti-católico y más ateo. Ellos gritando al mundo hasta enronquecer: ¡Es católico! y él respondiendo en todos tiempos y en todas partes: ¡Guerra al Catolicismo! Ellos procurando excusar sus faltas, explicar como lamentables

extravíos sus actos más sistemáticos y calculados; él, por el contrario, haciendo gloriosa ostentacion de los males que ha derramado por Europa, de la inmoralidad infiltrada en las masas, de las ruínas do quier esparcidas, de la sangre vertida al pié de los altares, y asegurando todavía que no bastan tales hazañas y que ahora empieza lo bueno. Vamos, es cosa de fastidiarse ser católico-liberal.

Ahora mismo, ya lo ven mis lectores; el grupo liberal-católico anda más afanado que nunca en la tarea de defender á su querido Liberalismo de la responsabilidad suya por las lágrimas que tiempo há derrama la Iglesia. Y sale de repente de un rincon de Italia una voz, la de un periódico oficial de Victor Manuel, y grita á los cuatro vientos: «¿Soy ó no soy liberal?»—Indudablemente, y de casta.—«Oidme, pues. Roma no ha de ser en adelante la capital del Catolicismo, síno mi capital: la del Liberalismo. Desde allí ha irradiado muchos siglos há la influencia católica. Desde allí irradiará ahora la influencia liberal. Y ¿ sabeis lo que se propone esta influencia liberal? Oídlo bien, para que nadie lo desconozca. Combatir la influencia católica en todo el universo.» (Véase el Diario de Barcelona del martes 27 de Febrero, edicion de la mañana, pág. 2,035).

Pedir más fuera gollería. Las palabras, como se ve, son claras; el origen, oficial; el conducto, nada sospechoso. Si hay despues de esto quien continúe en la improba tarea de abonar al nene, preciso es confesar que es hombre de tanta abnegacion y paciencia como la del que jabonaba el rostro á su negrito para volvérselo blanco.

Pero además de esta declaracion franca y leal de anti-catolicismo que el Liberalismo acaba de darnos, todavia se desprenden de la noticia que hemos apuntado nuevas y más importantes consideraciones. El Liberalismo se cree llegado ya á completa sazon, no sólo en el desarrollo y madurez de sus principios, sino más aún, en la difusion de ellos por todo el mundo. Juzga presente ya la hora de reinar sin rivales, y sobre todo sin su molestísimo rival de siempre, el Catolicismo. Por esto necesita y exige una capital.

Contentábase hasta ahora con medrar á la sombra, minando lentamente tronos y altares; queria aparecer en todas

partes como mero accidente local, hijo de circunstancias peculiares de cada nacion ó pueblo: así en España se guarecia bajo la hipócrita enseña de las antiguas libertades castellanas; en Italia sólo aspiraba al ideal de realizar la antigua unidad. Hoy no; bastante crecido ya, a su parecer, para hablar recio, dice claramente que su causa es universal, humana y radical: no son intereses de Madrid, de Lisboa ó de Nápoles ó Turin los que defiende; son los intereses de la humanidad atea: por esto no le basta, como no basta à la Iglesia, una capital en cada reino; necesita como ella una capital única en el mundo, y ésta debe ser Roma. Héos aquí lo que significa el grito de: Roma, capital del Liberalismo. Hasta ahora se habia dicho solamente: Roma, capital de la Italia; esto era un medio; hov se ha descubierto el fin. El mundo ha de dejar de ser católico para ser en adelante liberal. Y Roma ha de ser la capital de la nueva Iglesia del Anticristo, que es el Liberalismo segun todas las señas.

Averiguada la razon del nuevo título, queda por lo mismo explicada la extension del programa que con desenfado sin igual se encarga de realizar el bravucon italiano. ¡Combatir en todo el mundo la influencia católica! Hay indudablemente gran dosis de quijotismo y de bravatería en eso de que los liberales italianos hayan de ser los que tengan en jaque á los católicos de todo el mundo. Mas hay, sin embargo, en esta declaracion un fondo de espantosa verdad. Es la de que en adelante la lucha ya no será parcial para la Iglesia de Dios, como pudo serlo hasta ahora. La Revolucion cosmopolita (no los quijotes italianos) son nuestro gigantesco enemigo. Italia, con perdon de sus fanfarronadas, no es el héroe, sino únicamente el punto estratégico escogido por el Liberalismo, por la sencilla razon de ser aquel el punto estratégico del Catolicismo. La guerra contra la Iglesia va à presentar, pues, una maravillosa unidad, unidad que siempre ha tenido, pero que hasta ahora no se ha descubiertamente proclamado. Todo favorece la creacion de este gran centro de propaganda satánica contra la verdad; todo: los adelantos geográficos, la facilidad del transporte y de las comunicaciones, la fuerza colosal de la imprenta; todo contribuye à que dentro de poco, ya tal vez ahora, las fuerzas inmensas del mal puedan ser dirigidas por una sola mano, como lo fueron siempre las del bien, las de la Iglesia. Todo favorece la creacion de una gran Iglesia anticristiana contra la Iglesia de Cristo. La primera se llama Revolucion, y para no espantar á algunos pazguatos que temen á las palabras más que á las cosas, Liberalismo. La segunda llamaráse con el dictado inmortal de todos los siglos, Iglesia católica, apostólica, romana.

Sintomas de esta universal conjuracion los va ya presentando cada dia más claros nuestra época. Uno solo y basta por todos. Hoy por hoy, imperios despóticos como Prusia, repúblicas libérrimas como Suiza, y monarquias doctrinarias como España é Italia, profesan idénticos principios en órden á las relaciones del Estado con la Iglesia, y se valen del mismo pretexto para perseguirla. ¿No es rara coincidencia esa? ¿No es singularísimo encontrar unánimes y acordes á Bismarck y á los federales suizos? Pues, por mucho que lo sea, es un hecho innegable. Muestra evidente de que una sola mano es quien lleva la batuta en ese universal concierto de iniquidades. No son Bismarck, ni los radicales suízos, ni los unitarios italianos, ni los progresistas y unionistas españoles los que obran. Un poder oculto da impulso uniforme y acompasado á tan distintas ruedas. Es el poder misterioso que quiere à «Roma por capital del Liberalismo, para combatir desde allí la influencia católica en todo el mundo.» No podia formularse la tendencia del Liberalismo de un modo más completo y más explícito. Es encararse resueltamente con Dios.

Siempre nos ha parecido sobrado optimismo el de los que confian en segura bonanza, sin haber pasado antes por grandes y sangrientas batallas. ¡Bueno va poniéndose el mundo para la paz! Indudablemente vendrá ésta algun dia. Pero entre tanto huele todo á guerra que no hay más que pedir. Venga enhorabuena. La Iglesia no la teme.

· Marzo, 1872.

XCII.

Delicias de la libertad de cultos.



ELFAST, la segunda capital de la católica y desventurada Irlanda, acaba de ser teatro de sangrientos sucesos que durante estos últimos dias nos han venido refiriendo todos los periódicos. Protestantes y católicos han trabado entre sí

cruel lucha en las calles y plazas de la ciudad; multitud de casas han sido demolidas; varios almacenes incendiados ó saqueados. La tropa y la policía no han podido en muchos dias poner paz entre los combatientes. Se han dado verdaderas batallas, y la poblacion ha sido presa de una verdadera guerra civil.

No se dé la culpa, no, à los pobres católicos irlandeses, víctimas más de dos siglos há de la rapacidad y de la intolerancia de sus conquistadores los protestantes. Los católicos habian convenido en mantenerse quietos y respetuosos ante la manifestacion protestante, insultante para su fe y para su nacionalidad. Así lo ejecutaron, y la manifestacion protestante pudo llevarse á término aunque hiriese en lo vivo las fibras más delicadas de aquella infortunada nacion. Sin embargo, esta paciencia ni fué agradecida, ni fué imitada. Llegó el dia de la Asuncion de María, y salian los católicos de la iglesia en solemne procesion, cuando echándose sobre ellos sus enemigos, arrancaron de las manos de los concurrentes los estandartes, pisotearon sus divisas é hirieron á no pocos. Así empezó la sangrienta batalla.

Dejemos para otro lugar el referirla con más extensos pormenores, atengámonos por hoy à lo que dicen los hechos, más elocuentes siempre que los mejores discursos. La católica Irlanda, tan parecida en esto à la infeliz Polonia, fué antes de la dominación protestante una nación feliz, en donde el valor militar y el talento industrial y mercantil corrieron siempre parejas con el más acendrado fervor religioso. Una era la fe de sus habitantes, una sola, la católica. A despecho de todo, introdújose allí por la presion oficial el Protestantismo. Desde entonces la raza indígena no ha perdido sus verdaderas y primitivas creencias, pero la raza extranjera ha vejado ó insultado sin piedad á los que las profesaban. Y de ahí que apenas se pase año sin que conflictos religiosos ensangrienten las calles de una ú otra ciudad.

España poseia poco há la unidad religiosa sancionada por sus leyes. Palmerston, con todo y ser revolucionario y protestante, habia dicho más de una vez que se dejaria cortar la mano derecha á trueque de alcanzar para los ciudadanos de su patria Inglaterra esta preciosa unidad. Nuestros revolucionarios pensaron de distinto modo que el sabio estadista inglés, é inscribieron la libertad de cultos en nuestros códigos. Esta fué para ellos la gran conquista revolucionaria. -- ¿A qué decretar la libertad de cultos, se les decia, si aqui no hay más culto que el verdadero?—No los hay, respondian, pero harémos que los haya en breve. Frente á la iglesia católica se levantará el templo protestante, ó la sinagoga judía, ó la mezquita del musulman. Y el primer ministro de Estado de la Revolucion afirmaba en un célebre memorandum, que la Religion católica mejoraria con la concurrencia de las falsas religiones, es decir, exactamente como mejoran con la concurrencia en el mercado público los géneros de lana y de algodon. Y fueron invitados los judios y los protestantes, y recibidos con aplauso los primeros que se atrevieron á tentar el vado, y citados sus nombres como los de grandes bienhechores de la patria. ¡Gran Dios! ¡Cómo ciega el odio contra la verdad! ¡Cuán mezquino es el hombre dominado por la pasion revolucionaria! En suma: no podia haber libertad de cultos porque no habia cultos que libertar; pero se procuró que viniesen del extranjero para tener el gusto de mostrarlos á la Europa como prueba de nuestros progresos. Esta es la verdad.

Ahora bien. A pesar del empeño oficioso y oficial los cultos falsos no se arraigan en nuestro suelo; á pesar de que con mano de hierro se estruja á la Iglesia católica de España,

т. у.—26

todavia ésta puede más que las protegidas por nuestros opresores, y con su solo aliento las impide crecer y desarrollarse. Pero si, lo que Dios no permita, aquellas sectas artificialmente trasplantadas á nuestro país obtuviesen algunos prosélitos; si orgullosas con la proteccion de los gobernantes se atreviesen a perturbar con su intolerancia (porque el error siempre es intolerante) el sosiego de nuestras creencias; si por efecto de estas perturbaciones les fuese indispensable à los católicos de Barcelona, Sevilla ó Valencia, defender con la fuerza sus derechos por la fuerza violados; si por tal motivo se derramase sangre en nuestras calles y plazas como se ha derramado tantas veces en las de Dublin y recientemente en las de Belfast, ¿sobre quién pesaria la inmensa responsabilidad de tantos horrores? ¿A quién tendria que achacarse el que en el siglo XIX se renovasen las guerras de Religion? ¿No maldecirian los pueblos la funesta conquista revolucionaria que ha introducido el gérmen de division en nuestras familias, que ha armado tal vez el brazo del esposo contra la esposa, ó del hermano contra el hermano? ¿Qué tremenda cuenta no deberia dar ante Dios y ante la historia el hombre infausto que dijo un dia á su patria: «Nada tienes comun, ni idioma, ni costumbres, ni legislacion, ni opiniones politicas. Sólo estás unida por el lazo de una misma fe. Pues bien. ¡ Quiero que ni este lazo de union te quede! ¡ Quiero que te despedacen los partidos en Religion como te despedazan en política!»

Ponderábale un charlatan revolucionario á un honrado labriego de nuestro país la utilidad de que hubiese en una nacion distintos partidos políticos que turnasen en el ejercicio del poder y con la mutua oposicion se estimulasen. «¡Ah! contestaba el buen campesino guiado sólo por su recto sentido; será todo lo que V. quiera, pero á mí me parece seria mejor que todos pensásemos del mismo modo!»

Hé aquí resuelta admirablemente por el rústico criterio de un labrador la tan debatida cuestion de la unidad religiosa y de la libertad de cultos. Donde sea un hecho la existencia de religiones opuestas, à causa de guerras ó de invasiones, etc., ¿quién duda que debe legislarse sobre la base de este hecho? Malo es, pero tambien son malas las epidemias, y hay que resignarse à ellas. Pero hacer nacer este hecho artificialmente alli donde no existia naturalmente, llamar de tierra extranjera la division y la discordia, para tener el gusto de sancionarla y protegerla con leyes especiales, ¿no es un crimen de lesa nacion, de lesa familia, de lesa humanidad?

Meditenlo aquellos católicos condescendientes que defienden la libertad de cultos como una necesidad de la época, gran palabrotada con la cual se tapa la falta de argumentos. Meditenlo à la luz de los siniestros acontecimientos de Belfast, que ciertamente, y por confesion de sus enemigos, no ha provocado el Catolicismo. Irlanda, la desventurada Irlanda, estuvo como hoy dia España. España, la infortunada España, ¿no puede hallarse à no tardar en la misma situacion en que se halla hoy la pobre Irlanda?

Agosto, 1872.

XCIII.

Tutti contenti!

ermítale V., señor Director, al pobre Oscurantista de marras, salir hoy de su escondrijo; que esta vez no pudo resistir á la tentacion de echar un párrafo.

¿Sabe V., señor Director, que el diablo tiene de vez en cuando graciosisimas ocurrencias? Suele el maldito con sus artes y mañas engatusar al hombre y hacerle servir de instrumento para sus fines del modo más delicado. Toma, por ejemplo, un liberal cualquiera, lleno el corazon de prevenciones contra la Iglesia y de odio contra lo que ella ama, llena la cabezuela de máximas y teorías que ella condena, llenos los bolsillos y manos de bienes que á ella se han salteado, toma, digo, el muy diablo á un hombre de este jaez y dale un ligero barniz de catolicismo; ligero, eso sí, que engañe la vista no más, y aún á regular distancia; disfrázale con un disfraz de procesion, un poquito de asistencia à Misas solemnes, algo de cirio en mano, etc., etc., y suelta luego al tal disfrazado por esos mundos de Dios, para que emprenda y lleve á cabo mil gloriosas hazañas, fiado en el disfraz, que, por supuesto, nadie deja de conocer sino los tontos.

Pero da el caso, señor Director, que el diablo es malo, muy malo, y ni aun á sus amigos puede querer bien. Así que pone de vez en cuando á los suyos en compromisos tales, que real y verdaderamente puede decirse son compromisos de todos los diablos. Y con los disfrazados usa de estas jugarretas suyas de un modo particular. Tiéneles, verbigracia, metidos en la danza con su disfraz y todo, tan serio, tan devoto, tan compungido; muchos son los bobos que quedan edificados de tanta religiosidad y alaban tan buen ejemplo, y tira entonces el malandrin de la manta y déjale

caer al misero instrumento suyo todo ó una buena parte del disfraz, y cátale ahí á mi buen hombre en mitad del concurso, mondo y lirondo, limpio y escueto, tal cual es en si, sin máscaras ni garambainas, entre la rechifla de unos, el asombro de otros y las carcajadas de su mismo endiablado seductor. Dígame V., señor Director, ¿no son endiabladas ocurrencias esas ocurrencias del diablo?

No lo digo por nadie, señor Director, ni quisiera yo fuesen tomadas estas mis palabras por donde queman. Oscurantista soy, de mis oscuridades vengo, pacífico como Sancho, y enemigo de meterme en dibujos ni libros de caballerías. Pero he leido algunas cosillas, así, de historia, y en no pocas páginas de ellas he podido observar esta mala pasada que juega de vez en cuando el diablo á sus más desinteresados servidores.

Pero no es sólo la historia añeja y anticuada la que tales enseñanzas proporciona; la misma historia contemporánea, la de hoy, ó de ayer, ó de esta semana, vamos al decir, la que se toca aún con las propias manos, esta misma, con ser menos autorizada y respetable, las ofrece análogas y tal vez más picantes y acentuadas.

Vengamos, sino, á lo que acaba de pasar entre nosotros, y digame cualquier imparcial ¿cuál ha sido el resultado del conflicto ocurrido en esta capital con motivo de la proyectada procesion de la Merced? Clarito. Una leccion más y algunas máscaras menos.

¡Vàlgame Dios!¡No es poca la máscara que ha caído con ocasion de las llamadas ferias y fiestas populares de Barcelona! A fin de que fuesen realmente populares, buen cuidado habian tenido sus promovedores de disfrazarlas con el nombre aquí tan popular de la Vírgen de las Mercedes. Se queria en esto una máscara como cualquier otra. Últimamente se nos ha confesado por quien anduvo en el negocio, que el fin de tales fiestas no era religioso, sino pura y sencillamente industrial. Y ya se ve: todo industrial pone en su tienda un reclamo que atraiga á los curiosos. Y el reclamo ideado por los organizadores de las fiestas de Barcelona había de ser la venerada lmágen Patrona de la ciudad. Adoptada por máscara ó reclamo la Vírgen, los cultos que oficialmente se dis-

pusieron ¿qué otro valor podian tener para los conocedores de la farsa que el de una mascarada? Mascarada debió parecerles la asistencia de la gente oficial à la Misa solemne, mascarada el repique de las campanas parroquiales, mascarada la procesion, mascarada, en una palabra, toda intervencion que se diese à la Religion en unas fiestas que se ha declarado no eran para ella. La Religion habia de ser aquí la máscara del becerro de oro. Exactamente. Nada más.

Ningun católico de buen olfato dejó de adivinarlo; pero la fuventud católica de Barcelona tuvo la cristiana osadía de ponerlo de manifiesto. Invitada á servir ella tambien de máscara al mercantilismo revolucionario, aceptó el pendon ofrecido, pero declarando noblemente que lo aceptaba por la Virgen y por nada más, y haciendo constar que su presencia en la procesion sería una protesta contra la idea puramente mercantil y revolucionaria á que se queria sirviese de instrumento la Religion.

El pinchazo, como dado de mano maestra, hirióle al adversario en el corazon; pusieron el grito en el cielo los revolucionarios disfrazados de católicos, y entre las convulsiones de su desesperacion acabaron de soltar del todo la máscara que el Catolicismo les habia arrancado. Si se hacia la procesion conforme al manifiesto, iba á ser lucidisima; pero iba á ser católica y anti-revolucionaria, y eso no convenía.

De ahi todo ese cúmulo de infamias y de miserias puesto en juego para impedirla, desde la falsificacion de invitaciones encabezadas con lemas carlistas, hasta los carteles terrorificos de los clubs y las amenazas más ó menos embozadas de los periódicos petroleros.

De ahí las declaraciones explícitas de un individuo de la Junta de fiestas, que renunció su cargo por haber observado que se les daba carácter religioso. ¡Inocente! ¡Y no acertó á verlo hasta dos meses despues de venir autorizando con su firma programas religiosos! ¡Inocente!

De ahí las sandeces de *La Imprenta*, periódico republicano vergonzante, anti-católico en todas sus páginas, que dedica, no obstante, una de ellas à *funciones religiosas* para embobar à los suscritores y para ignominia de los que le favorecen con el anuncio; de ahí el que dicho periódico, con su acos-

tumbrada jerga, nos diga «que todos cuantos patrocinan las instituciones de Roma forman causa comun contra la libertad... que es menester huir el contacto de ese elemento teocrático... que la Junta debió inspirarse en el espíritu de la nueva legislacion, que ha excluído la intervencion romana de la celebracion del matrimonio,» y otras y otras lindezas de este jaez. Puro repertorio liberal, pero ya gastado.

De ahí un rabioso artículo de La Independencia, en que ¡vea V.! se descuelga su autor con la estupenda noticia de que la Imágen de la Merced ha sido en todos tiempos imágen reaccionaria, y las emprende contra los catoliquistas neos ó absolutistas, que para él vienen á ser lo mismo.

No hablo de La Crònica de Cataluña, porque la infeliz es progresista, y, francamente... ni pincha ni corta.

Ni del Diario de Barcelona, quien encerrandose en un prudentisimo silencio, dice que la cosa «no tiene importancia.» Efectivamente, la cosa ha alborotado toda una ciudad, la segunda de España; pero no vale la pena de que se meta en el lio, á riesgo de enredarse en él, un periódico de colores indefinidos y amigo de todo el mundo como el Diario de Barcelona. Vale más así. ¿Qué dirian los católicos si el oráculo daba la razon á los revolucionarios disfrazados ó sin disfraz? ¿Qué dirian éstos si por algun concepto se abonaba la conducta de los católicos? De fijo quien en todo esto saldria descalabrado seria el mismo Diario. Para estos casos se hizo el refran que dice: «Al buen callar llaman Sancho.» En esto, dadas sus condiciones, soy de su parecer.

Resultado de todo fué que la Juventud católica cumpliese como tal arrancando la máscara de la Revolucion hipócrita, y calmando luego los ánimos con la renuncia del pendon que tenia á su cargo. Renuncia que se llevó á cabo antes de que la Junta de Obra hubiese determinado suprimirlo, si bien que por no malquistarse con los revolucionarios creyóse en el trance de decir que le habia suprimido, desairando de este modo á la Sociedad religiosa en quien habia depositado antes su confianza. No habia ciertamente necesidad de que los revolucionarios obligaran á la Junta parroquial á desempeñar tan feo papel; valia más empezar por donde se acabó, es decir, impidiendo que la procesion se hiciera. Así se

verificó al fin, y todos ganámos en ello. La venerada Imágen no se vió profanada saliendo por las calles de Barcelona á fin de procurarles compradores á los tenderos, y forasteros á los fondistas. Los católicos nos ahorrámos el dolor de ver á los objetos que amamos, en tan bajo oficio. Los organizadores de las ferias evitáronse el sonrojo de tener que asistir ellos solos á la procesion, como si se tratara de la entrada triunfal de D. Amadeo. *Tutti contenti!* que diria este señor en el idioma de su tierra.

Pero á la verdad, nadie más contento, señor Director, que el arrinconado Oscurantista, quien en esta ocasion ha visto confirmadas plenamente sus doctrinas de siempre. Si, amigo mio; creo que no hemos de cejar en esta tarea de predicar á todo el mundo lo que tiempo há viene mostrándonos la experiencia como una necesidad, la separacion, el deslinde de los campos. Nunca nos entenderémos católicos y revolucionarios. Por hábiles que sean las Juntas organizadoras, por delicado que sea el disfraz que se recomiende, ó el término medio que se adopte, todos nos conocemos ya lo bastante para que sea posible llevar muy lejos el engaño. En este punto pienso como La Imprenta, y como ella «he adquirido desde mucho tiempo el convencimiento de que no hay términos de hermanar la Roma moderna (ó sea la de Pio IX) con la libertad (ó sea el Liberalismo),» y como el mismo periódico comprendo «la necesidad en que se encuentran todos los servidores de Roma de hacer la guerra à la Revolucion.»

Tu dixisti, hermano mio liberal; tú acertaste, y adopto en toda su extension estas tus elocuentes palabras. Sólo falta que los católicos saquemos de ellas toda la leccion que entrañan.

¿No es verdad, señor Director? Perdóneme y mande a su afectisimo S. S.

Setiembre, 1872.

XCIV.

Un paso más.



a segunda fase de la Revolucion de Setiembre en que, gracias sean dadas á Dios, hemos entrado ya, va caracterizándose más y más cada dia. Las exigencias de los trabajadores son un sintoma que sigue presentándose uniforme-

mente en todas partes. La República recien nacida halló ya el objeto directo y primario de sus rencores: la clase media.

La era constitucional fué un atentado constante de la clase media contra la nobleza y la Iglesia. Prescindiendo de la guerra de doctrinas, la guerra de legislacion se hizo contra aquellas dos instituciones por medio de dos armas poderosísimas, la desvinculacion y la desamortizacion. Con ellas se mató la influencia política y social de la nobleza y del clero (hablamos en la esfera de lo humano); con ellas se entronizó sobre toda otra jerarquia la jerarquia del capital. Cuarenta años ha reinado sin rivales, ha convertido en quintas y dehesas los monasterios y sus fincas, ha despojado á la beneficencia y al culto, ha proseguido el saqueo con paciencia incansable, mientras ha habido que saquear. Pero al obrar así no conoció que iba engendrando en sus entrañas el monstruo que à su vez debia devorarla à ella. El monstruo ha nacido no hace aún quince dias, y ruge ya y llena de espanto à sus mismos progenitores. El recien nacido se llama la República social. Cesó el predominio de la clase media, empieza el de la clase infima.

República social, he dicho, sí, porque son muy cándidos los que sueñan en una República conservadora y obrando únicamente como reforma política. El programa político queda ya realizado, los radicales nada han dejado que hacer en este punto á sus inmediatos herederos. Despues de otorgado el sufragio universal y la libertad de cultos, no sabe-

mos qué ulterior reforma política puede ya prometerse ni realizarse. Y no obstante, la República no puede permanecer inactiva, so pena de morir. Para las instituciones, sobre todo para las recientes, vivir es obrar, hay que hacer algo, hay que innovar, hay que andar hácia alguna parte. Y no quedando cosa que hacer en el terreno político, hay que buscar reformas en el terreno social. Los trabajadores lo han comprendido así en todas partes, y han empezado por pedir reduccion de trabajo y aumento de salario. Y los fabricantes han empezado à transigir: así se empieza, y todo es empezar. Y para consuelo de los angustiados conservadores promete el Gobierno ocuparse de las cuestiones sociales y de los intereses de la clase obrera en las próximas Constituyentes. Y las próximas Constituyentes serán elegidas en gran mayoría por el pueblo trabajador, con retraimiento de las clases conservadoras y bajo los auspicios del ministro de la Gobernacion Pi y Margall, filósofo francamente socialista, y bajo la proteccion de Figueras, el glorificador precuerdan Vds.? de las hazañas de la Commune. Lo dicho. La República española no puede ser federal; ese antojo se les irá quitando del magin á los pobres provincianos; será unitaria, si, señor, pero será socialista. Asi lo exigen su ley histórica y su propia naturaleza.

Prepárense, pues, las clases conservadoras, en mal hora conservadoras y engendradoras de tales calamidades; preparense à saborear ellas à su vez los frutos dulcisimos del arbol de la libertad. Por qué caminos se ha llegado à eso que tanto les escuece, harto lo saben los míseros exclaustrados, las monjas hambrientas, las iglesias demolidas, los clérigos injuramentados. Harto lo saben todos los que quieren saberlo. Ayer se gritaba: ¡Reduccion del presupuesto eclesiástico! ¡Incautacion! ¡A la subasta los bienes del clero! Hoy se grita: ¡Reduccion de trabajo! ¡Aumento de jornales! ¡Armas al pueblo trabajador! ¡Liquidacion social! El grito de ayer y el grito de hoy son hermanos gemelos, aunque ambos salgan de bocas distintas. El primero, no obstante, fué más criminal; el segundo, tiene mayor disculpa. Para el primero no hubo provocacion; para el segundo ha habido cuarenta años de malos ejemplos. El primero fué sólo un gran crimen, el segundo es à la vez un gran crimen y una gran justicia.

No la deseamos; sabe Dios con qué ansia anhelamos el triunfo de la causa legítima, para ahorrarnos y ahorrar á la clase media española esta expiacion. No hacemos más que señalar, á fin de que conociendo la causa se adivine tambien el remedio. Todavía puede éste llegar á tiempo; si no llega, será porque la justa indignacion de Dios habrá querido permitir la ceguedad como último castigo de esta sociedad delincuente.

Febrero, 1873.

XCV.

¡Con orden!



sta ha sido desde los más remotos tiempos la gran palabra del liberal español. A muchos bobos, y á no pocos sabios tan bobos como los primeros, parecióles que pronunciada esta frase, ni Dios ni la sociedad tenían ya nada más que

pedir. Esto ha hecho que la Revolucion española, diabólicamente hipócrita, tuviese tantos proselitos aun entre personas que ni por su talento, ni por su posicion, ni por sus ideas debian al parecer figurar como suyas. Efectivamente. Desde el año 12 de gloriosa memoria hasta el año 73 de gloriosisimos acontecimientos, los buenos de cierto jaez (porque hay bondades de muchas clases), es decir, los sensatos, los prudentes, los enemigos de exageraciones, han permitido todos y han aplaudido los más, que el infierno hiciese en nuestra desventurada patria todo lo que quiso, á condicion de que lo hiciese con órden. Salvado el procedimiento, lo demás pareció grano de anís.

Expúlsense los frailes, demuélanse los conventos, véndanse el solar, las alhajas y hasta las ruínas, hágase todo esto, pero ¡por Dios! el órden. Hágase todo con órden.

Despójese á la Iglesia y á la beneficencia, venga subasta tras subasta à dejar sin un pedazo de pan al clérigo, sin una luz al templo, sin una taza de caldo al enfermo. A todo nos acomodarémos. Nos resignarémos à comprar todas las fincas como se dén à la mitad del precio; aún harémos más, les prestarémos nuestro periódico à los subastadores para que nadie ignore el dia del remate, ni las fincas que aquel dia se roban à la Iglesia. Hasta à esa odiosa correduría sabremos bajar, con tal que no se perturbe el órden; sálvese el órden à toda costa.

¿Se barre del suelo español una dinastia? Si, pero no es nada; se ha salvado el *òrden*. ¿Se arrastra por el lodo á una infortunada señora? Es verdad, ¡pero cuán sensato es nuestro pueblo! ¡Cómo guarda el *òrden!* En Cádiz, Valencia, Sevilla y Madrid y en todas partes se demuelen parroquias á falta ya de conventos que demoler. Dejadlo: ¡es un desahogo del pueblo; por otra parte todo se hace con un *òrden*...!

¿Se pierde la unidad religiosa? Sensible es, pero no vale la pena de que por ella se altere el *órden*. ¿Se decreta el matrimonio civil? Adelante, ¡ como no se perturbe el *órden*…!

Y viene luego à más andar la República. España deja de ser monarquia. Soy monárquico, pero saludo el gorro frigio con entusiasmo; ¿sabeis por qué? Pues es claro, ¡con tal que la República conserve el *òrden!*

¡Qué tontos eran nuestros abuelos! No sé por qué diablos se le ocurrió al pobre Pelayo levantarse contra Muza y Tarik. Al fin estos señores moros es regular que hubiesen gobernado la España, quizá con un poco más de órden que los últimos reyes godos, que bastante desordenada la traian. Prendiérase enhorabuena à aquel aventurero, Pelayo, à aquel cabecilla de Covadonga, à aquel demagogo blanco, como le hubiera llamado D. Julian, si entonces hubiese sido redactor del Diario de Barcelona; batiérase à aquella primera partida y ahorráramos los españoles ocho siglos de guerra con la morisma, es decir, ocho siglos de desórden. ¡Qué tontos eran nuestros abuelos!

A bien que la tontería les duró à sus nietos hasta muy entrados los tiempos modernos. Daoíz y Velarde fueron bastante imprudentes para perturbar el órden en Madrid el célebre Dos de Mayo. ¿Queria otra cosa Murat que poner con sus franceses órden en aquella capital? ¿Y nuestros insurgentes del Bruch? ¿Y nuestros alborotadores de Gerona y de Zaragoza? Pero, ¿qué hacerles? A nuestros padres se les antojó que no habia de ser órden francés, sino órden español el que hubiese en España; como á nosotros se nos ha antojado tiempo há que no ha de ser órden ateo, sino órden católico el que ha de haber en tierra de católicos.

Las luces de la civilizacion y del progreso moderno han dado, pues, á esta palabra *orden* una importancia de que ca-

recia en otros tiempos menos quisquillosos. Es decir, tambien fueron quisquillosos otros tiempos, fuéronlo no obstante por la fe, por la honra, por la nacionalidad y otras añejas menudencias. Ahora sólo el *órden* nos interesa. Consentirémos que nos gobiernen, si tal se vuelve el naipe, bribones, traidores, mercaderes de honras ajenas, tomadores del dos: como sean hombres de órden están rehabilitados. Así lo quiere la moderna escuela.

Mas habiendo llegado á gran perfeccion todos los inventos, no era regular se quedase atrás ese prodigioso invento del órden liberal.

El órden ha tambien progresado de un modo particular. Digo eso, porque he leído no sé dónde, que en cierta poblacion de Andalucia acaba de constituirse un club ó comité ó cosa así, con el título edificante de Socialistas de órden, los cuales han empezado por distribuirse pacificamente la propropiedad particular, trabuco en mano, eso si, pero solamente à fin de que el reparto se hiciese con orden. Y La Igualdad, periódico ministerial, y hoy, por lo mismo, de orden, propone como medida económica para salvar la Hacienda, una revision de títulos de propiedad, merced á la cual quedarian como bienes nacionales (¿oísteis?) la mitad por lo menos de los que ahora son bienes particulares. Y asegura el susodicho periódico que todo esto se haria con mucha legalidad, con mucho orden, como se hizo con las monjas y con el clero. Y lo dice no echando venablos ni disparates por aquella boca republicana, sino en un tono muy mesurado y relamido y bondadoso, casi conservador, como si diese desde la poltrona un decreto de desamortizacion... particular. ¿Os vais enterando, propietarios de órden?

Pues bien. A eso vamos, pero no os espanteis: todo se hará con órden. La justicia de Dios os dará llenas las faltriqueras de ese órden al cual todo lo habeis sacrificado. ¿Os llamaréis entonces á engaño? Andad, tontos; que lo mismo dijeron un dia el fraile, el cura y la monja, y no les valió. Hasta con órden, si os place, os asesinarán. ¿Estais contentos? Tendréis órden. ¿Osaréis quejaros despues que habeis logrado convencer á las masas de que todo podía hacerse, como fuese con órden? ¿Qué son los últimos cuarenta ó cin-

cuenta años, sino un elocuente sermon que les habeis estado predicando sobre este tema? Con órden habeis ido matando la fe de ese pueblo tan vigoroso antes en ella. Con órden os pedirá cuentas este pueblo sin fe, de las doctrinas que le habeis enseñado en lugar de ella. ¡ Desdichados!

Un dia (y tal vez no lejano) quizás se telegrafie desde Madrid á las naciones extranjeras en los siguientes ó parecidos términos: «Liquidacion social en España con toda tranquilidad. Sigue realizándose por el Consejo de Estado (ó lo que haya en su lugar) la revision (léase abolicion) de los títulos de propiedad. *Orden* en toda la Península.»

Marzo, 1872.

XCVI.

Al vado ó á la puente.



A venida del ciudadano Figueras á esta capital entre otras mil cosas curiosísimas ha ofrecido dos hechos que prueban, por sí solos, la natural tendencia en que se encuentra ya en sus primeros dias la recien nacida República. Uno ha

sido la reunion de capitalistas (quien dijo capitalistas dijo conservadores), convocados por dicho ciudadano, à fin de mover sus entrañas de misericordia (vulgo sus cajas) à que diesen algo al Gobierno para salir de sus más urgentes apuros.

De ella salieron, al decir de varios periódicos ministeriales, muy complacidos todos; así el ciudadano Presidente de la República pobre, como los susodichos ciudadanos ricos.

El otro fué la concesion otorgada à una respetable Comision de internacionalistas, quienes se presentaron al ciudadano Presidente con pretension muy parecida à la que éste habia dirigido à los ciudadanos capitalistas. Empero, si los ciudadanos capitalistas no concedieron por de pronto sus caudales al ciudadano Figueras, éste, más generoso, concedió inmediatamente un convento (propiedad de la Iglesia católica) à los ciudadanos de la Internacional, para que allí instruyesen al pueblo trabajador en la no existencia de Dios, en la materia pensante, en la ilegitimidad del capital y otras zarandajas tan inofensivas como éstas. Tambien de esta segunda reunion diz que salieron todos muy complacidos. Filosofemos.

Tenemos por de pronto que la República actual pide con una mano á los conservadores, y otorga con la otra à los internacionalistas. A los primeros pide capitales con que vivir. A los segundos otorga conventos con que acallar su furia. Es, pues, la República un simple medio de transmision, un conducto, digámoslo así, por el cual pase lo de los conservadores á los internacionalistas, y punto redondo. Aquellos darán: éstos serán los aprovechados.

El fenómeno no es nuevo aunque lo parezca. Es la vieja historia del Liberalismo español desde sus primeros albores. Figueras, á pesar de su reconocida habilidad, no ha sabido inventar nuevos resortes. Muchos años há que en España el Liberalismo tiene dos manos, una con que explota á los conservadores, otra con que entretiene y alimenta la demagogia. Sólo que los conservadores han sido en todos tiempos bastante cándidos para dejarse explotar; al paso que la demagogia ha sido siempre bastante astuta para nunca darse por contenta.

Examinadlo bien. Todo el predominio que tienen hoy en España las ideas disolventes y anti-sociales se lo ha dado el Liberalismo por medio de las clases conservadoras. La demagogia pedia la destruccion de las Ordenes religiosas. El Liberalismo preguntó à los conservadores: «¿Expulsamos à los frailes?» Y los conservadores respondieron: «Sea así, con tal que nos permitas entrar à la parte en el botin.» Y cayeron los frailes, à gusto de la demagogia, es cierto, pero à impulso de la conservaduria.

Y dijo más adelante la demagogia: «Nos estorba la riqueza del clero, que le hace poderoso é influyente.» Y preguntó el Liberalismo à los conservadores: «¿Despojamos al clero? ¿Desamortizamos?» Y respondieron los conservadores: «Sea así, con tal que nos admitas á la subasta.» Y fué un hecho la desamortizacion, y hasta los periódicos conservadores (¿católicos?) anunciaron la subasta.

Y añadió luego insaciable la demagogia: «Queremos libertad absoluta de imprenta.» Y preguntó á sus oráculos el Liberalismo: «¿Concedemos libertad á la prensa?¿Permitirémos el insulto á la Religion?» «Sea,» respondieron ellos; y cayó la censura, y fué lícito atacar lo más sagrado, con tal que no se atacase la personalidad ministerial.

Y fué avanzando la demagogia y dijo: «Ahora me estorba el trono de D.ª Isabel.» Y preguntó el Liberalismo à los conservadores: «¿Derribamos à Isabel?» Y respondieron ellos...

T. V.-27

al fin ya se sabe lo que respondieron en Cádiz y Alcolea por boca de Serrano, Topete y demás... conservadores.

Desde este punto cada dia fué un nuevo rugido de la demagogia y cada dia una nueva concesion conservadora. Los conservadores entregaron al monstruo la unidad religiosa, el presupuesto del clero, la santidad del matrimonio, todo lo hubieran entregado, hasta la honra de sus madres. La historia conservadora de las Constituyentes pasadas es asquerosa. Bajo el nombre de conciliacion se ve alli un tejido de todas las traiciones y de todas las cobardías.

Y vino Amadeo en nombre de la francmasonería europea. Y los conservadores aceptaron á Amadeo. Y cayó luego Amadeo en nombre de la demagogia española. Y los conservadores aplaudieron su caida. Y se proclamó la República. Y los conservadores, aunque á regañadientes, saludaron tambien á la República.

¡Oh! ¡bien haya en medio de tanta miseria y corrupcion el heroísmo del partido, único nacional, único consecuente, en cuyo corazon se ha conservado íntegra, sin concesiones y sin condescendencias, la fe católica y la fe monárquica de nuestra amadisima patria!

Ahora bien, conservadores; ¿sois vosotros con tales antecedentes y con vuestros principios acomodaticios los destinados à restituir à España lo que por vuestro medio le ha arrebatado à España la Revolucion? : Tendréis valor y fuerza para reconstruir piedra por piedra todo lo que habeis tenido valor para ir demoliendo piedra por piedra? Mirad la España de hoy. Miradla tal cual la ha hecho el Liberalismo. Es vuestra obra de cuarenta años de transacciones, mejor dirémos, de traiciones. Oid, pues. No, vuestro papel no es el de restauradores. Vuestro papel lo adivinó Figueras al convocaros hace pocos dias á reunion. Vuestro papel es el de tesoreros forzosos de la República; mientras el de la Internacional, tambien halagada por dicho ciudadano presidente, es el de ser heredera forzosa de él y de vosotros. Dad á Figueras lo vuestro, que es lo único que podeis hacer, para que Figueras dé lo vuestro á la Internacional, que es su legítima sucesora. Si no dais, ¡temblad! Figueras en este caso no os responde del órden, y la heredera es ya niña traviesa que sabrá tomarse sin

escrúpulos de monja lo que la negueis. Al tiempo por testigo.

¡Conservadores! Ha concluído vuestra mision activa. Empieza ó la nuestra ó la de la Internacional. Ya no os queda otra cosa que escoger: ó ella ó nosotros. Al vado ó á la puente.

Marzo, 1873.

XCVII.

Vamos al grano.

enle, amigos mios, al problema las vueltas que quieran; es asunto concluído; sin su poco ó mucho de periódico no pueden Vds. pasar.

La vida moderna ha hecho indispensable en nuestras casas la vista de ese huésped cotidia-

no, y hay que contar con él, pese ó no pese, y abrirle la puerta de par en par so pena de que se nos cuele él mismo por las rendijas, y pagar por él como censo irredimible unos realejos al mes.

Recia es la necesidad; pero al fin vale más gastarlo ahí que en la botica, como dice un refran de nuestra tierra, sabio y experimentado como todos los refranes.

Dura lex, sed lex, dice otro latinajo muy parecido à refran que resume en pocas palabras lo que tiene de dictatorial y despótico el caso presente. Que significa mal traducido al lenguaje familiar: Toma y paga, y de ahí no sales.

Porque sino, díganme Vds., amigos mios, por caridad, ¿dónde y de qué modo se presenta hoy dia un cristiano sin esa racion diaria de noticias y curiosidades y política menuda que sólo puede servirle el periódico? ¿Cómo alterna en sociedad un ciudadano cualquiera, sin estar al corriente de lo que dijo el diputado A... ó de lo que se calló el ministro B..., de si andarán ó no á batacazos ingleses y alemanes, turcos y rusos, por puro purísimo amor que tienen todos ¡ ya se ve! á los cristianos de Oriente; de si los radicales franceses le darán jaque-mate á Mac-Mahon, ó de si será éste quien les juegue cualquier dia su 3 de Enero á los demagogos de allende, como se lo regaló Pavía á los de aquende, por aquello de que á cada puerco le llega su san Martin? Vamos; de mí sé decir, que no me parece vivir en este mundo, ni me atreyo á abrir la boca en él, si al natural desayuno del cho-

colate español no le añado cada mañana una dosis más ó menos suculenta y nutritiva de literatura periodística que me haga hombre *comme il faut* siquiera para aquel dia.

Y tan reconocida es esta necesidad, que, cierto, de un modo ú otro es la que cada cual procura satisfacer con preferencia en lo que su caletre ó su bolsillo le consienten. Sobre la banqueta del zapatero y el mostrador del almacenista de telas ó granos, lo mismo que sobre el bufete del curial ó el despacho del banquero, figura el periódico en primera línea. Los chicos aprenden en él á deletrear, los viejos consuelan con él los fastidios y mal humor de la senectud, el más ocupado no se sienta á la mesa ni se va á la cama sin haber antes dado un vistazo á la Crónica local ó á los partes telegráficos. Se entra en el café, y se alarga la mano antes al periódico que á la taza y á la copa; se pasa por delante de la taberna, y la discusion avinagrada que alli se oye, más versa sobre el artículo que se acaba de leer en corro, que sobre la calidad del vino que se están echando á pechos los ciudadanos concurrentes. Viajan Vds., y acuden al punto à la canasta del revendedor en busca de un socorrido periódico que les ayude á engañar las largas horas de viaje; sálense al campo en verano, y al llegar al cortijo ó á la casa de baños es la primera exclamacion: «Pues, señor, ¡y quién va á proporcionarnos aquí algun periódico!»

Mas aquí entra lo bueno de la materia; sabido es que género de gran consumo se presta magnificamente á la falsificación y al contrabando. Y si anda ó no falsificado el de que tratamos déjolo á la consideración del pio lector, que no necesitará se lo cuente yo, tal es la verdadera epidemia de malos periódicos que traen estragada y perdida nuestra sociedad. Periódicos se los encuentra á docenas cualquiera á un dos por tres; tropieza uno con ellos á cada paso: periódicos buenos son pocos, son raros. Cien linternas de Diógenes bastarian apenas para topar con alguno que otro de confianza.

Aquellos, abiertamente impíos, viven de la blasfemia cruda y de la obscenidad y del público escándalo.

Estos, finos y relamidos, se contentan con la incredulidad de buen tono, que consiste más en la ausencia de la Religion que en violentas invectivas contra ella. No son soeces ni groseros; pero tienen del error y de la inmoralidad todo el oculto veneno con formas de salon, con maneras cultas y delicadas.

Otros, místicos y mojigatos, blasonan catolicismo y alardean celo por la Religion y por la severidad de costumbres, y dejan no obstante que deslice entre sus fervorosas homilías el anuncio del espectáculo impúdico y de la obra anticristiana; el elogio del personaje anticatólico; la noticia ó la apreciacion dictada por agencias al servicio de las sectas; procurando guardar en todo tales temperamentos, equilibrios y condescendencias, que á nadie hieren y lastiman... más que á la verdad.

Y ¿quién pudiera enumerar los males que de ahí nacen, la espantosa ruína que causa cada dia en el edificio social esa pólvora sorda del periódico ó abiertamente malo ó simplemente contemporizador y equilibrista?

Son fruto del primero las mil y mil preocupaciones, verdaderas calumnias, que se le hace tragar al pueblo incauto y desprevenido, contra la Religion y sus dogmas y sus ministros; el lenguaje horriblemente satánico que éste usa muy á menudo en fábricas y talleres; la inmoralidad que insolente y descocada se pasea y pavonea por calles y plazas. Existia todo esto antes que hubiese periódicos malvados en circulacion; pero existia oculto, recatándose á las miradas de todos; no gozaba de derechos como hoy; no se exhibia públicamente como ramo legal y autorizado; no se predicaba, ni se enaltecia, ni se pregonaba con una libertad y seguridad que en ocasiones envidiamos ¡ay! los mismos sostenedores del bien y de los sanos principios.

Son resultado del segundo esa opinion pública tan blanda, dúctil y acomodaticia que de nada se alarma, ni de nada se avergüenza, que apenas tiene ya energía para la profesion de una verdad entera, á fuerza de verlas cada dia todas mutiladas, achicadas en fraternal abrazo con el error, en amigable conciliacion con los más groseros absurdos: esa vaguedad incolora, esa media tinta general, que apenas permite un si ó un no redondos, ni áun en las cuestiones más fundamentales: ese casi, ese pero, adverbios de balancin con los cuales todo

se puede ser á la vez, sin abjurar de nada; y por última consecuencia, despues de esa indecision en las doctrinas, esa indecision, esa flojedad, esa indolencia en los caracteres, que naturalmente se hallan sin estímulo para sacrificio alguno ó generoso arranque, desde el momento en que por este procedimiento diabólico se han bastardeado y confundido en las inteligencias las ideas claras de verdad y de error, de bien y de mal, que tanto importa estén siempre perfectamente definidas y deslindadas.

Contra estos dos pecados debe tener un periódico bueno dos virtudes que en rigor son una sola: odio franco al error en todas sus formas y adherentes y consiguientes; profesion clara, abierta y denodada de la verdad, sin reserva ni meticulosidades, sin pactos tácitos ni expresos con sus enemigos, sin cómodos distingos ni sutiles amfibologías.

Con que ya lo ven Vds.: que han de tener periódico para su uso particular y de la familia, paréceme medianamente probado: que no les sirven para maldita la cosa, como no sea para estrago de cuerpos y almas, la mayor parte de los diarios que por ahí circulan, Vds. mismos lo dirán, que como buenos sastres conocen el paño. Réstame solo sacar de lo dicho la consecuencia, que en rigor pudiera buenamente excusar por ser tan clara y tan al alcance de todo el mundo.

Que se suscriban Vds. por todo el año 77 al Correo catalan, que es muchacho que promete, y que tengan Vds. felices Pascuas.

Diciembre, 1876.

XCVIII.

Otros vendrán que bueno te harán.



ABRÁN notado mis buenos lectores que hay aficionados à refranes: achaque es ese de que no me sé curar, por lo muy á pelo que viene casi siempre esta sabiduría popular para dar el tono ó la fórmula, como diria quien se las pintase

de más científico, á cualquier idea que se quiere representar con sencillez, concision y energía. Sirva de ejemplo el que pongo hoy por epigrafe á mi articulejo, y que, cierto, le cae al asunto como pedrada en ojo de boticario.

Recordarán Vds. aquel famosísimo Ruíz Zorrilla, de santa memoria, una de cuyas hazañas principales entre las muchas que le darán eterno renombre, fué la célebre incautacion de alhajas artisticas y documentos preciosos de los archivos catedrales. Pensó aquel buen señor que en variandose el nombre á la cosa, quedaba por ende variada la cosa misma en todo su sér y sustancia, y guiado de esta su poca aprension filosófica y gramatical, pensó que incautar no era lo mismo que robar, cuando aquella operacion se hace contra la voluntad del que es verdadero y legítimo dueño de la cosa incautada. Dió, pues, la consabida órden el poco escrupuloso ministro... y ya saben Vds. lo que pasó: la mar... fué aquello un saqueo en regla.

Algo se ha hecho hasta hoy por los Gobiernos posteriores, siquiera por vergüenza, para deshacer aquel tuerto. Pero hé aqui que hay una catedral, la de Avila, que no ha podido aún obtener la devolucion de sus antigüedades por más que en que se le devuelvan se hayan empeñado el Prelado y Cabildo de la citada Iglesia. Y un señor diputado presenta sobre eso una interpelacion al Gobierno, y cuando era de esperar que el Gobierno dijese sencillamente que volviese cada cosa á su dueño, como es ley y razon, descuélgase el minis-

tro de Fomento con una salida de pié de banco, que tal debe llamarse en rigor, aunque salga del idem ministerial. Dice así la respuesta del señor ministro.

«El señor ministro de Fomento (conde de Toreno): El señor Rico plantea una cuestion que parece fácil á primera vista, pero que en la práctica es delicada, y debe llevarse, como yo la estoy llevando, con gran prudencia. Es cierto que el Cabildo de Avila viene practicando, como el señor Obispo de la diócesis, gestiones para que sean devueltos al archivo de aquella capital los documentos, libros y códices que antes existian en ella, y que en 1869 pasaron á manos del Gobierno en virtud de la incautacion.

«Pero no es este asunto de aquellos que pueden resolverse de plano, pues en el decreto mismo de Enero de 1875, citado por el Sr. Rico, hay una disposicion que establece que cuando el Gobierno asesorado de personas competentes, juzgue oportuno que algunos de esos objetos que hoy están en su poder se conserven en los Museos y Archivos nacionales, no se devuelvan à sus primitivos dueños, si bien se les conserva à éstos el carácter de tales dueños. Este es el impedimento que se opone por ahora à la devolucion de estos papeles, libros y códices al archivo de la catedral de Avila.

«Se está tratando desde hace tiempo de ver cuáles son los documentos y objetos que pueden ser devueltos, y cuáles los que deben ser retenidos por el Estado en sus Bibliotecas y Archivos á disposicion del público, si bien conservando su propiedad á los antiguos poseedores.»

Está bien ¡ por vida de Caco! ¿Con qué se establece en adelante sobre lo de devolver las cosas á sus legitimos dueños una jurisprudencia especial, que dice asi: «Se devolverá lo no precioso; se retendrá lo que tenga mucho valor.» No dejarán de alegrarse de eso los rateros y caballeros de industria, si les acusa sobre un robo cualquiera el señor fiscal. «Señor, dirá, he robado, es verdad, ó por mejor decir y hablar más al uso, he incautado: me resigno á devolver en parte á su legitimo dueño lo que es suyo. Ahí van unos ochavitos y perros chicos que le quité á aquel caballero. En cuanto á las piezas de cinco duros, y sobre todo á aquellas peluconas históricas y casi artisticas que forma-

ban parte del caudal incautado, me las reservo por razon de su preciosidad; pues, como he oído decir por ahí à quien sabe más que yo de dueños y de incautadores, me basta con considerar como legítimo dueño y con carácter de tal al que lo es; pero en cuanto á devolvérselo, no, porque milita en mi favor la razon de que tales oncejas son cosa preciosa.» Así podria decir el reo; ¿y qué le podria contestar el fiscal si debiese atenerse á la jurisprudencia sentada por el señor conde de Toreno, ministro de Fomento?

A mi refran me vuelvo: Ruiz Zorrilla no sabia del asunto lo que se llama el abecé. El señor Conde reconoce por dueño al Cabildo catedral, sólo le niega el derecho de poseer y guardar lo suyo por la sencilla razon de que es precioso. Ruiz Zorrilla hubiera podido echar por ese atajo cuando escribió su último manifiesto reformista, y declarar del Estado los bienes del señor Conde y de los demás ricos de España sólo por ser preciosos, que sin duda tambien lo son.

A bien que ¡bobo de mí! ahora caigo en la cuenta. El señor conde de Toreno es honrado, es conservador. El famoso Ruiz Zorrilla es un picaro socialista. Pero entonces, diganme Vds., ¿en qué se diferenciará un socialista de un conservador si así continúan las cosas?

Diciembre, 1876.

XCIX.

A tales alturas nos hallamos.



N colega de esta ciudad nos da en uno de sus últimos números, y cierto con la mayor frescura, una noticia que, edificante podrá no serlo, pero curiosa, sí, y en alto grado instructiva. Dejémosle á él mismo que nos lo diga con toda

su sencillez y naturalidad. Dice asi:

«Una pobre madre que tuvo la desgracia de que se le hubiese escapado de su casa una hija de quince años, supo que habia ido á una casa de prostitucion. Ayer la madre, habiendo visto á su hija, pidió auxilio á un municipal, y éste detuvo á la jóven y la condujo á la Casa Consistorial. La mujer en cuya casa vivia la jóven fugitiva tuvo la audacia de presentarse à la Alcaldía y reclamar la muchacha, llegando su descaro hasta decir que tenia autorizacion superior para utilizar sus servicios en virtud de una cartilla expedida à favor de la jóven en cuestion por la Seccion de higiene. En vista de ello, no se resolvió nada en la Comandancia de municipales, y se dispuso que la reclamacion la hiciese la madre en el Gobierno civil, à donde fuéron acompañadas por un guardia municipal.»

No sé qué efecto les habrá producido á mis buenos lectores el suelto que antecede. A mi me pareció elocuentísimo sobre toda ponderacion por varios conceptos.

Primero: por la calma con que se da cuenta del caso, allá entre noticias de los próximos bailes de máscara, del estado de los mercados y de las piezas dramáticas que se van á estrenar. En menos palabras, ocupa aquello un rinconcito de la crónica local, ni más ni menos que lo comun y ordinario que acontece en nuestras calles y plazas. Este solo dato retrata nuestra sociedad y los periódicos á quienes no se puede negar el triste honor de ser exactos reflejos de ella.

Segundo: por el hecho mismo que con tales palabras se refiere. Sabemos en efecto que una jóven de quince años, vamos al decir una mocosuela, no pudo ser entregada acto continuo á la madre propia que la reclamaba, por la gravisima razon ¡ pásmense Vds.! de creerse con derecho á ella, por lo menos igual si no ya superior, una desdichada que Dios sabe con qué artes y mañas la tenia extraviada de sus deberes. Y el argumento poderosisimo que la tal arpía alega contra los sagrados derechos de la patria potestad y de la moral pública, es una cédula oficial debidamente sellada y registrada, ante la cual se detiene la misma autoridad del Alcalde, obligándola á llevar el asunto á más elevado Tribunal. Si lo primero hemos dicho retrataba una sociedad y un periódico, lo segundo retrata una situacion gubernativa y una autoridad municipal.

Tercero y último: por lo que supone el hecho referido y que sin duda es más grave de lo que á primera vista pudo cualquiera imaginar. Tenemos por lo visto que hay en esta capital, organizado y funcionando con todos los requisitos legales, un ramo de la Administración pública con el título de Sección de higiene, que autoriza á muchachas de quince años para abandonar el hogar paterno y entregarse á la vida infame, extendiendo la autorización en cédula expresa y oficial. Esto no sabemos ya lo que retrata, como no sea un fondo tal de corrupción y de cinismo en que ni siquiera nos atrevemos á fijar la mirada.

Diganme ahora mis amigos. ¿No han oído alguna vez que hay penas, graves penas, establecidas contra el desdichado párroco católico que eche la bendicion nupcial à unos jóvenes, de veinte años por ejemplo, sin previo consentimiento de sus padres? ¿Saben que el que tal hiciese, aunque procediese movido por verdaderos y poderosísimos motivos de conciencia, arrostraria todas las consecuencias de una causa criminal? ¿Y no han oído alguna vez à la prensa liberal poner el grito en el cielo con motivo de los votos religiosos que la Iglesia bendice? ¿no la han oído clamar contra los abusos del clericalismo que roba las hijas al cariño de los padres para sepultarlas vivas en esas mazmorras del oscurantismo llamadas conventos? Pues bien. Cálmense y no se alarmen por

tan poca cosa. Sin permiso de los padres no podrá la Religion bendecir el matrimonio de dos jóvenes de veinte años que empiezan ya à tener derecho al Sacramento. Los sectarios de todos los colores nunca podrán llevar en paciencia que la jóven católica por su libre y espontánea voluntad renuncie al mundo para entregarse en el claustro à la beneficencia ó à la austeridad. En cambio, en una situacion conservadora, restauradora, soi dissant católica y todo lo que Vds. quieran, funciona, y por lo visto en toda regla en la segunda ciudad de España, y bajo la inspeccion superior civil, una oficina que autoriza con todas las formalidades à las niñas de quince años para que se separen del seno de la familia y se dediquen á la prostitucion. Es verdad, y esto consuela, que por esta cédula llevará bonorarios el que la expide, y que la niña en cuestion quedará sujeta al pago de matrícula.

No sabíamos que hubiese cosa más inmunda que la inmundicia del burdel. Hoy tenemos un dato para juzgar que hay algo que lo es más que ella, y es la civilizacion moderna, à la cual se coge de vez en cuando en tales gazapos. ¡Cuánta asquerosidad! ¡cuánta podredumbre! Guarden los padres y madres con mucho cuidado á sus niñas de quince años, no sea las pille un dia por su cuenta la oficina del ramo, puesto que, como ven, en el Estado moderno para todo hay oficinas.

Basta; ni más podemos decir, ni más necesitan nuestros amigos. Mediten estos cuatro rasgos y aprendan á conocer lo que se esconde bajo ciertas superficies. Sacamos este caso con todos sus detalles á la vergüenza de nuestros conciudadanos, si alguno hay á quien quede todavía cara para avergonzarse de nada, y lo entregamos, con todos los que de él son responsables, á la execración de las personas honradas.

Enero, 1877.

C.

Mañas como suyas.



Liberalismo es la Revolucion y la Revolucion es esencialmente la subversion del órden: es el desórden erigido en sistema.

Ahora bien. Hacer que el desórden, de suyo anormal é inconsistente, venga à ser en las so-

ciedades el estado normal y ordinario; hacer que lo que es esencialmente desórden constituya real y verdaderamente un *órden* de cosas con cierta apariencia de estabilidad y fijeza; hé aquí el problema que debió encontrar à primera vista insoluble el mismo Satanàs, con ser su talento angélico y de consiguiente privilegiado.

Tratábase, en efecto, nada menos que de hallar la fórmula de hacer compatibles dos contradictorios, y ante ese imposible era regular se estrellase hasta la misma diplomacia del maligno, que no es floja.

Sin embargo, despues de mucho cavilar, debióse dar su majestad infernal una palmada en la frente, y exclamar para su rabo: ¡Eureka! es decir, ¡ya pareció aquello! Y era que le habia ocurrido en un momento la feliz inspiracion, si feliz puede llamarse inspiracion alguna del diablo, ¿de qué dirán Vds.? del Liberalismo conservador.

Realmente, y mírese el asunto por el lado que se quiera, es diabólica la invencion y digna de diabólica inteligencia.

La demagogia franca es el arranque brutal de cualquier malvado inculto é incivilizado que hallando de más en el mundo Religion, autoridad, propiedad, familia, con su correspondiente cortejo de reyes, sacerdotes, tribunales y soldados, embiste de frente contra esos objetos, como el toro contra la capa encarnada del lidiador, á lo rompe y rasga, es decir, valiéndose de los medios más expeditos del incen-

dio, del puñal ó del veneno, segun le viene mejor à mano cualquiera de estos recursos, y despachándose à su gusto con toda la energía de la pasion incandescente, demuele templos, saquea caudales, degüella frailes ó magistrados, y reina luego sobre el mundo cubierto de ruinas, como sobre el mejor campo de sus trofeos.

Pero eso no puede llegar á constituir estado: es el vendabal que arrasa unos breves momentos, pero ha de ceder luego su lugar á la serenidad de los cielos, y á los rayos benéficos del sol. La demagogia es impetuosa como el huracan, pero como él es irreflexiva y en consecuencia imprevisora. Por esto nunca se consolida. Por esto á Satanás, ó lo que es lo mismo, á la Revolucion, no le convienen demagogias más que en los breves momentos de demolicion que necesita para deshacerse de sus rivales. Rotos éstos y quitados de en medio, le conviene perpetuarse en el lugar que ellos ocuparon. Despues de su victoria de un dia necesita afirmarse y arraigarse como institucion permanente. Necesita, en una palabra, conservarse. Y este instinto de propia conservacion le aconseja hacerse conservadora.

Entonces, sin renunciar à ninguno de sus principios, porque renunciar á ellos seria suicidarse y dejaria ya de ser Revolucion, procura disfrazarlos de suerte que à nadie parezcan en realidad lo que son más que á los que están en el secreto del juego. Entonces lo primero que procura es corregir su lenguaje. Habla con cierta decencia. Pórtase en esto como el pillete que, elevado por un capricho de la fortuna al rango de caballero opulento, se esfuerza en olvidar las interjecciones de taberna y los malos modos de plazuela que formaban antes sus delicias, y en adquirir el estilo de los salones y la fraseología de las conveniencias sociales adecuadas al frac y al sombrero de copa. Así la Revolucion, una vez entrada en ese período de conservadurismo, deja alla los vivas y mueras y la música populachera. Hasta sus blasfemias las reviste de cierta cultura, y su volterianismo de cierto respeto convencional à las formas y al procedimiento. Es el pillete convertido en caballero por obra del frac ó de la levita, tan pillete con estos atavios como antes con la blusa y la navaja; pero mucho más peligroso sin comparacion, por lo mismo que el nuevo traje le permite tomar asiento frecuentemente entre las personas honradas, que, de otra suerte, lo hubieran relegado á la única sociedad digna de él, la de los garitos.

Porque sino, diganme Vds., ¿qué diferencia encuentran entre el Liberalismo que grita por esas calles ¡Guerra á Dios! y el otro Liberalismo que permite decirlo científicamente en el periódico, en el libro y en el Ateneo y en la Universidad? ¿Qué distincion esencial hay entre el Liberalismo que tea y puñal en mano anda voceando ¡Abajo los frailes! ¡fuego á los conventos! y el otro Liberalismo que hace una ley declarando ilegal en España al fraile, y propiedad del Estado ó del mejor postor todo convento, aunque al Estado no le haya costado jamás un sueldo ni un maravedi? ¿O qué sutil distingo hace diversos al liberal que dice, como Castelar un dia, la fe es incompatible con la libertad, y al liberal que no dice esto, pero oprime y veja y procura arrancar de los pueblos la fe en nombre de la libertad?

Dice un filósofo de buen humor que la única diferencia que hay entre necios y sabios, en materia de tonterías, es que los primeros las dicen y los segundos las hacen. Análoga reflexion podriamos aplicar al liberal demagogo y al liberal conservador en materia de iniquidades. Píntase aquel de bravo y desenfadado; pero muy á menudo sus hazañas, como las de todo valenton, paran más en dichos que en acciones. Más reservado y cauteloso el otro, habla poco y siempre comedidamente; pero hunde hasta el mango el puñal, cuidando mucho, empero, que la víctima no alborote con sus gritos, ni manche las manos con su sangre. Guardado este decoro, cree ya salvado lo principal.

Desencadene Dios sobre las sociedades modernas el Liberalismo demagógico en justo castigo de nuestros pecados, si á trueque de eso han de verse libres del Liberalismo conservador, que es su actual funestisimo azote. Conservadores han colocado poco á poco al Papa en Italia en el estado en que todos le vemos. Conservadores han conducido la Francia de etapa en etapa, hasta el Ministerio de Julio Simon, precursor inmediato de Gambetta y de la vuelta de la Commune. Entre unionistas y moderados, es decir, entre conservadores y al calor de sus doctrinas, nació, creció y estalló la

Revolucion española que tanto ha dado que hacer... y que tanto promete. Dejen hacer à la Revolucion, que lo entiende y no se duerme en las pajas. El programa que horripilaba à todo el mundo diez años atrás, constituye ya ó poco menos nuestro estado presente. No se alarmen los aprensivos. Sin ruído ni alborotos, à la chiticallando, como quien anda con zapatillas de fieltro, lo irá estableciendo, organizando y legalizando todo entre nosotros el Liberalismo conservador.

Febrero, 1877.

CI.

Atrasadillos andan.



RAN polvareda acaba de mover en la vecina república, con todo y ser la de Julio Simon (y nada católica por consiguiente, y nada restauradora), un escándalo acaecido el miércoles de Ceniza en Perpiñan, con motivo del entierro

del Carnavai.

Tratase de una mascarada en que se parodiaron las santas ceremonias que usa la Religion verdadera para la sepultura y exequias de sus hijos; y tan mal hubo de parecer el bromazo impio à la opinion sensata de aquel pais, que el ministro del Interior se ha creido en el caso de tener que llamar al Prefecto del departamento, para que dé cuentas de su tolerancia para con los sacrilegos profanadores. De resultas de lo cual, se considera probable una causa criminal contra éstos y la destitucion en forma de aquel. Esto sucede en Francia, en la era republicana de Julio Simon, vanguardia de la de Gambetta. Veamos ahora lo que acontece acá, en esta tierra de sandias y melones que se llama España.

Vivimos ¿quién lo ignora? bajo la sombra tutelar de un Gobierno monárquico, católico, restaurador y conservador. Así lo dice por ahí cada dia quien debe de saberlo de buena tinta, puesto que es de la familia. Sin embargo, el Carnaval tiene aquí cada año impiedades groseras que todo el mundo ve (inclusos los funcionarios del Gobierno), y que sin embargo nadie castiga. Aquí se ha visto parodiada hace pocos dias la Romería española, sacados al ridiculo hábitos eclesiásticos, insultadas, en una palabra, cosas y personas que en Francia hasta Gobiernos republicanos obligan á respetar. Cosme presenció hace quince dias el entierro del Carnaval en una populosa villa poco distante de la capital, y vió... la mar, como se decia no há mucho entre nosotros. Vió casullas, bonetes,

tejas, roquetes, mitras, hisopos, crucifijos burlescos, ¡hasta eso, gran Dios!

Oyó cantar, en los tonos en que acostumbra hacerlo la Religion, sacrilegos responsos con su Libera me, Domine, y Tremens factus sum ego, exactamente, á la letra, como los trae el ritual sagrado, y con las mismas notas del canto llano marcadas en los libros de coro de nuestra santa Iglesia. Y vió todavía más. Vió el monigote conducido en enlutado ataud, tendido sobre él un paño mortuorio con la santa cruz de tela blanca sobre fondo negro como se usa, ni más ni menos, en nuestras parroquias. Y el concurso que salmodiando acompañaba al monigote, iba precedido de un piquete, parodia de los soldados romanos que preceden de muy antiguo à nuestras procesiones de Semana Santa. Y vió, finalmente y para acabar, à las Autoridades monárquicas, católicas, restauradoras y conservadoras mirando estos sacrilegios ambulantes. Y no vió que se castigase, ni siquiera se impidiese, ni siquiera se censurase tal escándalo. Ni ha sabido despues que gobernador alguno llamase à cuentas à tales autoridades locales, ni que el ministro llamase á cuentas á gobernador alguno, como al parecer es uso y costumbre todavía en la Francia de Julio Simon y de Gambetta, que no son monarquicos por cierto, ni católicos, ni restauradores, ni conservadores.

Por donde se ve que en la vecina república tienen no poco que aprender de nuestra nacion, que en esto, como en tantas otras cosas sabrosas, se lleva la delantera. ¡Atrasadillos andan aquellos pobres demagogos! ¡Acá no les dejaramos de neos y de oscurantistas! ¡Acá hay monárquico y católico y restaurador y conservador que les puede dar lecciones de libertad, igualdad y fraternidad y de otras semejantes lindezas! ¡Vénganse á dar un paseito por acá cualquier dia aquellos ilustres radicales para convencerse de que tienen aquí amigos que, sin gorro frigio, ni triángulos, ni zarandajas, les dan quince y falta en materia de tolerancia para con la impiedad! ¡Vénganse acá sus mercedes y verán lo bueno!

¡Y lo que de Carnaval decimos, à cuántas otras cosas no carnavalescas lo pudiéramos extender!

Marzo, 1877.

CII.

Mil fusiles!



tt fusiles, si, señor, mil fusiles ha dicho el Gobierno que se dispone à enviar à Barcelona, y ¿para qué diràn Vds.? ¿Hay acaso moros en la costa? ¿ó se teme para Junio la legendaria invasion de los segadores?

¿O se va à armar siquiera para distraccion y jolgorio de niños y niñeras la benemérita milicia nacional con sus músicas y plumeros, y sus revistas y relevos de guardias, comoallá en los benditos tiempos del progresismo fósil y candorosamente popular?

Pues, vaya, señores, que nada de eso hay; á mayor altura estamos y muy otros andan los tiempos. Para el cuerpo de órden público, para eso y nada más se necesitan los mil fusiles del alma; para el cuerpo de órden público de la ciudad, que tiene por añadidura para su uso la correspondiente dotacion de policía, municipales, guardia civil, y tendrá luego mozos de la escuadra; que no en vano tenemos para nuestro descanso Gobierno conservador. Para el cuerpo de órden público, es decir, sencillamente para que podamos con una regular y medianeja seguridad andar por esas calles, gozar de esos paseos, vender y comprar en esas tiendas, oir la Misa ó la ópera, visitar Cuarenta horas ó cuadros al vivo, agenciar nuestros negocios ó dormir á pierna suelta cada uno en su respectivo entresuelo, boardilla ó piso principal. Para el cuerpo de órden público, es decir, para el simple mantenimiento de la vida social en lo que tiene ésta de más vulgar y rutinario; para que no nos roben, ó nos maten; para que podamos, al fin, nó ser grandes, ni poderosos, ni felices, ni cosa alguna de esas de que vamos perdiendo ya la memoria, segun lo que van haciéndose anticuadas, sino únicamente para lo menos con que podemos contentarnos y con que puede contentarse la sociedad... ir tirando para el dia.

¡Valgame Dios! ¡Y qué datos tan elocuentes va suministrándonos de vez en cuando la moderna civilizacion! Aqui lo tienen Vds. clarito y sin necesidad de prolijas explicaciones ni de subidos encarecimientos. Mil fusiles (con sus correspondientes fusileros por supuesto), sobre de lo que ya tiene, necesita Barcelona, en concepto de sus gobernantes, para la mera tranquilidad material de sus calles y plazas y paseos y garitos. Y aún con eso, obsérvenlo Vds., no pretende lograr más que tranquilidad material, y aún no es fácil la logre por completo. Porque sino, ya verán Vds. como, con esos mil fusiles y todo, se pincha al prójimo ó se le dispara à cada esquina, y se le roba el reloj o la bolsa à cada funcion, ó le son saqueados el piso y la tienda al menor descuido. Mil fusiles necesita Barcelona para mera seguridad material de sus vecinos. Cien años atrás no los necesitaba Cataluña para la completa seguridad de todos sus habitantes. Bien dijo quien dijo, y fué en eso profeta sin pensarlo, que los males de la libertad con la misma libertad salen remediados. La libertad liberal que à tomas cada dia mayores se nos va dando en lo que va de siglo, ha puesto à España en situacion de necesitar mil fusiles sólo para la seguridad material de una de sus ciudades. Pero hé aqui que la misma libertad sale á remediar esos nuestros apuros enviándonos bonitamente dichos mil fusiles para nuestro sosiego y bienestar, sin perjuicio de que cada ciudadano se prevenga por su cuenta con algun otro cachivache por el estilo, si no le pareciesen aún suficientes para su seguridad individual esos medios morales que el Liberalismo próvido y protector proporciona para la seguridad pública. Satisfechos podemos estar, no hay duda, y quien en vista de eso no se consuele será porque no quiere, ó porque es reaccionario endurecido é inconvertible. Se destruyó el órden moral fundado en la sujecion de la sociedad à Dios y à su Iglesia; se dió suelta à toda pasion aviesa y á todo elemento corruptor; se permitió la propaganda infame del error y del vicio entre las clases todas del pobre pueblo, antes tan bueno, tan honrado, tan leal; se le han ido minando al edificio social sus más poderosos fundamentos, la fe, la moral, la conciencia; se le arrancaron con violenta sacudida los que eran sus más firmes apoyos, el convento

moralizador y el consolador monasterio; apenas y con mil trabas y entre mil humillaciones, abatida y despreciada se consiente hoy la parroquia, y hecho objeto de escarnio y befa universal es apenas tolerado el sacerdote; nada, absolutamente nada se hace años há para el órden verdadero; todo, absolutamente todo lo imaginable se hace para destruirlo, desde el espectáculo indigno que se consiente en el teatro, hasta el grabado infame que se tolera en el aparador; desde el discurso impío que se aplaude en el Parlamento ó en el Ateneo, hasta el chiste malvado que se autoriza en el periódico... en cambio, ya lo ven Vds., duermen tranquilos los hombres del dia, no se dan mal rato, ni dejan de concurrir noche alguna al casino ó al Liceo. Sin fe. sin moral, sin freno alguno superior, han encontrado que se puede vivir tan tranquila y holgadamente y aún comer y gozar y hacerse buenos cuartos. Algo se teme de vez en cuando, cierto es; siniestros rumores déjanse oir frecuentemente como si quisiese abrirse la tierra bajo nuestros piés; tal cual chispazo aparece en ocasiones que podria tomarse como revelador de escondidos volcanes, que en dos por tres amenazan estallar... sin embargo, es moda tomar estas cosas como aprensiones de neos y oscurantistas. ¡Paris está tranquilo: dormid en paz! como dicen allá en el melodrama. Mil fusiles va á enviar el Gobierno sólo para la seguridad pública de una localidad. Esprocedimiento conservador de pura raza. ¿A qué necesitamos ya Dios, Religion, costumbres, clero ni demás zarandajas de antaño? Fusiles ¿eh? Es verdad, así discurren siempre en visperas de tempestad las clases conservadoras. Sólo les encuentra Cosme una tacha á sus tranquilizadores raciocinios. El órden público tiene hoy por hoy la garantía de mil excelentes fusiles. Mas, díganme Vds., ¿y el dia en que el desórden público salga con la garantía de mil quinientos ó dos mil?

Marzo, 1877.

CIII.

Pio IX el ingrate.



enen el reino de Italia y sus famosos liberalisimos gobernantes estupendas salidas. ¿Saben Vds. lo que les ha ocurrido contestar á la magnifica alocucion de Pio IX que conocen ya nuestros lectores? Pues han dicho que era un rasgo

de ingratitud. Confieso francamente que, aun en medio de la indignacion, me dió risa la ocurrencia sin poderlo remediar.

Verdaderamente es el Papa un ingrato, y hace bien el Gobierno italiano en echárselo en cara. ¡Figúrese V. si hay ingratitud comparable à esa del Pontífice cautivo! Le han quitado lo suyo; le están demoliendo à su vista las iglesias y conventos; à todas horas ruge al pié de su cárcel la ira demagógica, que sólo necesita dar un paso más para apoderarse de su último asilo; en pleno Parlamento se le ha insultado hace pocos dias, escupido, abofeteado, pisoteado; una ley ó cosa asi se acaba de votar à propuesta del Ministerio, segun la cual se pueden hoy dia renovar legalmente en Roma las persecuciones de Neron y de Juliano. ¿Y todavía no está contento el bendito Anciano? ¡Y osa quejarse! ¡Y se atreve à llorar sus males ante la Europa entera! Verdaderamente es ingratitud como ella sola.

Fuera enhorabuena agradecido y hablara bien de Su Majestad italiana y de sus ministros, y pusiera á las nubes el celo de esos amigos de la Religion que se llaman Mancini y Nicotera, y propusiéralos por modelos á los Gobiernos del dia, y aun, aun mandara incoar proceso de beatificacion y eleváralos á la dignidad de los altares, como tienen los suyos san Fernando y san Eduardo y san Luis, reyes que allá en remotos tiempos gobernaron pueblos y merecieron este alto honor, y entonces quizá pagaria como es debido los favores

mil que tiene recibidos el ingrato de sus benévolos protectores. Y no venirse ahora con quejas y chillidos y lamentaciones, sólo porque le han invadido el país, y demolido ó saqueado sus casas religiosas, y arrebatado sus bibliotecas, y perseguido de muerte á sus leales amigos.

Supon, amigo lector, que eres no Papa, ni obispo, ni cura, ni sacristan, que entonces claro está que no hay razon que rece contigo, sino un simple mortal como los demás mortales que viven y pelechan en este valle de lágrimas, y andas por un camino y topas de repente con cualquier cuadrillita de liberales incautadores, que bonitamente y sin atropello alguno, por supuesto, con medios morales tan sólo, es decir, aplicandote al pecho un puñal ó a las sienes un trabuco, te desbalijan y descargan el equipaje, y te dejan limpios de polvo y paja los bolsillos, y se van ellos tan alegres y satisfechos con tu dinero á cuestas, y te quedas tú con el susto en el cuerpo y con el desconsuelo natural de quien ha visto lo suyo traspasado á manos ajenas por tan sencillo procedimiento. ¿No es verdad que lo procedente, lo regular, lo natural será poner un comunicado en los periódicos ensalzando la amabilidad de aquellos honrados anexionistas; apuntarte sus nombres en la cartera para proponerlos en un concurso de premios para la virtud; guardar la fecha en que tal sucedió como una de las felices y memorables en los anales de la familia; y por de pronto mandar cantar por el fausto suceso un regocijado Te Deum, en la primera iglesia que topares? ¿Y no será gran ingratitud que acudas á la policia, dés parte del caso á la guardia civil, publiques las señas de los amables desamortizadores de tu bolsa, ó te desahogues en llantos y quejas con tus amigos?

Pues bien. Hé aquí lo que le está pasando á Pio IX el ingrato, como sin duda le llamará la historia. Con delicadísimos medios morales, es decir, á cañonazo limpio fueron invadidos sus Estados; en Castelfidardo murió á manos del invasor la flor de sus heroicos defensores; en los muros de la ciudad papal abrió la artilleria piamontesa la famosa brecha que todos sabemos; desde entonces ni un dia ha cesado el brutal ultraje, ni un dia ha sido escuchada la voz mansa del bondadosisimo oprimido, ni un dia se han dejado de rea-

lizar osada y ferozmente nuevas iniquidades, nuevos atentados. Y á todo esto clama herido en el corazon el afligido Anciano, protesta, recuerda la justicia de su causa, suplica á sus hijos, como todo el mundo acaba de poder leer en la última alocucion. Hé aquí todo. Es verdaderamente un escándalo, una ingratitud. ¿No es cierto que merece bien el titulo de ingrato el gran Pio IX?

Marzo, 1877.

CIV.

Et pro perfidis judæis!

odo el furor y saña desplegados contra el Hombre-Dios en los dias memorables de su divina Pasion, que recuerda esta semana la Iglesia, es evidente que no tuvieron por objeto la simple persecucion y muerte de aquel extraordinario

Personaje que durante tres años trajera conmovida la Judea con sus obras portentosas. Ni el haber dado vista á los ciegos ó movimiento á los paralíticos, ni el haber resucitado muertos ó lanzado demonios, ni el haber multiplicado prodigiosamente el pan ó convertido el agua en vino hubieran parecido à los magistrados de la Judea hechos justiciables, si á todo eso no hubiese acompañado la predicación de una doctrina. De lo primero andaban llenas las historias de Israel: las maravillas obradas por Jesús hubiéranle merecido indudablemente el rango y la consideracion de los antiguos Profetas, si à eso se hubiese limitado el divino Taumaturgo. Pero las obras milagrosas no las realizaba el Salvador más que para autorizar su predicacion. Declaraba abiertamente que un nuevo símbolo iba á sustituir al antiguo, que no era más que profecía y preparacion del suyo. Audistis quia dictum est; Ego autem dico vobis; esta era la fórmula autoritativa de su enseñanza, por la cual declaraba caducada la ley de Moisés é inaugurado el Nuevo Testamento. El preso, pues, el azotado, el enclavado, más bien que el divino Predicador lo era el dogma divino que predicaba. Hubiérase perdonado á Aquel toda su gloria; temíase sólo la influencia de éste y el exclusivo predominio á que osaba aspirar en la conciencia individual y en la direccion de la sociedad.

Tomemos en cuenta esta circunstancia y vamos á otra de no menor significacion.

Muere Jesús; ó mejor, es puesta en cruz su doctrina no simplemente por un grupo de malvados à quienes incomoda, sino por una sociedad entera que por malicia en parte, y en parte por ceguedad la rechaza. Todas las autoridades de Jerusalen aparecen no ya sólo cómplices, sino activas iniciadoras de la acusacion y subsiguiente sentencia. Y hasta el pueblo, la multitud que en su buen sentido se habia antes manisestado simpática à la ilustre Victima, le vuelve luego las espaldas, y añade al proceso urdido en los conciliábulos de Anás y Caifás, y oficialmente aprobado en casa de Pilatos, la fuerza de su sancion dada por universal sufragio desde la plaza pública. De suerte que si la muerte de Jesús no sólo es un atentado contra la persona, sino más bien contra la doctrina, este atentado no es tan sólo obra de la maldad de un hombre ó de algunos, sino de la maldad y ceguedad de todo un pueblo. Es verdaderamente un crimen social.

Ahora bien. Que se cometa el atentado contra la persona como personificacion de la doctrina, ó se embista fieramente contra esta doctrina porque se ha puesto ya fuera del alcance de la persecucion la persona de su autor, cosa es que modifica muy poco la naturaleza intrinseca, formal y esencial del atentado. Del mismo modo, que sea una sociedad judaica ó pagana la que se levante contra la verdad para sacudirla de si cual yugo ominoso, ó que sea una sociedad cristiana, amamantada á los pechos del Catolicismo, diferencia es que no hace más que añadir à esta última mayores grados de responsabilidad. Finalmente: que para la destruccion de la verdad se crea como creyeron los de Jerusalen más expedito y legal clavar á su Predicador en un palo, ó se juzgue como hoy más de buen gusto proscribirla á ella misma del organismo social, poniéndose en todo de parte de sus enemigos, rodeándola de barreras y dificultades, procurando (en cuanto quepa) imposibilitar, anular, ó por lo menos contrarestar su poderosa influencia, que es lo que hacen por regla general los Estados modernos, es mera cuestion de procedimiento, es sólo la aplicacion de la muerte civil en vez de la muerte fisica, es simplemente la persecucion sin la odiosidad del derramamiento de sangre.

Diganos, ahora, quien conozca algo el mundo en que vi-

vimos y los tiempos dolorosisimos que atrevesamos, gestamos hoy en la Europa cristiana ó en la judaica Jerusalen? ¿Son acá los hijos de los Apóstoles, de los Mártires y de los Papas los que legislan y dirigen la cosa pública, y hablan en nuestros Parlamentos y escriben en nuestros periódicos, ó son Anas, Caifas, Herodes y los individuos del viejo Sanedrin? ¿Lleva ya diez y ocho siglos de fecha la historia de Cristo personificado en su doctrina é Iglesia, ó nos hallamos todavía en la primera página de ella? ¿No es el mismo el objeto de todos los rencores? ¿No es idéntico el pretexto para todos los atropellos? Salvas las diferencias de mera forma, no es igual el éxito definitivo á que se aspira? No se pretende, hoy como entonces, la proscripcion de Cristo y de su doctrina como elemento social? ¿No se declara ya abiertamente que lo único de que se trata es la reivindicacion de los fueros del pensamiento libre, en oposicion al real señorío que sobre él tiene de derecho la verdad revelada personificada en la Iglesia católica? ¿Qué caracteres esenciales distinguen, pues, al judaismo, que en un dia de ciego despecho asesinó hace diez y ocho siglos al Salvador en la cima del Calvario, de la moderna politica, que en nuestros dias fria y acompasadamente trabaja para extirpar del mundo social la influencia de la Redencion? ¿No se está cometiendo aquí, como alli, el más inicuo deicidio?

¡Ah! es verdad. Calvario es hoy dia la sociedad entera para el Salvador, verdugos en su generalidad los modernos Estados, cómplices en grados mayor ó menor como en Jerusalen casi todas las clases sociales. Muchos con claro y cabal conocimiento de su maldad; no pocos ciegos y seducidos como aquellos desdichados, á quienes la astucia farisáica persuadió gritasen contra Jesús y en favor de Barrabás.

Mañana, pues; mañana, cuando la Iglesia por boca de su ministro dirija al pié de la santa Cruz aquella plegaria sublime en la que no son olvidados ni los pérfidos judios, en que se pide à Dios quite de sus ojos la venda que les impide reconocer por su Señor à Jesucristo, acordémonos, ¡oh! sí, de los ciegos de hoy que, como en Jerusalen, son todavía más que ellos malvados; acordémonos de este judaísmo moderno (por mal nombre llamado Liberalismo), que reproduce tan al

vivo en nuestros parlamentos, gabinetes diplomáticos y consejos gubernamentales y en nuestra plaza pública el lenguaje, los procedimientos, las tramas maquiavélicas de la antigua sinagoga. ¡Roguemos por los deicidas de hoy, así por
los seductores como por los seducidos, á fin de que se vea
confundida en unos tanta maldad y alumbrada en otros tan
incomprensible ceguera! ¡Pidamos acabe luego esa hora tristísima de tinieblas y de Calvario, y brille esplendorosa para
el atribulado Catolicismo la tan suspirada del triunfo y de la
resurreccion!

Semana Santa, 1877.

CV.

Servir á dos señores.



o hay cosa más dificil, y, ¡oh rareza! no hay, á pesar de esto, cosa más comun.

Y cuenta que previendo ya el Salvador que habia de ser ése achaque cotidiano y como enfermedad crónica de ciertos católicos, no se le

olvidó hablar muy alto y muy claro de este asunto en su divino Evangelio.

Y, sin embargo, dale que dale, la picara humanidad terca siempre en su manía de buscar equilibrios é hilvanar transacciones, à fin de poder estar siempre con un pié en la verdad y otro en el error, y evitar siempre à todo trance el tener que decidirse por los términos claros, precisos y francamente deslindados.

Preciso es, empero, consesar que si en todos tiempos sué ésa enfermedad conocida, hoy ha adquirido por nuestra desgracia el carácter de verdadera y general epidemia.

Vean, si no, cuál es el arduo problema que se les ha antojado resolver tiempo há á una porcion de nuestros hermanos.

Es el siguiente: dados dos elementos esencialmente incompatibles, inconciliables, contradictorios, hallar una fórmula que los haga vivir en perfecta armonía y aun confundirse, identificarse.

Más claro. Dado el carácter esencialmente anti-católico y perfectamente racionalista de lo que se conoce en la historia moderna con el nombre de *Revolucion*, y dado el carácter esencialmente anti-revolucionario y anti-racionalista de lo que se conoce con el nombre de *Catolicismo*, hallar el medio de que la Revolucion, sin dejar de ser tal, sea en cierto modo católica; ó de que el Catolicismo, sin perder un ápice de sus notas esenciales, sea en cierto modo revolucionario.

Y à pesar de que la Revolucion dice à todas horas, sin rodeos, que su empeño es acabar con el Catolicismo, y á pesar de que el Catolicismo anda repitiendo à todo el que le quiere oir, que él nada puede tener de comun con la Revolucion, obstínase gran número de católicos, ó que creen serlo, en que, si señor, han de vivir estrechamente abrazados los que sólo nacieron para ser perpetua y mortalmente enemigos.

¡Vano empeño! ¡Inútil afan! Las fórmulas, por elásticas y acomodaticias que se discurran, no sirven para obtener el consabido arreglo.

No nos cansarémos de repetirlo, disguste ó no disguste á los blandos, condescendientes y en todo acomodaticios.¡Nadie puede servir à dos señores! No se puede servir à Dios amando lo que el Papa ha condenado; ni se puede servir à la Revolucion siguiendo todavia lo que ella detesta. No, amigos mios, no es posible conciliacion ni avenencia entre lo que es de suyo incompatible.

A ratos compadezco vuestra suerte, porque, francamente, es bien digna de compasion. Aunque el instinto de la comodidad personal sea el que os aconseje buscar en todo tan sútiles equilibrios, creedme, nada gana vuestra personal comodidad en seguir las inspiraciones de tan ruin consejero. La situacion del que busca un equilibrio fuera de sólidas bases y gracias tan sólo al diestro manejo del balancin, dista mucho de ser cómoda, y al fin, si mucho ha de durar, viene á hacerse insostenible.

Claro, claro. ¡Criados de dos señores! A los ojos del católico no pasaréis por católicos, sino por revolucionarios; á los ojos del revolucionario no pasaréis por revolucionarios, sino por católicos. Para ambos seréis sospechosos, para ambos despreciables.

Sin valor para profesar abiertamente principios fijos; sin altivez para desafiar en buena lid la ira de quien profese los contrarios; dispuestos siempre á sostener un pro que no se aleje mucho del contra, y un contra que no se aparte mucho del pro; en el gigantesco combate que divide hoy al mundo, no teneis puesto de honor, sino puesto de conveniencia.

¡Decidios! En el tribunal de Dios, á derecha é izquierda

del supremo Juez de vivos y muertos no se conocerán más que dos grupos, como tampoco los hay ya en realidad en la presente vida. El de los ambiguos está ya juzgado por Cristo-Dios en aquella tremenda sentencia: «¡Quién no está conmigo, está contra Mí!»

Y aun por lo que acá toca, el deslinde va haciéndose tambien con rapidez que espanta y al propio tiempo consuela.

La gente revolucionaria anda cada dia más radical y al grano; el pueblo católico, por su parte, va viendo claro por fin en una porcion de cosas en que vosotros, amigables componedores, le habíais acostumbrado tiempo há á que viese poco y muy turbio.

Ved el furor y la satánica fiereza de unos: ved el fervor y cristiana serenidad y glorioso alarde de la fe de otros. Os asombra el espectáculo actual, os haceis cruces contemplando el despertar de los pueblos católicos, firmemente decididos á cantar ya muy alto y muy recio lo que son y lo que no son, lo que aman y lo que aborrecen. Es el principio de la universal separacion de campos; es la aurora del dia lúcido de la verdad y del desengaño á que van conduciéndonos insensiblemente los acontecimientos; es el fin, ¡loado sea Dios! de esa horrible mezcolanza y confusion de principios, de cosas y de personas, merced à la cual ha podido años há hacer de las suvas el infierno en esta tierra de fe, en que ni un dia solo hubieran dejado vivir sus nobles hijos á la Revolucion enemiga de Dios, à habérseles presentado ésta franca y desenmascarada. Todo lo que aqui ha pasado, obra es de aquellos buenos componedores, cuya funesta constelacion, llamémosla así, va pasando al fin.

Con que, ¡ea, amigos mios, los del género comun de dos! ¡al vado ó á la puente! Que en cuanto á lo de servir como hasta hoy á dos señores va haciéndose ¿no es verdad? dificilillo.

Mayo, 1877.

CVI.

Gato con guantes.



TUDIANDO detenidamente la historia de Europa de un siglo acá, se observa que la Revolucion ha seguido y viene siguiendo idéntica marcha con respecto al Catolicismo en todos los países que ha querido dominar. Viendo en él, por de-

cirlo así instintivamente, su natural, ó, por mejor decir, su único enemigo, el primer movimiento, la tendencia que llamarémos irreflexiva de la Revolucion, ha sido siempre acometer á sangre y á fuego á su rival. Recuérdese como se inauguró el período revolucionario en Francia, Italia y España. Poco despues á la ciega pasion y al furioso arrebato han sucedido el cálculo, la trama pérfidamente urdida, los que un conocido revolucionario llamó medios morales. No ha variado el propósito, varió simplemente el procedimiento. Y estas alternativas de persecucion franca y ruda, y de persecucion artera y solapada, constituyen casi por completo la historia de los tiempos modernos.

La razon de esto es muy sencilla. El Catolicismo es á primera vista para todos sus adversarios débil obstáculo comparado con el empuje y poderoso valer de las ideas revolucionarias. Han, pues, creido de buena fe que acabarian con él unos cuantos decretos de exterminio contra sus cosas y personas. Mas la ilusion ha durado poco, y al ver claramente los sectarios que la verdad no sólo se sostenia, sino que ganaba muchas veces con las violentas sacudidas, han conocido no ser las armas más oportunas las de la guerra, y han acudido á las que, si no pareciese contradictoria la frase, llamariamos armas de paz. Más claro. Visto que no se puede dar de frente contra el Catolicismo, so pena de sacar del lance la propia cabeza rota dejándole á él más firme y arraigado, buscar el medio de socavar sus cimientos, minándole disimuladamen-

T. v.-29

te el terreno, interin se le está llenando en apariencia de caricias y agasajos.

La demagogia, como menos ilustrada y más irreflexiva, optó por el primer sistema, y salió siempre de él con las manos en la cabeza.

El doctrinarismo, más sabio y por ende más prudente, siguió el segundo, y doloroso es tener que confesar que no le han salido fallidas del todo las cuentas.

La primera tuvo guillotinas, incendios, degüellos en masa, proscripcion brutal y arbitraria; pero al horror de aquellas tremendas catástrofes se templaron mil pechos esforzados. La sangre del mártir, las ruinas del templo, eran escuela de una nueva generacion que al menos aprendia á ver claro en aquellos lúgubres dramas, y á conocer por enemigos á los que realmente lo eran.

El segundo tuvo la enseñanza oficial impia, para corromper las inteligencias: el periodismo volteriano ó simplemente equilibrista, para apagar lentamente toda creencia, todo entusiasmo en los corazones; mano de hierro, aunque disimulada bajo suavísimo guante, para ahogar el grito de la Iglesia de Dios, si algun dia quiso ésta levantarlo en son de protesta; trabas mil de todo género para entorpecer las obras católicas, desde la fundacion de un convento de frailes ó de monjas hasta la organizacion, muchas veces, de una simple escuela dominical.

Aquí está el verdadero peligro, aquí el secreto de la diplomacia satánica en su más genuina y legitima expresion.

Hacer el mal con capa de bien; obligar en cierto modo á los pueblos á que traguen el veneno creyéndolo buenamente alimento sano; hundir en el corazon de la víctima el puñal, mientras se aparenta estrecharla en fraternal abrazo.

¡El guante! ¡el guante! ¡Oh! si pudiésemos quitarle à la Revolucion el guante blanco con que se cubre y se nos vende por decente y bien educada, la tendriamos irremediablemente vencida.

«Gato con guantes—no coge ratones,» dice un refran de nuestro país, que en esto no tiene pizca ni miaja de razon. Aquí el gato coge no sólo ratones, sino conciencias católicas, no á pesar de los guantes, sino precisamente por presentarse muy curiosamente enguantado.

Obra de gran caridad es, pues, mostrarles á los pueblos las uñas del gato á través de su delicado guante, y enseñarle á sacar por conclusion la siguiente, que para todo hombre de recto criterio es ya axioma de indisputable verdad: «De todas las situaciones revolucionarias, la situacion conservadora es la peor y la más peligrosa, por lo mismo que es la que con más primor sabe esconder las uñas bajo los guantes.»

¡Oh! ¡cuántas y cuántas aplicaciones nacen de esta sencilla fórmula! Curiosa fuera una enumeracion de los cien y un pares de guantes que desde su origen hasta hoy ha venido usando la Revolucion española para cubrir sus uñas. Larga por demás seria la reseña, y dado que nos permitiesen las circunstancias hacerla con toda libertad, seria todavía más propia de un libro que de un artículo. Veriamos entonces como todos los triunfos de la Revolucion en España, donde ni un paso hubiera aquella podido dar hace sesenta años á ser clara y paladinamente conocida por tal, se han debido sencillamente á la cortesía, al tacto prudente, al procedimiento fino y conservador con que ha ido inoculando el maléfico virus. Guantes, cuestion de guantes y nada más.

¡Maldito guante conservador, bajo el cual tan lista y aprovechada anduvo hasta aquí y anda aún hoy, por nuestros pecados, la garra de la fiera! Siquiera á la altura á que han llegado nuestros desastres, aprendiésemos por fin los católicos á conocerla esa mano enguantada, y detestarla y rechazarla como á nuestro peor enemigo!

Agosto, 1877.

CVII.

Picardias ultramoutanas.



tanto de lo que pasa? ¿No están Vds. al tanto de lo que pasa? ¿No han por lo menos sospechado Vds. la intriga y jugarreta de que han sido víctimas, como quien no dice nada, tres años há, todos los católicos del mundo?

¿Habrá que dejarlos á todos por cándidos y bobalicones á merced del astuto ultramontanismo que les hace comulgar cada dia con nuevas ruedas de molino? Merecido se lo tienen Vds., y no seré yo quien sepa tenerles pizca de compasion.

Pero ¿de veras no están Vds. enterados? ¿Será necesario que se les pongan cada dia á los hocicos periódicos liberales, para que acaben de desasnarse y adquieran al menos así, á fuerza de lectura liberal, un tantico de ilustracion que los saque del limbo oscurantista en que viven sumidos?

Cosme no está hoy de bromas, ni tiene para qué gastarlas con sus amigos de siempre los lectores de El Correo catalan. Cosme es hombre formal, y rabia y patea y echa espumarajos de cólera cuando ve á los suyos explotados por la malignidad ultramontana, que tienen razon al fin los revolucionarios! no teme á Dios ni quiere bien á los pueblos. Cosme desde su pacífico retiro, al calor de los treinta y cinco grados con que nos regala y trae divertidos la estacion, ha dado un salto al saber la novedad y ha dicho para su vetusto leviton: «Pues, señor, la hora llegó de hablar recio, y de no ser ya uno víctima ó instrumento de inicuas sofisticaciones y escamoteos. Hablemos de una vez, y caiga quien caiga, que al fin la verdad es Dios.» Sí, lectores mios, por doloroso que le sea á uno cantar de plano la palinodia y confesar que, ya que no engañador, fué por lo menos hasta aquí miserablemente engañado. Cosme os lo declara, Cosme humildemente os lo confiesa; habeis sido todos vosotros y él, él juntamente con vosotros, vil y vergonzosamente explotados. El ultramontanismo, la teocracia, os han venido dando sencillamente papilla tres años seguidos por lo menos; os han engatusado de lo lindo; os han vendido, como se dice, gato por liebre, y aún hoy seguiríamos todos envueltos en la negra red clerical si por un rasgo de penetracion revolucionaria no hubiese sonado finalmente el Fiat lux que ha puesto término á tantos tapujos y misterios. Ha llegado el dia...

- ¿Acabarémos, señor, con los exordios y preámbulos? ¿O es que sois vos quien trata de acabar con nuestra paciencia? Hablad claro, por Dios; que estamos con el alma en un hilo. ¡Basta de bromas!
- ¿Bromas dijísteis? Sí, cabalito, amen; ¡para tafetanes está la Magdalena y para bromas el hijo de mi madre! Bonitos andamos para bromear los católicos del dia, segun la que nos pasa. Siete estados bajo tierra hemos de desear hundirnos de pura confusion y vergüenza los que del susto quedemos con vida. ¿Bromas, habeis dicho? Ya os lo dirán luego muy de veras...
- —¿Con qué no hay medio de salir de exclamaciones y aspavientos? ¿Con qué se ha de ir todo en ponderaciones y puntos suspensivos y pólvora en salvas? Idos, pues, con Dios, y guardaos vuestro secreto.
- Impaciente estais, por vida vuestra, y mucho os saca de quicios la curiosidad. Calma, calma, que no están para priesas esos tiempos calurosos. Vamos al caso. ¿Habréis oido hablar de Pio IX?
 - -¡Vaya en gracia la salida! No seais porra.
- Digo, pues, que habréis oido seguramente hablar de Pio IX, y tal vez habréis hecho vuestro viajecito de peregrino á Roma para verle, y habréis escuchado ó leído por lo menos con interés sus alocuciones, y neo como sois, habréis enviado allá vuestras limosnas ó regalos, ó por lo menos rezado y comulgado y alumbrado el balcon por él en los últimos aniversarios. Sí, ¿eh?
 - Si, hombre, si, y à mucha honra. Pero, despachad.
- —Pues digo que habeis tocado el violon á grande orquesta y que sois un pobre infeliz. Porque ahora ha venido á sa-

berse que no hay tal Papa de ochenta y cinco años, ni vive ya Pio IX, ni le vimos los ocho mil que fuímos hace diez meses allá, ni los otros que han ido hace dos ó tres, ni habia para qué mandar limosnas, ni componer versos, ni cantar Te Deum, ni alborotar el cotarro. Leed ahí, ahí donde tengo el dedo en este periódico liberal, español por añadidura, lo cual es un consuelo pues muestra, gracias á Dios, que al menos no todos en España somos neos y mentecatos. Leed y asombraos de lo atrevido de la trama y de lo bestial y groseramente estúpido de los que hemos sido cogidos en ella. Leed y alabad á Dios, que al fin os ha puesto al cabo de los manejos y fazañas del pícaro ultramontanismo. Hé aquí lo que dicen, y en letras de molde y todo, periódicos como el que os presento.

«El Papa murió hace ya más de tres años; un individuo, hace ya mucho tiempo escogido y secuestrado por el difunto cardenal Antonelli, á causa de parecerse extraordinariamente á Pio IX, sustituyó á Mastai Ferretti. Este individuo no es ni siquiera sacerdote; pero está admirablemente enseñado á hacer las funciones del Papa, por lo cual se le da una inmensa retribucion; sin embargo, los Cardenales reciben todos los dones, las ofertas, el óbolo, etc., dirigido al Padre Santo.»

- ¡Hombre, realmente es cosa de quedarse uno como en Babia! ¡ Si andarán por medio los jesuitas!
- —¡Toma! Pues ¿no han de andar? Asi las gastan. El diablo son ellos. Fíese V. de promovedores de suscriciones y romerias, y de jesuítas y Cardenales y gentecilla de este jaez, que á lo mejor con sus tretas dejan al más chato con tres cuartas de narices.
- —¡Horror!¡Horror!¡Horror!¿De qué no serán capaces los que á tanto se atreven?¿Ha visto V.?¡Escamotear un Papa!¡Falsificar un Papa!¡Oh!¡Ah!¡Uh!
 - Lo que digo yo muy á menudo: ¡Aprended, pueblos!
- Teneis razon, y aún encaja mejor despues de la estupenda noticia del colega liberal: ¡Aprended, tontos!

Agosto, 1877.

CVIII.

:Manos á la obra:



o sabemos si les habra llamado la atencion á nuestros lectores, como á nosotros nos la llamó de un modo particular, la noticia inserta en una correspondencia de París uno de los últimos dias. Daba cuenta en ella el celosísimo y

católico corresponsal, de una obra que está fundándose en Francia, destinada à promover entre las clases ricas el uso cristiano de la riqueza y la propaganda del buen ejemplo para con las menos acomodadas. Convengamos en que nuestros vecinos católicos de allende el Pirineo muestran en la defensa de la fe y de las costumbres cristianas una actividad y sobre todo un buen sentido práctico que nunca serán suficientemente recomendados à nuestros compatricios. En aquella nacion, la más azotada por el huracan revolucionario, ha hecho brotar como por encanto el ardiente celo de los católicos, instituciones mil, en las que encuentra satisfaccion toda necesidad, y estimulo y consuelo todo corazon generoso. Con citar las obras de la Propagacion de la fe, de la Asociacion de san Francisco de Sales y la reciente de los Circulos católicos de obreros, puede quien las conozca tener idea aproximada de lo vivo y fervoroso del movimiento católico en aquella nacion de tan grandes defectos y de tan grandes cualidades. La que hoy se anuncia no cederá á aquellas en vigor é importancia, antes creemos fundadamente las aventajará, como á las demás necesidades aventaja en urgencia y gravedad, la gravísima y urgentísima que está llamada á satisfacer. Nosotros, que para nuestra querida España quisiéramos lo bueno de todos los países, sin tener en cuenta para nada su procedencia, estimamos oportunísima aquí la indicada Asociacion de nuestros hermanos franceses y nos atrevemos á proponerla y recomendarla, y esperamos verla tambien planteada.

Como de lo insinuado se desprende, la obra de que tratamos se dirige especialmente à las clases acomodadas. Una funesta preocupacion induce á muchos á creer que la gran accion de la propaganda católica se debe dirigir con preferencia à las clases que llamamos populares; error lamentabilísimo y nunca bastante combatido. Más necesidades hay en los salones que en las buardillas, y más miserias de este género se esconden bajo las levitas y vestidos de seda, que bajo las humildes chaquetas y las faldas de algodon. En España, como en todas partes, quien primero recibió la maléfica influencia impia y revolucionaria, fueron las clases altas, que por eso nos dijo un dia á este propósito el melifluo Castelar, «que las cumbres son lo primero que doran los rayos del sol.» ¡Bonito sol que tan á buenas noches nos va dejando! Las últimas en recibir la infeccion fueron las clases más numerosas; y hoy todavía la fe más viva, las obras más fervorosas, la mayor independencia del qué dirán, el celo mayor por la pureza de la doctrina, el desprendimiento y la abnegacion llevados al último límite, entre estas clases principalmente se encuentran. Ellas dieron el contingente mayor y más decidido á la gran romeria de Octubre pasado, y á las peregrinaciones de la última primavera: de ellas salen proporcionalmente las más abundantes limosnas para el Papa, y los que intervienen en la administracion de iglesias y casas de beneficencia saben qué parte tan gloriosa toma el donativo del pobre en los actos del culto y en las obras de caridad. No que neguemos la existencia de ricos piadosísimos, resueltos y dadivosos; no podríamos hacerlo sin manifiesta injuria: bendiga Dios á los que en medio de la corrupcion general se mantienen todavía fieles à las antiguas tradiciones de su fe y de su patria. Pero hemos de confesar ; ay! que son escasos en la colección estos nobilisimos ejemplares: hemos de reconocer, por doloroso que sea, que la impiedad, el desenfreno, las necesidades ficticias, el respeto humano han hecho y hacen entre las gentes acomodadas sus peores estragos, y que nunca fué más cierto que hoy, ni lleva trazas de salir más espantosamente confirmado, aquel Væ vobis divitibus del Evangelio.

Una Obra, pues, que tenga por objeto especial lo que podríamos llamar la cristianizacion de la riqueza que la Revolucion ha logrado casi por completo paganizar; una Obra que recuerde constantemente à los poderosos cuál es su mision sobre los pequeñuelos y la responsabilidad tremenda en que incurren ante Dios y ante la sociedad los que la descuidan; una Obra que sostenga ó restaure en la casa que se llama de buen tono las prácticas olvidadas del rezo en familia, de la limosna personal, de la asistencia pública à ciertos actos parroquiales, y otras y otras que por algunos se van considerando como propias únicamente de la clase artesana y trabajadora; una Obra así es hoy de urgente necesidad, y muy bien merecerán de Dios y de sus hermanos los ricos cristianos que tomen la iniciativa en su establecimiento.

En las localidades de menos vecindario fuera sobre todo de incalculable trascendencia. En ellas el influjo del propietario ó del fabricante ó del comerciante acaudalados es mucho más poderoso; en ellos sin quererlo y sin sentirlo va el pueblo modelando sus costumbres, sus ideas y sus sentimientos por lo que ve cada dia en la clase superior. ¿Cómo disuadiréis al trabajador de que vaya à la taberna que es su casino, si vos pasais toda la tarde en el casino que es vuestra taberna? ¿Cómo le exigiréis que hable decorosamente y sin inmundas interjecciones, si vuestro hablar es poco menos culto y esmerado que el suyo? ¿Cómo le infundiréis respeto á la autoridad, si vos empezais por no hacerle el caso debido á la de vuestro párroco? ¿Cómo querreis no os salga federal y socialista el colono, si os ve años hace en posesion de fincas sagradas del monasterio ó del hospital ó de la cofradia; es decir, de los pobres como él?

Basta por hoy. Tendrémos al corriente á nuestros amigos de lo que sobre el particular sepamos. Desde aqui le pedimos al celoso corresponsal de París nos vaya comunicando datos y noticias sobre el carácter, organizacion y progresos de la Obra en la vecina nacion. Hora es de trabajar y de que arrime cada cual su hombro á la tarea de la regeneracion social que necesitamos. Tiempos al parecer de demolicion nos

han tocado en suerte, hágalos nuestra actividad tiempos de reconstruccion. ¡Ay de quien pueda algo con su talento, con su dinero, con su influencia y con sus ejemplos, y se esté no obstante dormido y holgazan sin emplear ese algo en la obra de Dios! Manos, pues, á la obra.

Setiembre, 1877.

CIX.

¡Siga la broma!



onfieso á V. que no puedo en modo alguno avenirme ni hacer buenas migas con esos genios sombríos y malhumorados, que nada enencuentran á su gusto en el mundo político actual; buhos eternamente condenados á sus-

pirar y plañir, melancólicos Jeremias sin acabar de salirse nunca de su sempiterna lamentacion y monótono lloriqueo. Pues, á fe que no estoy de humor para llantos, y que empieza ya á cargarme tal sinrazon y apocamiento de espiritu.

Diganme sino, por vida de tal, los más quejumbrosos y doloridos: ¿es acaso por falta de libertad que atruenan los aires con sus ayes y elegías? No tienen más que salir á esas calles y plazas para convencerse de que no hay motivo alguno para llorar ausencias de tal Dulcinea. No que se grite hoy como años atrás ¡Guerra á Dios! que eso, ya lo comprenden Vds., no fuera prudente ni conservador; pero en cambio, guerra se le da por todos lados, desde el teatro en que se baila el can-can como en los más gloriosos dias de antaño, hasta el aparador donde se exhibe la obrilla impia y groseramente atea, como en los no menos famosos de Suñer, Diaz Quintero y Roberto Robert, y se muestran á quien quiera verlas, y hasta á quien no quiere, las más infames desnudeces ó las más impías caricaturas.

¡Que está amordazada la prensa! ¡Santos cielos! Pasion se necesita para estar ciego hasta tales extremos. Si lo dicen Vds. por tal ó cual periódico neo y oscurantista que de vez en cuando cae herido y se mama sus veinte ó treinta dias de suspension, no diré que no; pero al fin esta es canalla soez, sandia y mal educada, con la cual bien se puede prescindir de escrúpulos y contemplaciones. La culpa se la tienen ellos, que en vez de ultrajar diariamente á Dios,

al Papa y á los sanos principios sociales, en vez de ofrecer cada dia á sus lectores sabrosos pistos y ensaladas de curas y monjas, se entretienen ; bobos! en roerle sin cesar los zancajos al sistema liberal, único dogma que, por lo visto, goza aqui los fueros de sagrado, indiscutible é inviolable. Si prensa libre quieren, lean, lean la que nos aturde cada dia con nuevas blasfemias y obscenidades; la que vive de ladrar al clero y à la moral sin tregua ni reposo; la que no se cansa de azuzar á todas horas el jornal contra el capital; la que vierte cada sábado sobre las hermosas ciudades, villas y aldeas del Principado, en prosa y en verso, en jeroglifico y en caricatura, el veneno de la más, asquerosa satánica propaganda. Compren cualquiera de esos papeluchos diarios ó semanales con que se ilustra y civiliza al pueblo de nuestros campos y talleres, y diganme despues si hubo jamás época alguna en que con mayor holgura se practicase aquello tan sonado de la libre emision del pensamiento. ¡Y tan libre y tan desatada y tan en cueros, valgame Dios!

Pues, si de eso pasamos al órden que reina por todas partes, desafiamos al más prevenido á que nos pruebe que no es envidiable y dichosisima nuestra situacion. Es eso un paraíso terrenal, o no entiendo yo pizca en materia de paraísos. Tan garantida está la seguridad personal, que hace pocos dias, á un infeliz que se olvidó de que no estaba en Fez ni en Marruecos ni en el Congo donde son respetados los hábitos religiosos, sino en la Rambla de Barcelona, y se le hubo de antojar que un traje de fraile no era cosa prohibida aqui donde no lo son las insignias de franc-mason, se vió maltrecho y apedreado á la mitad del dia por cuatro perdidos, á las barbas de algunos centenares ó miles de individuos de órden público y de policía que mantiene, diz que para su sosiego, la egregia ciudad condal. Y cuenta que no es el ciudadano español enemigo de los frailes, ¿cómo lo habia de ser si sus recuerdos más simpáticos y más populares son aun los que conserva de los conventos? Pero es tal el órden que reina hoy en nuestras felices sociedades, que hace posibles en ciudades como Barcelona, escenas como las que acabamos de referir, á pesar de las excelentes cualidades y disposiciones de nuestro pueblo, cuya representacion toman pérfidamente unas cuantas docenas de sectarios de la impiedad.

¡Siga la broma, pues! Bueno anda el mundo, bueno, bueno, bueno, que dijo no sé dónde no sé quién. Al freir será el reir, y al fin se canta la gloria. Del «órden y libertad á lo conservador,» que hoy dia disfruta España, suelen salir de vez en cuando, si no mienten viejas historias, bromazos mayúsculos, que dejan en la memoria de todos recuerdo eterno por lo estrepitosos y divertidos. Cosme no es profeta, pero tampoco necesita serlo, para asegurar que de esos polvos que Vds. ven, pueden salir cualquier dia aquellos lodos que Vds. han visto otras veces, y de que hay ejemplo frecuente en los anales del mundo liberal.

Octubre, 1877.

CX.

Veamos y aprendamos.



sta visto. Esos benditos conservadores andan dejados de la mano de Dios, y trazas llevan de dejar muy atrás en ciertos rasgos de talento, à aquellos antiguos progresistas, sus gloriosísimos ascendientes.

Hubo de ocurrirle dias atrás á un pobre diablo alquilarse para el mal oficio de protestante, cobrándose para eso doscientos reales mensuales en legítimo oro inglés, y negábase por ende (es decir, por los doscientos de cada mes) á permitir fuesen bautizadas, á pesar de las súplicas de la madre y del parroco, dos hijitas, que ninguna culpa tenian en que su padre les vendiese ya en tan tierna edad su alma á Satanás. Rindióse por fin á tantas instancias el luterano alquilon, y verificóse el bautizo de las niñas con júbilo de todos. Pero nuestro señor ministro de la Gobernacion, á quien en achaques de libertad de conciencia debe de pasar lo que à D. Quijote con su Dulcinea, crevó con eso atacada la sin par hermosura de la sobredicha dama de sus pensamientos, y pluma (ya que no lanza) en ristre espeta à la posteridad aquel memorable documento, en el cual, en virtud de la libertad de conciencia, se acaba por declarar que obraron mal un párroco, un alcalde y una madre en aconsejar y persuadir à un infeliz no privase á sus hijas del Bautismo, enderezándole además al citado cura párroco una homilia espiritual, que mal año para cuantas nos han dejado los santos Padres. Porque, eso si: el demonio son esos liberales: en metiéndose á predicadores, podrian, como decia Sancho, tomarse un púlpito en cada mano, y dejar estupefactos á los nacidos. Pero en fin, sea de eso lo que fuere, quedó legalmente resuelto, que pues hay en España libertad ó tolerancia de cultos (que eso aún no se ha deslindado bien), puede un inglés persuadirme, con el argumento de diez duros mensuales, á que le venda el alma de mis hijas; en cambio no pueden el alcalde, ni el juez de paz, ni el cura de la parroquia persuadirme con buenas razones à que las haga hijas de Jesucristo por medio del primero de sus santos Sacramentos.

Mas esto pasó y quedó luego olvidado, cuando el diablo, que no duerme, puso sobre el tapete otra cuestion, que es la de que quise ocuparme principalmente en este artículo. Pertenece tambien al problema de cómo ha de entenderse en España la libertad religiosa; problema que, ó mucho me he de equivocar, ó les ha de dar pésimos ratos à los mismos que en mal hora lo plantearon. Es el de los profesores espiritistas de Lérida, que tras mucha discusion y cabildeo, se acaba uno de estos dias de resolver.

· Pagados con dinero de católicos, destinados á pueblo católico, y encargados de la educacion de hijos de católicos, esos infelices sectarios creveron lícito y honrado dar à sus educandos gato por liebre, y enseñarles espiritismo bobo en vez de primeras letras y catecismo católico que les debian enseñar. Reclamó quien debia, y pasó la cosa á manos del Gobierno. ¡Aqui de los apuros!¡Dios de Israel!¡Qué angustias y trasudores! ¡Qué juntas y dictámenes! ¡Qué discurrir hábiles explicaciones sobre si el Espiritismo es ó no secta formal, ó simplemente supersticion de viejas, y si por lo mismo se han colocado ó no realmente fuera del Catolicismo los consabidos discípulos de Allan-Kardec! Salió por fin el informe de no sé qué Consejo, y segun él dió su corte à la cuestion el Gobierno. Es digno de eterna memoria el fallo, que en adelante deberá formar quizá jurisprudencia sobre este punto. Los maestros espiritistas, segun él, serán trasladados à otras provincias. Voila tout. Si, señor: se reconoce que son animales venenosos, vamos al decir; pero debe creerse de ellos lo que de la tarántula y otros bichos, que al decir de los naturalistas, matan en ciertos climas y en otros no. A primera vista parece que no debia imponerse traslado penal á tales funcionarios si obraron bien; ó debia privarseles de su empleo si de él se valian para la propaganda del mal. Así hubiera discurrido un juicio desapasionado; así hubiera puesto el dilema quien no fuese liberal conservador. Este suele entender la lógica de otro modo. El caso de Lérida se resolvió, pues, por el mismo criterio progresista que el de Iznatoraf. No lo hubieran hecho de un modo más típico los inolvidables del bienio. No le falta á la situacion de hoy para estar en carácter, más que el himno de Riego y el kepis de miliciano nacional.

Aunque, discurriéndolo con más calma y bromas aparte, hallole yo al caso una explicacion que por lo grave y trascendental no quisiera decirsela à mis lectores más que al oído, y aun así tendria quiza sus inconvenientes tal confianza. Recuerdan aquella famosisima y terrible mano oculta que durante los primeros dias de la setembrina se les metia en todas partes á los héroes de la Revolucion, y no les dejaba dar pié con bola en asunto que manejasen? Pues, esta misma debe de andar por ahí en los negocios políticos de hoy, si no mienten señas, segun son colosales las pifias que les escapan cada dia á nuestros gobernantes. Yo por lo menos, sospecho que si el reaccionario más ladino hubiese querido idear un medio con que poner al descubierto lo que son en su verdadero ser los hombres de hoy, no le hubiera ocurrido, ni era posible le ocurriese otro mejor que el que ellos mismos han ideado. El caso de Iznatoraf y el de Lérida valen ellos solos por la mejor campaña del mejor diputado ultramontano. No echemos de menos, no, á los católicos elocuentes que años atrás sacaban á la verguenza en las discusiones del Parlamento las ignominias de la Revolucion. Ella habla alto y claro de si propia y contra si propia, sin necesidad de que le arranquen à pedazos la máscara nuevos Donosos ó Aparisis ó Nocedales. En adelante no pueden ser engañados ya por ella más que los ciegos, ó que deseen parecerlo por pura conveniencia. El traje católico con que hasta hoy quiso presentarse vestida la secta, se le rompe por todos lados, y por ellos asoma y rebosa el ateísmo brutal que constituye su fondo y su esencia. Me equivocaba y rectifico. No es la mano oculta la que obra esas maravillas, para que al fin veamos y aprendamos los católicos todos, aun los que hasta hoy no vieron ni aprendieron. No es la mano oculta la que descorre esos velos y arranca esos disfraces. Es la mano de Dios.

Diciembre, 1877.

CXI.

Achaques catélico-liberales.



entre otras mil cosas deliciosas un deliciosísimo corresponsal. Es, por si Vds. no lo han reparado, el que desde Roma cuida de enterarnos semanalmente de todo lo relativo al Papa

y á sus amigos y enemigos, pero con tal destreza y habilidad y comedimiento, que es cosa de alabar á Dios ver cuán admirablemente va sorteando todas las dificultades y malos pasos de su picaro oficio de periodista al uso.

Porque el tal señor (cuyas correspondencias ven al mismo tiempo la luz pública en el diario de Madrid La Epoca y en el citado colega de Barcelona, lo cual es ya por sí solo un dato muy significativo), el tal señor, repito, anda tan cuidadoso en referirnos todo lo que acontece y se dice en el palacio y corte de los enemigos de Pio IX, que sin temor de equivocarse se podria asegurar ser él personaje muy metido en aquellos estrados, y hasta acreditado en ellos con verdadero carácter oficial. Y no sólo refiere al dedillo todo cuanto alli pasa, sino que lo comenta con amor, con fruicion, con celo esquisito, con verdadero interés de amigo que tiene alli sus más caras y entrañables aficiones.

Que habla tambien de Pio IX, ¿quién lo duda? Del Vaticano habla tambien como de la otra casa, y aunque de los secretos de aquel no suele mostrarse tan bien enterado como
de los de ésta, al fin todo se compone con dar en tono de
revelaciones importantes y preciosas las mismas, mismisimas
noticias que publica sin aparato alguno la prensa católica
de la ciudad eterna, cuidando tan sólo de modificarlas y atenuarlas, á fin de que armonicen siempre con las tintas generales del cuadro ambiguo y atornasolado que se propone dar
á sus lectores. ¿Quieren Vds. algunos rasgos del último que

acaba de publicar? Pues ahí los tienen recortados de un número de la última semana.

Dice así, entre otras lindezas:

«Las relaciones entre el Ouirinal v el Vaticano tienen sus alternativas, hijas de las dificultades naturales de la situacion-(¡qué blando, qué melifluo el modo de caracterizar la situacion entre el augusto oprimido y el italiano opresor!)— Es positivo que el jóven rey envió al general de Sonnaz para decir á Pio IX cuán agradecido estaba á los consuelos que derramó sobre las últimas horas de su padre—(falso, porque consta cierto que al enviado pontificio no se le permitió entrar en la cámara del moribundo con haberlo pedido tres veces),-á quien excederia en los sentimientos de afecto y en las consideraciones personales—(personales ¿eh? tambien se las tiene el gran Turco) - hácia el Padre Santo. Es verdad tambien que se quiso-(¿quién quiso? no quiso Pio IX, que en este caso poco hubieran valido las dificultades del Cabildo. Debieran de querer los amigos del corresponsal, y de este modo no es fácil quisiesen Pio IX ni los Canónigos)celebrar grandes exequias á Victor Manuel en San Juan de Letran, que se aplazaron por dificultades del Capitulo de esta Basilica, fundándose en las grandes obras que allí se realizan. Despues ha venido por parte de la Santa Sede la protesta natural hecha cerca de los embajadores de las potencias acreditados en el Vaticano contra el título de rey de Italia, tomado por Humberto I, y opuesto á los derechos del Pontífice. Pero como Italia ha sido reconocida por toda Europa, este acto de pura forma-(¿con qué la palabra solemne que sale de los labios del Vicario de Cristo, reivindicando sus derechos apoyados con todo el peso de la excomunion mayor, es al fin «pura forma?» ¡Desgraciado católico-liberal!) -no puede tener por ahora otras consecuencias. La reina Pia ha querido ver á su padrino; pero el cardenal Simeoni ha dicho al conde de Thomar, embajador de Portugal, que no podria verlo mientras estuviese en el Quirinal, y ha propuesto que de regreso de una corta excursion á Nápoles se apease en la embajada portuguesa cerca de la Santa Sede y desde ella pasase al Vaticano. La publicidad dada á esta solucion la hace casi imposible. Tambien empiezan à agriarse las re-

laciones entre la sociedad «blanca y negra»—(el corresponsal se abstiene cuidadosamente de decirnos si pertenece él à la blanca ó á la negra, es decir, á la fiel al oprimido, ó á la adicta al opresor. ¿Se puede ser blanco y negro à la vez? aquí del circulo cuadrado)-con motivo de que ésta, que no ha tomado luto por la muerte de Victor Manuel, ha abierto sus salones à bailes y fiestas, y ya ayer, el Fanfulla, que es el Figaro de Roma, censura abiertamente la dada por los principes de Altieri, diciendo que cuando en casa del vecino hay una desgracia, se hace callar á los instrumentos, siendo seguro que la corte de Italia habria llevado gran luto por la muerte de Pio IX. Pio IX lo lleva de seguro en su corazon. -(¿Y desde cuándo lleva Pio IX luto en el corazon? ¿Acaso sólo desde la muerte de su desdichado enemigo? ¿No lo Ileva años há por su derecho pisoteado, por su autoridad escarnecida, por sus religiosos dispersos, por sus iglesias demolidas, por sus rentas pias saqueadas? ¿Qué es la primera palabra de la Enciclica Luctuosis sino la expresion del «luto» más doloroso?)

«El Panteon se prepara asombrosamente para los funerales, en los que se cantará por voces de hombres solos la gran Misa de Cherubini. Pasado el primer mes de luto vendrá la Patti al Apolo.—(¡Te conozco, conservador liberal! Ese es tu luto, el luto que se consuela con los gorgeos de la histrionisa en el teatro de Apolo. No es este el luto de la Iglesia y de Pio IX. No es el nuestro).—Y buena falta hace para disipar el manto de tristeza—(hablas, por supuesto, de la tristeza de los amigos de los enemigos del Papa por la muerte del desdichado, tras cuvos funerales se necesita la Patti, para reanimar sus corazones abatidos. No nos causan gran compasion tristezas que tan alegremente se consuelan. No llorara así el mundo católico á Pio IX cuando lo arrebate de entre nosotros la muerte, ni llamarán sus hijos à la famosa ex-marquesa de Caux, para que les quite el abrumador peso de la tristeza que empieza á ser enojosa... al cabo de un mes)-que pesa sobre Roma, donde la mitad de las gentes que acuden al teatro van de luto.-X.»

Hé aquí el corresponsal por conducto de quien reciben la mitad de los católicos barceloneses todo cuanto saben acerca

el Papa y la actual situacion de la Iglesia. El Diario de Barcelona no ha encontrado, para que enterase á sus suscritores de lo que pasa allí entre Pio IX y sus enemigos, mejor testigo que ese cortesano de ambos que, para mejor guardar su equitativa imparcialidad entre la víctima y el verdugo, empieza por aposentarse en la casa de éste y declararse á todo trance su fiel partidario. ¡Pobres lectores del Diario de Barcelona si han de ir formando su criterio «católico» por las apreciaciones «católicas» que sobre los sucesos de la historia contemporánea les vaya suministrando su «católico» corresponsal de Roma, instalado en el campo usurpador!

Febrero, 1878.

CXII.

El luto liberal.



ucho esperábamos de la prensa liberal con motivo de la muerte del nunca bastantemente llorado Pio IX, pero... à la verdad, no esperábamos tanto. Nos ha cogido de sorpresa la explosion súbita de amor, admiracion y profundo

desconsuelo que muestran en todas sus columnas los periódicos de la secta. No acabamos de comprender como escritores que treinta años seguidos se consagraron cada dia à la innoble tarea de escupir à la victima augusta y glorificar à los verdugos de ella, rompen en tales llantos y lamentaciones hoy que la muerte implacable la roba à nuestro amor, es verdad, pero tambien à sus rencores. Queremos aliviar un tantico sus duelos à nuestros hermanos, los del periodismo liberal, que si es ley de caridad consolar al triste y desconsolado, nunca con más razon que hoy podemos emplearnos nosotros en tal obra de misericordia.

Vamos à ver, amigos del alma, ¿y por qué os ha de doler tanto en la vuestra la muerte de ese infeliz, que no era al fin más que el jefe público y autorizado de aquella odiosa bandera de la reaccion que tanto os trae mohinos y despavoridos? El poder temporal con todos sus atrasos y tiranías; el Concilio Vaticano con todas sus intransigencias é inoportunismos; el Syllabus con sus cien blasfemias contra la civilizacion moderna y sus famosas conquistas: todo eso que es el gran peligro de la moderna sociedad, que es su rémora, su sombrío bu, y tantas otras cosas que sacais à relucir todos los dias, todo eso es una sola cosa, tiene una sola personificacion, tendrá un solo nombre en la historia... Pio IX. El negro ultramontanismo, el picaro jesuitismo, la escuela nea con sus farisaicas exageraciones, de un solo aliento han vi-

vido hasta aquí, de un solo espíritu han venido animados: del de Pio IX. Esa feroz intransigencia que no distingue tiempos, ni se hace cargo de circunstancias, ni sabe amoldarse á las necesidades de la época que al excomulgado no sabe llamarle sino excomulgado, ni al usurpador le tiene más que por usurpador, ni á los cómplices más que por cómplices, ni á los del género comun de dos más que por ilusos ó traidores, la han enseñado al mundo el ejemplo y la palabra de Pio IX. Ese tenaz y terco Non possumus contra el cual habeis gastado durante los últimos años toda la tinta de vuestros tinteros y todo el veneno de vuestros corazones; ese Non possumus en el cual se han estrellado vuestros halagos y vuestras amenazas, vuestros artículos y vuestros discursos, vuestra diplomacia y vuestros ejércitos; ese Non possumus que ha sido (y será mucho tiempo aún) vuestra pesadilla; ese Non possumus, única levenda digna del pedestal que levantarán las generaciones á nuestro gran Pontífice; ese odiado, ese maldecido, ese en mil tonos ridiculizado Non possumus; ¿no os acordais? Es el Non possumus de Pio IX.

Os oigo citar en son de elogio su firme entereza. Y ¿contra quien mostró esa gran virtud sino contra vosotros, que fuisteis durante toda su vida sus insidiosos contradictores? Os veo pasmados de su invicta paciencia. La tuvo, es verdad; pero ¿en que la hizo brillar sino en sufrir vuestra ignominiosa persecucion? Leo los epítetos que prodigais á su suavisima mansedumbre. Túvola, es cierto; mas ¿cómo resplandeció tal virtud sino en contraste con vuestros insolentes y brutales atropellos? Gran piloto, se le ha visto agarrado al timon de la nave de Pedro; pero ¿cómo se mostró gran piloto sino con ocasion de las incesantes borrascas que por vuestra boca sopló el infierno para hacerle naufragar?

Magnificas verdades os arranca el fiero dolor, ó lo que sea, al pié de su tumba; entusiastas son vuestras alabanzas, y mucho os las debe de agradecer su alma angelical. Mas tambien debe de agradecerlo á vosotros si los ha merecido. Si, grande fué, pero porque vosotros le hicisteis tal con vuestras ruindades; invicto se llamará, porque no lográsteis vencerle con vuestras diabólicas artimañas; paciente y humilde de espíritu, porque pusísteis á prueba el suyo coronándole de es-

pinas; mártir sublime, porque le habeis sido toda su vida opresores y verdugos.

Callad, cesad en vuestros lamentos, no nos hagais pedazos el corazon con vuestros sollozos. Consolaos. Tranquila descansa vuestra víctima en el seno de Dios: la misericordia divina le arrancó por fin de vuestras asechanzas. Enjugad lágrimas; no tronará ya más contra vosotros desde la Cátedra de verdad; no le oiréis ya más llamar nefandas é inicuas á vuestras conciliaciones; no os aterrará ya ninguna otra vez llamándoos peores que los demonios de la Commune. No turbarán ya más el sueño de los tiranos sus valerosas protestas, ni crearán ya nuevos conflictos sus fanáticas intransigencias.

Quisimos una vez celebrar con públicos regocijos una de sus fechas gloriosas, y muchos de los que hoy tan tiernamente llorais rompisteis á pedradas nuestros cristales y faroles. Otro dia quisimos orar en público por él en piadosa y pacífica romeria, y aquel dia rompisteis à ladrillazos nuestras cabezas. Fuímos una vez al pié de su trono ocho mil españoles á consolarle y á ser por él consolados, y durante tres semanas os entretuvisteis casi todos, desde el más ligero de cascos al más conservador, en burlaros de él y de nosotros; y el más grave de vuestros periódicos ilustrados llegó à ponernos à nosotros y á él en infame caricatura.

Me da compasion, amigos mios, veros tan llorosos y apesadumbrados por la falta de Pio IX, cuando á la verdad ninguna os hará en adelante, como no sea para escupirle y abofetearle. A bien que luego os desquitaréis buenamente con el sucesor. Calmaos, y ahogad en el silencio y en la soledad vuestros gemidos, que temo va á decir el mundo despreocupado que ó no teneis memoria ó no teneis vergüenza. Y á fe, á fe, que fuera de sentir saliese á desentonar en ese lúgubre concierto de doloridos acentos alguna descompuesta carcajada de quien por no estar en el secreto tomase vuestros lutos y llantos por broma propia del tiempo, que al fin para algo estamos en Carnaval.

Con qué, vamos, amiguitos; sosiego y moderacion, y á distraerse algo con la Patti (que dijo el otro católico-liberal-conservador), ó por lo menos, á discurrir calumnias contra el

Conclave y artículos sobre sus intrigas, y procurad hacer inmortal al Papa futuro como le habeis hecho inmortal al que acaba de fallecer. Blasfemad, aullad contra él en vida, para poder luego desquitaros con imparciales y desinteresados panegíricos despues de la muerte. Así se hacen los héroes, si los ha de haber; á estacazo limpio.

Febrero, 1878.

CXIII.

¡Clares, clares!



RDUA tarea ha tomado sobre sus espaldas el Diario de Barcelona, empresa hercúlea, gigantesca y tiempo há descomunal. Trata el decano de la prensa liberal barcelonesa de convencerse y de convencernos de que entre el Pontificado, que

personifica hoy Leon XIII, y el llamado reino de Italia, que representa Humberto I, ha de haber tal concordia, union y armonia de voluntades, que ni el Papa recuerde para nada que el sobredicho Humberto es su injusto opresor y enemigo del Catolicismo, ni éste piense un momento en que el trono que ocupa no es suyo sino del Jefe de la Iglesia. El Papa ha dicho siempre lo mismo; mas al Diario no le parece bien el modo de pensar del Papa en esta cuestion. Ardua tarea, decimos; empresa gigantesca es, pues, la suya: y ahora, pensándolo mejor, nos ocurre llamarla satánica, que ese es su verdadero y apropiado adjetivo. Vamos á verlo.

Satanás es feo, repugnante, antipático, como el error y el mal, que son lo más feo que puede concebir el humano entendimiento. Tiene, pues, Satanás la peor cara del mundo para enamorar y con aquella, su propia y natural fisonomía claro está que no habia de encontrar quien bien le quisiese. Pero Satanás lo que tiene de feo y de malvado tiene tambien de travieso, que la condenacion merecida por su rebeldía no le quitó la naturaleza angélica perfectísima y sutil. Tiene, pues, el maldito, trazas mil para ocultar su horrible fealdad y disminuir en lo posible la natural repugnancia y antipatía que deben de causar sus obras al alma humana criada naturalmente para lo bello, lo bueno y lo verdadero. Nunca de consiguiente Satanás se presenta como es en sí, que entonces tuviera siempre perdido el pleito. Su arma principal es la máscara, la falsificacion, que por eso con tan profunda ver-

dad le llaman las Escrituras Padre de la mentira. Ahora bien. Hay mentiras de dos clases. Las hay burdas y de grosera urdimbre, en cuya trampa no caen sino los muy bobos y de menguados alcances. Las hay de fina y delicada labor, en que tropiezan y se enredan muchas veces hasta los más listos. Decirle al hombre sencillamente que lo bueno es malo ó que lo malo es bueno, que tal heroica virtud es un crimen horrible ó que tal crimen horrible es heroica virtud, es el género de mentira basto, ordinario y vulgar, que se usa alguna vez con éxito, pero que no daria resultados la mayor parte de los casos. Pero decir, por ejemplo, que aquello que es virtud, lo es, si, señor, mas que à pesar de serlo puede vivir, aliarse, armonizarse con lo otro, que es vicio, à pesar de que, si, señor, es vicio y debe reconocerse por tal; pintar á la susodicha virtud simpática, amable, hermosísima, pero al mismo tiempo hacer ver que no es su contrario tan repugnante, odioso, inmundo, como han dado en figurárselo los espíritus exagerados é intransigentes; esmerarse en ponderar lo que ganaria la virtud en prescindir de escrupulos y dengues, y en abrazarse con su rival llamándole amigo, hermano y hasta si se quiere esposo; ponderar esos tiernos abrazos, esas alianzas intimas, esas condescendencias generosas como lo más noble y acendrado de la caridad, como el ideal de la mansedumbre cristiana, como el triunfo más insigne de la justicia y de la verdad... esta es la mentira satánica por excelencia, la mentira hábil y diplomática, la mentira rosada y seductora, que desde Adan, su primera victima en el paraíso, hasta los Lamennais, Jacintos, Passaglias y Curcis de hoy, tantos espíritus elevados y generosos ha seducido y precipitado hasta el abismo. Es la mentira que se llama conciliacion.

Triste es decirlo. El Diario à que nos referimos presta sus páginas más de una vez, quizá sin advertirlo, à esa infernal maniobra. Sin advertirlo decimos, y no es simplemente la caridad la que nos dicta esa salvedad con que honramos las intenciones de nuestro colega. No podemos acabar de creer que obre con el perverso fin y diabólica consigna que revelan las cartas de Roma, firmadas por X, el periódico que concede tan á menudo amplio espacio á Publicio para sus intencionadas y ultramontanas invectivas contra lo mismo que el

dicho corresponsal de Roma ensalza y glorifica. Creemos nosotros que todo periódico como entidad moral debe tener un criterio y una conciencia; criterio y conciencia que deben ser unos, es decir, únicos; y que por lo mismo no le permitirán llamar bueno en una página á lo que llame malo en la página anterior, ni le dejarán sin remordimientos afosigar la opinion de un público incauto y sencillo, recomendándole un dia como buen pan, lo que dos dias antes el mismo periódico anatematizó como mortal veneno. No: se nos resiste el corazon à creer esto de un periódico que, sean cuales fueren sus ideas, presume de severo y catoniano, de un periódico cuyo Director azota con el látigo de su pluma, en ocasiones acerbamente veuillotista, toda bajeza, toda degradacion, todo servilismo. No podemos comprender que quien tan honrosamente acaba de tratar del honor y de los honores de la prensa, no sea el primero en ver con asco y escrupulo tan degradante é inmoral espectáculo.

Si eso creyéramos (que, repetimos, no lo creemos), si viésemos en tales miserias algo peor que ligereza, descuido ó involuntaria alucinacion, no encontraríamos calificativos bastante duros para quien tales procedimientos ambiguos se permite, prevaliéndose del puesto que por su talento ocupa en el palenque de las ideas. Acusaríamosle de ruin falsificador, peor mil veces que el que adultera los públicos alimentos; llamaríamosle á voz en grito ladron y asesino de las almas, ya que les roba la verdad verdadera, que es su vida, dándoles mentira disfrazada; conjuraríamos contra él á todas las conciencias honradas de todos los partidos y de todas las creencias, para que le ahogasen y aplastasen bajo el peso del siguiente aterrador dilema:

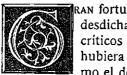
«¿Qué son para tí, desdichado, lo bueno y lo verdadero? ¿lo de la página A, en que te decides por lo blanco, ó lo de la página B, en que te resuelves por lo negro? O engañas, pues, en la página B, ó engañas en la página A á ese pueblo que te tiene por oráculo, y de cuyo extravío has de responder ante Dios y ante el tribunal de los hombres honrados.»

Esta disyuntiva le propondrian todos los hombres de buena fe, y dudamos que el infeliz encontrase por donde salirse de ella.

Marzo, 1878.

CXIV.

Pilates.



RAN fortuna ha tenido en la historia la figura del desdichado gobernador de Judea en los dias críticos de la Pasion del Salvador. Su nombre hubiera pasado oscurecido á la posteridad, como el de tantos y tantos pretores romanos que

gobernaron antes y despues de él provincias del imperio. Su intervencion en la muerte de Jesús le ha dado, aunque en sentido inverso, la misma inmortalidad que à esta su Víctima gloriosísima. Nadie la comparte con Él, tan completa, y sobre todo tan odiosa. Ni Anás, ni Caifás, ni Judas han merecido ser colocados à su altura. Lavóse las manos el miserable, protestando declinar toda responsabilidad en el infame deicidio; mas la historia y el buen sentido se la han cargado toda sobre sus espaldas, y el mismo símbolo de la fe ha personificado en él todo aquel conjunto de iniquidades y perfidias à que se debió la muerte del Hijo de Dios, cuando al darnos cuenta de ella nos dice sobria y austeramente: Passus sub Pontio Pilato.

Un nuestro colega (el *Diario*) ha escrito recientemente sobre este tema páginas de actualidad, dignas de su reconocido talento. La figura asquerosa de Pilatos nos la ha hecho ver viva y palpitante en el mundo moderno conjurado contra la Iglesia, como lo fué en el antiguo contra su Fundador. Con pluma cáustica y acerada ha retratado á maravilla los pilatismos contemporáneos, y con implacable severidad ha arrancado máscaras á ciertos rostros, con los cuales nunca le habíamos visto tan atrevido. Oigámosle:

«Hoy la Iglesia nos recuerda la existencia de un personaje que ha vivido la vida de los mortales; y si los Libros sagrados no nos dijeran que fué un gobernador romano que, à PILATOS. 465

nombre de los Césares de Roma, administraba justicia en Judea, creeríamos que se trataba de un mito, de la personificacion de una raza de hombres que por debilidad, más que por maldad, consienten todos los crimenes y cooperan en todas las catástrofes; raza que ha llegado á nosotros al través de las edades, y que en la presente más que en ninguna de las anteriores es numerosa, ocupa los primeros puestos, influye en todos los grandes sucesos y dirige los destinos de los pueblos más importantes.

«Pilatos mira impásible como tres grandes potencias se reparten inicuamente la débil Polonia enclavada entre ellas, asiste con la misma serenidad de ánimo á todos los repartos posteriores, y se entera con satisfaccion de que «el órden «reina en Varsovia.»

«Pilatos lleva al Papa à Paris para que le unja con el óleo santo, mientras le prepara en Versalles una cárcel en que ha de sufrir la muerte por el tormento del frio.

«Pilatos sonrie al nuevo César que le trata con el desenfado y la groseria de un afortunado aventurero, y se arrastra à sus plantas, mientras espera ocasion de clavarle el puñal por la espalda.

«Pilatos no se altera porque Inglaterra persuada á cañonazos á la China que se deje envenenar.

«Pilatos consiente que Francia, Inglaterra, Turquía y Piamonte aplasten á Rusia, á quien debió su salvacion en 1849.

«Pilatos ve con indiferencia que la codicia del Piamonte y la imprevision de la Francia trabajen en la unidad de Italia à costa de los principes que ocupan legitimamente los tronos de sus Estados independientes.

«Pilatos aparenta estar distraido mientras Garibaldi desembarca en Sicilia para conquistarle un nuevo reino al Piamonte.

«Pilatos consiente que Prusia le corte el brazo derecho à la pobre Dinamarca, que Prusia é Italia cojan entre dos fuegos à Austria y la dejen escueta y sangrando, que Prusia aplaste à los pequeños Estados alemanes y les unza à su carro imperial, que hiera en el corazon à la Francia y lime sus garras hasta que brote sangre viva.

«Pilatos se apodera de Roma no con mala intencion, no

por ambicion, no por codicia, sino buenamente y honradamente para evitarle mayores males á su dueño.

«En todas partes la Iglesia de Jesucristo es perseguida; en muchas los que á ella se consagran son asesinados ó expulsados de sus viviendas y de sus templos. Pilatos encuentra que son inocentes, pero deja que se les azote, que se les abofetee y... se queda con la túnica para venderla.

«Pilatos, ora habla en español, ora en inglés, ora en aleman, ora en francés, ora en italiano, ora en ruso; ora se declara partidario del equilibrio europeo, que consiste en sacar el mejor partido posible del reparto de los despojos; ora se dice partidario del principio de las nacionalidades, que es sencillamente el arte de engrandecerse á costa del vecino; ora se proclama partidario del principio de no intervencion, moral cómoda reducida á no matar, á no robar, á no oprimir, pero dejando que otros maten, roben y opriman, mientras se espera turno. Pero hable español, inglés, ruso, francés ó cualquier lengua viva ó muerta, profese el principio del equilibrio ó del desequilibrio, Pilatos es siempre Pilatos, es decir, un sér sin conciencia.

«¿Se trata de la libertad de cultos ó de la propagacion del error por medio de la enseñanza ó de la prensa? La Iglesia llega y dice: «Dios ha puesto á mi cuidado un rebaño de al-«mas, y me importa que no se permita el cultivo de las malas «yerbas que las emponzoñan. Yo poseo la verdad, y vengo «á reclamar los derechos de la verdad.»

«Y Pilatos pregunta con cierta candidez volteriana: «¿Qué «es la verdad? Quid est veritas?» La Iglesia le contesta: «Yo «soy el camino, y la verdad, y la vida. Ego sum via, et veri-«tas, et vita.»

«Pilatos creia poner en grave aprieto á la Iglesia al dirigirle aquella insidiosa pregunta; pero al ver que la Iglesia no vacila, que afirma la verdad en si misma, desde la cumbre de su orgullo científico, desde la cúspide de su vanidoso escepticismo le dirige una mirada de compasion, se encoge de hombros, le vuelve la espalda y prosigue su camino.

«Aquel soberano desden de Pilatos tiene esta traduccion: ¡La verdad! ¿acaso existe la verdad? ¿acaso la verdad y el error no son una misma cosa? ¡Tú, la verdad! ¡tú, que no

dispones de ejércitos, ni de escuadras, ni de arcas repletas! Pobre viejo caduco! reconcilíate con el progreso y la civilizacion moderna, y sabrás que la verdad es la fuerza, la verdad es la riqueza, la verdad es el dolo.

«No vayais á creer por esto que Pilatos es judio, ni mahometano, ni hereje, ni incrédulo: no pierde ocasion de declarar que es católico, apostólico, romano; que desea vivir y morir en el seno de la Iglesia verdadera; que nadie como él procura el esplendor y la prosperidad de «la Religion de «nuestros padres,» Religion que no necesita ser protegida por el brazo seglar para triunfar de sus escasos é impotentes enemigos. Esta declaracion es una especie de cliché que se reproduce cada vez que se prepara à entregar el Justo à los sayones ó se lava las manos despues de haberlo entregado.»

¡Basta! ¡basta! ¿Qué ganariamos en reproducir ahora nosotros todo el artículo, cuando acabamos de dar lo más sustancioso y acentuado de él? Despues de tan elocuente declamacion no es ya necesario preguntar: ¿Dónde está hoy Pilatos? La ojeada certera del autor lo descubre en todas partes. y en todas le acosa y azota con látigo desapiadado. Un solo toque le falta al cuadro, un solo individuo no tiene representacion en el grupo. Quizá al pintor debió de no ocurrirsele, por aquello tan usual y corriente de que observamos poco y nos llama menos la atencion lo que más familiar nos es y más comunmente traemos entre manos. No es de extrañar, pues, que en la coleccion donde campean el Pilatos gobernante, el Pilatos diplomático, el Pilatos legislador y tantos otros tipos de la numerosísima familia, ni por asomo se deje ver la ruin, la odiosisima catadura del Pilatos más caracterizado, y sin el cual poco ó nada fueran todos los demás; el Pilatos ¿lo dirémos? sí, señor, el Pilatos periodista.

¡Oh! ¡Cuán bien cae aqui la dolorida lamentacion con que termina nuestro colega su precioso artículo! ¡Cómo crece, cómo crece y cómo medra la raza de los Pilatos! ¡ay! ¡Dios se apiade de los pueblos que son sus víctimas!

No nos sentimos llamados nosotros á la difícil tarea de llenar este hueco del cuadro de nuestro amigo. No merece nuestro tosco pincel alternar con el suyo, que es el de los grandes artistas. Sin embargo, ya que no corregir el lienzo, ¿à quién por profano que sea en bellas artes no se le permiten siquiera una observacion y una súplica?

La primera la hemos hecho ya. La segunda se la vamos á dirigir por remate y contera del presente artículo. Pinte nuestro amigo ¡por Dios! y pinte como sabe y puede y suele hacerlo. No mantenga ociosos ese pincel y esa paleta que tanto bien pueden hacer á la causa de la verdad. Y cuando se encuentre en uno de esos momentos de feliz inspiracion, pinte, ó borronee por lo menos, el tipo que esta vez olvidó, y créanos, saque á la vergüenza como á todos los demás al Pilatos periodista.

Nosotros, que no sabemos pintar, podrémos no obstante recordarle los rasgos más salientes de su fisonomía.

El Pilatos periodista, à semejanza del Pilatos juez de Jerusalen, se muere por conservar una posicion insostenible por medio de un procedimiento que deje satisfechos à la vez à los amigos de Jesús y à sus enemigos.

El Pilatos periodista quiere vivir amigo del Papa, que es Jesús, y de los poderosos opresores suyos, como si dijéramos, de Anás, Caifás y compañía. Consecuente á este deseo se halla bien en el Vaticano y se halla bien en el Quirinal, á pesar de que ha dicho mil veces el Vaticano que no podian ser amigos suyos los que lo fuesen del Quirinal.

El Pilatos periodista publica hoy una página ó dos ó tres que se hacen aplaudir por lo magnificamente ultramontanas. Y á vuelta de hoja, otras muchas en que se alaba, ensalza y panegiriza á los que en las anteriores se ha flagelado y anatematizado.

El Pilatos periodista no está por la desamortizacion, pero cuando se presenta ocasion recomienda las subastas de bienes desamortizados, para que por falta de publicidad no deje de acudir solícito comprador.

El Pilatos periodista aboga por la moral pública, pero no niega el favor de su anuncio ni al más escandaloso y corruptor de los cuadros al vivo, ni á los bailes públicos que se han celebrado (este propio año) tarde y noche del dia de Ramos. Es verdad que un poco más abajo no se olvida anunciar la elevacion de la vera cruz y la tradicional procesion, así como pedir á los Párrocos nota de sus funciones.

El Pilatos periodista no está por la libertad de pensar, pero á lo mejor os sale con ofrecer á la venta cualquier obra racionalista y libre-pensadora.

El Pilatos periodista no está por el Ateneo libre, y lo declara paladinamente. Por quien está es por un Ateneo que no se llama libre, pero en el cual hay libertad suficiente para predicar desde sus catedras el más degradante materialismo.

El Pilatos periodista no reconoció la usurpacion de los Estados del Papa, pero hizo coro de sarcasmos con la plebe y magistrados que aqui como en Jerusalen ahogaron con su griteria las protestas de los Prelados y del mundo honrado.

El Pilatos periodista... pero ¿á qué cansarnos? ¿ acaso fué nuestra intencion bajar á tales pormenores que diesen hecho el retrato, cuando sólo quisimos indicar los rasgos principales de él? Aprovéchelos nuestro amigo, y con éstos y los demás que le sugerirá su profundo talento de observacion, no dudamos dará al público inteligente una obra maestra. Y nosotros se la aplaudirémos con ambas manos. Y todo el que sepa de artes se convencerá de que el retratista ha llegado á lo sumo y máximo de la habilidad á que puede llegar un retratista, cual es... retratarse perfectamente à si propio.

Semana Santa, 1878.

CXV.

Acusacion infundada.



s señor diputado se ha atrevido à atacar al Ministerio actual y à llamarle ¿qué dirán Vds.? ¿picaro? ¿ladron? ¿embustero? No, sino mucho más que todo eso, cien veces peor, mil veces más ignominioso. Le ha llamado ¡ultra-

montano!

Perdónenos el Sr. Polo y Bernabé, que es el diputado autor de tan horrenda blasfemia. Le ha cegado à su señoría el prurito de desprestigiar à los afortunados rivales suyos que se llevan justos y contados dos ó tres años de regalada vida ministerial, sin parecer por ahora cuidadosos de que les vengan otros à heredar. Ha hablado movido por la pasion y nada más. De otro modo, ¿cómo pudieran hallar disculpa ó atenuante sus palabras? ¿Ultramontano el Ministerio actual? ¿Ultramontanos los Sres. Cánovas, Romero Robledo, Toreno y compañía? Vamos, que es cosa de desesperarse ver la sinrazon con que se muerde y se apostrofa à un hombre de bien, sólo porque Dios ó sus buenos méritos le hicieron ministro.

Cosme que suscribe no es D. Quijote, ni tiene maldita la vocacion de irse por esos trigos en busca de aventuras, sólo por desfacer tuertos y agravios, á riesgo de que le dejen molido y quebrantado follones y malandrines, pero generoso lo es como buen español, y no puede llevar en paciencia se ajen y se tronchen, vamos al decir, reputaciones tan puras é inmaculadas como las de los señores ministros que hoy nos hacen felices. Así que Cosme no puede menos de salir á la defensa de la verdad ultrajada, del honor vilipendiado, de la inocencia perseguida; y más que sea un señor diputado radical el que infirió la ofensa, no teme medirse con él en singular batalla, pues eso y mucho más merece el nombre de la sin par

Dulcinea del Toboso, que tal es para Cosme en los actuales momentos el Gobierno del Sr. Cánovas del Castillo.

Digame, pues, Sr. Polo y Bernabé; ay de dónde sacó su señoria ese negro y feote ultramontanismo que como horrible baldon les quiere colgar à sus excelencias los actuales ministros? ¿Dónde ó cómo los vió en sueños su imaginacion acalorada, para que le pareciesen tan distintos de lo que son en su pura y verdadera realidad? ¿Ultramontanos los que establecieron en la ultramontanísima España la libertad de cultos en forma de tolerancia religiosa? ¿Ultramontanos los que resolvieron como todos sabemos el celebérrimo caso de Iznatoraf? ¡Ultramontanos los que sostienen hoy contra las protestas de todos los Prelados el proyecto de ley de Instruccion pública que anda por ahí metiendo tanto ruído? ¿Ultramontanos los que permiten cada dia á la prensa liberal las más soeces injurias contra la Religion y las más asquerosas infamias contra sus ministros? Vaya, Sr. Polo y Bernabé, que ó no sabe V. lo que es ultramontanismo (y cuidado que á éste bien le conocen hoy en Europa hasta los niños de teta), ó anduvo su señoria trascordado, como cualquier otro misero mortal, al darle tan inoportuna aplicacion. Dijéralo V. por el Papa y los Obispos y los jesuitas y los periódicos neos y los círculos católicos, y los que rezan y comulgan y hacen romerias y guardan la Cuaresma y cumplen la Pascua, i vava con Dios! Pero colgarle ese sambenito á un Gobierno, flor y nata de Gobiernos ilustrados; polo opuesto de la España rancia, anticuada, fanática y oscurantista; á un Gobierno que no pierde ocasion de acreditarse por todos los modos posibles de fino, leal y consecuente liberal; echarle esa acusacion al Gabinete que preside el Sr. Canovas del Castillo y sostienen con sus luces y consejos periódicos como La Epoca, La Politica, el Diario Español y el Diario de Barcelona, es, perdonenos su señoria, poco nienos que haber perdido el juicio. Vuelva en si, hermano, y salga de su error, y dé à tantas honras ofendidas la reparacion que en conciencia les debe. Diga V. de los señores ministros de hoy que no son ultramontanos, no, ni cosa que à cien leguas huela à eso; sino liberales, muy liberales, sí, señor, como lo más liberal que se conoció acá en España desde Riego hasta Castelar, pasando por Espartero, O'Donnell, Serrano y demás eminencias liberalisimas. Es la verdad.

De no hacerlo así, amigo, puede que no le castigue la justicia de la tierra, que al fin para algo es V. diputado inviolable, irresponsable, impecable y legalmente infalible, como se acaba de declarar poco há; pero de la indignacion de los hombres y de las maldiciones de la historia que en dias solemnes suele invocar un célebre orador... de esas de fijo no escapa V., por más que le defiendan todas las inmunidades parlamentarias.

Mayo, 1878.

CXVI.

La de siempre...



A iglesia de San Jaime ha sido durante los últimos dias de Carnaval el centro del fervor y de las más lucidas obras de desagravios al Señor, ofendido por los excesos y locuras de tales dias. No que en varias otras no se hayan celebrado

tambien con gran pompa los actos de costumbre; los de dicha parroquia empero han tomado este año un carácter especial, que ha llamado poderosamente la atención de los buenos barceloneses.

Hé aqui cómo sumariamente lo refiere el decano de nuestros periódicos (pág. 2,348):

«Su Excelencia Ilustrísima asistió por la tarde á la solemne reserva de Santa María del Mar, dirigiéndose despues á San Jaime. Era tanta la gente que por la calle le besaba el pastoral anillo, que apenas podia dar un paso. A las nueve se retiró de San Jaime, donde continuó la funcion de desagravios á Jesús sacramentado, siguiendo los ejercicios hasta las cinco, en que el reverendo señor Cura párroco ha empezado la Misa. Durante toda la noche ha reinado el silencio más profundo, sin embargo de estar la iglesia llena de gente. Hoy empezará la funcion á las siete, y habrá Rosario cantado, y durante toda la noche alternarán los sermones con la meditacion, predicando varios oradores. Mañana se reservará à las doce de la noche, y Su Excelencia Ilustrísima dará la bendicion con el santisimo Sacramento.»

Pero cerquita de dicha iglesia, al doblar la esquina, se levanta sobre las ruinas de un convento El gran Teatro del Liceo, donde podemos decir se halla concentrado años há lo más sustancioso del Carnaval de nuestra ciudad. Los bailes de máscaras que allí se dan, son... pero al fin ya sabe todo el mundo lo qué es un baile de máscaras en todas partes y

lo que son sobre todo los del Liceo. Lo que no saben empero todos, es que más cerca aún de lo que está el Liceo de la iglesia de San Jaime, está el suelto (esta vez más largo y más animado) con que alaba los bailes en cuestion el susodicho respetable decano. Dice así (pág. 2,349):

«El baile que las sociedades Romea y Latorre dieron anteanoche en el Gran Teatro del Liceo, y que fué el último de la temporada, estaba concurridísimo, en términos que apenas se podia discurrir ni por la sala de baile, ni por los corredores. Hallar un sitio donde sentarse era poco menos que imposible. La lluvia que á torrentes caia á la hora de abrirse las puertas del gran teatro no impidió que se reuniera en el pórtico gran número de gente para poder alcanzar buen sitio en el anfiteatro ó en las sillas de los corredores. De las diez á las doce de la noche dicho vestibulo se alumbró por medio de la luz Drumont desde la fonda de Estevet, produciendo un efecto curioso ver cómo los rayos de dicha luz atravesaban las gruesas gotas de agua que caian en aquel momento en la Rambla.

«En la puerta del teatro hallàbase la Comision formada por las Juntas directivas de las dos Sociedades que dieron el baile y que prohibian la entrada á las máscaras que por sus trajes ó por otras causas no debian alternar con la concurrencia que en el gran coliseo se habia reunído. Entre aquella abundaban los disfraces elegantes y de buen gusto, por cuanto los socios de «Julian Romea» y «Latorre» habian puesto empeño en que figuraran las señoritas cuyos disfraces habian sido premiados en los cuatro bailes que habian dado en el teatro Romea, y todas las demás que habian lucido más elegantes ó caprichosos trajes.

«La orquesta, dirigida por el Sr. Dalmau, tocó con notable acierto las piezas del programa. Los programas que se repartieron fueron caprichosos. Al salir del baile la lluvia habia cesado.

«Tambien estuvo animado y concurrido el que anoche dió el «Círculo de la Union Mercantil» en los salones de la casa llamada de «March de Reus.» Entre las numerosas mascaritas que poblaban el local habia algunas que llamaban la atencion por sus elegantes y caprichosos disfraces. En cier-

tos momentos era sumamente dificil discurrir por los salones del «Circulo,» materialmente atestados de máscaras y caballeros. La orquesta, dirigida por el Sr. Navarro, ejecutó con acierto las piezas del programa.»

¿Cómo se las compone ¡vive Dios! el ingeniosísimo Diario de Barcelona para encontrarse tan en carácter en todas partes? ¡Sepamos de una vez cuál es su cara de veras y cuál su careta de bromas, la con que asiste fervorosamente á los desagravios de San Jaime, ó la con que concurre alegremente á los agravios del gran Teatro! ¿Con quiénes está de verdad su conciencia periodística, con los que agravian ó con los que desagravian? De verdad hemos dicho, porque nos parece que en alguno de estos dos puntos ha de hallarse su merced casi por broma, y no quisiéramos, cierto, fuese en la casa de Dios.

¿A quién se engaña aquí, en definitiva, á los que pasan libertinamente la noche, ó á los que la pasan orando por los libertinos?

Pero ¿qué mucho si su propio corresponsal de Roma, enviado allá expresamente para tomar parte en la solemnísima romería periodística á los piés de Leon XIII, no sabe escribir su correspondencia sin dividirla por exactas mitades entre el sobredicho acto religioso y el Carnaval de aquella ciudad? ¡Tan encarnada tiene el célebre equilibrista en lo más íntimo de su complexion la maldita mania de encender velas al diablo y à san Miguel!

Cuestiones son estas que creemos deberian dilucidarse á la primera ocasion por su ilustrado director en una serie de artículos, que hoy con más ocasion que nunca podria titular: Trigo y zizaña, pues le caeria el lema al asunto como pedrada en ojo de boticario. Podria dirigirlos, como los de marras, à cualquiera de los muchísimos Bonifacios que quedan aún por ahí sin acabarse todavía de desengañar. Apúntelo en su cartera el ilustrado director del Diario para no olvidarse.

Y quizá, si llega á tomarle el gusto á esa tarea, podria tambien explicarnos, con aquella su tan reconocida habilidad, cómo se compaginan en un mismo número el anuncio de la protesta hecha por el periódico á los piés de Su Santidad y

las bondadosísimas palabras del venerable Pontifice, con el otro anuncio inserto en el mismo número (y en varios anteriores) del impío poema *La última lamentacion de lord Byron*, en una de cuyas estrofas se truena contra el fanatismo, que, al decir del poeta,

No vistió nunca el militar arreo Y fué, al moverse entre la sombra oscura, Su casco de batalla el solideo (!!!) Y el monástico sayo (!!!!) su armadura. Incansable y voraz como el deseo, Mortal como la lenta calentura (!!!!!), Blandió contra la tierra amedrentada Más la cruz (!!!!!!) que la punta de la espada.

Sáquenos de apuro, por los clavos de Cristo, nuestro catolicisimo cofrade, que la cosa urge y necesita explicacion. De no darla satisfactoria podrian creerse de tan respetable periódico cosas que anda diciendo años há por ahí la lengua murmuradora de teologuillos estúpidos, de escribidores insolentes y de mal aconsejados é ignorantes ministros de Dios; que muy romo deben tener el entendimiento ó muy anticuada la conciencia, cuando no han sabido acostumbrarse aún á tales extrañezas.

Febrero, 1879.

CXVII.

El Papa y la prensa católica.



ACE ya algunos dias que conoce el mundo el notabilísimo Documento que indudablemente hará época en la historia del periodismo católico, como uno de los más culminantes acontecimientos de ella. Habrán adivinado nuestros

lectores que nos referimos al discurso pronunciado por Su Santidad Leon XIII á la numerosa reunion de periodistas católicos del 22 del pasado Febrero, discurso en que con el tono, á la vez enérgico y suave, que emplea siempre la Santa Sede en actos de esta naturaleza, se resuelven de una vez todas las cuestiones en mal hora promovidas contra el periodismo genuinamente católico, por quienes tienen sobrado motivo para temerle y para tratarle, en consecuencia, con el más fiero rencor.

Así que, repuestos ya los ánimos de la primera emocion que produjo, de júbilo en unos y de desagradable y mal disimulada sorpresa en otros, hora es ya de que saque la prensa sana y ortodoxa todo el partido que puede y debe de tan clara y definida bandera como acaba el Papa de poner en sus manos. Hora es ya de que se comente y exponga y desentrañe y desmenuce con cariñoso afan esta palabra augusta que tantas veces ha de servirnos para taparles la boca à nuestros tenacísimos adversarios. Hora es ya de que no con autoridad de censores, que ninguna tenemos para eso, sino con ansia de discípulos deseosos de aprovecharse, examinemos qué nos dice el Maestro en esta su soberana leccion, ya que esta vez, con sin igual bondad, ha querido dirigirla única y exclusivamente á nosotros los periodistas.

¿Qué nos ha dicho, pues, en definitiva el oráculo de la verdad?

A nuestro pobre modo de ver tres actos muy trascendentales ha realizado el Papa en esta ocasion.

- 1.º Ha sancionado con su soberana autoridad la existencia del periodismo católico, como apostolado muy propio de las condiciones en que vive la Iglesia de Dios en los tiempos presentes.
- 2.º Ha precisado clara y terminantemente el carácter, la nota esencial que distingue al periodista verdadero ó integramente católico, del que no lo es sino falsificado ó no lo es sino á medias, que para el caso lo mismo da.
- 3.º Ha marcado las reglas principales que debe guardar el periodista católico para el recto y provechoso empleo de arma tan poderosa, contra los enemigos ya francos, ya embozados de nuestra santa Religion.

Más breve y más claro. El Papa ha reconocido por suyo al ejército de la prensa; le ha dado como al oído el santo y seña que le impida en adelante confundirse ya más con falsos camaradas; le ha señalado los puntos principales que debe defender y la táctica especial con que debe hacerse esta defensa.

Vamos á extendernos algun tanto en la exposicion de cada una de estas tres indicaciones.

Pues por lo que toca à la primera, sabido es el empeño que hubo ya desde mucho tiempo atrás en hacer aparecer como perjudicial à la causa de la Religion la existencia del periodismo llamado religioso. La secta católico-liberal fué la que se distinguió entre todos los demás enemigos de la Iglesia, por su saña verdaderamente satánica en desautorizar el periodismo rectamente católico. El sofisma católico-liberal se presentó aquí con disfraz de celo por el decoro de la Religion. Decia á todas horas que la defensa de la causa católica por periodistas seglares la hacia más odiosa á los ojos de la impiedad; que nada ganaban las cuestiones teológicas en ser ventiladas y manoseadas en el ligero papel diario; que tal oficio de parte de quienes no habian recibido mision especial de enseñar al pueblo cristiano era, más aún que ridícula oficiosidad, usurpacion ó criminal ingerencia; que, en suma, le bastaba à la Iglesia católica tener Papa y Obispos y sacerdotes, sin necesidad de que nadie más que ellos levantase la voz en defensa de la Religion vilipendiada. Absurdas como eran tales declamaciones, tuvieron, no obstante, gran boga años atrás, y venian à ser la cantinela favorita con que se creia autorizado cualquier liberal, franco ó embozado, para sonrojar al periodista católico. Necesarias fueron las reiteradas muestras con que empezó el gran Pio IX á mostrar su predileccion por los soldados del periodismo ortodoxo, para que dejasen de pintarlos como la peor calamidad del Catolicismo, precisamente los más irreconciliables enemigos de éste. El Liberalismo no hacia en esto más que seguir las antiguas mañas de su progenitor el jansenismo, que durante largo tiempo las empleó con cierto éxito contra los primeros que se lanzaron à la heroica tarea de desenmascararlo: los jesuítas.

Aún hoy, como resabio de añejas tradiciones de secta, sacan á relucir muchas veces los católico-liberales en su contienda de cada dia con los católico-católicos lo de la incompetencia de los periodistas seglares para hablar de Religion, y aún no hace un mes que por hacer sencillas aplicaciones un periódico, de la enseñanza emanada del Vicario de Dios, ha sido saludado con el apodo de Papa civil, como si el resolver las cuestiones de Religion y moral con el criterio de la Iglesia no fuese, más que un derecho, un riguroso é indeclinable deber para todo buen cristiano.

Ahora bien. El Papa acaba de fallar en favor nuestro el litigio, que á la verdad no era ya dudoso más que para los ciegos de conveniencia. El Papa acaba de declarar que es obra grata á Dios la del periodista, que con todo y ser meramente seglar, se lanza con generoso ardimiento à la defensa de la fe combatida. El periodismo católico se ofrece á los ojos del Vicario de Dios «como hueste de escogida milicia, experta en el arte de guerrear, bien pertrechada de armas, pronta á lanzarse à una señal del capitan en lo más recio de la pelea y á dejar alli la vida.» El elogio es caluroso y entusiasta, tanto como lo fueron años atrás el sarcasmo y la invectiva. Esperamos que en adelante no querrá ya ningun católico-liberal ó liberal á secas, que son lo mismo, tener ya razon contra el testimonio del Vicario de Dios. Escosa buenisima el periodismo católico, aun el seglar. Es el

Papa quien lo dice con efusion á algunos centenares de periodistas en su mayor parte seglares.

Pero tanta importancia da el Papa á esta su declaracion, que no se contenta con pronunciarla, que eso, tratándose de autoridad tal, fuera ya bastante, sino que se entretiene en razonar sobre ella con singular amorosa complacencia, y emplea dos largos párrafos en hacer ver la razon especialísima porque es hoy obra tan meritoria la del periodismo católico, aduciendo como prueba la necesidad de que se esgriman contra el mal y el error análogas armas á las que esgrimen ellos contra la verdad y el bien. Hé aquí sus palabras, nunca bastante repetidas. Oigalas el pertinaz sectario, y aprenda de una vez quién anduvo años há en lo justo, si él en sus violentas diatribas contra las llamadas intrusiones del elemento seglar en las cuestiones religiosas, ó los valerosos periodistas católicos en su glorioso apostolado. Dice así Leon XIII:

«Y con doble motivo nos alegramos por conocer la necesidad que hay al presente de tales auxilios y de tales decididos campeones. Puesto que alcanzada aquella desenfrenada libertad, que mejor se diria licencia, de publicar por medio de la imprenta todo lo que aguijonea à los hombres amantes de novedades, se dieron éstos à esparcir entre la multitud innumerables periódicos que tienen por objeto impugnar ó hacer que se dude de las eternas reglas de lo verdadero y de lo justo, de calumniar y hacer odiosa la Iglesia, y de inculcar en los ánimos las más perniciosas doctrinas. Juzgaron por mucho tiempo que les traia inmensas ventajas el dar diariamente noticias que poco á poco, con el veneno de los errores, perturbasen las inteligencias; y ya fomentando malvados apetitos, ya lisonjeando los sentidos, lograsen corromper los corazones. Y en esto fueron tan afortunados, que no se engañaria en modo alguno quien atribuyese à la mala prensa el estado deplorable y la condicion de las cosas que nos rodean. Habiendo, pues, la universal costumbre hecho necesaria en cierto modo la prensa periódica, los escritores católicos deben de todos modos estudiar el medio de convertir en provecho de la sociedad y en defensa de la Iglesia lo que por los enemigos se emplea en daño de una y otra.»

Dejamos, pues, evidenciado plenamente el primero de nuestros asertos. Es decir: el Papa, en su memorable alocucion del 22 de Febrero à los periodistas católicos, ha sancionado con su soberana autoridad la existencia del periodismo católico como apostolado muy propio de las condiciones en que vive hoy la Iglesia de Dios. Que era lo que negaban años há los católico-liberales y la secta en general.

De poco hubiera servido que el Vicario de Dios sancionara la existencia del periodismo católico, como legitimo apostolado muy propio de los tiempos actuales, en favor de la Iglesia católica; era conveniente además que nos diese señales claras con que le fuese posible á todo el mundo conocer cuales pertenecen, y cuales no, à esa escogida milicia. Necesidad era esta, así para lectores como para escritores. Para los primeros, á fin de que supiesen quién les debia inspirar confianza v à quién debian mirar con aversion ó por lo menos con precaucion recelosa; para los segundos, á fin de que no tomasen por camarada leal à quien en realidad no era más que enemigo disfrazado, exponiendose así á errar muchas veces el blanco en sus combates contra el error. A todo proveyó con esquisita y delicadísima solicitud el celo de nuestro comun lese en el Documento solemnisimo que analizamos.

Porque lo primero que hace en él es consignar la existencia de un periodismo franca y abiertamente hostil à la causa católica. A éste no le desenmascara, ni habia para qué. La prensa francamente impia no necesita para ser conocida largas explicaciones. Por si propia se delata à la execracion de los buenos. Estos pueden dejarse seducir por ella como por cualquier otro de los enemigos del alma, que traen en la frente escrito el signo de Satanas, y que tienen su calificativo y categoría claros y determinadamente expresados en el código cristiano. Contra tales apóstoles de iniquidad bástanle en

rigor al católico las comunes reglas de vigilancia cristiana que contra toda tentacion enseña el Catecismo. De éstos habla el Papa en los siguientes términos:

«Conseguida la desenfrenada libertad, que mejor se llamaria licencia, de publicar por medio de la imprenta lo que más place, los hombres amigos de novedades diéronse en seguida á esparcir multitud casi infinita de periódicos, que tenian por objeto impugnar ó poner en duda las eternas normas de lo verdadero y de lo justo, calumniar y hacer odiosa à la Iglesia, infundiendo en los ánimos las más perniciosas doctrinas. Aprovecháronse los tales por largo tiempo de la inmensa ventaja que para sus doctrinas pudieron sacar de la publicacion diaria de periódicos, que, poco á poco, con el veneno de los errores trastornasen los entendimientos, y fomentando los apetitos malvados y halagando los sentidos, corrompiesen los corazones. Y tan afortunados fueron en esto, que no se engañaria mucho quien quisiera atribuir principalmente à la prensa malvada la multitud de males y la deplorabilísima condicion de las cosas á que hemos llegado.»

Sin embargo, es indudable que no se reducen á este solo grupo los periódicos contrarios á la santa causa, en favor de la cual reclama el Papa el auxilio eficacisimo de la prensa ortodoxa. Otros hay, Pio IX nos lo dijo cien veces, que sin dejar de llamarse católicos y aun pretendiendo serlo en ocasiones más y mejor que los verdaderos campeones del Catolicismo, mantienen con el campo enemigo inteligencias y relaciones, muestran á todas horas por ellos aficion y simpatia, hasta traban con ellos en determinadas controversias intima alianza ofensiva y defensiva. Católicos se llaman, pero diriase que lo que más temen algunas veces es parecerlo demasiado; católicos se dicen, pero exceptúan de esta denominacion, que sólo puede ser verdadera siendo absoluta, una porcion de actos suvos que resuelven y defienden con criterio poco menos que francamente racionalista; católicos se titulan, pero con nadie se muestran peor avenidos que con la corriente franca y genuinamente católica. A tales seres híbridos, verdaderos monstruos del órden moral, provistos al parecer de dos criterios distintos, si se examina su lógica, y de dos conciencias distintas, si se considera su conducta; á esos amfibios que viven y medran muy satisfechos tan presto en el mar revolucionario, en que se hallan cual en su propio elemento, como en la tierra firme de la verdad católica de la cual juran y perjuran que nadie los separará, ¿ha dado el Papa indicio seguro para conocer en adelante á esos? Si, lo ha dado. ¿Cuándo? Cuando tan de firme ha insistido en que el gran deber del periodismo católico en nuestros dias, es la defensa de la independencia del Pontificado por medio de la de sus derechos de soberania temporal, hoy inicuamente conculcados. Si, el Papa le ha encontrado al periodismo católico-liberal de hoy dia la nota característica y distintiva, esto es, la complacencia con los opresores de la Santa Sede. Sí, y por eso, sin duda, ha dedicado á tal recomendación tres cuartas partes de su alocución preciosisima; por eso ha señalado, casi diriamos con el dedo, á los que con todo y titularse católicos se permiten opinar de un modo distinto que el Papa en esta delicadisima cuestion. Es así que no es la prensa ultramontana la que se toma la tal libertad de juicio, sino la vulgarmente conocida por católico-liberal; luego es alusion à ella, y viene à ser advertencia de precaucion para todos contra ella, lo que en tales párrafos viene tan acentuadamente expuesto. Luego en esto nos dió el Papa señal ciertisima para conocer en adelante, aun con más seguridad, quienes no pertenecen «al ejército glorioso de la prensa católica.» Consecuencia lógica: serán por de contado los que en esta cuestion del poder temporal obren y escriban simpáticamente á los enemigos del Papa. Creemos que no tiene esta argumentacion vuelta de hoja y que no le encontrará salida, por más que la busque, el más sutil de nuestros contradictores.

Pero dirá alguno: tratando de esos falsos amigos ó enemigos disfrazados, de quienes se puede decir lo que de otros parecidos decia á su tiempo san Juan: Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis, ¿cómo no anduvo más explicito el Papa? ¿Tanto costaba retratar con todos sus pelos y señales esos tipos que tanto por desgracia abundan?

Responderémos à esto lo que sin duda bastará para dejar completamente desvanecida la dificultad. Tarea dificilisima

es, por no decir imposible, retratar perfectamente à un periòdico católico-liberal, en cuya abigarrada fisonomia confusamente andan revueltos y barajados cada dia los rasgos del católico con los del sectario. El fabuloso Proteo, que no se dejaba retratar por el antiguo pincel, no podria ser reproducido hoy mismo ni por la más perfeccionada fotografía. Tal es la condicion del periodismo católico-liberal. Así que parécenos que la mano firme de Leon XIII lo que procuró fué sorprenderle, por decirlo así, en la más típica y caracterizada de sus actitudes de hoy, es decir, en la que tan frecuentemente ofrece de amigo fervoroso de la Santa Sede y de amigo á la vez ardentísimo de los enemigos de ella. Y luego llamando la atencion sobre este dato, el típico hoy dia y característico, diónoslo como el rasgo más pronunciado de la especie, para conocerla en adelante con toda seguridad.

Hé aqui las palabras textuales à que nos hemos referido, palabras que nunca serán bastante meditadas. Dicen así:

«En medio de aquellos mismos «que se titulan católicos» no falta quien presuma resolver y definir, segun el propio talento, públicas controversias, tambien de grandisima importancia, relativas á la condicion misma de la Santa Sede, y «opinar diversamente de lo que exige la dignidad y la li-«bertad del Romano Pontifice.» Para quitar, por lo tanto, cualquiera ocasion de error, importa muchisimo recordar nuevamente á los católicos que la suprema potestad de la Iglesia, divinamente conferida á san Pedro y á sus sucesores para mantener en la fe à toda la familia católica, y guiarla à la felicidad eterna, segun las divinas enseñanzas de Jesucristo mismo, debe gozar de libertad plenisima; y que cabalmente para que esta autoridad pudiese libremente ejercerse sobre toda la tierra, dispuso la divina Providencia, despues de las peligrosas vicisitudes de los primeros tiempos, que se juntase á la Iglesia de Roma el temporal dominio, y que se conservase por larga serie de siglos en medio de infinitas mutaciones de pueblos y ruínas de reinos. Por esta razon, ciertamente gravisima, como ya frecuentemente dijimos, no por ambicion de reinar, ni por codicia de mando, los Romanos Pontífices, cada vez que vieron turbados ó asaltados sus dominios, estimaron deber del apostólico ministerio velar por la conservacion y tutela de los sagrados derechos de la Iglesia; y Nos mismo, siguiendo los ejemplos de nuestros predecesores, no hemos dejado de afirmar y reivindicar estos mismos derechos, ni lo omitirémos jamás.

«Por lo cual, vosotros, hijos amadisimos, que intimamente adictos á la Cátedra de san Pedro, estais tan dispuestos á sostener la causa de la Sede Apostólica, unidos y esforzados, no ceseis un momento de defender el poder temporal como necesario para el libre ejercicio de nuestro supremo poder, y demostrar con la historia en la mano que es tan legítimo el derecho en que aquel poder tuvo su orígen y vida, que no puede haber en lo humano otro mayor ni tan grande siquiera.

«Si para suscitar contra vosotros el odio de muchos, dijese alguno que esta soberania es inconciliable con el bienestar de Italia y con la prosperidad de los Estados, respondedle vosotros que ni la salud ni la tranquilidad de los pueblos tienen nada que temer del principado de los Pontifices ni de la libertad de la Iglesia. No, la Iglesia no excita sediciones de la plebe, sino antes al contrario, las enfrena y las calma; no fomenta odios ni enemistades, sino los extingue con la caridad; no estimula el desenfrenado afan ni la arrogancia de la ambicion, sino que los atempera recordando á todos la severidad del último juicio y el ejemplo del Rey de los cielos; no invade los derechos de la sociedad civil, sino que los consolida; no codicia dominar á los Estados, sino que ejerciendo fielmente el magisterio que la está encomendado por Dios, mantiene de hecho el vigor de los principios de verdad y de justicia en que todo órden se apoya, y de los cuales se derivan la paz, la moralidad y todo linaje de civil cultura.

«En lo tocante á los pueblos de Italia, harto claramente muestran los monumentos de los tiempos pasados lo mucho que á los Romanos Pontifices deben esta ilustre ciudad y toda esta hermosa tierra; bien atestiguan que los más preciados timbres de Roma los ha debido á la fe católica; en cuanto «erigida, como decia san Leon el Magno, por la Sede «veneranda de san Pedro en cabeza de todo el mundo, ejer-«ció más vasto imperio con la divina Religion de Cristo que «con la antigua dominacion terrenal.» Agregad á esto lo que

todo el mundo sabe, es decir, el esquisito esmero con que los Romanos Pontífices han fomentado siempre las letras y las ciencias, la liberalidad con que han protegido á las bellas artes, el justo y paternal régimen con que han labrado la prosperidad de sus pueblos. Proclamad, en fin, que los negocios públicos de Italia no pueden prometerse nunca bienandanza ni reposo estable mientras no se haya provisto, como es de rigurosa justicia, á la dignidad de la Sede Romana y á la libertad del Sumo Pontífice.»

Preciso es confesar que la artillería del Papa da en el blanco con precision y alcance maravillosísimos. Mucho se ha logrado con tan acentuadísima declaracion en asunto que hasta hoy han tenido, al parecer, singular empeño en embrollar nuestros adversarios. Lo han oído todos y nadie en adelante podrá acusarnos de exageracion y feroz intransigencia si lo proclamamos. No, no pertenece al glorioso cuerpo de ejército llamado prensa católica el que se permita, aunque se llame católico, opinar diversamente de lo que exigen la dignidad y libertad del Romano Pontifice en esta cuestion del poder temporal.

Hemos visto en los dos párrafos anteriores los dos puntos principales que, á nuestro humilde parecer, deja clara y explícitamente resueltos el Papa en su memorable alocucion á los periodistas católicos. Es á saber, el derecho del católico seglar à defender por medio del periodismo la causa católica, y la nota característica que hoy dia distingue al verdadero periodista católico del que no es sino católico-liberal. Réstanos ahora para terminar nuestro trabajo, examinar qué reglas principales ha señalado Su Santidad al periodista católico para el ejercicio de este su especial apostolado. Es este el tercer extremo de la division que nos propusimos y vamos á explanarlo.

A tres podemos reducir estas reglas, que nos ha sido muy fácil extractar del discurso del Romano Pontífice. Son las siguientes:

- y amenidad de estilo, buen servicio de noticias, y compilacion de conocimientos útiles, sin por eso imitarles en sus malas artes y dañosos «medios de seduccion.»
- 2.ª Que las formas del periodista católico sean graves y templadas, que ni por «excesiva ó intempestivamente» duras ofendan al lector, ni con mengua del bien comun muestren condescendencia con las pasiones de los partidos ó con los intereses de los particulares.
- 3.ª Que se procure sobre todo entre los defensores de la verdad católica la union y conformidad de doctrinas por medio de la firme adhesion á las de la Iglesia.

Cuanto à lo primero, ninguna explicacion necesita. La prensa católica no cede en esto à la prensa liberal de país alguno. Cada nacion tiene, en efecto, periódicos de los nuestros que sin desventaja pueden sostener con los más diestros del campo enemigo la competencia. La prensa católica de Madrid es, bajo este punto de vista, la mejor de Europa por confesion de sus mismos adversarios. En número de órganos suyos y en abundante tirada podrá vencer el Liberalismo al ultramontanismo, no en bríos y perfeccion en el manejo del armamento.

Sin embargo, no es para echada en saco roto la salvedad que pone aqui el Supremo Pastor, cuando advierte que aunque debemos rivalizar con los liberales en la acertada confeccion literaria del periódico, no los hemos de imitar en las malas artes de que suelen ellos valerse para darle atractivo é interés.

Por lo tanto, es preciso reconocer que al recomendar el Papa como condicion de belleza scribendi varietatem, no pensó aprobar en modo alguno la absurda é inmoral mescolanza de que nos dan frecuente ejemplo algunos que se llaman católicos. Es regular que quiso más bien condenarla cuando habló de iis artibus et lenociniis, de que los escritores católicos no se pueden valer.

Por lo que à lo segundo toca no fué poco el alegron que

les dieron à nuestros adversarios las primeras noticias que sobre eso llegaron del Vaticano, por conducto de ciertos corresponsales. A son de bombo anunciaron en Madrid y en Barcelona que el Papa, en la memorable alocucion, acababa de tronar contra las «intemperancias» (voz técnica) del periodismo ultramontano. Mentira parece, más es lo cierto, que durante los dias de la recepcion periodística nada más que eso supieron ó afectaron saber ciertos periódicos liberales. Sin embargo, en cuanto llegó el texto de la alocucion pontificia, vióse á que quedaban reducidos los imaginarios triunfos de la caridad liberal. Limitabase en ella el Papa à recomendar la gravedad y templanza en el decir, gravis et temberata dicendi ratio, sin que censurase la dureza más que cuando fuese demasiada ó intempestiva nimia aut intempestiva, que no lo es por cierto cuando se califica duramente lo que duramente merece ser calificado y se combate con indignacion lo que con indignacion debe ser combatido. No recomendo el Papa la caridad que predican de continuo losliberales y algunos que no quieren serlo: caridad que no estal, sino máscara de la tolerancia impia y absurda que reclaman unos para las opiniones y otros para las personas; caridad nunca conocida ni practicada por los grandes polemistas católicos, los santos Padres, que sembraron sus páginas inmortales de vehementes invectivas, de rasgos de indignacion, de violentos apóstrofes, de sangrientos sarcasmos no sólo contra el error sí que contra sus autores y fautores; figuras retóricas todas que el Liberalismo declara vedadas en nombre de la caridad á la apologética católica de nuestros dias, sin perjuicio de emplearlas él cuando mejor le cuadre en vilipendio de lo más alto y sagrado si es obstáculo para su propaganda. No, no ha ordenado el Papa este linaje de templanza y de caridad.

La caridad de Cristo babet etiam, dice san Agustin, suos aculeos. Es decir, tiene tambien sus dardos con que sabe herir de lo lindo cuando conviene. A este propósito tomamos de un libro que la Iglesia ha aprobado para texto de sus Seminarios en la asignatura más importante, una cita que viene aquí muy á pelo. Es del sabio obispo Mons. Parisis, y dice así:

«¿Deberá desterrarse de la polémica toda expresion picante, toda palabra de sarcasmo? No; el Evangelio jamás prohibió emplearlas; las divinas Escrituras, cuyo modo de hablar ha de servirnos de modelo, abundan de frases irónicas, es decir, del modo de hablar más picante. Querrian nuestros contrarios que los católicos cuando escriben lo hiciesen siempre con fastidiosa seriedad, y si sucede que alguna vez la disfracen, gritan que es falta de caridad, que es escándalo, mientras que ellos, fariseos hipócritas, no saben escribir sino con pluma teñida en hiel. (Scavini Theologia moralis universa, tomo I, pág. 368).» ¿Quién despues de esto querra todavia echar en cara à la prensa católica su decantada falta de caridad, sus tan vituperadas intemperancias?; Ay del dia en que se vean sustituídas esas chispas del celo cristiano y de la verdadera caridad de Dios por las blanduras y mansedumbres y melosidades de la tolerancia que combatimos! A bien que todos sabemos qué vocablos y fracesillas de callejuela se permite ésta en ocasiones: todos sabemos quién suele echar al adversario, cuando à la boca le vienen, los piropos de estúpido, insolente, ignorante, escribidor y otros de este jaez.

Tocante al tercer extremo, recomienda el Papa á los escritores católicos la unidad de doctrina, fundada en la firme adhesion à las enseñanzas de la Iglesia católica. Unidad que es indudable exige el Papa en lo fundamental, no en lo secundario, puesto que quiere se la haga estribar en la doctrina y parecer de la Iglesia, la cual en lo secundario se abstiene de coartar nuestra libertad, contentándose, en cierto modo, con dirigirla de lejos. Pero á propósito de esta recomendacion ha dicho el Papa que no faltan aun entre los católicos, ó que se cuentan en este número, inter ipsos qui catholicis accensentur, quienes à su arbitrio resuelven y definen gravisimas controversias relativas á la situacion de la Santa Sede, y parecen opinar diversamente de lo que exige la dignidad y la libertad del Romano Pontífice. Gravisima indicación que nuestros adversarios han querido presentar como dirigida á los periodistas ultramontanos.

Sin embargo, ¡quién lo diria! el tiro que hábilmente se quiere desviar hácia el campo ultramontano, el texto mismo

està clamando que no fué dirigido por el Papa contra nosotros, sino contra el campo católico-liberal. En efecto. ¿Quiénes son los que segun su particular criterio resuelveny definen públicas controversias «sobre la situacion de la Santa Sede, y parecen opinar contra lo que exige su independencia y libertad,» sino los que diez ó doce años há están haciendo la más habilidosa campaña en favor del llamado reino de Italia, cuyo reconocimiento excusaron, así como acerba y groseramente censuraron à los que contra él protestaban? ¿Quiénes son los tales, sino los que tienen sus corresponsales de Roma, no en la Roma del Papa, sino en la Roma de sus opresores? ¿Quiénes sino los que están predicando sin cesar, proprio arbitrio, una conciliacion que el Papa ha declarado mil y mil yeces nefanda? Valor se necesita para dar al público tal interpretacion que si no fuese culpa de mal traductor, podria muy bien ser llamado insigne rasgo de mala fe.

Basta ya. La Alocucion de Leon XIII à los periodistas católicos irá recibiendo cada día de la experiencia más preciosos comentarios que los que, à vuela pluma, pudo darle hoy la nuestra tan poco autorizada. Si despues de eso hay todavía quienes presuman ver en ella la sancion más completa de los principios y procedimientos católico-liberales, cuando es precisamente su más explícita y severa condenacion, no podrémos decir de ellos más que lo que de otros muy parecidos dijo el Salvador: Sinite illos: cæci sunt et duces cæcorum. Dejadlos; son ciegos que guian à otros ciegos. Y en favor suyo elevar à Dios la fervorosa súplica del otro infeliz del Evangelio: Domine, ut videant. ¡Señor, iluminadlos!

Marzo, 1879.

CXVIII.

La gran tesis española.

Con savio accorgimento le associazioni cattoliche di niuna cosa sono stato tanto sollicite, quanto di escludere dal loro seno non solo chuinque professasse apertamente le massime del liberalismo, ma anche quelli che illudendosi di poter conciliare il Liberalismo col Cattolicismo, sono designati col nome di cattolici liberali.

(La Civiltà cattolica, quad. 792, pág. 665).



OCAS alegrías le concede hoy dia su siempre apenado oficio al propagandista católico; mas entre ellas es indudable que son las principales, aun en lo humano, las que resultan de ver confirmados por fallo de autoridad competente sus

pobres juicios y apreciaciones.

No es entonces necia y pueril satisfaccion de amor propio la que experimenta el fiel soldado de la verdad; es si la muy legitima y santa complacencia de quien logra por fin ver disipadas del horizonte ciertas nieblas y celajes, desembarazado el camino de barrancos y tropiezos, libre y expedito el campo de sus trabajos de vanos fantasmas de oposicion y de tristes, por más que bien intencionadas, contradicciones. Es el natural desahogo de quien, deseoso en todo de acertar con el más recto sendero de la divina gloria, tuvo que sufrir tal vez se le tildase con motes y reproches de enemigo de ella: es el gozo de ver coronados con pacifica y modesta victoria sacrificios y congojas en que más de una vez temió sucumbir desalentado, ya que no vergonzosamente vencido. ¡Gloria

sea dada á Dios, autor de todo bien, Fuente de toda luz y Padre de todo consuelo, que así galardona cómo y cuándo y hasta dónde El sabe, á sus más indignos servidores!

Tal estimamos y hasta tal punto nos llena el corazon la autorizada declaracion del órgano principal de la prensa católica, apostólica, romana, que hemos puesto al frente de este artículo. El rayo de soberana luz que de Roma acaba de venirnos no lo oscurecerá ya jamás, jamás, cavilosidad alguna ni subterfugio de cuantos pueda inventar el diablo en adelante para perturbar en sus fecundas tareas al pueblo de Dios. La gran tesis española, no precisamente de hoy, sino de todos los siglos desde Santiago acá, nos acaba de ser plenamente sancionada y justificada; y como es ella el mayor blason y gloria de nuestro pasado, así acaba de ser erigida en nuestra más firme línea de conducta para lo porvenir.

Esto nos proponemos exponer y desarrollar en el presente artículo. Ayúdenos Dios, que si bien hoy no es ardua ya la empresa como lo fuera pocas semanas atrás, todavía es ella de magnitud y de trascendencia tales, bastantes para arredrar nuestra pequeñez.

Entremos, pues, en materia sin más preparacion.

No se llama oro en metalurgia más que al oro puro, ni se debe llamar verdad en Religion y en teología más que á la pura verdad. La aleacion ó mezcla del oro con otros metales inferiores da por resultado lo que se llama liga, nunca oro de ley que pueda como tal someterse al rigoroso fiel contraste, ni como tal expenderse y avalorarse en el legítimo comercio.

Con ser tan llana y tan trivial y tan rudimentaria y tan de mero buen sentido humano esta observacion, véase cuál es la triste condicion de la inteligencia y del corazon del hombre, oscurecida aquella y debilitado éste por el pecado, que lo que en el órden material ve tan claro é incontestable, frecuentemente no sabe verlo sino muy dudoso y turbio en el órden moral. La verdad, pero la verdad entera y la verdad sola, cuéstale al hombre tragarla, por más que á ello le constriñan la lógica y la ley de Dios. No dirémos precisamente que el hombre en fuerza de su decaída naturaleza ame el crudo absurdo, como con tanta elocuencia y con no livianos

fundamentos proclamó el gran Donoso Cortés; pero si que rehuye siempre é instintivamente aborrece la cruda verdad. Rara vez se rinde á ella por entero y á discrecion. Lo ordinario es querer admitirla únicamente previas capitulaciones, y á condicion de rebajas y descuentos que ella ni debe ni puede consentir. Sólo la gracia de Dios, viniendo en auxilio de la decaída naturaleza, puede hacer que se sobreponga la infeliz á esa tendencia que el pecado le ha hecho como connatural, y que por tanto sólo puede ser decisivamente contrapesada por aquella otra influencia sobrenatural y divina.

Este es el hombre, y esta su continua historia, y por tanto esta es la historia del mundo y de la humanidad. ¿Y por qué, decid, habia de ser otra la historia del presente siglo?

Oue la verdad divina no ha de haber variado en sus esenciales condiciones para lograr hacerse admisible ó tolerable al menos, al siglo y à la generacion presentes, cosa es por de contado que ninguno de los más entusiastas apologistas de lo moderno se atreverá á proponernos en serio. Hoy, como siempre, ó miente la lógica y miente la metafísica y miente la fe, ó no hay más verdad que la verdad, ni hay más verdad pura que la verdad sin mezcla, ni hay más verdad entera que la verdad sin rebaja ó mutilacion. Hoy, como siempre, sólo el oro puro es oro; hoy, como siempre, el oro con mezcla es tan sólo liga ú oropel. Y planteando la cuestion en el terreno de los combates religiosos de hoy, si Catolicismo y Liberalismo son (como ha declarado cien veces la Iglesia) doctrinas antitéticas y contradictorias, Catolicismo puro debe ser Catolicismo sin mezcla de Liberalismo, so pena de dejar de ser Catolicismo católico, en tanto mayor ó menor grado, cuanto en mayor ó menor grado sea Catolicismo liberal.

Eso, á la verdad, ya no nos parece teología; parécenos matemáticas, tal es su soberana y luminosísima exactitud.

Y si la cosa es ciertísima en el órden de los principios, ciertísima ha de ser en el órden práctico y de la aplicacion.

Si Catolicismo y Liberalismo son opuestas doctrinas, católico y liberal han de ser por necesidad opuestas calificaciones, que por tanto no pueden ser verdaderas ambas aplicadas á una misma persona. Es preciso, pues, que el católico se resigne pacientemente à que no le tengan por católico desde el momento en que blasona él ó se porta como liberal; y por consiguiente, es indispensable que empiece por descartarse de su grado mayor ó menor de Liberalismo (doctrinal ó práctico) desde el momento en que de buena se y con justo motivo quiera reivindicar para si el concepto y calificacion de católico verdadero.

Y trasladado el caso, por el mismo rail inflexible de la lógica, de las personas físicas à las personas morales ó colectividades ó asociaciones, síguese de ahí que asociaciones católicas sólo pueden serlo las asociaciones exclusivamente católicas, y por tanto repárese bien! no pueden serlo las asociaciones inclusivamente católicas y liberales.

Lo cual nos parece igualmente teológico é identicamente filosófico y perfectamente matemático como lo anterior.

Mas ¡quién lo dijera! ¡Oh ceguedad y flaqueza humanas! Ha sido preciso, para que todos lo creyéramos así, que taxativa y concretamente lo viniera á decir (¡y despues del Syllabus!) un órgano semi-oficial de la Santa Sede con estas expresivas palabras:

«Con sabio acuerdo las asociaciones católicas en nada anduvieron tan solicitas como en excluir de su seno, no sólo á cuantos profesasen abiertamente las máximas del Liberalismo, sino aun á aquellos que, forjándose la ilusion de poder conciliar el Liberalismo con el Catolicismo, son designados con el nombre de católicos liberales.»

Esta fué siempre y será con el favor de Dios la gran tesis española.

La historia de España muestra en todas sus páginas; que aquí nunca se creyó poder ser buen católico, más que siendo en punto à Religion muy intolerante y muy intransigente. No en vano le fué comunicada la fe à nuestra patria por aquel glorioso Apóstol, à quien su energia y resuelto espíritu va-

lieron de boca del divino Salvador el renombre de «Hijo del trueno,» y á quien en los lances más críticos ha enviado el cielo á nuestro país, á caballo y armado de todas armas, para defenderle de sus más fieros enemigos. Sí; tan lejos anduvo siempre nuestra nacion de creer que se pudiese ser católico verdadero simpatizando con los enemigos del Catolicismo, que al revés, á los enemigos del Catolicismo ni siquiera como buenos españoles se les quiso aquí considerar.

Pues tal sué siempre entre nosotros la identificacion de la fe católica con el carácter nacional, que de hecho llegaron ambos á constituir una misma cosa. Los godos nunca fueron más que invasores acampados en nuestro suelo mientras fueron arrianos. Recibieron como su carta de naturaleza española, cuando en el reinado de Recaredo se convirtieron á la ortodoxia romana, que era la nacional. Desde entonces cesa toda distincion entre la raza indígena y la advenediza: fundidas ambas en el crisol de una misma creencia, ven acercarse los pavorosos dias de la irrupcion sarracena. Y durante la lucha de ocho siglos con ella, acentúase más y más esta firmeza nuestra en el exclusivismo católico. Y al llegar para Europa la crisis tremenda del Protestantismo, España mira como institucion, la más popular entre todas las suyas, la del santo Tribunal de la Inquisicion, que no era más que el brazo armado del pueblo español contra la herética pravedad. Y llega al través de vicisitudes mil integro este carácter nuestro hasta el mismo siglo presente. La guerra de la Independencia fué, en efecto, más contra el innovador revolucionario que contra el usurpador francés. Lo mostró el hecho de que las mismas tropas francesas contra las que se alzaron en España hasta las piedras cuando venian aquellas como porta-estandartes de la impiedad revolucionaria, fueron acogidas como amigas poco despues cuando vinieron en son de restauracion católica contra la dominación liberal.

Y que España, la fiel y tradicional España, la que cree y reza y espera, no ha perdido todavía este carácter que viene à ser como su sello de autenticidad, lo prueban los sucesos posteriores, harto conocidos de todo el mundo para que nos entretengamos en explanarlos. Tanto es así, que la misma Revolucion, con ser esencialmente satánica, no pudo introdu-

cirse aqui más que con bien ó mal disimulado disfraz de católica. Que si al entrársenos en casa hubiese gritado francamente como gritó en estos últimos tiempos: ¡Guerra á Dios! es seguro que pocos la hubieran seguido, áun de los muchos incautos que merced á tales mañas mojigatas se dejaron engañar por ella. Y aun hoy que tan al descuido muestra ya su organismo y su tendencia infernales, ¡cuántas y cuántas veces no la hemos visto aparentar el traje y formas católicas, darse con esto un cierto aire de nativo españolismo, que harto sabe está desmentido por su orígen y por el conjunto general de todos sus actos!

Es, pues, carácter especialisimo de la fe en España, además de serlo ya especial suyo en todas partes, el ser intolerante é intransigente. Por esto aqui se ha comprendido muy bien, desde principios del siglo, que pues Liberalismo es doctrina esencialmente opuesta à Catolicismo (como cien veces ha declarado la Iglesia), no se puede ser en teoria ni en práctica perfectamente católico, sin ser en teoria y en práctica perfectamente antiliberal. Y que por tanto pretender establecer asociaciones en que entren juntos (no como por fortuita razon de coexistencia material, sino por calculada base de organizacion), católicos y liberales, vale tanto como pretender que se unan, para la defensa y propagacion de la fe católica, Catolicismo y anticatolicismo.

La tenacidad hereditaria del pueblo español en estas ideas y en este modo de conducirse á tenor de ellas, es naturalmente la desesperacion de los enemigos del Catolicismo, rabiosos por no poder rendir este último baluarte, el más firme à la vez de nuestra nacionalidad y de nuestra ortodoxia. No hallan por donde meter la cuña de sus disolventes principios en esa agrupacion que, como la antigua testudo de las legiones romanas, será invencible siempre mientras se presente compacta. Vedla: tan delicado instinto de fe ha venido à ser el suyo, que donde existe rastro ó dejo del pestilencial error, alli lo percibe sin falta y lo denuncia sin miramiento ni contemplacion. Por suyore conoce al punto, sin necesidad de programas ó prospectos, lo que responde al heredado espíritu nacional; por ajeno ó sospechoso detesta inmediatamente lo que simple resabio llegó á adquirir de la moderna herejia.

No tiene especial organizacion externa, como se cree por algunos, la gran comunion católica española; tiene, sí, una alma sola y un pensamiento solo, es decir, organizacion interna, que es mucho mejor. En ella con una mirada entiende y se da á entender cada cual à su vecino, y por una palabra que le oiga le tiene definido. A lectura corrida advierte si es de la secta ó del Catolicismo puro un periódico ó libro que se le dé, y rara vez se equivoca en sus certeros juicios sobre tan espinosa materia. En esto, el voto de un pobre labrador ó artesano de los nuestros vale tanto, ó más á veces, que el de una universidad.

No es de extrañar, como hemos dicho, que eso detesten y eso cordialmente abominen los enemigos de nuestra fe. Lo incomprensible y deplorabilísimo es que en esto hayan visto no sabemos qué graves riesgos para la misma, algunos de los propios amigos de ella. Por suerte llegó à tiempo autorizada palabra sobre el particular.

Dirán muchos que tales doctrinas son muy ciertas y verdaderas, pero que siendo, más que doctrinas, fórmulas de procedimiento práctico, no deben considerarse absolutas y universales, sino antes bien han de estimarse sujetas a modificaciones segun su aplicacion á determinados lugares y tiempos. Y así, que es indudable exige hoy la situacion especial en que se halla España una cierta mayor latitud y condescendencia. Que ni hoy estamos en los tiempos de nuestras luchas con moros y luteranos, ni es por desdicha tan vigoroso nuestro espíritu de fe como en aquellos gloriosos tiempos. Que conviene, por tanto, aflojar algo de la antigua rigidez y acomodarse un poco más á las circunstancias.

Especiosa es la objecion, y no se nos acusará por cierto de que hayamos querido presentarla atenuada. Tal como suena la oiréis á cada paso á los constantes impugnadores

de nuestra malhadada intransigencia. Examinémosla con calma y detencion.

Es verdad que mucho y muchisimo se ha perdido en España de aquella su antigua proverbial entereza que ponderábamos en el párrafo anterior; mas ¿á qué se debe? ¿No se debe precisamente à esa extraña tolerancia y laxitud de principios y de procedimientos que se nos recomienda como remedio à los presentes males? Claro que si, pues con la práctica y propaganda de ellos coincide el origen de nuestra actual decadencia. Pues bien. ¿Será eficaz medicina para nuestros males lo mismo que se reconoce como eficacísima causa de ellos? Muy lejos de creer que el actual estado de Liberalismo crónico de que la nacion adolece justifique el que tambien nosotros, hasta hoy libres de la infeccion, adoptemos procedimientos y máximas liberales, entiendo que eso mismo nos obliga á acentuarnos mucho más en inverso sentido. Ciertas tolerancias podiamos á fe permitírnoslas y tenerlas con el enemigo, allá en nuestros buenos tiempos, cuando era tan pura la atmósfera y andaban tan sanos los temperamentos, que era caso raro padecer tal enfermedad. Hoy, esparcido por todas partes el letal contagio, son de más urgente necesidad, no sólo los remedios, sí que los preservativos. Más claro. Nos conviene acentuar algo más la reaccion, ya que todas las pendientes nos llevan à la Revolucion.

Ya sé que responderá alguien, que de ese modo nos imposibilitamos de ejercer con nuestros adversarios el poderosísimo ascendiente de la atraccion. ¡Válganos la palabrita! ¡Benditos sistemas de atraccion que tales nos han puesto! Necesitamos atraer, es verdad; pero ante todo necesitamos no ser nosotros los atraídos y devorados. Y hé aquí precisamente lo que sucede por regla general con ese delicioso sistema de las atracciones. Mutilamos ó atenuamos la verdad para ponerla al gusto de los enemigos de ella, á quienes queremos atraer; y no echamos de ver con esto que nuestro enemigo ha logrado ya sin que lo advirtamos, atraernos á su campo que es el de la conciliacion con el error. Parécenos ¡inocentes! que hemos ganado á una persona, porque de repente nos encontramos en ideas al lado de ella. No hay

tal, sino que hemos perdido nuestras ideas, y fué ella quien à nosotros nos ganó.

Por ese estilo son todas las victorias que suele proporcionarnos el tan decantado sistema de atraccion. Victorias que dan por resultado una paz efimera, y que una tras otra vaya entregando sus posiciones al enemigo el soldado de la verdad. Véase si no, por dónde han llegado á pensar y á hablar y á portarse como verdaderos liberales, muchisimos que en sus principios figuraban á nuestro lado como verdaderos católicos. De concesion en concesion, de condescendencia en condescendencia, de tolerancia en tolerancia, han acabado por pasarse con armas y bagajes á la bandera que detestaban.

¿No nos atligen cada dia algunos de tales ejemplos? Nos afligen, si; pero al parecer no nos enseñan.

Pero á bien que muchos más debieran enseñarnos nuestros propios adversarios, y aun eso no queremos acabar de comprender.

Esa apostasía de nuestro antiguo carácter, que se nos exige como medio, segun dicen, de ganarles el corazon á los enemigos del Catolicismo, eso mismo es lo que á todas horas andan procurando ellos con el fin muy confesado de corrompernos y descatolizarnos. Saben muy bien donde van los apóstoles del error, y por qué atajos deben llegar más pronto al siniestro fin de su empeño. Saben por dónde hemos de andar nosotros, para hacerles el juego, como se dice; saben cuál de nuestras cosas les estorba y contraria, y cuál les favorece. Y conforme à eso tienen un plan, y lo llevan á cabo con tenacidad admirable. Y algunos de los nuestros ¡oh dolor! con ceguedad espantosa dicen que es bueno, y que es sin duda mejor el camino que ellos nos trazan; que es magnifico el procedimiento que ellos nos recomiendan; que obrar como ellos desean es el modo más loable y más católico de obrar.

Tambien ellos invocan en apoyo de sus desinteresados consejos de conciliacion las circunstancias presentes; ¡y nosotros hemos de creer (como ellos) que realmente aconsejan eso las circunstancias! ¡Tambien ellos blasfeman y anatematizan, con todas las invectivas del odio, nuestro glorioso

pasado y fiera intransigencia; y nosotros hemos de hacer coro à esas invectivas ó reconocer por lo menos que tienen algo de razon y de fundamento! ¡Santos cielos! ¿Cuándo y en qué clase de guerras el prudente general se sirvió para alentar à los suyos de las proclamas del enemigo? ¿Cuándo, decid, marcó su ruta con los itinerarios que el Estado mayor contrario le señaló? ¿Cuándo en sus Consejos de guerra apoyó una resolucion cualquiera diciendo que e parecia la mejor porque era la que más cuadraba al adversario? Digolo con toda la seguridad que puede tenerse en una conviccion humana; creo que desde los principios de la Revolucion española hasta hoy, nadie ha hecho en favor de ella tanto y tan eficaz como muchos de nuestros propios hermanos, que sin duda anhelaron poder ahogar al monstruo á puros abrazos y caricias, más que matarle á tiros y á cuchilladas, que es como en toda guerra se debe combatir.

No; ni las circunstancias de hoy, ni las de tierpo alguno, aconsejarán se empiece por entregarse al enemigo, para mejor sojuzgarle ó destruírle. Es absurdo este proceder, y lo absurdo no puede justificarlo ley alguna de conveniencia, por más que se la suponga muy rara y excepcional. Lo absurdo es sencillamente absurdo y nada más.

Mas finalmente, ya que tanto se quiere hacer pesar en la resolucion de este problema el valor de las circunstancias, vamos á ofrecer en este último artículo un paralelismo de circunstancias que nos ayude á ver claro en esta cuestion.

El siglo pasado ofrece en nuestra patria notables rasgos de semejanza con el presente, lo cual no es de extrañar, pues siempre hubo entre padres é hijos lo que se llama aire de familia. Tambien entonces, frente á frente de un enemigo comun, que era el filosofismo, encontrábanse los católicos divididos en católicos puros y en católicos más ó menos resabiados de jansenismo. Tambien el jansenismo de entonces, pa-

dre del Liberalismo actual, pretendia como éste pasar por más puro catolicismo que el Catolicismo verdadero; tambien el error de entonces tuvo en todas las esferas de la vida social, y aun de la religiosa, autorizados y respetabilisimos valedores. Error insidioso y artero, como todos los que pregonan por especial mision suya cierta conciliacion con la verdad más que franca oposicion á ella, el jansenismo del siglo XVIII era, como cierto Liberalismo de hoy, devoto, piadoso, y hasta en ocasiones místico y alumbrado. Urdia sus cábalas en el consejo de los principes, en el silencio de los claustros y en el fogoso disputar de las aulas. Victima de sus rencores y maquinaciones fué la ilustre Compañía, eterno martillo de sus desvarios; víctima suya fué, primero con inicua expulsion civil, despues pro bono pacis con dolorosisima extincion canónica. Víctima gloriosa, á la que pocos años despues rehabilitaron de consuno la Revolucion con sus excesos, la historia con sus revelaciones, la Iglesia con su completa restauracion.

Pues bien, supongamos que entonces, para hacer frente á la cada dia más orgullosa corriente del filosofismo volteriano que todo lo inundaba, le hubiese ocurrido á alguno de, los amigables componedores que nunca faltan, proponer una transaccion ó concordia entre católicos y jansenistas para una accion ó propaganda comun contra el comun enemigo. Razones al parecer abonadisimas no hubieran faltado à cualquier diestro manipulador. La gran crisis social que à ojos vistas se venia encima; la negacion completa del orden sobrenatural por parte del filosofismo; el peligro que corrian todas las instituciones políticas, inclusa la monarquía, base entonces de todas; por otra parte, los mil y mil puntos de contacto que se ofrecian mutuamente jansenistas y católicos; la base comun del órden sobrenatural, divinidad de Cristo y de la Iglesia y de las Escrituras y del Pontificado que ambos reconocian con unanimidad hasta cierto punto; el tener ambos gran parte de clero y pueblo bajo su respectiva bandera; el versar muchos de los puntos de su controversia, al parecer, únicamente sobre sutiles puntos de teologia mistica ó de derecho canónico, de los que pocos (en España sobre todo) parecian afectar directamente al dogma; todo eso.

¿no eran motivos poderosísimos para que se intentase entre aquellos bonachones antepasados nuestros una manera de accion comun ó de modus vivendi, ó de union católica á su modo, que á la vez que hiciese cesar la perturbacion é inquietud en el seno de la sociedad cristiana, permitiese volver juntas todas las fuerzas vivas de ella contra el enemigo más radical que á todos amenazaba? Parécenos que sí, y que mucho más entonces que ahora podian proponerse como oportunas semejantes alianzas y componendas.

A nadie, que sepamos, ocurrió proponerlas: ni al jansenista pedirlas, porque sabia le habian de ser negadas; ni al buen católico soñarlas. Hoy que conocemos á fondo todo el horror del jansenismo devoto de entonces, como de aqui á un siglo se acabará de conocer todo el horror del Liberalismo mojigato de ahora; hoy que todos los críticos ven clara la filiacion de aquellos errores con los del protestantismo, y con la Revolucion moderna de la que fueron, si no padres, padrinos, ¿quién osará decir que hubieran obrado muy bien y muy cuerdamente nuestros mayores en proponer y aceptar tales alianzas? Y si alguno se hubiese atrevido à indicarlas y una buena parte del país se hubiese negado resueltamente à entrar en ese pacto inverosímil, ¿quién se atreveria hoy à tildar de poco católica y de inconsecuente á esa parte de nuestro país?

Apliquese todo esto al dia de hoy; escribase Liberalismo donde hemos escrito nosotros jansenismo, y fállese despues de comprobada la paridad de los casos. No es menor ni menos grave la herejía de hoy que la de ayer, ni menos explícita y reiteradamente condenada. Obremos los católicos de hoy con el falso amigo de hoy; como obraron los católicos de entonces con el falso hermano de entonces, y no rompamos, por dar gusto á francos enemigos y á sospechosos aliados, el hilo de nuestra gloriosa tradicion española, harto más acreditada que las funestas novedades que hoy se nos predican. Creamos á nuestros padres, y creamos á Roma sobre todo. De aquellos harto sabemos lo que hicieron; de ésta bien vemos lo que nos acaba de escribir:

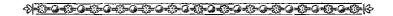
«Con sabio acuerdo las Asociaciones católicas de ninguna cosa anduvieron tan solicitas como de excluir de su seno, no sólo á todo aquel que profesase abiertamente las máximas del Liberalismo, sino á aquellos que, forjándose la ilusion de poder conciliar el Liberalismo con el Catolicismo, son conocidos con el nombre de católicos-liberales. Y en verdad, sin esta precaucion correrian riesgo ciertísimo, no solamente de convertirse en campo de escandalosas discordias, mas tambien de degenerar en breve de los sanos principios con ruína propia y gravísimo daño de la Religion.»

Julio, 1883.









ÍNDICE.

					Págs.
El Periodismo y la PropagandaDiscurs	so	prelin	nina	ır	7
I.—Proemio ó lo que fuere.		•			19
II.—Mis escrúpulos, ó sea, Catolicismo y	L	iberal	ism	0	22
III.—Continúa el mismo asunto					26
IV.—Paréntesis					30
VMis escrúpulos, ó sea, Catolicismo	y	Liber	alis	mo	
(conclusion)	٠.				34
VI.—Carnaval					39
VII.—La Desamortizacion					43
VIII.—Continuacion del mismo asunto.					47
IX.—Castelar					52
X.—Curas y liberales.					56
XIMi aguja de marear					60
XII.—Garibaldi escritor					64
XIII.—Ahora como entonces					69
XIV.—¿ Qué es ser católico?					74
XV.—La gran liquidacion social					79
XVI.—Libertad y libertinaje					84
XVII.—Un conato de caridad civil					89
XVIII.—¡Que bailen!					94
XIX.—El Matrimonio civil					99
XX.—El Oscurantismo					104
XXI.—¿Quiénes son por ahí los oscurantis	sta	s?.			108
XXII.—; El pueblo tiene hambre!					113
XXIII.—La nueva jurisdiccion espiritual.					118

XXIV.—¡Tiene la palabra el cañon! .					122
XXV.—La ilustracion					126
XXVI.—La moral universal					131
XXVI.—La moral universal XXVII.—Más sobre el matrimonio civil.					136
XXVIII.—La hora de Dios XXIX.—De un Oscurantista á otro idem.	٠		•		141
XXIXDe un Oscurantista á otro idem.					145
XXX.—Desamortizar al por mayor					149
XXXI.—; Guerra à Dios!		•		•	153
XXXII.—Votos y bayonetas			•	•	157
XXXIII.—Nuevo atentado		•			161
XXXIV.—¡Fuego en toda la línea					166
XXXVEl revolucionario-conservador.					170
XXXVI.—Distracciones progresistas. ,					175
XXXVII.—Consulta					180
XXXVIII.—La Revolucion y los Jesuítas					185
XXXIX —Los dos catolicismos.					190
XL,—Moralidad	•		•		194
XLI.—Pontificios y garibaldinos					197
XLIILo nuevo y lo viejo				٠	201
XLIII.—Una calumnia de La Crónica					205
XLIV.—Nou Fra Anselm					209
XLV.—Balanza liberal					213
XLVIBromazo de mal género				•	216
XLVII; Ministros de un Dios de paz !!	! .				220
XLVIII.—El Gobierno y los Prelados.				•,	225
XLIX,—Insolencias teocráticas					228
1. — La oposición a frabucazos.					233
LI.—1808 y 1870			•		236
LII.—; Adelante!		•		•	239
LIIILos cementerios católicos y la lib	erta	d lib	eral.	•	242
LIVGeneraciones y semblanzas				٠	247
LV.—Recuerdos y esperanzas					251
LVI.—Recuerdos oportunos					254
LVII La Encíclica y la Commune.					260
LVIII.—La fecha memorable					264
LIX.—Consuelos y desconsuelos					267
LX.—¡ Justicia seca!					270
LXI.—; Centinela! ¿Qué tal la noche?.					274
LXI.—¡Centinela! ¿Qué tal la noche? . LXII.—El espíritu del siglo					277

	ÍNDI	CE.				50	07
LXIII.—Cosas del dia					. –		281
LXIV Entre mi criado y vo.							284
LXV.—¡Al trote!							287
LXVI; El Papa no se rinde	! .				•		290
LXV.—¡ Al trote! LXVI.—¡ El Papa no se rinde LXVII.—Hermoso desquite. LXVIII.—Síntomas y pronóst							294
LXVIII.—Síntomas y pronóst	icos.						298
LXIXSan Cugat del Vallés.							302
LXXEl 23 en Roma							307
LXXI.—Memento homo! .			,				310
LXXII.—Lance imprevisto	_			_			314
LXXIII.—De la adulacion y de	e los	adul	ado	res.			318
LXXIV.—Impresiones de viaje LXXV.—Un vástago ilustre.	€.						321
LXXV.—Un vástago ilustre.							325
LXXVIUn monumento de l	a Re	volu	cion	ι,			330
LXXVII Los moralistas al t	180.	• ,					334
LXXVIIILa conjuracion de	los.	pa	squ	ines			338
LXXIX.—¡ Áteme usted esos	cabo	s!.	,				342
LXXX.—; Tristes victorias!							345
LXXXI.—Necrología			,				350
LXXXIILos frailes ante la	filos	ofía	pro	gres	usta,		353
LXXXIII.—Luchas y victoria LXXXIV.—Trastrueque liber	s.						357
LXXXIV Trastrueque liber	al.						36 r
LXXXV.—; Mañana!							365
LXXXVI.—71 y 72							368
LXXXVII.—; Medrados estan	os!	• .					371
LXXXVIII.—Rasgo liberal. LXXXIX.—Un tipo de actuali XC.—La libertad no liberal.							374
LXXXIXUn tipo de actuali	dad.						377
XCLa libertad no liberal.							38 I
XCI.—La capital del Liberalis	smo.						384
XCIIDelicias de la libertad	de d	ulto	s.				388
XCIII.—Tutti contenti! .							392
XCIV.—Un paso más							397
ACV.—¡Con orden!					•		400
XCVIAl vado ó á la puente							404
XCVII.—Al vado ó á la puente XCVII.—Vamos al grano.							408
XCVII.—Vamos al grano. XCVIII.—Otros vendrán que	buer	no te	hai	an.			412
XCIX.—A tales alturas nos ha							415
C.—Mañas como suyas							418
CI.—Atrasadillos andan,							422

o8	ÍNDICI
00	140101

CII.—; Mil fusiles!								424
CIII,-Pio IX el ingrato							•	427
CIV.—Et pro perfidis judæis	1							430
CV,-Servir á dos señores.								434
CVIGato con guantes				•				437
CVIIPicardías ultramontan	as.							440
CVIII. – ¡ Manos á la obra!								443
CIX.—; Siga la broma! .								447
CX.—Veamos y aprendamos.	•					-		450
CXI,—Achaques católico-libe	rale	s.						453
CXII.—El luto liberal								457
CXIII.—¡ Claros, claros! .								461
CXIV.—Pilatos								464
CXV.—Acusacion infundada.					•			470
CXVI.—La de siempre								473
CXVII.—El Papa y la prensa	cate	ólic	a.					477
CXVIII —La gran tesis españ	íala		_	_	_		_	401





